ARTHUR CONAN DOYLE

HISTORIA DEL ESPIRITISMO



Relato de las Investigaciones y experiencias del conocido universalmente por su obra literaria, de Sherlock Holmes, sin embargo, mucho menos sabido que Conan Doyle fue espiritista con tal dedicación que llegó a ser presidente honorario de la Federación Internacional de Espiritismo.

Arthur Conan Doyle

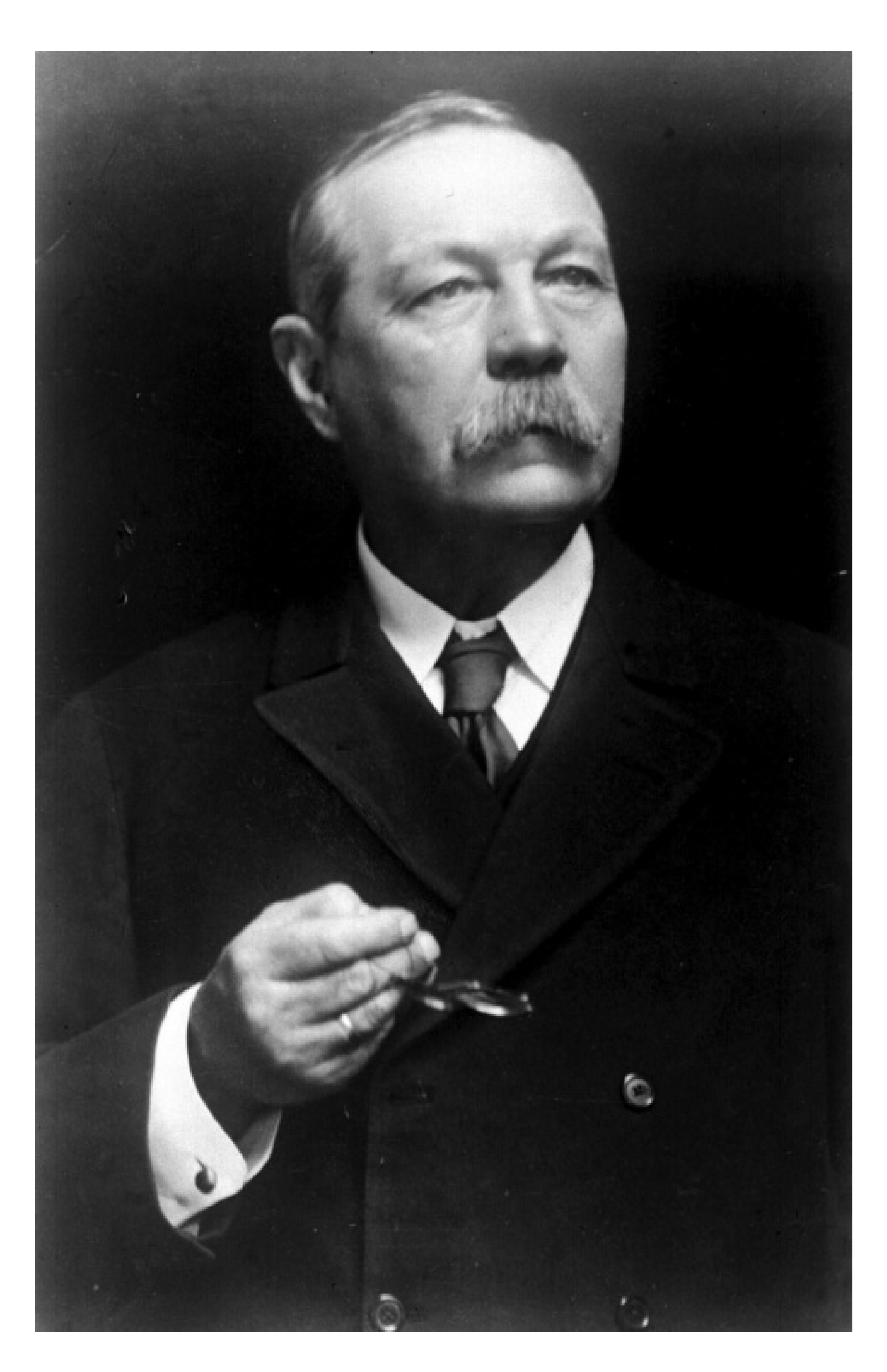
Historia del espiritismo. Sus hechos y sus doctrinas

ePub r1.0
Titivillus 01.12.2021

Título original: *History of spiritualism*
Arthur Conan Doyle, 1926
Traducción: Enrique Díaz-Retg
Comentarios: Jorge Luis Borges
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Sir Arthur Conan Doyle
(Foto W. Ransford)

PREFACIO

PREFACIO

Esta obra se inició con unos cortos capítulos sin conexión, terminando en el presente relato, que comprende la historia completa del movimiento espiritista. Ello necesita una pequeña explicación. Tenía yo escritos algunos estudios sin otro objeto ulterior que procurarme y procurar a los demás un concepto claro de lo que me parecían episodios importantes en el desarrollo espiritual moderno de la raza humana. Eran estudios acerca de Swedenborg, Irving, A. J. Davis, el caso de Hydesville, el de las hermanas Fox, el relativo a Eddys y el de la vida de D. D. Home. Cuando todo estuvo listo me di cuenta de que el conjunto significaba una buena parte de la historia del movimiento espiritista, más completa que las que hasta entonces habían visto la luz, una historia que tenía la ventaja de estar escrita con el conocimiento personal, íntimo, de sus factores más característicos.

Ciertamente, es curioso que ese movimiento, que muchos consideramos como el más importante de la historia del mundo desde el episodio de Jesucristo, no haya tenido un historiador entre los hombres que en él figuran, dotado de una amplia experiencia personal acerca de su desarrollo. Mr. Franck Podmore, reunió en una obra gran número de hechos, pero ignorando aquéllos que no respondían a su objeto, procuró hacer ver la futilidad de otros, esencialmente los relacionados con los fenómenos físicos, que eran, en su concepto, principalmente resultado del fraude. Hay otra historia del espiritismo, por Mr. McCabe, en la cual todo se presenta como fraude, sólo que el engaño lo constituye el mismo libro, pues el público cree de buena fe al comprarlo que se trata de un relato serio y no de una mixtificación. Hay también otra historia de J. Arturo Hill, escrita desde el punto de vista de la investigación estrictamente psíquica, muy lejos de los hechos reales probados. Luego están la obra: Espiritismo americano moderno: treinta años de trabajos, y la titulada: Milagros del siglo XIX, escritas por la gran propagandista Emma Hardinge Britten; pero ambas, aunque de extraordinario valor, sólo se refieren a algunas fases del espiritismo. La mejor de todas las existentes es la titulada: Supervivencia del hombre después de la Muerte, por el reverendo Carlos L. Tweedale, pero se trata más bien de una exposición de la verdad del culto que de una historia con la debida hilación. En fin, hay historias generales del misticismo espiritista, como las de Ennemoser y Howitt, pero no hay ninguna historia clara y comprensiva de los sucesivos desarrollos de ese movimiento universal. En el momento de imprimirse este libro ha aparecido el de

Campbell-Holms, que es un utilísimo compendio de hechos psíquicos, como su título, Los hechos y filosofía de la Ciencia Psíquica demuestra, pero tampoco puede presentarse como una historia metódica de esos hechos.

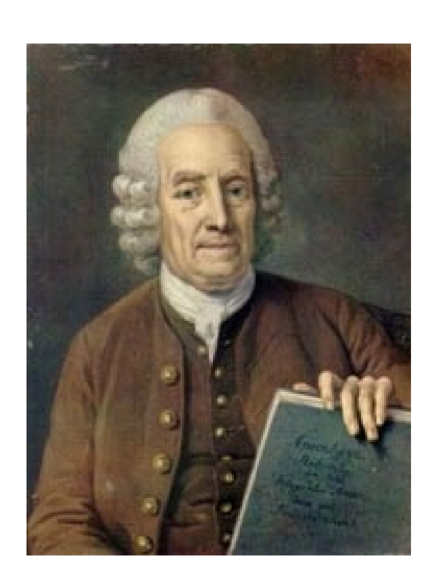
Semejante obra necesitaba un trabajo de investigación considerable, mucho mayor que el que yo mismo con mi ocupadísima vida podía dedicarle. A ello consagré todo el tiempo de que podía disponer, pero el empeño era vastísimo. En tales circunstancias solicité y obtuve la colaboración leal de Mr. W. Leslie Curnow, cuyo conocimiento de la materia y cuya habilidad han resultado inapreciables. Míster Leslie Curnow ha trabajado conmigo asiduamente en esta vasta obra; ha sabido darme separado el oro de la escoria. Yo sólo deseaba la materia en bruto, pero en muchas ocasiones me ha proporcionado el artículo ya acabado, de tal suerte, que si yo lo he alterado, ha sido únicamente para tratarlo todo desde mi punto de vista personal. Si no figura el nombre de Mr. Leslie Curnow junto al mío en la portada de este libro, es por razones que él comprende y a las que se somete.

ARTHUR CONAN DOYLE

CAPÍTULO PRIMERO
LA HISTORIA DE SWEDENBORG

Es imposible señalar la fecha de las primeras apariciones de un poder inteligente externo, así de tipo inferior como superior, en relación con los hechos humanos. Los espiritistas consideran la de 31 de Mayo de 1848 como el principio de todas las cosas psíquicas, porque su movimiento data de dicha fecha. Sin embargo, no ha habido época en la Historia en que no se encontraran huellas de interferencias preternaturales, aunque la humanidad haya tardado en darse cuenta de ellas. La única diferencia entre esos episodios y el movimiento moderno es que los primeros pueden considerarse como casos de vagas apariciones, mientras que el último lleva la señal de una invasión debidamente organizada. Y así como una invasión puede perfectamente ser precedida de la aparición de exploradores en vanguardia, así también el influjo espiritista de los últimos años estuvo anunciado por una cantidad de incidentes cuyos orígenes se remontan a la Edad Media y aún más allá. No obstante, es posible fijar un punto de partida como comienzo de nuestra narración, y tal vez ninguno mejor que la historia del gran vidente sueco Manuel Swedenborg, que ostenta no pocos títulos para que le reconozcamos como el padre de nuestro nuevo conocimiento de los fenómenos sobrenaturales.

Cuando los primeros rayos del sol naciente del conocimiento espiritual hirieron nuestra tierra, iluminaron la más grande y más alta inteligencia humana antes de que penetraran entre los hombres inferiores. Esa cumbre de la mentalidad fue aquel gran reformador religioso al par que médium clarividente, tan poco conocido por sus propios prosélitos: Cristo.



Emanuel Swedenborg
(Reproducción de un grabado de Baltersby, publicado en ,The European Magazine, 1787)

Para comprender completamente a Swedenborg, sería preciso tener un cerebro semejante al suyo, cosa que no ocurre todos los siglos. Y aun con nuestro poder de comparación y con nuestra experiencia de hechos, que para Swedenborg fueron desconocidos, apenas si podemos comprender una parte de su vida con claridad. El objeto de este estudio no es tratar de aquel gran hombre en su conjunto, sino procurar situarle en la historia general del desenvolvimiento psíquico.

Swedenborg fue una contradicción viviente si le juzgamos desde el punto de vista acostumbrado de los generalizadores psíquicos, los que por lo común creen que las grandes inteligencias quedan detenidas al llegar al terreno de la experiencia psíquica personal. Una pizarra bien limpia es indudablemente más adecuada para escribir en ella. La inteligencia de Swedenborg no era una pizarra limpia, sino que había en ella cuantos conocimientos exactos era posible adquirir en su tiempo. Nunca se vio semejante suma de conocimientos en un hombre. Era un gran ingeniero de minas y una autoridad en metalurgia. Como ingeniero militar contribuyó a cambiar la fortuna de muchas de las campañas de Carlos XII de Suecia. Alta autoridad en astronomía y en física, escribió obras eruditas sobre las mareas y la determinación de las latitudes. Fue además zoólogo y anatómico. Y financiero y economista político, adelantándose como tal a las conclusiones de Adam Smith. Finalmente, fue un profundo erudito bíblico, habiéndose nutrido de teología en los mismos pechos maternos y vivido en la austera atmósfera de un pastor luterano durante los más impresionables años de su vida. Su desarrollo psíquico,

ocurrido al cumplir los veinticinco años, en nada afectó a su actividad mental, y muchos de sus folletos científicos los publicó después de dicha época.

Dotado de semejante inteligencia, es muy natural que tuviese la evidencia del poder extraterreno, la cual surge sin remedio en el camino de todo hombre inteligente; pero lo que no es natural es que fuera él mismo el médium de tal poder. En cierto sentido su mentalidad fue realmente perjudicial y vició los resultados a que llegó, mientras en otro sentido fue útil en el más alto grado, cosa que comprenderemos mejor considerando las dos categorías en que puede dividirse su trabajo.

La primera fue la teológica. A la mayoría de las gentes les parece que esa es la parte más deleznable y peligrosa de su obra. Por un lado acepta la Biblia como la obra de Dios en un sentido estrictamente particular, y por otro lado sostiene que su verdadero significado difiere en absoluto del significado vulgar, siendo él y únicamente él quien, con ayuda de los ángeles, podía dar aquel verdadero significado. Semejante pretensión tenía que resultar intolerable. La infalibilidad del Papa sería una bagatela comparada con la infalibilidad de Swedenborg, si se admitía aquella pretensión, porque el Papa, en último término, sólo es infalible cuando da su dictamen en puntos de doctrina, ex cátedra, rodeado de sus cardenales, mientras que la infalibilidad de Swedenborg habría sido universal, sin restricciones. En último término, ninguna de sus explicaciones es capaz de imponerse a la razón. Cuando para comprender el verdadero significado de un mensaje emanado de Dios, hay que suponer, por ejemplo, que un caballo significa «la verdad intelectual», que un asno equivale a «la verdad científica», que una llama quiere decir «mejoramiento», y así sucesivamente a través de incontables símbolos, nos parece entrar en el reino de lo inexplicable, y asistir a la absurda tarea de algunos ingeniosos críticos que han creído descubrir cifras en las obras de Shakespeare. No es de esa manera cómo Dios ha enviado la verdad al mundo. Si tal punto de vista fuera aceptado, el credo swedenborgiano originaría multitud de herejías y retrocederíamos a la época de las discusiones y los silogismos de los escolásticos medioevales. Todas las cosas grandes y verdaderas son sencillas e inteligibles. La teología de Swedenborg no es ni sencilla ni inteligible, y en ello reside su condenación.

Sin embargo, una vez que hemos atravesado su fatigosa exégesis de las Escrituras, donde todo quiere decir algo diferente del significado verdadero, y cuando llegamos a alguno de los resultados generales de su doctrina, vemos que no desentonan de la idea libre moderna o de la enseñanza recibida del Más Allá desde que la comunicación espiritista quedó establecida.

Así, su teoría de que este mundo es un laboratorio de almas, un campo de experimentación en que lo material refina y libera lo espiritual, es cosa que ya no se discute. Rechaza la Trinidad en su sentido ordinario, pero la reconstituye en cierto sentido extraordinario. Admite que toda religión tiene fines divinos y que la virtud no está confinada en el Cristianismo. De acuerdo con la enseñanza espiritista, ve el verdadero significado de la vida de Cristo en su poder como ejemplo, y rechaza la expiación y el pecado original. Ve la raíz de todo mal en el egoísmo, pero considera esencial un egoísmo sano, según el calificativo de Hegel. En materia sexual sus teorías son libres hasta la relajación. A la Iglesia considérala de una necesidad absoluta, como si el individuo no pudiera arreglar por sí solo sus propios asuntos con el Creador. En tal confusión de ideas proyectadas a diestro y siniestro en grandes volúmenes escritos en latín, y expresadas en obscuro estilo, puede encontrar todo intérprete una nueva religión para su uso particular. Pero no reside en esto el mérito de Swedenborg.

Su gran valía la hallamos en sus fuerzas y en sus revelaciones psíquicas, aunque no hubiera brotado de su pluma ni una palabra de teología. Son esas fuerzas y esas revelaciones lo que va a ocuparnos ahora.

Ya desde niño Swedenborg tuvo momentos visionarios, pero ese delicado aspecto de su naturaleza fue dominado por la extraordinaria energía de su edad viril. Sus facultades psíquicas aparecieron en diversos momentos de su vida, demostrando en varias ocasiones que poseía esas fuerzas vulgarmente llamadas «clarividencia a distancia», en que el alma parece salir del cuerpo, adquirir informes de cosas apartadas y volver a él con noticias de lo que ocurre en aquellos lugares. No es éste un atributo raro en los médiums, pudiendo citarse varios ejemplos de ellos entre espiritistas videntes, pero sí es raro en sujetos de gran inteligencia, y más raro cuando al parecer es normal su estado al tiempo de producirse el fenómeno. Así, en el ejemplo de Gotenburgo, donde Swedenborg observó y dio informes de un incendio en Estocolmo, a trescientas millas de distancia, con exactitud perfecta. Swedenborg se encontraba a la sazón en una comida, rodeado de diez y seis invitados, que resultaron otros tantos testigos de gran valor. El caso mereció la atención de una persona de tan alta categoría mental como el filósofo Kant, su contemporáneo.

Tales episodios eran, sin embargo, meros indicios de sus fuerzas latentes, las cuales aparecieron de lleno y súbitamente en Londres, en abril del año 1744. Hay que observar que si bien Swedenborg pertenecía a una buena familia sueca y fue educado entre la nobleza de Suecia, sus principales libros

se publicaron en Londres, donde, además, se inició su revelación, y donde, finalmente, murió y fue enterrado. Desde el día de su primera visión hasta su muerte, veintisiete años más tarde, estuvo en contacto con el otro mundo. «Una noche —dice— el mundo de los espíritus, cielo e infierno, se abrió para mí y en él hallé a varias personas conocidas, de diferente condición. Desde entonces, el Señor abría diariamente los ojos de mi espíritu para ver, en estado de perfecta vigilia, lo que ocurría en el otro mundo y conversar, con plena conciencia, con los ángeles y los espíritus».

En su primera visión Swedenborg habla de una especie de vapor que se exhalaba de los poros de su cuerpo. «Era un vapor muy visible que descendía hasta el suelo, sobre la alfombra». He ahí una acabada descripción del llamado ectoplasma que se encuentra en la base de todo fenómeno físico de las materializaciones. Esa substancia ha sido también llamada «ideoplasma», porque toma en un instante la forma impresionada por el espíritu. En aquel caso se redujo, según el relato, a una señal dada por sus «guías» de que desaprobaban su régimen alimenticio, siendo acompañada esa manifestación de una advertencia, claramente perceptible, para que en adelante fuera más comedido en su alimentación.

¿Cómo acogió el público semejante relato? Díjose que aquel hombre era un loco, pero su vida, en los años que siguieron, no dio señal alguna de desequilibrio mental. Otros dijeron que mentía, pero precisamente era un hombre que gozaba fama por su escrupulosa veracidad. Su amigo Cuno, banquero de Amsterdam, dice, hablando de él: «Cuando me miraba, sus risueños ojos azules parecía que expresaran la verdad por sí solos». «Tal vez, afirmaban otros, se obsesionaba a sí mismo y se equivocaba honradamente». A eso contestaremos que la mayoría de las observaciones espiritistas que hizo han sido confirmadas desde aquella época por innumerables observadores psíquicos. La verdad es que fue el primero y por varios conceptos el mayor de todos los médiums, aunque sujeto a los errores que lleva consigo el mediunismo, y que sólo por el estudio de éste pueden realmente comprenderse sus poderes.

Es interesante notar que Swedenborg consideraba sus facultades íntimamente relacionadas con un sistema de respiración. Estando todos rodeados de aire y de éter, es —decía— como si algunos tuviéramos la facultad de absorber más éter y menos aire con objeto de llegar a un estado etéreo. Indudablemente esto es una manera vulgar y rudimentaria de interpretar el fenómeno, pero tal es la idea que ahora vemos dominando en la mayoría de las escuelas de educación psíquica. Lorenzo Oliphant, que no

tenía ninguna conexión con Swedenborg, escribió su libro «Sympneumata», para explicar el hecho. El sistema indio del Yoga está informado por la misma idea, pero cualquiera que haya visto un médium en trance no olvida el hondo silbido peculiar con que comienza ese proceso y las profundas espiraciones con que acaba. Hay en esto un fructuoso campo de estudio para la ciencia futura.

Ahí, como en otras materias psíquicas, se necesita desplegar mucha precaución. El autor conoce varios casos que tuvieron trágicas consecuencias por el uso imprudente en los ejercicios psíquicos de la respiración profunda. El poder espiritual, lo mismo que el eléctrico, guarda ciertas proporciones y exige ciertos conocimientos y precauciones al ponerlo en acción.

Swedenborg resume la materia diciendo que cuando él comunicaba con los espíritus, se pasaba una hora respirando fuertemente, «tomando únicamente la cantidad de aire necesaria para sus pensamientos». Aparte esa peculiaridad de la respiración, Swedenborg permanecía en estado normal durante sus visiones, aunque prefería, naturalmente, estar aislado en tales momentos. Parece ser que tuvo el privilegio de ver el otro mundo a través de varias de sus esferas, y aunque sus hábitos intelectuales teológicos pueden haber influido en sus descripciones, la vasta acumulación de sus conocimientos materiales diéronle, por otra parte, un raro poder de observación y comparación. Veamos cuáles fueron los hechos principales que registró en aquellos viajes y hasta qué punto coinciden con los que han sido obtenidos desde entonces por métodos psíquicos.

Encontró que el otro mundo consistía en un número de esferas diferentes que representaban varios grados de luminosidad y felicidad, a cada una de las cuales vamos después de la muerte, según las condiciones espirituales que tenemos en vida. Allí somos juzgados de una manera automática por una especie de ley espiritual que determina el resultado último por el resultado total de nuestra vida, de suerte que la absolución o el arrepentimiento en el lecho de muerte son de poco provecho. Encontró en aquellas esferas que la escena y las condiciones de este mundo estaban reproducidas con fidelidad, así como la armazón general de la sociedad. Halló casas en las cuales vivían familias, templos en los cuales se adoraba, salones en los que la gente se reunía para fines sociales, palacios en los cuales habitaban soberanos.

La muerte no era nada temible gracias a la presencia de seres celestiales que asistían al recién llegado en su nueva existencia. Tales recién llegados pasaban por un período inmediato de reposo completo, y recobraban después en pocos días la conciencia de su nuevo estado.

Había ángeles y demonios, pero no eran de orden distinto al nuestro. Todos habían sido seres humanos que vivieron en la tierra con almas sin desarrollar, en el caso de los demonios, o considerablemente desarrolladas, en el caso de los ángeles.

Al morir no cambiamos en ningún sentido. El hombre nada pierde al fallecer, sino que permanece hombre en todos respectos, aunque más perfecto que en estado corpóreo, conservando no sólo sus facultades, sino también sus modos de pensar, sus creencias y sus prejuicios.

También eran recibidos todos los niños, bautizados o sin bautizar. Crecían en el otro mundo y eran adoptados por las mujeres jóvenes hasta que se presentaba la madre real y verdadera.

No había castigo eterno. Los que estaban en los infiernos podían abrirse camino si desarrollaban el impulso necesario. Los que estaban en los cielos no era de una manera permanente, sino que trabajaban para llegar a un lugar superior.

Existía el matrimonio en forma de unión espiritual, constituyéndose una unidad humana completa cada hombre y con cada mujer. Hay que observar que Swedenborg nunca estuvo casado.

No hubo detalle insignificante para su observación en las esferas espiritistas. Habla de la arquitectura, del trabajo de los artesanos, de las flores y los frutos, de los bordados, del arte, de la música, de la literatura, de la ciencia, de las escuelas, de los museos, de los colegios, de las librerías y de los deportes. Esto puede chocar a las inteligencias convencionales, pero hay que preguntarse por qué toleramos coronas y tronos y, en cambio, negamos otras cosas menos materiales.

Los que abandonan este mundo viejos, decrépitos, enfermos o deformados, renuevan su juventud y recobran gradualmente su pleno vigor. Los casados continúan juntos si sus sentimientos mutuos siguen siendo inalterables. En caso contrario, el matrimonio queda disuelto. «Dos amantes que se adoran no quedan separados por la muerte de uno de ellos ya que el espíritu del fallecido habita junto al espíritu del superviviente, y cuando ambos vuelven a encontrarse se reúnen amándose más tiernamente que antes».

Tales son algunas muestras de la enorme masa de informes que Dios envió al mundo por medio de Swedenborg y que después también han sido referidas por la palabra y por la pluma de muchos espiritistas iluminados. El mundo no les concedió importancia estimándolas como concepciones sin sentido. Sin embargo, gradualmente, el nuevo conocimiento se ha abierto

camino y, cuando sea aceptado por completo, se reconocerá la verdadera grandeza de la misión de Swedenborg, mientras va cayendo en el olvido su exégesis bíblica.

La Nueva Iglesia, que se constituyó para propagar las predicaciones del maestro sueco, se ha convertido en una contracorriente del espiritismo en vez de conservar el lugar que la corresponde como fuente original del conocimiento psíquico. Cuando surgió el movimiento espiritista de 1848, y cuando hombres como Andrés Jackson Davis lo acogieron con escritos filosóficos y con poderes psíquicos que difícilmente pueden diferenciarse de los de Swedenborg, la Nueva Iglesia habría hecho bien en saludar esa manifestación como una de las indicadas por su jefe. En lugar de hacer esto, ha preferido, por razones que es difícil comprender, exagerar las discrepancias y pasar en silencio las similitudes, hasta que ambos grupos han adoptado una posición de hostilidad. De hecho, todo espiritista debería honrar a Swedenborg y su efigie debería estar en todos los templos espiritistas, como el primero y más grande de los médiums modernos. Por otra parte, la Nueva Iglesia debería abandonar toda clase de pequeñas diferencias y unirse de todo corazón al nuevo movimiento, contribuyendo con sus templos y su organización a la causa común.

Es difícil, al examinar la vida de Swedenborg, descubrir cuáles son las causas por las cuales sus actuales prosélitos miran con recelo a las otras corporaciones psíquicas. Lo que entonces hizo el maestro es lo que ahora hacen éstas. Hablando de la muerte de Polhem, el vidente dice: «Murió en lunes y habló conmigo en jueves. Vio su propio coche mortuorio y cómo bajaban su sarcófago a la tumba. Conversó conmigo mientras se moría, preguntándome luego por qué le habían enterrado cuando aún estaba vivo. Cuando el sacerdote le anunció que resucitaría el día del Juicio Final, preguntó cómo podía ser esto si ya había resucitado».

Todo eso está de perfecto acuerdo con la experiencia de los médiums de hoy día. Si Swedenborg estaba en lo justo, lo mismo ocurre ahora con los médiums.

En otro lugar dice: «Brahe fue decapitado a las diez de una mañana y estuve hablando con él a las diez de aquella noche. Después ha estado conmigo casi sin interrupción durante varios días».

Esos ejemplos demuestran que Swedenborg no tenía mayores escrúpulos para hablar con los muertos que Cristo para hablar en el monte con Moisés y Elías.

Swedenborg ha expuesto sus ideas con toda claridad, pero al examinarlas debemos tener en cuenta la época en que vivió y su falta de experiencia en la dirección y objeto de la nueva revelación. Su punto de vista era que Dios, con excelentes y sabios fines, había separado el mundo de los espíritus del nuestro, no consintiendo la comunicación más que por muy poderosas razones entre las que, en modo alguno, podía contarse la mera curiosidad. Los que se dedican a estudios psíquicos de una manera verdaderamente seria, estarán conformes con tal criterio, y todos los espiritistas formales han de ser enemigos de que la más solemne cosa de la tierra se convierta en una especie de pasatiempo. Bajo el imperio de una razón poderosa nuestra labor principal, en esta edad, tan materialista como Swedenborg jamás pudo imaginar, es procurar demostrar la existencia y la supremacía del espíritu de un modo tan subjetivo que los materialistas queden derrotados en su propio terreno. Es seguro que si Swedenborg viviera en nuestros días, sería uno de los jefes del moderno movimiento psíquico.

Algunos de sus prosélitos, especialmente el doctor Garth Wilkinson, han hecho la siguiente advertencia: «El peligro de un hombre hablando con los espíritus es que si éstos son espíritus del mal, pueden contaminarnos con su maldad».

A ello podemos contestar que tal afirmación es especiosa y además la experiencia demuestra que es falsa. El hombre no es naturalmente malo. Por regla general, el ser humano es bueno. El mero acto de la comunicación espiritual ofrece en su solemnidad un aspecto religioso. Así es que, las más de las veces, experimentamos la influencia buena y no la mala, como demuestran los hechos tan hermosos como morales de las sesiones espiritistas.

El autor puede demostrar que en cerca de cuarenta años de trabajos psíquicos, durante los cuales ha asistido a innumerables sesiones en distintos países, jamás, en ninguna ocasión, ha oído palabras obscenas o mensajes que pudieran ofender los oídos de la más recatada señora. Los mismos testimonios pueden aportar otros espiritistas más antiguos que yo. Por otra parte, mientras es indiscutiblemente cierto que los malos espíritus son atraídos a un círculo malo, en la práctica es muy raro ser incomodado por ellos. Cuando tales espíritus aparecen, el mejor procedimiento consiste en no rechazarlos, sino tratarlos dulcemente y procurar convencerles de su verdadera condición para que se decidan a enmendarse. Eso ha ocurrido varias veces en la experiencia personal del autor, obteniendo los más felices resultados.

Algunos datos personales acerca de Swedenborg pondrán digno fin a este examen de sus doctrinas. Fue un hombre frugal, práctico, gran trabajador y

enérgico en su juventud, y sumamente amable en la vejez. La vida hubo de convertirle en una criatura bondadosa y venerable. Era plácido, sereno, bien dispuesto para toda clase de conversaciones que no versaran sobre temas psíquicos, a no ser que así lo desearan sus contertulios. El objeto de todas sus conversaciones era siempre notable, si bien se veía afligido por una tartamudez que le dificultaba la pronunciación. Era alto, delgado, de rostro espiritual, con ojos azules; usaba peluca hasta los hombros y trajes obscuros, calzón corto, hebillas en los zapatos y bastón.

Swedenborg sostenía que una nube pesada rodeaba a la tierra debido a la grosería psíquica de la humanidad, y que sólo de tiempo en tiempo tenía lugar un claro, del mismo modo que el relámpago ilumina la atmósfera material. Vio que el mundo adquiría en sus días una posición peligrosa debido a la sinrazón de las Iglesias y a la reacción contra la falta absoluta de religión, consecuencia de aquélla. Algunas autoridades psíquicas modernas, especialmente Vale Owen, han hablado de esa densa nube, existiendo la sensación general de que no puede aplazarse por mucho tiempo el necesario proceso de la purificación religiosa.

La mejor noticia acerca de Swedenborg desde el punto de vista espiritista, puede obtenerse de un extracto de su propio diario, cuando dice: «Los prejuicios en materias de teología están y estuvieron siempre tan fuertemente arraigados, que no dejan lugar para la genuina verdad». Fue un gran vidente, un gran explorador del conocimiento psíquico, y su debilidad como tal estriba en esas tan ciertas palabras por él escritas sobre los prejuicios teológicos.

El lector que quiera documentarse más detalladamente, puede encontrar las enseñanzas características de Swedenborg en sus obras «Cielo e Infierno», «La Nueva Jerusalem» y «Arcana Coelestia». Su vida ha sido admirablemente escrita por Garth Wilkinson, Trobridge y Brayley Hodgetts, el actual presidente de la «Sociedad Inglesa de Swedenborg». A pesar de su simbolismo teológico, su nombre vivirá eternamente como el primero de todos los hombres modernos que han hecho una descripción del proceso de la muerte y del otro mundo, no cimentado en las vagas visiones extáticas e imposibles de las viejas Iglesias, sino correspondiente a las descripciones que nosotros mismos obtenemos de aquellos que desde el Más Allá procuran darnos alguna idea clara de su nueva existencia.

CAPÍTULO II
EDUARDO IRVING. LOS SHAKERS

La historia de Eduardo Irving y de sus manifestaciones espiritistas en los años de 1830 a 1833 son del mayor interés para el estudio del psiquismo, sirviendo de puente para salvar la distancia entre Swedenborg por un lado, y Andrés Jackson Davis por otro.

Eduardo Irving pertenecía a esa clase escocesa de pobres y sufridos trabajadores qué tan grandes hombres ha producido. De la misma clase y del mismo suelo salió Tomás Carlyle. Irving nació en Arenan en el año de 1792. Después de una dura y estudiosa juventud, quedó convertido en un hombre muy singular. Corporalmente fue un gigante, y un Hércules por su fuerza. Su espléndido aspecto físico sólo era desfigurado por una fea señal en un ojo, defecto que, cual la cojera en Byron, parecía presentar cierta analogía con las intemperancias de su carácter. Su inteligencia era vigorosa, despierta y valiente, aunque en su primera educación estuviera velada en la atrasada escuela de la Iglesia escocesa, donde las cerradas ideas de los viejos Covenanters —un imposible Protestantismo en reacción contra un imposible Catolicismo— continuaba aún envenenando el alma humana. Su posición mental era extrañamente contradictoria; pues así como había heredado tan estrecha teología, le faltó heredar lo que es patrimonio imprescindible de los más infelices escoceses: era opuesto a cuanto fuera liberal, e incluso las medidas elementales de justicia de la Ley de Reforma de 1832 tuvieron en él un enemigo resuelto.

Aquel extraño, excéntrico y formidable varón hubiera tenido un medio adecuado en el siglo XVII cuando sus prototipos reunidos en las tierras pantanosas de Galloway esquivaban o a lo mejor atacaban a los dragones de Claverhouse. Pero habiendo vivido más tarde venía obligado a escribir su nombre de una manera u otra en los anales de su época. Sabemos de su dura juventud en Escocia, de su rivalidad con su amigo Carlyle en el afecto de la lista y vivaz Juana Welsh; de sus enormes gestas de fuerza; de su corta carrera de maestro iracundo en Kirkcaldy; de su matrimonio con la hija de un

ministro del culto de dicha población y, finalmente, de su curato o auxiliaría junto al gran Dr. Chalmers, que era, en aquellos tiempos, el más famoso cura de Escocia, y cuya administración de la parroquia de Glasgow es uno de los principales capítulos de la historia de la Iglesia escocesa. En tal cargo adquirió el conocimiento personal con las clases más pobres, o sea la mejor y más práctica de todas las preparaciones para el trabajo de la vida.

En aquel tiempo existía una pequeña iglesia escocesa en Hatton Garden, fuera de Holborn, en Londres, que había perdido a su pastor y se hallaba en precaria posición espiritual y financiera. La vacante fue ofrecida al auxiliar del Dr. Chalmers, quien aceptó después de algunas consultas consigo mismo. Allí su sonora elocuencia y sus luminosas explicaciones de los pasajes del Evangelio comenzaron a llamar la atención, hasta tal punto que aquel extraño gigante escocés se puso de moda. La humilde calle se vio invadida de coches los domingos por la mañana, y algunos de los más distinguidos caballeros y damas de Londres se apretaban para encontrar un pequeño puesto en el reducido templo. Es evidente que tan extraordinaria popularidad no podía durar, acaso por la costumbre del predicador de hablar no menos de hora y media a auditorio tan elegante. El escocés fue trasladado a una iglesia mayor de Regent Square donde había cabida para dos mil personas, con suficientes bancos para que pudieran acomodarse de una manera decorosa; pero ya no excitaba el interés que en los primeros tiempos. Aparte su oratoria, Irving fue un pastor concienzudo y muy trabajador, que se desvivía por satisfacer las necesidades materiales de los más humildes entre sus fieles, y que estuvo siempre dispuesto a cualquier hora del día o de la noche a cumplir con sus deberes.

Sin embargo, pronto comenzaron sus disputas con las autoridades de la Iglesia. La discusión versó sobre uno de esos temas teológicos que han hecho más daño al mundo que la viruela. Consistía en saber si Cristo tenía en sí la posibilidad del pecado, o si era una barrera absoluta contra las tentaciones. Los unos sostenían que la asociación de ambas ideas, pecado y Cristo, era una blasfemia. El clérigo escocés replicaba con cierto asomo de razón, que sin la capacidad de pecar y de resistir con éxito, la naturaleza humana de Cristo ya no era la misma que la nuestra y sus virtudes no podían merecernos tanta admiración. El tema fue también discutido fuera de Londres con gran seriedad y por enfadoso espacio de tiempo, hasta que el clero declaró unánimemente que desaprobaba los puntos de vista del pastor. Sus partidarios le significaron, en cambio, una aprobación incondicional y así pudo pasar por alto la censura de sus colegas oficiales. Pero debía encontrar en su camino un obstáculo aún

mayor y vencerle haciendo su nombre imperecedero como lo son los de todos los hombres que han obtenido en la vida algún éxito espiritual. Hay que considerar ante todo que Irving estaba profundamente influido por las profecías bíblicas, especialmente por las vagas y terribles imágenes de San Juan, y los extraños vaticinios de Daniel. Reflexionó sobre el referente al plazo que había de preceder a la Segunda Venida del Señor. Otros hombres existían en la misma época año de 1830 y siguientes profundamente sumidos en las mismas sombrías especulaciones, entre otros el rico banquero Drummond, propietario de una vasta casa de campo en Albury, cerca de Guildford. En dicha casa aquellos hombres consagrados a los estudios bíblicos se reunían de tiempo en tiempo, discutiendo y comparando entre sí sus teorías con tal minuciosidad que no era raro que sus sesiones se prolongaran durante más de una semana, con días de trabajo completos, desde el desayuno hasta la cena. Los asiduos de tales reuniones eran llamados los «Profetas de Albury». Excitados por los portentos políticos que tuvieron como consecuencia la Ley de Reforma, consideraron que se habían conmovido las bases sociales hasta lo más profundo. Asusta pensar cuál habría sido su reacción si hubieran vivido lo bastante para asistir a la Gran Guerra. De todos modos estaban convencidos de que se acercaba el final de todas las cosas, y esperaban ver señales y portentos, dando a las vagas y siniestras palabras de los antiguos profetas fantásticas interpretaciones.

En fin, por encima del monótono horizonte de los sucesos cotidianos, aquellos hombres esperaban que se produjera una extraña manifestación. Existía la leyenda de que los dones de los primeros tiempos volverían en el día final, figurando entre ellos el don de las lenguas, como patrimonio de todos los hombres. Tal leyenda comenzó en las tierras occidentales de Escocia, donde hombres de espíritu tan sensible como Campbell y MacDonald, pregonaban que la sangre celta había sido siempre más propicia a las influencias espirituales que el pesado carácter teutónico. Los «Profetas de Albury» demostraban la mayor actividad intelectual, lo cual dio lugar a que un emisario de la iglesia de Irving fuera a investigar sus actos y emitiera luego un informe. Según éste la gente allí reunida era de la mejor reputación. Entre ellos había una mujer cuyo carácter ofrecía indicios de santidad. Oíanse a intervalos voces de lenguas extrañas en que los reunidos se expresaban, siendo acompañada esa manifestación de milagros curativos y otros signos de poder. Era claro que no existía ni fraude ni disimulo, sino el influjo efectivo de una fuerza desconocida que recordaba los tiempos apostólicos. Esos creyentes esperaron ansiosamente ulteriores desarrollos de estos sucesos, los

cuales no tardaron en presentarse en la misma iglesia de Irving: en el mes de julio de 1831 circuló el rumor de que ciertos miembros de la congregación habían sido presa del extraño fenómeno del don de lenguas en sus propios domicilios. Hubo discretas experiencias del fenómeno en la sacristía y en otros lugares apartados. El pastor y sus consejeros estaban verdaderamente perplejos, no sabiendo qué partido tomar. Pero el asunto se dilucidó por sí mismo, como todos los asuntos espirituales, porque en el mes de octubre del mismo año el servicio de la iglesia de Escocia se vio súbitamente interrumpido por los extraños gritos de aquellos poseídos. Fue ello tan súbito y tan vehemente, así durante el culto de la mañana como en el de la tarde, que hubo un verdadero pánico en la iglesia, y a no ser por el gigantesco pastor, que gritó con su potente voz: «¡Oh, Señor, aplacad el tumulto del pueblo!», pudo haber ocurrido una tragedia. También hubo silbidos y gritos de quienes se habían conservado más tranquilos. Como quiera que sea, la sensación fue considerable, los periódicos de la época hablaron del caso y sus comentarios no tenían nada de respetuosos y de conciliadores.

Las voces de desconocida lengua procedían de hombres y mujeres, consistiendo al principio en sonidos ininteligibles, a manera de galimatías o de lenguaje completamente ignorado. «Súbitos, quejumbrosos e ininteligibles sonidos», dice un testigo: «Había una fuerza y plenitud de sonido», dice otra descripción, «de las cuales parecían incapaces los delicados órganos femeninos». «Estallaban con asombroso y terrible fragor», dice un tercero. Muchos de los que presenciaron el fenómeno quedaron profundamente impresionados por tales manifestaciones, y entre ellos el mismo Irving. «Hay un poder en la voz que parte el corazón y se impone al espíritu de una manera jamás sentida hasta entonces. Hay en ella una cadencia, una majestad y una grandeza tales, que jamás oí cosa igual. Es algo tan parecido a los más sencillos y antiguos cantos de los oficios de la catedral, que llego a creer que son reminiscencias de la remota época de Ambrosio, y de las inspiradas plegarias de la Iglesia primitiva».

No obstante, pronto se mezclaron palabras inglesas a las otras, consistentes por lo regular en jaculatorias y oraciones sin señal clara de carácter supernormal, salvo el producirse en horas desacostumbradas e independientemente de la voluntad del sujeto. En algunos casos, sin embargo, el escogido, bajo la influencia de tal poder, pronunciaba largas arengas, prescindía de la ley dogmáticamente sobre puntos de doctrina, y lanzaba reprimendas que, en ocasiones, se dirigían al sufrido pastor.

Pudo haber —y de hecho probablemente hubo— un verdadero origen psíquico en aquellos fenómenos, pero se habían desarrollado en un terreno de estrecha y supersticiosa teología que los desvirtuaba. Hasta el sistema religioso de Swedenborg habría resultado demasiado reducido para recibir en su plenitud tales dones, por lo que ya puede imaginarse lo que ocurriría al ser recibidos dentro de los mezquinos límites de una iglesia escocesa, donde toda verdad ha de ser expurgada y retorcida hasta que se adapte al venerado texto. El vino nuevo no puede guardarse en viejas e insuficientes barricas. De haber habido una revelación completa, sin duda habríanse recibido otros mensajes de distintas clases que aclarasen el fenómeno, pero allí no había más que el caos.

Algunas de aquellas manifestaciones no podían conciliarse con la ortodoxia, por lo que se consideraban como obra del diablo. No pocos iniciados condenaron a los otros como herejes; se enzarzaron en violentas discusiones, y, lo que es peor, algunos de los principales oradores se convencieron a sí mismos de que sus discursos eran diabólicos, por no estar de acuerdo con sus propias convicciones espirituales; pero precisamente por esto nosotros habríamos creído que eran inspirados por los ángeles.

Finalmente, entraron en el resbaladizo camino de las profecías y se quedaron confundidos al ver que las suyas nunca se convertían en realidades.

Algunos de los hechos establecidos por esos iniciados y que tanto chocaban con sus convicciones religiosas, podrían haber sido mejor comprendidos por los hombres de una generación más ilustrada.

Uno de los principales iniciados fue cierto Roberto Baxter, que no hay que confundir con el Baxter que treinta años más tarde estuvo relacionado con ciertas profecías notables. Ese Roberto Baxter parece haber sido un ciudadano que consideró las Escrituras a la manera que un abogado considera un documento legal, dando valor exacto a cada frase, especialmente a aquellas más ajustadas a sus inclinaciones. Fue un hombre honrado, dotado de una conciencia inquieta, la cual continuamente le importunaba sobre los detalles más nimios, dejándole, en cambio, completamente tranquilo en el vasto campo de sus creencias. Aquel hombre estaba bajo la influencia de los espíritus. Según él, en 14 de enero de 1832, comenzaron los místicos mil doscientos sesenta días que debían preceder a la Segunda Venida y al fin del mundo. Semejante predicción habría sido simpática a Irving dados sus ensueños milenarios. Pero mucho antes de que aquellos días hubieran transcurrido, Irving bajó a la tumba y Baxter repudió aquellas profecías que, al menos en aquella ocasión, le engañaron.

Baxter había escrito un folleto de pomposo título, en el cual admitía ciertos hechos que parecían claramente preternaturales, mezclados con otros más discutibles y con algunos palmariamente falsos. El objeto del folleto era principalmente atraer los guías maléficos e invisibles al regazo de la Iglesia escocesa. Es de notar, sin embargo, que un segundo miembro de la congregación de Irving escribió otro folleto de contestación, en el cual se muestra que Baxter tenía razón en tanto estaba inspirado por el espíritu, y se equivocaba cuando intervenían influencias satánicas. Ese folleto es interesante porque contiene cartas de varias personas que poseyeron el don de las lenguas y una sólida mentalidad que las hacía incapaces de caer en deplorables errores.

¿Qué puede decir contra tales hechos un observador psíquico imparcial, familiarizado con los modernos fenómenos? Personalmente, el autor cree que hubo en este caso un verdadero influjo psíquico encubierto por una estrecha teología sectaria del tipo de la que provocó la reprobación contra los fariseos. Su opinión personal es que la enseñanza espiritista es propia de todo hombre serio que se ha abierto paso a través de los credos ortodoxos, y cuya inteligencia es como una superficie limpia, dispuesta a registrar una impresión exactamente como la recibe. De esta suerte se convierte en hijo y discípulo de la enseñanza del otro mundo, pudiendo la nobleza personal de carácter hacer del más honrado de los iniciados un tipo más elevado que el espiritista corriente. El campo del espiritismo es infinitamente vasto, y en él pueden vivir fraternalmente todas las variedades de Cristianos, así como los Mahometanos, los Indios y los Partos. Pero no es suficiente la mera aceptación de la comunión de los espíritus y su aparición, cosa que no ignoran ya muchos salvajes. Necesitamos además un código moral. Si consideramos a Cristo como predicador o divino embajador, su predicación ética es algo esencial para el mejoramiento de la humanidad, si bien debe ser contrastada por la razón, según las luces del espíritu.

Pero todo esto son digresiones. En las voces de 1831 hay señales de real fuerza psíquica. Es una ley espiritual reconocida que todas las manifestaciones psíquicas son deformadas cuando se perciben a través de un médium afiliado a una estrecha religión sectaria. También es una ley que las personas presumidas y finchadas atraen a los espíritus maléficos sugiriéndoles el uso de nombres interminables y profecías que les cubren de ridículo. Tales eran los guías espirituales de los prosélitos de Mister Irving.

La unidad de la Iglesia, que había sido sacudida por la previa censura del presbiteriado, no pudo resistir el nuevo golpe produciéndose una vasta

escisión. Como el edificio fue reclamado por los administradores, Irving y sus partidarios, que le seguían fieles, anduvieron en busca de nuevo local, hasta que escogieron la sala usada por Roberto Owen, el socialista, filántropo y librepensador destinado a ser, veinte años más tarde, uno de los más férvidos convertidos al Espiritismo. Allí, en Gray's Inn Road, Irving reunió a sus fieles. No puede negarse que la Iglesia, tal como él la organizó con sus ángeles, sus sacerdotes, sus diáconos y sus profecías, era la mejor reconstrucción de la primitiva Iglesia Cristiana. Si Pedro o Pablo hubieran reencarnado en Londres se habrían quedado confusos y probablemente horrorizados ante la iglesia de San Pablo o la catedral de Westminster, pero en cambio, se habrían sentido perfectamente a sus anchas en la atmósfera familiar de las reuniones que presidía Irving. El hombre sensato reconoce que Dios puede estar rodeado por innumerables ángeles. La inteligencia de los hombres y el espíritu de los tiempos varían en virtud de su reacción sobre la gran causa central, y en lo único que perseveran es en una gran caridad hacia nosotros mismos y hacia nuestros semejantes.

Tal fue, según parece, el criterio de Irving, tomando por modelo para juzgar al universo a los que constituían una secta entre las sectas; al menos así se desprende de sus luchas con Apolion, de las cuales se queja como Bunyan y los antiguos puritanos. Apolion era realmente el Espíritu de Verdad, y la lucha interior no era entre la Fe y el Pecado, sino entre las sombras del dogma heredado y la luz de la razón instintiva, don de Dios, siempre rebelde a los absurdos de los hombres.

Irving vivió intensamente, y las crisis sucesivas por las cuales pasó, minaron su robusta constitución. Aquellas discusiones con teólogos ergotistas y con miembros recalcitrantes de su grey, parécennos cosas triviales a nosotros que las vemos de lejos a través de los años, pero para él, con su alma inquieta, ruda, tempestuosa, eran vitales y terribles. Para la inteligencia emancipada, tal o cual secta son temas indiferentes, pero para Irving, tanto por su herencia como por su educación, la Escuela Escocesa era el arca de Dios, de la cual él y sus fieles y celosos hijos, dirigidos por la conciencia, habían salido para llamar a las puertas tras las cuales se hallaba la Salvación. Era una rama cortada del árbol, que iba secándose. Aquel gigante de mediana edad se detuvo y cayó. Su gran contextura se vino abajo. Sus mejillas se hundieron y volvieron lívidas. Sus ojos brillaron con la luz febril que le consumía. Y así, trabajando hasta el último momento y con las palabras: «Si me muero, muero en el Señor», en sus labios, su alma pasó a esa luz más clara

y más dorada en donde el fatigado cerebro encuentra el reposo, y el espíritu ansioso entra en una paz y seguridad que la vida jamás le ha dado.

Aparte del incidente aislado de la Iglesia de Irving, hubo en aquellos días otra manifestación psíquica que condujo más directamente a la revelación de Hydesville. Fue la aparición de fenómenos espiritistas en las comunidades de los Shakers en los Estados Unidos, los cuales no obtuvieron toda la atención que merecían.

Aquellas buenas gentes parece que tuvieron concomitancias por una parte con los cuákeros, y por otra con los videntes de los Cevennes, que pasaron a Inglaterra, huyendo de la persecución de Luis XIV.

Incluso en Inglaterra, sus vidas inofensivas no pudieron librarse de la persecución de los fanáticos, viéndose obligados a emigrar a América por los tiempos de la guerra de la Independencia. Se establecieron en distintos lugares viviendo con sencillez una vida pura basada en principios comunistas, con sobriedad y castidad. No es, pues, sorprendente que la nube psíquica de la fuerza extraterrena que envuelve nuestro globo respondiera a aquellas altruistas comunidades. En 1837 había sesenta de dichas corporaciones, las cuales respondían en distintos grados al poder en cuestión. De momento circunscribían muy estrictamente a sí mismos sus experiencias, pues como sus sacerdotes dijeron más tarde, todos habrían sido llevados al manicomio al descubrir lo que entonces los ocurría.

Los fenómenos parece que comenzaron con los usuales ruidos anunciadores. Todos, hombres y mujeres, dieron muestras de estar preparados para la posesión espiritual. Sin embargo, los invasores sólo se presentaron después de pedir permiso, y a intervalos que no dificultaban los trabajos de la comunidad. Los principales visitantes eran espíritus de pieles rojas, que llegaban colectivamente en forma de tribu. «Uno o dos sacerdotes estaban en el piso bajo, y después de dar un golpe a la puerta los indios preguntaban si podían entrar. Dado el permiso, toda la tribu de indios en espíritu entraba en tropel en la casa y al cabo de pocos minutos se oían los gritos de “Jup”, “Jup”. Tales gritos emanaban de los mismos órganos vocales de los Shakers, pero como éstos se hallaban bajo el influjo y la posesión de los mismos indios, hablaban la lengua india entre sí, y bailaban sus danzas demostrando en todo que estaban realmente poseídos por los espíritus de los pieles rojas».

Se preguntará por qué esos aborígenes norteamericanos representaron tan importante parte, no sólo en la iniciación, sino en la continuación de aquel movimiento. En este país lo mismo que en Norte América hay pocos médiums físicos que no tengan un guía piel roja cuya fotografía no haya

podido obtenerse por medios psíquicos, viéndose en ella los vestidos y el característico mechón de pelo en la frente. Es uno de tantos misterios que tenemos que resolver todavía. Lo único que sabemos con certeza, según nuestra propia experiencia, es que tales espíritus son muy poderosos en la producción de fenómenos físicos, pero nunca ofrecen las elevadas enseñanzas que nos vienen de los espíritus orientales y europeos. Los fenómenos físicos son, sin embargo, de la mayor importancia, por lo que llaman la atención de los escépticos en la materia, de suerte que la parte asignada a los indios es verdaderamente capital. Hombres del más rudo tipo campestre parecen estar en la vida espiritual especialmente asociados a las más escuetas manifestaciones de la actividad espiritista, habiéndose repetido infinidad de veces —si bien es difícil probarlo— que su principal organizador fue un aventurero conocido en vida bajo el nombre de Enrique Morgan, fallecido en el cargo de gobernador de Jamaica para el cual fue nombrado bajo el reinado de Carlos II. Tales afirmaciones, no demostradas, carecen de valor en el actual estado de nuestros conocimientos, pero deben anotarse por si futuros progresos permiten darles un mayor crédito. Juan King, que es el nombre espiritista del pretendido Enrique Morgan, es un ser perfectamente real y hay pocos espiritistas de experiencia que no hayan visto su barbudo rostro y oído su voz potente. Por lo que respecta a los indios colegas o subordinados suyos, lo único que puede conjeturarse es que son hijos de la Naturaleza, más cerca tal vez de los secretos primitivos que otras razas más desarrolladas. Puede ser que su cometido especial tenga por base una especie de expiación a arrepentimiento, parecer que yo mismo he oído de sus labios.

Estas observaciones pueden resultar una digresión del caso de los Shakers, pero las dificultades del investigador provienen sobre todo del número de hechos nuevos, sin orden ni explicación, que encuentra en su camino. La inteligencia no tiene casillas apropiadas para clasificarlos; sin embargo, el autor procurará en estas páginas acudir, en los límites de lo posible, a su propia experiencia, ya la de aquellos de quienes se puede fiar, para obtener las luces que le permitan hacer la materia más inteligible, y dar por lo menos una idea de esas leyes del Más Allá, que son tan obligatorias para los espíritus como para nosotros. Sobre todo, el investigador debe desechar para siempre la idea de que los espíritus son necesariamente entidades sabias o poderosas. Tienen su individualidad y sus limitaciones lo mismo que las tenemos nosotros, y tales limitaciones son más marcadas cuando se manifiestan a través de una substancia impropia.

Los Shakers tenían en su seno a un hombre de superior inteligencia, llamado F. W. Evans, quien dio una interesante y clara explicación respecto de esa materia, según puede ver el curioso lector en el New York Daily Graphic de 24 de noviembre de 1874, copiada in extenso en la obra del coronel Olcott, «Gente del otro mundo».

M. Evans y sus colegas, después de las primeras perturbaciones físicas y mentales producidas por aquella irrupción espiritista, pusiéronse a estudiar lo que realmente significaba, llegando a la conclusión de que tal asunto debía dividirse en tres fases. La primera se refería a la prueba efectiva para el observador, de que se trataba de algo positivamente real. La segunda fase es de condición instructiva, pues hasta el espíritu más humilde puede ilustrarnos acerca de su experiencia de la vida después de la muerte. La tercera fue llamada fase misionera, o sea de aplicación práctica. Los Shakers llegaron a la inesperada conclusión de que los indios aparecían no para enseñar, sino para aprender, de manera que los catequizaron como hubieran podido hacerlo durante su vida. Casos semejantes se han dado desde entonces en distintos círculos espiritistas, en los que ínfimos y humildes espíritus se presentaban para que se les enseñase lo que no pudieron aprender en este mundo. Alguien preguntará porqué los espíritus elevados del otro mundo no se cuidan de tal enseñanza. La contestación que recibió el autor en cierta ocasión fue ésta: «Esos seres están mucho más cerca de usted que de nosotros; usted puede llegar a ellos, mientras nosotros, no».

De ello se infiere claramente que los buenos Shakers nunca estuvieron en contacto con los guías más elevados —probablemente no los necesitaban— y que sus visitantes pertenecían a un nivel inferior. Tales visitas continuaron por espacio de siete años. Cuando los espíritus se marchaban anunciaban a sus huéspedes que volverían, y que entonces invadirían el mundo entrando así en los palacios como en las cabañas. Cuatro años más tarde se producían las manifestaciones de Rochester, adonde se trasladaron Elder Evans y otros Shakers para ver a las hermanas Fox. Su llegada fue recibida con gran entusiasmo por las fuerzas invisibles, proclamando que aquélla era la obra profetizada.

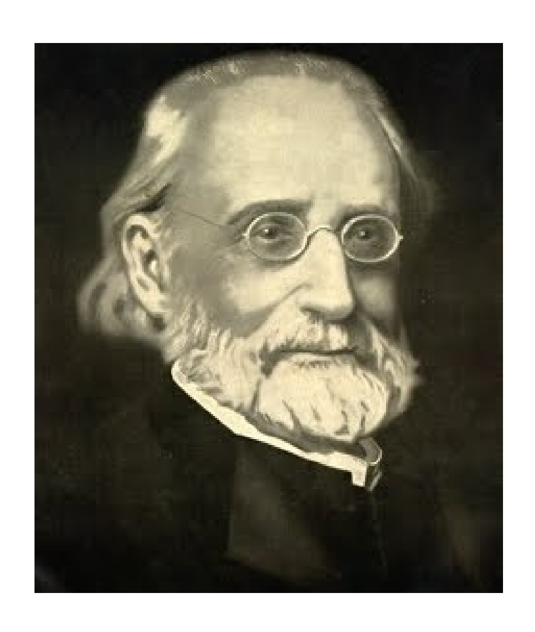
Es digno de mención un detalle muy elocuente relativo a Elder Evans. Habiéndole preguntado: —¿No le parece a usted que sus fenómenos son de la misma especie que los de los frailes y monjas de la Edad Media?— repuso con sencillez y oportunidad admirable—. Sin duda alguna. Esa es la verdadera interpretación que deben recibir en el transcurso de las edades. Las visiones de Santa Teresa fueron de condición espiritista y semejantes a las

que han obtenido los miembros de nuestra sociedad. Seguramente otra hubiera sido su contestación si se le hubiera dicho que las visiones de los religiosos eran angélicas y todas las demás diabólicas. Preguntado ulteriormente si la magia y la nicromancia pertenecían a la misma categoría, contestó: —Sí, y esto ocurre cuando el espiritismo es usado con fines egoístas. Resulta, pues, claro, que hubo hombres que vivieron hace cerca de un siglo capaces de enseñar a muchos sabios de nuestros días.

La tan notable mujer, señora Hardinge Britten, ha consignado en su «Espiritismo americano moderno» de qué manera entró en íntimo contacto con la comunidad de los Shakers, quienes le permitieron tomar todos los datos necesarios para el relato completo de sus visitas espiritistas. En él se establece que la nueva era debía inaugurarse por medio de un descubrimiento extraordinario de tanto valor material como moral. La profecía es notabilísima, pues conocido es el hecho histórico de que los campos auríferos de California fueron descubiertos al poco tiempo de producirse aquella manifestación psíquica. Un partidario de Swedenborg, con su doctrina de correlaciones, podría argüir que lo uno venía a completar lo otro.

Este episodio de las manifestaciones de los Shakers es un eslabón bien determinado entre el trabajo de vanguardia de Swedenborg y el período de Davis y de las hermanas Fox. Va a referir ahora la obra del primero, que está íntimamente asociada con la aurora y el progreso del movimiento psíquico moderno.

CAPÍTULO III
EL PROFETA DE LA NUEVA REVELACIÓN



Andrés Jackson Davis

Andrés Jackson Davis fue uno de los hombres más notables que conocemos. Nació en 1826, a orillas del Hudson. Su madre fue una mujer sin instrucción, con tendencias visionarias sinónimas de la más vulgar superstición. Su padre era un obrero curtidor borrachín. Él mismo escribió los detalles de su infancia en un curioso libro, «La varita mágica», el cual nos familiariza con la primitiva y dura vida de las provincias americanas en la primera mitad del siglo pasado y nos hace ver que aquel pueblo era rudo e ignorante, pero que, en cambio, espiritualmente, estaba pronto para asimilarse todo lo nuevo. En aquellos distritos rurales de Nueva York se desarrollaron en el espacio de pocos años el Mormonismo y el Espiritismo. Jamás hubo un muchacho con menos favorables disposiciones que Davis. Fue muy lento el desarrollo de su cuerpo y su inteligencia. Hasta la edad de diez y seis años difícilmente podía recordar los libros que leía en la escuela primaria. Y a pesar de ello, en aquel ente desmirriado había en acecho tales fuerzas, que antes de cumplir los veinte años pudo escribir uno de los más profundos y

originales libros de filosofía. ¿Se puede pedir una prueba más clara de que nada salió de él, siendo únicamente un mero conducto del conocimiento emanado de ese vasto manantial cuyas manifestaciones son tan inexplicables? El valor de una Juana de Arco, la santidad de una Teresa, la sabiduría de un Jackson Davis, las fuerzas supernormales de un Daniel Home, todo procede del mismo manantial.

En los últimos años de su infancia comenzaron a desarrollarse las fuerzas psíquicas latentes en Davis. Como Juan, oyó voces en los campos, voces agradables que le llenaron de júbilo. La clarividencia siguió a la clariaudiencia. En el momento de la muerte de su madre tuvo una clara visión de una apacible casita en un lugar radiante, que supuso ser el punto adonde su madre había ido. Sus facultades fueron reveladas al pasar por aquel lugar un feriante que exhibía las maravillas del mesmerismo, haciendo experimentos delante de Davis y de cuantos jóvenes rústicos quisieron someterse a ellos. En seguida se echó de ver que Davis tenía muy notables poderes clarividentes.

Estos fueron desarrollados no por el peripatético mesmerista, sino por un sastre local llamado Levingston, el cual parece haber sido un pensador de vanguardia. Se quedó tan intrigado por los maravillosos dones de aquel hombre, que abandonó su próspero negocio y se dedicó a trabajar con Davis usando su poder clarividente para diagnosticar las enfermedades. Davis tenía muy desarrollada esa fuerza, común entre los psíquicos, de ver sin los ojos, incluso objetos que era imposible distinguir por medio de la visión humana. Al principio ese don fue usado como una especie de divertimiento para leer con los ojos vendados cartas o relojes del público rústico allí reunido. En esos casos todas las partes del cuerpo asumen la función de la vista, probablemente porque el cuerpo etéreo o espiritual, que posee los mismos órganos que el físico, está desprendido total o parcialmente, siendo él quien registra la impresión. Como podía adoptar todas las posiciones y dar la vuelta completa, le era posible ver desde cualquier ángulo. Tal es la explicación que se da de tales casos, a uno de los cuales asistió el autor, en el norte de Inglaterra, donde Tom Tyrrell, el famoso médium, admiró los cuadros colgados de las paredes situadas detrás de su cabeza. Que sean los ojos etéreos los que vean el cuadro, o que vean la duplicación etérea de dichos cuadros, es éste uno de los varios problemas cuya solución dejamos a nuestros descendientes.

Levingston empleó primero a Davis para las diagnosis médicas. Describe cómo el cuerpo humano se vuelve transparente para los ojos espiritistas. Cada órgano se presenta con toda claridad y con una radiación especial propia, la cual se obscurece en caso de enfermedad. Para una inteligencia médica

ortodoxa, que al autor le merece toda clase de respetos, aquellas fuerzas son sospechosas, porque abren la puerta a la superchería; pero no tiene más remedio que admitir que todo lo dicho por Davis ha sido corroborado por la propia experiencia de M. Bloomfield, de Melbourne, quien me describió la admiración que sintió cuando aquellas fuerzas se le revelaron en la calle poniéndole al descubierto la anatomía de dos personas que andaban delante de él. Tales fuerzas han sido corroboradas hasta el extremo de utilizar comúnmente los médicos a los clarividentes como auxiliares en las diagnosis. Hipócrates dice: «Las afecciones sufridas por el cuerpo el alma las ve con los ojos cerrados». Al parecer, los antiguos conocían ya algo de tales métodos. Los servicios de Davis no se circunscribían a quienes le rodeaban, sino que su alma o cuerpo etéreo podía ser liberado por la manipulación magnética de la persona que le empleaba, y enviado fuera cual una paloma mensajera, con la certeza de que volvería trayendo los informes deseados. Aparte de la humanitaria misión que realizaba, podía en ocasiones vagar a voluntad, habiendo él mismo descrito en magníficos pasajes de qué manera podía ver la tierra translúcida abajo, con los grandes filones de mineral brillando a través de la masa, como metal fundido, cada uno de los cuales tenía su especial radiación.

Es notable que en aquellos primeros tiempos de los experimentos psíquicos de Davis perdiera al salir del trance el recuerdo de las impresiones que había tenido. Sin embargo, quedaban registradas en su inteligencia subconsciente, y años más tarde las recordó con toda claridad. De momento eran sólo una fuente de conocimientos para los demás, mientras él las ignoraba.

Hasta aquel momento el desarrollo de sus facultades se había producido de una manera nada original, puesto que éstas tenían semejanza con los experimentos de todos los dedicados a la psíquica. Pero ocurrió un caso completamente nuevo y que fue descrito con todo detalle en su autobiografía. Brevemente expuestos, los hechos fueron los siguientes: en la mañana del día 6 de marzo de 1844, Davis se sintió súbitamente poseído por tal poder, que le permitió volar desde la pequeña localidad de Poughkeepsie, donde vivía, y hacer en un estado de semi-trance un rápido viaje. Cuando recobró su poder perceptivo, se encontró en medio de abruptas montañas en las cuales halló a dos hombres venerables con quienes entró en íntima y elevada comunión, sobre medicina con el uno y sobre moral con el otro. Toda la noche estuvo fuera, y cuando a la mañana siguiente preguntó dónde se hallaba, dijéronle que en las montañas de Catskill, a cuarenta millas de su casa. Toda la

narración tiene las trazas de un experimento subjetivo, un sueño o una visión, y no podía menos que creerlo así, si no haber sido por los detalles de su recepción y por la comida que tomó a su regreso. También cabe un término medio, o sea, que el vuelo hasta las montañas fuera una realidad y las conversaciones un sueño. Pretende que más tarde identificó en sus mentores a Galeno y Swedenborg, cosa interesante por ser el primer contacto con muertos a quienes pudo reconocerse. Todo el episodio parece visionario y nada tiene que ver con los notables sucesos futuros de aquel hombre.

Sintió fuerzas aún superiores que se agitaban en su interior y se observó que cuando le dirigían preguntas importantes durante el trance mesmérico, contestaba siempre: «Contestaré a eso en mi libro». A los diez y nueve años sintió que había llegado la hora de escribir ese libro. La influencia mesmérica de Levingston no sirvió por una razón u otra, para el caso, por lo que se escogió al Dr. Lyon como nuevo mesmerista. Lyon abandonó su clientela y se fue con su protegido a Nueva York, presentándose en casa del Rev. Guillermo Fishbough para que actuara como amanuense. Tal selección intuitiva parece que estaba justificada, pues también el pastor abandonó su labor y aceptó la misión. Lyon sometió al joven día tras día a los trances magnéticos cuyas manifestaciones eran fielmente registradas por el secretario. El asunto no era cuestión de dinero ni de reclamo, de manera que el crítico más escéptico no podía menos que reconocer que la ocupación y el objeto de aquellos tres hombres formaban extraordinario contraste con el mundo material metalizado que les rodeaba: buscaban algo más allá, cosa que no podía ser más noble.

Hay que tener en cuenta que un conducto no puede dejar pasar más líquido que el permitido por su diámetro. El diámetro de Davis era muy distinto del de Swedenborg. Ambos poseían el conocimiento cuando se hallaban en estado de iluminación. Pero Swedenborg era el hombre más ilustrado de Europa, mientras Davis era un muchacho tan ignorante como el que más en el Estado de Nueva York. Las revelaciones de Swedenborg eran tal vez más grandes, pero también es probable que estuvieran influidas por su propio cerebro. La revelación de Davis era un milagro incomparablemente mayor.

El Dr. Jorge Bush, profesor de hebreo en la Universidad de Nueva York, uno de los que siempre estuvieron presentes hasta que se pronunciaban las fórmulas para la cesación del trance, escribe:

«Afirmo solemnemente que he oído hablar a Davis correctamente la lengua hebrea en sus sesiones, y hacer gala de tal cúmulo de conocimientos de geología, que es asombroso en una persona de su edad, aunque se hubiera

dedicado varios años a esos estudios. Discutió, con la misma señalada habilidad, las más profundas cuestiones de arqueología histórica y bíblica, de mitología, del origen y afinidades del lenguaje, y del progreso de la civilización en las diferentes naciones del globo, lo cual honraría a cualquier erudito de su edad, aunque para conseguir tal resultado hubiese tenido que pasar por todas las bibliotecas de la Cristiandad. Por lo demás, aunque hubiera adquirido todos los conocimientos puestos de relieve en sus sesiones, no en los dos años transcurridos desde que abandonó los bancos de la escuela, sino en toda su vida, con los más asiduos estudios, ningún prodigio intelectual de cuantos el mundo tiene noticia podría compararse con él ni un solo momento, puesto que jamás leyó ni un volumen ni una página».

Bush nos hace una descripción notable de Davis tal como era entonces: «La circunferencia de su cabeza es pobre», dice. «Si el tamaño es la medida del poder, la capacidad mental de aquel joven era muy limitada. Sus pulmones eran débiles y poco desarrollados. No vivió bajo influencias refinadas, pues sus maneras eran rústicas y vulgares. No conoce la gramática ni las reglas del lenguaje, ni tenía idea de los hombres científicos o literarios». Tal era el joven de diez y nueve años del cual fluía ahora una magnífica catarata de palabras y de ideas abiertas a la crítica no por lo sencillas, sino por lo sumamente complejas y expuestas en términos doctos con una fuerte fibra de raciocinio y método.

Está bien hablar de la inteligencia subconsciente, pero ello habíase tomado hasta entonces como una apariencia de ideas recibidas y como dormidas. Cuando, por ejemplo, el mismo Davis recordaba, a través de su evolución, lo ocurrido en sus trances, parecía como si saliera de un mundo de impresiones muertas. Parece un abuso de palabras hablar de inteligencia subconsciente, cuando tratamos de algo a lo cual jamás llegará por medios normales la más desarrollada inteligencia, consciente o no.

Tal fue el comienzo de la gran revelación psíquica de Davis objeto de varios libros por él escritos y a lo que puso el título de «Filosofía armónica». Más tarde trataremos de su naturaleza y lugar en la enseñanza psíquica.

En esa fase de su vida, Davis pretende haber estado bajo el influjo directo de la persona que más tarde resultó ser Swedenborg, nombre que entonces le era perfectamente desconocido. De tiempo en tiempo recibía las llamadas clariaudientes de «venid a la montaña». Esa montaña era una eminencia en la margen más apartada del Hudson, al otro lado de Poughkeepsie. Pretende que en aquella montaña encontró y conversó con una figura venerable. Parece que en el hecho no hubo detalle alguno de materialización; el incidente no tiene

caso análogo en nuestra experiencia psíquica, salvo —y lo decimos con todo respeto—. El episodio de Cristo hablando en la montaña con las formas de Moisés y Elías.

Davis no parece haber sido de ningún modo un hombre religioso en el sentido usual y corriente, aunque estuviera empapado del verdadero poder espiritual. Sus ideas, según lo que de ellas se conoce, tendían francamente a la crítica de la revelación bíblica, y, poniendo las cosas en lo peor, no creía en la interpretación literal. Pero era honrado, serio, incorruptible, amante de la verdad y consciente de su responsabilidad en proclamarla.

Durante dos años el Davis inconsciente continuó dictando sus libros sobre los secretos de la Naturaleza, mientras el Davis consciente se instruía en Nueva York con vistas a nuevas visitas a Poughkeepsie. Había comenzado a llamar la atención de algunas personas muy serias, siendo uno de sus visitantes Edgard Allan Poe. Su desarrollo psíquico continuó progresando, y antes de cumplir los veintiún años su estado era tal, que no necesitaba de nadie para entrar en trance, sino que se bastaba a sí mismo para ello. Su memoria subconsciente se despertó al fin y pudo abarcar toda la vasta perspectiva de sus experiencias anteriores. Por ese tiempo veló a una mujer moribunda, y observó todos los detalles de la partida de su alma, cuya admirable descripción nos da en el primer volumen de la «Filosofía armónica». Aunque su descripción ha aparecido en un folleto aparte, no se ha divulgado todo lo que debiera, por lo que puede interesar al lector conocerlo abreviadamente.

Comienza con la consoladora reflexión de que los propios vuelos de su alma le mostraron que el paso a la otra vida era «interesante y agradable, y que aquellos síntomas que parecen ser señales de dolor son realmente movimientos reflejos inconscientes del cuerpo». Luego explica cómo habiéndose sumido en lo que él llama «superior condición», observó las distintas gradaciones del fenómeno desde el aspecto espiritual. «Los ojos materiales sólo pueden ver lo que es material, y los espirituales lo que es espiritual», pero como resulta que todo tiene una contrapartida espiritual, el resultado es el mismo. Así, cuando el espíritu viene a nosotros, no somos nosotros quienes lo percibimos, sino nuestros cuerpos etéreos, que son, no obstante, duplicaciones de nosotros mismos.

Ese cuerpo etéreo de la moribunda fue el que vio Davis surgir de la pobre envoltura externa de protoplasma, que finalmente quedó vacía sobre la cama, como la arrugada crisálida cuando queda libre la mariposa. El proceso comenzó en la mujer con una extraordinaria concentración cerebral, que se

hizo cada vez más luminosa a medida que las extremidades se obscurecían. Es probable que el hombre nunca piense con tanta claridad o sea tan intensamente consciente, como cuando se ve libre de todos los medios indicadores de sus pensamientos. Entonces comenzó a separarse el nuevo cuerpo, liberándose ante todo la cabeza. Pronto quedó completamente libre, formando ángulo recto con el cuerpo, con sus pies cerca de la cabeza, y con cierto hilo luminoso vital correspondiente al cordón umbilical. Roto el hilo, una pequeña parte volvió al cuerpo muerto para preservarle de una putrefacción inmediata. En cuanto al cuerpo etéreo, tardó algún tiempo en adaptarse al nuevo medio, hasta que al fin pasó a través de la puerta abierta. «La vi pasar a través de la habitación contigua, salir por la puerta y subir por el aire… En cuanto salió de la casa, se le unieron dos espíritus amigos venidos de la región espiritual, y, después de reconocerse y de entrar los tres en comunicación de la más graciosa manera, comenzaron a subir oblícuamente a través de la envoltura etérea de nuestro globo. Andaban juntos tan natural y paternalmente, que difícilmente podía convencerme de que pisaban el aire —parecía que andaban sobre la falda de una gloriosa montaña que les fuera familiar. Continué mirándoles hasta que la distancia les alejó de mi vista».

Tal es la visión de la muerte, según A. J. Davis, muy diferente de ese tremebundo horror que durante tan largo tiempo ha obsesionado a la imaginación humana. Si eso es verdad, simpatizamos con el Dr. Hodgson cuando exclama: «Se me hace pesado esperar tanto tiempo». ¿Será ello cierto? Lo único que podemos decir es que está corroborado por muchos hechos evidentes.

Los que han llegado al estado cataléptico o entraron en el coma, han conservado impresiones que corroboran las explicaciones de Davis, si bien otros recobraron sus sentidos sin recordar impresión alguna. El autor, estando en Cincinnati en 1923, entró en relación con la señora Monk, dada por muerta por los médicos, y que durante una hora aproximadamente experimentó la existencia *post-mortem* hasta que un capricho de la suerte la devolvió la vida. Esa señora escribió un breve relato de su experiencia, en el cual dice recordaba su salida de la habitación en la misma forma relatada por Davis, así como el hilo plateado que continuaba uniendo su alma viviente con su cuerpo comatoso. El periódico *Luz* (25 de marzo de 1922), refiere un caso notable de cinco hijas de una mujer moribunda, todas ellas clarividentes, que vieron y relataron el proceso de la muerte de la madre. También en ese caso el proceso descríbese de una manera parecida, y las diferencias que pueda haber

demuestran solamente que el encadenamiento de los hechos no siempre está regulado por las mismas leyes. Otro caso de extraordinario interés lo hallamos en un dibujo ejecutado por una médium infantil, el cual representa el alma abandonando el cuerpo. Véase la descripción en la obra de la señora De Morgan, «De la Materia al Espíritu» (pág. 121). Ese libro, con su substancioso prefacio escrito por el célebre matemático profesor De Morgan, es una de las obras de vanguardia del movimiento espiritista en la Gran Bretaña. Cuando se piensa que fue publicado en 1863, se deplora el éxito de esas fuerzas de obstrucción, reflejadas tan intensamente en la prensa, la cual ha conseguido interponerse durante varios años como una barrera entre el mensaje de Dios y la raza humana.

El poder profético de Davis solamente puede ser pasado por alto por los escépticos que ignoren la realidad de los hechos. Antes de 1856 profetizó detalladamente la aparición de los automóviles y de las máquinas de escribir. En su libro «La Panetralia», se lee lo siguiente:

«Pregunta: ¿Podrá hacer el utilitarismo otros descubrimientos en el campo de la locomoción?».

—Sí; se verán coches y salones para viajar por las carreteras, sin caballos, sin vapor, sin ninguna fuerza motriz visible, moviéndose con mucha mayor velocidad y con más seguridad que ahora. Los vehículos serán impulsados por una extraña, sencilla y agradable mezcla de gases acuoso y atmosférico, tan fácilmente condensados, tan sencillamente encendidos y de tal manera acarreados a la máquina, más o menos parecida a las nuestras, que quedarán completamente ocultos, manipulándose entre las dos ruedas delanteras. Tales vehículos pondrán fin a las molestias de todo género que hoy dificultan la vida de las personas residentes en territorios poco poblados. Lo primero que exigirán esas locomotoras sin carriles de hierro, es magníficas carreteras, en las cuales las máquinas desprovistas de caballos puedan viajar con gran rapidez. Esos vehículos se me aparecen de construcción poco complicada.

Luego se le preguntó:

«¿Percibe usted algún plan por el cual se haga más expedito el arte de escribir?».

—Sí; me siento casi inclinado a inventar un psicógrafo automático, es decir, un alma escritora artificial. Puede construirse como un piano, con una escala de llaves que representen los sonidos fundamentales; otra más baja representará una combinación, y una tercera una rápida recombinación; de suerte que la persona en vez de tocar una pieza musical, escribirá un sermón o un poema.

De la misma manera, aquel vidente, contestando a una pregunta relativa a lo que se llamaba entonces «navegación atmosférica», sintió, «profundamente impresionado», que «el necesario mecanismo —para pasar a través de las adversas corrientes de aire de modo que podamos bogar tan fácil, segura y agradablemente como las aves— depende de una nueva fuerza motriz. Esa fuerza existirá un día, y no solamente impulsará a la locomotora sobre los rieles y al coche en las carreteras, sino también a los vehículos aéreos, que atravesarán los cielos de un país a otro».

Predijo el Espiritismo en sus «Principios de la Naturaleza», publicados en 1847, donde dice:

«Es una verdad que los espíritus se comunican entre sí mientras uno se halla en el cuerpo y el otro en las esferas elevadas, y ello aunque la persona corporal sea inconsciente de tal influjo y, por consiguiente, no pueda ser convencida por los hechos. Antes de mucho tiempo esta verdad será revelada en forma de demostración viviente. El mundo saludará con alegría la venida de esa era en que se establecerá la comunicación espiritual como ya lo está entre los habitantes de Marte, Júpiter y Saturno».

En esta materia las enseñanzas de Davis eran definitivas, pero hay que declarar que gran parte de su obra es difícil de leer a causa de las palabras que usa y hasta del vocabulario propio que ocasionalmente inventa. Sin embargo, siempre se mantiene en un nivel moral e intelectual muy alto, y con una ética cual la de Cristo aplicada a los modernos problemas y completamente libre de todo rastro de dogma. La «Religión Documental», como Davis llama a la de hoy, no es de ningún modo religión según él. Este nombre sólo puede aplicarse al producto personal de la razón y de la espiritualidad. Tales son las líneas generales de su enseñanza mezclada con varias revelaciones de la Naturaleza, según se desprende de los sucesivos libros de la «Filosofía Armónica», que siguieron a las «Revelaciones de la Naturaleza Divina» y ocuparon los siguientes años de su vida. Muchas de sus enseñanzas aparecen en un extraño periódico titulado El Univercoelum, o fueron difundidas en las conferencias que dio para que conociera el público los resultados de sus revelaciones.

En su visión del Más Allá, Davis vio una disposición del universo que corresponde muy aproximadamente a la de Swedenborg, y a lo que más tarde dijeron los espíritus y fue aceptado por los espiritistas. Vio una vida que se parecía a la de la tierra, una vida que puede llamarse semi-material, con placeres y objetivos adaptados a nuestras naturalezas, que la muerte no modifica en manera alguna. Vio estudio para los estudiosos, labor genial para

los enérgicos, arte para los artistas, belleza para los amantes de la Naturaleza, reposo para los cansados. Vio fases graduales en la vida espiritual, a través de las cuales se asciende a lo sublime y a lo celestial. Llevó su magnífica visión hasta más allá del universo presente y vio éste cómo se disolvería una vez más volviendo a la forma de nube incandescente de la cual salió, y que, consolidándose de nuevo, habrá de formar una esfera superior en la cual tendrá lugar una evolución más elevada, con una clase más alta procedente de la inferior que antes existía. Tal proceso se renovaría innumerables veces cubriendo trillones de años, en un trabajo continuo de refinamiento y purificación. Describió esas esferas como círculos concéntricos alrededor del globo, pero como declara que ni el espacio ni el tiempo están claramente definidos en sus visiones, no podemos tomar su geografía en un sentido demasiado literal. El objeto de la vida es merecer una calificación superior y el medio más adecuado para el mejoramiento humano consiste en no caer en el pecado, no sólo en los pecados actualmente reconocidos, sino en los pecados de superstición y estrechez de miras, tan despreciables así en relación con la carne efímera como con el espíritu eterno. Para conseguir ese fin, es esencial volver a la vida sencilla, a las creencias simples y a la fraternidad primitiva. El dinero, el alcohol, la lujuria, la violencia y el sacerdocio —en su sentido estrecho— son las rémoras del progreso de la raza humana.

Debemos admitir, por lo que conocemos de la vida de Davis, que éste vivió de sus propias profesiones. Era de la materia de donde salen los santos. Su autobiografía llega sólo hasta 1857, de manera que tenía poco más de treinta años cuando la publicó, a pesar de lo cual, da una muy completa y a veces involuntaria descripción de su ser íntimo.

Era muy pobre, pero fue justo y caritativo. Era de carácter serio, pero al mismo tiempo tranquilo en la argumentación y considerado en la contradicción. Se le dirigieron graves cargos, los cuales él mismo recoge con tolerante ánimo. Describe en detalle sus dos primeros matrimonios, raros como todo cuanto le ocurría, hablando ambos muy alto en su favor. Desde la fecha en que terminó su obra «La varita mágica», toda la vida la pasó leyendo y escribiendo y haciendo prosélitos hasta que murió en 1910, a la edad de ochenta y cuatro años. Durante los últimos de su vida regentó una pequeña librería en Boston. El hecho de que su «Filosofía Armónica» ha tenido más de cuarenta ediciones en Norte América, demuestra que la semilla que arrojó con tanta asiduidad, no cayó en tierras baldías.

Lo importante para nosotros es la parte representada por Davis al comenzar la nueva revelación espiritual. Él preparó el terreno a esa revelación

con la cual estaba destinado a asociarse, habiendo conocido la demostración material de Hydesville desde el primer día. En sus notas aparece la siguiente frase, bajo la fecha memorable de 31 de marzo de 1848: «Esta mañana, hacia el amanecer, un hálito fresco pasó por mi rostro, y oí una voz, tierna y segura, que me decía: —Hermano, ha comenzado la buena labor; contempla la demostración viviente que se inicia—. Me quedé divagando acerca del significado de tal mensaje». Era el comienzo del poderoso movimiento en el cual debía actuar como profeta. Sus fuerzas eran supernormales en el sentido mental, así como las señales físicas lo son en el sentido material. Unas eran complemento de las otras. Era, hasta los límites de su capacidad, el alma del movimiento, el cerebro dotado de la clara visión del mensaje anunciado por tan nueva y extraña vía. Ningún hombre podía hacerse cargo de aquella misiva por lo infinita y por pasar de los límites que podemos alcanzar con los medios humanos corrientes; pero Davis la interpretó tan exactamente en su tiempo y en su generación, que aun hoy poco puede añadirse a su obra.

Había ido más allá que Swedenborg, aunque no tenía los dones mentales de éste. Swedenborg había visto un cielo y un infierno, tal como Davis los vio y describió con todo detalle. Swedenborg, sin embargo, no pudo tener una clara visión de la situación del muerto y de la verdadera naturaleza del mundo espiritista con la posibilidad, por parte de aquél, de volver a la tierra, según le fue revelado al vidente americano. Ese conocimiento lo obtuvo Davis de una manera paulatina. Sus extrañas conversaciones con los que llama «espíritus materializados» eran cosas excepcionales, de las cuales al pronto no dedujo conclusiones importantes. Sólo más tarde, cuando se puso en contacto con fenómenos espiritistas efectivos, llegó a colegir su verdadera significación. Davis hizo inteligentes recomendaciones a los espiritistas. «El Espiritismo es útil como demostración viviente de una existencia futura», dice. «Los espíritus me han ayudado durante mucho tiempo, pero no han dominado ni mi persona ni mi razón. Pueden y deben realizar los mejores servicios en provecho de quienes están en la tierra, pero tales beneficios sólo pueden procurárselos aquellos que consientan a los espíritus ser sus maestros y no sus dueños, es decir, compañeros y no dioses a quienes deba adorarse».

Sabias palabras y confirmación moderna de la observación vital de San Pablo, según la cual el profeta no debe estar sujeto a sus propios dones.

Para explicarse adecuadamente la vida de Davis hay que tener muy en cuenta sus condiciones supernormales, y aun así pueden obtenerse distintas explicaciones, cuando se consideran los siguientes hechos innegables:

1. º Que afirma haber visto y oído a la forma materializada de Swedenborg antes de conocer ninguna de sus enseñanzas.

2. º Que en su ignorante infancia poseía algo que le infundió gran perspicacia y saber.

3. º Que ese conocimiento alcanzó los amplios límites universales arrolladores característicos de Swedenborg.

4. º Pero que él fue una etapa más allá, habiendo aportado precisamente ese conocimiento del poder espiritista que Swedenborg sólo pudo conseguir después de la muerte.

Considerando esos cuatro puntos, ¿no es una hipótesis admisible que el poder que Davis poseía fuera efectivamente Swedenborg? Sería conveniente que la estimable, pero estrecha y limitada Nueva Iglesia, tuviera en cuenta esas posibilidades. Pero tanto si Davis obró aisladamente, como si fue el reflejo de otro más grande que él, queda el hecho de haber sido un hombre milagroso, el inspirado e inteligente apóstol de una nueva ley. Tan fuerte fue su influencia que el conocido artista y crítico Mr. E. Wake Cook, en su notable libro «Regresión en Arte», califica las enseñanzas de Davis como una influencia que podía reorganizar el mundo.

Davis dejó su profunda huella en el Espiritismo. Como ha observado Mr. Baseden Butt, «incluso en nuestros días es muy difícil, si no imposible, calcular toda la extensión de su influencia».[1]

CAPÍTULO IV
EL EPISODIO DE HYDESVILLE

Hemos expuesto hasta aquí varias manifestaciones, irregulares e inconexas, de la fuerza psíquica, llegando ahora a un episodio que se produjo en nivel inferior a los otros, pero ocurrido a la vista de personas prácticas que lo investigaron por completo a la luz de la razón y redujeron a sistema lo que hasta entonces había sido mero objeto de admiración sin fin determinado. Es verdad que las circunstancias del caso a que aludimos, eran humildes, los actores sencillos, el lugar remoto, y la «comunicación» poco elevada, puesto que obedecía a motivos de venganza. Sin embargo, cuando en los cotidianos asuntos de este mundo se quiere saber si un hilo telegráfico trabaja, se comprueba si pasa el despacho, siendo secundario si el texto del mensaje es más o menos prosaico. Dícese que el primer mensaje que pasó a través del cable trasatlántico era una pregunta vulgar hecha por el ingeniero verificador, a pesar de lo cual reyes y presidentes lo usaron después. Así puede decirse que el humilde espíritu del buhonero asesinado en Hydesville, abrió un claro por el cual precipitáronse los ángeles. Hay bueno y malo interpuesto entre éste y el Otro Mundo: el ente que atraemos no depende sino de nosotros mismos y de los móviles que nos impulsan. Hydesville es un pueblecillo típico del Estado de Nueva York, con una población primitiva, indudablemente poco culta, pero que estaba como todos esos pequeños centros de vida americanos, más libre de prejuicios y más abonado para las nuevas ideas que cualquier otro pueblo de la época. Aquel pueblecillo, situado a unas veinte millas de la ciudad de Rochester, sólo constaba de unas cuantas casas de madera del tipo más humilde. En una de ellas, que apenas habría bastado para las necesidades de un veedor de condado británico, se produjeron los fenómenos que, en opinión de muchos, han sido la cosa más importante con que América contribuyera al común acervo espiritual del mundo. Habitaba allí una honrada familia de granjeros llamada Fox, nombre que, por coincidencia curiosa, había ya registrado la historia religiosa, por ser el del apóstol de los cuákeros. Se componía del padre, de la madre, ambos

metodistas en religión, y dos hijas residentes en la casa en el momento en que las manifestaciones de ultratumba llegaron a tal punto de intensidad que atrajeron la atención general. Las niñas llamábanse Margarita, de catorce años, y Catalina, de once. Había otros hijos que vivían fuera, de los cuales sólo uno, Lea, que era profesora de piano en Rochester, tomó parte en esta historia.

La casita tenía cierta mala reputación, según pruebas indubitables recogidas y publicadas poco después del suceso. En vista de la extraordinaria importancia de todo cuanto se refiere al caso, hay que reproducir algunos extractos de las declaraciones que sobre él prestaron algunas personas, pero para evitar que el relato quede dislocado, tales pruebas se publicarán en el Apéndice. Pasemos ahora a la época en que la familia Fox alquiló la casita, el 11 de diciembre de 1847. Hasta el año siguiente no comenzaron a oírse los ruidos, que no obstante, otros arrendatarios habían tenido ya ocasión de oír. Esos ruidos consistían en golpes como si un visitante exterior advirtiera su presencia a la puerta de la vida humana y su deseo de que se le abriera la puerta. Iguales golpes (completamente desconocidos de aquellos granjeros ignaros), se habían oído ya en Inglaterra en 1661, en la casa de Mr. Mompesson, en Tedworth[2]. Melanchton recuerda que hubo golpes análogos en Oppenheim, en Alemania, en 1520, y otros semejantes se oyeron en Epwoth Vicarage, en 1716. Pero los golpes dados en la casita de los Fox estaban destinados más que los anteriores a hacer abrir las puertas.

Los ruidos no parece que incomodaron a la familia Fox hasta mediados de Marzo de 1848. Desde aquel momento comenzaron a aumentar en intensidad. Unas veces eran un mero golpe; otras veces parecían producidos por el rodar de los muebles. Las niñas llegaron a alarmarse tanto que se negaron a dormir solas, por lo que los padres se las llevaron a su alcoba. Los ruidos eran tan fuertes que las camas temblaban. Se hicieron todas las investigaciones posibles, espiando el marido a un lado de la puerta y la mujer al otro, pero los ruidos continuaban. En seguida se echó de ver que la luz del día era enemiga del fenómeno, lo cual robusteció la idea de que todo era una tramoya, pero cuanto se hizo para comprobarla fracasó. Finalmente, en la noche del 31 de marzo, hubo una explosión fuerte y continua de ruidos inexplicables. Aquella noche se llegó a un alto grado de perfeccionamiento psíquico, a causa de que la jovencita Catalina Fox desafió al poder invisible a que repitiera los golpes que ella producía con los dedos. Aquellos seres rudos en paños menores, de rostro inmovilizado por un gesto de ansiedad, formando irregular círculo a la luz de unas bujías que llevaban sus propias sombras hasta los rincones de la

sórdida habitación, constituían magnífico asunto para un cuadro de historia. Si se buscara por todos los palacios y cancillerías del año 1848, no se encontraría en ellos estancia más histórica que aquel pequeño dormitorio.

El reto de la muchacha fue inmediatamente atendido aun cuando fue formulado con palabras de tímida indecisión. Cada golpe tuvo su eco en otro golpe. Por humildes que fueran los operadores en cada extremo, el telégrafo espiritual había entrado en acción, quedando a la paciencia y al ardor moral de la raza humana el cuidado de determinar el valor que su uso pudiera tener en lo futuro. Había en el mundo muchas fuerzas inexplicadas, pero allí se presentaba una que pretendía tener tras sí una inteligencia independiente de las demás. Tal era la suprema significación del fenómeno.

La señora Fox quedó aterrada ante aquel hecho, sobre todo al descubrir que aquella fuerza podía ver y oír, pues cuando Catalina movió los dedos sin hacer ruido, los golpes continuaron contestando. La mujer hizo una serie de preguntas, cuyas contestaciones, expresadas por medio de números, demostraron mayor conocimiento acerca de las cosas de la casa que los que ella misma tenía. Por ejemplo, los golpes dijeron que había tenido siete hijos, siendo así que la mujer protestaba de que sólo había dado nacimiento a seis, pues no recordaba que uno había muerto a poco de venir al mundo. Una vecina, la señora Redfield, fue llamada por los Fox, y su regocijo se convirtió en asombro y luego en terror al notar la exactitud de las contestaciones a ciertas preguntas de carácter íntimo que formuló.

Al esparcirse el rumor de tales maravillas, los vecinos acudieron en masa. Uno de ellos se llevó a las dos niñas a su casa, mientras la señora Fox fue a pasar la noche en la de la señora Redfield. En ausencia de ellos el fenómeno continuó desarrollándose de la misma manera que antes, lo cual hacía desechar radicalmente las teorías de los crujidos de músculos y huesos y de rodillas dislocadas aducidas con tanta frecuencia por gentes ignorantes de la realidad de los hechos medianímicos.

Habiendo formado una especie de comité de investigación la gente, a la manera yanqui, pasó gran parte de la noche del 31 de marzo en preguntas y respuestas con el invisible fantasma. Según éste, se trataba de un espíritu; había sido herido en aquella casa; denunciaba con golpes el nombre del que le hirió; tenía treinta y un años de edad en el momento de su muerte, ocurrida cinco años antes; había sido asesinado por dinero, y le habían enterrado en la cueva, a diez pies de profundidad.

Los investigadores bajaron a la cueva, y en medio de ella empezaron entonces a resonar sordos y fuertes golpes dados al parecer con los dedos

debajo de tierra. Allí estaba el lugar de la inhumación. Un vecino llamado Duesler, fue el hombre que por primera vez apeló al alfabeto y obtuvo respuestas en forma de golpes dados al llegar a las letras indicadas. De esta forma se averiguó el nombre del hombre muerto: Carlos B. Rósma. Este procedimiento de los mensajes coordinados no se desarrolló hasta cuatro meses más tarde, cuando Isaac Post, un cuákero de Rochester, señaló el camino que debía seguirse. Tales fueron, en grandes líneas, los sucesos de marzo, 31, continuados y confirmados en la noche siguiente, a presencia de lo menos doscientas personas congregadas alrededor de la casa. El día 2 de abril se notó que los golpes se producían tanto de día como de noche. Hemos bosquejado el cuadro sintético de los hechos de la noche de 31 de marzo de 1848, pero como se trata de rememorar la pequeña raíz que había de dar origen a un frondoso árbol, nos parece preferible ampliar el relato del suceso tomándolo de dos testigos entre los varios que tuvo. Su declaración fue hecha cuatro días después de lo ocurrido, y forma parte de un admirable informe de investigación psíquica redactado por el comité local, y al que nos referiremos más adelante. Uno de esos testigos, la señora Fox, declaró:

> «En la noche de los primeros ruidos todos nos despertamos, encendimos una bujía y registramos la casa, sin que cesaran un momento los golpes, que se oían casi siempre en el mismo lugar. Aunque no muy fuerte, producíase a la vez un movimiento en los muebles y en las sillas, muy perceptible, sobre todo cuando volvimos a acostarnos. Era un movimiento trémulo más bien que una sacudida súbita. Continuó durante toda la noche hasta que nos quedamos dormidos. Yo no pude conciliar el sueño hasta las doce. El día 30 de marzo fuimos molestados toda la noche. Los ruidos se oían en todas las habitaciones de la casa. Mi marido salió afuera mientras yo permanecía dentro, sonando los golpes en la misma puerta que nos separaba. Oí pisadas en la despensa y como si alguien anduviese debajo, en la escalera; no podíamos estar tranquilos; deduje que la casa estaba visitada por algún espíritu. Muchas veces había oído hablar de ellos, pero jamás había presenciado cosa parecida ni me había ocurrido nada análogo.
>
> »La noche del viernes, 31 de marzo de 1848, habíamos decidido acostarnos más temprano y no consentir que se nos molestara con ruidos haciendo todo lo posible por dormir en paz. Pero aún no se había acostado mi marido, cuando

empezaron a oírse los estrépitos, que aquella noche sonaban de modo distinto. Las niñas, que dormían en una cama instalada en nuestra alcoba, oyeron los golpes, y probaron a imitarlos golpeando con los dedos.

»La menor, Catalina, decía: “Señor desconocido, haga usted lo que yo hago”, y daba golpecitos con los dedos. Inmediatamente contestaba el mismo número de golpes. Cuando ella se paraba, el ruido también cesaba durante corto tiempo. Luego Margarita dijo un poco como de burla: “Ahora haga lo mismo que yo: cuente uno, dos, tres, cuatro”, y golpeó al mismo tiempo con los dedos; los ruidos contestaron como antes. La niña se quedó aterrada. Luego Catalina, ingenuamente, exclamó: “¡Oh, madre, ya sé lo que es! Pronto será el día de los Inocentes, y hay alguien que quiere burlarse de nosotros”.

»Entonces pensé en hacer una prueba cuyo resultado ninguno pudiéramos poner en duda. Pregunté al de los ruidos que me indicara con golpes y de una manera sucesiva, la edad de cada uno de mis hijos; instantáneamente me dio esa edad, parándose lo suficiente entre la de uno y otro para que yo pudiera contar hasta el número de siete. Siguió a esto una pausa más larga, y luego una serie de tres golpes fuertes correspondientes a la edad de un hijo fallecido, y que era el más pequeño de todos.

»Luego pregunté: —¿Es un ser humano quien contesta a mis preguntas? A esto no respondió ningún golpe. Volví a decir —: Si es un espíritu, que dé dos golpes. Inmediatamente resonaron los dos golpes. A continuación indiqué: —Si se trata de un ser humano que fue herido, que dé dos golpes. Estos se oyeron en seguida tan fuerte que la casa tembló. Continué preguntando—: ¿Fue usted herido en esta casa? La contestación fue la misma que antes. —¿Vive la persona que le agredió? Contestación por medio de golpes, como antes. Por tal procedimiento descubrí que había sido muerto en mi misma casa; que era un hombre de treinta y un años; y que sus restos habían sido enterrados en la cueva; que su familia se componía de la mujer y cinco hijos, dos varones y dos hembras, todos los cuales vivían en el momento de ser asesinado, y que la esposa

había fallecido después. Finalmente, le pregunté—: ¿Continuará usted golpeando si llamo a mis vecinos para que puedan también oírle? Los golpes contestaron con fuerza en señal afirmativa.

»Mi esposo salió a buscar a la vecina de al lado, que es la señora Redfield. Se trata de una mujer muy cándida. Las niñas, sentadas en la cama, muy juntas una a otra, temblaban de miedo. Yo creo que estaba tan tranquila como estoy ahora. La señora Redfield vino en seguida (eran las siete y media), creyendo que haría reír a las niñas, pero cuando las vio pálidas, miedosas, casi mudas, se quedó cortada y empezó a creer que se trataba de algo más serio de lo que supuso. Hice algunas preguntas en nombre de mi vecina y obtuve contestaciones por el procedimiento anterior, diciéndonos su edad exactamente. La señora llamó a su marido, ante quien formulamos las mismas preguntas, obteniendo las mismas contestaciones.

»Entonces el señor Redfield salió en busca del señor Duesler, de su mujer y de otras varias personas. A su vez Duesler llamó a los matrimonios Hyde y Jewell. Duesler hizo varias preguntas inmediatamente seguidas de las correspondientes respuestas. Luego hice yo venir a cuantos vecinos pude, y pregunté al espíritu si alguno de ellos había sido el agresor, pero no obtuve contestación. Duesler preguntó: "¿Fue usted asesinado?". Los golpes fueron afirmativos. "¿Su asesino cayó en poder de la justicia?". No contestó ningún ruido. "¿Puede ser castigado por la ley?". Ninguna contestación. Luego ordenó: "Si su matador no puede ser castigado manifiéstelo por medio de golpes", y los golpes se hicieron claros y distintos. De la misma manera Duesler logró enterarse de que el desconocido fue asesinado en la habitación situada al este de la casa, hacía unos cinco años, y que el asesino fue un tal… cometiéndose el crimen un martes por la noche, a las doce; que fue degollado con un cuchillo de carnicero; que el cuerpo fue bajado a la cueva; que no fue enterrado hasta la noche siguiente; que fue arrastrado escaleras abajo enterrándosele a diez pies de profundidad. Con golpes afirmativos dio a entender que el móvil del crimen había sido el robo. A la pregunta: "¿Cuánto fue lo robado?". ¿Un centenar de

dólares? No hubo contestación, como tampoco al preguntar si fueron doscientos, trescientos, etc., pero al decir quinientos, los golpes contestaron afirmativamente.

»Algunos vecinos más que estaban cerca, fueron llamados como testigos, y todos pudieron oír las preguntas y respuestas.

»Varios permanecieron en mi casa toda la noche. Yo salí con mis hijas.

»Al día siguiente, sábado, la casa se nos llenó de gente. No se habían oído ruidos durante el día, pero desde el anochecer comenzaron de nuevo. Estaban presentes más de trescientas personas.

»Por la noche, se empezó a cavar en la cueva, pero se encontró agua y tuvo que suspenderse el trabajo. El domingo no se oyeron ruidos ni por la tarde ni por la noche. Esteban. B. Smith con su esposa (mi hija María), y mi hijo David S. Foxy su mujer, durmieron en casa ese día.

»Nada volví a oír desde entonces hasta ayer, en que antes de media noche hicimos varias preguntas a las cuales se nos contestó por el mismo conducto de los golpes. Hoy oí los ruidos varias veces.

»No creo en casas encantadas ni en apariciones. Me contraría que haya producido tanto revuelo este suceso, que, para nosotros, se ha traducido en gran molestia. Considero una verdadera desgracia habitar en esta casa, y sólo ansío que la verdad sea conocida y se explique claramente lo que ocurre. Ninguna intervención tengo en los ruidos; todo lo que yo puedo decir es que se han oído repetidamente como queda apuntado. He vuelto a oírlos esta mañana (martes), 4 de abril. Mis hijos los han oído también.

»Certifico que la declaración anterior me ha sido leída; que concuerda con la verdad, y que estoy dispuesta a jurarlo si es necesario.

»(*Firmado*) MARGARITA FOX.

Declaración de Juan D. Fox

«Conozco la anterior declaración de mi esposa, Margarita Fox; la he leído y certifico que lo declarado es cierto en todas sus partes. He oído los mismos varias veces, y siempre obtuvieron la misma contestación, sin que haya habido jamás una sola contradicción.

»No conozco la causa de esos ruidos ni si fueron producidos por medios naturales. Registramos toda la casa, a horas distintas, para comprobar en lo posible si alguien se había escondido con el fin de producirlos, pero a nadie ni nada hallamos que pudiera explicar este misterio. Todo ello nos ha producido no poca molestia y ansiedad.

»Centenares de personas han visitado la casa, de tal modo, que nos ha sido imposible dedicarnos a nuestras tareas cotidianas, y lo que deseo es que cuanto antes se ponga en claro por qué medios naturales o sobrenaturales se han producido los ruidos. La excavación de la cueva se reanudará tan pronto como se achique el agua y entonces comprobaremos si hay allí restos humanos. Si los hubiera, no dudaría de que el fenómeno tiene origen sobrenatural.

(*Firmado*) JUAN D. FOX».

Los vecinos, como ya dijimos, se constituyeron en comité de investigación, dando con ello, por sus rectas intenciones y su interés, una lección a más de un investigador de los que luego actuaron. Comenzaron por no imponer condición alguna a nadie, es decir, se despojaron de todo prejuicio, atentos sólo a registrar fielmente los hechos. No solamente recogieron las impresiones de cuantos asistieron a los sucesos, sino que más tarde, al cabo de un mes, los dieron a la publicidad. El autor ha procurado inútilmente hacerse con un ejemplar del folleto, «Relación de los misteriosos ruidos oídos en la casa de Juan D. Fox», publicado en Canandaigua, Nueva York, pero ha logrado obtener un facsímil del original, gracias al cual ha llegado a la conclusión de que el hecho de la supervivencia humana y de la comunicación con el Más Allá, debe ser definitivamente admitida, a partir de la aparición de este documento, por todo cerebro capaz de apreciar la evidencia.

La declaración del señor Duesler, presidente del Comité, es un testimonio irrefutable de los ruidos que se produjeron en ausencia de las hijas de Fox, y

aleja en absoluto toda sospecha de complicidad con éstas. La señora Fox, según ya hemos visto, al referirse a la noche del viernes, 31 de marzo, dice: «Yo salí con mis hijas». He aquí parte de la declaración del señor Duesler: «Vivo a pocos pasos de la casa en que se produjeron los sucesos. La primera vez que oí hablar de ellos fue hace una semana, en la noche del viernes último (31 de marzo). La señora Redfield vino a casa a buscar a mi esposa para ir juntas al domicilio de los Fox. Aquélla parecía muy agitada, por lo que mi mujer me suplicó que las acompañara, y así lo hice… Eran aproximadamente las nueve de la noche. Cuando entramos, habría en la casa doce o catorce personas, algunas tan asustadas, que no se atrevían a moverse. En el tiempo que estuve en la habitación, permanecí sentado en la cama, oyendo cómo el señor Fox hacía una pregunta y cómo le contestaban los golpes muy distintamente. Al mismo tiempo observé que la cama se movía al producirse los ruidos».

Roberto Dale Owen, miembro del Congreso de los Estados Unidos, y antes ministro de la misma República en Nápoles, da algunos otros detalles en otra declaración, escrita después de sus conversaciones con la familia Fox. Describiendo la noche del 31 de marzo de 1848, dice:

> «Los padres trasladaron a su propio dormitorio el lecho de las niñas, ordenándoles que no hablaran de los ruidos aunque los oyeran. Pero a poco de haberlas dejado su madre tranquilas en la cama, y de haberse ella también dispuesto a descansar, oyó gritar a las muchachas: “¡Aquí están otra vez!”. La madre las riñó y se acostó decidida a conciliar el sueño. Pero al poco rato repitiéronse los ruidos con tal fuerza y de modo tan impresionante, que las niñas se incorporaron sentándose en el lecho, mientras la madre llamaba a su marido. Como reinaba fuerte viento, pensó que tal vez el ruido era producido por las maderas de las ventanas desvencijadas y batidas por el aire. El padre se acercó a éstas y las sacudió para comprobar si allí estaba la causa natural de los ruidos, pero según observó Catalina, la menor de las niñas, cada vez que el señor Fox hacía fuerza en las ventanas, los ruidos parecían contestarle. Como la muchacha era muy resuelta y empezaba a acostumbrarse al fenómeno, se volvió del lado del cual parecía proceder el ruido, y, golpeando con los dedos, exclamó: “¡Ea, señor desconocido, haga lo que yo hago!”. *Los golpes contestaron instantáneamente*. El padre se sentó junto a su hija y “observó

> que el ruido contestaba exactamente a todas las llamadas”. Su curiosidad no le llevó más lejos. En cambio, Catalina Fox, cada vez más intrigada, juntó el índice con el pulgar, restallándolos para ver si así obtenía alguna respuesta, y, en efecto, los ruidos contestaron como antes. La niña llamó a su madre, diciéndole: “¡Mira, mamá!”, y restallando otra vez los dedos halló que los ruidos contestaban siempre».

En el verano de 1848, David Fox, ayudado por Enrique Bush, Lyman Granger y otras personas, reanudó las excavaciones en la cueva. A una profundidad de cinco pies hallaron una tabla, y continuando el trabajo, descubrieron alquitrán, cal y finalmente, algunos huesos humanos, según el testimonio pericial de los médicos. Cincuenta y cinco años más tarde se hizo otro descubrimiento, que no dejaba la menor duda de que realmente alguien había sido enterrado en la cueva de la casa de los Fox.

Así lo consignó el Boston Journal (periódico que no era espiritista) el 23 de noviembre de 1904, en los siguientes términos:

«Han sido encontrados en la casa que fue de las hermanas Fox en 1848, restos del hombre que se supuso fue la causa de los ruidos que se oyeron por vez primera en la citada casa, viniendo este hallazgo a desvanecer las últimas sombras de duda que pudieran abrigarse sobre la veracidad de ambas hermanas en cuanto al descubrimiento de la comunicación espiritista.

»Las hermanas Fox declararon que habían establecido comunicación con el espíritu de un hombre, el cual díjoles haber sido asesinado y enterrado en la cueva. Repetidas excavaciones llevadas a cabo para hallar el cadáver, dieron un resultado incompleto, por lo que no pudo obtenerse la prueba concluyente de aquellos relatos.

»El nuevo descubrimiento y la buscada confirmación lo han realizado unos escolares que jugaban en la cueva de la casa de Hydesville, donde las hermanas Fox habían oído los extraños ruidos. Guillermo H. Hyde, conocido vecino de Clyde y propietario de la casa, mandó hacer una minuciosa inspección, encontrándose el esqueleto humano casi entero entre la tierra y los escombros de los muros de la cueva semiderruídos, esqueleto que, sin duda alguna, era el del buhonero errante, asesinado según se dijo, hace cincuenta y cinco años, en una habitación de la casa y luego enterrado en la cueva.

»El señor Hyde ha comunicado el hecho a los parientes de las hermanas Fox, y la noticia del descubrimiento se hará llegar a la Orden Nacional de los Espiritistas, muchos de los cuales recuerdan haber visitado la “Casa Encantada”, como vulgarmente se la denomina. El hallazgo de los huesos

viene a corroborar la declaración jurada hecha por Margarita Fox en abril de 1848.

»También fue hallado junto a los huesos un bote de hojalata perteneciente al buhonero que se ha llevado a Lilydale, centro de los espiritistas norteamericanos, adonde también se han conducido los restos encontrados en la vieja casa de Hydesville».

Tales descubrimientos despejaron para siempre la incógnita, probando de manera concluyente que se cometió un crimen en la casa, y que ese crimen fue revelado por medios psíquicos. Examinando los resultados de las dos excavaciones, es fácil reconstruir los sucesos. El cadáver fue enterrado bajo una capa de cal viva en el centro de la cueva, y después, alarmado el criminal por la facilidad con que podría descubrirse el emplazamiento, exhumó el cuerpo o la mayor parte del mismo, para enterrarlo de nuevo debajo del muro, o sea en lugar mucho más difícil de descubrir. No obstante, el traslado se llevó a cabo con tal precipitación, o, por lo menos, con tan escasa luz, que quedaron señales muy evidentes de la primera inhumación.

¿Existen, aparte las citadas, otras pruebas de aquel crimen? Para contestar a esta pregunta están las declaraciones prestadas por Lucrecia Pulver, mujer que sirvió al matrimonio Bell, ocupante de la casa cuatro años antes de los sucesos. La referida mujer describe cómo el buhonero llegó a la casa pasando allí la noche con su mercancía. Por su parte, ella, con permiso de sus amos, se fue a su casa aquella noche.

«Necesitaba, dijo, comprar algunas chucherías al buhonero, pero no llevaba dinero encima, y el buen hombre me dijo que iría a mi casa a la mañana siguiente para venderme lo que me hiciera falta. Pero no le vi más. Tres días después mis amos me mandaron recado y volví a la casa…

»Creo que el buhonero tendría unos treinta años de edad. Le oí hablar de su familia con el matrimonio Bell. La señora me dijo que era un antiguo conocido de ellos. Cierta noche, unos ocho días después de aquel suceso, la señora me ordenó bajar a la cueva, y pude notar que hacia la parte central el suelo estaba desnivelado y como si la tierra hubiera sido removida. Al volver arriba, la señora me preguntó por qué había gritado, y al explicarle lo que había visto, se rió de mis temores, diciéndome que, sin duda, los ratones habían minado el suelo. Pocos días después, el señor Bell bajó una cantidad de escombros a la cueva en plena noche, y estuvo trabajando bastante tiempo. Mi amo dijo que había estado tapando agujeros para impedir que salieran los ratones.

»Algún tiempo más tarde mi ama me regaló un dedal que, según dijo, había comprado al buhonero. Tres meses después me dijo que había vuelto el buhonero y me enseñó otro dedal y algunos otros objetos que le había comprado».

Otra declaración hecha por una tal señora Lape, que pretendía haber visto un aparecido en la casa, de mediana estatura, con pantalones grises y chaqueta y gorra negras, es de bastante valor si se tiene en cuenta que Lucrecia Pulver había manifestado que el buhonero usaba pantalones de color claro y chaqueta negra.

Pero hay en este asunto uno o dos puntos que se prestan a la discusión. Uno de ellos es que del buhonero, con nombre tan poco vulgar como Carlos B. Rosma, nadie supo dar antecedente alguno a pesar de la publicidad que alcanzó el hecho. Esto en aquel tiempo pudo parecer una objeción formidable, aunque hoy sabemos bien cuán difícil es que se conserven con toda fidelidad los nombres a través del tiempo. Un nombre es una cosa convencional, y como tal muy diferente de una idea. Todos los espiritistas practicantes han recibido mensajes de absoluta autenticidad, mezclados con nombres equivocados. Es posible que el nombre real del buhonero fuera Ross o Rosmer, y que ese error dificultara su identificación. Más singular es que no supiera que su cuerpo había sido trasladado desde el centro de la cueva hasta el muro, donde más tarde fue hallado. Nos limitamos a hacer constar el hecho sin intentar explicarlo.

Además, dando por sentado que las niñas fueran médiums y que la fuerza psíquica radicara en ellas, ¿cómo continuaron los fenómenos cuando ya no estaban en la casa? La única contestación que podemos dar a esto es que, según había de demostrarse en lo sucesivo, si bien esa fuerza emanaba, en efecto, de las niñas, había penetrado y como si hubiera empapado toda la vivienda, de suerte que allí estaba durante el tiempo en que las muchachas se ausentaron de la casa.

La familia Fox quedó profundamente impresionada por los sucesos hasta el extremo de que la señora Fox encaneció en ocho días. Parecía evidente que los hechos se producían merced a las dos hermanas, razón por la cual se decidió que residiesen fuera de su domicilio. Así ocurrió que en casa de su hermano, David Fox, adonde le tocó residir a Margarita, y en el domicilio de su hermana Lea, casada con el señor Fish, en el pueblo de Rochester adonde fue destinada Catalina, empezaron a oírse los mismos estrépitos. Se hizo lo humanamente posible para que la gente no se enterara, pero no pudo evitarse que transcendiera al exterior. La señora Fish, que era profesora de piano, no

pudo continuar su profesión, pues centenares de personas iban en procesión a su casa para ser testigos de tales maravillas. Aquella fuerza era además contagiosa, pareciendo transmitirse a distintos individuos. La señora Lea Fish se sintió invadida por ella, aunque en menor grado que Catalina y Margarita. Tampoco quedó circunscrita a la familia Fox, sino que, cual lluvia que descendiera de los cielos, se manifestó en algunas personas especialmente sensibles. Los ruidos fueron oídos en casa del reverendo A. H. Jervis, ministro metodista, que vivía en Rochester, así como en casa de la familia del diácono Hale, en Grecia, pequeña ciudad inmediata a Rochester. Algo más tarde las señoras Sara A. Tamlin y Benedict, de Auburn, reveláronse como notables médiums. Mr. Capron, que fue el primer historiador de aquellos acontecimientos, describe a la señora Tamlin como uno de los más positivos médiums que había visto, declarando que aun cuando los ruidos que se producían en su presencia no eran tan fuertes como los oídos por la familia Fox, los mensajes eran tan exactos como los que ésta recibía.

Rápidamente quedó demostrado que las fuerzas invisibles no estaban adscritas a ninguna casa determinada, sino que se habían incorporado a las niñas. En vano la familia y sus amigos metodistas rezaron para que éstas se vieran libres de aquella influencia; en vano se ejecutaron exorcismos por los clérigos de distintas creencias; las fuerzas invisibles continuaron manifestándose como si nada se hiciera contra ellas.

El peligro de la atracción irresistible bajo la guía de los espíritus, se puso de manifiesto con toda evidencia algunos meses después en las cercanías de Rochester, con motivo de la desaparición de un hombre en muy sospechosas circunstancias. Un espiritista entusiasta recibió mensajes por medio de golpes, anunciándole un crimen, y la mujer del desaparecido recibió orden de ir en su busca, siguiendo el canal que en aquellos días se estaba dragando. La experiencia estuvo a punto de costar la vida a la pobre mujer. Al cabo de unos meses, regresó el desaparecido, que había huido al Canadá para esquivar el cumplimiento de una condena por deudas. Como es de suponer, eso fue un golpe tremendo para el nuevo culto, pues el público no comprendía entonces, como tampoco comprende hoy debidamente, que la muerte no produce cambio en el espíritu humano, que los entes espirituales malévolos abundan, y que los experimentadores deben usar de todas sus precauciones y de su sentido común en cuantas pruebas intervengan. «Pon a prueba a los espíritus que seas capaz de conocer». El mismo año y en el mismo lugar, hubo otras ocasiones más en que se puso de relieve la verdad de la nueva filosofía por

una parte, y sus limitaciones y peligros por otra. Tales peligros no han desaparecido en nuestros días.

Todos los experimentadores han podido observar las dificultades que espíritus limitados o pedantes presentan cuando hay que tratar con ellos.

El mismo autor temió que su fe fuera debilitada por las decepciones, hasta que se le ofrecieron pruebas para contrarrestarlas y para convencerle de que si la inteligencia puede permitirse toda clase de bromas y excentricidades mientras reside en el cuerpo humano, de la misma manera las inteligencias liberadas de su envoltura corpórea pueden también recurrir a todo género de mixtificaciones.

El movimiento fue tomando grandes vuelos, no limitándose ya a los llamamientos hechos por un ser asesinado en demanda de justicia. El buhonero fue el explorador que vino a abrir camino a los métodos de investigación psíquica, y una vez iniciado el movimiento millares de inteligencias se precipitaron tras el humilde espíritu. Isaac Post fijó el método para hablar por medio de golpes lanzando mensajes a través de la nueva vía. Multitud de inventores y de pensadores entregáronse al estudio del espiritismo, siendo uno de los más ilustres Benjamín Franklin, cuya egregia inteligencia y cuyos conocimientos de electricidad con relación a la vida terrestre, le colocaban en situación excepcional para seguir los nuevos derroteros. Como quiera que sea, lo cierto es que Rosma desapareció de la escena en aquella nueva etapa, y que los golpes inteligentes que se oyeron en lo sucesivo, procedían de los que en vida fueron amigos de aquellos investigadores mejor preparados para recibir los mensajes de una manera seria y reverente. Tales mensajes venidos del Más Allá, decían que los amigos fallecidos vivían y amaban aún, dando de sus afirmaciones pruebas materiales que robustecían la fe vacilante de los nuevos prosélitos. Cuando se les preguntaba por sus métodos de trabajo y por las leyes que les gobernaban, las contestaciones eran exactamente las mismas que ahora, o sea, que se trata de un fenómeno relacionado con el magnetismo humano y espiritual; que los seres más ricamente dotados con tal propiedad física, podían convertirse en médiums; que tales dones no eran patrimonio necesario de la moralidad o de la inteligencia; y que la armonía entre los experimentadores y entre éstos y los espíritus era la condición necesaria para la consecución de buenos resultados en las comunicaciones. En los setenta años transcurridos desde entonces, poco más hemos aprendido, puesto que la ley primordial de la armonía queda invariablemente destruida por los escépticos en las seudo sesiones de comprobación, cuyos miembros pretenden haber refutado los alegatos

espiritistas al obtener resultados negativos o irregulares, cuando precisamente esos casos son los que confirman los principios espiritistas.

En una de las primeras comunicaciones de las hermanas Fox, éstas fueron advertidas de que las manifestaciones no se limitaban a ellas solas, sino que iban a tener por teatro todo el mundo. La profecía tuvo muy pronto confirmación, pues las nuevas fuerzas y sus desarrollos ulteriores, en los cuales se incluían la visión y la audición de los espíritus, y el movimiento de objetos sin contacto alguno, se pusieron de manifiesto en diversos círculos completamente independientes de la familia Fox. En un espacio de tiempo increíble, el movimiento, con su acompañamiento de excentricidades y fases de fanatismo, recorrió todos los Estados de la Unión del Norte y del Este, mostrando siempre un cúmulo de hechos tangibles, que, si por excepción podían ser simulados por impostores inevitables, venían a dar nueva fuerza a las convicciones de los investigadores serios y emancipados de todo prejuicio. Dejando para más tarde la referencia a esos vastos progresos ulteriores, continuemos el relato histórico de los primeros círculos que se abrieron en Rochester.

Los mensajes espiritistas habían anunciado al pequeño número de los primeros prosélitos una demostración pública de las fuerzas extraterrenas en un local de Rochester situado al aire libre, anuncio que llenó de espanto a las dos tímidas niñas campesinas y a sus amigos. Tan enfadados se mostraron los guías incorpóreos por el desvío de sus agentes terrenos, que amenazaron con suspender todo movimiento por espacio de una temporada, y en efecto, durante varias semanas dejaron de comunicarse con ellos. Al cabo, la comunicación fue reanudada, y los creyentes, una vez purificados por aquella interrupción y después de ponerse sin reservas en manos de las fuerzas exteriores, prometieron hacer cuanto fuera necesario en bien de la causa. La tarea no era fácil. Una parte del clero, especialmente el ministro metodista, Rev. A. H. Jervis, se puso de su parte, pero oran los menos; la inmensa mayoría fulminó anatemas desde el púlpito excitando a las masas a sumarse en el cobarde propósito de combatir a los herejes. El día 14 de noviembre de 1849, los espiritistas celebraron su primera reunión en la Sala Corintia, la mayor de que podía disponerse en Rochester. En honor de los asistentes, hay que hacer constar que escucharon atentamente la exposición de hechos realizada por Mr. Capron, de Auburn, principal orador. Un comité de cinco ciudadanos de representación quedó elegido para que estudiara el asunto e informara la noche siguiente, en que se reanudaría la reunión. Se tenía tal certeza de que el informe sería desfavorable, que El Demócrata de Rochester

había preparado un artículo con el título: «Exposición completa de la engañifa de los golpes». Pero los resultados obligaron al director de aquel periódico a guardarse el artículo. El comité declaró en su informe que los golpes eran indubitablemente hechos reales, aunque los datos recogidos no fueran del todo exactos, es decir, que las contestaciones a las preguntas «no eran ni del todo verdaderas ni del todo falsas». El informe añadía que los ruidos se oían en las paredes y en las puertas a alguna distancia de las niñas Fox, causando una vibración sensible. «Todos los trabajos para poner en claro por qué medios eran producidos los ruidos, habían fracasado».

El anterior informe fue desaprobado por la concurrencia, la cual nombró un segundo comité escogido entre los descreídos. La investigación estaba dirigida esta vez por un abogado, y Catalina fue excluida, admitiéndose solamente a Margarita y a la señora Fish. Con todo, los ruidos continuaron como antes, a pesar de la presencia de un doctor, Langworthy, encargado de certificar la posibilidad de un truco de ventriluoquía. El informe final decía que «los sonidos fueron oídos, y que la investigación realizada con toda conciencia, permitía afirmar de una manera concluyente que no estaban producidos por máquinas ni ventrílocuos, siendo imposible determinar la causa de los mismos».

De nuevo los asistentes rechazaron el informe de su propio comité y se nombró un tercero reclutado entre los más recalcitrantes, uno de los cuales declaró previamente que si no conseguía encontrar la causa de los ruidos se echaría de cabeza al río Genesee. La investigación se llevó a cabo con un rigor casi brutal, adscribiéndose al comité algunas señoras, las cuales desnudaron por completo a las asustadas niñas, haciéndolas objeto de las más aflictivas pruebas, como atarles fuertemente el vestido al nivel de los tobillos y colocarlas encima de cristales y otras materias aisladoras. A pesar de todo, el comité no tuvo más remedio que declarar que «cuando las niñas fueron colocadas sobre las almohadas, con un pañuelo atado fuertemente en la parte superior de sus vestidos, mientras la inferior estaba atada a los tobillos, todos oímos distintamente los ruidos en la pared y en el suelo». Además el comité declaraba que todas las preguntas, algunas de ellas mentales, habían sido contestadas exactamente.

Mientras el público consideró el movimiento como una especie de broma, mostró una tolerancia en la cual parecía solazarse, pero cuando aquellos informes sucesivos arrojaron sobre los hechos la luz de la evidencia, se alzó en la ciudad una verdadera cruzada de iracundia, hasta tal extremo, que Mr. Willeta, un valeroso cuákero, se vio obligado a declarar en la cuarta sesión

celebrada, que «la pandilla de rufianes designados para linchar a las niñas tendrían que pasar sobre su cadáver para intentarlo». Hubo un gran tumulto, las jovencitas tuvieron que ser salvadas por una puerta situada al fondo de la sala, y la razón y la justicia quedaron ahogadas de momento por la violencia y la locura. Entonces como ahora las inteligencias de los hombres estaban tan abarrotadas de tonterías, que no había espacio en ellas para otra cosa. Pero el Destino nunca tiene prisa, y el movimiento continuó su camino, siendo muchos los que aceptaron como concluyentes los informes de los varios comités, pues no había medio de someter los hechos a pruebas más rigurosas. Era un vino nuevo que fermentaba haciendo estallar los viejos odres en los cuales una parte del público había querido conservarlo.

Algunos círculos espiritistas, serios y discretos, estuvieron durante algún tiempo casi eclipsados por ciertos energúmenos mentecatos que pretendían hallarse en contacto con las más altas entidades, Apóstoles, etc., etc., y hasta hubo quien se creyó portador en la tierra del Espíritu Santo, lanzando mensajes que, por lo absurdos y burdos, no llegaban a ser blasfemos. Una comunidad de esos lunáticos, que a sí misma se llamaba «Círculo Apostólico de la Montaña Cove», llegó en ese terreno a los más vituperables extremos, dando con ello armas a los enemigos de las nuevas creencias. La gran mayoría de los espiritistas reaccionó condenando enérgicamente tales exageraciones, pero fue incapaz de evitarlas. En cambio, numerosos fenómenos sobrenaturales perfectamente comprobados vinieron a sostener los decaídos ánimos de quienes un momento se consideraron perdidos a causa de los excesos de los fanáticos. En una ocasión en que los hechos estuvieron perfectamente comprobados, dos grupos de investigadores actuando en habitaciones separadas, en Rochester, el día 20 de febrero de 1850, recibieron simultáneamente el mismo mensaje emanado de una fuerza central que se llamaba a sí misma Benjamín Franklin. El doble mensaje decía: «En el siglo XIX habrá grandes cambios; cosas que ahora parecen misteriosas y obscuras, se presentarán clarísimas ante vuestros ojos. Los misterios serán revelados y el mundo será iluminado». Debemos admitir que hasta la hora presente aquella profecía sólo se ha cumplido en parte y que, con algunas extraordinarias excepciones, los anuncios de aquel egregio espíritu no se han distinguido por su exactitud, sobre todo en lo que se refiere al elemento tiempo.

Se ha preguntado muchas veces: «¿Cuál era el objeto de tan extrañas revelaciones en aquellas fechas, admitiendo que su autenticidad fuera indudable?». El gobernador Tallmadge, reputado político de los Estados

Unidos, fue uno de los primeros en convertirse al nuevo culto, y por él sabemos que en dos distintas ocasiones, en dos distintos años, hizo aquella pregunta a dos médiums. Las contestaciones en ambos casos fueron idénticas. La primera decía: «Nuestro objeto es que la humanidad entera viva en la armonía y que los escépticos se convenzan de la inmortalidad del alma». La segunda era: «Queremos la unión de la humanidad y convencer a las inteligencias escépticas de la inmortalidad del alma». No se trataba, como se ve, de una ambición vulgar, por lo que carecen de justificación los duros ataques de los ministros del culto y de sus fieles, que los espiritistas vienen sufriendo desde entonces. La primera parte de aquellos mensajes tiene mucha importancia, porque permite esperar que uno de los últimos resultados del movimiento sea dar unidad a la religión sobre bases tan sólidas y tan suficientes que los distingos que hoy separan a las iglesias sean al fin derribados. Hasta es de esperar que tal movimiento vaya más allá de los límites del Cristianismo y destruya las barreras que mantienen entre sí separados a los más grandes núcleos de la raza humana.

De tiempo en tiempo aparecían nuevas explicaciones sobre los fenómenos. En febrero de 1851, los doctores Austin Flint, Carlos A. Lee y C. B. Coventry, de la Universidad de Búfalo, hicieron pública una declaración, según la cual los ruidos que se produjeron actuando las hermanas Fox tenían su origen en las articulaciones de la rótula. Esto provocó inmediatamente una réplica de la señora Fish y de Margarita Fox en la prensa, en forma de carta dirigida a los tres doctores, concebida en los siguientes términos:

«Como no podemos permanecer bajo la acusación de ser unas impostoras, estamos dispuestas a someternos a una honrada y severa investigación, a condición de que se nombren tres hombres y tres mujeres para que estén presentes a la prueba. Podemos asegurar al público que nadie se halla más interesado que nosotras en descubrir el verdadero origen de las misteriosas manifestaciones. Si pueden explicarse según principios “anatómicos” o “fisiológicos”, el mundo merece la investigación que proponemos y que la “farsa” sea descubierta. Como el público está verdaderamente interesado en este asunto, cuanto antes se esclarezca, tanto más pronto aceptarán la conclusión las firmantes:

ANA LEA FISH.

MARGARITA FOX».

La investigación se llevó a cabo, pero sus resultados fueron nulos.

En un comentario a la declaración de los doctores, publicado por el *New York Tribune*, el director de este periódico, Horacio Greeley, observó:

«Los doctores, según ya hemos dicho en estas columnas, comienzan suponiendo que el origen de los ruidos *debe* ser físico, y su causa primera la volición de las jóvenes citadas; en una palabra, que esas jóvenes son "las impostoras de Rochester". Por consiguiente, sostienen una acusación, en la que son a la vez jueces y parte. Como comprenderán los lectores, lo probable es que tengamos que dar otra versión de esos fenómenos».

No tardaron en presentarse numerosos testimonios en favor de las hermanas Fox, de suerte que la conducta de los doctores dio por resultado redoblar el interés del público hacia aquellas manifestaciones.

Hemos de registrar también las afirmaciones de la señora Norman Culver, quien en 17 de abril de 1851, declaró que Catalina Fox le había revelado el secreto de la producción de los golpes. Todo ello fue una completa invención, como demostró Mr. Capron en una respuesta aplastante según la cual, en la fecha en que Catalina Fox se suponía había hecho revelaciones a la señora Culver, estaba en su casa, a setenta millas de distancia.

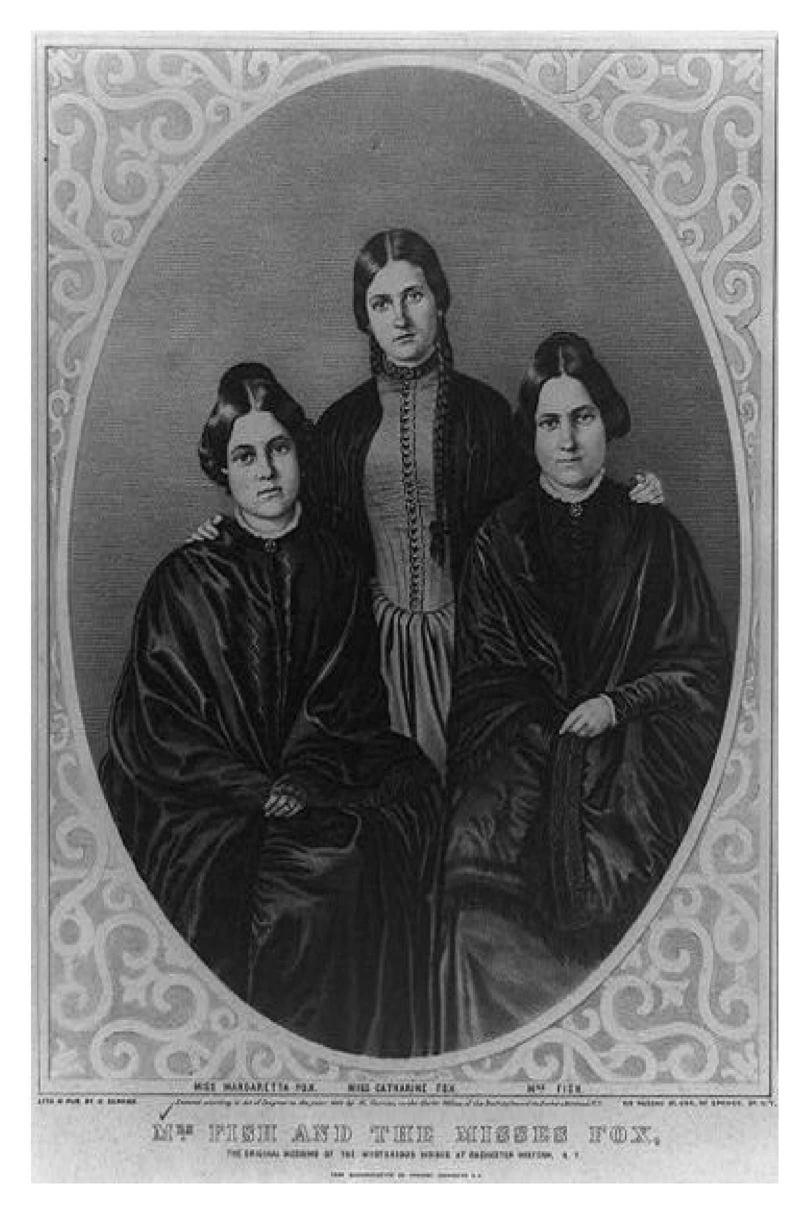
La señora Fox y sus hijas dieron sesiones públicas en Nueva York, en la primavera de 1850, en el Hotel Barnum, atrayendo multitud de curiosos. La prensa estuvo casi unánime en combatirles. Brillante excepción entre sus compañeros fue el ya citado Horacio Greeley, quien las defendió en su periódico en un notable artículo cuyo extracto hallará el lector en el Apéndice de esta obra.

De regreso a Rochester, la familia Fox realizó una excursión a los Estados del Oeste. Después hizo una segunda visita a Nueva York, donde el interés del público fue igualmente intenso, cuando declaró que obedecía las órdenes de los espíritus al proclamar la verdad al mundo, y que la nueva era había ya comenzado. Cuando se lee los relatos detallados de las sesiones por entonces celebradas y se considera la superioridad mental de los asistentes a ellas, causa dolor pensar que el pueblo, cegado por los prejuicios, llegara a creer que todo ello era resultado de la mixtificación. Poco a poco, sin embargo, el público comenzó a dar muestras de aquel valor moral de que había carecido cuando se combinaron las fuerzas reaccionarias científicas y religiosas para ahogar la nueva revelación y proclamarla como peligrosa para quienes la defendían. En una sesión tenida en Nueva York en 1850, sentados alrededor de la mesa, vemos al Rev. Griswold, al novelista Fenimore Cooper, al historiador Brancroft, al Rev. Dr. Hawks, a los doctores J. W. Francis y Marcy, al poeta cuákero Willis, al poeta Bryant, al general Lyman y al periodista Bigelow, del *Evening Post*. Todos ellos se manifestaron satisfechos de la sesión y declararon: «Las maneras y la conducta de las jóvenes (es decir,

las tres hermanas Fox) son tales que producen una predisposición a su favor». Se ha progresado mucho desde entonces; se han erigido grandes obras y se han inventado terribles máquinas de guerra, pero ¿podemos decir que al mismo compás se haya avanzado en conocimiento de lo espiritual y en adhesión a lo desconocido? Bajo la guía del materialismo lo que se ha seguido es el camino malo, y cada día que pasa aparece más claro que el mundo o debe retroceder o perecer.

[Apéndice Capítulo IV]

CAPÍTULO V
LA ACTUACIÓN DE LAS HERMANAS FOX



Kate Fox (1837–1892), Margaret Fox (1833–1893) y Leah Fox (1814–1890)

En gracia a la continuidad de nuestro relato proseguiremos la historia de las hermanas Fox después de los hechos de Hydesville. Son hechos notables,

aunque a la vez penosos, para los espiritistas, pero entrañan una lección y deben ser fielmente registrados. Cuando los hombres tienen la aspiración honrada de la verdad, nada puede rebajarles, nada está fuera de lugar en el camino que se han propuesto.

Durante algunos años las dos jóvenes hermanas, Catalina y Margarita, dieron sesiones en Nueva York y en otras ciudades, saliendo siempre triunfantes de todas las pruebas a las cuales fueron sometidas. Horacio Greeley, candidato más tarde a la presidencia de los Estados Unidos, mostró, como hemos dicho, decidido interés por las hermanas plenamente convencido de su honradez. Dícese que él mismo las facilitó los fondos necesarios para completar su educación.

Durante aquellos años de pública mediunidad, cuando las jóvenes hacían furor tanto entre las personas que no tenían idea de la significación religiosa de la nueva revelación como entre aquellas que la estimaban con la esperanza de que el mundo mejorase, las hermanas estuvieron expuestas a las relajadoras influencias de unas reuniones caracterizadas por la promiscuidad de los concurrentes, cosa que ningún espiritista serio podía juzgar admisible. Los peligros de tales prácticas no eran entonces tan comprensibles como hoy, ni podía dejar de pensar el público que los espíritus descenderían a la tierra para dar cuenta del estado de los ferrocarriles por ejemplo, o de las consecuencias de una intriga amorosa. La ignorancia era universal, y aquellas pobres exploradoras un prudente mentor que les indicara un camino más seguro y más recto. Lo peor de todo es que sus energías al agotarse eran excitadas por la bebida de que abusaban las jóvenes, una de las cuales apenas había salido de la niñez. Dícese que tenían una predisposición familiar al alcoholismo, pero aun sin esa influencia, su conducta y su régimen de vida eran muy imprudentes. Jamás hubo la menor sospecha acerca de su moralidad, pero se lanzaron por un camino que forzosamente había de conducirlas a la degeneración del carácter y de la inteligencia, si bien transcurrieron varios años antes de que el mal se manifestara por entero.

Para tener alguna idea de la acción deprimente que se ejercía sobre las hermanas Fox en aquella época, basta consultar las observaciones recopiladas por la señora Hardinge Britten. Habla esta señora de «pararse en el primer piso para oír a la pobre y paciente Catalina Fox en medio de una multitud de curiosos escépticos y murmuradores, repetir hora tras hora las letras del alfabeto, mientras los no menos pobres y pacientes espíritus iban contestando por medio de golpes, con nombres, edades y fechas para satisfacer a cuantos llegaban». ¿Qué de extraño tiene que las muchachas, con su mísera vitalidad,

sin la buena y protectora influencia de la madre ausente, solicitadas por tantos enemigos, sucumbieran a una tentación aumentada por el uso de los estimulantes?

Un curioso folleto, «Las cartas de amor del Dr. Elisha Kane» arroja mucha luz sobre Margarita en aquella época. Era en 1852; el Dr. Kane, que más tarde debía convertirse en un famoso explorador ártico, encontró a Margarita Fox, a la sazón hermosa y atractiva muchacha, y le escribió una serie de cartas amorosas cuya colección constituye uno de los más curiosos tratados del arte de cortejar. Elisha Kane, como su primer nombre indica, era de origen puritano, y los puritanos, con su creencia de que la Biblia representa absolutamente la última palabra en la inspiración divina, eran instintivamente opuestos al nuevo culto, según el cual son posibles aún nuevas fuentes espirituales y nuevas interpretaciones religiosas.

Era también doctor en medicina, y la profesión médica es al mismo tiempo la más noble y la más cínicamente incrédula, del mundo. Desde el primer momento Kane se sintió inclinado a creer que la joven era juguete de un engaño, explotado por su hermana mayor Lea, con fines de lucro. El hecho de que Lea se casara poco tiempo después con un hombre rico llamado Underhill, no modificó la idea de Kane relativa al afán de la joven por las ganancias ilícitas. El doctor tuvo íntima amistad con Margarita, la puso bajo su protección para que se educara, mientras él estaba camino de las tierras Árticas, y, finalmente, se casó con ella según la curiosa ley matrimonial de Gretna Green, que entonces estaba de moda. Poco después falleció (en 1857), y la viuda, que se llamaba a sí misma señora Fox-Kane, repudió durante algún tiempo todos los fenómenos espiritistas, e ingresó en la Iglesia Católica Romana.

En sus cartas Kane reprocha continuamente a Margarita que viva de supercherías e hipocresías. Conocemos sólo algunas de esas cartas, de manera que no sabemos cómo se defendía la joven de tales acusaciones. El compilador del libro, aunque no es espiritista, dice: «¡Pobre muchacha! Era tan sencilla, tan ingenua y tan tímida, que no podía, aunque tal hubiera sido su inclinación, representar la menor farsa con probabilidades de éxito». Este es un testimonio de gran valor, puesto que el expresado compilador estuvo en íntima relación con todas las personas interesadas. Kane mismo, escribiendo a la menor de las hermanas, Catalina, dice: «Seguid mi consejo y no habléis más de espíritus ni a amigos ni a extraños. Ya sabéis que después de todo un mes de pruebas no hemos podido, Margarita y yo, sacar nada en claro. En esto hay gran misterio».

Considerando que Margarita durante sus íntimas relaciones con Kane dio claramente a éste toda clase de demostraciones de su poder, es inconcebible que un médico, dotado de la debida preparación, tuviera que admitir, después de un mes de pruebas, que nada había podido sacar en claro, si realmente todo estaba limitado a un simple chasquido de las articulaciones como otros médicos decían. En aquellas cartas no hay la menor prueba de que en los fenómenos hubiera fraude. Lo que en ellas encontramos es la plena demostración de que ambas jóvenes, Margarita y Catalina, no tenían la menor idea del aspecto religioso de sus poderes, ni de las graves responsabilidades de la mediunidad, ni de que hicieran mal uso de sus fuerzas al admitir a las sesiones gente de toda ralea y contestar preguntas cómicas o frívolas. Si en tales circunstancias sus fuerzas sufrían algún daño, ello no debía extrañar a ningún espiritista experimentado. No podían hacer nada mejor, y su edad y su inteligencia las disculpan hasta cierto punto.

Para mejor comprender su situación, hay que tener en cuenta que no sólo se trataba de unas jóvenes, casi niñas, sino que su educación era escasísima, ignorando la filosofía que sus experimentos encerraban. Cuando un hombre como el doctor Kane aseguraba a Margarita que estaba equivocada, no hacía más que repetir lo que andaba de boca en boca por todas partes, incluso en la mitad de los púlpitos de Nueva York. Probablemente la misma joven tenía la molesta sensación de que *estaba* equivocada sin saber por qué, lo cual explicaría el que no se sintiera herida por las observaciones de su amigo. Por lo demás, debemos admitir que *en el fondo*, tanto Margarita como Catalina tenían razón y que las precauciones tomadas contra ellas estaban injustificadas. En aquella época, eran incorruptibles, y si hubieran usado sus dones, como D. D. Home los usó, sin relación alguna con las cosas del mundo, sólo en demostración de la inmortalidad y para consuelo de los afligidos, se hubieran puesto por encima de toda crítica. Era equivocado dudar de sus facultades, pero no lo era tanto mirar con recelo el uso que a veces hacían de ellas.

En algunos momentos la situación de Kane no podía ser más ilógica. Estaba en las más íntimas y afectuosas relaciones con la madre y sus dos hijas, a pesar de creer que no eran más que unas embaucadoras que vivían de la credulidad del público. «Besa a Catalina de mi parte», dice, mientras a la madre le enviaba «la expresión de su amor».

Por otra parte, las jóvenes, aun siéndolo tanto, tenían cierta sensación del peligro alcohólico al cual estaban expuestas en medio de aquel público tan mezclado. «Dile a Catalina que no beba champaña y tú haz otro tanto», decía

el doctor. Era un buen consejo, y habría sido mejor seguirlo, tanto en provecho de las muchachas como en el del movimiento espiritista; pero una vez más hemos de tener presente la edad inexperta y las constantes tentaciones a que las dos hermanas estaban sometidas.

Como hemos dicho, Kane resultaba un amigo incomprensible de personas a las que tenía por embaucadoras. Los ruidos del Más Allá, sin base alguna científica o religiosa, eran, a su juicio, superstición de ignorantes, ¿y era él, hombre de reputación, el que había de casarse con un espíritu golpeador? Tuvo grandes vacilaciones antes de decidirse, y hasta comenzó una carta en la que rogaba a Margarita le permitiera convertirse en su hermano, y al final la enviaba «ardientes» besos. «Ahora que me has dado tu corazón, quiero ser un hermano para ti», dice. En realidad, era él quien estaba influido por una especie de superstición muy por debajo de la credulidad que afeaba en los otros. Frecuentemente en sus cartas alude al hecho de que levantando la mano derecha tenía poder de adivinación, según aprendió «de un mago de la India». Otras veces se las echa de *snob*, y otras no pasa de ser un fatuo. «He pensado mucho en ti en la misma mesa del presidente», dice en una ocasión, o bien: «Nunca te impondrás a mis pensamientos y a mis miras, como yo nunca me someteré a los tuyos».

Según esas cartas, hay cuatro puntos indiscutibles:

1. Que Kane sospechó vagamente que en los fenómenos podía haber superchería.

2. Que la joven no admitió tal acusación.

3. Que jamás pudo Kane explicar en qué consistía tal superchería.

4. Que la joven usaba sus facultades en una forma que deploran todos los espiritistas serios.

Realmente, tanto conocía ella la naturaleza de aquellas facultades como las personas que le rodeaban. El compilador de las cartas, dice: «Siempre declaró Margarita que no creyó nunca por completo que los golpes fueran obra de los espíritus, sino que más bien obedecían a leyes ocultas de la naturaleza». Esta fue su actitud en los últimos tiempos, y en sus tarjetas profesionales advertía al público que juzgara por sí mismo de la naturaleza de aquel poder.

Es natural que los que hablan del peligro del mediunismo especialmente del peligro físico, presenten como ejemplo a las hermanas Fox. Pero no hay que exagerar el caso. En el año 1871, más de veinte después de tan agotador trabajo, vemos todavía a dichas hermanas recibiendo el apoyo y la admiración entusiasta de no pocos hombres y mujeres prominentes en aquella época. Tan

sólo cuarenta años después de públicas exhibiciones, comenzó a manifestarse en la vida de las hermanas una situación penosa. Pero sin discutir aquí las causas de su decadencia, sostenemos rotundamente que las malandanzas a que se entregaron en los últimos tiempos, de ninguna manera justifican la afirmación de quienes pretenden que la mediunidad es una profesión que arruina moralmente al individuo.

En dicho año, 1871, Catalina Fox visitó Inglaterra gracias a la generosidad de Mr. Carlos E. Livermore, famoso banquero de Nueva York, agradecido por el consuelo que había recibido en diversas comunicaciones de las admirables facultades de la joven, con beneficio de la causa del espiritismo. Proveyó a todas sus necesidades, evitando así que, para vivir, recurriera a las sesiones profesionales. Además arregló las cosas para que en la excursión le acompañara una mujer adaptable a su carácter.

En carta dirigida a Mr. Benjamín Coleman, conocido miembro activo del movimiento espiritista inglés, Mr. Livermore, decía:

«Miss Fox es, indudablemente, la más admirable médium que existe. Su carácter es irreprochable y puro. He recibido muchos bienes a través de sus facultades medianímicas durante los últimos diez años, lo cual es consolador, instructivo y asombroso; le estoy por ello muy agradecido y deseo la tome usted bajo su cuidado mientras permanezca en ese país».

En las cartas siguientes de Mr. Livermore parece adivinarse una velada presunción de los postreros y tristes sucesos de la vida de la joven:

«Para que usted pueda comprender más fácilmente su idiosincracia, permítame que le diga se trata de una sensitiva en el más alto grado, distinguiéndose por una sencillez verdaderamente infantil: siente profundamente la influencia de cualquiera que está en contacto con ella, hasta tal punto que a veces se vuelve excesivamente nerviosa y aparentemente caprichosa.

»Por esta razón la he aconsejado que no dé sesiones en la obscuridad, que evite la excitación causada por las sospechas de los escépticos, por lo general meros curiosos y amantes sólo de lo fantástico.

»La perfección de las manifestaciones que puedan obtenerse a través de ella depende de la gente que le rodea, y cuanto mayor sea la simpatía de sus relaciones con usted, mayor será su poder receptivo. Las comunicaciones recibidas por su intervención son muy notables, habiéndolas yo tenido frecuentemente en perfecta lengua francesa, así como en español y en italiano, a pesar de que ella no conoce ninguno de estos idiomas. Le repito mi ruego de que *no dé sesiones como médium profesional*, y espero hará cuanto

buenamente pueda en favor del progreso de la gran verdad, mientras Catalina esté en Inglaterra».

Mr. Coleman, que había tenido una entrevista con ella en Nueva York, dice que recibió una de las más extraordinarias pruebas sobre la identidad de los espíritus entre cuantas había recibido en el curso de sus experimentos durante diez y siete años. Mister Cromwell F. Varley, ingeniero electricista que tendió el cable trasatlántico, en dictamen que presentó a la Sociedad Dialéctica de Londres en 1869, hizo referencia a los interesantes experimentos eléctricos realizados con aquella médium.

La visita de Catalina Fox a Inglaterra fue considerada evidentemente como una importante misión, pues vemos a Mister Coleman aconsejarle que busque testigos que no teman ver sus nombres publicados para confirmar los hechos que presencien. Tales medidas parece que se tomaron de una manera rigurosa, pues la masa considerable de testimonios recogidos acerca de las facultades de Catalina, procedía, entre otros, del profesor William Crookes, Mr. S. C. Hall, Mr. W. H. Harrison (director de *El Espiritista*), Miss Rosamunda Dale Owen (que casó más tarde con Lorenzo Oliphant), y el Rev. Juan Page Hopps.

La recién llegada comenzó sus sesiones a poco de estar en Inglaterra. A una de las primeras, celebrada el 24 de noviembre de 1871, asistió un redactor de *The Times*, el cual publicó una reseña detallada de la reunión, a la que también concurrió el célebre médium D. D. Home, gran amigo de Catalina. El artículo, titulado «Ciencia y Espiritismo», ocupaba tres columnas y medía del periódico. El redactor de *The Times* refiere que Miss Fox le recibió a la puerta de la habitación y le invitó a que permaneciera a su lado y le tuviera sujetas las manos, como así lo hizo. «Entonces se oyeron fuertes golpes, como sí se dieran en las paredes y fueran producidos con el puño. Los ruidos se reproducían tantas veces como nosotros los pedíamos». Añade que pidió cuantas pruebas se le ocurrieron, y que tanto Miss Fox como Mr. Home se sometieron sin dificultad a toda clase de exámenes, teniendo los pies y las manos atados.

Comentando esa reseña y la correspondencia a que dio lugar, el *Times* declaró que no había motivo para una investigación científica:

«Tememos que algunos lectores piensen que les debemos una satisfacción por haber abierto nuestras columnas a la controversia sobre una materia cual el espiritismo, tratando como una cuestión digna de estudio lo que debería ser rechazado como engaño e impostura. Pero incluso las imposturas deben ser desenmascaradas, y las ilusiones populares, aun las más absurdas, tienen

demasiada importancia para ser despreciadas por la parte más sensata de la humanidad… ¿Hay realmente en esa materia algo que merezca ser llevado ante el jurado, como dirían los abogados? Ciertamente, nos encontramos, por una parte, con una abundancia de pretendidos experimentos que difícilmente pueden llamarse pruebas, y algunas declaraciones de carácter más serio o impresionante. Y por otra parte, tenemos informes de impostores convictos y confesos, y muchas referencias auténticas de esos engaños y pretendidos descubrimientos».

El 14 de diciembre de 1872, la señorita Fox se casó con Mr. H. D. Jenoken, abogado de Londres, autor de un «Compendio de Derecho romano moderno» y otras obras, y secretario general honorario de la Asociación para la Reforma y Codificación del Derecho Internacional. Fue uno de los primeros espiritistas de Inglaterra.

El Espiritista, al dar la noticia de la ceremonia, consigna que los espíritus tomaron parte en el acto, pues durante el banquete de bodas oyéronse sordos ruidos procedentes de distintas partes de la habitación, y la mesa en la cual se hallaba el pastel nupcial, se levantó varias veces sobre el suelo.

Un contemporáneo dice que la señora Fox-Jencken (como así se llamó en adelante) y su marido frecuentaron los Círculos distinguidos de Londres en los primeros años del decenio de 1870 a 1880. Muchos investigadores psíquicos solicitaban vivamente el auxilio de Catalina.

Juan Page Hopps traza su retrato en aquella época diciendo «que era pequeña, delgada y muy inteligente, pero que estaba siempre riendo tontamente; sus maneras eran graciosas y delicadas, y el placer que sentía en el curso de sus experimentos, le ponía a cubierto del menor asomo de petulancia o afectación de misterio».

Su mediunidad consistía principalmente en la comunicación por golpes (generalmente muy fuertes), luces medianímicas, escritura directa y la aparición de manos materializadas. Sólo muy raramente obtuvo en Inglaterra formas completas materializadas, que habían sido una de las manifestaciones de sus sesiones en América. Varias veces hubo movimientos de objetos en la sala de experimentación, y traslado de los mismos de una habitación a otra.

Por aquel tiempo el profesor William Crookes estudió las facultades de esta médium y publicó la sincera declaración que veremos más adelante al tratar de las relaciones de Crookes con el espiritismo. Según las observaciones de Mr. Crookes, los ruidos constituían sólo una pequeña parte de las facultades psíquicas de Catalina Fox, y si éstas hubieran tenido que explicarse debidamente por medios normales, aún permanecerían envueltas en

el misterio. Crookes se expresa en los siguientes términos sobre lo ocurrido en una sesión en la cual estaban presentes, además de él y de Catalina, su esposa y una pariente:

«Yo tenía sujetas las dos manos de la médium con una de las mías, mientras sus pies descansaban en uno de los míos. Sobre la mesa había papel, y yo, con mi mano libre, me servía del lápiz.

»Entonces apareció una mano luminosa que bajaba desde lo alto de la habitación, y después de oscilar junto a mí unos segundos, cogió el lápiz de mi mano, escribió rápidamente en la hoja de papel, arrojó el lápiz y se remontó sobre nuestras cabezas, desvaneciéndose en la obscuridad». Muchos otros observadores describen fenómenos semejantes ocurridos con esta médium en diversas ocasiones.

Una fase muy extraordinaria de la mediunidad de la señora Fox-Jencken, consistió en la producción de substancias luminosas. En presencia de la señora Makdougall Gregory y W. H. Harrison, director de un periódico de Londres, y otros varios, viose aparecer una mano que llevaba una materia fosforescente, de unas cuatro pulgadas cuadradas, con la cual fue frotado el suelo y rozado el rostro de los asistentes. La luz era fría. La señorita Rosamunda Dale Owen, en su relato del fenómeno, describe el objeto como si fuesen «cristales iluminados» y dice que jamás vio materialización que diera una sensación más real de la proximidad de un espíritu, que aquellas luces. El autor puede corroborar también el hecho de que esas luces son ordinariamente frías, como tuvo ocasión de comprobar en cierta ocasión con otra médium, cuando la luz en cuestión se detuvo unos momentos en su rostro. Miss Owen habla también de libros y pequeños cachivaches que eran sacados de su sitio, y hasta de una caja de música, de unas veinticinco libras de peso, que fue trasladada sin contacto alguno del bufete donde se hallaba a otro lugar de la habitación. Pero lo más raro fue que el instrumento estaba desarreglado hacía mucho tiempo, sin poder usarse, y las fuerzas invisibles lo recompusieron y le dieron cuerda y tocó.

La mediunidad de la señora Jencken intervenía en todos los actos de su vida cotidiana. El profesor Butlerof dice que al hacer una mañana una visita de cumplido a ella ya su esposo en compañía de Mr. Aksakof, oyó algunos golpes en el suelo. Una tarde que estaba en casa de los Jeckens, los ruidos se hicieron más numerosos a la hora de tomar el té. Miss Rosamunda Dale Owen refiere también el incidente ocurrido con la médium, en plena vía pública. Iba acompañada de dos señoras amigas, cuando en el momento de detenerse ante los escaparates de una tienda, los golpes vinieron a mezclarse con la

conversación, y el pavimento vibró bajo sus pies. Los ruidos eran tan fuertes que llamaron la atención de los transeúntes. El señor Jencken relata otros varios casos de fenómenos espontáneos acaecidos en el seno de la vida doméstica.

Podría llenarse un volumen con detalles de las sesiones de esta médium, pero, con excepción de un nuevo caso, nos contentaremos con reproducir las palabras del profesor Butlerof, de la Universidad de San Petersburgo, el cual, después de una investigación de las facultades de Catalina, en Londres, escribió en *El Espiritista* (4 de febrero de 1876):

«De todo lo que he observado en presencia de la señora Jencken, deduzco que los fenómenos peculiares a esta médium son de naturaleza sólidamente objetiva y convincente, y los creo suficientes para que los más recalcitrantes escépticos, si son honrados, rechacen la sospecha de ventriloquía, acción muscular y cualquier otra explicación artificial del fenómeno».

H. D. Jencken falleció en 1881, dejando a su esposa con dos huérfanos, los cuales demostraron una admirable mediunidad desde la más tierna edad, según consta en los relatos de la época.

S. C. Hall, literato muy conocido, y espiritista distinguido, describe en los siguientes términos una sesión tenida en su domicilio de Kensington, el día de su santo (9 de mayo de 1882), en la cual su esposa, fallecida, manifestó su presencia:

«Por medio de la escritura corriente de la señora Jencken recibí varios mensajes interesantes. Habíamos obedecido su recomendación de estar apartados de la luz. La serie de manifestaciones que tuvieron lugar fueron tales, que pocas veces vi nada parecido, y nunca nada que lo superase… Cogí una campanilla que estaba sobre la mesa, y sin dejarla de mi mano, sentí que otra mano me la arrebataba haciéndola sonar por toda la habitación durante cinco minutos lo menos. Luego coloqué un acordeón sobre la mesa, de la cual fue transportado a una distancia de tres o cuatro pies, y el instrumento empezó a tocar al mismo tiempo que la campanilla sonaba en varios lugares de la habitación. Aunque sobre la mesa había dos bujías encendidas, y éstas se apagaban a veces, no se trataba de lo que se llama sesión obscura. Durante todo el rato, Mr. Stack sujetaba una de las manos de la señora Jencken, mientras yo le tenía cogida la otra, diciéndonoslo de tiempo en tiempo el uno al otro.

»Se pusieron luego cinco pensamientos silvestres sobre un papel, delante de mí. Había recibido por la mañana un ramo de dichas flores, pero el jarro en que las había colocado, no estaba en la habitación. Mandé por él y vi que se

hallaba intacto. El ramo no había sido tocado. En lo que se llama “Escritura directa”, he hallado estas palabras escritas con lápiz y letra muy diminuta, en una hoja de papel colocada ante mí: “Le envío a usted mi felicitación”. En una reunión celebrada días antes, a solas, con la señora Jencken, había ya recibido el siguiente mensaje: “En el día de su cumpleaños le enviaré mi felicitación”.

Mr. Hall añade que marcó la hoja de papel con sus iniciales, y como una precaución más, dobló uno de los ángulos de tal manera, que no hubiera más remedio que reconocerlo.

Tan grandemente impresionado quedó Mr. Hall, que no vaciló en escribir: «He presenciado y comprobado varias manifestaciones sorprendentes; dudo haber visto nada más convincente y con seguridad nada tan admirable, nada capaz de dar una prueba más evidente de que únicamente espíritus puros, buenos y santos, estaban en comunicación con nosotros». Añade que consintió en convertirse en el «banquero» de la señora Jencken, sin duda para que ésta pudiera recoger fondos, destinados a la educación de sus hijos. Ante lo que más tarde ocurrió a esta médium tan bien dotada, tienen un triste interés las siguientes últimas palabras:

«Tengo confianza, casi la seguridad, de que obrará bajo todos conceptos de modo que no mengüe, antes bien se fortifique, su poder como médium, y que continuará teniendo la amistad y la confianza de los que sólo pueden mirarla con los mismos ojos (puesto que el origen es el mismo) con que la Nueva Iglesia considera a Manuel Swedenborg, y los metodistas a Juan Wesley. No hay duda que los espiritistas deben a esta señora una gran parte de los bienes que se han conseguido por su mediación, como instrumento escogido por la Providencia para hacérnoslos disfrutar».

Hemos dado ese relato con algún detalle porque revela que las facultades de esta médium eran entonces de orden muy elevado. Pocos años antes, en una sesión celebrada en su casa el 14 de diciembre de 1873, con ocasión del primer aniversario de su casamiento, fue enviado por medio de golpes un mensaje así concebido: «Cuando las sombras vengan a envolverte al acabar tus días, piensa en el lugar de la luz», mensaje profético, pues el fin de su vida estuvo envuelto en sombras.

Margarita (la señora Fox-Kane), se reunió a su hermana Catalina en Inglaterra, en 1876, y continuaron juntas algunos años, hasta que ocurrió entre ellas un penoso incidente. Parece ser que estalló una agria disputa entre la hermana mayor Lea (entonces señora Underhill) y las dos más jóvenes. Es probable que Lea se hubiera dado cuenta de la inclinación de éstas al

alcoholismo y hubiera intervenido con más energía que tacto. También se entrometieron en el asunto algunos espiritistas, quienes se granjearon la mala voluntad de las dos hermanas, tal vez por haber intentado separar a Catalina de sus hijos.

Buscando armas —cualesquiera que fuesen— con las cuales poder atacar a quienes tan profundamente aborrecían, parece habérseles ocurrido —o, según otra versión, habérseles sugerido con promesas de recompensa pecuniaria— que si asestaban un golpe mortal al culto espiritista confesando que todo era una farsa, el golpe heriría también directamente a Lea y a sus secuaces en la parte más sensible. Al paroxismo de la excitación alcohólica y de la rabia se mezcló el fanatismo religioso, pues Margarita había sido educada en el espíritu de la Iglesia de Roma y fue persuadida —de la misma manera que lo fue Home durante cierto tiempo— de que sus facultades eran un maleficio. Ella misma habla del cardenal Manning como de la mayor influencia ejercida sobre su inteligencia en ese respecto, si bien sus declaraciones no pueden ser tenidas muy en cuenta. Sea como quiera, todas aquellas causas juntas la pusieron en un alarmante estado, que lindaba con la locura. Antes de salir de Londres escribió al *New York Herald* denunciando el culto.

Al llegar a Nueva York, en donde, según sus ulteriores declaraciones, había de recibir una cantidad de dinero por el escándalo que había prometido provocar, tuvo una verdadera explosión de ira contra su hermana mayor.

Es un estudio psicológico muy curioso, como lo es igualmente la actitud del público, que supone que las afirmaciones de una mujer desequilibrada, movida no sólo por el odio, sino por la esperanza de una recompensa pecuniaria —como ella misma declaró—, pueden echar por tierra las investigaciones críticas de una generación de observadores.

A pesar de todo, existe el hecho de que volvió a provocar ruidos, o facilitó que los ruidos se produjeran durante la conferencia que dio en la Academia de Música de Nueva York para denunciar el culto espiritista. Hay que desechar la idea de que en una sala de tan vastas proporciones se hubiera establecido previamente un medio de producir los ruidos en connivencia con la conferenciante. Más importancia tiene la prueba aportada por el redactor del Herald, a quien había concedido una sesión privada. En la reseña de esta sesión se lee:

«Primeramente oí un golpe bajo el suelo, cerca de mis pies, luego bajo la silla en que estaba sentado, y luego bajo la mesa en que me apoyaba. Margarita me llevó ante la puerta y allí oí el ruido, que parecía proceder del

lado opuesto. Luego, cuando se sentó en la silla del piano, éste vibró sordamente y la vibración resonó a través de la caja».

Este relato demuestra que los ruidos se producían con independencia de su voluntad, y que aquel periodista estaba menos influenciado que otros que yo conozco, al no suponer que aquellos ruidos tan distintos en calidad y en situación pudieran tener va origen en una tramoya previamente dispuesta por la médium. Era clarísimo que no sabía cómo se producían los ruidos, y el autor cree que Margarita tampoco lo sabía. Que ésta seguía estando realmente dotada de las facultades que negaba, es cosa probada no sólo por la experiencia del periodista, sino por la de Mr. Wedgwood, espiritista de Londres, ante quien hizo la médium una demostración antes de regresar a América. Ahora bien, es inútil sostener que no había base en las manifestaciones de Margarita. Lo que vamos a procurar explicar es en qué consistía esa base.

La honda sensación que produjo Margarita Fox-Kane con su carta al *New York Herald* divulgada en los meses de agosto y septiembre de 1888, produjo grandes beneficios al periódico que se cuidó de explotarla. En octubre, Catalina fue a reunirse con su hermana. La verdadera disputa parecía mantenerse entre Catalina y Lea, pues ésta había querido separar a los hijos de la madre por entender que la conducta de Catalina no podía hacerles ningún bien. Por eso, aunque Catalina no se irritara ni diera escándalos en público o en privado, se puso de acuerdo con su hermana en el complot para reducir a Lea a toda costa.

«Fue ella la que me mandó detener en la primavera última —dice— y la que formuló los absurdos cargos de que yo maltrataba a mis hijos. No me explico por qué ha estado siempre celosa de mí y de Margarita. Supongo que es porque podemos hacer en espiritismo cosas que ella no puede». Catalina se halló presente a la sesión del Salón de Música, en 21 de octubre, donde Margarita afirmó nuevamente su reputación con la producción de los ruidos. Su hermana estuvo callada en aquella sesión, pero su silencio puede interpretarse como una adhesión a los hechos de que había sido testigo.

En el mes de noviembre, cuando apenas habían transcurrido treinta días de la sesión, escribió a la señora Cootell, de Londres, habitante en la vieja casa de Carlyle, la siguiente notable carta (*Light*, 1888, pág. 619):

> «Hubiérale escrito a usted antes, pero mi sorpresa fue tan grande a mi llegada al conocer las declaraciones de Margarita sobre el espiritismo, que no tuve humor para escribir a nadie.

»El empresario de las conferencias arrendó el salón de la Academia de la Música, el local más amplio de Nueva York, a pesar de lo cual se llenó de bote en bote.

»Se hicieron mil quinientos dólares de beneficio. Muchas veces he deseado haberme quedado al lado de usted, y si mis medios me lo permitieran volvería ahí para olvidar todo esto.

»Tantas personas vienen a mí para preguntarme acerca de la declaración hecha por Margarita, que doy excusas yo misma para sincerarme.

»De todos modos, trabajo tendrán si quieren convencer a las gentes del fraude; seguramente les será imposible.

»Margarita está dando sesiones en todas las ciudades importantes de América, pero yo sólo la he visto una vez desde que llegué».

Con todo, Margarita vio en seguida que sus ganancias serían muy cortas, y que no resultaba provechoso contar embustes sin ser bien pagada, sobre todo cuando el movimiento espiritista era ya tan fuerte, que poco podía sufrir con su traición. Por esta u otra razón —y es de creer que con remordimiento de conciencia por la parte que en aquella mala obra le cabía—, es lo cierto que no tardó en afirmar que había propalado falsedades por motivos inconfesables. Sus nuevas declaraciones aparecieron en la prensa de Nueva York en 20 de noviembre de 1889, aproximadamente un año después del escándalo.

«Quiera Dios, decía con voz que temblaba de intensa emoción, que pueda reparar el daño causado al movimiento espiritista cuando, bajo el poderoso influjo de sus adversarios, me permití acusaciones que no se apoyan en hechos reales. Esta retractación la hago no sólo inspirada en mis propios sentimientos de verdad y justicia, sino merced al impulso de los espíritus que usan mi organismo a despecho de la banda de traidores que me hicieron promesas de felicidad y de riqueza a cambio de mis ataques contra el espiritismo, promesas que han resultado engañosas…

»Antes de hablar con nadie de este asunto, fui continuamente aconsejada por el espíritu que me guía acerca de lo que debía hacer, llegando a la conclusión de que era inútil diferir por más tiempo mi retractación.

—¿No ha habido ahora oferta de una compensación metálica para hacer esto? —la preguntó el periodista interviuvador.

—Absolutamente ninguna.

—¿De manera que usted en este momento no persigue ningún beneficio pecuniario?

—Indirectamente, sí. Usted sabe que como instrumento mortal de los espíritus, he de subvenir a mi vida. Y esto espero lograrlo con el producto de mis nuevas conferencias. Nadie me ha dado un céntimo por la norma de conducta que yo misma me he impuesto.

—¿Qué razón la llevó a usted a denunciar el fenómeno de los ruidos espiritistas?

—A la sazón me encontraba muy necesitada de dinero y algunas personas, cuyos nombres prefiero callar, se aprovecharon de mi situación. De aquí vino todo el mal, lo cual, unido a la excitación que me dominaba, contribuyó a mi desequilibrio mental.

—¿Qué objeto perseguían las personas que la indujeron a confesar que tanto usted como los demás médiums traficaban con la credulidad del público? —Se proponían varios fines. El primero y principal, asestar un golpe de muerte al espiritismo, hacer algún dinero en su beneficio personal y despertar gran excitación en los ánimos, pues tal era la condición del éxito—. ¿Había algo de verdad en las acusaciones que hizo usted contra el espiritismo?

—Mis acusaciones eran completamente falsas en todas sus partes. No vacilo un momento en declararlo… No, mi creencia en el espiritismo sigue incólume. Cuando hice aquellas declaraciones, no era responsable de mis palabras. Los fenómenos se apoyan sobre hechos incontrovertibles. Ningún Herrman viviente puede reproducir las maravillas que han tenido efecto a través de algunos médiums. Cierto que con dedos diestros y viveza de imaginación se puede trazar escritos sobre el papel o la pizarra, pero la falsedad de tales pruebas no puede resistir a una seria investigación. Está fuera de las fuerzas de los falsarios producir una materialización cualquiera, y desafío a quienquiera que sea a que produzca un “golpe”, en las mismas condiciones en que yo lo hice. No hay ser humano en la tierra capaz de producir los “golpes” de la misma manera que se produjeron por mi mediación.

—¿Se propone usted dar sesiones?

—No, me propongo dedicarme enteramente a trabajos de propaganda desde la tribuna pública, porque así podré refutar mejor las calumnias lanzadas por mí misma contra el espiritismo.

—¿Qué dice su hermana Catalina de la actitud que usted ha adoptado? —Simpatiza completamente conmigo. Lo que no aprueba es si actitud pasada…

—¿Tendrá usted un empresario para su excursión de conferencias?

—De ningún modo; les tengo horror, pues no en balde me trataron indecorosamente. Fue una vergüenza la manera cómo procedió conmigo Frank Stechen, quien después de haber hecho a mi costa tanto dinero, me dejó en Boston sin un céntimo. Todo la que gané con él fueron quinientos cincuenta dólares, que me dio al comenzar el contrato».

Para dar más autenticidad a la anterior entrevista, y a indicación de ella misma, se publicó la siguiente carta con su firma:

128, Calle Cuarenta y tres, Occidental.

Nueva York.

16 de noviembre de 1889.

«Al público:

Habiendo leído la anterior reseña de esta entrevista no encuentro en ella nada que no sea fiel expresión de mis palabras y de mis sentimientos. No he dado cuenta detallada de los medios por los cuales se me quiso someter y arrancarme una declaración de que los fenómenos espiritistas revelados a través de mi organismo, eran un fraude. Pero ya diré por qué no soy ahora más explícita cuando hable desde la tribuna pública».

La exactitud de la entrevista fue comprobada por gran número de testigos, entre ellos J. L. O'Sullivan, ministro de los Estados Unidos en Portugal durante veinticinco años. «Si en alguna ocasión una mujer dijo la verdad ha sido ahora», declaró el citado diplomático.

Así debió ser, pero la conferencia anunciada por Margarita se desarrolló de un modo equívoco. Si nos atuviéramos solamente a las palabras de la conferenciante, sería indudable que el fin que se propuso quedó logrado, pero el autor está obligado a recoger lo dicho por Isaac Funk, investigador imparcial e infatigable, quien, estando sentado al lado de Margarita, oyó los ruidos «alrededor del local», sin que pudiera descubrir su origen, los cuales le indicaron un nombre y una dirección equivocados. Bien es cierto que, en cambio, la médium reveló facultades extraordinarias leyendo el contenido de una carta que Mr. Fonk guardaba en uno de sus bolsillos. Tales resultados contradictorios dieron lugar a la confusión del público.

Hay un factor que apenas ha sido tratado en el examen a que estamos procediendo. Es la personalidad y labor de la señora Underhill, Lea, la hermana mayor, que representó un papel tan importante en el curso de estos acontecimientos. La conocemos, sobre todo, por su libro «Es eslabón de enlace en el Espiritismo moderno» (Knox & Co., New York, 1885). El libro está escrito por un amigo, pero los hechos y documentos fueron aportados por

la señora Underhill que además revisó el texto. Los espiritistas que lo lean no tienen más remedio que reconocer que las entidades con las cuales el círculo de las Fox estuvo en contacto durante los primeros tiempos, no eran siempre de una clase superior. Tal vez, en otro orden de consideraciones, sean los elementos populares y humildes los que realizan el trabajo espiritual que podríamos llamar de vanguardia según sus rudas ideas les dan a entender, y los que abren el camino a otros entes más refinados. Aparte esto puede decirse que el libro en cuestión da una impresión de candor a la vez que de buen sentido, y como relato personal de quien intervino tan directamente en aquellos emocionantes sucesos, está destinado a sobrevivir a toda nuestra literatura corriente, y a ser leído con gran atención y hasta con reverencia por las generaciones futuras. En cuanto a los humildes convencidos que cuidaron con tanto celo del movimiento recién nacido —Capron, de Auburn, el primero que habló en público sobre la materia; Jervis, el animoso ministro metodista, que gritó:

«Siento que todo es verdad, y voy a predicarlo por todo el mundo». Jorge Willets; el cuákero: Isacc Post, que convocó la primera reunión pública espiritista; —el magnífico público congregado ante la tribuna de Rochester— todos ellos merecen ver sus nombres perpetuados por la historia. De Lea puede decirse que percibió la significación religiosa del movimiento con mucha mayor claridad que sus hermanas, y se segó a hacerlo servir para fines puramente humanos, por juzgar que ello constituía un descrédito contra lo celestial. El siguiente párrafo de su libro es de gran interés porque expresa la manera cómo la familia Fox consideró al principio los sucesos de que era protagonista:

«El sentimiento general de nuestra familia… fue resueltamente contrario a aquellos hechos extraños y comprometedores. Los considerábamos como un gran infortunio caído sobre nosotros, sin saber cómo, de donde ni por que… Nos resistimos, luchamos, y constantemente rogábamos para vernos libres de aquella pesadilla, incluso bajo la extraña fascinación de aquellas maravillosas manifestaciones que se nos imponían contra nuestra voluntad, por medios invisibles y por agentes a quienes podíamos resistir, contrastar ni comprender. Si nuestra voluntad, nuestros deseos vehementes y férvidas oraciones, hubieran surtido efecto, allí habría acabado todo para siempre, y el mundo, situado fuera del círculo de nuestras relaciones, jamás habría oído hablar de los “Ruidos de Rochester” ni de la desgraciada familia Fox».

Las anteriores palabras dan una impresión completa de sinceridad, y por otra parte, Lea aparece en todo su libro —con testimonio además de las

personas que hemos citado— como persona digna de haber representado tan importante papel en vasto movimiento espiritista de su tiempo.

Las hermanas Catalina Fox-Jencken y Margarita Fox-Kane, fallecieron en los primeros años del decenio 1890 − 1900, y su muerte fue harto triste. La actuación de ambas ha sido expuesta por nosotros con toda la posible claridad, condenando por igual las exageraciones de algunos espiritistas y las de los escépticos que sólo conceden importancia a la parte de hechos que favorece sus puntos de vista y rechazan todo lo demás. Veamos, a costa de truncar nuestro relato, si podemos hallar una explicación que responda por igual a estas dos cuestiones: si todo lo hecho por las hermanas fue anormal e independiente de su voluntad o no lo fue la mayor parte de ello. No es un problema sencillo, sino de los más arduos averiguarlo dados los escasos conocimientos psíquicos que en aquella época existían.

De todos modos las explicaciones de los espiritistas de aquel tiempo no deben ser en modo alguno desestimadas. En efecto, sosteníase que un médium que hace mal uso de sus facultades y cuyo carácter se distingue por la relajación moral de sus costumbres, es accesible a perniciosas influencias que se aprovechan de él para transmitir informes falsos o para desacreditar la causa pura. Esto puede ser cierto como una *causa causans*; pero vamos a explorar más de cerca el cómo y por qué de los hechos logrados por las hermanas Fox, desde el punto de vista de los descubrimientos posteriores.

El autor opina que la verdadera explicación se obtendrá acoplando todos aquellos hechos a las recientes investigaciones del Dr. Crawford acerca de los medios con los cuales se producen los fenómenos físicos. El ilustre doctor ha demostrado con toda claridad, según exponemos en otro capítulo, que los golpes (y ahora nos ocupamos sólo de ellos) son causados por una especie de lanzamiento de la persona médium, de una larga proyección compuesta de cierta substancia, dotada de propiedades que la distinguen de toda otra clase de materia. Esta substancia ha sido atentamente examinada por el gran fisiólogo francés, Dr. Carlos Richet, que le ha dado el nombre de «ectoplasma».

Las líneas o proyecciones ectoplásmicas son invisibles para la vista normal de nuestros ojos, y parcialmente visibles en la placa fotográfica, y tienen por sí la energía necesaria para producir sonidos y dar golpes a distancia.

Ahora bien, si Margarita producía los ruidos de la misma manera que el médium estudiado por Crawford, no tenemos que hacer más que dos suposiciones muy probables, y que la ciencia futura aclarará definitivamente.

Una, es que hay un centro de fuerza psíquica que se forma en cierta parte del cuerpo y desde el cual se proyecta la línea de ectoplasma. Si tal centro estaba situado en los pies de Margarita, ello arrojaría mucha luz sobre las pruebas recogidas en la información de Seybert, pues en efecto, en aquella ocasión, uno de los miembros del comité, al examinar a Margarita e intentar que produjese golpes, pidió permiso a la médium para ponerle la mano sobre uno de sus pies. Hecho esto, inmediatamente se oyeron los golpes, lo cual hizo exclamar al investigador: «Esto es lo más asombroso de todo, señora Kane. Percibo la sensación en su pie. No hay en éste el menor movimiento, pero sí una pulsación anormal».

Tal experimento alejaba la idea de una dislocación articular de los dedos o de un golpe producido físicamente por éstos; en cambio, confirma la existencia de un centro desde el cual es proyectada la fuerza psíquica. La índole de esa fuerza es material, y procede del cuerpo de la médium, a través de un nexo que puede variar, y que en el caso de Margarita era el pie. Los doctores de Búfalo observaron que en el momento de producirse el golpe había un movimiento sutil por parte del médium. La observación era exacta, pero la deducción resultó equivocada. El autor vio en un médium aficionado producirse una ligera pulsación general al sonar el golpe, una especie de retroceso después de la descarga de la fuerza.

Aceptando que la fuerza de Margarita actuara de la manera dicha, sólo nos queda ver si las líneas ectoplásmicas pueden ser proyectadas a voluntad bajo cualesquiera circunstancias. Según lo que el autor conoce, no existen observaciones que permitan sostener esa tesis. El médium de Crawford hizo siempre sus manifestaciones en estado de trance, o sea de modo ajeno a su voluntad. En otros fenómenos físicos hay razones para creer que en su forma más sencilla están íntimamente relacionados con el médium, pero a medida que progresan, se liberan de su dominio y entran bajo el de fuerzas externas. Así, las fotografías de ectoplasma obtenidas por la señora Bisson y el doctor Schrenck Notzing (según se desprende de su reciente libro), pueden referirse en su primera forma a los pensamientos del médium o a ideas que toman una forma visible en el ectoplasma, pero como ideas y pensamientos se desvanecen durante el trance, y adquieren entonces otras formas o figuras que, en la mayoría de los casos, hay que referir a una vida independiente de él.

Si existiera analogía entre las dos clases de fenómenos, habría sido muy posible en Margarita algún dominio sobre la expulsión del ectoplasma causante del ruido; pero cuando el sonido transmitía mensajes fuera del

alcance de su conocimiento, como en el caso citado por Funk, la fuerza ya no era usada por la médium, sino por alguna inteligencia independiente de ella.

No debe olvidarse que nadie ignora tanto la manera de producirse los efectos como el mismo médium, aunque éste sea el centro de los mismos. Uno de los más grandes médiums del mundo, dijo una vez al autor, que jamás había visto fenómeno físico alguno, por la sencilla razón de estar en trance en el momento de producirse; la opinión de cualquiera de los circunstantes es de más valor que la del médium. Asimismo, las hermanas Fox, que eran casi niñas al iniciarse los fenómenos, poco sabían de la entraña del problema, y la misma Margarita decía frecuentemente que ella nada comprendía de aquellos resultados. Si hubiera visto que tenía en sí misma el poder de producir los ruidos, por muy vago que hubiera sido su conocimiento, habríase encontrado en sólido terreno para impugnar las acusaciones que le dirigía el Dr. gane. Sus confesiones y las de su hermana podían ser exactas hasta el punto que permitían sus conocimientos de la materia, pero ellas mismas confesaban que existían no pocos fenómenos que les era imposible explicarse por no emanar de ellas.

Queda, sin embargo, un importantísimo punto que discutir, el más importante de todos para quienes aceptan el significado religioso del movimiento espiritista. El argumento más corriente de aquellos que no están versados en la materia, es preguntar: «¿Son éstos vuestros resultados? ¿Puede ser buena una filosofía o una religión que surte semejantes efectos en las personas que han tenido participación tan grande en la existencia de esa religión?». No hay que preocuparse por semejante objeción, a la que contestaremos claramente, aunque repetidas veces se haya ya refutado.

Comencemos por dejar bien sentado que no existe la menor conexión entre la moralidad y la mediunidad física, como no la hay, por ejemplo, entre un oído refinado para la música y la moralidad. Ambos son dones físicos. El músico puede interpretar los más exquisitos trozos y excitar en sus oyentes las más elevadas emociones, y ser, a pesar de todo, un pervertido, un alcohólico, un dipsomaníaco, como también puede hermanar sus altas facultades musicales con un carácter personal angélico. No hay, sencillamente, conexión entre ambas cosas, salvo que ambas tienen su centro en el mismo cuerpo humano.

Lo mismo ocurre con la mediunidad física. Todos o casi todos exudamos de nuestro cuerpo cierta substancia que tiene muy peculiares facultades. En la mayoría de nosotros, según se evidenció en el peso de las sillas cuando la experiencia de Crawford, la cantidad de tal substancia es insignificante. Pero

de cada cien mil personas una puede contenerla en cantidad importante. Tal persona así dotada será un médium físico. Él o ella podrán emitir materia prima que aprovecharán otras fuerzas externas sin que para ello influya en nada el carácter de la persona. Tal es el resultado de dos generaciones de observadores.

Ahora bien, si ello fuera exactamente así, el médium físico no se sentiría influido en su carácter por tan excepcionales facultades. Desgraciadamente no es así. El médium físico está sujeto a ciertos riesgos morales a los cuales procura resistir denodadamente con su naturaleza bien protegida; pero en ocasiones sucumbe. En tales casos, los males de personas tan útiles y abnegadas pueden compararse a esas lesiones físicas (pérdidas de dedos y manos), sufridas por los que han trabajado con los rayos X antes de que fueran bien conocidas todas las propiedades de éstos. Se han tomado medidas para evitar esos peligros físicos después que cierto número de investigadores pagaron su tributo a la ciencia, y del mismo modo se encontrarán medios que eviten los peligros morales, después del daño sufrido por los primeros experimentadores cuando quisieron forzar las puertas del conocimiento. Tales peligros residen en la debilidad de la voluntad, en el extremado desfallecimiento subsiguiente a las sesiones, en la creencia de que pueden repararse las perdidas fuerzas abusando del alcohol, en la tentación de engañar cuando las facultades se desvanecen y en las interferencias y hasta malévolas influencias espirituales propias de las reuniones abigarradas a las que va la gente más por curiosidad que por convicción religiosa. El remedio para ese mal es aislar a los médiums, darles un sueldo en vez de pagarles según los resultados obtenidos, regularizar el número de sus sesiones, examinar el carácter de los concurrentes, en una palabra, suprimir las influencias que dominaron a las hermanas Fox, como ya habían hecho con más poderosos médiums anteriores. Por otra parte, existen médiums físicos que obran bajo motivos tan poderosos y trabajan bajo impulsos tan religiosos, que constituyen lo más excelso en su clase. Su fuerza es igual a la que desplegaron Buda y la mujer de Endor. Los métodos que cada uno emplea es lo que determina su carácter.

Hemos afirmado que es muy escasa la conexión entre la mediunidad física y la moralidad. Esto puede llevar a suponer que el flujo ectoplásmico igualmente activo en un santo que en un pecador, afecta por igual a los fines materiales y produce, por ejemplo, el magnífico resultado de convencer a un materialista de la existencia de fuerzas invisibles. Pero advertiremos que en lo relativo a las enseñanzas, a los mensajes enviados, sea por la voz del espíritu,

por la escritura automática o por otro medio, el continente corresponde siempre al contenido, y no cabe que una naturaleza exigua dé asiento a un gran espíritu. Se puede ser Vale Owen antes de obtener los mensajes Vale Owen. Si un elevado médium degenera en carácter, es seguro que los mensajes cesen o lleven su parte de degeneración. De ahí que los mensajes de un espíritu divino como los que periódicamente son enviados para purificar al mundo, de un santo medioeval, de una Juana de Arco, de Swedenborg y de Andrés Jackson Davis, como los de los más humildes, constituyen en realidad la misma cosa, pero en diversos grados. Cada uno es un aliento genuino del Más Allá, pero cada intermediario determina con el valor de su personalidad la calidad del mensaje que por su intervención nos llega. Tal es cómo se revela ese maravilloso misterio, tan vital, y no obstante, tan indefinido, porque su propia grandeza nos impide definirlo. Algo se ha hecho y adelantado para esclarecerlo, pero aún hay en su esencia muchos problemas cuya solución queda para los que nos sigan. Para éstos resultarán muy elementales nuestras especulaciones más avanzadas, porque verán ante sí amplias perspectivas, extendidas hasta los más lejanos límites de la visión mental.

CAPÍTULO VI
PRIMEROS PROGRESOS EN AMÉRICA

Después de relatada la historia de la familia Fox y de la problemas que en ella nacieron, volvamos a América para estudiar los primeros efectos que aquellos acontecimientos causaron.

Tales efectos no fueron en verdad muy satisfactorios: hubo locuras por parte de los individuos y extravagancias por parte de las Corporaciones.

Una de éstas, fundada a base de las comunicaciones recibidas a través de la médium señora Benedict, fue el Círculo Apostólico donde unos cuantos individuos, creyentes entusiastas en un segundo advenimiento de Jesús, esperaban ver confirmada dicha creencia a través de la comunicación espiritista. Estos individuos pretendían haber obtenido comunicaciones de los apóstoles y profetas de la Biblia. En 1849, Jaime L. Scott, ministro bautista del «Séptimo Día», en Brooklyn, ingresó en aquel Círculo, establecido en Auburn, el cual se denominó desde entonces «Movimiento Apostólico», siendo su jefe espiritual, según los prosélitos decían, el apóstol San Pablo. A Scott uniósele Tomás Lake Harris, fundando ambos en Monte Cove una Comunidad religiosa que atrajo muchos fieles, hasta que al cabo de algunos años la gente comenzó a llamarse a engaño y se separó de los fundadores y del régimen autocrático a que éstos los habían sometido.

Tomás Lake Harris es, sin duda, una de las más curiosas personalidades de que tenemos noticia. Era un compuesto de extremos opuestos, de suerte que cuanto hacía era determinadamente o para mal o para bien. Primero fue ministro universalista, lo que le valió el «Reverendo», que usó durante largo tiempo como prefijo. Rompió después con sus colegas, adoptó las enseñanzas de Andrés Jackson Davis, se convirtió en fanático espiritista, y por fin, como ya dijimos, fue uno de los jefes autocráticos de las almas y de los bolsillos de los colonizadores de Monte Cove. Llegó, no obstante, un momento en que los tales colonizadores se convencieron de que eran suficientes por sí mismos para ocuparse de sus propios negocios materiales y espirituales, y esto puso fin a la vocación apostólica de Harris. Trasladose a Nueva York y allí se alistó

en el movimiento espiritista, predicando en la Sala Dodworth, cuartel general del culto, y haciéndose en seguida una envidiable reputación de orador elocuente. Pero su megalomanía —es posible que fuera su obsesión— estalló muy pronto, llevándole a cometer extravagancias que los cuerdos y mesurados espiritistas que le rodeaban, no podían tolerar. Pretendía estar dotado de una inspiración profética. Y lo cierto es que él o algún espíritu a través suyo, produjo, entre otros, los poemas, «Un lírico de la Edad de Oro» y «La Tierra Matutina», composiciones de altos vuelos. Pero los espiritistas de Nueva York se negaron rotundamente a reconocer facultades sobrenaturales de ningún género en Harris, y éste, herido en lo más vivo de su amor propio, marchó a Inglaterra (1859), donde no tardó en cobrar fama de elocuente dando conferencias, en las cuales se dedicó a denigrar a sus primitivos colegas de Nueva York.

Un año después, en 1860, la vida de Harris adquirió súbitamente especial interés para los ingleses, particularmente para los que tenían inclinaciones literarias. Dando una conferencia en la Sala Steinway de Londres, Lady Oliphant, que le escuchaba, se sintió tan impresionada por su elocuencia, que puso en relación al profeta americano con su hijo Lorenzo Oliphant, uno de los hombres más brillantes de su generación. Es difícil apreciar en qué consistía el atractivo de Harris, pues por aquel tiempo, sus predicaciones no tenían nada de extraordinario desde el punto de vista doctrinal, salvo el haber adoptado la idea del Dios-Padre y de la Madre-Naturaleza concebida por Davis. Oliphant introdujo a Harris en el mundo intelectual presentándole como el más grande poeta de la época, aunque todavía desconocido para la Fama. Oliphant no era un crítico sin importancia, y por eso, en una época en que brillaban Tennyson, Longfellow, Browning y tantos otros, parece más inexplicable su entusiasmo. El episodio tuvo su desenlace cuando después de algunas vacilaciones, madre e hijo se sometieron de tal manera a Harris, que por introducción de éste se consagraron a los trabajos manuales en una nueva colonia que creó en Brocton (Nueva York), donde permanecieron en una condición equivalente a la esclavitud, salvo que era voluntaria. Dejemos a los ángeles el cuidado de decidir si semejante abnegación era santa o idiota. Más bien parece lo último si se considera que Lorenzo Oliphant quiso casarse y no pudo lograrlo hasta que convenció a Harris para que el tirano le diera su permiso. Entonces Oliphant quedó en libertad de escribir su obra sobre la guerra franco-prusiana de 1870, cosa que hizo de la manera brillante que de él cabía esperar, pero hecho eso, volvió a su rara servidumbre, siendo una de las tareas que desempeñó la de vender cestos de fresas al paso de los trenes,

mientras su joven esposa, arbitrariamente separada de él, era enviada a la California del Sur. Hasta el año 1882, o sea veinte años después de su primera sumisión, no pudo Oliphant, ya muerta su madre, romper aquellos lazos incomprensibles, y tras ruda lucha, en el curso de la cual Harris hizo gestiones para encerrarlo en un asilo, pudo reunirse de nuevo con su esposa, recobrar una parte de sus bienes, y reanudar su vida normal. Oliphant, en los últimos años de su vida, hizo una descripción del profeta Harris en el libro «Masollam», escrito de manera tan interesante, tanto por la brillantez de la forma propia de Oliphant, como por lo singular del personaje descrito, que al lector tal vez le satisfaga encontrar una referencia de él en el Apéndice de esta obra.

El caso de Harris y lo mismo otros eran sólo escorias del movimiento espiritista principal, el cual, considerado en conjunto, merece ser calificado de sano y progresivo. Las extravagancias quedaron aisladas, aunque ideas tales como la de amor libre y otras de índole comunista que profesaban algunas de las más burdas sectas, las aprovecharon los enemigos del nuevo culto para señalarlas como vicios típicos de éste.

Ya vimos que, si bien las manifestaciones espiritistas obtuvieron vasta divulgación, merced a la obra de las hermanas Fox, eran conocidas muy anteriormente. Entre los varios testimonios que lo confirman, figura el del juez Edmonds, quien dijo: «Hace cinco años que este asunto atrajo la atención pública, pero hoy sabemos que diez o doce antes se habían registrado ya fenómenos de esa índole en diferentes lugares del país, permaneciendo ignorados ya por temor al ridículo o por no saberse de lo que se trataba».

Eso explica el extraordinario número de médiums que comenzó a revelarse inmediatamente después de la publicidad hecha alrededor de la familia Fox. El don de las facultades medianímicas comenzaba por primera vez a desarrollarse. Los médiums aumentaban cada vez más. En abril de 1849 hubo manifestaciones de este orden en la familia del reverendo A. H. Jervis, ministro metodista de Rochester, en la de Mr. Lyman Granger, también de Rochester, y en casa del diácono Hale, de la cercana ciudad de Grecia. Por el mismo tiempo, otras seis familias de la inmediata ciudad de Auburn, comenzaron a revelar su mediunidad. En ninguno de tales casos tuvo la menor intervención la familia Fox; era sencillamente que otros seguían el camino abierto por las dos hermanas.

Hecho principal de los años siguientes fue el continuo desarrollo de los médiums en todas partes, y la conversión al espiritismo de gran número de hombres públicos, como el juez Edmonds antes citado, el ex gobernador

Tallmadge, el profesor Roberto Hare y el profesor Mapes. La adhesión de personas tan conocidas, dio enorme popularidad a la nueva secta, mientras aumentaba la virulencia de sus detractores, que veían claramente que ya no tendrían que habérselas con un puñado de iluminados o de bobos. Hombres eminentes como los citados, podían hacerse oír e imponerse. Por otra parte, se inició un cambio en el carácter del fenómeno espiritista. En los años 1851 − 2, dos notables médiums, la señora Hayden y D. D. Home, fueron los instrumentos de numerosas conversiones. De la labor de ambos nos ocuparemos más adelante.

En una comunicación, dirigida «Al público», inserta en el *New York Courier*, y fechada en Nueva York a 1º de agosto de 1853, el juez Edmonds, hombre de gran carácter y de clara inteligencia, hizo un convincente relato de sus propias experimentaciones. Es curioso que los Estados Unidos, que en aquella época dieron pruebas de tanto valor moral por parte de sus ciudadanos de primera línea, hayan decaído en los últimos años en ese mismo respecto, pues el autor, en sus recientes viajes a dicho país, conoció a muchas personas convencidas de la verdad psíquica, que ante la actitud de una prensa hostil, no se atrevían a declarar sus convicciones.

El juez Edmonds, en el trabajo aludido, comienza detallando el desarrollo de los sucesos que dieron origen a sus opiniones. Vamos a reproducirlo íntegro, porque es importante para hacer ver en qué fundamentos apoyó sus convicciones persona tan culta:

«Me llamó la atención el fenómeno del "intercambio espiritual"**[3]**, en enero de 1851. Era una época en que yo me había sustraído a las relaciones sociales y en que trabajaba bajo una gran depresión de espíritu. Empleaba mi tiempo libre en lecturas acerca de la muerte y de la existencia del hombre después de haber fallecido. En el curso de mi vida había oído predicar desde el púlpito tantas opiniones contradictorias acerca de tal tema, que apenas sabía qué creer. No hubiera podido, aun queriéndolo, creer lo que no comprendía, y sentía verdaderas ansias por conocer si, después de muertos, podemos encontrar de nuevo a aquellos seres a quienes hemos querido en la tierra, y en qué circunstancias. Fui invitado por un amigo a asistir a una de las sesiones de los "Ruidos de Rochester". Acepté más bien para complacerle y matar mi ocio durante una hora. Reflexioné mucho sobre lo que había visto y determiné investigar el asunto para ver en qué consistía. Si era un engaño o una ilusión, pensaba en que bien podría descubrirlo, así es que, por espacio de cuatro meses, dediqué por lo menos dos tardes cada semana a estudiar aquellos fenómenos en todas sus fases. Tomé nota de todo cuanto

presenciaba, y de tiempo en tiempo comparaba mis notas para ver si descubría contradicciones o incongruencias. Leí cuanto cayó en mis manos sobre el asunto, y especialmente cuanto se refería al descubrimiento de “charlatanerías”. Fui de un punto a otro, estudiando a diferentes médiums en compañía de personas a las que no había visto jamás, unas veces en plena obscuridad y otras en plena luz; en ocasiones, acompañado de incrédulos inveterados, y otras, las más, de celosos creyentes.

»En una palabra, aproveché cuantas oportunidades se me presentaron hasta agotar la materia. Durante todo ese tiempo me mantuve incrédulo, y puse a prueba la paciencia de los creyentes por mi escepticismo, mi suspicacia y mi tenacidad en aferrarme a mis ideas. Vi alrededor mío personas que al cabo de una o dos sesiones abrazaban las nuevas ideas; otras, en las mismas circunstancias, persistían en su incredulidad, y otras, en fin, sin proceder a ninguna investigación, continuaban impertérritamente incrédulas. Yo no podía imitar ni a los unos ni a los otros, pero estaba resuelto a no darme por vencido hasta tener ante mi vista pruebas irrefutables. Al fin pude obtener dichas pruebas, y con un carácter de evidencia tal, que no había más remedio que rendirse».

Como se ve, este personaje, uno de los primeros en convertirse a la nueva revelación, tomó las más grandes precauciones y buscó toda clase de pruebas para convencerse de la autenticidad de la comunicación espiritista. La experiencia corriente demuestra que la aceptación inmediata y fácil de tal realidad, es muy rara entre los pensadores serios, y que apenas existe un creyente de primera línea cuyo estudio e investigación no hayan sido precedidos de un noviciado de varios años. Eso ofrece un singular contraste con la abundancia de opiniones negativas fundadas tan sólo en los prejuicios y en los relatos tendenciosos de autores sectarios.

El juez Edmonds, en la excelente narración de sus vicisitudes —narración que debería haber convencido a todos los americanos si éstos hubieran estado mejor preparados—, muestra la base sólida de sus creencias al hacer resaltar que jamás estuvo solo en las manifestaciones a las cuales concurría, sino rodeado de varios testigos. Describe en los siguientes términos las minuciosas precauciones que tomaba:

«Después de fiar a mis propios sentidos las diversas fases de los fenómenos, apelaba a la ciencia, y con la colaboración de un experto electricista y de sus aparatos, y otras ocho o diez personas serias, cultas e inteligentes, llevaba mi examen hasta los últimos extremos. Proseguimos nuestra investigación en Rochester durante varios días, hasta que quedó bien

determinado, primero, que los ruidos no eran producidos por persona alguna allí presente o cercana a nosotros, y segundo, que no se producían por nuestro gusto o voluntad».

Se ocupa luego de las acusaciones de «charlatanería» lanzadas por periódicos, acusaciones contra algunos embaucadores, a veces fundadas, pero por lo general, injustas y causantes de decepciones que producen mayor daño que los males que pretenden evitar. Dice así:

«Estando en esta situación las cosas, aparecieron en los periódicos denuncias de "escándalos y charlatanerías", según los calificaban. Los leí con atención, esperando que vinieran en apoyo de mis investigaciones, pero no pude menos de reírme de la futilidad de tales denuncias. Por ejemplo, mientras ciertos profesores de Búfalo se enorgullecían por haber descubierto en el dedo grueso del pie y en las rodillas de un médium la causa de los ruidos, resultó que esas manifestaciones se transformaron en el sonido de una campanilla colocada debajo de la mesa. Es como la solución dada más tarde por un ilustre profesor de Inglaterra, que atribuía los golpes oídos en las mesas a una fuerza especial de las manos colocadas encima del tablero; pero es el caso que casi siempre las mesas se mueven cuando no hay manos sobre ellas».

Después de haber hablado de la objetividad de los fenómenos, el juez se ocupa de la cuestión más importante, de su caso. Comenta el hecho de que en las contestaciones a sus preguntas mentales, veía revelados sus pensamientos más secretos y sus propósitos más íntimos. Afirma, finalmente, haber oído a médiums hablar en griego, latín, español y francés, a pesar de ignorar en absoluto tales lenguas.

Esto le hace preguntarse si tales cosas no podrían explicarse como reflejo o sugestión de los mismos que presencian los fenómenos, duda que prueba en el caso del juez Edmonds, como en el de otros investigadores, que los espiritistas no aceptan su propia doctrina de un solo golpe, sino que proceden por etapas, con la más minuciosa verificación de cada una. La tarea emprendida por el juez Edmonds, es igual a la seguida por otros. He aquí las razones que más adelante acaba por dar contra la probabilidad de la sugestión ajena sobre el médium.

«Hechos completamente desconocidos por éste, fueron después comprobados, por ejemplo, el siguiente: cuando el pasado invierno me hallaba en la América Central, mis amigos de la ciudad de donde yo procedía tuvieron por un médium noticias mías, y del estado de mi salud, repetidas veces; y a mi regreso, comparando sus informes con las notas de mi diario,

los hallé absolutamente conformes. De la misma manera, durante mi viaje al Oeste, mis acciones y mi estado de salud fueron comunicados a un médium de esta ciudad, en los mismos momentos en que yo viajaba en ferrocarril entre Cleveland y Toledo. Muchas ideas me fueron reveladas sobre asuntos en los que yo no pensaba, y absolutamente distintas de mis propias opiniones. Esto me ha ocurrido con frecuencia a mí y a otros, lo cual plenamente demuestra que no es la inteligencia del que asiste a la sesión quien da nacimiento o influye en las comunicaciones».

Tratando de ese sorprendente tema llama la atención sobre su extraordinaria significación religiosa con arreglo a las líneas generales que se definen en otro capítulo de esta obra. El juez Edmonds era un cerebro de primera fuerza, y de claro juicio; poco es, pues, lo que podemos añadir a lo por él aducido, y tal vez jamás mejor expresado en tan pocas palabras. Como ya hemos tenido ocasión de decir, puede proclamarse que el Espiritismo se manifestó potente desde un principio sin que maestros y guías lo enturbiasen con sus polémicas. Por el contrario —y ello es divertido, aquella ciencia arrogante que intentó con meras palabras contener los primeros movimientos de 1850, se ha manifestado esencialmente equivocada y contradictoria en su propio terreno. Apenas existen hoy axiomas científicos, como el fin último de los elementos, la indivisibilidad del átomo, el origen de las especies por separado, que no haya sido controvertido, al paso que el conocimiento espiritista, tan menospreciado entonces, se ha mantenido firme fortaleciéndose con nuevos hechos y jamás debilitándose por causa de otros que los contradigan.

Escribiendo sobre los benéficos efectos de ese conocimiento, el juez Edmonds dice: «En él está todo lo que consuela al triste y conforta al decaído; todo lo que dulcifica nuestro paso a la tumba y priva a la muerte de sus temores; todo lo que ilumina al ateo y no puede menos que reformar al vicioso; lo que premia y anima al virtuoso en medio de las pruebas y de las vicisitudes de la vida, y lo que muestra al hombre su deber y su destino, apartándole de la vaguedad y de la incertidumbre».

Jamás fue mejor sintetizada nuestra doctrina.

Hay, no obstante, un pasaje final en ese notable documento que causa cierta tristeza. Hablando de los progresos hechos por el movimiento en los Estados Unidos en cuatro años, dice: «Hay diez o doce periódicos consagrados a la causa, y la bibliografía espiritista comprende más de un centenar de obras diferentes, algunas de las cuales alcanzaron tiradas de más de diez mil ejemplares. Al lado de la multitud anónima hay muchos hombres

le alta significación y gran talento, entre ellos doctores, abogados, sacerdotes en gran cantidad, un obispo protestante, el ilustre reverendo presidente de un Colegio, jueces de Tribunales Supremos, miembros del Congreso, embajadores extranjeros y ex miembros del Senado de los Estado Unidos». En cuatro años la fuerza espiritista hizo todo eso. ¿Cuál es hoy la situación? La «multitud anónima» se mantiene briosamente y el centenar de publicaciones se han vuelto muchas más. ¿Pero dónde están los hombres de primera fila que marchen a la cabeza? Desde la muerte del profesor Hyslop es difícil encontrar un hombre eminente en los Estados Unidos capaz de jugarse su carrera y su reputación proclamando a la faz de todos sus ideas espiritistas. Los que nunca temieron la tiranía de los hombres, se han encogido ante la mala cara de la prensa. La máquina de imprimir ha vencido donde los demás poderes fracasaron. La pérdida que en su reputación y en sus intereses sufrió el juez Edmonds, obligado a dimitir su cargo en el Tibunal Supremo de Nueva York, así como las sufridas por otros muchos que profesaron valientemente la verdad, dieron origen a este reinado del terror que mantiene a las clases intelectuales alejadas del movimiento espiritista.

En aquellos tiempos no toda la prensa estaba mal dispuesta, de modo que el famoso y emocionante escrito del juez Edmonds, fue acogido con respeto.

El New York Courier, escribió:

«La carta del juez Edmonds, que publicamos el sábado, respecto a las seudo manifestaciones espiritistas, por ser de jurisconsulto tan erudito, de hombre tan notable por su claro sentido en las cuestiones de la vida práctica, y de caballero tan irreprochable, ha llamado la atención de la gente y es considerada por muchos como uno de los más notables documentos de la época».

Por su parte, el *Evening Mirror*, de Nueva York, decía:

«Juan W. Edmonds, primer juez del Tribunal Supremo de este distrito, es un habilísimo abogado, un juez sagaz y un excelente ciudadano. Ha ocupado durante los últimos ocho años los más elevados cargos judiciales, y cualesquiera que hayan sido sus faltas, nadie puede acusarle con fundamento, de carecer de talento, de perspicacia, de honradez y de valor. Nadie puede dudar de su claridad de juicio ni puede creerse por un solo momento en claudicaciones de su rectitud e inteligencia. Todos los abogados y hombres de leyes que han pasado por su tribunal, le sitúan a la cabeza del Tribunal Supremo de este distrito, así por sus hechos como por sus méritos».

La experiencia del Dr. Roberto Hare, profesor de Química de la Universidad de Pensilvania, es también interesante, por haber sido uno de los

primeros hombres eminentes de ciencia que, proponiéndose revelar los engaños del espiritismo, al fin se convirtió a él. Era en 1853 cuando, según sus propias palabras, «se sintió obligado por deber hacia sus prójimos, a dedicar toda su influencia a atajar la corriente de locura popular, favorable a la gran farsa llamada espiritismo». Una carta acusadora que publicó en los periódicos de Filadelfia, donde residía, fue copiada por otros diarios del país y sirvió de tema a numerosos sermones. Pero a semejanza de lo que ocurrió con Sir William Crookes muchos años más tarde, el júbilo resultó prematuro. El profesor Hare, aun cuando era un escéptico, acabó por experimentar por sí mismo, y tras un período de minuciosas pruebas, convenciose completamente del origen extraterreno de las manifestaciones. Como Crookes, ideó un aparato comprobador de los médiums. La señora S. B. Britten, da el siguiente sucinto relato de algunos de los experimentos de Hare:

«Primeramente, para convencerse a sí mismo de que los movimientos no eran obra del fraude, cogió unas bolas de billar, las colocó sobre unas planchas de cinc y sobre las bolas pusieron las manos los médiums, y con gran asombro por su parte las mesas se *movieron*. Luego preparó una mesa movediza en todos los sentidos, a la cual adaptó un dispositivo para hacer girar un disco conteniendo las letras del alfabeto, disco *oculto a la vista de los médiums*. Las letras estaban diversamente dispuestas, fuera de su orden correlativo, requiriéndose del espíritu que las colocara en el lugar que les correspondía, es decir, consecutivamente. Inmediatamente las letras fueron apareciendo en su orden alfabético. Luego siguieron frases inteligentes que el médium no podía ver ni conocer.

»Finalmente, se llegó a la prueba definitiva. Se colocó el brazo largo de una palanca en un círculo graduado con el indicador marcando un peso conocido, mientras la mano del médium descansaba en el brazo corto, de tal manera, que siéndole imposible hacer presión hacia abajo, obtenía, en cambio, el efecto opuesto de levantar el brazo largo de la palanca. Pues bien; lo *asombroso* fue que el peso aumentó varias libras en la escala».

El profesor Hare resumió esas minuciosas investigaciones y sus opiniones sobre el espiritismo en un importante libro publicado en Nueva York en 1855, con el título de «Investigación experimental de las manifestaciones espiritistas». En la página 55 compendia como sigue los resultados de sus primeros experimentos:

«La evidencia de las manifestaciones arriba descritas, no se limitará únicamente a mí, ya que hubo varias personas presentes al producirse, y

fueron repetidas a presencia de todos con cuantas modificaciones se propusieron.

»Esa evidencia puede ser considerada bajo diversos aspectos: primero, los golpes y otros ruidos se produjeron de una manera ajena a toda intervención humana; segundo, los sonidos producidos para indicar letras que a su vez constituían frases gramaticales perfectamente expresadas demostraban estar bajo la dirección de un espíritu inteligente; tercero, quedó probado que el ente que producía esos sonidos era conocido, amigo o pariente del investigador.

»Por otra parte, se han presentado casos de movimientos hechos por cuerpos ponderables… de naturaleza apropiada para la producción de comunicaciones intelectuales parecidas a las obtenidas por medio de golpes, como arriba indicamos.

»Aunque los aparatos por medio de los cuales se han obtenido las distintas pruebas *con las mayores precauciones y precisión posibles*, las modificaron en cuanto a la manera de producirse, esencialmente todas ellas conducen a las conclusiones arriba enunciadas, refrendadas por el testimonio de gran número de observadores. Muchos que jamás pensaron en ninguna comunicación espiritista ni han sentido la necesidad de ingresar en el espiritismo, afirman, sin embargo, la realidad de los ruidos y de los movimientos, y admiten además su inexcrutabilidad».

Mr. Jaime J. Mapes, de Nueva York, químico agrónomo, miembro de varias doctas sociedades, comenzó sus investigaciones acerca del espiritismo para salvar, según su expresión, a los amigos, que estaban «cayendo en la imbecilidad». A través de las facultades mediunímicas de Cora Hatch, más tarde señora de Richmond, recibió las contestaciones a sus preguntas, y terminó por ser un creyente completo, y su esposa se convirtió en médium dibujante y pintora, a pesar de carecer de todo talento artístico. Su hija, sin que él se diera cuenta, fue médium escribiente, y cuando le anunció tales facultades, su padre le pidió que se las demostrara. Entonces la joven cogió una pluma y escribió rápidamente un mensaje que decía proceder del padre del profesor Mapes. Este pidió pruebas de la autenticidad del mensaje, escribiendo entonces la joven las siguientes palabras: «Recuerda que te di entre otros libros una Enciclopedia; mira la página 120 de dicho libro y encontrarás escrito mi nombre, cosa que jamás habías visto». El libro en cuestión estaba guardado junto con otros varios en un desván. Cuando el profesor Mapes abrió la caja, que nadie había tocado en el espacio de veintisiete años, vio con enorme asombro el nombre de su padre escrito en la página 120. Tal incidente le impulsó a llevar a cabo serias investigaciones a

semejanza de su amigo el profesor Hare, dejando de ser como éste un acérrimo materialista.

En abril de 1854, el diputado Jaime Shields presentó una Memoria suscrita con trece mil firmas, a la cabeza de las cuales figuraba la del gobernador Tallmadge pidiendo al Parlamento de los Estados Unidos que se hiciera una investigación acerca de los fenómenos espiritistas. Después de una frívola discusión en la que Mr. Shields, que presentaba la petición, aludió a la creencia de los peticionarios de que se trataba de un engaño, obra del desequilibrio mental o de la incultura, se decidió que la demanda quedara sobre la mesa. Mr. E. W. Capron puso al hecho el siguiente comentario:

«Es probable que ninguno de los firmantes esperara mejor solución. A los carpinteros y pescadores de todo el mundo es a los que toca investigar la nueva verdad para que la respeten los Senados y los Tronos. Es en vano esperar tal respeto de hombres colocados en lugares tan altos».

La primera organización espiritista regular se formó en Nueva York el 10 de junio de 1854. Se tituló «Sociedad para la difusión del conocimiento espiritista», y figuraban entre sus miembros hombres tan eminentes como el juez Edmonds y el gobernador Tallmadge, de Wisconsin.

La Sociedad fundó un periódico titulado El Espiritismo Cristiano, y acordó contratar a Catalina Fox para que diera sesiones diarias, a las cuales era admitido el público gratuitamente, de once a una de la mañana.

En 1855, Capron escribía:

«Es imposible detallar la difusión del espiritismo en Nueva York a la hora presente. Se ha esparcido por toda la ciudad, cesando de ser un objeto de curiosidad o de maravilla. Las reuniones públicas se celebran a diario y las investigaciones se llevan a cabo de una manera constante; pero han pasado ya los días de excitación producida por la nueva causa y en todas partes se la considera como algo más que una farsa. Cierto que la santurronería la fustiga aún, pero sin discutir los resultados, aunque a veces, con fines partidistas, denuncie algún pretendido embaucamiento. Lo positivo es que el intercambio espiritista se ha convertido en un hecho corriente en esta ciudad».

Tal vez lo más significativo de todo el período que estamos revisando es el desarrollo de la mediunidad entre personas eminentes, tales como el juez Edmonds y el profesor Hare. Este último escribe:

«Habiendo adquirido últimamente las facultades de médium en grado suficiente para cambiar ideas con mis espíritus amigos, ya no estoy en la necesidad de defender a los médiums contra la imputación de falsedad o engaño. Ahora ya sólo se trata de mí mismo».

Aparte las hermanas Fox, nos encontramos en aquel momento con la mediunidad privada del Rev. A. H. Jervis, del diácono Hale, de Lyman Granger, del juez Edmonds, del profesor Hare, de la señora y de la señorita Mapes y del mediunismo público de las señoras Tamlin, Benedict, Hayden, de D. D. Home y otros más.

No entra en el objeto de este libro tratar del gran número de casos individuales de mediunismo, algunos de ellos verdaderamente emocionantes, registrados en aquel primer período del movimiento espiritista. El lector puede consultar a este respecto las dos importantes compilaciones de la señora Hardinge Britten, «Espiritismo moderno americano» y «Milagros del siglo XIX», los mejores libros en la materia de aquellos tiempos. La serie de los fenómenos fue tan importante, que la señora Britten contó hasta quinientos distintos, referidos en la prensa en los primeros años, lo cual representa probablemente algunos cientos de miles no registrados públicamente. La pseudo Religión y la pseudo Ciencia, unidas para desacreditar y perseguir a la nueva verdad y a sus sostenedores, encontraron, desgraciadamente, apoyo en una prensa interesada en fomentar los prejuicios de la mayoría de sus lectores. La labor era tanto menos difícil cuanto que en el vital movimiento no faltaron fanáticos que desacreditaban sus propias opiniones con sus actos, mientras otros se aprovechaban del interés general para imitar con más o menos éxito los dones reales del espíritu. Estos viles embaucadores daban muchas veces su timo a sangre fría, mientras que en otras ocasiones se trataba de médiums verdaderos de los cuales había desaparecido el poder psíquico. Hubo escándalos y denuncias sobre hechos reales y supuestos. Eran denuncias, entonces como ahora, debidas a los mismos espiritistas, quienes objetaban con vehemencia que las ceremonias sagradas a que se entregaban los impostores eran como una pantalla para las hipocresías y blasfemias de aquellos miserables que, cual hienas humanas, intentaban vivir fraudulentamente a costa de los muertos. El resultado de todo fue embotar los primeros entusiasmos, rechazar lo que era verdadero y continuar incensando *per in aeternum* lo que era falso.

El valiente relato del profesor Hare le hizo caer en desgracia, provocando la persecución de este sabio, que, con Agassiz, era entonces el hombre de ciencia más famoso de América. Los profesores de la Universidad de Harvard adoptaron el acuerdo de denunciarle por su «loca adhesión a una farsa gigantesca». No pudo perder su cátedra de la Universidad de Pensilvania por haberla ya dimitido, pero sufrió mucho su reputación.

El caso más grande y absurdo de intolerancia científica —intolerancia que siempre fue tan violenta e irracional como la de la Iglesia de los siglos pasados— lo dio la Sociedad Científica Americana. La docta Corporación siseó al profesor Hare cuando intentó hablar sobre el tema espiritista, y acordó hacer constar que aquel tema era indigno de ser tratado en ella. Llamó, no obstante, la atención de los espiritistas, que dicha Corporación, en la misma sesión, se empeñara en un animado debate acerca de por qué los gallos cantan entre las doce y la una de la madrugada, llegándose a la conclusión de que a dicha hora pasa por la tierra una onda eléctrica de Norte a Sur, y las aves, alarmadas en sus sueños, y «estando en una disposición natural de cacarear», señalan el fenómeno con su canto. No se sabía entonces —y tal vez no se sabe aún— que un hombre o un círculo de hombres pueden ser muy doctos sobre algunas materias, y mostrar, no obstante, una extraordinaria falta de sentido común en presencia de una nueva idea o un nuevo hecho. La ciencia británica y la de todo el mundo, han mostrado la misma intolerancia e ineptitud que caracterizaron a la americana en los primeros días del movimiento espiritista.

Tan bien descriptos fueron los acontecimientos de aquellos días por la señora Hardinge Britten, que cuantos se interesen en ellos deben seguirlos a través de las admirables páginas que los dedicó. En este lugar recogeremos nosotros algunas notas acerca de dicha señora. No sería completa la historia del Espiritismo sin una referencia a tan notable mujer, que ha sido llamada el San Pablo femenino del movimiento. De nacimiento inglés, fue a Nueva York aún joven, formando parte de una compañía teatral, y allí vivió con su madre. En su calidad de rigurosa evangelista, repugnábanle las ideas reputadas heterodoxas del espiritismo, y abandonó con horror la primera sesión a que asistiera. Más tarde, en 1856, volvió a ponerse en contacto con el movimiento, y entonces obtuvo las primeras pruebas que le impidieron dudar de la verdad. Pronto descubrió sus propias facultades de médium, y uno de los más probados y más sensacionales casos de la historia del Espiritismo en sus primeros tiempos, fue aquel en que recibió aviso de que el trasatlántico *Pacific* se había hundido en medio del Atlántico con pérdida de todos los pasajeros y tripulantes, en tales términos, que fue amenazada con un proceso por los propietarios del buque por revelar lo que acababa de anunciarle el espíritu de uno de los ahogados. Pronto se demostró que la revelación era exacta y jamás volvió a tenerse noticia del buque hundido. Emma Hardinge —por su segundo matrimonio señora Hardinge-Britten— puso todo su vehemente temperamento al servicio de los nuevos ideales, dejando en ellos una huella aún hoy visible. Fue una propagandista admirable por los variados

dones de que estaba dotada. Era una médium poderosa, oradora, escritora, pensadora muy ponderada y una viajera infatigable. Año tras año recorrió los Estados Unidos de Norte a Sur y de Este a Oeste proclamando la nueva doctrina en medio de una gran oposición, dado el carácter militante y anticristiano de las opiniones que pretendía poseer directamente de sus espíritus directores. Como, según sus opiniones, la moral de todas las iglesias estaba muy relajada y debía aspirarse a algo más elevado, no es de suponer que, el Fundador del Cristianismo, estuviera entre sus adversarios. Las ideas de la señora Hardinge Britten guardaban más relación con el amplio punto de vista de los círculos espiritistas que aún existen, que con cualesquiera otros.

En 1886 regresó a Inglaterra, donde trabajó infatigablemente, publicando el «Espiritismo moderno americano» y más tarde «Milagros del siglo diez y nueve», obras que revelan una asombrosa cantidad de trabajos de investigación, además de una inteligencia despejada y lógica. En 1870 se casó con el doctor Britten, también fervoroso espiritista. Aquel matrimonio fue idealmente feliz. En 1878 marcharon juntos como misioneros del espiritismo a Australia y Nueva Zelanda, donde permanecieron varios años, fundando varias iglesias y sociedades, las cuales existían aún cuando el autor visitó aquellas tierras cuarenta años más tarde. En Australia la ilustre escritora dio a la estampa «Fe, hechos y engaños de la historia religiosa», un libro que aún ejerce con razón poderosa influencia sobre muchas inteligencias. En aquella época había indudablemente una íntima conexión entre el librepensamiento y la nueva revelación espiritual. El fiscal del Tribunal Supremo de Nueva Zelandia, Roberto Stoit, era al mismo tiempo presidente de la Sociedad del Librepensamiento y fervoroso espiritista. Fácilmente se comprende que las enseñanzas de la comunicación espiritista, son demasiado vastas para estar contenidas en un sistema, sea positivo o negativo, mientras que el espiritista puede profesar cualquier credo si no abandona las condiciones esenciales de reverencia hacia lo invisible y de desprendimiento hacia el prójimo.

Otra muestra notable de su celo dio la señora Hardinge Britten, fundando el periódico espiritista *Ambos Mundos*, de Manchester, que todavía tiene una gran circulación. La admirable propagandista falleció en 1899, dejando una profunda huella en la vida religiosa de tres continentes.

Hemos hecho una larga, pero necesaria digresión en la narración de los primeros días del movimiento americano. Fueron días señalados por el gran entusiasmo, por los muchos éxitos y también por una persecución sañuda. Todos los jefes de aquel movimiento que tenían algo que perder lo perdieron. La señora Hardinge, dice:

«Al juez Edmonds le señalaban en las calles como a un "estulto" espiritista. Hombres de carrera, comerciantes e industriales, se vieron poco menos que reducidos a la ruina. Una persecución perseverante, provocada por la prensa y desde el púlpito, descargaba sus golpes contra la causa y sus prosélitos. Muchas casas en las cuales se habían domiciliado los círculos espiritistas, fueron objeto de manifestaciones hostiles de la multitud, que con sus gritos, silbidos y rotura de cristales, intentaban amedrentar a los pacíficos investigadores en su trabajo impío de "resucitar los muertos", como piadosamente llamaba uno de los periódicos al acto de invocar al "Ministerio de los Angeles"».

Aparte las altas y bajas naturales del movimiento, la aparición de nuevos médiums auténticos, la denuncia de algunos que resultaban falsos, los resultados negativos frecuentemente, de muchos comités de investigación por falta de percepción de los inquirentes (ya que en un círculo psíquico el éxito depende de las condiciones psíquicas de *todos* sus miembros), el desarrollo de nuevos fenómenos y la conversión de nuevos iniciados, pocos fueron los incidentes de importancia que pueden ser anotados ocurridos por entonces. Sobresaliente entre todos fue el mediunismo de D. D. Home y el de los dos Davenport, episodios importantes que atrajeron la atención pública hasta tal punto y durante tanto tiempo, que serán objeto de otro capítulo. Hubo, no obstante, ciertas mediunidades de menor importancia que merecen una breve noticia.

Una de ellas fue la de Linton, un herrero casi analfabeto y que, no obstante, como A. J. Davis, escribió un libro notable, dictado al parecer por un espíritu. Este libro, de 530 páginas, titulado *La salud de las Naciones*, es indudablemente una producción notable, cualquiera que sea su origen, y resulta absolutamente imposible que haya podido ser producto normal de semejante autor. Se publicó avalorado por largo prefacio del gobernador Tallmadge, en el cual demostró el digno senador que conocía a fondo la antigüedad clásica. Difícilmente podía escribirse nada mejor desde el punto de vista de los clásicos y de la Iglesia primitiva.

En 1857, la Universidad de Harvard dio nueva muestra de su intolerancia con la persecución y la expulsión de un estudiante llamado Fred Willis, por practicar la mediunidad. Parecía que el espíritu de Cotton Mather y de los perseguidores de brujas de Salem había descendido sobre aquel gran centro de sabiduría, pues en aquellos días se le vio constantemente en lucha con las fuerzas invisibles. El incidente se inició con un intemperante intento llevado a cabo por el profesor Eustis para probar que Willis era un embaucador, siendo

así que está demostrado que fue un verdadero médium que huyó de todo uso público de sus facultades. El asunto causó enorme excitación y escándalo en aquellos días. Este y otros casos de violencia podrían citarse, pero bastará consignemos que el afán de ganancias por una parte, y por otra la efervescencia pública causada por las arbitrarias persecuciones, provocaron tan inmoral reacción en algunos sedicentes médiums, tan fanáticos excesos y tan grotescas afirmaciones en otros, que tuvo que renunciarse al éxito inmediato que esperaban los espiritistas más sanos y serios.

Una curiosa fase de mediunidad que por entonces llamó poderosamente la atención fue la del campesino Jonatan Koons y su familia, habitantes en un agreste lugar de Ohío.

Más adelante narraremos los fenómenos obtenidos por los hermanos Eddy, de igual naturaleza que los de la familia Koons, por lo que prescindiremos de detalles al referirnos a ésta.

El uso de instrumentos musicales caracterizó las demostraciones de los espíritus en el caso de los Koons, cuya choza adquirió pronto fama en las haciendas vecinas, tanto, que siempre se vio concurridísima, aunque estaba a unas setenta millas de la ciudad más próxima. Se trataba de un casó de mediunidad física, de índole vulgar, propia de un rudo y casi analfabeto campesino y en ninguna de las varias investigaciones que se llevaron a cabo pudo la crítica invalidar cualquiera de los hechos presenciados. No obstante, Koons y su familia tuvieron que abandonar su barraca forzados por la persecución de la gente ignara entre la cual vivían. La dura vida al aire libre de los campesinos parece propicia al desarrollo de la mediunidad física. Las primeras manifestaciones de este género tuvieron lugar en el domicilio de un campesino americano; luego los Koons en Ohío, los Eddys en Vermont, los Fox en Massachusetts y tantos otros, en diversos lugares, pusieron de manifiesto la misma clase de fuerza.

Antes de terminar esta breve reseña de los primeros días del movimiento en América, referiremos un suceso en el cual la intervención espiritista fue de suma importancia para la historia del mundo. Aludimos a los inspirados mensajes que determinaron la actitud de Abraham Lincoln en el momento supremo de la guerra civil. Los hechos están por encima de toda discusión, y constan con evidencia insuperable en el libro que publicó la señora Maynard sobre Abraham Lincoln. El nombre de soltera de la señora Maynard era Nettie Colburn: ella misma fue la heroína de la historia.

Esta señora, a la sazón joven, que era una poderosa médium en sus momentos de trance, durante el invierno de 1862 fue a Washington con el fin

de visitar a su hermano que estaba enfermo en el hospital del Ejército Federal. La señora Lincoln esposa del presidente y a la que interesaba todo lo relacionado con el espiritismo, obtuvo una sesión con Miss Colburn, quedando profundamente impresionada del resultado. Al día siguiente, mandó su coche a la médium para que acudiera a exhibir sus facultades ante el presidente. La médium describe de qué afectuoso modo fue recibida por el grande hombre en la sala de la Casa Blanca, y cita los nombres de las personas que estuvieron presentes al acto. Después de sentarse cayó en el éxtasis y ya no recordó más. Luego continúa:

«Durante más de una hora me hicieron hablar con Lincoln, y según me dijeron mis amigos, estuve conversando de cuestiones que él comprendía perfectamente, y que para ellos apenas tenían sentido, hasta llegar a lo relacionado con el decreto de Emancipación. El presidente recibió por mi conducto un mensaje con el encargo solemne de no renunciar a sus propósitos de dar aquel decreto sin aplazar su aplicación con fuerza de ley más allá del nuevo año, porque eso sería la obra culminante de su mandato presidencial y de toda su vida. Y, en contra de los consejos de algunos fuertes partidos para que difiriese la aplicación de aquella ley sustituyéndola por otras medidas, que resistiese el presidente tales sugestiones y se mantuviera firme en sus convicciones realizando sin miedo la misión que le había confiado la Providencia. Los que estaban presentes a la sesión declararon que casi perdieron la noción de la presencia de la tímida joven por la majestad de sus declaraciones, el vigor y fuerza de su lenguaje, y la importancia del mensaje que transmitía, pareciendo como si en su lugar vieran una potente fuerza espiritual masculina de la que emanaban aquellas órdenes casi divinas.

»Nunca olvidaré la escena que se desarrollaba a mi alrededor cuando recobré los sentidos. Estaba de pie frente a Míster Lincoln; éste hallábase sentado en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome intensamente. Retrocedí naturalmente confusa por aquella situación, no recordando de momento en donde me encontraba y mirando a mi alrededor al grupo de personas entre las cuales reinaba absoluto mutismo.

Durante un rato tuve que hacer esfuerzos para recordar lo que había dicho.

»Un caballero de los allí presentes rompió el silencio diciendo en voz baja: «Señor presidente, ¿tiene usted algo que decirnos respecto al modo de implantar el decreto?». Mr. Lincoln se levantó como si saliera de un sueño. Contempló rápidamente el cuadro de tamaño natural de Daniel Webster, colgado encima del piano, y contestó con pronunciado énfasis: —¡Sí, mucho!

»Mr. Somes dijo: “Señor presidente, ¿sería muy atrevido preguntarle si se le ha hecho presión en el sentido de aplazar la aplicación del decreto?”. A lo que el presidente contestó: “En las presentes circunstancias la pregunta es perfectamente correcta puesto que aquí todos somos amigos”. (Todos los presentes sonreímos). “Se me han hecho esas presiones y sólo reprimiendo mis nervios pude soportarlas”. Todos los caballeros rodearon entonces al presidente, hablándole en voz baja; él callaba. Al fin, volviéndose hacia mí y pasándome la mano por la cabeza, pronunció las siguientes palabras, que jamás olvidaré: —Hijita, posee usted un don muy singular, que no hay duda procede de Dios. Gracias por haber venido aquí esta noche; lo ocurrido es más importante de lo que ninguno de estos señores pueden comprender. Ahora debo dejarles a todos, pero tal vez volvamos a vernos de nuevo—. Me estrechó afectuosamente la mano, inclinose saludando a los demás y desapareció. Yo me quedé aún una hora hablando con la señora Lincoln y sus amigos, y por fin regresé a Georgetown. Tal fue mi primera entrevista con Abraham Lincoln, y hoy su recuerdo es para mí tan claro y vivido como la noche en que tuvo lugar».

Aquel fue uno de los momentos más importantes en la historia del Espiritismo, y tal vez uno de los más importantes en la historia de los Estados Unidos, pues no sólo fortaleció la situación del presidente, obligándole a dar un paso que levantó el espíritu de los ejércitos del Norte, sino que por efecto de un mensaje subsiguiente, Lincoln salió con urgencia a visitar los campos con el más saludable efecto sobre el espíritu de las tropas. Y, sin embargo, el lector puede buscar en todas las historias de las luchas y la vida del presidente y no encontrará mención alguna de tan notable episodio. Todo ello por culpa de ese desleal trato que el espiritismo ha sufrido durante tanto tiempo. Es imposible que los Estados Unidos, si son amantes de la verdad, permitan que un culto que demostró su valía en el más aciago momento de su historia, sea perseguido y reprimido como lo es por magistrados santurrones y gente ignara, así como que la prensa continúe mofándose del movimiento que produjo la Juana de Arco de su nación.

[Apéndice Capítulo VI]

CAPÍTULO VII
EL DESPERTAR EN INGLATERRA

Los primeros espiritistas han sido comparados frecuentemente con los primeros cristianos, y en verdad hay entre ellos anchos puntos de contacto, aunque, en cierto aspecto, los espiritistas les lleven ventaja. Las mujeres cristianas de los primeros tiempos tomaron parte noblemente en la lucha, viviendo como santas y muriendo como mártires, pero no figuraron como predicadoras ni como misioneras. En cambio, siendo el poder y el conocimiento psíquicos tan grandes en uno como en otro sexo, fueron mujeres los mejores paladines de la revelación espiritista. Ello puede decirse especialmente de Emma Hardinge Britten, cuyo nombre gana en fama a medida que los años pasan. Pero no fue la única. Otras mujeres misioneras hubo de gran relieve, siendo la más importante de ellas, desde el punto de vista británico, la señora Hayden, por ser la que en el año 1852 trajo por vez primera los nuevos fenómenos a nuestras costas. Teníamos nosotros la fe religiosa de los antiguos apóstoles; pero entonces se presentaba aquí el apóstol.

La señora Hayden fue mujer muy notable y una medium excelente. Era esposa de un respetable periodista de Nueva Inglaterra, que la acompañó en su misión, organizada por un señor Stone, que había experimentado sus facultades en América. En el momento de su arribo, se la describe «joven e inteligente, a la par que sencilla y cándida». Un biógrafo inglés, añade: «Desvanecía toda sospecha con la natural ingenuidad de sus palabras, y muchos que venían a pasar el rato a su costa quedaban avergonzados, acabando por tratarla con respeto y aun con cordialidad ante la mansedumbre y el buen carácter de que daba muestra. La impresión que dejaba invariablemente una entrevista con ella era que si los fenómenos que se manifestaban por su intervención podían atribuirse a una superchería, resultaba entonces —según observó Mr. Dickens— la más perfecta artista que pudiera imaginarse».

La ignorante prensa británica trató a la señora Hayden como a una vulgar aventurera americana. Pero de su capacidad mental júzguese por el hecho de que algunos años más tarde, a su regreso a los Estados Unidos, se doctoró en medicina y ejerció esta profesión durante quince años. El doctor Jaimes Kodes Buchanan, el famoso precursor de la psicometría, habla de ella como de «uno de los médicos más familiarizados con el éxito y más hábiles que he conocido». Tuvo a su cargo una cátedra de medicina en un Colegio americano, y la Compañía de Seguros «The Clobe» la empleó en evitación de las pérdidas que venía experimentando en los seguros de vida. Un aspecto de su personalidad según Buchanan, fue su genio psicométrico.

Y el mismo Buchanan rinde tributo solemne a su nombre diciendo que casi lo había olvidado la Junta de Sanidad porque durante varios años no tuvo que dar parte de una sola muerte.

Todo esto era, sin embargo, desconocido por los escépticos de 1842, si bien no hay que vituperarles demasiado sus dudas, ya que, lo repetimos una vez más, las manifestaciones del Más Allá deben contrastarse con el mayor rigor antes de ser aceptadas. Nadie puede oponerse a esa actitud crítica. Pero lo que parece excesivo es que un postulado que, de ser verdadero, supone tan buenas nuevas como la comunicación con los santos y la filtración de los muertos por las paredes, provoque no una crítica serena, sino una tempestad de denuestos y ultrajes, siempre indisculpables, pero mucho más cuando se dirigen contra una dama que nos visita para curar nuestra ceguera. La señora Hardinge Britten dice que en cuanto la señora Hayden se exhibió en la escena, levantó en periódicos, púlpitos y centros de todas clases una nube de injurias, de persecuciones y de insultos, tan violentos como humillantes para el pretendido liberalismo y suficiencia científica de la época. Añade que su bondadoso espíritu femenino sufrió hondamente, y que la armonía intelectual indispensable para la producción de buenos resultados psíquicos quedó desequilibrada por el cruel e insultante trato recibido por parte de aquellos que se las echaban de investigadores, y en realidad ardían en el deseo de anularla, armándole lazos y artimañas para falsear la verdad de la que la señora Hayden se decía instrumento. Profundamente sensible a violencia de sus detractores sufrió, en efecto, grandes torturas bajo la fuerza aplastante de aquel feroz antagonismo que gravitaba sobre sus hombros, sin que —por lo menos en aquellos días— supiera cómo rechazarlo o resistirlo.

Afortunadamente, no toda la nación sentía aquella hostilidad irracional de la que aún tenemos diarios ejemplos. Hombres animosos surgían para compartir sin temor al descrédito de una causa impopular guiados tan sólo por

el móvil de su amor hacia la verdad, y por su caballerosidad indignada ante el espectáculo de una mujer perseguida. El Dr. Ashburner, médico de la Real Academia, y Sir Carlos Isham, figuraron entre ellos defendiendo a la medium públicamente, en la prensa.

La mediunidad de la señora Hayden parece juzgada a la luz de los últimos descubrimientos, que estaba limitada a ciertos modos solamente. Aparte los ruidos, poco conocemos de los fenómenos físicos por ella provocados, quedando totalmente excluidos de su mediunidad los casos de luces, de materialización y de voces directas. En cambio, las contestaciones que obtenía por medio de golpes eran exactísimas y convincentes.

Como todos los mediums verdaderos era tan sensible que afectábanle las gentes que estaban a su alrededor, hasta convertirse en víctima propiciatoria de cuantos iban a visitarla con el solo fin de divertirse con sus experiencias en vez de estudiarlas seriamente. Pero el engaño es pagado con el engaño y el imbécil era correspondido según su imbecilidad, sin que el ente que inspiraba las palabras de la medium se preocupase de que el instrumento pasivo empleado para la transmisión resultara responsable o no de sus contestaciones. Aquellos seudo investigadores llevaron a la prensa sus humorísticos relatos, pretendiendo haber burlado a los espíritus cuando eran ellos los burlados.

Jorge Enrique Lewes, marido más tarde de George Elliot, fue uno de aquellos cínicos investigadores. Cuenta con ironía cómo habiendo preguntado por escrito: «¿Es la señora Hayden una impostora?», había obtenido por medio de golpes la respuesta «Sí». Lewes aducía ese hecho a título de confesión de culpabilidad por parte de la señora Hayden, en lugar de deducir que los golpes eran absolutamente independientes de ella y que las preguntas frívolas no podían merecer de ningún espíritu una contestación seria.

Pero materias como ésta deben juzgarse positiva y no negativamente, debiendo al efecto reproducir el autor con mayor extensión que la acostumbrada, algunos testimonios, para que el lector vea cómo se sembraron en Inglaterra las primeras semillas destinadas a producir árboles vigorosos. Ya se ha aludido a la defensa del Dr. Ashburner, el médico famoso, pero no estará demás añadir aquí algunas de sus palabras. Así, en The Leader de 14 de marzo de 1853, decía:

«El sexo debe ser protegido contra toda clase de ultrajes, y más si ustedes, señores de la prensa, poseen los debidos sentimientos de hospitalidad y compañerismo respecto de uno de sus colegas, pues la señora Hayden es esposa del antiguo director y propietario de un diario de Boston de gran

circulación en toda la Nueva Inglaterra. Yo declaro que la señora Hayden no es una embaucadora, y el que se atreva a afirmar lo contrario, lo hace faltando a la verdad».

Por otra parte, en una carta dirigida a *The Reasoner* (junio de 1853), después de reconocer que visitó a la medium con gran escepticismo, esperando sorprender en ella «la misma clase de imposibilidades» que había ya sorprendido en otros pretendido mediums, Ashburner escribe: «Por lo que se refiere a la señora Hayden, tengo la firme convicción de su perfecta honradez, tanto, que me asombra pueda haber quien la acuse seriamente de engaño». Y a continuación relata algunas de las verídicas comunicaciones por él recibidas.

Entre los investigadores figuraba el célebre matemático y filósofo, profesor De Morgan, el cual da noticia de algunos experimentos y conclusiones en extenso y luminoso prefacio, escrito para el libro de su esposa, «De la materia al espíritu» (1863), siguiente manera:

«Hace diez años la famosa medium americana señora Hayden vino a mi casa sola. La sesión comenzó inmediatamente después de su llegada. Había presentes ocho o nueve personas en mayor o menor grado creían que en los hechos había engaño, indudablemente. Los golpes empezaron a producirse de la manera usual: limpios, claros, distintos, como si fueran llamadas de un timbre eléctrico. Los comparé entonces al ruido que producirían unas agujas de hacer calceta cayendo de punta desde poca altura sobre un mármol grueso, y que fueran instantáneamente sofocados por una especie de extintor acústico adecuado; y, en efecto, una prueba que luego hicimos demostró que mi comparación no era errónea… A última hora la noche, después de cerca de tres horas de experimentación, señora Hayden se levantó y se sentó a otra mesa, hablando con nosotros mientras tomaba un refresco. Un niño preguntó subitamente: “¿Querrían golpear juntos todos los espíritus que aquí esta noche?”. Y apenas pronunciadas tales palabras, oyó como una granizada “de agujas de hacer calceta” por espacio de un par de segundos, ruidos fuertes los de los hombres y más débiles los de las mujeres y los niños, claramente perceptibles dentro de su desorden».

Después de una observación sobre sus deseos de conocer si los golpes eran obra directa de los espíritus, el profesor De Morgan continúa:

«Solicitado para que dirigiera una pregunta al primer espíritu, le rogué que me permitiera interrogarle mentalmente, es decir, sin hablar, sin escribir, sin indicar yo mismo las letras en el alfabeto, y que la señora Hayden tuviera ambas manos extendidas mientras yo formulaba mi pregunta. Mis deseos

fueron inmediatamente satisfechos por medio de un par de golpes. Hice mi pregunta, deseando que se me contestara con una sola palabra, que yo mismo indiqué, todo ello mentalmente. Cogí luego el alfabeto impreso, coloqué detrás de él un libro y fui indicando con mi vista las letras del modo corriente. La contestación fue la palabra “ajedrez” en que yo había pensado, indica da por un golpe para cada una de sus letras. Desde aquel momento no había más que dos explicaciones del enigma: o la existencia de una inteligencia lectora de carácter completamente inexplicable, o de una percepción sobrehumana por parte de la señora Hayden, que le permitía conocer la letra en que yo pensaba, aunque ella, estando como estaba sentada a dos metros del libro que ocultaba mi alfabeto, no podía ver ni mis ojos ni mis manos, ni darse cuenta de la velocidad con que yo indicaba las letras.

»Antes de que la sesión terminase, no tuve más remedio que desechar la segunda suposición».

Otro episodio relata Morgan con detalle en una carta escrita diez años antes al Rev. W. Heald, y que figura en la obra de su esposa «Memorias de Augusto De Morgan» (págs. 221 − 2):

«Ahora estaba presente mi padre (fallecido en 1816), y nuestra conversación se desarrolló en la forma siguiente:

»“¿Recuerdas la revista que tenía en proyecto?”. “Sí”. “¿Recuerdas los títulos que para ella me propusiste?”. “Sí”, “¿puedes darme sus iniciales?”. “Sí”. Y comencé las indicaciones recorriendo con la vista el alfabeto, oculto por un libro, a los ojos de la señora H., la cual estaba en el extremo opuesto de la mesa, que era redonda, grande, con una lámpara interpuesta entre ambos. Recorrí con el pensamiento letra por letra, hasta que llegué a la F, la cual creí que era la primera inicial de dichos títulos. No se oyó golpe alguno. Las personas que me rodeaban, dijéronme: “Se ha pasado usted, pues hubo un golpe al comenzar”. Retrocedí entonces y oí muy distintamente el golpe en la letra C. Esto me desorientó un tanto, pero pronto me di cuenta de que era yo el equivocado. Luego indicaron los golpes las letras D T F O C, iniciales de las palabras consecutivas que recuerdo facilité a mi padre para epígrafes de una revista proyectada en 1817, de la que sólo yo había oído hablar entre cuantos estábamos en la habitación. Las letras C D T F O C, eran exactas, por lo que quedé muy satisfecho, viendo que algo, alguien, algún espíritu, podía leer mis pensamientos. Esta y otras cosas parecidas se sucedieron por espacio de cerca de tres horas, mientras la señora H. leía atentamente “La Llave de la Cabaña de Tom”, que jamás había visto antes, pudiendo aseguraros que devoraba la lectura con toda la avidez que es de suponer en una americana

que no la conocía, mientras nosotros estábamos entretenidos con los ruidos. Declaro que todo esto es literalmente exacto. Después de tales sucesos, tuve ocasión de volverlos a presenciar en mi casa en unión de varias personas. Las contestaciones eran casi siempre dadas en la mesa, posando en ella suavemente una o las dos manos para indicar las letras. A veces hay confusión en las contestaciones, pero siempre se ofrece algo que os sorprende. No tengo aún teoría alguna formada acerca del particular, pero acaso pronto pueda levantarse el velo de este misterio.

»A pesar de ello, estoy satisfecho de la realidad de los fenómenos. Otras muchas personas están tan convencidas de ellos como yo mismo, por haberlos presenciado también en sus casas. Pensad de ello lo que queráis si sois filósofo».

Cuando el profesor De Morgan dice que algún espíritu leía sus pensamientos, omite notar que el incidente de la primera letra era una revelación de algo que *no* estaba en su mente. Asimismo, de la actitud de la señora Hayden en el curso de la sesión, se deduce claramente que era su aura lo que estaba en juego antes que su personalidad consciente. Otras pruebas importantes aducidas por De Morgan, se han reservado para el Apéndice de esta obra.

La señora Fitzgerald, figura relevante de los primeros días del espiritismo en Londres, describe en *El Espiritista* del 22 de noviembre de 1878, la siguiente asombrosa experiencia hecha con la señora Hayden:

«Mi ingreso en el Espiritismo comenzó con ocasión de una visita a la conocida medium señora Hayden, venida a este país hace cerca de treinta años. Fui invitada a verla en una sesión organizada por un amigo en Wimpole Street (Londres). Por tener una cita anterior para aquella misma noche, llegué tarde a la reunión, encontrándome con una escena extraordinaria en la cual todos hablaban con gran animación. Echaron de ver mi extrañeza y la señora Hayden, a quien veía por vez primera, salió a mi encuentro amablemente, invitándome a sentarme a una mesa, separada de los demás asistentes, en tanto preguntaba a los espíritus si querían comunicar conmigo. Todo ello me parecía tan nuevo y sorprendente que apenas comprendí lo que me decía ni lo que yo tenía que hacer. Me puso delante un alfabeto impreso, un lápiz y una hoja de papel. Mientras esto hacía, sentí golpes extraordinarios en la mesa, cuyas vibraciones repercutían en la planta de mis pies colocados sobre las patas de la mesa. Sugirióme luego que anotara cada letra a la cual correspondiera un golpe distinto, y con tan breve explicación, me dejó abandonada a mí misma. Indiqué algunas letras, respondiéndome un golpe a

la E, y así sucesivamente con otras que fui indicando, hasta aparecer un nombre para mí muy conocido. De la misma manera fue transmitida la fecha del fallecimiento de la persona a que el nombre se refería, junto con un mensaje que venía a recordarme sus últimas palabras en el momento de expirar: “Velaré por ti”. Toda la escena se me representó vivamente. Confieso que quedé estupefacta y ligeramente aterrada.

»Me llevé el papel en el cual figuraba cuanto había dictado el espíritu de mi amigo y se lo mostré al que había sido su abogado, asegurándome éste que nombre y fecha eran exactos. Yo no la recordaba ya».

La señora Fitzgerald asegura que a aquella sesión con la señora Hayden, en Inglaterra, asistieron Lady Combermere, su hijo el comandante Cotton y Mr. Enrique Thompson, de York.

En el mismo volumen de *El Espiritista* (pág. 264), aparece el relato de otra sesión con la señora Hayden, en vida de Carlos Young, el célebre trágico, escrito por su hijo el Rev. Julián Young:

«1853, abril 19. Vine a Londres hoy con objeto de visitar a mis abogados sobre un asunto de importancia para mí, y habiendo oído hablar de la señera Hayden, de América, como medium espiritista, decidí ver lo que había de cierto en sus facultades como tal, juzgando de ello por mí mismo. Encontré por casualidad a un amigo mío, Mr. H., a quien pregunté si sabía la dirección de la vidente, enterándome entonces de que vivía en el número 22 de la calle de la Reina Ana. Tenía también mi amigo verdaderos deseos de conocerla, pero no estaba dispuesto a pagar la guinea de la consulta, por lo que le invité a acompañarme. Aceptó con sumo gusto. Los golpes tiptológicos y otros dados en diversos sitios invisiblemente eran cosa tan corriente en 1853, que no creo sea necesario describir este modo usual de comunicación entre vivos y muertos. Desde la fecha arriba apuntada he visto mucho de cuanto se relaciona con esos ruidos, pero a pesar de mi flaco por todo lo místico y sobrenatural, no había presenciado fenómeno alguno espiritista que en realidad no fuera explicable por medios naturales, con excepción del caso que voy a relatar, en que toda suposición de farsa debía excluirse, puesto que el amigo que me acompañaba jamás había visto a la señora Hayden ni la conocía más que de nombre. He aquí el diálogo que tuvo lugar entre la señora H. y yo»:

Señora H.: ¿Desea usted comunicar con el espíritu de algún amigo ausente?

J. C. Y.: Sí.

Señora H.: Haga entonces sus preguntas del modo que le he indicado y obtendrá contestaciones satisfactorias.

J. C. Y.: (Dirigiéndome al ser invisible, que supuse presente): Dime el nombre de la persona con quien quiero comunicar.

Las letras escritas al dictado de los golpes, puestas unas al lado de otras, decían: «Jorge Guillermo Young».

J. C. Y.: ¿En quién están ahora fijos mis pensamientos?

E.: En Jorge Guillermo Young.

J. C. Y.: ¿De qué sufre?

E.: De un tic nervioso.

J. C. Y.: ¿Puede usted prescribirle algo?

E.: Mesmerismo enérgico.

J. C. Y.: ¿Quién debe administrárselo?

E.: Alguien que sienta una poderosa simpatía por el paciente.

J. C. Y.: ¿Podría hacerlo yo con éxito?

E.: No.

J. C. Y.: ¿Quién entonces?

E.: José Ries. (Era un caballero muy querido de mi tío).

J. C. Y.: ¿He perdido últimamente a alguna persona querida?

E.: Sí.

J. C. Y.: ¿Quién es? (Pensaba en mi prima lejana Cristiana Lane).

E.: Cristiana Lane.

J. C. Y.: ¿Puede usted decirme en dónde dormí anoche?

E.: En casa de Jaime B., calle de Clarges, 9.

J. C. Y.: ¿Y dónde dormiré mañana?

E.: En casa del coronel Weymouth, calle Alta de Crosvenor.

Estaba tan asombrado por la exactitud de las contestaciones que quise intentar nuevas pruebas y comuniqué al caballero que estaba conmigo que iba a hacer una pregunta cuya naturaleza deseaba ocultarle, rogándole pasara a la habitación contigua durante unos minutos. Hecho esto reanudé mi diálogo con la señora Hayden.

J. C. Y.: He dicho a mi amigo que se retirara porque no quiero que oiga la pregunta que voy a formular, pero deseo igualmente que tampoco usted la conozca, aunque si no estoy mal enterado, la contestación sólo se me puede transmitir por mediación de usted. ¿Qué debo hacer para lograr mi deseo?

Señora H.: Haga la pregunta de tal suerte que la contestación represente por medio de una letra la idea fundamental en su mente.

J. C. Y.: Voy a probar. ¿Ocurrirá lo que estoy temiendo?

E.: No.

J. C. Y.: Esto no me satisface. Es muy fácil decir sí o no, pero el valor de la afirmación o de la negación sólo puede depender de la convicción que yo tenga de que usted sabe lo que pienso. Deme una palabra que me demuestre que posee usted el secreto de mis pensamientos.

E.: Voluntad.

Ahora bien, era cierto que mi voluntad corría peligro de flaquear bajo el deseo de saber si mis temores se realizarían. Por consiguiente la contestación fue satisfactoria.

Hay que añadir que M. Young no creyó ni antes ni después de aquella sesión en los espíritus, lo cual, después de semejante experimento hablaba muy poco en favor de su inteligencia y su capacidad para aprovechar nuevos conocimientos. La siguiente carta publicada en *El Espiritista* por el doctor Malcom de Clifton, menciona a personas muy conocidas como concurrentes a sesiones medianímicas. Discutíase por entonces el punto donde se había celebrado la primera sesión en Inglaterra y quiénes fueron los testigos de ella:

«No recuerdo la fecha; pero visitando a mi amiga la señora Crowe, autora de la obra "El lado obscuro de la Naturaleza", invitó a que la acompañara a una sesión espiritista con la señora Hayden, que vivía en la calla de la Reina Ana. Me comunicó que esta señora acababa de llegar de América con objeto de evidenciar los fenómenos del espiritismo al pueblo de Inglaterra, e interesarle a favor de ellos. Estaban presentes las señoras Crowe y Milner Gibson, y los señores Colley Grattan (autor de la obra "Caminos reales y sendas recónditas"), Roberto Chambers, doctores Daniels y Samuel Dickson, y varios otros cuyos nombres no recuerdo. En aquella ocasión ocurrieron manifestaciones muy notables. Más tarde tuve varias ocasiones de visitar a la señora Hayden, y aunque al principio era propenso a dudar de la veracidad de los fenómenos, me infundió al fin tal convencimiento, que me convertí en un ferviente creyente de la comunicación espiritista».

La lucha en la prensa británica fue ruda. Enrique Spicer (autor de «Visiones y ruidos»), combatió a los detractores del espiritismo en el periódico londinense *Crítica*. El mismo periódico publicó también un largo trabajo escrito por un sacerdote de Cambridge, firmado con las iniciales «M. A». y que se supuso era del Rev. A. W. Hobson, de St. Jhon's College.

El artículo de este señor es muy expresivo y enérgico, y demasiado extenso para que lo transcribamos por completo. Sin embargo, resulta de suma importancia por ser su autor el primer sacerdote británico que se ocupa de aquellas cuestiones. Raro y tal vez característico de los tiempos, es el

hecho de lo poco que han preocupado a los concurrentes a las sesiones espiritistas el aspecto religioso, habiéndoles interesado mucho más preguntar el nombre de sus abuelos o el número de sus tíos. Hasta los más sesudos mostráronse siempre fútiles en sus preguntas, sin comprender la transcendencia espiritual de las comunicaciones con el Más Allá y la sólida base religiosa de las mismas. Aquel sacerdote entrevió luminosamente este aspecto del espiritismo. Su artículo termina con el párrafo siguiente:

«Pocas palabras más he de dirigir a los numerosos clérigos lectores de *Critica*. Siendo yo también sacerdote de la iglesia de Inglaterra, considero que la cuestión es de aquellas que mis hermanos deberían tomar con interés por muchos que sean los escrúpulos que tengan para hacerlo. Y mis razones para creerlo así son las siguientes: Si el movimiento se generaliza en este país como en los Estados Unidos —¿y por qué no ha de ocurrir?— el clero del reino será instado de todas partes y deberá dar su opinión con la obligación, dimanante de sus deberes, de intervenir en ese movimiento con el objeto de evitarlos engaños a que se presta este “misterio”. Uno de los más notables escritores con que cuenta el espiritismo en América, Adin Ballou, ha puesto en guardia a sus lectores para que no se fíen de todos los espíritus comunicantes ni abdiquen de sus propias opiniones y de sus credos religiosos (como han hecho miles de adeptos). Todavía no hemos llegado a eso en Inglaterra, pero en las pocas semanas que lleva aquí el matrimonio Hayden, el movimiento se ha extendido rápidamente como un incendio en pleno campo, y tengo buenas razones para creer que sólo estamos en los comienzos. Personas que al principio consideraban el espiritismo con el desprecio que merecen todos los engaños y las charlatanerías, al presenciar sus extraños fenómenos quedan atónitas, llegando a las más locas conclusiones: unos, por ejemplo, dicen que todo es obra del demonio; otros, por el contrario, que se trata de una revelación del cielo. He visto a muchos hombres cultos e inteligentes convertidos por los fenómenos. Por mi parte confieso que yo también estoy bajo su influjo. No se trata de una farsa; estoy perfecta y plenamente convencido de ello. Además de las pruebas y experimentos que antes he descrito, tuve largas conversaciones por separado con el señor y la señora Hayden, y aseguro que todo cuanto me han dicho se distingue por la sinceridad y buena fe. Esto no serán pruebas para los demás, pero lo son para mí. Si hay engaño, tan engañados están ellos como cualesquiera de nosotros».

No fue el clero sino los librepensadores quienes supieron darse cuenta de la significación verdadera de los mensajes, y de que debían luchar contra esa prueba de la vida eterna, o confesar honradamente, como han hecho muchos

desde entonces, que su filosofía se derrumbaba y eran vencidos en su propio terreno. El más noble de todos los que así lo declararon, fue Roberto Owen, tan famoso por sus obras humanitarias como por su inflexible independencia en materia religiosa. Aquel hombre honrado y valiente confesó públicamente su deslumbramiento ente los primeros rayos del sol que nacía. He aquí sus palabras:

«He referido minuciosamente la historia de esas manifestaciones, investigando los hechos a ellas relativos (atestiguados en casos numerosos por personas de gran significación). Tuve, catorce sesiones con la medium señora Hayden, durante las cuales dióme cuantas facilidades quise para comprobar si existía engaño por su parte.

»Estoy no sólo convencido de que no hay mentira en los mediums, sino que están destinados a realizar la más grande revolución moral en el modo de ser y condición de la raza humana».

La señora Emma Hardinge Britten comenta el asombro que produjo la conversión de Roberto Owen, cuyas creencias materialistas ejercían los más perniciosos efectos en la religión. Añade que uno de los más eminentes estadistas de aquel tiempo, declaró que «la señora Hayden merecía un monumento, aunque sólo fuese por la conseguida conversión de Roberto Owena».

Poco después, el famoso Dr. Elliotson, presidente de la Sociedad Secular, se convertía también al espiritismo, después de haberlo combatido obstinadamente. Él y el Dr. Ashburner habían sido los dos más eminentes defensores del mesmerismo en los días en que aquel fenómeno tan evidente luchaba también por su existencia, tanto que el médico que se atrevía a afirmarlo, corría peligro de pasar por un charlatán. Unidos desde entonces, resultó penoso para ambos que en tanto el doctor Ashburner se entregaba en cuerpo y alma al espiritismo, su amigo no sólo se consideró obligado a repudiarlo, sino a atacarlo vigorosamente. Mas pronto cesó la divergencia con la completa conversión de Elliotson, y la señora Hardinge Britten relata cómo en sus últimos años fue a verle, y cómo le encontró convertido en «partidario acérrimo de aquello que el venerable personaje ahora consideraba como la más excelsa revelación que se había dignado iluminarle; la que dulcificaba el sombrío paso a la vida del Más Allá, y hacía de esa transición un acto de fe triunfante y de seguras bienaventuranzas».

Como era de esperar, no pasó mucho tiempo sin que la rápida difusión de los fenómenos obligara a los escépticos de la ciencia a reconocer su realidad o al menos a tomar medidas para hacer ver el engaño de aquellos que atribuían

los movimientos de las mesas a una causa exterior. Braid, Carpenter y Faraday, manifestaron públicamente que esos movimientos debíanse sencillamente a la acción muscular inconsciente. Faraday ideó ingeniosos aparatos con los que creía poder demostrar definitivamente sus asertos. Pero lo que ocurrió a Faraday, como a otros muchos críticos, es que no dispuso de un buen medium, y el hecho, perfectamente demostrado del movimiento de las mesas, sin contacto alguno, es suficiente para destruir sus menguadas teorías. La persona que sin haber manejado jamás un telescopio contradijera con desdén las afirmaciones de los astrónomos, estaría en el mismo caso que los que se han atrevido a criticar las cuestiones psíquicas sin haber jamás tenido la menor comprobación de ellas.

Sir David Brewster fue quien mejor reflejó el estado de los ánimos en aquel tiempo. Hablando de la invitación de Monekton Milnes para visitar a Mr. Galla, el explorador africano, «que le aseguraba que la señora Hayden le había citado nombres de personas y lugares de África, que nadie más que él conocía», Sir David contestó con el siguiente parecer: «Indudablemente el mundo se está volviendo loco».

La señora Hayden permaneció en Inglaterra aproximadamente un año, regresando a América hacia fines de 1853. Algún día, cuando los temas psíquicos tomen las proporciones debidas en la conciencia pública, su visita será considerada como un acontecimiento histórico. Otras dos mediums americanas estuvieron en Inglaterra por la misma época, la señora Roberts y la señorita Jay, pero, según parece, ejercieron poca influencia en el movimiento y poseyeron fuerzas psíquicas muy inferiores.

Acertadamente pinta el cuadro de la época el siguiente extracto de un artículo sobre espiritismo publicado en *The Yorkshireman* de 25 de octubre de 1856, periódico no espiritista.

«Los fenómenos de movimientos de mesas eran familiares entre nosotros. Hace dos o tres años apenas si había velada en que no se intentara reproducir el milagro espiritista… En aquellos días se invitaba al "Té y a la Mesa movediza", como un nuevo pasatiempo, y los invitados revolvían en las casas, como locos, queriendo probar con todos los muebles».

Después de declarar que el ataque de Faraday tuvo por efecto «alejar a los espíritus», de tal modo que por cierto tiempo ya no volvió a hablarse de ellos, el periódico continúa:

«Tenemos, sin embargo, sobradas pruebas de que el espiritismo, como creencia vital y activa, no está confinado en los Estados Unidos, sino que

también obtiene el favor y la aceptación de una considerable masa de entusiastas en nuestro propio país».

Pero la actitud de la prensa más influyente fue, en general, casi la misma que la de ahora, es decir, consistió en ridiculizar y negar los hechos, o si los aceptaba, en preguntar qué servicio podían prestar. *The Times*, por ejemplo (periódico tan mal informado, como reaccionario en materias psíquicas), en un artículo de fecha posterior, dijo:

«Esto es algo así como si el sombrero viniera a nuestras manos desde el perchero por un acto de nuestra voluntad, sin precisión de irlo a buscar ni de molestar a los criados.

»Si la fuerza que hace mover una mesa pudiera también dar vueltas a un molinillo de café, eso saldríamos ganando.

»Sería mejor que nuestros mediums y clarividentes, en vez de indagar quién murió hace cincuenta años, averiguasen la cotización de la Bolsa dentro de tres meses».

Leyendo tales enormidades en un gran periódico, cabe reflexionar si el movimiento no era prematuro, y si en una época tan vasta y materialista era posible que arraigara la idea de la comunicación con el Más Allá. Sea como quiera, hay un hecho cierto y es que tal actitud debiose en gran parte a la frivolidad de los investigadores que no comprendían el verdadero significado de las señales de ultratumba, y las tomaron, según indicaba el Times, como una especie de recreo y un nuevo aliciente para los hombres ya cansados de otras diversiones de salón.

Sin embargo, mientras a los ojos de la prensa se había dado un golpe de muerte al desacreditado movimiento, la investigación proseguía tranquilamente en muchas partes. Personas de buen sentido como Howitt indica, «ponían a prueba a los ángeles hasta convencerse de su realidad», ya que «los mediums públicos no habían hecho más que inaugurar el movimiento y abrir el camino que habían de seguir los demás».

Si juzgamos por los públicos testimonios de la época la influencia de la señora Hayden, resultó limitada en extensión. Sembró a los cuatro vientos la semilla que paulatinamente había de germinar. Inició el tema y la gente, dando los primeros pasos por la senda trazada, empezó a experimentar y a descubrir la verdad por sí misma, aunque con precaución, hija de la experiencia, guardó casi siempre para sí la mayor parte de sus descubrimientos. Era indudable que la señora Hayden había llenado por completo su cometido.

La historia del movimiento puede ser comparada a un mar que avanza en sucesivas ondas, las primeras más crecidas que las que siguen. Entre una y otra el espectador podía creer que el movimiento había acabado, hasta que una nueva ola le convencía de lo contrario. El tiempo transcurrido desde la partida de la señora Hayden en 1853 hasta la aparición de D. D. Home en 1855, representa el primer período de calma en Inglaterra. Los críticos superficiales creyeron que todo había ya terminado. Pero en mil hogares esparcidos por todo el país los experimentos continuaban; muchos que habían perdido la fe en las cosas del espíritu, comenzaron a examinar las pruebas y a darse cuenta con complacencia o zozobra que la edad de esa fe desaparecía, pero en su lugar llegaba la edad del conocimiento, que San Pedro dijo ser mejor. Los devotos de las Escrituras recordaban las palabras del Maestro: «Tengo aún muchas cosas deciros, pero no podéis todavía comprenderlas», y se preguntaban si aquella extraña agitación de las fuerzas exteriores formaba parte del nuevo conocimiento prometido. Mientras la señora Hayden sembraba sus primeras semillas en Londres, una serie parecida de acontecimientos ocurría en el Yorkshire, debidos al señor David Richmond, americano llegado a la ciudad de Keighley, en donde se entrevistó con Míster David Weatherhead para interesarle en la nueva revelación. Hubo manifestaciones por medio de mesas, y se descubrieron mediums locales, con lo cual nació un centro floreciente, que aun hoy existe. Desde el Yorkshire el movimiento se propagó al Lancashire, donde, en una de las primeras sesiones, Mr. Wolstenholme (fallecido en 1925 a edad avanzada), siendo a la sazón un niño, consiguió esconderse debajo de una mesa, y presenciar todos los fenómenos, sin tener intervención en ellos. El periódico *Yorkshire Spiritual Telegraph*, nació por entonces en Keighley, fundado por David Weatherhead, cuyo nombre merece ser honrado como uno de los primeros que de todo corazón ingresaron en el movimiento. Keighley continúa siendo un activo centro de enseñanzas y trabajos psíquicos.

[Apéndice Capítulo VII]

CAPÍTULO VIII
CONTINÚAN LOS PROGRESOS EN INGLATERRA

El libro sobre diez años de experimentos del espiritismo, de la señora De Morgan, comprende desde 1853 a 1863. Su aparición fue una de las primeras señales de que el nuevo movimiento se extendía ya tanto entre las clases elevadas como entre las masas. Luego vinieron a propagarlo más los trabajos de D. D. Home y de los Davenport, que más adelante detallaremos. El examen que llevó a cabo la Sociedad Dialéctica en 1869 será también objeto de otro capítulo. El año 1870 es el de las famosas investigaciones que realizó William Crookes después del escándalo a que dio lugar la negativa de los hombres de ciencia a investigar la naturaleza de los hechos corroborados por muchos testigos competentes y dignos de crédito. Crookes publicó sus creencias en el *Quarterly Journal*, *of Science*, afirmando que eran las de millones de personas y añadió: «Deseo fijar las leyes que gobiernan la realización de los notables fenómenos que están teniendo lugar estos días en proporciones casi increíbles».

El relato de las investigaciones de William Crookes fue dado in extenso en 1874, y causó tal tumulto entre los fosilizados hombres del saber, que hasta llegó a hablarse de darle de baja en la Real Sociedad. En medio de la tempestad, Crookes luchó valientemente contra ella, y hasta que su posición no fue inexpugnable, puso la mayor cautela en la pública declaración de sus ideas. En 1872 − 73 surgió un nuevo elemento de valía, el Rev. Stainton Moses, cuyos escritos hicieron, subir considerablemente el nivel de difusión del movimiento.

Por entonces dieron conferencias sobre espiritismo la; señoras Emma Hardinge Britten y Cora I. V. Tappan, y Míster J. J. Morse, pronunciando una serie de elocuentes discursos que impresionaban profundamente al numeroso auditorio de cada cual. Gerald Massey, conocido escritor, y el Dr. Jorge Sexton, dieron también conferencias públicas que alcanzaron gran renombre.

La fundación de la Sociedad Británica Nacional de Espiritistas en 1873, impulsó grandemente el movimiento, ingresando en la causa buen número de

prosélitos de ambos sexos muy conocidos del público. Entre ellos la condesa de Caithness, la señora Makdougall Gregory (viuda del profesor Gregory, de Edimburgo), el Dr. Stanhope Speer, el Dr. Gully, Sir Carlos Isham, el Dr. Mauricio Davies, Mr. H. D. Jencken, el Dr. Jorge Sexton, la señora Ross Church (Florencia Marryat), Mr. Newton Crosland y Mr. Benjamín Coleman.

Destácanse en aquella época la mediunidad de orden superior en la esfera de los fenómenos físicos, de la señora Jencken (Catalina Fox) y de la señorita Florencia Cook, así como la del Dr. J. R. Newton, famoso medium curandero que llegó de América en 1870, haciendo un número extraordinario de curaciones en tratamientos completamente gratuitos. También por entonces se hicieron públicas la admirable mediunidad de la señora Everitt, D. D. Home, Herne y Williams, señora Guppy, Eglinton, Slade, Lottie Fowler y otros cuyas experiencias atraían numerosos prosélitos. Las fotografías espiritistas de Hudson causaron en 1872 un interés enorme, y en 1875 el doctor Alfredo Russell Wallace publicó su famoso libro «Sobre los milagros y el espiritismo moderno».

Un buen procedimiento para apreciar el desarrollo que tuvo el espiritismo en aquel período, consiste en examinar los informes de testigos contemporáneos, especialmente los de aquellos mejor dispuestos por su posición y experiencia para dar una opinión. Pero antes, veamos cuál era la situación en 1866, según la pinta Mr. Guillermo Howitt en estos admirables párrafos:

«La situación presente del espiritismo en Inglaterra resulta poco halagüeña dada la influencia contraria y omnipotente de la prensa. En efecto, después de haber hecho todo lo posible para perjudicar y desacreditar el espiritismo; después de haberle abierto sus columnas sólo con la esperanza de que sus locuras dieran motivo a los enemigos para aplastarlo; después de haberle difamado y perseguido tercamente al ver que todos los medios para acabar con él fracasaban, resolvió amordazarlo y encadenarlo para que de esta suerte fuera más fácil darle el golpe de gracia.

»Realmente el trato que le dieron la prensa y los Tribunales de justicia; el odio que contra él se exteriorizó desde los púlpitos de todas las iglesias y credos; sus mismas divisiones internas; en una palabra, su extraordinaria impopularidad, debieran ya haber puesto fin a su existencia. Pero ha ocurrido lo contrario, es decir, que jamás estuvo más fuertemente arraigado entre las inteligencias avanzadas; sus adeptos jamás aumentaron tan rápidamente; sus verdades jamás fueron afirmadas con más elocuencia; las investigaciones nunca fueron más abundantes ni más concienzudas. A pesar de la

animadversión y desprecio de la prensa, jamás se vieron tan concurridas las elocuentes conferencias de Emma Hardinge. Al mismo tiempo, los Davenport, denunciados mil veces como impostores, demostraron otras mil la realidad de sus fenómenos.

»¿Qué significa todo ello? El fracaso de la prensa y el púlpito, de los magistrados y los Tribunales de justicia, unidos con todas sus fuerzas. Agotaron todos sus recursos contra lo calificado por ellos de loco, vacuo, falso e insubstancial, y si el espiritismo es esto, ¿cómo se explica que con toda su inteligencia, con todas sus denuncias, con todos sus grandes medios de ataque y los no menores para impedir la defensa, con sus procedimientos para tapar los oídos y acaparar las opiniones de las multitudes no lograran sus propósitos? Como que lejos de desbaratar el movimiento, no lograran siquiera desviarlo o detenerlo.

»Todas esas huestes combinadas de sabios y de eruditos, directores y presidentes de centros, tribunales, miembros elocuentes del Parlamento y magnates de la prensa, armados con la artillería de la cultura y la educación nacional, de la Iglesia, del Estado, de la aristocracia, acostumbrados a ser los proclamadores, los definidores de lo bueno y lo falso, debieran reflexionar que algo se levanta en medio de su camino, verdaderamente firme, realmente vital, y no lo que suponía ser un mero fantasma.

»No quiero perder el tiempo pidiendo a esas grandes entidades y corporaciones de universal dominio que abran los ojos, que consideren que sus esfuerzos son baldíos y que admitan su fracaso; pero diré a los espiritistas que por turbia que les parezca la situación, nunca estuvo tan llena de promesas. Frente a la alianza de todos los poderes nunca ha aparecido más clara nuestra victoria. Es lo que caracteriza a todas las conquistas de nuestro tiempo. Todas las grandes reformas, sociales, morales, intelectuales o religiosas, tuvieron que luchar, pero al fin todas se impusieron».

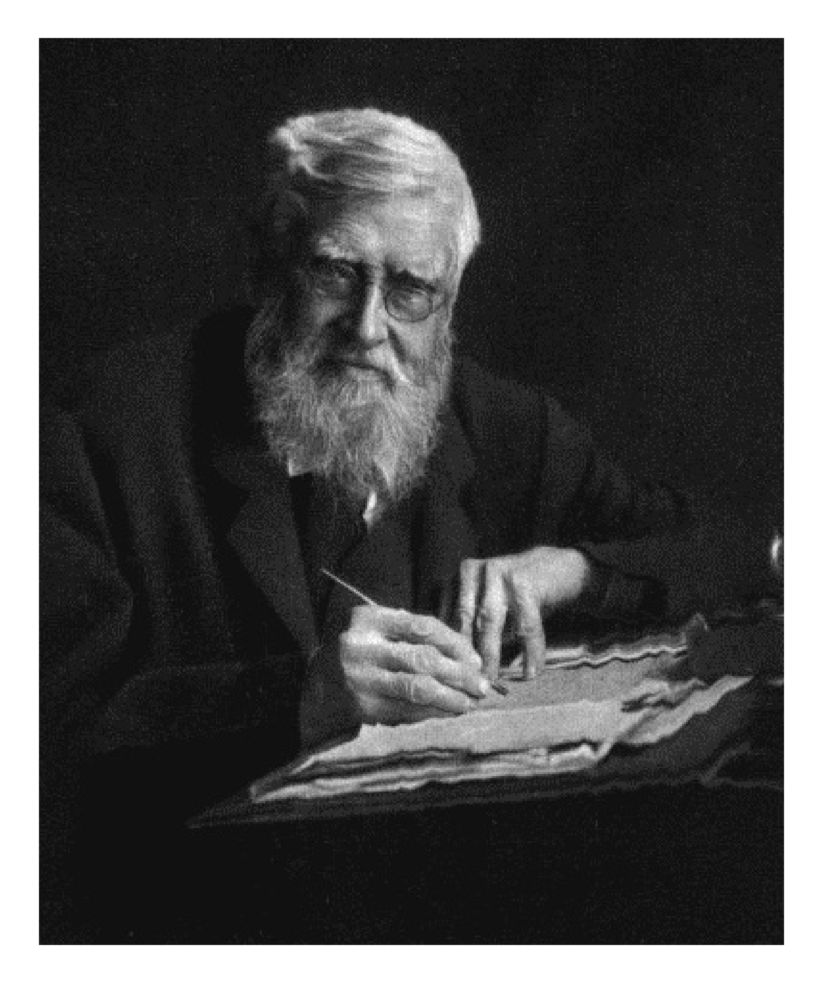
En prueba del cambio ocurrido después de las palabras de Mr. Howitt, vemos en *The Times* de 26 de diciembre de 1872, un artículo titulado «Ciencia y Espiritismo», de tres columnas y media de extensión, en el cual se expresa el parecer de «que ya es tiempo de que manos expertas desaten el nudo gordiano del espiritismo», ya que las de Crookes, Wallace o De Morgan, no supieron hacerlo.

Hablando de la obrita de Lord Adare, impresa con carácter privado, sobre sus experimentos con D. D. Home, dice el articulista del Times, impresionado por la condición social de los testigos que tuvieron esas sesiones:

«Este libro prueba la difusión que ha alcanzado la locura espiritista entre todas las clases sociales. Nos lo ha prestado un adepto bajo la solemne promesa de que no divulguemos los nombres de los interesados. Consta de 150 páginas con el relato de las sesiones, y fue impreso con carácter privado a expensas de un noble conde, que dejó vacante su puesto en la Cámara de los Lores, al fallecer últimamente, abandonando las sillas y mesas, animadas por los espíritus, a las cuales tanto cariño tuvo en vida. En ese libro se relatan las cosas más maravillosas de manera tan natural, como si fueran vulgares. No fatigaremos al lector recordando a cuanto allí se relata; bastará indicar, para que quede orientado, que en la obra se habla de toda clase de “manifestaciones”, de profecía para abajo.

»Lo que queremos advertir especialmente es que en su portada figura el testimonio de cincuenta respetables testigos. Entre ellos, los de una duquesa viuda y otras damas de elevada posición, el de un capitán de guardias, un barón, un caballero, un miembro del Parlamento, varios miembros de corporaciones científicas, un abogado, un comerciante y un doctor. Las clases aristocráticas y las clases medias más distinguidas, están representadas en todos sus grados por personas que por su condición social y por los títulos que las adornan, tiene que suponérseles muy provistas de cultura, inteligencia y perspicacia».

El eminente naturalista Dr. Alfredo Russell Wallace, en una carta a *The Times* (4 de enero de 1873), dice describiendo su visita a un medium profesional:



Alfredo Russell Wallace

«Considero que no hay exageración en afirmar que los hechos principales del espiritismo, están hoy tan perfectamente establecidos y son tan fácilmente comprobables como cualquiera de los fenómenos de la Naturaleza, aunque aún no están reducidos a conocidas leyes. Además, esos hechos tienen significación muy importante así en la interpretación de la historia, que está llena de relatos de hechos similares, como en la naturaleza de la vida y del intelecto, sobre los cuales la ciencia arroja muy escasa e incierta luz, siendo mi creencia firme y bien reflexionada, que cada una de las ramas de la filosofía debe ser honrada y seriamente investigada como parte esencial de los fenómenos de la naturaleza humana».

Es cosa que desorienta ver, por ejemplo, cómo los fenómenos del ectoplasma y los experimentos de laboratorio a que más adelante nos referiremos con la extensión debida, han apartado a las inteligencias del objeto esencial de la investigación. Wallace, en cambio, con su mentalidad grande, avasalladora, libre de prejuicios, vio y aceptó toda la verdad desde las humildes pruebas físicas de las fuerzas externas hasta la más alta enseñanza

moral de que esas fuerzas nos hablan, enseñanza que supera en belleza y veracidad a todo lo que la mentalidad moderna conoce.

La pública aceptación y el decidido apoyo de aquel gran hombre de ciencia, una de las primeras inteligencias de su tiempo, fueron tanto más importantes cuanto que venía a reconocer con su talento la completa revolución religiosa que entrañaban aquellos fenómenos. Sin embargo, es chocante que así en nuestros días como en los pasados, y con raras excepciones, el buen sentido haya sido patrimonio de los humildes después de ser rechazado por los eruditos. El corazón y la intuición triunfan allí donde los grandes cerebros fracasaron, y eso a pesar de ser la cuestión de las más sencillas, tanto que a la manera de Sócrates, puede expresarse por una serie de preguntas del tenor siguiente: «¿Hemos establecido alguna relación con la inteligencia de los que han muerto?». Los espiritistas contestan: «Sí». «¿Nos dan informes de la nueva vida en que han entrado, y de si esta última depende de su anterior vida terrenal?». «Sí». «¿Corresponden sus enseñanzas a las que sustentan las distintas religiones que hay en la tierra?». «No». En vista de ello, ¿no es evidente el alcance religioso que tienen esas comunicaciones? El espiritista humilde lo ha comprendido así, adaptando su fe a esos hechos.

Sir Guillermo Barrett (entonces profesor), llevó el tema del Espiritismo ante la Sociedad Británica para el Progreso de la Ciencia, en 1876. Su comunicación se titulaba: «Algunos fenómenos relacionados con las anormales condiciones de la mente». Le fue difícil conseguir que le escucharan; el Comité de Biología se negó a acoger la comunicación y acordó trasladarla a la Subsección de Antropología, que la aceptó únicamente por el voto decisivo del presidente, Dr. Alfredo Russell Wallace. El coronel Lane Fox contribuyó a vencer la oposición preguntando por qué, si se había discutido el año anterior la magia antigua, no podía examinarse en el presente la magia moderna. La primera parte de la comunicación del profesor Barrett se refería al mesmerismo, pero en la segunda, relataba sus experimentos de los fenómenos espiritistas, pidiendo que se emprendieran otras investigaciones científicas acerca del particular. Los detalles más convincentes que aportaba, se referían a un notable experimento relacionado con los golpes transmitidos por la mediación de un niño (*El Espiritista*, 22 septiembre, 1876).

En la discusión que se entabló, Sir William Crookes habló de las levitaciones que había presenciado con D. D. Home, diciendo acerca de ellas: «La evidencia en favor de esos fenómenos es mayor que la obtenida en favor de casi todos los fenómenos naturales investigados por la Sociedad

Británica». Y a continuación expuso diversas manifestaciones sobre sus métodos propios de investigación psíquica: «Pedí que se investigara cuando apareció por primera vez el medium Dr. Slade, y precisé las condiciones por mí exigidas, haciéndose la investigación absolutamente de acuerdo con ellas, en mi propia casa y delante de amigos y testigos escogidos por mí mismo, con las precauciones que yo prescribí y con entera libertad de emplear en las pruebas toda clase de aparatos… Siempre que ello resultaba posible, me servía de esos aparatos para comprobar los fenómenos, no queriendo fiarme de mis sentidos más de lo conveniente. Pero cuando era necesario fiar en mis sentidos, apelaba a ellos, pues disiento por completo en este punto de la opinión de Mr. Barrett cuando dice que un investigador físico resulta ser un obstáculo para un medium profesional. Yo aseguro, por el contrario, que el investigador físico tiene un valor y una importancia considerable en esas pruebas».

Lord Rayleigh, el distinguido matemático, aportó a la discusión la declaración siguiente:

«Creo que debemos estar reconocidos al Dr. Barrett por su valor, pues valor requiere afrontar esa materia y darnos los frutos concienzudos de sus experimentos. Mi interés sobre el asunto data de dos años, cuando empecé a leer el informe de las investigaciones de Mr. Crookes.

»Aunque no he tenido oportunidades tan favorables como las que ha aprovechado el profesor Barrett, he visto lo bastante para convencerme de que están equivocados cuantos quieren impedir estas investigaciones cubriendo de ridículo a los que las llevan a cabo. A Mr. Groom Napier fue acogido con siseos cuando, al intervenir en la discusión, dio cuenta de las pruebas psicométricas verificadas con personas cuyos escritos habíanse encerrado previamente en sobres lacrados; y cuando quiso hablar de las luces medianímicas[4] que a él mismo le había sido dable contemplar, los siseos aumentaron de tal modo, que no tuvo más remedio que volver a su asiento. El profesor Barrett, contestando a sus impugnadores, dijo:

»Un hecho que demuestra la inmensa difusión que ha tenido el movimiento en los últimos años es que una comunicación sobre los fenómenos, que no ha mucho, habría causado risa, haya podido ser aceptada por la Sociedad Británica y discutida a fondo en el día de hoy».

El *Spectator,* de Londres, en un artículo titulado «La Sociedad Británica y la comunicación del profesor Barrett», comenzaba con la siguiente opinión, propia de una mente de sereno juicio:

«En vista de la comunicación del profesor Barrett y de la discusión que siguió a ella, esperamos que la Sociedad Británica siga ocupándose del tema a pesar de las protestas del que llamaremos partido de la incredulidad supersticiosa. Porque es una pura superstición, y nada más, el pretender que se desechen como indignos de crédito hechos cuidadosamente examinados y probados por un observador de grandísima experiencia, sencillamente, por no ajustarse, a primera vista, tales hechos, a lo conocido hasta ahora».

Las opiniones de Sir Guillermo Barrett fueron concretándose cada vez más hasta que aceptó el espiritismo de una manera inequívoca antes de su llorada muerte, en 1925. Vivió, por fortuna, lo bastante para ver cómo menguaba el antagonismo del mundo entero hacia el nuevo culto, no pudiendo decirse otro tanto del obscurantismo de la Sociedad Británica, tan completo ahora como entonces. Conviene referir aquí que hablando Sir Guillermo Barrett con el autor, recordó que los cuatro hombres que le apoyaron en aquella histórica y difícil ocasión, poseyeron la Orden del Mérito, el mayor honor que la Nación puede otorgar a un ciudadano. Fueron Lord Rayleigh, Crookes, Wallace y Huggins.

Pero en el rápido crecimiento del espiritismo no todo fue puro. Frecuentemente se oyeron alegatos contra mediums embaucadores, si bien hoy puede afirmarse a la luz de los últimos conocimientos, que mucho de lo que se consideró entonces como engaños, no lo eran en modo alguno. No hay duda, sin embargo, que la ilimitada credulidad de muchos espiritistas fue campo abonado para la explotación de los charlatanes. En el curso de una conferencia leída en la Sociedad de Investigación Psicológica, de la Universidad de Cambridge, en 1879, el presidente de dicha Sociedad, Mr. J. A. Campbell, decía:

«Desde el advenimiento de Mr. Home, el número de los mediums aumenta anualmente, lo cual ha dado lugar a no pocas exageraciones e imposturas. Más de un farsante se ha convertido a los ojos de los necios en un ángel divino; y se ha visto a algún pillastre envuelto en una sábana para hacerse pasar por un “espíritu” materializado. Así se ha fundado una seudo religión en la que nombres muy sagrados utilizáronse para sacar el dinero a los tontos. Sobre el carácter de tales divinidades y sus doctrinas no quiero hablar para no ofenderos. Afortunadamente, el movimiento tiende a liberarse de ellos; gradualmente se vuelve más puro, serio y sólido, como fruto de los estudios y trabajos de los hombres cultos».

Hubo también un aumento aparente del que se llamó anticristiano, ya que no antirreligioso espiritismo, lo cual fue causa de que Guillermo Howitt y

otros ilustres mantenedores del movimiento cesaran de prestarle su colaboración, y hasta contribuyeran en el *Spiritual Magazini* con importantes artículos a la condenación de aquella tendencia.

En 1881 comenzó a publicarse el importante semanario espiritista *Luz*, y en 1882 fundábase la Sociedad de Investigación Psíquica.

Puede decirse que la actitud de la ciencia oficial fue durante los primeros treinta años tan irracional y poco científica como lo fueron los cardenales que condenaron a Galileo, y si hubiera existido una Inquisición Científica, habría decretado las crueldades del terror contra los paladines del nuevo conocimiento. Hasta la creación de la Sociedad de Investigación Psíquica nada se intentó seriamente para comprender o explicar un problema que ocupaba la atención de millones de inteligencias. Faraday había expuesto en 1853 la teoría de que el movimiento de las mesas era causado por la presión muscular, lo cual, si puede ser cierto en algunos casos, nada tiene que ver con la levitación en general, y como quiera que sea, tal hecho pertenece a una clase muy limitada de fenómenos psíquicos. La objeción «científica» corriente era que todo aquello no tenía nada de extraordinario, por lo que importaba poco el testimonio de millares de testigos veraces. Otros sostenían que los pretendidos fenómenos podían ser obra de un escamoteador cualquiera, y para probarlo, se realizaron ciertas burdas imitaciones, como la parodia hecha por Maskelyne de las sesiones de los Davenport.

Por otra parte, los elementos «religiosos», irritados porque se intentaba separarlos del camino tradicional, encontrábanse bien dispuestos para aceptar todas aquellas novedades como otras tantas obras del diablo. Por una vez los católicos romanos y los evangelistas se unieron en su campaña de oposición. Está fuera de toda duda que se puede llamar a los espíritus inferiores y recibir de ellos mensajes de orden inferior y pasivo, ya que nos rodean toda clase de espíritus y lo similar atrae a lo similar; pero las enseñanzas filosóficas, sublimes, recibidas por los investigadores serios y de cultivada inteligencia, demuestran que lo que está a nuestro alcance y nos afecta no es el diabolismo, sino el angelismo. Doctores hinchados de suficiencia encontraron a los ruidos espiritistas una explicación fundada en el crujido de las articulaciones, pero esa explicación resulta cómica para cuantos tienen conocimiento personal de dichos sonidos, cuya intensidad va desde el tic-tac de un reloj al choque de un martinete. Otras explicaciones proceden de la doctrina teosófica, la cual acepta los hechos, pero repudia la intervención de los espíritus, suponiéndolos originados por entidades astrales dotadas de una especie de semiconsciencia soñadora, de una conciencia atenuada que las hace sub-humanas en

inteligencia o en moralidad. E cierto que la calidad de la comunicación espiritista varía mucho pero la más superior lo es tanto, que nos es difícil imaginar que estemos en contacto sólo con una fracción del ser pensante. Sin embargo, como es cosa sabida que el mundo transcendental e: muy superior a nuestra individualidad normal, parece claro que el mundo de los espíritus no nos muestre más que una pequeña parte de sus fuerzas.

Otra teoría es la del *Anima Mundi*, ese vasto depósito o masa central de inteligencia, con una especie de Banco de compensaciones en que todas las consultas son evacuadas. Pero los detalles precisos y claros que del Otro Mundo recibimos, resultan incompatibles con una teoría tan grandiosa como vaga. Finalmente, queda esa alternativa verdaderamente formidable, según la cual el hombre es un cuerpo etéreo dotado de ciertos dones desconocidos, entre ellos de un poder de manifestación externa. Esa teoría de la «criptestesia», la sustentan Richet y otros, y hasta cierto punto los argumentos militan en su favor. El autor ha podido convencerse de que hay un grado preliminar y elemental en todo trabajo psíquico, que depende del poder innato, y posiblemente inconsciente, del medium. La lectura de un escrito oculto, la producción de golpes, la descripción de visiones a distancia, los efectos tan notables de la psicometría, las primeras vibraciones de las voces directas,[5] todos y cada uno de esos fenómenos registrados en diversas ocasiones, parecen emanar de las facultades del mismo medium. Pero en la mayoría de los casos, aparece luego una inteligencia independiente que se apropia dicha fuerza y la usa para sus especiales fines. Una prueba de lo que decimos se halla, como más adelante veremos, en los experimentos de Bisson y de Schrenck con Eva, en los que las formas ectoplásmicas eran indudablemente al principio reflejos de imágenes mentales tomadas de ilustraciones de periódicos, algo modificados por su paso a través de la cerebración del medium. Pero a ésta siguió una fase más elevada en que la forma ectoplásmica desarrollada fue capaz de movimiento y basta de emitir palabras. La mente poderosa de Richet y sus dotes extraordinarias de observación, se concentraron en los fenómenos físicos, mucho más que en los mentales y espirituales, los cuales es muy probable que hubieran modificado su manera de pensar.

No queda por examinar más que la hipótesis de la personalidad compleja, es decir, la de formación colectiva, creada por las ideas de los circunstantes que puede influir en determinadas ocasiones, por más que al autor le parece que tales casos se explican mejor por la obsesión. Por lo demás, ellos no hacen más que soslayar el tema, independientemente de su aspecto

fenomenal, no mereciendo, por lo tanto, un profundo estudio. No nos cansaremos de recomendar que el investigador serio agote toda explicación posible a su completa satisfacción, antes de adoptar el espiritismo. Si así lo hace, se hallará en terreno firme. El autor puede asegurar que año tras año se atrincheró tras líneas sucesivas de defensa, hasta que al fin viose obligado honradamente a abandonar por completo su posición materialista.

CAPÍTULO IX
LA OBRA DE D. D. HOME



D. D. Home
(Copia de un libro que posee la Londo Spiritualist Alliance)

Daniel Douglas Home nació en 1833 en Currie, pueblo cercano a Edimburgo. Acerca de su origen hay algo de misterio, afirmándonos unos y negando otros que estaba más o menos relacionado con la familia del conde de Home[6]. Sin duda era hombre que había heredado costumbres de elegancia, delicadeza de maneras, sensibilidad y exquisitez de gustos. En cuanto a sus facultades psíquicas y a la seriedad que infiltraron en su carácter, pudo considerarse como el verdadero tipo de esos hijos menores aristócratas que heredan los hábitos y tendencias ya que no la fortuna de sus padres.

Home pasó de Escocia a Nueva Inglaterra a la edad de nueve años, con la tía que le había adoptado y que constituye otro de los misterios que rodean su

existencia. A los trece años comenzó a dar señales de las facultades psíquicas heredadas, pues su madre, descendiente de una vieja familia de las altas tierras escocesas, tenía la típica segunda vista de su raza. Sus tendencias místicas pusiéronse de manifiesto en una conversación con su amiguita Edwin. Ambos muchachos se habían prometido que el que muriera antes vendría a visitar al otro desde el Más Allá. Home se marchó a otro lugar distanciado a unos centenares de millas y un mes más tarde, en el preciso momento de ir a acostarse, tuvo la aparición de Edwin que venía a anunciarle su fallecimiento. Y, en efecto, dos o tres días más tarde Home recibió la noticia de la muerte. En 1850 tuvo una segunda visión relativa al fallecimiento de su madre, que se había ido a vivir a América con su marido. Por aquel tiempo el muchacho hallábase enfermo. Al llegar la noche el joven pidió auxilio a grandes gritos, y cuando su tía fue a socorrerle le encontró excitadísimo. El enfermo decía que su madre había muerto aquel mismo día hacia las doce; y que acababa de aparecérsele para anunciarlo. La visión no podía ser más exacta; al cabo de poco rato, golpes sordos vinieron a perturbar la calma de aquella mansión, y los muebles entraron en movimiento por efecto de una fuerza invisible. La tía, mujer de estrechas convicciones religiosas, empezó a protestar, acusando al joven de haber atraído al demonio. Y sin más contemplaciones, le arrojó de la casa.

Lo primero que hizo fue buscar asilo en otra de unos amigos, y durante un par de años estuvo errando de ciudad en ciudad. Su mediunismo habíase desarrollado extraordinariamente, dando frecuentes sesiones en los sitios donde paraba. A veces las sesiones eran seis o siete diarias: no se conocían en aquella época las limitaciones de poder ni las reacciones engendradas por él entre lo físico y lo psíquico. Esto minó sus fuerzas y fue causa de que cayera enfermo frecuentemente. La gente acudía de todas partes a presenciar las maravillas que provocaba la presencia de Home. Entre los que le hicieron objeto de estudio, figuraron el poeta americano Bryant y el profesor Wells, de la Universidad de Harvard. En Nueva York experimentaron con él los profesores Hare y Mapes, y el juez Edmonds. Los tres se convirtieron, según ya vimos, en espiritistas convencidos.

Durante aquellos primeros años aumentó el encanto de la personalidad de Home, lo que unido a la impresión profunda que causaban sus facultades, atrájole valiosas adhesiones. El profesor Jorge Bush le invitó a permanecer a su lado para hacer estudios swedenborgianos; el matrimonio Elmer, rico y sin hijos, le propuso adoptarle y hacerle su heredero a condición de cambiar su nombre por el de Elmer.

Sus notables facultades curativas que provocaban la admiración de sus amigos, le impulsaron a estudiar la carrera de medicina. Pero su delicada salud, juntamente con una afección pulmonar bien declarada, obligáronle a abandonar este proyecto y siguiendo las prescripciones facultativas, vino de Nueva York para establecerse en Inglaterra.

Llegó a Liverpool el 9 de abril de 1855. Era entonces joven alto, esbelto, de maneras elegantes, sumamente pule en su modo de vestir y revelando en su semblante los estragos de la tuberculosis. Tenía los ojos azules y los cabellos castaños, la extremada debilidad de su organismo denotaba de cuán pocas fuerzas podía disponer para resistir a la terrible enfermedad. Un buen médico que le hubiera examinado atentamente le supondría sólo algunos meses de vida en nuestro clima húmedo; pero de todas las maravillas que rodeaban a Home la prolongación de su existencia fue tal vez la más extraordinaria. Llevaba en el rostro impresos los rasgos emotivos y religiosos que distinguían su carácter, siendo digno de mencionarse acerca de este punto que antes de desembarcar había bajado a su camarote para rezar fervorosamente. Al considerar la extraordinaria obra de su vida y la parte considerable que representó en el movimiento religioso del espiritismo, puede afirmarse que nuestro visitante era uno de los más notables misioneros que jamás arribaron a estas costas.

Por aquellos días su situación era muy singular. Apenas sostenía relaciones sociales. Su pulmón izquierdo estaba deshecho. Sus rentas eran modestas, aunque suficientes. No tenía oficio alguno, pues su educación habíase visto truncada por la enfermedad. Era de carácter sentimental, delicado, artístico, afectuoso y profundamente religioso. Tenía fuerte inclinación hacia el arte y el teatro; sus facultades como escultor eran notables, y como actor de verso demostró en los últimos años de su vida que pocos podían igualarle. Pero por encima de todo esto, amen de una honradez tan inflexible que hasta molestaba por su intransigencia, tenía una cualidad superior que obscurecía a todas las demás. Consistía en aquellas facultades, completamente independientes de su voluntad, que aparecían o desaparecían con rapidez desconcertante, demostrando a cuantos le veían, que existía algo en el aura de aquel hombre que atraía a las fuerzas a él extrañas para manifestarse dentro de la esfera material.

En resumen, era un medium, el mayor medium físico que el mundo había visto hasta entonces.

Un hombre de calidad inferior se habría valido de aquellas facultades extraordinarias para fundar alguna secta de la cual hubiera sido el sumo

sacerdote indiscutible, viviendo rodeado de una aureola de poder y de misterio. No hay duda que cualquier otro en su lugar, habría tenido la tentación de explotar sus facultades para hacer dinero. Pero hay que hacer constar acerca de ese punto que jamás en el curso de los treinta años de su misión extraordinaria se hizo pagar un céntimo en la manifestación de sus dones. Es un hecho perfectamente comprobado que cuando el Unión Club de París, en 1857, le ofreció dos mil libras esterlinas por una sola sesión, él, pobre e inválido, las rehusó rotundamente. «He sido enviado para realizar una misión», se contentaba con decir. «Esa misión es demostrar la inmortalidad. Jamás cobré dinero por ello y jamás lo cobraré». Recibió algunos regalos procedentes de príncipes y reyes que no podía rechazar sin incurrir en falta de respeto y cortesía: sortijas, alfileres, etc., que más que recompensas eran muestras de amistad. Pocos monarcas hubo en Europa con quienes no se hubiera relacionado. Napoleón III tomó bajo su amparo ala única hermana de Home. El emperador de Rusia apadrinó su matrimonio. ¿Qué autor podría crear una vida más novelesca?

Pero hay otras tentaciones más atrayentes que las de la riqueza. Contra ellas estaba protegido por su acrisolada honradez. Ni por un momento perdió la noción del carácter y proporciones de su obra ni faltó a su norma de humildad. «Poseo estas facultades», decía; «me considero feliz pudiéndolas demostrar a todos aquellos que a mí acudan lealmente, muy satisfecho de que los demás puedan añadir nueva luz a mi obra. Para ello estaré siempre dispuesto a ayudar a todas las experimentaciones serias. No tengo dominio alguno sobre mis fuerzas; ellas se valen de mí, no yo de ellas. Me abandonan durante varios meses y luego vienen de nuevo a mí con redoblada energía. Soy un instrumento pasivo y nada más». Tal era su actitud invariable. Era el hombre más sencillo y más amable del mundo, sin sombra ni aire de profeta o mago. Como casi todos los hombres verdaderamente grandes, carecía de afectación. Una prueba de su delicadeza es que siempre que era necesario testimoniar sus hechos se guardaba mucho de dar los nombres de los presentes hasta estar seguro de que ningún perjuicio habían de sufrir apareciendo asociados a un culto impopular.

Y aun en este caso y a pesar de la autorización de los interesados, continuaba ocultando nombres si llegaba a sospechar que la publicidad podía lastimar a algún amigo. Cuando comenzó a publicar la primera serie de «Incidentes de mi vida», la *Saturday Review* habló sarcásticamente de las «anónimas pruebas de la condesa o, del conde B, del conde K, de la princesa de B, de la señora S», citados por él como otros tantos testigos de las

manifestaciones relatadas. En el segundo volumen, llenó los blancos con los nombres de los concurrentes: condesa Orsini, conde de Beaumont, conde de Komar, princesa de Beauveau y la conocida americana señora Henry Senior. En cambio, no citó ninguno de los nombres de sus augustos amigos, a pesar de ser notorio que el emperador Napoleón, la emperatriz Eugenia, el zar Alejandro, el emperador Guillermo I de Alemania y los reyes de Baviera y de Wurtemberg, fueron testigos de sus extraordinarias facultades. Jamás fue sorprendido en engaño alguno, ni en sus palabras ni en sus obras.

Al desembarcar en Inglaterra se alojó en el Hotel Cox, de la calle de Jermyn, siendo probable que a decidirle en la elección contribuyera el hecho de que el propietario era un partidario de la causa, según le había dicho la señora Hayden. Como quiera que sea, Mr. Cox pronto echó de ver que su joven huésped era un medium notable e invitó a algunas de las más poderosas inteligencias de la época para que acudiesen a investigar los fenómenos que Home producía. Lord Brougham concurrió a una de las primeras sesiones en unión de su amigo, el hombre de ciencia, Sir David Brewster. Estudiaron los fenómenos en pleno día y asombrado Brewster, parece que exclamó: «Esto echa por tierra toda la filosofía de cincuenta años». Si hubiera dicho de mil quinientos quizá resultara más exacto. Lo que allí ocurrió lo explica en carta a su hermana, publicada mucho después («Vida privada de Sir David Brewster», por la señora Gordon —su hermana— 1869). Las personas presentes fueron Lord Brougham, Sir David Brewster, Mr. Coz y el medium.

»Los cuatro —dice Brewster— nos sentamos a una mesa de medianas dimensiones, la cual previamente se nos hizo examinar con toda atención. Al cabo de poco rato, la mesa retembló transmitiéndose a nuestras manos un movimiento trepidante que, obedeciendo a nuestras órdenes, aparecía y desaparecía. Incontables golpes sonaban al mismo tiempo en distintos puntos de la mesa, hasta que ésta se levantó del suelo en el instante que no había mano alguna encima. Trajeron entonces una mesa mayor y se reprodujo el fenómeno…

»Púsose una campanilla en el suelo, sobre la alfombra, y al cabo de un rato, empezó a sonar sin que nadie la tocara». Añade que la campanilla se desplazó por sí misma y fue a colocarse en su mano, haciendo luego otro tanto con la de Lord Brougham, y concluye: «Tales fueron los experimentos principales. De ellos no podemos dar ninguna explicación, ni tenemos sospecha alguna de que los produjera ningún mecanismo oculto».

El conde de Duraven contó así mismo que fue presentado a Borne para presenciar los fenómenos de que le había hablado Brewster. Describe la

reunión afirmando que este último consideraba las manifestaciones inexplicables, tanto si obedecían a una farsa como si se basaban en una cualquiera de las leyes físicas conocidas. Home hizo una reseña de aquella sesión en carta enviada a un amigo suyo de América, donde fue publicada con algunos comentarios. Cuando éstos fueron reproducidos por la Prensa inglesa, Brewster se mostró alarmadísimo, pues una cosa era tener una opinión determinada en el terreno estrictamente privado, y otra arrostrar la inevitable pérdida de prestigio en los círculos científicos a que pertenecía. Sir David no tenía vocación de mártir. Así es, que escribió al *Moming Adzertiser*, haciendo constar que era cierta su asistencia a distintos fenómenos mecánicos que no podía explicarse, pero reconocía que todos ellos podían producirse con pies y manos de modo natural.

Hemos relatado el incidente Brewster porque fija típicamente la actitud científica de aquella época, y porque su primer efecto fue despertar el interés del público por los fenómenos de Home, dando lugar a centenares de trabajos de nuevos investigadores. Los hombres de ciencia se dividieron en partidos; a un lado los que no habían investigado cosa alguna sobre aquella materia (lo cual no obstaba para que sustentaran en contra las más virulentas opiniones); a otro los que reconocían que todo aquello era verdad, pero sin atreverse a proclamarlo; y finalmente, al otro, la valiente minoría de los Lodges, los Crookes, los Barretts y los Lombrosos, que admitían la verdad y se atrevían a proclamarla.

Desde Jermyn Street, Home fuese a vivir con la familia Rymer, en Ealing, donde hubo varias sesiones. Allí le visitó Lord Lytton, el célebre novelista, que aun cuando obtuvo pruebas asombrosas, nunca confesó su creencia en el poder del medium, si bien en sus cartas particulares y aun en sus novelas, hay vislumbres de la verdadera impresión que le causó[7]. El mismo caso se repitió con no pocos hombres y mujeres de los más conocidos. Entre los primeros concurrentes a las sesiones de Home, figuraron Roberto Owen, el socialista; T. A. Trollope, el escritor, y el Dr. J. Garth Wilkinson, el alienista.

En nuestros días, cuando el hecho de los fenómenos psíquicos es ya familiar a todo el que no es un ignorante, apenas podemos darnos cuenta del valor moral de un Home, al manifestar públicamente sus facultades. Por regla general, el británico de aquellas épocas, que se atreviese a proclamar su don de trastornar la ley de la gravedad, de Newton, y que revelase la acción de una mente invisible sobre la materia visible, era considerado *prima facie* como un impostor y un pícaro. La opinión sobre el espiritismo exteriorizada por el vicecanciller Giffard, al conocer la solución del litigio Home-Lyon, litigio al

que en este mismo capítulo nos referiremos, fue digna de la clase a que pertenecía. No sabía nada de cuestiones medianímicas, a pesar de lo cual dio por indiscutible que todo aquello era una mentira. Cierto que semejantes hechos estaban consignados en libros antiguos y que habían ocurrido en distantes países, pero que ocurrieran en la prosaica Inglaterra, la Inglaterra de los descuentos bancarios y del librecambio, era una cosa absurda e indigna de toda mentalidad verdaderamente seria. Refiérese que en aquel proceso, Lord Giffard, volviéndose al abogado de Home, le preguntó: «¿Quiere decir esto que su cliente ha sido levantado en el aire?». Ante la contestación afirmativa, el juez No volvió a los jurados con un movimiento sólo comparable al de aquellos sumos sacerdotes de los días de la antigua ley, que rasgaban su túnica como protesta contra la blasfemia. En 1868 había pocos jurados suficientemente cultos para rebatir las objeciones de un juez, siendo natural que en cincuenta años hayamos hecho muchos progresos en ese camino. El trabajo ha sido muy lento, pero recuérdese que el cristianismo necesitó más de trescientos años para conseguir su triunfo final.

Fijémonos en el fenómeno de la levitación como prueba de las facultades de Home. Se asegura que varias veces se elevó en el aire en presencia de testigos de la mayor reputación. Veamos las pruebas. En 1857, estando en un castillo de las inmediaciones de Burdeos, se elevó hasta el techo de una habitación bastante alta, en presencia de la señora Ducos —viuda del ministro de Marina— y del conde y la condesa de Beaumont. De 1860 es el artículo de Roberto Bell «Más extraño que una novela», publicado en el *Cornhill* y en el cual decía: «Se elevó desde la silla en que estaba sentado hasta unos cuatro o cinco pies del suelo… Vimos su cabeza pasar de un lado de la ventana a otro, con los pies hacia atrás, tendido horizontalmente en el aire». El doctor Gully, de Malvern, médico muy conocido, y Roberto Chambers, autor y editor, figuraban entre los testigos. Hay que suponer que todos esos hombres se habían confabulado para mentir, o de lo contrario no es posible que se atrevieran a afirmar que un semejante suyo flotara en el aire no siendo cierto. Aquel mismo año Home se elevó en casa de la señora Milner Gibson, en presencia de Lord y Lady Clarence Paget, el primero de los cuales pasó la mano por debajo del cuerpo del medium para asegurarse de la realidad del fenómeno. Algunos meses después, Mr. Watson, abogado de Liverpool, fue testigo de los mismos fenómenos en unión de otros siete amigos. «Mr. Home», dice, «cruzó la mesa por encima de la cabeza de las personas que estábamos sentadas a su alrededor». Y añade: «Le alcancé la mano a unos siete pies de altura y avanzó cinco o seis pasos por el aire, flotando encima de

mí». En 1861 la señora Parkes, de Cornwall: Terrace, Regent’s Park, relató que estaba presente con Bulwer Lytton y Mr. Hall, cuando en su propio salón Home se elevó; hasta tocar el techo con la mano, quedando luego flotando horizontalmente. En 1866 los señores Hall, Lady Dunsany y la señora Senior, vieron en casa de los primeros a Home, quien, con la cara transfigurada, radiante, elevose por dos veces hasta el techo, en el cual dibujó una cruz con lápiz la segunda vez para demostrar a los presentes que no eran víctimas de una alucinación.

Tantos fueron los casos de levitación de Home, que podría escribirse un largo capítulo dedicado exclusivamente a esta fase de su mediunidad. El profesor Crookes fue testigo repetidas veces del fenómeno, hablando de él en cincuenta distintas ocasiones: Acaso el lector se pregunte si queremos hacerle retroceder a la edad de los milagros. Pero no se trata de milagrerías. Nada hay en esto de sobrenatural. Lo que ahora vemos y lo que hemos leído respecto al pasado, es el efecto de una ley que no había sido ni estudiada ni definida. Hasta ahora no podemos darnos cuenta de algunas de sus posibilidades y de sus limitaciones, tan exactas como las de cualquiera otra fuerza física. Hay que guardar el justo medio entre quienes se obstinan en no creer nada y quienes creen demasiado. Paulatinamente se va aclarando la bruma y distinguiendo la costa sombría. Cuando por primera vez se movió la aguja imantada, no hubo ninguna infracción de las leyes de la gravedad, sino la sencilla intervención local de una fuerza más poderosa. Y eso es lo que ocurre con las fuerzas psíquicas al actuar sobre la materia. Si la fe de Home en sus facultades hubiera desfallecido, o si el ambiente que le rodeaba durante su experimento hubiera sido perturbado, sus prodigiosos dones hubiéranse debilitado y hubieran desaparecido. Es el mismo caso de Pedro, que se hundió al perder la fe (1). A través de los siglos las mismas causas produciendo los mismos efectos. La fuerza espiritual perdurará en nosotros si tenemos fe en ella, pues nada se le concedió a Judea que no pueda permitírsele a Inglaterra.

Toda la actuación de Home fue de suprema importancia como confirmación de la existencia de las fuerzas invisibles y como argumento definitivo contra el materialismo. Fue una afirmación incontrovertible de los llamados «milagros», pesadilla de tantas mentes esclarecidas, milagros que vinieron a probar la exactitud de los primeros relatos acerca de los fenómenos espiritistas. Millones de almas escépticas ya en la agonía de los conflictos espirituales, clamaban por que se les dieran pruebas concluyentes de que no todo era espacio vacío a nuestro alrededor; de que había otras fuerzas fuera de nosotros; de que el Yo no es una mera secreción de nuestro tejido nervioso, y

de que los muertos realmente se llevan al Más Allá su vida incólume. Todo eso era lo que venía a demostrar el más grande de nuestros misioneros a las personas capaces de observar y razonar.

Son innumerables las pruebas del valor psíquico de la obra de Home, admirablemente resumida por la señora Webster, de Florencia, con estas palabras: «Es el misionero más maravilloso de la más grande de todas las causas, siendo incomprensible la excelsitud de cuanto ha realizado. Cuando Home desaparezca, dejará tras sí el mayor de todos los bienes: la certeza de una vida futura».

Home refirió la misión que trajo al mundo en una conferencia que dio en la Sala Willis, de Londres, el 15 de febrero de 1866: «Creo de todo corazón, dijo, que esa fuerza misteriosa se desarrolla más y más cada día acercándonos a Dios. Si me preguntáis si con ello nos hacemos más puros, os contestaré solamente que somos mortales, y como tales estamos sujetos a error; que los más puros de corazón verán a Dios; que Él es el amor, y que la muerte no existe. Para los hombres de edad avanzada, será esa fuerza un consuelo al fin de los tormentos de la vida. A los jóvenes, les enseñará los deberes que tienen con el prójimo, y que según sea lo que siembren, así será lo que cosechen. A todos nos enseñará la resignación. Disipa las nubes del error y trae la espléndida aurora de un día sin fin».

Leyendo el relato de la vida de Home, escrito por su viuda —el más convincente de los documentos, pues su autora fue el único mortal que conoció al hombre como realmente era— se ve la impresión que causó a sus contemporáneos. Tuvo el apoyo y el aprecio de muchos aristócratas de Francia y de Rusia, con quienes había entrado en relaciones. Difícilmente podría hallarse en ninguna biografía tan cálidas expresiones de admiración y hasta reverencia como las que se encuentran en las cartas de aquellos aristócratas. En Inglaterra hubo un círculo de fervientes partidarios suyos, algunos de las clases más elevadas, como los Halls, los Howitts, los Roberto Chambers, los Milner Gibson, el profesor Crookes y otros. En cambio, fue deplorable la falta de valor de otros que, admitiendo los hechos en privado, escurrían el bulto en público. Distinguiéronse en tal sentido Lord Brougham y Bulwer Lytton, especialmente este último, como buen intelectual, y casi toda la «intelectualidad» le imitó. Hubo hombres de ciencia como Faraday y Tyndall, fantásticamente anticientíficos en sus métodos de investigación a la que iban imponiendo previamente sus prejuicios. Los secretarios de la Real Sociedad se negaron a admitir las demostraciones de los fenómenos físicos que Crookes les ofreció, prefiriendo pronunciarse rotundamente contra ellas.

En cuanto al clero, no puede citarse el nombre de ningún sacerdote británico que demostrara el menor interés en el asunto, y cuando en 1872 comenzó a aparecer en *The Times* la reseña de las sesiones celebradas por Home en San Petersburgo, fue cortada en seco, según H. T. Humprheys, «en virtud de las acerbas quejas formuladas al director M. Delanne por algunos de los más elevados dignatarios de la Iglesia de Inglaterra».

La caridad figuraba entre los más hermosos sentimientos de Home. Como toda caridad verdadera, era secreta, manifestándose sólo indirectamente y por acaso. A su amigo Rymer le dio para salvarle de un apuro cincuenta libras, lo que representaba en aquella ocasión casi todo su caudal.

Más tarde se le ve rondando los campos de batalla inmediatos a París, muchas veces al alcance del fuego de los combatientes, con los bolsillos llenos de cigarros para los heridos. Un oficial alemán le escribe emocionado para recordarle de qué manera le salvó de morir desangrado, llevándole sobre sus débiles espaldas para alejarle de la zona de fuego.

Pero no se crea, por lo que precede, que Home fuera un hombre de carácter impecable. Débil de temperamento, era algo femenino y de ello dio muestras en diferentes ocasiones. Hallándose el autor en Australia, pudo enterarse de una correspondencia cruzada en 1856 entre Home y el hijo mayor de Rymer. Viajando juntos por Italia, Home abandonó a su amigo en circunstancias que revelaban su inconsecuencia y su ingratitud. Conviene decir que su salud estaba entonces muy quebrantada. «Tenía todos los defectos del hombre emotivo», decía Lord Dunraven, «con una vanidad muy desarrollada, tal vez convenientemente para poder resistir la campaña de ridículo desencadenada a la sazón contra el espiritismo y contra él. Estaba sujeto a grandes depresiones y a crisis nerviosas difíciles de comprender, pero al mismo tiempo su trato y maneras eran tan sencillos, afables y cariñosos, que causaban el embeleso de cuantos le rodeaban… Mi amistad con él fue inalterable hasta el fin».

Pocos dones existen de los que nosotros llamamos medianímicos y San Pablo llama «del espíritu», que Home no poseyera, si bien la característica de sus facultades psíquicas fue su gran versatilidad. Es fácil hallar un medium de «voz directa», un interlocutor en trance, un clarividente o un medium físico, pero Home era las cuatro cosas a la vez. Sabemos que era muy escasa la importancia y valor de realidad que concedía a los demás mediums y que no estaba exento de esos celos psíquicos que constituyen el rasgo común entre los hombres de su clase. La señora Jencke, antes Catalina Fox, fue la única medium con la cual estuvo en buenas relaciones. Se disgustaba

profundamente el menor engaño y llevó tan buena cualidad hasta el extremo de considerar con malos ojos todas las manifestaciones no realizadas por él mismo. Esta opinión, expresada con toda claridad en su último libro «Luces y sombras del Espiritismo», constituía una ofensa para los demás mediums que pretendían ser tan honrados como él. Protestó contra toda sesión efectuada en la obscuridad, protesta que debe tomarse como un consejo de perfección, pues los experimentos sobre el ectoplasma, base física de toda materialización, son de ordinario afectados por la luz, a menos que ésta sea de un color rojizo. Home no fue muy experto en materializaciones completas como las obtenidas por Miss Florencia Cook y la señora Esperanza, o en nuestros tiempos por la medium señora Bisson. De modo que su opinión no resultajusta en relación con los demás. Por otra parte, Home pretendía que la materia no podía pasar a través de la materia, pues sus fenómenos nunca evidenciaron semejante maravilla, a pesar de lo cual, hoy es de una evidencia completa que en determinados casos el hecho se efectúa positivamente. Se ha llegado incluso a la aparición de aves de las más raras especies en las sesiones espiritistas, en circunstancias tales, que parecían implicar un verdadero fraude, y en cuanto a los experimentos del paso de la madera a través de la madera, ocurridos en presencia de Zöllner y de otros profesores de Leipzig, fueron tan concluyentes, que aquel famoso físico los hizo constar al reseñar en su «Física Transcendental» sus experimentos con Slade.

Los esfuerzos realizados por Home para hallar un credo con el cual se sintieran satisfechas sus convicciones religiosas, tenían algo de patético, y confirman el parecer de algunos espiritistas de que todo hombre puede tener una religión cualquiera y creer al mismo tiempo en el espiritismo. Homo fue en su juventud vesleyano, pero respiró luego la atmósfera más liberal del congregacionalismo. Durante su estancia en Italia, saturado de la atmósfera artística de la Iglesia Católica Romana y en presencia de tantos fenómenos parecidos a los suyos, quiso convertirse para ingresar en una orden religiosa, intención que su buen sentido le hizo abandonar. Tal intento de cambiar de religión coincidió con la época en que sus facultades psíquicas le abandonaron por espacio de un año. Su confesor asegurábale que aquellas facultades eran de origen diabólico, y ya no volverían a inquietarle en cuanto se acogiera al seno de la Iglesia verdadera. Al año justo las facultades volvieron con mayor fuerza aún. Desde entonces Home ya no fue católico más que de nombre, y después de su segundo matrimonio —con una señora de nacionalidad rusa, lo mismo que su primera esposa— se inclinó definitivamente hacia la Iglesia Griega, bajo cuyo rito fue enterrado en Saint

Germain en 1866. «A otro que vio los Espíritus» es la inscripción que se lee en su tumba.

Si fuera necesaria una prueba de la irreprochable vida de Home, la encontraríamos en el hecho de que sus numerosos enemigos, siempre en acecho para caer sobre él, jamás encontraron nada serio que echarle en cara, como no sea el caso inocente llamado de Home-Lyon. Cualquier hombre imparcial que lea sus declaraciones —reproducidas literalmente en la segunda serie de «Incidentes de mi vida»—, reconocerá que Home fue en aquella ocasión más digno de conmiseración que de reproche. No hay mayor prueba de la nobleza de su carácter que sus relaciones con aquella mujer tan caprichosa como comprometedora que, después de haberle entregado una cantidad de dinero. Cambió de criterio y le reclamó la devolución al ver que no podía satisfacer en seguida su deseo de ser presentada en la alta sociedad. Si se hubiera limitado a pedirle sencillamente la devolución, no hay duda que Home la habría complacido aunque lo hubiese costado un gran sacrificio, pero se trataba nada menos que de cambiar su nombre por el de Home-Lyon para satisfacer el capricho de aquella señora empeñada en hacerle su hijo adoptivo, y su pretensión llevaba consigo tales condiciones, que Home no podía honradamente aceptarlas. Leyendo las cartas relativas a aquel asunto se ve a Home, a su representante S. C. Hall y a su abogado Mr. Wilkinson, implorando de aquella señora que moderara su poco razonable intransigencia, convertida luego en una malevolencia aún menos razonable. Aquella mujer estaba absolutamente decidida a que Homo guardara el dinero y se dispusiera a heredarla; pero éste demostró entonces su desprendimiento, y quiso hacerla desistir de su manía rogándole que pensara en sus parientes. Ella contestó que el dinero era suyo, que podía hacer con él lo que mejor le pareciera, y que no tenía familia. Desde el momento en que Home aceptó la adopción, se condujo como un hijo cumplidor de sus deberes, y aunque ello no tenga nada de caritativo es fácil suponer que aquella actitud verdaderamente filial, en modo alguno correspondía a la que la vieja señora había imaginado. Como quiera que fuese, la mujer se cansó pronto y reclamó el dinero con el pretexto —verdaderamente monstruoso para quienes lean las cartas y se fijen en las fechas— de que los espíritus le impulsaban a tomar semejante resolución.

El caso fue fallado por el Tribunal de Chancery, cuyo juez aludió a «las innumerables falsedades de la señora Lyon, las cuales ofendían al Tribunal y desacreditaban el propio testimonio del querellante». No obstante y a pesar de lo que imponía la justicia más elemental, el fallo fue adverso a Home. El juez habría indudablemente dado un fallo distinto, si no hubiera entrado en juego

su prevención contra las fuerzas psíquicas, que en su concepto eran manifestaciones absurdas. Sin embargo, los peores enemigos de Home habrían tenido en cuenta que el hecho de conservar el dinero en Inglaterra en vez de ponerlo a buen recaudo, en otra parte, es una prueba de las rectas intenciones que le guiaron en aquel episodio, el más desdichado de toda su vida. Las facultades de Home estuvieron atestiguadas por tantos y tan famosos observadores y en condiciones tan claras que ningún hombre razonable podía ponerlas en duda, y hubiera bastado para ello las realizadas por William Crookes, que resultaron verdaderamente definitivas. Hay también otras pruebas evidentes en un libro notable, recién reimpreso, de Lord Dunraven, en el que éste narra sus primeras relaciones con Home. Pero además existen muchos otros testimonios de personas que en Inglaterra hicieron investigaciones valiéndose de Home y consignaron los resultados en cartas o declaraciones públicas, demostrando que no sólo estaban convencidas de la realidad de los fenómenos, sino que también del origen espiritual de éstos. Entre ellas merecen particular mención la duquesa de Sutherland, Lady Shelley, Lady Gomm, doctor Roberto Chambers, Lady Otway, Miss Catalina Sinclair, la señora Milner Gibson, los señores Guillermo Howitt, señora De Burgh, el Dr. Gully (de Malvern), Sir Carlos Nicholson, Lady Dunsany, Sir Daniel Cooper, señora Adelaida Senior, señores de S. C. Hall, señora Makdougall Gregory, señor Piekersghill, señor E. L. Blanchard y señor Roberto Bell.

Otros hubo que declararon insuficiente lo presenciado por ellos para aducir que existía fraude. Fueron éstos Ruskin, Thackeray (director del *Cornhill Magazine*), Juan Bright, Lord Dufforin, Sir Edwin Arnold, Heaphy, Duraham (escultor), Nassau Senior, Lord Lyndhurst, J. Hutohinson (ex presidente de la Bolsa), y Dr. Lockhart Roberston.

Tales fueron los testigos y tal la obra. Y cuando aquella vida tan útil y tan desinteresada pasó a otro mundo, apenas hubo periódico —hay que decirlo, para eterno baldón de nuestra prensa— que no tratara a Home de impostor y de charlatán. Pero se acerca el tiempo en que habrá de reconocerse que aquel hombre fue uno de los paladines en el progreso lento y arduo d la Humanidad a través de la ignorancia.

CAPÍTULO X
LOS HERMANOS DAVENPORT

Para relatar la obra de los hermanos Davenport, tenemos que volver a los primeros días del movimiento en América. Home y los Davenport representaron un verdaderamente papel internacional, ya que su vida señala los progresos del movimiento en Inglaterra a la vez que en los Estados Unidos. Los Davenport actuaron en un nivel muy inferior al de Home, haciendo de sus notables dones una profesión, y por la naturaleza de sus procedimientos impusieron sus resultados a las multitudes en una forma que no hubieran podido hacer los mediums más refinados. Si consideramos todo el conjunto de los sucesos como obra de una inteligente y omnipotente fuerza del Más Allá, se nota que cada hecho tiene su instrumento apropiado, y que si una demostración no produce resultado, hay otra que viene a ocupar su lugar para producirlo.

Los Davenport fueron afortunados con sus propagandistas. Dos escritores publicaron libros («Biografía de los hermanos Davenport», por T. L. Nichols, Londres, 1864. «Hechos supramundanos de la vida del Rev. J. B. Ferguson», por T. L. Nichols, Londres, 1865 y «Experimentos Espiritistas: siete meses con los hermanos Davenport», por Roberto Cooper, Londres, 1867), acerca de los sucesos principales de su vida, a los cuales, por otra parte, prestó gran atención la prensa periódica de su época.

Ira Erastus Davenport y Guillermo Enrique Davenport nacieron en Búfalo, Estado de Nueva York, el día 17 de septiembre de 1839 el primero, y en 1.º de febrero de 1841 el segundo. Su padre, descendiente de los primeros colonos ingleses, que fueron a América, tenía un cargo en el Departamento de policía de Búfalo. Su madre era inglesa, natural de Kent, y fue a América de niña. En 1848, toda la familia fue sorprendida a media noche por una serie de «golpes, puñetazos, ruidos sordos, roturas, crujidos». Ocurría esto dos años antes de los sucesos en casa de la familia Fox. Pero en aquel caso, como en tantos otros, fue el ejemplo de los Fox lo que impulsó a los Davenport a realizar investigaciones hasta cerciorarse de sus facultades mediunímicas.

Los dos muchachos Davenport y su hermana Isabel, la menor de los tres, comenzaron los experimentos colocando sus manos sobre una mesa. Oyéronse entonces profundos y violentos ruidos entre los cuales se insinuaron los mensajes. La noticia trascendió al exterior, y al igual que en el caso Fox, acudieron a la casa centenares de curiosos y de incrédulos. Ira manifestó sus dones de medium escribiente, mostrando a los circunstantes mensajes escritos con extraordinaria rapidez, conteniendo noticias para él absolutamente desconocidas. En seguida siguieron los fenómenos de levitación, siendo el muchacho elevado en el aire, por encima de la cabeza de los circunstantes y a una altura de nueve pies del suelo. El otro hermano y la hermanita, realizaron los mismos fenómenos, viéndose entonces ascender a los tres en el aire hasta el techo. Centenares de respetables ciudadanos de Búfalo presenciaron tan extraordinarias maravillas. Una vez, estando toda la familia sentada a la mesa, las cucharas, los cuchillos y los platos empezaron a bailar mientras la mesa se elevó quedando en vilo. En una sesión celebrada poco después se vio un lápiz escribir solo en pleno día. Las sesiones se celebraron a partir de aquel momento de una manera regular, con aparición de luces y de instrumentos musicales que tocaban en el aire por encima de la cabeza de los reunidos. Siguieron luego las voces directas y otras manifestaciones tan numerosas, que es imposible detallarlas todas. Obedeciendo a los dictados de los espíritus comunicantes, los dos hermanos se trasladaron a otros puntos para dar sesiones públicas. A petición de los circunstantes se sometían a toda clase de pruebas. Al principio operaban con personas escogidas entre los presentes, pero estimándose luego que esto no era del todo satisfactorio por temerse que aquellas personas estuvieran de acuerdo con los hermanos, se apeló al procedimiento de atarles con cuerdas. Al leer la lista de los arbitrios ingeniosos a que se apeló para comprobar la verdad de las manifestaciones, se ve cuán imposible es convencer a los obstinadamente escépticos. En cuanto una prueba tenía éxito, se proponía otra, y así sucesivamente. Los profesores de la Universidad de Harvard en 1857 sometieron a ambos hermanos y sus fenómenos a un riguroso examen. Su biógrafo escribe: («Biografía de los hermanos Davenport», por T. L. Nichols, páginas 87 − 88):

«Los profesores emplearon todo género de precauciones en las pruebas. Les pusieron esposas en las manos; les sujetaron hasta la inmovilidad. Se aceptaron hasta una docena de proposiciones, rechazándolas luego los mismos que las hacían. Si los hermanos aceptaban una prueba de las propuestas, los mismos proponentes la retiraban, por considerarse que la

aceptación por los mediums era motivo suficiente para no intentarla, por sospecharse que estaban preparadas para ella».

Finalmente, los profesores trajeron quinientos pies de cuerda nueva, abrieron una cabina colocada en una de las habitaciones, y metieron en ella, fuertemente atados, a los dos jóvenes. Todos los nudos de la cuerda se habían reforzado con ataduras de bramante de lino, y uno de los verificadores, el profesor Pierce, se encerró en la cabina con los dos hermanos. A pesar de tales precauciones, apareció fuera de la cabina una mano de fantasma, mientras el profesor encerrado oía y sentía que pasaban sobre su cabeza y su rostro varios objetos. A cada movimiento tocaba a los dos jóvenes para convencerse de que continuaban sólidamente atados. Finalmente, los operadores libertaron a los jóvenes de sus ataduras, y cuando la cabina fue abierta, viose que la cuerda estaba arrollada al cuello del profesor. Después de prueba tan concluyente, los profesores de Harvard no redactaron ningún informe. Es también curiosa la descripción de un ingenioso aparato de verificación, consistente en una especie de mangas y pantalones, fuertemente ajustados, ideado por un tal Darling, de Bangor. Resultó como los demás procedimientos, incapaz de impedir las misteriosas manifestaciones de los dos mediums. Es de advertir que eso acaecía en una época en que los hermanos eran casi niños, demasiado jóvenes para intentar farsa alguna.

No es de extrañar que los fenómenos levantaran violenta oposición en todas partes, ni que los hermanos fueran denunciados como embaucadores. Después de diez años de actuación pública en las principales ciudades de los Estados Unidos, los hermanos se trasladaron a Inglaterra. Se habían sometido con éxito a todas las pruebas que el ingenio humano podía concebir, sin que nadie pudiera decir de qué manera obtenían los resultados. Habían conquistado una gran reputación. Sin embargo, tenían que volver a empezar.

Ambos hermanos, Ira y Guillermo, contaban entonces veinticinco y veintitrés años, respectivamente. He aquí cómo los describe el *World*, de Nueva York:

«Se parecían extraordinariamente, siendo ambos de bello aspecto, con cabellos largos, negros y rizados, frente despejada, ojos obscuros y vivos, pobladas cejas, labios gruesos, bigote abundante y cuerpo musculoso y bien proporcionado. Vestían siempre de frac, usando uno de ellos reloj con cadena».

El Dr. Nichols, su biógrafo, experimentó esta primera impresión al verlos y tratarlos:

«Los jóvenes, con quienes tuve una breve relación personal y a quienes jamás había visto antes de su llegada a Inglaterra, me parecieron por encima del nivel medio de sus compatriotas en carácter e inteligencia. Era más notable en ellos la habilidad que la viveza; en Ira había algún talento artístico… Parecían ambos jóvenes perfectamente honrados, singularmente desinteresados, nada mercantilistas, más atentos a que la gente quedara satisfecha de su sinceridad y de la realidad de sus manifestaciones que a hacer dinero. Tenían una ambición tan solo: la de servir de instrumento para lo que creían ser el bien más grande a que podía aspirar la humanidad».

Acompañáronles a Inglaterra él Rev. Dr. Ferguson, pastor que fue de una importante iglesia de Nashville, en el Temessee, a la cual había asistido Abraham Lincoln; M. Palmer, conocido empresario, que actuaba como secretario de ambos jóvenes, y Guillermo M. Fay, que actuaba también como medium.

La primera sesión que dieron en Londres, el 28 de septiembre de 1864, tuvo carácter privado y se celebró en la residencia ocupada en Regent Street por Dion Boucicault, el famoso autor y actor, en presencia de distinguidos periodistas y hombres de ciencia. La prensa publicó largas reseñas de la sesión, en general benévolas.

Días después se celebró otra sesión en casa de Mr. Dion Boucicault, que la publicó en el Daily News y en otros varios periódicos. Asistieron a ella, entre otros, el vizconde de Buri, diputado; Sir Carlos Wyke, Sir Carlos Nicholson, el Canciller de la Universidad de Sydney, Mr. Roberto Chambers, el novelista Carlos Reade y el explorador capitán Inglefield.

Decía así el relato de Boucicault:

«Ayer tuvo lugar en mi casa una sesión dada por los hermanos Davenport y Mr. Fay, en presencia de… (aquí veinticuatro nombres además de los citados)…

»A las tres, ya estábamos todos reunidos… Mandé a buscar a una tienda de música cercana seis guitarras y dos tambores, para que no todos los instrumentos fueran de la clase empleada y conocida de los mediums.

»A las tres y media llegaron los hermanos Davenport y Míster Fay y vieron que habíamos alterado sus disposiciones, destinando para la realización de las manifestaciones una habitación distinta a la que ellos habían escogido.

»La sesión comenzó con un examen de los vestidos y de toda la persona de los hermanos Davenport, comprobándose por los presentes que no escondían ningún aparato ni dispositivo alguno. Entraron en el gabinete que

habíamos preparado, sentándose uno frente al otro. Luego el capitán Inglefield, con una cuerda nueva facilitada por nosotros mismos, ató a G. Davenport de pies y manos, estas últimas a la espalda, y, finalmente, le amarró fuertemente a la silla. Lord Bury hizo lo propio con I. Davenport. Los nudos de las ligaduras fueron protegidos con lacre en el que se estampó un sello especial. En el suelo se depositaron una guitarra, un violín, un tambor, dos campanillas y una trompeta. Cerráronse luego las puertas, no dejando entrar más que una luz muy tenue pero suficiente para que pudiéramos ver lo que ocurría.

»Omito detallar el fenómeno de los ruidos que se oyeron en la estancia, y la violencia con que las puertas retemblaron y los instrumentos se movieron, así como la aparición de manos en la forma conocida, ante un orificio en forma de trapecio que se veía en la puerta del gabinete. Más dignos de notar fueron los siguientes hechos.

»Estando Lord Bury de pie en el interior del gabinete, se abrió la puerta y vimos entonces a los dos mediums sentados, atados y sellados, mientras una mano perfectamente clara, descendía sobre el primero, golpeándole en la espalda y obligándole a volverse. Nuevamente, a la luz de un candelabro de gas, y durante un intervalo de la sesión, estando las puertas del gabinete abiertas y mientras examinábamos las ligaduras de los hermanos Davenport, una mano femenina, muy blanca y delgada, osciló breves segundos en el aire. Semejante aparición provocó una exclamación de asombro en todos los circunstantes.

»Sir Carlos Wyke entró entonces en el gabinete y se sentó entre los dos hombres, poniendo sus manos sobre cada uno de ellos. Las puertas fueron cerradas e inmediatamente comenzaron los ruidos. En seguida aparecieron varias manos en el orificio, entre ellas la de un niño. Al cabo de un rato, Sir Carlos volvió a nuestro lado y manifestó que mientras tenía asidos a los hermanos, varias manos le habían tocado el rostro y levantado el pelo, a la vez que los instrumentos puestos a sus pies se movían y empezaban a tocar alrededor de su cuerpo y encima de su cabeza, parándose uno de ellos en su hombro. En tanto se desarrollaban esos fenómenos, las manos que habían aparecido, fueron tocadas y apretadas por el capitán Inglefield, quien afirmó que, a juzgar por el tacto, eran manos humanas, que pudieron desasirse y desaparecer.

»La siguiente fase de la sesión se desarrolló en la obscuridad. Uno de los Davenport y Mr. Fay sentáronse entre nosotros. Se les pasaron dos cuerdas por los pies quedando atadas dichas extremidades y las manos, estas últimas a

la espalda y a la silla, y ésta a su vez a la mesa contigua. Entre tanto la guitarra se levantó de la mesa y empezó a flotar alrededor de la habitación por encima de la cabeza de los reunidos, a algunos de los cuales tocó ligeramente. Una luz fosfórica apareció corriéndose de un extremo a otro sobre todos nosotros; sentíamos que nos tocaban y nos golpeaban en las manos, en los hombros y en el pecho, mientras la guitarra rondaba por la habitación, tan pronto cerca del techo, como dando en la cabeza y los hombros de los presentes. Al mismo tiempo sonaban las campanillas y vibraba el violín. Los dos tambores redoblaban tan pronto en un lado como en otro del suelo, ora violentamente, ora rozando las rodillas y las manos de los circunstantes, siendo todas esas acciones simultáneas. El señor Rideout, tomando uno de los tambores, preguntó si podrían arrebatársele de las manos, e inmediatamente sintió que se lo quitaban.

Lord Bury hizo una pregunta parecida, y notó que una fuerza pugnaba por arrebatarle el tambor y vencer su resistencia. Mr. Fay pidió entonces que le despojaran del frac. Instantáneamente oímos un violento tirón y presenciamos el más extraordinario de los fenómenos al resplandor de una luz que brilló antes de que el frac se desprendiera de la persona de Mr. Fay; la prenda se separaba de su dueño, flotaba en el aire, se dirigía al candelabro, se paraba en él un momento y caía después al suelo. Vimos en el mismo instante a Mr. Fay atado de pies y manos como antes. Uno de los presentes se quitó entonces su propia americana, que colocó encima de la mesa. La luz se extinguió y la prenda se trasladó con máxima velocidad a la espalda de Mr. Fay. Tales sucesos habían ocurrido en la obscuridad, habiendo previamente colocado una hoja de papel debajo de los pies de los mediums, y dibujado con lápiz el contorno, para comprobar si se habían movido. Ellos mismos nos habían propuesto tiznarles las manos con harina u otra substancia que nos permitiera comprobar que no hacían uso de ellas, pero tal precaución nos había parecido innecesaria: en cambio, les pedimos que contaran repetidamente de una a doce, para demostrarnos con sus voces que continuaban en el mismo sitio donde les dejamos atados. Cada uno de nosotros tenía asidos fuertemente a uno de los mediums de modo que no podían moverse sin que dos de los presentes, por lo menos, se dieran cuenta de ello.

»Al terminar la sesión comentamos todos lo que habíamos visto u oído. Lord Bury manifestó que, en resumen, la opinión de los reunidos parecía estar de acuerdo en declarar que los hermanos Davenport y Mr. Fay, después de una rigurosísima prueba, y de la más meticulosa vigilancia de todas sus acciones, procedían de modo que no podíamos por menos que reconocer que

en todo ello no había rastro de trampa de ninguna especie, que indudablemente no estaban convenidos para representar farsa alguna, y que todos los testigos de lo ocurrido declararíamos espontáneamente en el círculo social a que cada uno pertenecíamos y dentro de los límites en que las propias investigaciones nos permitieran formar opinión, que los fenómenos ocurridos en nuestra presencia no eran obra de escamoteo. Todos estuvimos conformes con aquellas manifestaciones».

Esta admirable, completa y clara reseña, la damos en extenso porque es la contestación a muchos reparos, y la seriedad del autor y de los que con él fueron testigos, no puede ser discutida. Hay que aceptarla como documento definitivo y honrado. Toda objeción que se la ponga será caprichosa y no puede significar más que una supina ignorancia en la apreciación de hechos.

En octubre de 1864, los Davenport comenzaron a dar sesiones públicas en las Salas de Conciertos de Queen, situadas en la plaza de Hanover. Entre los que asistían a ellas, elegíanse algunos de los más resueltos a hacer lo imposible por averiguar la causa de los fenómenos, pero todo resultaba inútil. Aquellas sesiones, alternadas con otras de carácter privado, continuaron casi todas las noches hasta finalizar el año. La prensa diaria las describió en amplias reseñas, y el nombre de los hermanos anduvo de boca en boca. A principios de 1865, hicieron viajes por provincias, y en Liverpool, Huddersfield y Leeds, el público los trató con violencia. En Liverpool, dos individuos les ataron las manos tan brutalmente, que las hicieron sangrar, siendo preciso que Mr. Ferguson cortara las ligaduras para evitarles tal suplicio. Los Davenport se negaron a continuar la sesión, lo cual fue causa de que el populacho se arrojara al estrado y destrozara aparatos y muebles. Lo mismo ocurrió en Huddersfield, y más tarde en Leeds como resultado de una bien organizada campaña de oposición. Aquellos escándalos obligaron a los Davenport a anular todos sus contratos en Inglaterra. De allí pasaron a París, siendo invitados a dar una sesión en el palacio de Saint Cloud, a la que asistieron el emperador, la emperatriz y cincuenta invitados. Estando en París Hamilton, discípulo del célebre prestidigitador Roberto Houdin, fue a visitarles, presenciando algunos de sus experimentos y envió seguidamente a los periódicos una carta en la cual decía: «Los fenómenos superan todo cuanto yo podía esperar, presentando todos los experimentos el mayor interés para mí. Tengo además el deber de declarar que los encuentro del todo inexplicables». Después de un nuevo viaje a Londres, pasaron a Irlanda a principios de 1866. En Dublín asistieron a sus sesiones personas de gran

significación, como el director del Irish Times y el Rev. Dr. Tisdal, quien proclamó públicamente su creencia en las manifestaciones que presenció.

En abril del mismo año, los Davenport partieron a Hamburgo y de allí a Berlín, pero la guerra que se esperaba (y que sus guías les habían anunciado) fue causa de que la excursión resultara poco remuneradora. Los empresarios teatrales les ofrecieron espléndidas retribuciones para que se exhibieran, pero obedeciendo a los dictados de sus consejeros espirituales (según los cuales aquellas manifestaciones, por el hecho de ser sobrenaturales, debían alejarse de todo cuanto pareciera o fuera una diversión teatral), declinaron las ofertas contra los deseos del propio administrador del negocio. Durante el mes que permanecieron en Berlín, dieron algunas sesiones ante varios miembros de la real familia. A las tres semanas, marcharon a Bélgica, y en Bruselas y en otras ciudades, obtuvieron resonantes éxitos. De allí pasaron a Rusia, llegando a San Petersburgo el 27 de diciembre de 1866. El 7 de enero de 1867, celebraron su primera sesión pública ante una concurrencia que no bajó de mil personas. La sesión siguiente tuvo lugar en el domicilio del embajador de Francia, en presencia de unas cincuenta personas, entre las que figuraban dignatarios de la Corte Imperial, y el día 9 de enero dieron una velada en el propio Palacio de Invierno en honor del emperador y de la familia imperial. Inmediatamente después, visitaron Polonia y Suecia. El 11 de abril de 1868, reaparecieron en Londres, en las Salas de la plaza de Hanover, logrando una acogida entusiasta por parte de la numerosa concurrencia. Benjamín Coleman, espiritista eminente, que organizó sus primeras sesiones públicas en Londres, escribió lo siguiente, resumiendo sus impresiones respecto de los cuatro años de permanencia de los Davenport en Europa:

«Quiero dar a los amigos de América que me los presentaron, la seguridad de que la misión de los hermanos Davenport en Europa ha sido muy provechosa para el espiritismo y que su conducta pública como médiums —pues únicamente como a tales yo les he tratado— ha sido absolutamente correcta». Y a continuación afirma que no ha conocido otra forma de mediunidad superior a la de los hermanos más a propósito para conseguir la atracción de grandes concurrencias. Desde Londres, los Davenport regresaron a América. Ambos hermanos, visitaron Australia en 1876, y el 24 de agosto dieron su primera sesión pública en Melbourne. Guillermo falleció en Sydney en julio de 1877.

La actuación de los hermanos Davenport despertó la envidia y la maldad de todos los enemigos del espiritismo. El prestidigitador Maskelyne, con asombroso descaro, pretendió haberles puesto en evidencia en Inglaterra, si

bien tuvo la contestación debida por parte del Dr. Jorge Sexton, director del *Spiritual Magazine,* el cual, describiendo en conferencia pública, a la que asistió el mismo Maskelyne, en qué consistían los trucos de este último, y comparándolos con los resultados obtenidos por los Davenport, dijo: «La similitud entre unos y otros es como la que pueda existir entre las producciones de un poeta desconocido y los dramas sublimes y gloriosos del inmortal bardo de Avon». A pesar de todo, los escamoteadores de profesión, hicieron más ruido en público que los espiritistas, y con la ayuda de la prensa hicieron creer que los hermanos Davenport habían sido desenmascarados.

Ira Davenport murió en América el año 1811. Con tan triste motivo, el *Daily News,* refiriéndose a los dos hermanos, dijo: «Cometieron el error de presentarse como hechiceros en vez de trabajar como escamoteadores sinceros. Si, imitando a su adversario Maskelyne, hubieran mostrado al público la ingeniosidad de sus espectáculos, diciéndole: "Señores, esto se hace sencillamente así", no sólo habrían ganado una fortuna, sino una gran respetabilidad». En contestación a esto, el periódico espiritista *Luz* preguntó «por qué, si eran meros prestidigitadores y no unos creyentes sinceros en su mediunidad, arrostraron los Davenport insultos, ataques y toda clase de indignidades, cuando con sólo renunciar a sus pretensiones supernormales podían haber sido respetables y ricos».

Es muy triste pensar que habiendo sido probablemente los Davenport los más grandes mediums en su clase que el mundo ha visto sufrieran una brutal oposición y no pocas persecuciones, llegando a correr sus vidas grave riesgo en más de una ocasión.

Es de notar también que los Davenport jamás pretendieron que sus fenómenos tuvieran origen supernormal, distinguiéndose así de muchos de sus amigos y colegas. Escribiendo al escamoteador americano Houdini, Ira Davenport decía en sus últimos años: «Jamás hemos afirmado en público nuestra creencia en el Espiritismo. Considerábamos que ello no era asunto de la publicidad, y que no debíamos dar nuestras manifestaciones como fenómenos espiritistas. Dejábamos a nuestros amigos y enemigos que se explicaran los fenómenos como mejor les acomodara, aunque muy a menudo, por desgracia, fuéramos víctimas de unos y otros».

Houdini ha pretendido que los Davenport juzgaban que los resultados por ellos obtenidos, eran normales, pero el Houdini estampa tantos errores en su libro «Un mago entre los espíritus», y ha demostrado tan extraordinarios prejuicios en materia de espiritismo, que sus manifestaciones carece en absoluto de valor. Falsa completamente es la declaración que atribuye a Ira

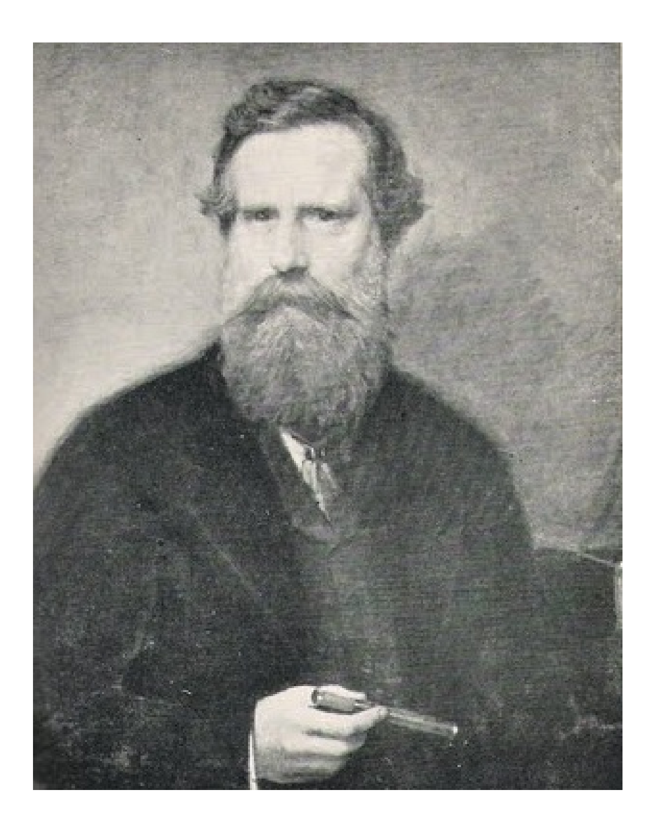
Davenport relativa a que los instrumentos musicales en una sesión a la que asistió un redactor de *The Times* no se movieron, siendo así que el propio periodista manifestó haber sentido que le golpeaba el rostro una de las guitarras flotantes en el aire, que en una ceja fue lastimado y que cada voz que se encendía la luz los instrumentos caían al suelo, Si Houdini falta a la verdad por lo que se refiere a este fenómeno, otro tanto puede decirse respecto a las demás afirmaciones suyas (véase Apéndice).

Se dirá, y así se ha dicho por varios espiritistas, lo mismo que por no pocos escépticos, que toda esa clase de manifestaciones psíquicas son contraproducentes y poco serias. Muchos así lo creen, pero también hay muchos que hacen suyas estas palabras de Mr. P. B. Randall:

«La culpa no es de los espíritus, sino nuestra, pues aquéllos dan según lo que se les pide. Si no se les puede comprender de una manera, es forzoso comprenderlos de otra, y precisamente la sabiduría del Más Allá consiste en hacer ver a los ciegos y oír a los sordos lo que pueden ver y oír y no otra cosa. Intelectualmente somos apenas unos niños y nuestro estómago mental no debe contener más de lo que es capaz de digerir, hasta que nuestra capacidad aumente. Y si el vulgo se convence mejor de la inmortalidad del alma por medio de ese género de manifestaciones, no es menester apelar a otras. La vista de un brazo espectral en una reunión de tres mil personas, hace una impresión más profunda, hiere más fuertemente los corazones y convierte a más gente a la creencia en el Más Allá, en diez minutos, que todo un batallón de predicadores, en cinco años por elocuentes que sean».

[Apéndice Capítulo X]

CAPÍTULO XI
LAS INVESTIGACIONES DE SIR WILLIAM CROOKES



Sir William Crookes
(Copia de un lienzo de P. Ludovici, que se conserva en la National Portrail Gallery)

La investigación de los fenómenos espiritistas, llevada a cabo por Sir William Crookes en los años 1870 a 1874, es uno de los principales hechos en la historia del movimiento, tanto más si se tiene en cuenta el alto nivel científico del investigador, el serio y justo espíritu que le animó, los resultados extraordinarios conseguidos y su declaración de fe como consecuencia final de ellos. Empeño favorito de todos los enemigos del movimiento es atribuir una debilidad física o senil a cada nuevo testigo de la verdad psíquica, pero nadie puede negar que en este caso las investigaciones fueron realizadas por un hombre que estaba en el cénit de su desarrollo mental, y que los famosos trabajos científicos que más tarde emprendiera,

constituyeron prueba más que suficiente así de su vigor como de su integridad intelectuales. El célebre sabio investigó con la medium Florencia Cook, y antes con Home y Catalina Fox, sometiendo a todos a las más duras pruebas.

Sir William Crookes nació en 1832 y falleció en 1919, siendo una de las figuras más eminentes del mundo científico inglés. Elegido miembro de la Real Sociedad en 1863, recibió de dicha corporación en 1875 la Medalla Real de Oro, en 1888 la Medalla Davy, y en 1904 la Medalla de Sir José Copley, como justo premio a sus descubrimientos en química y física. Fue nombrado Caballero por la reina Victoria en 1897, y condecorado con la Orden del Mérito en 1910. Ocupó varias veces el cargo de presidente de la Real Sociedad, de la Sociedad de Química, del Instituto de Ingenieros Electricistas, de la Sociedad Británica, y de la Sociedad de Investigación Psíquica. Su descubrimiento de la nueva substancia química, a la que dio el nombre de *talium*: sus inventos del radiómetro, del espintariscopio y del «tubo de Crookes», no son más que pequeña parte de la obra de este hombre extraordinario. Fundó en 1859 el *Chemical News*, que él mismo dirigió, y en 1864 fue nombrado director del *Quarterly Journal of Science*. En 1880, la Academia Francesa de Ciencias le concedió la Medalla de Oro y un premio en metálico como recompensa a sus importantes trabajos.

Crookes declara que comenzó sus investigaciones de los fenómenos psíquicos, creyendo que era necesario demostrar el engaño que en ellos se encerraba. Sus colegas científicos sostenían la misma teoría, de manera que experimentaron gran satisfacción al conocer el propósito del maestro. Era tanto mayor esta satisfacción cuanto que el asunto iba a ser investigado por hombre de tantísima autoridad. No había duda que las que se consideraban como vergonzosas pretensiones del espiritismo iban a ser, merced al trabajo de Crookes, denunciadas y desvanecidas para siempre. «Si hombres como Crookes se ocupan del asunto… pronto —decían— sabremos a qué atenernos en lo que a esa farsa se refiere». El Dr. Balfour Stewart puso muy de relieve en una comunicación al periódico Naturaleza, el tesón y la honradez que guiaban a Crookes en su determinación. Crookes mismo declaró que lo inspiraba su deber como hombre de ciencia al acometer aquel estudio. «Se ha echado en cara a los hombres de ciencia —dijo— haberse negado durante mucho tiempo a llevar a cabo una investigación científica sobre la existencia y naturaleza de hechos afirmados por tantos testigos competentes y dignos de crédito, los cuales han venido inútilmente reclamando un libre examen donde y cuando se quisiera, de esos hechos. Por lo que a mí se refiere, concedo demasiado valor a la investigación de la verdad y al descubrimiento de

cualquier hecho nuevo de la Naturaleza, para negarme a esa investigación, bajo pretexto de que choca contra el parecer general». Tal fue la intención que le animaba al empezar sus investigaciones.

Hay que hacer constar, sin embargo, que aun cuando el profesor Crookes desplegaba una rigurosa crítica respecto a los fenómenos de mediunidad física, parece que aceptaba algunos de índole intelectual y es posible que esa simpatía espiritual le facilitara la obtención de los notables resultados a que llegó, pues no nos cansaremos de repetir —ya que a menudo se echa en olvido— que el éxito de la investigación psíquica depende de las condiciones de quien la plantea. No es el hombre testarudo y soberbio que juzga en materias espirituales con una lamentable falta de condiciones para ello, quien puede conseguir buenos resultados. En cambio, no tardan en establecerse la armonía y simpatía necesarias entre el investigador y su objeto cuando aquél demuestra corrección y seriedad en su trabajo, convencido de que la razón y la observación estrictas no están reñidas con la modestia…

Las primeras investigaciones de Crookes comenzaron en 1869, durante el cual tuvo sesiones con la conocida medium señora Marshall, y con otro famoso medium, J. J. Morse. En julio de aquel año, D. D. Home, regresó de San Petersburgo a Londres y se presentó a Crookes con una carta del profesor Butlerof.

Hay un hecho muy interesante consignado en el diario privado que llevaba Crookes durante el viaje que realizó a España en diciembre de 1870, con la expedición encargada de observar el eclipse de dicho año. Con fecha 31 de diciembre escribe:

«No puedo menos que recordar esta misma fecha del año pasado. Nelly (su esposa) y yo estábamos en comunicación con queridos amigos muertos, y al tiempo de dar las doce, nos desearon un feliz año nuevo. Siento que también ahora están mirando, y como el espacio no es un obstáculo para ellos, creo que dirigen sus miradas sobre mí y sobre mi querida Nelly al mismo tiempo. Creo que por encima de nosotros hay un ser ante el cual todos —espíritus y mortales— nos inclinamos reverenciándole como a Padre y Señor, y mi más humilde ruego es que siga dispensándonos su protección a Nelly, a mí y a nuestros hijos… Quiera también permitirnos que podamos continuar recibiendo las comunicaciones espirituales de mi hermano, que desapareció de este mundo en el naufragio de un barco hace más de tres años».

Expone luego sus deseos de felicidad para su esposa y sus hijos en el nuevo año, y concluye:

«Y que al finalizar nuestros años sobre la tierra, podamos gozar de otros más felices en la región de los espíritus, cuyos resplandores percibo a veces».

Miss Florencia Cook, con la cual Crookes emprendió una serie de experimentos, era una joven de quince años, dotada de grandes facultades psíquicas bajo la rara forma de materializaciones completas. Toda la familia de aquella medium tenía dotes parecidas y también su hermana, Catalina Cook, fue muy famosa. Parece que en cierta ocasión se comentó mucho una supuesta farsa atribuida por un señor Volckman a Miss Cook, y ésta, en su deseo de sincerarse, se puso bajo la protección de la señora Crookes, rogándole que su esposo la sometiera a toda clase de experimentos en comprobación de sus facultades y en las condiciones que él mismo dictara, y sin otra recompensa que la declaración de su cualidad de medium comprobado cuando diera a conocer al mundo los resultados de su estudio. Afortunadamente, había dado con un hombre de acrisolada honradez intelectual. En estos últimos tiempos hubo también mediums que se entregaron sin reservas a la investigación científica y fueron defraudados por los investigadores, a quienes faltó el valor moral de admitir los resultados y pregonarlos públicamente.

El profesor Crookes refirió en el *Quarterly Journal of Science*, cuyo director era a la sazón, sus experimentos con Florencia Cook. Realizáronse en su propia casa. Un pequeño estudio de ella daba a un laboratorio de química, separando ambas habitaciones una puerta y una cortina. Miss Cook descansaba, sumida en trance, en un diván colocado en la habitación interior. En la exterior, en una semiobscuridad, hallábase sentado Crookes en unión de otros observadores, a quienes había invitado. Al cabo de un rato, que oscilaba entre veinte minutos y una hora, apareció una figura materializada por el ectoplasma de la medium. La existencia de tal substancia y el procedimiento de su producción eran desconocidos en aquellos días, pero las investigaciones sucesivas han arrojado mucha luz sobre el particular, según veremos en el capítulo que más adelante le dedicamos. El efecto entonces fue que, al descorrerse la cortina, apareció en el laboratorio una mujer completamente distinta de la medium. Aquella aparición, que podía andar, hablar y accionar en todos los sentidos, como un ser independiente, es conocida en la historia del Espiritismo con el nombre de «Catalina King», que ella misma se atribuyó.

La explicación natural de los escépticos es que las dos mujeres eran realmente una sola, y que Catalina no era más que una hábil representación de Florencia. Tal explicación podía ser reforzada con la observación hecha por

Crookes, por Miss Marryat y otros de los reunidos acerca de que Catalina resultaba a veces muy parecida a Florencia.

Aquí surge uno de los misterios de la materialización, que exige un atentísimo estudio en vez del desdén con que muchos lo consideran. El autor, en una sesión con la famosa medium americana Miss Besinnet, ha observado el mismo fenómeno, es decir, que al surgir el espíritu, comenzaba a parecerse el rostro de éste al de la medium, y al final eran completamente distintos. Algunos investigadores han imaginado que la forma etérica del medium, su cuerpo espectral es liberado durante el trance, en cuyo momento otros entes forjan su propio simulacro. Como quiera que sea, es preciso aceptar el hecho. Un caso paralelo es el del fenómeno de la voz directa, en que la Voz del espíritu parécese, muchas veces, a la del medium al principio para diferenciarse de ella completamente al final, o bien se divide en dos voces que hablan al mismo tiempo.



RECONSTITUCIÓN DEL EXPERIMENTO VERIFICADO POR EL PROFESOR CROOKES PARA DEMOSTRAR QUE MEDIUM Y ESPÍRITU ERAN DOS DISTINTAS ENTIDADES
(Dibujo de S. Drigi)

No obstante, Crookes estaba en su derecho al sostener que Florencia Cook y Catalina King eran el mismo individuo, hasta que pruebas más convincentes vinieron a demostrarle que ello era imposible. Tales pruebas las consigna el propio Crookes de un modo muy concienzudo. Describe así las diferencias que observó entre Miss Cook y Catalina: «La estatura de Catalina varía; una

vez tenía seis pulgadas más que Miss Cook. La última noche, descalza y sin ponerse de puntillas, era cuatro pulgadas y media más alta que Miss Cook. La última noche también, Catalina aparecía con el cuello desnudo, su piel era perfectamente lisa al tacto y a la vista, mientras que en el cuello de Miss Cook hay una verruga muy visible, siendo la piel áspera al tacto. Las orejas de Catalina no están perforadas, al paso que Miss Cook usa pendientes. La tez de Catalina es muy blanca, mientras que la de Miss Cook es muy morena. Los dedos de Catalina son bastante más largos que los de Miss Cook, y su rostro también es más ancho. En sus actitudes y maneras de expresión hay también entre ambas varias diferencias radicales».

En un nuevo estudio añade:

«Habiendo últimamente observado mucho mejor a Catalina a la luz de una lámpara eléctrica, puedo fijar con mayor precisión las diferencias entre ella y la medium. Tengo la más absoluta certeza de que Miss Cook y Catalina son dos entes distintos, por lo que a sus cuerpos se refiere. Algunas pequeñas señales en el rostro de Miss Cook faltan en el de Catalina. El cabello de Miss Cook es tan obscuro, que casi parece negro; una guedeja de Catalina que tengo ante mi vista y que ella misma me permitió cortar de su abundante cabellera (después que hube comprobado que ésta era natural y bien suya), es de un espléndido color de oro.

»Una noche tomé el pulso a Catalina. Latía normalmente a 75, mientras que el pulso de Miss Cook, tomado poco después, latía en la proporción de 90. Aplicando el oído al pecho de Catalina, sentía los latidos rítmicos de su corazón, mucho más fuertes que los del corazón de Miss Cook, cuando ésta me permitió realizar el mismo experimento después de la sesión. En otra prueba semejante, comprobé que los pulmones de Catalina eran más robustos que los de la medium: esta última, por aquellos días estaba sometida a tratamiento médico a consecuencia de un fuerte resfriado».

Crookes sacó cuarenta y cuatro fotografías de Catalina King, valiéndose de la luz eléctrica. En *El Espiritista* (pág. 270, año 1874), describe así los métodos que adoptó:

«Durante la semana anterior a la partida de Catalina, apareció en mi casa casi todas las noches para que yo pudiera fotografiarla con ayuda de la luz artificial. Para ello empleé cinco aparatos fotográficos distintos: una cámara de placa entera, una de media placa, una de un cuarto de placa y dos cámaras binoculares estereoscópicas. Se usaron cinco baños reveladores y fijadores, y los juegos de placas se prepararon de antemano para que no mediara espacio

alguno de tiempo entre las distintas operaciones fotográficas, realizadas todas ellas por mí mismo, secundado por mi ayudante.

»Mi biblioteca fue utilizada como cámara obscura, adaptándosele puertas de muelle que se abrían en dirección del laboratorio; una de las puertas fue sacada de sus goznes, y en su lugar se adoptó una cortina para que Catalina pudiera pasar fácilmente de un punto a otro. Los amigos que asistían a la sesión, estaban sentados en el laboratorio, de cara a la cortina, y los aparatos se dispusieron algo detrás de ellos, preparados para fotografiar a Catalina cuando ésta saliera, así como cuanto ocurriese en el gabinete una vez corrida la cortina. Cada noche había tres o cuatro exposiciones de placas en las cinco cámaras, obteniendo, por lo menos, quince pruebas distintas de cada sesión; algunas de ellas se echaron a perder en el revelado, y otras al regular la intensidad de la luz. De todos modos, tengo cuarenta y cuatro negativas, algunas malas, otras medianas y varias excelentes».

Algunas de aquellas sensacionales fotografías están en mi poder y declaro que no existe, seguramente, fotografía que cause mayor impresión que la que da en ellas Crookes, por entonces en el apogeo de su fama y aquel ángel —porque tal era, realmente— apoyado en su brazo. Y si la palabra «ángel» pareciera una exageración, considérese que cuando un espíritu del otro mundo se somete a las molestias de la existencia temporal para demostrar la inmortalidad a una generación materialista, no puede usarse otra palabra más adecuada.

Mucho se discutió sobre si Crookes pudo ver a la medium y a Catalina al mismo tiempo. Crookes dice en el curso de su informe que siguió muy a menudo a Catalina hasta el gabinete, «y pudo ver varias veces juntas a ella y a la medium tumbada en el suelo, sumida en el trance, desapareciendo Catalina instantáneamente con sus vestiduras blancas».

En carta al *Banner of Light* (de Estados Unidos), reproducida en *El Espiritista* (de Londres), de 17 de julio de 1874, dice Crookes lo siguiente:

«Contestando a su pregunta, tengo el honor de manifestarle que, en efecto, vi a Miss Cook y a Catalina juntas en el mismo momento, a la luz de una lámpara fosfórica, muy suficiente para observar distintamente todo cuanto he descrito. El ojo humano puede normalmente abarcar un gran espacio bajo su amplio ángulo visual, por lo que ambas figuras caían dentro del campo de mi visión al mismo tiempo, pero como la luz era difusa y los dos rostros estaban a varios pies de distancia uno de otro, no tenía más remedio que dirigir alternativamente la lámpara y mi vista de una a otra, cada vez que quería que el rostro de Catalina o el de Miss Cook entraran en la parte de mi campo

visual donde la visión era más perceptible. Además, en la fecha en que tuvo lugar el fenómeno que describo, Miss Cook y Catalina fueron vistas juntas por mí y por otras ocho personas de mi propia casa, iluminadas por el resplandor intenso de la luz eléctrica. En tal momento el rostro de Miss Cook no era visible, porque su cabeza aparecía cubierta con un espeso chal, pero pude convencerme por mí mismo de que continuaba en su sitio. Un intento de lanzar hacia su rostro descubierto la luz directa estando en pleno trance, tuvo muy serias consecuencias para su salud».

Respecto a la manera cómo la cámara fotográfica determinaba las diferencias existentes entre la medium y el fantasma de Catalina, Crookes dice:

«Una de las fotografías más interesantes es la en que aparezco yo al lado de Catalina que está con los pies descalzos descansando en determinado punto del suelo. Vestí a Miss Cook de la misma manera que Catalina, nos colocamos ella y yo en la misma posición y fuimos fotografiados con las mismas cámaras, situadas exactamente como en el retrato que me hice con Catalina, e iluminadas por la misma luz. Cuando se colocan esas dos pruebas, una encima de otra, mis fotografías se corresponden exactamente en lo que se refiere a la mirada, estatura, etcétera, pero Catalina es media cabeza más alta que Miss Cook, y tiene la apariencia de mujer mucho más desarrollada. En cuanto a la expresión del rostro y a otros muchos detalles, las fotografías al ser comparadas revelan notables diferencias».

Admitiendo que se hubiera obtenido una forma a base del ectoplasma de Florencia Cook, y que tal forma hubiese sido ocupada y empleada por un ente que se llamaba a sí mismo «Catalina King», cabe preguntar: «¿Quién era Catalina King?». A esto no podemos más que contestar lo mismo que ella contestó, haciendo constar que de ello no tenemos ninguna prueba. Afirmó que era hija de Juan King, conocido desde hacía tiempo por los espiritistas como el espíritu que —presidía muchas sesiones en las que se obtenían diversos fenómenos materiales y al que volveremos a referirnos en el capítulo que más adelante consagramos a los hermanos Eddy y a la señora Holmes. Su nombre terrenal había sido el de Morgan; King era más bien el título genérico de cierta clase de espíritus, que no un nombre corriente. Su vida se había extinguido hacía doscientos años, en la isla de Jamaica, durante el reinado de Carlos II.

Una de las hijas del profesor Crookes escribió al autor aludiendo a los cuentos españoles que el amable espíritu de Catalina King, solía narrar a los

pequeñuelos de la casa. A dicho espíritu se refiere también el siguiente episodio:

«En una sesión celebrada en nuestra casa con Miss Cook, el espíritu materializado de Catalina King, demostró el interés que sentía por uno de los niños, que a la sazón no tendría más de tres semanas. Como nos rogara que le dejáramos ver a la criatura, ésta fue llevada al salón y se la puso en los brazos de Catalina, la cual después de haberla sostenido de la manera más natural, nos la devolvió sonriendo».

El profesor Crookes nos habla así mismo de la belleza y del encanto de aquel espíritu, único entre todos los de la larga serie de sus experimentaciones.

El lector objetará tal vez que la luz mitigada que empleó Crookes en sus sesiones, vició los resultados impidiendo una visión exacta. En efecto, dice Crookes que a medida que las sesiones iban sucediéndose, la luz proyectada sobre la forma espiritual fue aumentando, pero sin pasar nunca de cierto límite.

Una vez se quiso probar a plena luz, en un atrevido experimento descrito por Miss Florencia Marryat (señora Ross Church) en ausencia de Crookes. Afirma Miss Marryat que estuvo presente en aquella prueba Mr. Carter Hall, y que Catalina consintió con la mayor benevolencia que se comprobara el efecto de la luz fuerte lanzada directamente hacia su figura:

«Se situó de pie contra la pared del salón, con los brazos extendidos, como si estuviera crucificada. En esta posición, dirigiose hacia ella la luz de tres mecheros de gas en una habitación que no tendría más que diez y seis pies cuadrados. El efecto que ello produjo en Catalina King fue maravilloso; durante un segundo a lo sumo, conservó su forma, pero en seguida comenzó a desvanecerse gradualmente. Yo comparo la desmaterialización de su forma a algo parecido al derretimiento de una muñeca de cera. Las alteraciones sucedíanse de una manera indistinta, pareciendo perseguirse una a otra. Los ojos se hundieron en sus órbitas, la nariz desapareció y la frente huyó hacia atrás. Luego las extremidades parecieron como absorbidas por el cuerpo y éste fue descendiendo hacia la alfombra cual un edificio que se hunde. Por fin, *quedó sólo la cabeza emergiendo del suelo* sobre un montón de lienzo blanco, que desapareció también de un golpe, como si una mano hubiera tirado de él. Y allí quedamos todos ensimismados, contemplando a la luz de los tres mecheros de gas, el lugar donde momentos antes se hallaba Catalina King».

Los resultados obtenidos por Crookes en su propia casa, fueron honradamente y sin el menor temor relatados por él en su Diario, causando la más profunda conmoción en el mundo científico. Sólo muy pocos, pero elevados espíritus, como Russell Wallace, Lord Rayleigh, el joven y notable físico Guillermo Barrett, Cromwell, Varlery y alguno más, veían en aquel relato la confirmación de ideas propias o motivo suficientemente serio para continuar por el camino de investigaciones semejantes a las de Crookes. Hubo, en cambio, un grupo furibundamente intolerante capitaneado por el fisiólogo Carpenter, que ridiculizó aquellos hechos y acusó a sus ilustres colegas de todo, desde la locura al fraude. Como tantas veces, la ciencia organizada se desentendió de la cuestión. Crookes publicó las cartas en las cuales había rogado a Stokes, secretario de la Real Sociedad, que fuera a presenciar los hechos por sus propios ojos. Stokes se negó colocándose en la misma situación de aquellos cardenales que se negaban a contemplar los satélites de Júpiter a través del telescopio de Galileo. La ciencia moderna ante un nuevo problema, no titubeó para mostrarse tan reaccionaria como la teología medioeval.

La misma naturaleza sensacional que tuvieron los experimentos con Miss Cook, daba a éstos la apariencia de más vulnerables ante el ataque, y contribuyó a obscurecer los positivos resultados que el mismo Crookes consiguió con Home y con Miss Fox, resultados a los que dieron mucho realce las extraordinarias facultades de estos dos mediums. Por lo demás, Crookes encontró en sus experimentos las dificultades corrientes para todos los investigadores, pero tenía el buen sentido de comprender que en materia tan nueva y desconocida era preciso adaptarse a las circunstancias, y no abandonar los estudios por el hecho de que tales circunstancias no respondiesen a sus deseos. Así, hablando de Home, dice:

«Los experimentos que he hecho con Home han sido muy, numerosos, pero debido a nuestro imperfecto conocimiento de las condiciones que favorecen o entorpecen las manifestaciones de su fuerza, debido también a la al parecer caprichosa manera en que ésta es ejercida, y al hecho de que el mismo Mr. Home está sujeto a los flujos y reflujos de ella, rara vez se ha dado el caso de que el efecto obtenido en una ocasión se haya confirmado en otra sucesiva y contrastado con los aparatos que especialmente disponía para tal objeto».

El más notable de los resultados que obtuvo, fue la alteración en el peso de los objetos, más tarde confirmada completamente por el Dr. Crawford en sus trabajos del círculo Coligher, así como en las investigaciones con la

medium «Margery» en Boston. Los objetos pesados se vuelven ligeros y los ligeros pesados por la acción de una fuerza invisible que parece estar bajo la influencia de una inteligencia independiente. Los medios por los cuales se hacía imposible cualquier fraude, fueron descritos en la reseña de aquellos experimentos de forma que deben convencer a todo lector libre de prejuicios. El doctor Huggins, verdadera autoridad en espectroscopia, el eminente abogado Serjeant Cox, y otras personas respetables asistieron como testigos a las comprobaciones. Lo que no pudo encontrar Crookes fue un miembro de la ciencia oficial que quisiera dedicar una hora a convencerse de aquella verdad.

Otro de los fenómenos perfectamente comprobado por Crookes y sus distinguidos colaboradores, fue el de los instrumentos musicales, especialmente el acordeón, tocando por sí mismos en condiciones en que érale imposible al medium establecer contacto material con ellos. El autor, no obstante, no puede admitir que el fenómeno sea la prueba absoluta de que actúa para producirle una inteligencia independiente. Probada como está la existencia de un cuerpo etéreo con miembros correspondientes a los nuestros, no hay razón que se oponga a una proyección parcial por la cual los dedos etéreos del medium vayan a posarse en las clavijas de los instrumentos, mientras sus dedos materiales descansan sobre las rodillas. Así se explica el fenómeno: el cerebro del medium manda a sus dedos fluídicos los cuales tienen bastante fuerza para accionarlas clavijas del instrumento. Otros fenómenos psíquicos: la lectura con los ojos vendados, el tacto de objetos a distancia, etc., pueden en opinión del autor, ser obra del cuerpo etéreo y entrar mejor en el terreno de un sutil materialismo que en el del espiritismo. De orden completamente diferente son los fenómenos mentales, que forman la verdadera entraña del movimiento espiritista. Hablando de Miss Catalina Fox, el profesor Crookes dice: «He notado diversos hechos que parecen demostrar que la voluntad y la inteligencia de la medium tienen mucho que ver con los fenómenos. En cambio, otros hechos permiten asegurar la acción de una inteligencia exterior ajena a la medium y a todos los presentes» («Investigación de los Fenómenos del Espiritismo», pág. 95). Tal es el punto importantísimo que el autor deseaba poner de relieve por medio de una autoridad mayor que la suya.

Entre otros fenómenos que fueron comprobados en la investigación realizada por Crookes sobre Catalina Fox, figuraron principalmente el movimiento de objetos a distancia y la producción de percusiones o golpes. Todos los que hemos visto cómo se producen esos ruidos, nos hemos preguntado hasta qué punto están bajo el dominio del medium. El autor ha

llegado a la conclusión, ya indicada más atrás, de que quedan, hasta cierto punto, bajo la dominación del medium, pero que, traspasado aquel límite, el dominio desaparece. No puedo olvidar la angustia y el malestar demostrados por un gran medium de un país septentrional, cuando en presencia mía comenzaron a oírse sobre su cabeza, estando en el café de un hotel de Doncaster, sordos ruidos parecidos a los que se produjeran con los dedos. En cuanto a la objetividad de esos ruidos, Crookes dice de Miss Catalina Fox:

«Basta con que ponga la mano sobre un objeto cualquiera para que se oigan en él sordos ruidos, como una triple pulsación, pero a veces tan fuertes, que se perciben desde dos o tres habitaciones más allá. Así, yo he oído los ruidos en un árbol, en un espejo, en un alambre tendido sobre mi cabeza, en un tambor, en el techo de un gabinete y en el suelo de un teatro. Y no siempre es indispensable el contacto efectivo. He oído los mismos ruidos procedentes del suelo, de las paredes, etc., teniendo la medium sus extremidades fuertemente atadas, estando suspendida en un columpio amarrado al techo, o encerrada en una jaula de alambre o tendida sin sentido en un sofá. He oído los golpes en una caja armónica y los he sentido bajo mis propias manos y en mis propios hombros. Los he oído en una hoja de papel sujeta entre los dedos por medio de un hilo atravesado en uno de los extremos. Conociendo las numerosas teorías que se han dado, sobre todo en América, para explicar aquellos ruidos, los he comprobado por todos los medios posibles e imaginables, hasta que me he convencido de que se trata de verdaderos hechos objetivos ajenos a todo truco o medio mecánico».

Esto desvanece la leyenda del crujido de la articulación del dedo grueso de los pies y de las demás absurdas versiones que se han ideado para explicar los fenómenos de esta clase.

Se ha supuesto por algunos que Crookes modificó las opiniones que acerca de las cuestiones psíquicas expuso en 1874. Lo cierto es que la violencia de sus adversarios y la timidez y aun la pasividad de aquellos que estaban en el deber de sostenerle llegaron a alarmarle, y Crookes advirtió que su reputación científica peligraba. Y entonces, sin recurrir a bajos subterfugios, procuró ponerse en guardia y tomó precauciones. Prohibió que sus artículos fueran reproducidos, y retiró de la circulación las extraordinarias fotografías en que se le veía del brazo de Catalina King materializada. También se mostró excesivamente parco en definir su posición en el asunto. En carta citada por el profesor Angelo Brofferio, escribe («Fur den Spiritismus», Leipzig, 1894, pág. 319):

«Todo lo que yo puedo decir es que hay seres invisibles e inteligentes que afirman ser los espíritus de personas que murieron. Pero yo jamás he recibido la prueba de que sean realmente lo que pretenden ser, prueba que yo necesito para decidir, aunque admito que muchos de mis amigos confiesan poseer tales pruebas, y yo mismo estuve muchas veces a punto de llegar a los umbrales del convencimiento».

A medida que pasaban los años, esa convicción fue haciéndose más sólida, o tal vez Crookes tuvo más clara conciencia de las responsabilidades morales que sobre él pesaban por consecuencia de sus excepcionales experimentos.

En su discurso presidencial ante la Sociedad Británica, en Bristol, en 1898, aludió brevemente a sus primeras investigaciones de carácter psíquico y se expresó en esos términos:

«No he tocado otro punto de mayor interés y, para mí, el de más peso y de mayor alcance. En toda mi carrera científica no hay episodio más generalmente conocido que la parte que tomé, hace ya muchos años, en ciertas investigaciones psíquicas. Han transcurrido treinta años desde que publiqué el relato de aquellos experimentos encaminados a demostrar que fuera de nuestros conocimientos científicos existe una Fuerza ejercitada por una inteligencia distinta de la inteligencia común de los mortales… No tengo que retractarme de nada de lo que entonces dijo. Sigo fiel a los hechos que publiqué. Y aún podría añadir en corroboración de ellos mucho más».

Bastantes años después, su creencia seguía tan firme como antes. En el curso de una entrevista, declaró:

«Jamás he tenido motivo para cambiar de opinión acerca del particular. Me siento satisfecho de lo que afirmé en los primeros días de mis investigaciones. Es perfectamente cierto que hay una conexión entre este mundo y el Más Allá».

Contestando a la pregunta de si el Espiritismo ha matado al viejo materialismo de los hombres de ciencia, añadió:

«Así lo creo. O, por lo menos, ha convencido a la gran mayoría de la gente de alta cultura, de la existencia de Otro Mundo».

Últimamente el autor, gracias a la cortesía de Tomás Blyton, ha tenido la oportunidad de ver la carta de pésame escrita por Crookes con ocasión del fallecimiento de la señora Corner. Está fechada en 24 de abril de 1904, y dice así: «Sírvase expresar la más viva simpatía de la señora Crookes y mía a la familia por la irreparable pérdida sufrida. Espero que la creencia de que nuestros más queridos seres continúan velando por nosotros después de

muertos —creencia a la cual tanto debe la mediunidad de la señora Corner (o Florencia Cook, como perdurará siempre en nuestra memoria)— confortará y consolará a quienes ha dejado tras de sí». Su hija, al anunciar el fallecimiento del sabio venerable, dijo: «Murió en profunda paz y felicidad».

CAPÍTULO XII
LOS HERMANOS EDDY Y LOS HOLMES

Es difícil seguir en sus menores detalles la historia y actuación de los diferentes mediums en los Estados Unidos, por lo que nos contentaremos con referir aquí dos casos de los más notables y típicos. Los años de 1874 y 1875 fueron en aquel país de gran actividad psíquica, para convencimiento de muchos y escándalo de otros. Más de escándalo, con razón o sin ella, que de otra cosa. Los adversarios de la verdad psíquica tenían a su favor al clero de las distintas iglesias, a la ciencia oficial y a la muchedumbre sobre la que influía con sus grandes medios la prensa, donde todo cuanto resultaba favorable a la causa era suprimido o desfigurado, y lo que viniese en descrédito de la misma alcanzaba los honores de la máxima publicidad. Esto originaba un continuo tejer y destejer de los adeptos para dar valor con nuevas pruebas a lo que pretendían invalidar sus enemigos. Más o menos ocurría lo que ahora, en que el ambiente está tan lleno de prejuicios, que si un ciudadano de cierta consideración entra en la redacción de un periódico a denunciar que ha sorprendido a un medium en plena trampa, el hecho será acogido de mil amores y dado a los cuatro vientos de la publicidad; pero si el mismo ciudadano proclama como incuestionable la verdad de los fenómenos, dando incluso pruebas irrebatibles de ellos, es casi seguro que no obtendría él favor de una línea siquiera. En América, donde en la práctica no hay una ley contra la difamación, y donde la prensa suele cultivar todo lo violento y sensacional, ese estado de cosas, era entonces —y sigue siendo— lo más usual y corriente.

Uno de los sucesos que más resonancia tuvieron por aquel tiempo fue la mediunidad de los hermanos Eddy, a quienes probablemente nadie superó en punto a materializaciones o formas ectoplásmicas, como en adelante las llamaremos. Por entonces se aceptaban con dificultad tales fenómenos en vista de que no estaban regulados por leyes conocidas. Los trabajos de Geley, Crawford, señora Bisson, Schrenck Notzing y otros, allanaron después aquella dificultad, dándonos por lo menos una hipótesis científica completa de los expresados fenómenos, robustecida por prolongadas y meticulosas

investigaciones. Ello es que en 1874 no existía tal hipótesis, lo que explica la vacilación de las mentes más sinceras y honradas cuando se les pedía que creyeran en los resultados que dos rudos campesinos eran capaces de producir contra la opinión del resto del mundo y de un modo completamente inexplicable para la ciencia.

Aquellos campesinos eran los hermanos Eddy, Horacio y Guillermo, habitantes en el lugar de Chittonden, cerca de Rutland, Estado de Vermont. Un contemporáneo los retrató diciendo de ellos que «eran sensitivos, cortos y huraños con los desconocidos, pareciendo lo que eran, unos bastos labriegos, más que profetas o sacerdotes de una nueva creencia. De tez morena, con cabello y ojos negros, su aire era de lo menos simpático que puede imaginarse, poco a propósito para hacer adeptos… Parecían indiferentes a la opinión de las gentes, las cuales, por otra parte, no estaban poco preparadas, ni deseosas de estudiar los fenómenos ya fueran de orden científico o como revelaciones del otro mundo».

Transcendió el rumor de los hechos raros que ocurrían en casa de los Eddy provocando los más encontrados juicios. Los Eddy dieron acogida en su casa a los que a ella llegaban atraídos por aquel rumor, reuniéndolos en una vasta pieza en que todo era de una ruda sencillez. Por la entrada hacían pagar una modesta suma, pero no parece probado que sus demostraciones psíquicas les procuraran beneficio alguno.

En Boston y en Nueva York las noticias de aquellas ocurrencias despertaron no poca curiosidad y hasta un periódico neoyorquino, el *Daily Graphic*, envió a presenciarlas al luego famoso coronel Olcott. Este, que no se había dedicado hasta entonces a ningún trabajo psíquico y hasta se puede decir que estaba prevenido en contra de tales cuestiones, fue a realizar su misión en la actitud del que va a descubrir alguna patraña. Pero era hombre de clara inteligencia y de gran habilidad, con un profundo sentimiento del honor. Nadie que lea los detalles íntimos de su vida, según se relatan en su «Diario de hojas viejas», dejará de sentir un gran respeto a aquel hombre, tan leal, tan desinteresado y con ese raro valor mental que impulsa a seguir la verdad y obliga a aceptar los hechos aun cuando sean contrarios a nuestros deseos y esperanzas. No era ningún soñador sino un hombre de espíritu práctico. Muchas de sus ideas sobre la investigación psíquica, no han conquistado toda la atención que merecían.

Olcott permaneció diez semanas en Vermont, lo cual por sí solo suponía una gran fuerza de voluntad si se considera la diferencia de educación y de cultura existente entre él y la gente con quienes convivió. Al marcharse, sus

simpatías por aquellos hombres rudos no eran grandes, pero en cambio, iba completamente convencido de las facultades medianímicas de que estaban dotados. Como todo investigador sensato, se negó a dar certificados en blanco y no respondió de cosas en las cuales no estuviera presente, ni de la conducta que en lo futuro pudiesen seguir aquellos a quienes acababa de estudiar. En los quince notables artículos que publicó en el *New York Daily Graphic*, en octubre y noviembre de 1874, se limitó a expresar los resultados que había obtenido y los trabajos llevados a cabo para conseguirlos.

Lo primero que hizo fue recoger los antecedentes de los hermanos Eddy. Era un buen punto de partida aunque no sin inconvenientes, pues debemos recordar una vez más que el medium es un mero instrumento y que el don de que está dotado nada tiene que ver con su historia y carácter. Eso puede ser útil en relación con los fenómenos físicos, pero no con los mentales.

Nada falso había en la actuación de los hermanos Eddy, pero adolecía de ostentación y del gran bombo con que se rodeaban como si en lugar de fenómenos medianímicos se tratara de un espectáculo de escamoteo, aunque tal vez lo hacían así para que cambiara la opinión en su favor congraciándose con los santurrones, a los que soliviantaban aquellos fenómenos considerados como tales. Como quiera que fuese, es natural que Olcott fuera muy circunspecto en sus tareas y estuviera siempre atento a descubrir cuanto pudiera apoyarse en una farsa.

Tuvo mucho interés la recopilación de antecedentes de los hermanos Eddy porque revelaron la existencia continuada de facultades psíquicas en varios miembros de su familia en el transcurso de varias generaciones, y tanto fue así que su abuela había sido quemada por bruja, o al menos sentenciada como tal en el famoso juicio de Salem en 1692. Muchos de nuestros contemporáneos no tendrían escrúpulos para aplicar pena semejante a nuestros mediums, si no existieran equivalentes de ella, como son las persecuciones policíacas. El padre de los Eddy fue desgraciadamente un esbirro de esos. Olcott declara que los muchachos habían sido señalados para toda su vida con los golpes que recibieron para que abandonaran lo que el padre consideraba como cosas del diablo. La madre, en cambio, era una psíquica muy desarrollada y estaba, por lo tanto, en condiciones de estimar cuán injustamente les trataba aquel «bruto religioso» que era quien convertía el hogar en un verdadero infierno.

Los niños no podían encontrar fuera de casa un refugio, pues sus fenómenos psíquicos se manifestaban hasta en la escuela, excitando contra ellos el bárbaro furor de los compañeros de clase. Cuando el más joven de los

Eddy caía en trance, su padre y los vecinos le arrojaban agua hirviendo y le ponían en la cabeza brasas ardientes que dejaban en la carne huellas indelebles. ¿Se comprende ahora por qué después de los sufrimientos de su infancia los Eddy se convirtieron al correr de los años en hombres recelosos y huraños?

Cuando los muchachos crecieron, el desnaturalizado padre cambió de sistema, intentando sacar dinero de aquellas facultades de sus hijos que antes castigara tan brutalmente, y no tuvo inconveniente en alquilarlos como mediums profesionales. No es posible imaginarse los sufrimientos que aquellos desgraciados soportarían en manos de investigadores idiotas y a merced de crueles escépticos. Olcott certifica que sus manos, dedos y brazos estaban surcados por las huellas de gruesas ligaduras, y señalados con las quemaduras del lacre, mientras que en las muñecas se veían desprendidos colgajos de piel, efecto de las esposas. Muchas veces fueron aporreados, quemados, apedreados y arrojados a la calle, en tanto que el público soez destrozaba la cabina de los experimentos. En otras ocasiones, a causa de la compresión brutal de las arterias, la sangre brotaba bajo las uñas de sus dedos. Tal era el espectáculo que dio América en los primeros días del movimiento, si bien la Gran Bretaña no le fue en zaga, como demuestra lo ocurrido con los hermanos Davenport y las violencias estúpidas de que les hizo víctimas el populacho de Liverpool.

Los Eddy descollaron en todos los grados de la mediunidad física. Olcott los enumera en la siguiente lista: golpes, movimiento de objetos, pintura al óleo y a la aguada, bajo influencias exteriores, profecías, conversación en lenguas extrañas, curaciones, levitaciones, escritura medianímica, psicometría, clarividencia y, finalmente, producción de formas materializadas.

El método seguido en las sesiones consistía en hacer sentar al medium dentro de una cabina colocada en un lado de la habitación, mientras los circunstantes se sentaban en el opuesto, en bancos alineados longitudinalmente. El lector preguntará probablemente por qué había una cabina, puesto que la experiencia ha demostrado que puede ser suprimida salvo en el fenómeno de las materializaciones. Home jamás usó cabina, y nuestros principales mediums ingleses raramente la usan hoy. Sin embargo, está justificada por una razón de gran valor. Sin ser muy categóricos en este punto, todavía sujeto a discusión, podemos afirmar como hipótesis muy aceptable, que el vapor ectoplásmico convertido en la substancia que es base de las formas, es más fácil de condensar en un espacio reducido. Ahora bien, se ha demostrado que no es indispensable la presencia del medium en dicho

espacio. En las sesiones en que el autor ha presenciado las más grandes materializaciones, sesiones donde aparecían en una sola noche hasta veinte formas de varias edades y tamaños, el medium se sentaba a la puerta de la cabina de la cual emergían las formas. Sin duda, su vapor ectoplásmico era conducido al espacio limitado independientemente de la posición del cuerpo físico del medium. Pero esto no se conocía en la época de aquellas experimentaciones; de ahí que para ellas se empleara siempre la cabina.

Es claro, que la tal cabina constituía un buen medio para intentar cualquier fraude, y por eso era tan cuidadosamente escudriñada por los investigadores. Estaba provista de un ventanillo. Olcott había adaptado a ese ventanillo una tela de mosquitero reforzada por la parte exterior. A la cabina, de sólida madera, no podía llegarse más que por la habitación en que estaba congregado el público; de manera que resultaba imposible abrirla mediante trampa alguna. Olcott hizo registrarlo y comprobarlo todo por medio de un perito cuyo certificado consta entre sus escritos.

Primero en sus artículos periodísticos, y después en su notable libro «Gente del Otro Mundo», Olcott refiere que vio en el curso de diez semanas, por lo menos, cuatrocientas apariciones fuera de la cabina de todas clases, tamaño, sexo y raza, vestidas con las más abigarradas indumentarias: niños de pecho, guerreros indios, caballeros de frac, un kurdo de interminable lanza, señoras elegantemente vestidas, etc. De todo ello presentaba Olcott las más convincentes pruebas. Sin embargo, sus relatos fueron acogidos con la mayor incredulidad, cosa que ocurriría hoy también. Pero Olcott dominaba el asunto en el cual se había aventurado con todo género de precauciones y tenía descontada la crítica de los que no estuvieron presentes en las sesiones y que daban por cierto que los que a ellas asistían fueron objeto de una farsa y de un engaño. Olcott dice: «Si se les habla de niños sacados de la cabina por sus madres; de jóvenes de formas flexibles, cabello rubio y buena estatura; de mujeres de edad y de hombres que os miran fijamente y os hablan; de niños ya crecidos vistos simultáneamente con otra forma; de vestidos de distintos modelos; de cabezas calvas; de cabellos grises; de chocantes cabezas negras y pelo crespo; de fantasmas reconocidos en el acto por sus amigos, y de otros que hablan en una lengua extranjera desconocida por los médiums —su escepticismo no se conmueve ni experimenta la menor perturbación… Y es que la credulidad de algunos hombres de ciencia resulta ilimitada, y admiten que un niño puede levantar una montaña antes que creer que un espíritu pueda levantar una onza de peso».

Pero aparte los escépticos, irreductibles a quienes nada ha de convencer, y que son capaces de considerar al Angel Gabriel como una ilusión óptica, existen objeciones que pueden ocurrírsele al novicio de buena fe, y que el creyente honrado tiene obligación de contestar. ¿Son posibles esas vestiduras a que se refiere Olcott? ¿Puede aceptarse que una lanza resulte un objeto espiritual? La contestación se basa en las extraordinarias propiedades del ectoplasma. El ectoplasma es la más protea de todas las substancias, susceptible en absoluto de tomar instantáneamente una forma cualquiera, y ese poder de moldeación depende de la voluntad del espíritu, residente en o fuera del cuerpo. Todo puede formarse de dicha substancia si así lo decide una inteligencia externa. En todas esas sesiones está presente una entidad espiritual dominante que fragua las figuras y dirige los hechos. Muchas veces habla y dispone las cosas abiertamente. Otras veces se calla y se manifiesta sólo por medio de actos.

Guillermo Eddy, que era el medium mejor para la obtención de estos fenómenos, no sufría en su salud ni en la fuerza de sus facultades durante este proceso que, sin duda, es el más agotador de todos los de carácter medianímico. Crookes fue testigo de que Home, en casos tales, «permanecía tendido en el suelo, desvanecido, pálido y sin palabra»; pero Home no era un campesino rudo, sino casi un inválido, débil y sensible. En las sesiones se hacía música y se cantaba, pues está demostrado que hay una íntima conexión entre las vibraciones musicales y los resultados psíquicos. Igualmente está comprobado que la luz blanca dificulta o impide los resultados, produciendo, sobre todo, devastadoras acciones sobre el ectoplasma. Para evitar la obscuridad completa, se han probado en muchas circunstancias colores de varias clases, pero si se tiene confianza en el medium, nada hay mejor que la obscuridad, especialmente para la obtención de luces fosforescentes y ráfagas luminosas que constituyen los fenómenos medianímicos más hermosos. Si hay que usar una luz, la mejor tolerada es la roja. En las sesiones de Eddy se usó la luz disminuída de una lámpara con pantalla.

Cansaríamos al lector si detalláramos todas las apariciones que hubo en aquellas notables reuniones. La rusa, H. P. Blavatsky, que entonces era persona desconocida en América, fue a presenciar el espectáculo. En aquella época aún no habían nacido sus ideas teosóficas y era una ardiente espiritista. El coronel Olcott la encontró por vez primera en la granja de Vermont, empezando con ella una amistad que con el tiempo tuvo las más extrañas consecuencias. En honor de aquella señora, hubo la aparición de toda una cohorte de imágenes rusas, las cuales entablaron conversación con ella y en su

propia lengua. No obstante, las principales apariciones fueron la de un gigante indio piel roja, llamado Santum y la de su mujer, llamada Honto, los cuales se materializaron tan completamente y tan a menudo, que los circunstantes llegaron a perder la noción de que se las habían con espíritus. Olcott llegó a medir a Honto en una escala dibujada en la puerta de la cabina: tenía cinco pies y tres pulgadas. Una vez mostró el pecho y pidió a una de las señoras presentes que escuchara los latidos de su corazón. Honto era mujer aficionada a bailar, a cantar, a fumar y a mostrar sus abundantes cabellos negros al público. Por el contrario, Santum era un guerrero taciturno, de seis pies y tres pulgadas de altura. La estatura del medium era de cinco pies y nueve pulgadas.

Claro es que entre los numerosos visitantes de la casa de Vermont, los hubo que tomaron una actitud hostil. Entre ellos destacose el Dr. Beard, médico de Nueva York, el cual, apoyándose en lo que había visto en una sola sesión, pretendía que las figuras eran personificaciones simuladas por el propio Guillermo Eddy, aunque no dio prueba alguna de sus afirmaciones. En cambio, el Dr. Hodgson, de Steneham, (Massachusetts) firmó, junto con otros cuatro testigos, el documento siguiente: «Certificamos que Santum estaba fuera de la cabina, cuando otro indio, casi tan alto como él, salió también de ella, pasando ambos de un lado para otro de la estancia. Al mismo tiempo se entabló una conversación entre Jorge Dix, el anciano Mr. Morse y la señora Eaton, en el interior de la cabina. Todos reconocimos la voz habitual de cada uno de ellos». Hay otros varios testigos, aparte de Olcott, que quitan toda fuerza a la acusación del Dr. Beard respecto a las supuestas personificaciones de Eddy. Podría añadirse que muchas de las formas eran muchachos y niños de pecho. Olcott midió la estatura de uno de ellos: medía dos pies y cuatro pulgadas. Lo que llama la atención es la reserva y la vacilación del propio Olcott en muchas ocasiones, si bien las explica el detalle de que, siendo nuevo en el movimiento, le asaltaban frecuentes dudas y tomaba toda clase de precauciones por temor a equivocarse. Así dice: «Las formas que vi en Chittenden, aunque aparentemente no tienen otra explicación que la de su origen sobrenatural, deben considerarse como un hecho no demostrado desde el punto de vista científico».

Horacio Eddy dio sesiones de un carácter muy diferente a las de su hermano Guillermo. Generalmente se sentaba ante una especie de cortina, a plena luz y en compañía de un espectador cuyas manos teníale cogidas. Detrás de la cortina colocábanse una guitarra y otros instrumentos, los cuales empezaban a tocar solos, en tanto que por encima de la cortina aparecían

manos materializadas. Era un fenómeno parecido al de los hermanos Davenport, pero aún más impresionante, por cuanto el medium era totalmente visible y estaba sometido a la fiscalización de un espectador. Lo explica la hipótesis de la ciencia psíquica moderna, fundada sobre varios experimentos, especialmente los del Dr. Crawford, según la cual ciertas masas invisibles de ectoplasma, que son más bien conductoras de fuerza que generadoras de ella, se desprenden del cuerpo del medium y entran en contacto con los objetos levantándolos o haciéndolos ejecutar un trozo de música, a voluntad de una fuerza invisible. Según las ideas actuales del profesor Carlos Richet, esas fuerzas invisibles son como una extensión de la personalidad del medium, y según una escuela más avanzada, son una entidad independiente de éste. Nada se sabía de esto en tiempo de los Eddys, de modo que los fenómenos presentaban la dudosa apariencia de una serie de efectos sin causa. En cuanto a la realidad de los hechos es imposible ponerla en duda leyendo las detalladas descripciones que de ellos hizo Olcott. El movimiento de objetos a distancia del medium, o *telequinesis,* es hoy un fenómeno raro a plena luz; pero en una sesión de espiritistas expertos, el autor vio un gran círculo de madera en forma de plato levantarse sobre el borde a la luz de una bujía, y contestar a las preguntas que se le dirigieron a seis pies de distancia de nosotros.

Algunos de los experimentos que relata Olcott fueron tan precisos y claros, que merecen la más respetuosa consideración, por lo mucho que se adelantan a la labor de no pocos investigadores modernos. Por ejemplo, llevose de Nueva York una balanza que antes se cuidó de contrastar debidamente, según certificado en regla. Luego convenciose a una de las formas, la mujer piel roja Honto para que se sentase en la balanza, mientras Míster Pritchard, ciudadano de gran prestigio y desligado completamente del asunto, tomaba nota del peso. Olcott refiere con todo detalle aquella prueba acompañando el certificado de Pritchard, dado bajo juramento ante un magistrado. Honto fue pesada once veces. Tratábase de una mujer de cinco pies y tres pulgadas de altura, que debía normalmente pesar unas 135 libras. Pues bien, los cuatro pesos hechos en la misma noche, dieron 88, 58, 58 y 65 libras, lo cual demuestra que su cuerpo era un mero simulacro que variaba en densidad de minuto en minuto. Demuestra también lo que más tarde había de poner de relieve Crawford, es decir, que el peso total del simulacro no puede depender del medium. En efecto, es inconcebible que Eddy, que pesaba 179 libras, se desprendiera de 88. La mayor pérdida registrada hasta el día fue la sufrida por Miss Goligher, en los experimentos de Crawford, o sea 52 libras,

pero cada miembro de la reunión contribuyó en relación a su capacidad, (según evidenció la escala graduada de las sillas donde estaban sentados durante el experimento), con una parte de su propia substancia para la obtención de las formaciones ectoplásmicas.

El coronel Olcott preparó así mismo dos balanzas de muelles para probar la fuerza de presión de las manos de los espíritus, mientras las del medium estaban sujetas por uno de los circunstantes. La mano izquierda de uno apretó el platillo con fuerza de 40 libras, mientras su mano derecha hacía una presión de 50, todo ello en medio de una luz tan clara, que Olcott pudo darse cuenta de que a la mano derecha lo faltaba un dedo, al mismo tiempo que se enteraba por el propio espíritu de que había sido marinero y que el dedo lo había perdido en un accidente del trabajo. Leyendo semejantes cosas, resulta más incomprensible la afirmación de Olcott de que sus resultados no eran definitivos, y que las pruebas no se habían realizado en condiciones perfectas. Sin embargo, resume sus conclusiones con las siguientes palabras: «Es inútil que los escépticos vengan a descargar sus golpes sobre esos hechos graníticos por lo sólidos; es inútil que un grupo de “denunciadores” cante victoria al son de sus trompetas porque este Jericó es inconmovible».

Una observación hecha por Olcott es que aquellas formas ectoplásmicas estaban prontas a obedecer cualquiera orden mental de un concurrente de inteligencia poderosa. Otros investigadores en distintas reuniones observaron el mismo hecho, que constituye un factor bien conocido del arduo problema.

Hay otro punto curioso que probablemente pasó inadvertido para Olcott. Los mediums y los espíritus que estuvieron con él en las más amistosas relaciones durante su larga visita, se le volvieron súbitamente ariscos y malhumorados. Parece que el cambio ocurrió precisamente a raíz de la llegada de la señora Blavatsky, con quien Olcott estableció las más cordiales relaciones. Como ya hemos dicho, aquella señora fue una ardiente espiritista, pero es posible que los espíritus con su visión de lo futuro, presintieran el peligro que había de engendrar la actuación sucesiva de la dama rusa. Sus enseñanzas teosóficas iban a divulgarse uno o dos años después, y si bien en ellas se afirma la realidad de los fenómenos, los espíritus quedan reducidos a una especie de entes astrales vacíos, sin vida propia. Cualquiera que sea la verdadera explicación del cambio ocurrido, ello es que la alteración de los espíritus fue notoria poco después de la llegada de la Blavatsky.

El coronel Olcott relató varios casos en que los asistentes reconocieron a algunos de los espíritus, pero no debe fiarse mucho en esto, pues con luz difusa y en medio de la emoción natural, fácil pudo ser al observador de

buena fe equivocarse. El autor ha tenido ocasión de fijarse muy bien en más de un centenar de apariciones, y sólo recuerda dos ocasiones en que vio con toda certeza caras conocidas. En ambas, los rostros estaban iluminados por sí mismos, independientemente de la luz roja de la lámpara. En otras dos, y con ayuda de la lámpara roja su certeza fue sólo moral. Suele ocurrir en la inmensa mayoría de los casos que, debido a la influencia de la imaginación, crea uno ver en aquellos vagos moldes algo que le recuerde un ser conocido. Algo así debió acontecer en las sesiones de Eddy. En una de ellas, en 1875, un testigo de mayor excepción, C. C. Nassey, ya se dolía de ese hecho. Pero el verdadero milagro estriba no en el reconocimiento de la figura, sino en la presencia de la misma.

Parecía natural que el interés despertado por los relatos de la prensa acerca de los fenómenos de los Eddy provocaran un cambio de trato por parte de la ciencia, animándola a contribuir con sus trabajos al progreso de la verdad. Desgraciadamente, en el momento preciso en que la pública atención era solicitada de aquella suerte, vino a malograr la fe naciente el real o imaginario escándalo de Holmes en Filadelfia, explotado ampliamente por los materialistas, ayudados por la exagerada delicadeza de Roberto Dale Owen. He aquí cómo ocurrieron los sucesos a que aludimos. Dos mediums de Filadelfia, el matrimonio Nelson Holmes, habían celebrado una serie de sesiones en las cuales aparecía un pretendido espíritu bajo el nombre de Catalina King, o sea el mismo a que había dado fama el profesor Crookes en Londres. Tal afirmación parecía dudosa, ya que la verdadera Catalina King había declarado a Crookes que su misión estaba acabada. No obstante, aparte la idealidad del espíritu, parece que existió la prueba plena de que el fenómeno era real y no fraudulento, según las investigaciones llevadas a cabo por Mr. Dale Owen, general Lippitt y otros varios, contra los cuales era imposible lanzar la menor acusación de impostura.

Había entonces en Filadelfia un Dr. Child, que representó un papel muy sospechoso en los sucesos subsiguientes. Child se había pronunciado contra la existencia de los fenómenos, y Catalina King, que él había visto en la sala de reuniones de aquellos mediums, fue a su propio despacho particular y le dio varios detalles de su vida terrenal. Tal declaración debía haber suscitado graves dudas en la mente de los hombres dedicados a los estudios psíquicos, pues las formas espirituales sólo pueden manifestarse a través de un medium, y no había indicio alguno de que Child lo fuera. En todo caso lo que resulta es que Child, después de aquel relato, era quien menos podía declarar fraudulentas las sesiones de los Holmes.

El interés por éstas aumentó considerablemente con motivo de un artículo que las dedicó el general Lippitt en el *Galaxy*, del mes de diciembre de 1874, y otro sobre el mismo tema de Dale Owen, publicado en el *Atlantic Monthly*, de enero de 1875.

Inmediatamente después vino el desastre. Fue anunciado por una noticia de Dale Owen dada días después, según la cual había recibido pruebas suficientes para retirar la confianza que hasta entonces tuvo en los Holmes. El Dr. Child declaró lo mismo. Escribiendo a Olcott reconocido por una autoridad a partir de la investigación de los fenómenos de los Eddy, Dale Owen dijo: «Creo que últimamente los Holmes nos han engañado, o por lo menos han mezclado lo real con lo falso, y como esto pudiera invalidar las manifestaciones del verano último, probablemente prescindiré de ellos para mi próximo libro sobre espiritismo. Es una pérdida, pero usted y Mr. Crookes la subsanarán con exceso».

La actitud de Dale Owen se explica claramente: hombre de honor muy sensible, le aterraba la idea de que se supusiera por un instante que había certificado como verdadero lo que era una impostura. Su error consiste en haber procedido desde el primer asomo de sospecha en vez de esperar a que los hechos la confirmaran. La actitud del Dr. Child era, en cambio, más discutible, pues si las manifestaciones eran fraudulentas, ¿cómo es posible que celebrara entrevistas con los mismos espíritus en su casa particular?

Se aseguró que una mujer, cuyo nombre no se decía, había personificado a Catalina King en aquellas sesiones; que había consentido que le hicieran fotografías y las vendieran en la calle como si fueran de Catalina; que se procuró vestiduras y adornos semejantes a los que llevaba Catalina King, y que estaba dispuesta a confesar todas las incidencias del fraude. En tal punto comenzaron las averiguaciones de Olcott, quien llegó a la conclusión de que el fallo adverso a los Holmes, fue justo.

Pero la investigación de Olcott reveló también algunos hechos que arrojaron nueva luz sobre el asunto y demostraron que en las informaciones de aquel género, para ser exactas, deben acogerse las «denuncias» con las mismas precauciones críticas que los fenómenos. La persona que afirmó haber personificado a Catalina King, era Elisa White. En el informe que se publicó sobre la cuestión, declarose, sin dar su nombre, que había nacido en 1951, es decir, que tenía entonces veintitrés años de edad. Casada a los quince, tenía un hijo de ocho. Su marido había fallecido en 1872, razón que la obligaba a ganarse la vida y la de su hijo. Los Holmes habían vivido en la misma casa que ella desde 1874. En mayo la contrataron para personificar un

espíritu, a cuyo fin la cámara tenía un doble bastidor al fondo por donde podía deslizarse cubierta con un traje de muselina. Mr. Dale Owen fue invitado a las sesiones y se mostró completamente convencido de la verdad de la aparición. Más tarde aprendió a «desvanecerse» y a «transformarse» con ayuda de vestidos negros y, finalmente, a fotografiarse cual si fuera la misma Catalina King.

Según su relato, un día asistió a la sesión un hombre llamado Leslie, contratista de ferrocarriles. Aquel individuo exteriorizó sus sospechas, y en una reunión subsiguiente, afeó a la mujer el engaño a que se prestaba y le ofreció dinero si lo divulgaba. Ella aceptó, y reveló a Leslie los procedimientos de que se valía para sus personificaciones. El día 5 de diciembre tuvo lugar una sesión fraudulenta en la cual representó su papel como si se tratara de un verdadero espíritu, lo cual impresionó hasta tal punto a Dale Owen y al doctor Child, ambos presentes a la sesión, que publicaron la rectificación de sus primeras convicciones, rectificación que era un rudo golpe para aquellos que habían aceptado las seguridades anteriores de Dale Owen, y que se las echaron en cara argumentando que antes de hacer público su cambio de frente, debía de haber procedido a una minuciosa averiguación. Resultaba aquella conducta tanto más deplorable cuanto que Dale Owen contaba ya setenta y tres años de edad y había sido uno de los más elocuentes y de los más abnegados adeptos de la nueva causa.

El primero de los cuidados de Olcott fue destruir el anónimo de la autora. No tardó en descubrir que su nombre, según hemos dicho, era Elisa White, y aunque se encontraba en Filadelfia, se negó a recibirle. En cambio, los Holmes procedieron de una manera sincera y expedita, dándole toda clase de facilidades para examinar y verificar los fenómenos en las condiciones que tuviera a bien fijar. Un examen de la vida pasada de Elisa Withe demostró que era un tejido de falsedades lo que había contado. Tenía mucha mayor edad que la confesada —por lo menos treinta y cinco años— y parecía dudoso que se hubiera casado con el llamado White. Durante varios años había sido cantante de feria en una compañía ambulante. Como White vivía aún, era imposible que fuera viuda, y a tal efecto, Olcott publicó el certificado que sobre el caso expidió el jefe de Policía.

Entre otros documentos presentados por el coronel Olcott, figuraba uno emanado de Mr. Allen, juez de paz de Nueva Jersey. Según ese testimonio, Elisa White eran «tan embustera que quienes hablaban con ella no sabían cuándo podían creerla, y en cuanto a su condición moral, era todo lo mala que podía ser». El mismo juez Allen aportó otro testimonio que concernía más

directamente a la materia en cuestión. Declaró que había visitado a los Holmes en Filadelfia, y ayudado al Dr. Child a colocar la cabina para las sesiones, viendo que estaba sólidamente preparada para evitar que alguien pudiera entrar por la parte posterior, como aseguraba que ocurría la señora White. Además estuvo presente a una sesión en la cual se presentó Catalina King, y mientras tanto no cesó de oírse el canto de la señora White desde otra habitación, lo que hacía completamente imposible que dicha señora pudiera, según decía, llevar a cabo la suplantación de aquel espíritu. Como la declaración estaba firmada por un juez de paz, constituyó un instrumento de prueba de primera calidad.

Pero además tenemos las cartas escritas a los Holmes por la señora White en 1874, en las cuales difícilmente hubiérase podido ocultar cualquier secreto comprometedor para ellos. En una de esas cartas se cuentan los esfuerzos realizados para decidirla por soborno a confesarse como la propia Catalina King. A fines de aquel año, la señora White asumió un tono más amenazador, anunciando a los Holmes que si no le pasaban una renta mensual, había muchos señores ricos, incluso miembros de la Asociación de Jóvenes Cristianos, dispuestos a pagarle una fuerte cantidad de dinero, con lo cual ya no tendría precisión de molestar más a los Holmes. La suma exacta prometida a Elisa White para que declarase que había suplantado a Catalina King, era de mil dólares.

Queda aún otro hecho de la mayor importancia. En el mismo momento en que se celebraba la sesión de esclarecimiento, y en la cual demostraba por la señora White su transformación en Catalina King, los Holmes dieron una sesión real y verdadera, en presencia de veinte personas, en la cual aparecía aquel espíritu como de ordinario. El coronel Olcott recogió varios testimonios de varias personas, de modo que no puede abrigarse la menor duda acerca del hecho. En el del Dr. Adolfo Fellger, por ejemplo, se declara bajo juramento, que «vio aquella noche y otras, en total quizá hasta ochenta veces, el espíritu conocido por Catalina King, habiéndose familiarizado perfectamente con sus rasgos distintivos, al extremo de no poder confundirlo con otro, pues mientras tal espíritu apenas se presentó en dos noches sucesivas con los mismos rasgos y la misma estatura, su voz era siempre la misma, y la expresión de sus ojos y los temas de su conversación, le daban la seguridad de que se trataba siempre de la misma materialización»… El señor Fellger fue un médico muy conocido y respetado de Filadelfia, cuya sola palabra, dice Olcott, «valía más que todas las seguridades, dadas por Elisa White».

Otra cosa que se puso de manifiesto es que Catalina King se mostró muchas veces cuando la señora Holmes estaba en Blissfield y la señora White en Filadelfia, escribiendo aquélla a éste sobre el éxito de sus apariciones, lo cual constituía una pruebo definitiva de que la última no estaba en el secreto.

De lo que precede es forzoso deducir que la confesión de la señora White puso en evidencia a su autora. No obstante, parécele al autor que quedaba aún en pie un punto importante, o sea el de las fotografías. Los Holmes afirmaron en una entrevista con el general Lippitt —cuyas palabras tienen un carácter de verdad y precisión que contrastan en aquel enredo de falsedades— que Elisa White fue pagada por el Dr. Child para que sirviera de modelo en una fotografía, haciéndose pasar por Catalina King. Cierto es que Child representó un papel muy dudoso, haciendo en varias ocasiones afirmaciones contradictorias, y demostrando cierto interés pecuniario en el asunto. Sin embargo, yo me siento inclinado a creer que los Holmes tendrían participación en el fraude. Concediendo que la imagen de Catalina King fuera real, pudieron poner en duda la posibilidad de fotografiarla, puesto que para ello era precisa la luz más o menos mitigada. Por otra parte, no hay duda que las fotografías constituían una saneada fuente de ingresos puesto que se vendían a medio dólar entre los concurrentes. El coronel Olcott reproduce en su libro una fotografía de la señora White frente a otra que se supone de Catalina King, y sostiene que no hay parecido entre ellas. Pero el fotógrafo pudo, si se lo pidieron y pagaron, retocar la negativa para disimular el parecido, pues de otro modo el fraude habría sido más fácil de descubrir. El autor tiene la impresión, ya que no la certeza, de que los dos rostros *son* los mismos, sin otros cambios que los que puede producir la manipulación. Además, sospecha que la fotografía era fraudulenta, pero esto de ningún modo corrobora el resto de las revelaciones de la señora White, aunque hace vacilar nuestra fe en la seriedad de los Holmes y del Dr. Child. Bien es cierto que la personalidad moral de los mediums físicos tiene sólo una influencia indirecta sobre sus poderes psíquicos tan efectivos lo propio si el medium es un santo como si es un pecador.

La prudente conclusión a que llegó el coronel Olcott fue que como las pruebas eran tan contradictorias, prescindiría de ellas para proceder a la verificación de los mediums en su propio terreno sin tener en cuenta lo que había pasado. Así lo hizo de la manera más convincente, y cualquiera que lea la narración de sus investigaciones (*Gente del otro Mundo*, página 460 y siguientes) no podrá negar que tomó las precauciones posibles contra todo fraude. La cabina fue vigilada por todas partes para que nadie pudiera entrar,

como la señora White pretendía haber hecho. La señora Holmes fue metida en un saco atado al cuello, y como su esposo estaba ausente era imposible la complicidad con él. En tales condiciones viéronse aparecer numerosas cabezas, algunas de ellas semi-materializadas y de terrible aspecto. Las cabezas aparecían a una altura a que la medium no podía llegar en modo alguno. Dale Owen presenció aquella prueba tal vez comenzando entonces a lamentar su precipitada declaración anterior. Nuevas sesiones y con resultados idénticos, se celebraron en la misma residencia de Mr. Olcott, para alejar toda posibilidad de ingeniosos mecanismos que la medium pudiera poner en juego. En una ocasión, al aparecer en el aire la cabeza del espíritu de Juan King, Olcott, recordando que Elisa White había afirmado que aquellos rostros eran meras mascarillas, pidió y obtuvo permiso para atravesarla con su bastón, con lo cual se convenció de que no existía tal trampa. Resultaba perfectamente claro que cualquiera que fuese la historia de la fotografía famosa no había el menor asomo de duda de que la señora Holmes era una medium poderosísima para los fenómenos de materialización. Hay que añadir que la cabeza de Catalina King fue vista repetidamente por Olcott y los investigadores que le acompañaban, entre ellos el general Lippitt, que se adhirió públicamente (*Estandarte de la Luz*, febrero, 6, 1875) a las conclusiones de Olcott.

Nos hemos detenido con todo detalle en este caso, porque caracteriza la manera cómo el público ha sido sorprendido siempre respecto del espiritismo. Aun hoy, cuando se habla de Catalina King, se oye decir a algunos: «¡Oh! en Filadelfia se demostró que todo era un engaño», y por natural confusión de las mentes se ha hecho de ello un argumento contra los clásicos experimentos de Crookes.

Juan King era algo así como el espíritu presidente de las sesiones de los Holmes. Esa extraña entidad figura en *todos* los fenómenos físicos de los primeros años del movimiento, y aún se la ve y se la oye hoy en algunas ocasiones. Su nombre está asociado a la sala de música de Koons, a los Davenport, a Williams, de Londres, a la señora Holmes, y a otros muchos. Una vez materializado, su apariencia es la de una persona alta, apuesta, de noble cabeza realzada por luenga barba blanca. Su voz es fuerte y profunda. Domina todas las lenguas, pues en todas ellas ha sido interpelado, incluso en las menos conocidas, como por ejemplo, en georgiano. Tan formidable entidad tiene bajo su dominio a todos los espíritus inferiores, pieles rojas y otros de baja condición que le prestan su concurso en todos los fenómenos. Pretende que Catalina King es su hija, que en vida fue Enrique Morgan, el

pirata perdonado y hecho caballero por Carlos II, y que murió siendo gobernador de Jamaica. Si esto fuera verdad, resultaría que fue el más cruel de los rufianes y que debió ser muy grande su expiación. Pero el autor debe declarar que tiene en su poder un retrato de Enrique Morgan (puede verse en la obra de Howard Pyle «Corsarios», página 178), el cual en nada se parece a Juan King. Todas esas cuestiones de la identidad terrena son muy obscuras. La hija de un reciente gobernador de Jamaica asistió a una sesión verificada en Londres últimamente, en la que habiéndose aparecido Juan King, díjole: «Has traído de Jamaica algo mío». «¿Qué es?». «Mi testamento». Y, en efecto, era un hecho cierto, aunque ignorado por los circunstantes, que el padre de la aludida señorita había traído consigo dicho documento.

Antes de poner fin al relato de los experimentos de Olcott en aquel período, hemos de dar alguna noticia del caso llamado de la transfiguración de Compton, el cual demuestra que, en el dominio de la investigación psíquica, hay mares profundos jamás sondeados. Nada tan claro como los hechos a que vamos a referirnos, ni más satisfactorio que las pruebas de esos hechos. La medium señora Compton, fue encerrada en una reducida cabina y por medio de un hilo pasado a través de los orificios de sus orejas, se la sujetó al respaldo de la silla, sellando con lacre las ataduras. Poco después salía de la cámara una esbelta figura blanca. Olcott había preparado una báscula en la cual se posó la figura, acusando el peso una vez 77 y otra 59 libras. Seguidamente Olcott entró en la cabina mientras la figura seguía fuera de ella: la medium había desaparecido; la silla estaba allí, pero vacía. Olcott volvió para tomar de nuevo el peso de la aparición, que fue entonces 52 libras. El espíritu regresó a la cabina, de donde surgieron sucesivamente otras figuras. En fin, Olcott prosigue la narración de aquel suceso de la manera siguiente:

«Volví al interior de la cabina con una lámpara y hallé a la medium exactamente como la dejé al comenzar la sesión, con el hilo intacto, lo mismo que todos los sellos. Estaba sentada, con la cabeza inclinada hacia la pared, con la carne fría y blanca como mármol, con los ojos en blanco y la frente cubierta de un sudor de muerte, sin respiración en sus pulmones, ni pulso en sus muñecas. Cuando todos los presentes examinaron los hilos y los sellos, corté con una tijera las ligaduras y levantando la silla por el respaldo y el asiento, saqué ala cataléptica mujer al salón para que le diera el aire fresco.

»Allí permaneció inanimada por espacio de diez y ocho minutos; pero la vida fue volviendo poco a poco a su cuerpo, hasta que la respiración, el pulso y la temperatura, se hicieron normales… Entonces la pesé… y la báscula señaló ciento veintiuna libras».

¿Qué hay que pensar de tal resultado? Había once testigos con Olcott. Los hechos parecen indiscutibles. Pero ¿qué debemos deducir de ellos? El autor ha visto una fotografía, tomada enfocando al medium sumido en trance, en la que se ven los menores detalles de la sala, pero él, en cambio, no aparece en parte alguna. ¿La desaparición de ese medium es análoga a la de Olcott? Si la figura ectoplásmica pesaba únicamente 77 libras y la medium 121, resulta claro que ésta había quedado reducida a 44 libras en el momento de aparecer el fantasma. Si 44 libras no eran suficientes para proseguir el proceso de la vida, ¿no es presumible que sus guías usaran de sutil química oculta para desmaterializar a la medium y salvarla no obstante de todo peligro hasta que la desaparición del fantasma le permitiera reponerse? Es una suposición extraña, pero que explica los hechos mejor que la mera e irracional incredulidad.

CAPÍTULO XIII
ENRIQUE SLADE Y EL DOCTOR MONCK

Es imposible pasar revista a todos los mediums que en sus diversos grados de poder demostraron los efectos que las inteligencias invisibles pueden producir cuando las condiciones materiales les permiten manifestarse. Sin embargo, los pocos que han sobresalido y que fueron al mismo tiempo muy discutidos por el público, merecen que la historia del movimiento no los deje en el olvido, aun cuando su obra no haya sido siempre irreprochable bajo todos conceptos. En este capítulo nos ocuparemos de Slade y de Monck, los cuales representaron en su época un papel de primer orden. Enrique Slade, el célebre medium que descolló en los fenómenos de escritura directa, se exhibió ante el público americano por espacio de quince años, después de los cuales pasó a Inglaterra el 13 de Julio de 1876. El coronel Olcott, más tarde presidente de la Sociedad Teosófica, dice que a él y a la señora Blavatsky debiose la visita de Slade a Inglaterra. Parece que el gran duque Constantino de Rusia, deseoso de llevar a cabo una investigación acerca del espiritismo, dio el consiguiente encargo a una comisión de profesores de la Universidad Imperial de San Petersburgo, que a su vez rogó al coronel Olcott y a la señora Blavatsky que escogieran entre los mejores mediums americanos uno con quien pudiesen realizar los experimentos. Fue designado Slade después de someterlo durante varias semanas a rigurosas pruebas en presencia de un comité de escépticos, cuyo informe decía que «habían sido escritos mensajes entre dos pizarras previamente atadas y selladas una contra otra, colocadas sobre la mesa a la vista de todo el mundo, o encima de la cabeza de alguno de los circunstantes, o sujetas por uno de los presentes sin que el medium pudiera tocarlas». Slade se detuvo en Inglaterra algún tiempo para continuar después su viaje a Rusia.

Un redactor del *World*, de Londres, que tuvo una entrevista con Slade, le describe con estas palabras: «Es un hombre alto, esbelto, de temperamento nervioso, de aire soñador y místico, da rasgos regulares y ojos brillantes y expresivos, con una sonrisa ligeramente triste y una cierta gracia melancólica en sus maneras». También hizo su retrato la Comisión Informativa Seybert en

la siguiente forma: «Mide aproximadamente seis pies de altura, su rostro es de una regularidad poco común, y atrae en seguida la atención por su belleza extraordinaria: es un hombre notable por todos conceptos».

Inmediatamente después de la llegada a Londres, Slade comenzó a dar sesiones en su domicilio del número 8 de Upper Bedford Place, en Russell Square, siendo rápidos y sonados sus éxitos. No sólo patentizó sus dones en los fenómenos de escritura en las pizarras de los mismos asistentes, sino con la levitación de objetos y las materializaciones de manos producidas a plena luz. El director del *Spiritual Magazine*, el más prestigioso y sesudo de todos los periódicos espiritistas de aquella época, escribió: «No vacilo en afirmar que el doctor Slade es el medium más notable de los tiempos modernos».

Mr. J. Enmore Jones, investigador psíquico muy conocido en aquel tiempo y que más tarde dirigió el *Spiritual Magazine*, dijo que Slade venía a ocupar el puesto vacante de Home. La relación que hace de sus sesiones indica, no obstante, procedimientos de mero mercantilismo por parte de Slade. Mr. Home rechazó toda remuneración, y, por regla general, sus sesiones tenían lugar por la noche en la calma de la vida familiar. Slade, en cambio, operaba según Enmore Jones a cualquiera hora del día y en las mismas habitaciones de la pensión donde estaba. Se hacía pagar veinte chelines por sesión, prefiriendo siempre recibir a una persona sola en la vasta habitación destinada a sus experimentos. No perdía el tiempo, es decir, que en cuanto el visitante había tomado asiento comenzaban los fenómenos para terminar quince minutos después. Stainton Moses, más tarde primer presidente de la Alianza Espiritista de Londres, expresó el mismo juicio que Enmore Jones acerca de Slade. «En su presencia —escribe— los fenómenos ocurren con toda regularidad y precisión, con tal indiferencia por su parte respecto a las “condiciones”, y con tantas facilidades para su observación, que mis deseos quedaron plenamente satisfechos. Es imposible concebir circunstancias más favorables para la investigación minuciosa, que aquellas bajo las cuales presencié los fenómenos verificados con la más sorprendente rapidez… No había en Slade vacilaciones, ni tentativas frustradas: todo era rápido, breve y decisivo. Los operadores invisibles sabían exactamente lo que iban a hacer, y lo hacían con prontitud y precisión». (*El Espiritista*, vol IX, pág. 2).

La primera sesión dada por Slade en Inglaterra tuvo lugar el día 13 de julio de 1876, en presencia de Mr. Carlos Blackburn, espiritista de primera línea; y de Mr. W. H. Arrison, director del *Espiritista*. A plena luz solar el medium y los dos concurrentes ocuparon los tres lados de una mesa ordinaria

de cuatro pies cuadrados. En el cuarto lado colocose una silla. Slade puso sobre la pizarra un pedacito de lápiz no mayor que un grano de trigo, y la metió debajo de la mesa sujetándola con la mano por una esquina. Oyose entonces el rasgueo del lápiz en la pizarra, y, al examinarla después, viose escrito un mensaje. Mientras se producía el fenómeno, las manos de los concurrentes y la mano libre de Slade descansaban sobre la mesa. De pronto la silla de Mr. Blackburn elevose cuatro o cinco pulgadas, sin que nadie más que él la tocase. La silla desocupada se elevó también lo suficiente para que su asiento chocase contra el borde de la mesa. Una mano aparentemente viva, pasó por dos veces delante de Mr. Blackburn, hallándose en aquel momento sobre la mesa las dos de Slade. Este agarró después con una mano un acordeón, lo metió debajo de la mesa y teniendo la otra encima del mueble, oyéronse las notas de «Hogar, dulce hogar». Míster Blackburn cogió el acordeón de la misma forma, y también sonaron las notas, mientras Slade tenía ambas manos puestas sobre la mesa. Finalmente, las tres personas levantaron sus manos y la mesa subió hasta tocar con ellas. En otra sesión dada el mismo día, una silla se elevó en el aire hasta la altura de cuatro pies, sin tocarla nadie, y a renglón seguido, mientras Slade tenía una de sus manos apoyada en el respaldo de la silla de Mr. Blackburn, ésta y su ocupante se elevaron hasta un metro del suelo. Durante seis semanas todo fue perfectamente, mostrándose Londres lleno de curiosidad por Slade; pero no tardó en producirse un desdichado incidente.

A principios de septiembre, el profesor Ray Lankester y el Dr. Donkin tuvieron dos sesiones con Slade, y en la segunda, al coger la pizarra, vieron en ella un escrito, cuando nada permitía suponer que la sesión hubiese comenzado. No tenía el profesor Ray experiencia alguna en cuestiones de investigación psíquica, e ignoraba que es imposible decir qué momento de la sesión comienza el fenómeno de la escritura. Unas veces empieza precipitadamente y con gran extensión, en tanto que otras se oye claramente el rasgueo del lápiz y cómo pasa de una línea a otra. Para Ray Lankester, sin embargo, aquello era un engaño y escribió una carta a *The Times* (septiembre, 16, 1876), denunciando a Slade, y hasta llegó a perseguirle judicialmente por estafa. Contestaron a la carta de Lankester, y vinieron en apoyo de Slade, el profesor Barrett, el Dr. Alfredo Russell Wallace y otros. El Dr. Wallace, dijo: «El profesor Lankester tenía la firme convicción de que todo lo que iba a presenciar era un engaño, a tal extremo que cuanto sus ojos vieron creyó que era efecto de la trampa». Lankester puso al descubierto sus prejuicios porque aludiendo a la comunicación leída el 12 de Septiembre ante la Sociedad

Británica por el profesor Barrett, en la cual éste habló de los fenómenos espiritistas, decía en su citada carta a *The Times*: «Los debates de la Sociedad Británica se han envilecido al ocuparse del espiritismo».

Barrett refiere que Slade al preguntarle contestó sin vacilaciones que ignoraba en qué momento se producía la escritura. El mismo Barrett describe la prueba concluyente obtenida en una sesión, en la cual la pizarra permaneció sobre la mesa, mientras él tenía el codo apoyado en ella. Con su otra mano sujetaba fuertemente una de las de Slade, el cual apoyaba ligeramente sobre la pizarra los dedos de su mano libre. En tales condiciones comenzó a aparecer la escritura en la pizarra. El profesor Barrett habla también de un eminente hombre de ciencia amigo suyo que obtuvo la escritura en una pizarra que tenía sujeta con ambas manos, mientras las del medium reposaban sobre la mesa.

El proceso de Slade se vio ante el Tribunal de Policía de Bow Street, el día 1.º de octubre de 1876, presidiéndolo el magistrado Mr. Flowers. Actuaban de acusador Mr. Jorge Lewis y de defensor Mr. Munton. La prueba en favor de la autenticidad de la mediunidad de Slade fue suministrada por el doctor Alfredo Russell Wallace, Serjeant Cox, profesor Jorge Wyld y otro, pues sólo fueron admitidos cuatro testigos. El presidente consideró los testimonios como de «primera fuerza» para la prueba de los fenómenos, pero al dar su fallo, excluyó todo, cuanto no fuesen las declaraciones de Lankester y de su amigo el Dr. Donkin, diciendo que debía basar su determinación exclusivamente en las «consecuencias que se deducían de los hechos naturales conocidos». El prestidigitador Mr. Maskelyne declaró que la mesa usada por Slade tenía una trampa oculta, pero tal declaración quedó invalidada con la prueba aportada por el ebanista que la fabricó. Aquella mesa puede verse hoy en el local de «La Alianza Espiritista», de Londres, siendo asombrosa la audacia de un testigo, que con su falsa declaración ponía en peligro la libertad de un hombre, contribuyendo poderosamente a torcer el curso del juicio. Con todo, frente a las pruebas aportadas por Ray Lankester, Donkin y Maskelyne era difícil la situación de Mr. Flowers, el que alegaba en verdad y con razón que «lo que tenía ante sí el Tribunal no era lo que en otras ocasiones había ocurrido, y por convincentes que fueran algunos eminentes testimonios la realidad era que sólo había dos testigos por una parte y únicamente el acusado por otra». Probablemente, lo de la mesa con trampa, decidió la cuestión y el fallo fue condenatorio.

Slade, con arreglo a la Ley contra la Vagancia, fue condenado a tres meses de cárcel con trabajos forzados; pero apeló de la sentencia y quedó en

libertad bajo fianza. Cuando se vio el juicio en apelación, fue casada la sentencia por falta de pruebas desde el punto de vista técnico. Quedaron suprimidas las palabras «por escamoteo o de otro modo» que figuraban en la primer sentencia, pero estuvo a punto de volver a salir mal librado. Slade, cuya salud se quebrantó a consecuencia del lance, salió de Inglaterra para el continente uno o dos días más tarde. Pasó varios meses de descanso en La Haya, y desde allí escribió al profesor Lankester ofreciéndole regresar a Londres y darle particularmente pruebas concluyentes de sus facultades a condición de no ser molestado de nuevo. No recibió contestación a su oferta, de la que seguramente hubiera sido incapaz un hombre culpable.

En favor de Slade, los espiritistas de Londres firmaron en 1877 un luminoso escrito, al que pertenecen los siguientes párrafos:

«En vista del final deplorable de la visita de Enrique Slade a este país, los abajo firmantes deseamos que conste nuestra elevada opinión acerca de su mediunidad y nuestra reprobación por el trato de que se le ha hecho víctima.

»Consideramos a Enrique Slade como uno de los mediums vivientes de más valía. Los fenómenos que tienen lugar en su presencia, se suceden con una rapidez y una regularidad raramente igualados…

»Al dejarnos, no sólo se va con su reputación intachable desde el punto de vista del proceso que se ha visto ante nuestros Tribunales, sino que se lleva tal cúmulo de pruebas a su favor como probablemente no hubiera podido conseguir por otros medios».

Aquella declaración estaba firmada por Mr. Alejandro Calder (presidente de la Sociedad Nacional Británica de Espiritistas) y buen número de espiritistas de los más conocidos. Mas, por desgracia, es la nota negativa y no la positiva la escuchada con más favor por la prensa, y aun hoy, cincuenta años después de aquellos sucesos, difícilmente se encontraría un periódico bastante ecuánime para hacer la debida justicia a aquel hombre.

Con todo, los espiritistas desplegaron el mayor interés y actividad en pro de Slade. Antes del juicio se reunió entre ellos un fondo para la defensa, y los espiritistas de América se sumaron a los ingleses en documento que dirigieron al ministro americano en Londres. Entre la primer sentencia y el juicio siguiente, se envió una solicitud al ministro de la Gobernación protestando contra la acción del Gobierno al sostener la acusación en la apelación, enviando copias de dicha solicitud a todos los miembros del Parlamento, a todos los magistrados de Middlesex, a varios miembros de la Real Sociedad y a otras corporaciones públicas. Miss Kislingbury, secretaria de la Sociedad Nacional de Espiritistas, envió otra copia a la reina.

Después de dar con gran éxito varias sesiones en La Haya, Slade se trasladó a Berlín en noviembre de 1877, donde también despertó el mayor interés. Decíase que ignoraba el alemán a pesar de lo cual aparecieron mensajes en alemán, trazados en las pizarras con caracteres del siglo XV. El *Berliner Fremdenblatt* de 10 de noviembre de 1877, escribió: «Desde la llegada de Mr. Slade al Hotel del Kronprinz, la mayoría del mundo ilustrado de Berlín ha venido sufriendo una epidemia que podríamos llamar de fiebre espiritista». Describiendo sus experimentos en Berlín, Slade refirió que empezó por convertir al propietario del hotel en que se hospedaba, empleando para ello las pizarras y las mesas de su propia casa. El propietario invitó al jefe de Policía y a varios ciudadanos distinguidos a presenciar aquellas manifestaciones, todos los cuales quedaron asombrados de las pruebas. Luego escribe: «Samuel Bellachini, prestidigitador de la corte del emperador de Alemania, estuvo experimentando conmigo durante una semana completamente gratis. Le di dos o tres sesiones cada día, una de ellas en su propia casa. Después de dichas sesiones se encaminó a casa de un notario, ante quien declaró, bajo juramento, que los fenómenos eran auténticos y no producto de fraudes».

Slade partió luego para Dinamarca y volvió en diciembre, comenzando sus históricas sesiones con el profesor Zöllner, en Leipzig, que las relató en su obra «Física transcendental». Zöllner era profesor de Física y de Astronomía en la Universidad de Leipzig, y para sus experimentos con Slade se aseguró la colaboración de otros hombres de ciencia, entre ellos Guillermo Eduardo Weber, profesor de Física; el profesor Scheibner, matemático distinguido; Gustavo Teodoro Fechner, profesor de Física y eminente filósofo, todos los cuales, dice el profesor Zöllner, «llegaron a un convencimiento completo de la realidad de los hechos observados, con exclusión de toda trampa y prestidigitación». Los fenómenos en cuestión, comprendían, entre otros, «la producción de nudos en una cuerda sin fin, la desaparición de una mesita y su reaparición, bajando del techo a plena luz, en una casa particular y en circunstancias de las que todo el mundo podía darse cuenta, siendo la más notable de ellas la pasividad del Dr. Slade durante tales hechos».

Algunos críticos han tachado de insuficientes las precauciones tomadas en aquellos experimentos. El Dr. J. Maxwell, crítico francés, da una excelente réplica a tales objeciones, asegurando a este propósito que «los diestros y concienzudos investigadores omitieron indicar explícitamente en sus informes que habían estudiado y previsto toda hipótesis de fraude, horque creían que su afirmación de la realidad de los hechos se consideraría suficiente».

Zöllner dio también una contestación digna a la suposición de que había sido engañado respecto del fenómeno de la cuerda anudada: «Si, a pesar de todo, se niega el fundamento de ese hecho, que deduzco de un amplio concepto del espacio, sólo quedara otro género de explicación con arreglo al código de consideración moral corriente. Quiero decir que entonces habría que suponer que yo y los honorables ciudadanos de Leipzig, testigos de aquel experimento, somos unos embaucadores vulgares, o que no nos encontrábamos en posesión de nuestros cinco sentidos para podernos dar cuenta de las trampas de Mister Slade. Pero la discusión de tal hipótesis saldría del dominio de la ciencia para entrar en el de la decencia».

Como ejemplo de los insensatos alegatos de los enemigos del espiritismo, diremos que Mr. José McCabe, que, después del americano Houdini, es quien más se distingue por sus estúpidas inexactitudes en estas cuestiones, habla de Zöllner (Espiritismo, Historia popular desde 1847, pág. 161), como de un profesor chocho y miope, aunque al fallecer en 1882 sólo tenía cuarenta y ocho años y sus experimentos con Slade tuvieron efecto entre 1877 y 1878, estando el distinguido hombre de ciencia en todo el vigor de su vida intelectual.

El asombroso poder de que Slade daba muestra cuando las condiciones eran favorables, púsose de manifiesto una vez más en presencia de Zöllner, Weber y Scheibner, los tres profesores de la Universidad. En aquella ocasión dio que pensar una sólida mampara de madera que dividía la habitación:

«Se oyó un violento estampido como el de la descarga de una gran batería de botellas de Leyden. Al volverme alarmado hacia el lugar de donde partió aquel ruido, la mampara cayó partida en dos pedazos. Los tornillos de media pulgada de grueso que la sujetaban fueron sacados de cuajo sin el menor contacto visible de Slade con la mampara, de la que le separaba una distancia de cinco pies y estando vuelto de espaldas a la mampara; pero aun cuando hubiera intentado accionarla por medio de un movimiento lateral muy habilidoso, hubiera sido necesario que el lado opuesto se encontrara sólidamente fijo. Como la mampara estaba casi intacta y la veta de la madera era paralela al eje de los tornillos, solamente podía arrancarla, separándola en dos partes, una fuerza que obrara longitudinalmente a la parte en cuestión. Todos nos quedamos asombrados ante tan inesperada y violenta manifestación de fuerza mecánica, y al preguntarle a Slade qué significaba aquello, se encogió de hombros diciendo que tales fenómenos ocurrían en su presencia muy raramente. Al decir esto colocó un lápiz en la superficie pulimentada de la mesa, puso sobre él una pizarra comprada, por mí mismo, y

apoyó en ella los cinco dedos de su mano derecha mientras su mano izquierda descansaba a distancia sobre la mesa. La escritura comenzó entonces en la parte posterior de la pizarra, y cuando Slade volvió ésta del otro lado, leímos la siguiente frase escrita en inglés: “Nuestra intención era no hacer daño alguno. Olvidad lo que ha ocurrido”. Nos quedamos sorprendidos por la ejecución de tal escritura bajo tales circunstancias, porque habíamos tenido gran cuidado en observar que ambas manos de Slade permanecieron absolutamente inmóviles durante la escritura». Perdiendo la cabeza para explicar lo ocurrido, Mr. McCabe dijo que indudablemente la mampara estaba previamente rota y sus dos partes sujetas no más por medio de un débil bramante. Verdaderamente la credulidad de los incrédulos es ilimitada.

Después de una serie de sesiones en San Petersburgo, celebradas con gran éxito, Slade regresó a Londres por pocos días, en 1878, y de allí marchó a Australia, volviendo luego a América. En 1885 apareció ante la Comisión Seybert, en Filadelfia, y en 1887 visitó de nuevo Inglaterra con el nombre de «Doctor Wilson». Es de suponer que el falso apellido obedecía al temor de que se reprodujeran las persecuciones contra él.

Slade, en la mayoría de las sesiones, demostró sus facultades clarividentes, siendo, por otra parte, cosa corriente en él la materialización de manos. En Australia, donde las condiciones psíquicas son tan buenas, produjo también materializaciones completas. Mr. Curtis dice que el medium ponía reparos a aquel orden de manifestaciones porque le dejaban muy debilitado por algún tiempo, prefiriendo las sesiones a plena luz. Sin embargo, ofreció a Mr. Curtis una prueba de aquel género en la sesión que se verificó en Ballarat (Victoria):

«Nuestra primera prueba de la aparición de espíritus tuvo lugar en el hotel Lester. Coloqué la mesa a unos cinco o seis pies de distancia de la pared occidental de la habitación. Mister Slade tomó asiento en el extremo de la mesa más alejado de la pared, a la vez que yo me sentaba en el lado Norte. La luz del gas fue velada, pero no tanto que no pudieran distinguirse claramente todos los objetos que había en la estancia. Nuestras manos las colocamos una sobre otra formando pila. Después de estar muy quietos durante diez minutos, observé algo como una neblina interpuesta entre mí y la pared. La niebla se desarrolló rápidamente transformándose en una dama, que se elevó desde el suelo hasta la altura de la mesa, de modo que pude observarla perfectamente. Sus brazos y manos estaban perfectamente formados; su frente, boca, nariz y mejillas, así como sus hermosos cabellos negros, aparecían perfectamente delineados. Sólo los ojos mostrábanse velados por una imperfección de la

materialización. Sus pies estaban calzados con zapatos de seda. Su vestido parecía como iluminado, y resultaba de una hermosura como jamás había yo visto: era de color gris plata, o grisáceo tirando a blanco. En conjunto, la figura era graciosa y la manera de vestir correcta. Aquel espíritu materializado se deslizó y anduvo por la estancia, produciendo sacudidas, vibraciones y saltos de la mesa… Percibíase el roce de su vestido cuando el visitante celeste pasaba de un lugar a otro de la estancia. La forma espiritual, a una distancia de dos pies de nuestras manos inmovibles, empezó a encogerse y a disolverse hasta desaparecer gradualmente de nuestra vista».

Las condiciones de tan hermosa sesión —en la que las manos del médium estaban perfectamente sujetas, y había luz suficiente para la visibilidad— no podían ser mejores para demostrar la ausencia de todo fraude, a no ser que se niegue la honradez del testigo. En la misma sesión apareció de nuevo la figura al cabo de un cuarto de hora:

«La aparición flotó en el aire, se posó en la mesa, se deslizó por encima de ella rápidamente y por tres veces inclinó su bella cara saludándonos graciosamente. Sus inclinaciones eran profundas y deliberadas, llegando a estar su cabeza a unas seis pulgadas de mi rostro. A cada movimiento se oía el roce de su vestido de seda. El rostro permanecía semivelado como al principio. Seguidamente se hizo confuso y toda ella desapareció gradualmente como la primera materialización».

Mr. Curtis describió otras sesiones semejantes, celebradas con Slade posteriormente.

Ante pruebas tan duras como aquellas por las que pasó Slade con éxito, resulta de valor harto escaso la pretendida «delación» que contra él se formuló en América en 1886, pero nos referiremos a ella movidos por razones históricas, y en prueba de imparcialidad. El *Boston Herald*, del 2 de febrero de 1886, publicó una información titulada así: «El célebre Dr. Slade es sorprendido en Veston, escribiendo en pizarras que descansan sobre sus rodillas, debajo de la mesa, y moviendo mesas y sillas con los dedos de los pies». Algunos concurrentes a la sesión a que se refería el periódico se habían quedado en la habitación contigua, y, mirando por debajo de la puerta, sorprendieron aquellos actos de agilidad realizados por el medium, y de los que no se dieron cuenta los que habían quedado en la sala donde tenía lugar la sesión. Casos semejantes de fenómenos con todas las apariencias de engaño ocurrieron siempre, y los mismos espiritistas los denunciaron. En una sesión pública posterior, organizada en el Justice Hall, de Veston, para que Slade demostrase la «escritura espiritista directa», Mr. E. S. Barret, «espiritista

convencido», se adelantó a denunciar que en el experimento había trampa. Slade, puesto en el trance de hablar, quedó confundido, limitándose a decir, según la información abierta al respecto, que si sus acusadores habían sido engañados, él también lo fue, ya que si el engaño fue cosa suya, lo ignoraba por completo.

Mr. J. Simmons, administrador de Slade, hizo sobre el caso una franca declaración, explicando la operación relativa a extremidades ectoplásmicas, corroborada años más tarde con los experimentos de la famosa medium italiana Eusapia Palladino. «No digo, manifestó, que esos señores no vieran lo que afirman, pero al mismo tiempo, estoy convencido de que Slade es inocente de lo que se le acusa, como lo sería usted mismo (el director del Boston Herald), caso de encontrarse en las mismas circunstancias. No obstante, sé que mi explicación no tendría valor ninguno ante un tribunal de justicia. Lo cierto es que yo vi una mano, que habría jurado era la de Slade, si hubiera sido posible a la mano encontrarse en aquella posición. A la vez que una de esas manos estaba sobre la mesa y la otra sujetaba la pizarra bajo uno de los ángulos de este mueble, una tercera mano apareció, llevando un cepillo (con el que momentos antes se estuvo limpiando Slade desde la rodilla abajo), hacia la mitad del lado opuesto de la mesa, cuyas dimensiones serían de unas cuarenta y dos pulgadas». Slade y su administrador fueron detenidos y luego puestos en libertad bajo fianza, y no parece se dictó contra ellos ninguna providencia ulterior. Truesdell, en su libro «Espiritismo, hechos culminantes», manifiesta haber visto a Slade efectuando el movimiento de objetos con sus pies, y que el propio medium le descubrió con todo detalle la manera cómo se producían todas sus manifestaciones. Si eso fue exacto, no se explica más que por una gran ligereza por parte de Slade, que, por lo visto, engañaba a cierto tipo de investigadores, confirmándoles con sus palabras lo que ellos estaban interesados en descubrir. Consignaremos, en relación con la posibilidad de fraudes, el juicio del profesor Zöllner, acerca de la denuncia de Lankester: «Los hechos observados por nosotros en tan asombrosa variedad, invalidaban, bajo todos conceptos, la suposición de que Slade hubiera podido hacer trampas en un solo caso».

Es de toda evidencia, que, al mismo tiempo, la personalidad de Slade fue degenerando hacia los últimos años de su vida. Las sesiones con fines mercenarios, el cansancio que le producían los estimulantes alcohólicos, todo ello actuando sobre organismo tan sensible y débil, produjo efectos deletéreos. Sus facultades psíquicas menguaron y surgió la tentación de recurrir a las trampas. Pero la fragilidad humana es una cosa y el poder

psíquico otra. Los que deseen la prueba de este último, la encontrarán abundantemente a través de aquellos años en que el hombre y sus facultades hallábanse en el cénit.

Slade murió en 1905, en un sanatorio de Michigan, en donde ingresó merced al auxilio de los espiritistas americanos, y la noticia de su muerte fue seguida de los comentarios de rigor en la prensa de Londres. El *Star*, que tan mala tradición tiene en lo que se refiere a cuestiones psíquicas, publicó bajo el título, «Timos vulgares», un indigno artículo, dando la reseña truncada del juicio de Lankester ante el tribunal de Bow Street. *Luz* (1886, pág. 433) protestó contra el *Star* del modo siguiente:

«Todo el artículo en un cúmulo de ignorancia, de mala fe y de prejuicios. No nos interesa discutirlo ni refutarlo. Sería inútil para convencer a los ignorantes, a los hombres de mala fe y a los que solamente se guían por los prejuicios, y no es necesario para los que conocen la verdad. Baste señalar lo hecho por él como prueba de lo que es capaz un periódico, que no respeta a la verdad».

Volvía a repetirse el caso de los hermanos Davenport y de tantos otros.

Si es difícil juzgar la obra de Slade, y estamos obligados a admitir que en ella, al lado de una enorme preponderancia de resultados psíquicos, hay algo que deja la desagradable impresión de que el medium mezclaba la verdad con el engaño, lo mismo tenemos que decir del medium Monck, el cual representó un importante papel entre los años 1870 y 1880. Monck fue el más difícil de juzgar de todos los mediums, porque, por una parte, muchos de sus resultados están fuera de toda duda, y sin embargo, en otros, hay la absoluta certeza del fraude. Como en el caso de Slade, causas físicas determinaron la degeneración moral y psíquica de dicho medium.

Monck fue clérigo no conformista, discípulo predilecto del famoso Spurgeon. Según lo que cuenta él mismo, estuvo desde su niñez sujeto a influencias psíquicas, las cuales aumentaban a medida que iba creciendo. En 1873 se adhirió al espiritismo. Poco después comenzó a dar sesiones, a plena luz y gratuítamente. En 1875 hizo una excursión a través de Inglaterra y de Escocia, llamando sus exhibiciones poderosamente la atención y provocando animadas discusiones. En 1875 visitó Irlanda, donde dedicó sus facultades a fines curativos. Allí se presentó con el nombre de «doctor Monck», lo cual dio lugar, naturalmente, a algunas protestas de la clase médica.

El Dr. Alfredo Russell Wallace, observador honrado y competente, ha descrito una de las sesiones de materialización, en la que Monck fue la piedra de toque del experimento, al extremo que ninguna sospecha posterior puede

desvirtuar el hecho incontrovertible del poder psíquico que en aquella ocasión demostró el medium. Hay que hacer constar la concordancia de los efectos ectoplásmicos logrados por Monck en aquella sesión con posteriores demostraciones del mismo género de Eva y de otros mediums modernos. Acompañaron al Dr. Wallace en aquella sesión Mr. Stainton Moses y Mr. Hensleigh Wedgwood. El Dr. Wallace la describe así:

«Era una radiante tarde de verano y todo el fenómeno se desarrollaba a plena luz diurna. Después de una corta conversación, Monck, vestido con su traje habitual de clérigo, cayó en trance; luego se levantó, a la distancia de pocos pies, delante de nosotros, y señalando a su lado, dijo: "Mirad". Entonces vimos un confuso montoncito blanco a la izquierda de su levita, montoncito que cada vez se hacía más brillante, extendiéndose hacia ambos extremos hasta formar como una columna nebulosa junto a su cuerpo, desde los hombros hasta los pies».

El Dr. Wallace afirma que la figura nebulosa fue tomando la forma de una mujer perfectamente cubierta con vestiduras, hasta que al cabo de poco rato fue absorbida por el cuerpo del medium. Y añade: «Todo aquel proceso de formación de una figura cubierta de ropa fue presenciado por nosotros a plena luz».

Mr. Wedgwood asegura haber asistido con Monck a otras manifestaciones aún más notables de ese género, estando el medium sumido en profundo trance y a plena luz.

Después de tales testimonios, es imposible dudar de las facultades del medium en aquella época. El archidiácono Colley, que había presenciado exhibiciones semejantes, ofreció un premio de mil libras esterlinas a Maskelyne, el famoso prestidigitador, si realizaba el mismo fenómeno. El reto fue aceptado por Maskelyne, pero la prueba demostró que la imitación en nada igualaba a lo original. El prestidigitador intentó obtener un fallo a su favor en los Tribunales, pero el fallo resultó condenatorio.

Es interesante comparar el relato de Russell Wallace con el del experimento posterior, presenciado por un conocido americano, el juez Dailey, quien escribe:

«Mirando a uno de los costados del Dr. Monck, observamos que surgía una al parecer compacta masa de vapor opalescente, precisamente debajo de su corazón. La masa aumentó de volumen y se alargó por ambos extremos, tomando la parte superior la forma de una cabeza de niño cuyo rostro tenía parecido con el del hijo que yo perdí hace veinte años. La forma estuvo visible breves momentos; después se desvaneció de súbito, desapareciendo

sobre el costado del doctor. Tan notable fenómeno se repitió cuatro o cinco veces, siendo cada vez la materialización más perfecta. Todos los que nos encontrábamos en la habitación pudimos contemplarla, pues las luces de gas iluminaban lo suficiente para que los objetos resultaran perfectamente visibles. Tratábase de un fenómeno muy raro que nos permitió a todos certificar el notable poder del Dr. Monck como medium materializador, así como la manera admirable de surgir que tuvo el espíritu al ser evocado». Después de semejante testimonio, es inútil negar que Monck poseyó grandes fuerzas psíquicas.

Monck fue también un notable medium en la escritura sobre pizarra.

El Dr. Russell Wallace, en una carta al *Spectator*, dice que en sesión celebrada con Monck en una casa particular de Richmond, limpió por sí mismo las pizarras y después de colocar un fragmento de lápiz entre ambas, las ató fuertemente con un grueso bramante por sus cuatro lados, de modo que era imposible se moviesen:

«Las puse luego encima de la mesa, sin perderlas de vista un instante. El Dr. Monek colocó sobre ellas los dedos de ambas manos, al tiempo que yo y una señora que estaba sentada en el lado opuesto, colocábamos nuestras manos en las esquinas de las pizarras, sin moverlas de tal posición, hasta que desatamos éstas para ver el resultado.

»Monck preguntó a Wallace qué palabra quería que se escribiese en la pizarra. Escogió la palabra "Dios", pidiendo que apareciera escrita a lo largo. Oyose entonces el rasgueo del lápiz, y en cuanto el medium apartó las manos, el Dr. Wallace desató las dos pizarras y vio en la inferior la palabra escogida escrita en la forma que había pedido.

El Dr. Wallace continúa:

«Yo mismo limpié las pizarras y las até; mantuve sobre ellas mis manos durante todo el tiempo que duró el fenómeno; nunca apartó de ellas la vista; en fin, yo mismo escogí la palabra y la forma en que debía ser escrita».

Mr. Eduardo T. Bennett, secretario de la Sociedad de Investigación Psíquica, añade por su parte:

«Estuve presente en aquella ocasión y certifico ser exacto el relato que de lo ocurrido hace Mr. Wallace».

Otro testimonio de valor es el de Mr. W. P. Adshead, investigador muy conocido, el cual describió así una sesión verificada en Derby el 18 de septiembre de 1876:

«Había presentes ocho personas, tres señoras y cinco caballeros. Una dama, a la que jamás había visto Monek, cogió la pizarra que le entregó otro

de los concurrentes, la examinó y, certificó que estaba limpia. El lápiz que pocos minutos antes de sentarnos estaba encima de la mesa, no hubo manera de encontrarlo, por lo que otro de los circunstantes sugirió que la mejor prueba sería usar un lápiz corriente.

»De acuerdo con ello, se colocó el lápiz de uno de los presentes sobre la pizarra, sujetando ambos útiles la indicada señora, debajo de la mesa. Instantáneamente se oyó el rasgueo de la escritura y al cabo de unos segundos, quedó escrito un mensaje que llenaba todo un lado de la pizarra. La escritura trazada con aquel lápiz, era pequeña y clara y hacía alusión a un asunto de carácter estrictamente privado.

El fenómeno comprendía tres hechos: 1.º, la escritura se había obtenido sin que el medium ni otra persona fuera de la señora aludida, tocara un solo momento la pizarra; 2.º, se hizo con un lápiz corriente por la espontánea indicación de otro de los concurrentes; 3.º, la comunicación se refería a un asunto estrictamente privado. El Dr. Monck no tocó la pizarra durante el desarrollo del fenómeno.

También Mr. Adshead habla de los fenómenos físicos obtenidos con el mismo medium, estando las manos de éste sujetas por un aparato que las impedía hacer el menor movimiento.

En 1876 se vio en Londres el proceso de Slade, como ya hemos referido, poniéndose de moda las denuncias. El papel de acusador daba popularidad, y si por acaso el denunciante era un escamoteador, no cabe duda que se hacía un magnífico reclamo a costa de su víctima.

Tal fue el caso del prestidigitador Lodge, que en una sesión celebrada en Huddersfield el 3 de noviembre de 1876, pidió bruscamente que fuera registrado Monck. Este, acaso porque temiera verse atacado o denunciado, corrió escaleras arriba y se encerró en su habitación. Desde ella se descolgó por la ventana y buscó amparo en la Comisaría de Policía. Se abrió entonces la puerta de su cuarto, se registró por todas partes y se encontró un par de guantes rellenos. Monck afirmó que tales guantes los había utilizado en una conferencia para demostrar la diferencia entre la prestidigitación y la mediunidad. Un periódico espiritista de la época observó además:

«Los fenómenos de la mediunidad no tienen relación alguna con la probidad del medium. Aunque se hubiera tratado del mayor de los granujas y del más perfecto prestidigitador, nada puede invalidar el hecho de sus manifestaciones medianímicas, perfectamente comprobadas».

Monck fue sentenciado a tres meses de cárcel, y según se pretende, acabó por confesar la verdad a Mr. Lodge.

Después de puesto en libertad, Monck dio nuevas sesiones con Stainton Moses, en las cuales registráronse notables fenómenos.

Acerca de éstas indicó el periódico *Luz*:

«Las personas que han asistido como testigos de la indudable mediunidad del Dr. Monck, son bien conocidas de los viejos espiritistas como rectos y escrupulosos experimentadores. Mr. Hensleigh Wedgwood figura entre los más conspicuos por ser cuñado de Carlos Darwin».

En el caso de Huddersfield hay motivo para la duda por no ser el acusador persona imparcial; pero lo cierto, según asegura Sir Guillermo Barrett, es que Monck a veces descendió a engaños deliberados, llevados a efecto con la mayor sangre fría. He aquí lo que Sir Guillermo escribe sobre el particular:

«Sorprendí al "doctor" en una burda trampa consistente en colocar una muselina blanca sobre un armazón de alambre, y sobre la muselina una red negra, gracias a lo cual el medium podía simular un espíritu parcialmente materializado».

Semejante denuncia, viniendo de fuente tan segura, causa verdadero enojo y da ganas de arrojar al cesto de los papeles todas las pruebas relativas a aquel hombre. Pero procediendo con más calma no hay forma de desconocer que en las primeras sesiones de Monck, realizadas a plena luz, jamás se vio fraude o tramoya alguna. Y del hecho probado de que un hombre haya sido falsificador, no debe deducirse que nunca puso su firma en un cheque auténtico. Admitimos, pues, que Monok hizo trampas; pero acaso sólo cuando las cosas empezaron a tomar mal cariz para él y vio que sus facultades decaían.

CAPÍTULO XIV
INVESTIGACIONES COLECTIVAS SOBRE EL ESPIRITISMO

Muchos son los comités que se constituyeron en diversas épocas para investigar sobre los fenómenos del espiritismo. Los dos más importantes fueron la Sociedad Dialéctica en 1869 − 70, y la comisión Seybert en 1864, el primero británico y la segunda americana. A éstos hay que añadir la sociedad francesa, Institut Général Psychologique (1905 − 8). De sus diversas investigaciones, trataremos en este capítulo.

Saltan a la vista las dificultades que un centro de ese género ofrece a las investigaciones psíquicas, dificultades a veces tan grandes que casi son invencibles. Cuando es un Crookes o un Lombroso el que opera con el medium, está solo con él o tiene a su lado a personas cuyo conocimiento de las condiciones psíquicas pueden ayudarle en su obra. Muy distinto es el caso corriente en aquellos centros. No se dan cuenta algunos de sus miembros de que son parte del experimento, y que pueden crear tan intolerables vibraciones y rodearlo de una atmósfera tan negativa, que las fuerzas externas gobernadas como están por leyes muy bien definidas, sean incapaces de penetrar a través de ella. No en vano las tres palabras «de común acuerdo» figuran en la convocatoria de las sesiones. Si basta un trocito de metal para trastocar toda una instalación eléctrica, también una corriente psíquica adversa puede neutralizar un círculo psíquico. Por tal razón y no por la de una credulidad superior, los espiritistas practicantes obtienen resultados que nunca alcanzan los experimentadores que proceden de otro campo. Así también sólo un centro en el cual estén bien acordes los espiritistas conseguirá buenos resultados. Esto ocurrió con el comité elegido por la Sociedad Dialéctica de Londres, que actuó desde principios de 1869 hasta 1871. Si el informe que presentó como fruto de sus estudios se hubiera acogido como corresponde a todo testimonio autorizado, el progreso de la verdad psíquica se habría acelerado lo menos cincuenta años.

Treinta y cuatro señores dignos de consideración y todos ellos de reconocida solvencia moral compusieron aquel comité, siendo su objeto

investigar los fenómenos alegados como manifestaciones espiritistas. No hay duda que la mayoría de los miembros estaban imbuídos por la idea y el propósito de desenmascarar a los impostores pero se hallaron ante tal cúmulo de pruebas, que no pudieron pasarlas por alto, acabando por afirmar que «la materia era digna de una consideración más profunda y de una investigación más seria de las que hasta entonces había merecido». De tal modo sorprendió esta conclusión a la sociedad a la que representaban que no se atrevió a darla a la publicidad, por lo que el propio comité hubo de publicarla resueltamente, dando con ello estado y fuerza a la más interesante de las causas.

Los miembros del comité procedían de las más variadas profesiones. Había un doctor en teología, dos médicos, dos cirujanos, dos ingenieros civiles, dos miembros de sociedades científicas, dos abogados y otras personas notables. Una de ellas el racionalista Carlos Bradlaugh. El profesor Huxley y C. H. Lewes, marido de George Elliot, fueron invitados a prestar su colaboración al comité, pero ambos rehusaron, diciendo Huxley en su contestación: «Suponiendo que los fenómenos sean ciertos, no me interesan» —frase que demuestra que aquel hombre inteligente tenía sus limitaciones.

El comité se subdividió en seis secciones, reuniéndose cuarenta veces en condiciones cuidadosamente contrastadas, con frecuencia sin la intervención de un medium profesional, estando todos de acuerdo en que había quedado demostrado:

«1. Que los ruidos del carácter más diverso, al parecer procedentes de varios muebles, del suelo y de las paredes de la habitación —las vibraciones que acompañan a los ruidos son a menudo perceptibles al tacto— no fueron producidos por la acción muscular, ni por efectos mecánicos.

»2. Que se produjeron movimientos de objetos pesados sin causa mecánica de ningún género ni intervención de la fuerza muscular de alguna de las personas presentes, y las más de las veces sin contacto o conexión con persona alguna.

»3. Que tales ruidos y movimientos se producían con frecuencia cuando y de la manera que lo solicitaban los presentes, por medio de un sencillo código de señales, contestando preguntas y pronunciando frases coherentes.

»4 Que las contestaciones y las frases de tal modo formuladas son, en la mayoría de los casos, lugares comunes; pero a veces se trata de hechos exactos conocidos por alguno de los concurrentes.

»5 Que son varias las circunstancias bajo las cuales se producen los fenómenos, siendo el hecho más propicio para que se produzcan el de la presencia de ciertas personas, mientras que la de otras resulta adversa; pero

esa diferencia parece que nada tiene que ver con la credulidad o la incredulidad relativa a los fenómenos mismos.

»6 Que, sin embargo; la producción de los fenómenos es cosa ajena a la presencia o ausencia de tales personas».

El informe resumía brevemente los testimonios orales y escritos que se obtuvieron entre varias personas respecto a estos fenómenos y a otros de carácter más variado y extraordinario:

«1 Trece testigos declaran que han visto cuerpos pesados —algunas veces de hombres— elevarse pausadamente en el aire y permanecer en él durante algún tiempo sin sostén alguno visible o tangible.

»2 Catorce testigos certifican haber visto manos o figuras no pertenecientes a ser humano alguno, pero con movilidad y apariencias de vida, las cuales tocaron y apretaron algunas veces, estando convencidos de que no son producidas por trampas o ilusión.

»3 Cinco testigos declaran que fueron tocados por un ente invisible en varias partes del cuerpo, a veces en la misma por ellos indicada y en ocasión en que todas las manos de los concurrentes eran perfectamente visibles.

»4 Trece testigos declaran que han oído piezas musicales ejecutadas por instrumentos manipulados por medios imposible de determinar.

»5 Cinco testigos manifiestan haber visto brasas ardientes aplicadas en las manos o en la cabeza de varias personas, sin producirles daño ni quemaduras, y tres de los testigos afirman haber experimentado por sí mismos la expresada prueba gozando de la misma inmunidad.

»6 Ocho testigos declaran haber recibido informes precisos por medio de ruidos, golpes, y otros, sobre hechos desconocidos por ellos y demás personas presentes, hasta que en sesiones subsiguientes quedaron confirmados los informes a la vista de esos hechos.

»7 Un testigo declara que recibió otro informe preciso y detallado y que, no obstante, resultó ser completamente equivocado.

»8 Tres testigos afirman haber estado presentes en el momento en que se produjeron en breve tiempo dibujos al lápiz y en color, en circunstancias que impedían toda intervención humana.

»9 Seis testigos declaran haber recibido noticia de acontecimientos futuros, y que en determinados casos resultaron exactos, a la hora y al minuto, a pesar de haber sido vaticinados días y semanas antes».

Además de los testimonios arriba transcritos, hubo otros relativos a conversaciones con espíritus, a curaciones, a escritura automática, a la

aparición de flores y frutos en habitaciones cerradas, a voces en el aire, a visiones en cristales y espejos y a prolongaciones del cuerpo humano.

El informe termina con las observaciones siguientes:

«Al presentar su informe, vuestro comité, teniendo en cuenta la seriedad e inteligencia de los testigos respecto de los hechos más extraordinarios, así como la ausencia de toda prueba de engaño o de trampa; habida consideración, por otra parte, del carácter excepcional de los fenómenos, del gran número de personas de toda categoría social que en todo el mundo civilizado creen en su origen sobrenatural, y atendido a que todavía no se ha dado una explicación suficiente de tales fenómenos, juzga de su deber expresar su convicción de que el asunto es digno de que se le preste la más seria atención y que se investigue con más cuidado que hasta aquí».

Entre los que aportaron pruebas o leyeron comunicaciones ante el comité, figuraban: el Dr. Alfredo Russell Wallace, la señora Emma Hardinge, Mr. H. D. Jencken, Mr. Benjamín Coleman, Mr. Cromwell F. Varley, Mr. D.

D. Home y el alcalde de Lindsay. Además, se recibieron cartas de Lord Lytton, Mr. Roberto Chambers, Dr. Carth Wilkinson, Mr. William Howitt, M. Camilo Flammarion y otros.

Uno de los testigos —Grattan Geary— declaró que el más notable de los fenómenos obtenidos con el trabajo del comité, fue el número extraordinario de hombres eminentes que se revelaron como firmes creyentes en el espiritismo.

La medium, señora Emma Hardinge, refiriéndose al desarrollo alcanzado en aquella época (1869) por la nueva causa, dijo que sólo conocía a dos mediums profesionales en Londres, pero los no profesionales conocidos suyos eran numerosos. Por su parte, Mr. Cromwell Varley, aseguró que aunque en todo el Reino Unido había más de un centenar de mediums conocidos, muy pocos estaban debidamente desarrollados. Tales datos prueban la gran labor realizada en Inglaterra por D. D. Home, pues la mayoría de los convertidos lo fueron a causa de su mediunidad.

Mr. Guillermo Howitt, autor muy conocido, afirmó que el espiritismo contaba entonces con doce millones de adeptos en todos los países del mundo.

Las que podríamos llamar pruebas de los adversarios, no fueron en verdad formidables. Lord Lytton dijo que según su experiencia, los fenómenos debían atribuirse a influencias materiales cuya naturaleza ignoramos; el Dr. Carpenter habló de la «cerebración inconsciente», y el Dr. Kidd supuso que se trataba de fenómenos subjetivos. Tres testigos más, aunque convencidos de la realidad de los hechos, los atribuyeron a artes satánicas. A todas las

objeciones contestó cumplidamente Mr. Tomás Shorter, autor de las «Confesiones de un verdadero vidente», y secretario del Colegio de Obreros, en una admirable reseña que publicó en el *Spiritual Magazine*. Gran parte de la prensa de Londres se dedicó a ridiculizar el informe del comité:

The Times lo consideraba como «un fárrago de conclusiones impotentes, adornadas con una masa monstruosa de basura como jamás hemos tenido la desgracia de encontrar al formular un juicio».

El *Morning Post* dijo: «El informe publicado es de todo punto indigno».

La *Saturday Review* expresó su esperanza de que el informe sirviera para «desacreditar una de las más degradantes supersticiones que jamás tuvieron curso entre los seres humanos».

El *Standard* hizo una crítica que merece ser recordada. Aludiendo a los que, aun no aceptando el espiritismo, dicen que «puede haber algo en él», el periódico observó sesudamente: «Si hay en él algo que no sea impostura e imbecilidad, no puede ser más que el otro mundo».

El *Daily News* consideró el informe como «una importante contribución a la literatura de un género que un día u otro, dado el gran número de sus partidarios, nos obligará a todos a examinarla seriamente».

El *Spectator*, después de calificar el informe de curioso como pocos, añadía: «No es posible leer las pruebas recogidas en él como expresión de la fe firmísima en la realidad de los supuestos fenómenos espiritistas, sin admitir que los notables fenómenos observados (muchos de los cuales no sólo no pueden atribuirse a engaño o ilusiones, sino que están refrendados por el testimonio de respetables testigos) obligan a que esa materia sea sometida a una investigación más rigurosa».

Tal es el extracto de los extensos juicios aparecidos en algunos periódicos de Londres —hubo otros muchos—, juicios que por malos que fueran, indicaban, a pesar de todo, un cambio de actitud por parte de la prensa, que tenía la costumbre de pasar siempre en silencio todo lo que al espiritismo concernía.

Debe recordarse que el informe se refería únicamente al aspecto fenomenal del espiritismo, y en opinión de algunos espiritistas de primera línea, ese es su aspecto menos importante. Tan sólo en el informe parcial de uno de los subcomités, consignábase que el sentido general de los mensajes era que la muerte física podía considerarse sólo como un accidente trivial porque el espíritu renacía en nuevas existencias; que las relaciones entre los espíritus eran tan corrientes como en la vida terrenal; que aun mostrando los espíritus gran interés por los asuntos del mundo, ningún deseo sentían en

volver a su primer estado de existencia; que la comunicación con los amigos de la tierra era del agrado de los espíritus y por ellos deseada, como prueba ofrecida a los primeros de la perduración de la vida a pesar de la disolución del cuerpo.

Con lo expuesto, se reconocerá que el comité de la Sociedad Dialéctica realizó en su día y en su generación un trabajo excelente.

Como ya dijimos, la mayoría de sus miembros era enemiga de las cuestiones psíquicas, pero ante la evidencia de los hechos y con raras excepciones —entre ellas la del Dr. Edmundo— se sometieron al testimonio de sus sentidos. Hubo algunos ejemplos de intolerancia, como las desgraciadas palabras de Auxley y la declaración de Carlos Bradlaugh, de que no quería examinar ciertas cosas porque pertenecían a la esfera de lo imposible, pero en conjunto la obra de aquellas rectas personas resultó excelente.

Párrafo aparte merece la declaración del Dr. Edmunds, a quien más arriba citamos. Este doctor era enemigo del espiritismo y lo fue asimismo de las conclusiones de sus colegas. Vale la pena de leerla como representativa de ciertas mentalidades. El digno doctor, aunque se imaginaba imparcial, estaba en realidad tan lleno de prejuicios, que jamás pudo penetrar en su cerebro la idea de que los fenómenos podían ser sobrenaturales. Al presenciarlos, no se le ocurría otra cosa que preguntar: «¿En qué consistirá la trampa?». Y no pudiendo contestarse a la pregunta, hacía constar sencillamente que no le fue posible descubrirla. En su declaración perfectamente honrada, habla de cierto número de flores y frutas frescas, todavía húmedas, que cayeron sobre la mesa, fenómeno de aportación presenciado varias veces por todos los presentes. El comentario del buen doctor es que *habrían* sido cogidas del aparador y puestas en la mesa. Sólo que de haber estado la cesta de frutas en el aparador, es de suponer que habría llamado mucho la atención de todos, y por otra parte, el doctor no se aventura a decir que viera allí tal cosa. En otra ocasión se encerró con los Davenport en su cabina, y declara que nada pudo ver, pero cree que allí *debía* haber alguna trampa de escamoteo. En fin, cuando ve que los mediums, convencidos de que su actitud mental no tiene remedio, se niegan a continuar trabajando con él, aporta eso como un testimonio de culpabilidad. Hay cierto tipo de mentalidades científicas que en su especialidad actúan normalmente, pero, fuera de ella, constituyen la cosa más loca e ilógica del mundo.

Hablemos ahora de la comisión Seybert, compuesta, por desgracia, de personas entre las cuales sólo Mr. Hazard era espiritista, lo cual hizo que

dicho señor quedara aislado, influyendo contadas veces en la obra de aquélla. La comisión tuvo este origen: Enrique Seybert, ciudadano de Pensilvania, dejó al morir la suma de sesenta mil dólares, con mandato de que se fundara una cátedra de Filosofía en la Universidad de Pensilvania, a condición de que dicha Universidad nombrara una comisión encargada de «llevar a cabo una completa e imparcial investigación de todos los sistemas de moral, religión o filosofía, que hoy pretenden representar la verdad, y particularmente, del espiritismo». Las personas elegidas para formar parte del comité eran indiferentes en asuntos de esta índole. Debían su cargo a estar en relaciones con la Universidad, con el Dr. Pepper, rector de la misma y presidente honorario de la comisión, con el Dr. Furness, presidente efectivo, y el profesor Fullerton, secretario. Aunque la misión de la comisión era «hacer una completa e imparcial investigación» sobre el espiritismo, el acta preliminar dice fríamente:

«La comisión se halla formada por hombres cuya atención está ya embargada por diversas ocupaciones, y como les es imposible descuidarlas, sólo pueden dedicar una pequeña parte del día a las investigaciones en cuestión».

Este hecho demuestra por sí solo cuán poco identificados estaban los miembros de la comisión con la naturaleza de la misión que se les encomendaba. De aquella suerte el fracaso era inevitable. Los trabajos comenzaron en Marzo de 1884, publicándose en 1887 lo que la comisión llamó un informe «preliminar». Como luego quedó demostrado, el informe resultó definitivo, pues aun cuando fue reeditado en 1920, no se le adicionó más que un prefacio incoloro en tres párrafos debido a un descendiente del primer presidente. La substancia del informe es que en conjunto el espiritismo está constituido, por una parte, de engaño, y por otra, de credulidad, no existiendo nada serio realmente donde basarse para emitir un informe. El documento, aunque largo, vale la pena de ser leído por cuantos se dedican al estudio de las cuestiones psíquicas. La impresión que deja es que los distintos miembros de la comisión procuraban, dentro de todas sus limitaciones, llegar a los hechos, pero sus inteligencias eran como la del Dr. Edmunds, de tal naturaleza, que cuando, a pesar de su actitud recelosa, ocurrían fenómenos psíquicos indudables que venían a desalojarlos de sus propias trincheras, se negaban en absoluto a aceptar su autenticidad, y los pasaban por alto como si no existieran. Así en los experimentos con la señora Fox-Kane, obtuvieron ruidos medianímicos bien claros, a pesar de lo cual supusieron que procedían del interior del cuerpo de la medium, pasando sin comentario alguno el hecho

de obtener de la misma medium largas comunicaciones rápidamente escritas; y que sólo podían leerse de derecha a izquierda. Tal escritura rápidamente trazada, contenía una abstrusa frase latina, que estaba evidentemente muy por encima de la capacidad de la medium. Sin embargo, el fenómeno se pasó en silencio y nadie intentó explicárselo.

En la investigación con la señora Lord, la comisión presenció el fenómeno de la voz directa y el de las luces fosforescentes después de bien escudriñada la medium. El informe dice que en otra ocasión la medium estuvo casi todo el tiempo «restregándose una mano con otra», a pesar de lo cual algunos de los concurrentes fueron tocados, hallándose a cierta distancia de ella. Puede juzgarse del estado de ánimo de los investigadores por la observación del presidente, el cual dijo que «no se contentaría con menos que la fotografía de un espíritu con un querubín sobre la cabeza, otro en cada hombro y un ángel recostado sobre su pecho». Para todo espiritista resultará sorprendente que puedan conseguirse buenos resultados con investigadores que se permiten tener ocurrencias de esa clase. De todas suertes, en el informe flota la sospecha de que la medium hace lo que podría hacer cualquier escamoteador. Ni por un momento consideran los miembros de la comisión que el favor y asentimiento de los operadores invisibles eran esenciales para la obtención de los fenómenos y menos que aquellos operadores podían humillarse ante los más modestos creyentes y desvanecerse en respuesta a los pedantes que aprovechan la investigación para sus chanzas.

A la vez que resultados verdaderos, pero omitidos en el informe hubo episodios lamentables para todo espiritista, pero cuya mención debemos hacer. La comisión registró un caso evidente de fraude por parte de la señora Patterson, medium especializada en la escritura sobre pizarra, y otros por parte de Slade. Los últimos días de este medium estuvieron envueltos en el misterio, y falto de las facultades que, en un principio, eran verdaderamente notables, apeló a las trampas. El doctor Furness, las describe de modo prolijo, pero la anécdota, tal como se explica en el informe, más bien parece fruto del despecho personal contra el medium. Pudo muy bien ser que Slade quisiera burlarse del doctor, contestando a sus pesadas chanzas que, en efecto, toda su vida había sido un engaño.

No siempre la comisión —o alguno de sus miembros— procedió ingenuamente. Así, declaran al principio que basan su informe en sus propios trabajos, prescindiendo de todo el material que habían recopilado. A pesar de ello, insertan un largo y adverso informe de su secretario acerca del testimonio de Zöllner en favor de Slade. Tal informe estaba amañado, como

se deduce de la declaración de Zöllner a que nos hemos referido en el capitulo relativo a los experimentos de Slade, en Leipzig. Se suprimió también con gran cuidado el certificado que dio el más notable de los prestidigitadores de Alemania, según el cual, los fenómenos de Slade *no* eran resultado de trampas. Siempre que el testimonio de un prestidigitador era contrario a la causa espiritista, como uno de Kellar, lo estampaba la comisión *in extenso*, pero pasaba en silencio el caso de otro medium, Eglinton, en que el mismo Kellar declaró que los hechos obtenidos eran incomprensibles para él.

Al principio de su informe, decía la comisión: «Hemos tenido desde el principio la fortuna de contar como consejero al hoy difunto Mr. Tomás R. Hazard, amigo personal de Mr. Seybert, y muy conocido como espiritista». Mr. Hazard comprendía evidentemente la importancia de cumplir las condiciones requeridas para las investigaciones experimentales. Describiendo la entrevista que tuvo con Mr. Seybert, pocos días antes del fallecimiento de este último, y en la que le prometió actuar como representante suyo en la futura comisión, Mr. Hazard dice que si aceptó fue únicamente «bien entendido que había de tener facultades para prescribir los métodos que debían seguirse en la investigación, designar los mediums que debían ser consultados y rechazar la presencia de cualquier persona o personas que estimara podían turbar la armonía y buen orden del círculo de los espíritus». Pero aquel representante de Míster Seybert no fue complacido suficientemente por la Universidad. Después de pertenecer a la comisión durante algún tiempo, Míster Hazard mostróse descontento de algunos de los miembros y de sus métodos. Así al menos lo declaró en el *North American*, de Filadelfia (18 de mayo de 1885), sin duda después de vanos intentos para inteligenciarse con las autoridades universitarias:

«Sin poner en duda la rectitud de todos y cada uno de los miembros de la Universidad, ni la alta posición social e intelectual que ocupan, debo decir que, por error o por lo que sea, han llevado a la comisión para la investigación del espiritismo, una mayoría de miembros cuya ilustración, hábitos mentales y prejuicios, descalifican su labor. Si el objeto perseguido ha sido desacreditar, hacer aborrecer y atraer el desprecio general hacia una causa que me consta fue simpática al difunto Enrique Seybert, los miembros de la Universidad no pudieron elegir, entre todos los ciudadanos de Filadelfia, señores más a propósito que los que constituyen la comisión. Y, repito, no por causas que afecten a su reputación social, moral e intelectual, sino sencillamente por sus prejuicios en contra del espiritismo». Posteriormente, pidió a la comisión que eliminara de su seno a los señores Fullerton,

Thompson y Koenig. Fundábase, por lo que se refería al primero de aquellos señores, en que en conferencia dada en la Universidad de Harvard reveló su parcialidad, en cuestiones de espiritismo, con estas palabras:

«Es posible que el relato del medium que cuenta la vida de una persona, no sea más que un proceso de transmisión del pensamiento, pues toda persona que ha recibido tales comunicaciones está cerca del medium y piensa sobre lo mismo que éste dice… Cuando uno está resfriado siente un zumbido en los oídos, y las personas lunáticas oyen constantemente ruidos imaginarios. De modo que tal vez una afección mental o del oído o alguna emoción extraña, pueda ser la causa verdadera de gran número de fenómenos espiritistas».

Cuando expuso tales juicios, el profesor llevaba ya más de un año perteneciendo a la comisión.

Mr. Hazard recogió también las siguientes opiniones del doctor Jorge A. Koening, publicadas en la *Philadelphia Press*, un año después de su nombramiento de miembro de la comisión:

«Debo confesar, francamente, que me inclino a negar la realidad del espiritismo, tal como hoy la admite el elemento popular. Mi creencia es que todos los pseudos mediums son unos charlatanes. Jamás he visto hacer trampas a Slade, pero según deduzco de lo que acerca de él he oído, es el más listo de todos los impostores. No creo que la comisión considere con mucho mayor favor a los otros mediums espiritistas. El más sabio de todos los hombres puede ser sorprendido. Un hombre puede inventar en una hora más trampas que las que puede descubrir el sabio en un año».

En fin, Mr. Hazard llevó también a la comisión este juicio del profesor Roberto E. Thomp, publicado en febrero de 1880, por el *Penn's Monthly*: «Aunque fuera el espiritismo todo cuanto sus campeones le atribuyen, no tiene la menor importancia para los que poseen la fe cristiana… El espiritismo se presta a maquinaciones y a equívocos, de las cuales debe huir todo creyente cristiano».

Semejante florilegio de opiniones da idea de lo capacitados que estaban los miembros del comité para llevar a cabo lo que Míster Seybert deseaba; es decir, «una completa e imparcial» investigación sobre el tema.

Un periódico espiritista americano, *La Bandera de la Luz*, aludiendo a las protestas de Mr. Hazard, escribió:

«Según nuestras noticias, no se hizo ningún caso de la petición de Mr. Hazard, y desde luego no se tomó ninguna providencia, ya que los miembros en cuestión continuaron formando parte de la comisión, figurando sus nombres al pie del informe provisional. El profesor Fullerton fue y continúa

siendo secretario; ciento veinte, de las ciento cincuenta páginas del informe que tenemos ante nosotros, fueron por él escritas y revelan toda su falta de percepción espiritual y de conocimiento de lo oculto, y hasta podemos decir que de las leyes naturales, como lo prueba el haber declarado ante un auditorio de estudiantes de Harvard, que “cuando un hombre experimenta frío, tiene zumbido de oídos” y “las personas lunáticas oyen constantemente ruidos que no existen”».

La Bandera de la Luz, continúa:

«Consideramos que el no seguir la comisión Seybert el consejo de Mr. Hazard, como indudablemente debió hacer, es la clave de su fracaso. La pobreza de los resultados a que llegó es mayor de lo que el más escéptico podía esperar. Es un informe de lo que no se hizo más bien que de lo que se hizo. En la reseña de los trabajos de cada sesión, se ve claro que el profesor Fullerton ha forzado las cosas para que resalte todo cuanto una inteligencia superficial podía considerar como prueba de trampas por parte del medium, y para disimular cuanto puede ser favorable al mismo… Además, se declara en el informe que cuando estaban presentes todos los miembros de la comisión, cesaban los fenómenos. Esto justificaba las previsiones de Míster Hazard, y nadie que haya tenido cierta experiencia en cuestión de mediums, podía desconocerlo. Los espíritus sabían la clase de elementos con quienes trataban; quisieron eliminar aquellos que hacían inútiles las experimentaciones, y como no lo consiguieron ni pudieron vencer la ignorancia, mala fe y prejuicios de la comisión, los experimentos fracasaron, con lo que la comisión, muy “prudente en sus opiniones”, decidió que todo ello era un engaño».

Luz también comentó el informe (1887, pág. 391), siendo cuanto dijo tan oportuno ahora como lo fue en 1887:

«Tomamos nota con satisfacción, pero sin hacernos ilusiones acerca de lo que puede resultar en vista de los malos métodos de investigación hasta ahora empleados, de que la comisión se propone continuar sus investigaciones “con el propósito sincero y honrado que hasta aquí ha demostrado de llegar a un convencimiento”. Por si ello es así, vamos a darle algunos consejos hijos de una larga experiencia. La investigación de esos fenómenos ofrece siempre serias dificultades y cuantas instrucciones se den para practicarla, corren el riesgo de no ser útiles en todos los casos. Pero sabemos que la condición *sine qua non* consiste en la paciente y prolongada experimentación dentro de un círculo constituido como es debido. No todo depende del medium, sino que debe formarse el círculo experimentador, variándose de tiempo en tiempo las personas que lo componen, hasta que se reúnan los elementos más adecuados.

No podemos decir a la comisión Seybert cuáles deben ser esos elementos; ha de descubrirlos ella misma. Lo primero que debe hacer es un estudio de la literatura espiritista y de las variadas características de la mediunidad, antes de entregarse a los experimentos personales. Y después de hecho esto, cuando vean lo fácil que es obtener resultados negativos, se hallarán en buena situación para que sus estudios lleguen a buen fin».

Por desgracia, es innegable que el informe de la comisión Seybert constituyó durante algún tiempo una rémora en el desenvolvimiento de la causa de la verdad psíquica… Pero mayor fue el daño que cayó sobre la docta institución de que aquélla había salido. Es en nuestros días, cuando el ectoplasma como base física de los fenómenos psíquicos, ha sido determinado sin la menor sombra de duda para todos aquellos que quieren convencerse de la evidencia y, sin embargo, sería absurdo pretender que ya no hay nada que estudiar. A pesar de ello, la comisión Seybert declaró no hallaba bastante terreno para sus investigaciones. Si, por el contrario, esa comisión hubiera hecho que la Universidad de Pensilvania se pusiera al frente del movimiento psíquico, inspirándose en la gran tradición del profesor Hare, ¡qué gloria hubiera podido alcanzar! Así como el nombre de Newton va unido al de Cambridge con la ley de la gravitación, Pensilvania pudo haberse vinculado con el más importante progreso del conocimiento humano. Y lo mismo puede decirse de otras doctas instituciones europeas que tampoco supieron ver la gran misión a que estaban llamadas.

Otras investigaciones colectivas hubo, pero menos importantes, por referirse únicamente a mediums aislados. Tal la emprendida por el «Institut Général Psychologique», de París. Consistió en tres series de sesiones con la famosa Eusapia Palladino, durante los años 1905, 1906 y 1907, componiendo un total de cuarenta y tres. No tenemos la lista completa de asistentes, ni hubo informe colectivo propiamente tal, pues el único que se conoce es el muy imperfecto del secretario Monsieur Courtier. Sabemos no obstante, que entre los investigadores figuraron personas tan distinguidas como Carlos Richet, el matrimonio Curie, los señores Bergson, Perrin, profesor d’Arsonval, del Colegio de Francia, y presidente de la Sociedad, el conde de Gramont, el profesor Charpentier y el rector Debierne, de la Sorbona. El resultado obtenido fue desastroso para la medium, porque si bien el profesor Richet garantizó la realidad de sus facultades psíquicas, hubo extrañas artimañas de Eusapia que causaron el efecto que puede suponerse en aquellas personas para quienes la materia era una novedad.

En el informe de M. Courtier figura una especie de diálogo entre los asistentes que pone de relieve su estado de espíritu harto confuso e impropio de un comité investigador. Así, los resultados no dan nuevos argumentos, ni para los escépticos ni para los creyentes. Sin embargo, el Dr. Geley, que probablemente profundizó más que ninguno en la ciencia psíquica, afirma que «los experimentos» —no dice que el informe— constituyeron una valiosa contribución en favor de la materia («L'Ectoplasme et la Clairvoyance», 1924, pág. 402). Basábase en el hecho de que algunos resultados confirmaban los que él había obtenido en su propio «Institut Metapsychique», trabajando con Kluski, Guzik y otros mediums. Las diferencias, dice, están más en los detalles de lo ocurrido que en lo esencial de la cuestión.

Los experimentadores tomaron grandes precauciones para impedir todo movimiento a los mediums, lo que se realizó fácilmente, especialmente con Kluski cuando estaba en trance. Eusapia era también una medium muy tranquila. Parece que lo característico en ella era una condición intermedia, cosa que el autor ha observado también en Frau Silbery, Evan Powell y otros mediums, en que la persona parece en estado normal, y resulta que es singularmente susceptible de sugestión y de otras influencias mentales. En tales condiciones es muy fácil suscitar la sospecha de fraude, pues el deseo de la mayoría de los concurrentes es que ocurra algo que reaccione con fuerza sobre la mente del medium incapaz de razonar en aquellos momentos. Sin embargo, en el informe leemos: «Después que las dos manos, los pies y las rodillas de Eusapia fueron atentamente examinados, la mesa levantose súbitamente despegándose del suelo las cuatro patas a la vez. Eusapia cerró sus puños dirigiéndolos hacia la mesa, la cual se levantó completamente hasta cinco veces seguidas, oyéndose al mismo tiempo cinco golpes. También se levantó completamente estando las manos de Eusapia sobre la cabeza de uno de los concurrentes. Igualmente volvió a elevarse a la altura de un pie del suelo y quedó suspendida en el aire por espacio de siete segundos, mientras Eusapia tenía una de sus manos sobre la mesa y se había colocado debajo de ésta una bujía encendida». Figuran así mismo en el informe otras pruebas no menos concluyentes con la mesa, y el relato de fenómenos de diversa índole.

El gran espiritista francés Gabriel Delanne criticó la timidez del informe con estas palabras:

«Su autor se contenta con decir "parece" y "al parecer", como un hombre que no está seguro de lo que relata. Los que resisten cuarenta y tres sesiones con buena vista y buenos aparatos de verificación, deben tener una opinión hecha, y estar en condiciones de decir, por lo menos, si consideran ciertos

fenómenos como fraudulentos, y si en tal o cual sesión vieron al medium haciendo trampas. Pero no hay nada de esto. El lector queda siempre en la incertidumbre; flota sobre todo el informe una vaga sospecha nada más».

El periódico *Luz* (1909, pág, 356), agregaba:

«Delanne dice que algunos de los experimentos tuvieron éxito en medio de las enormes precauciones adoptadas, como el uso del negro de humo para descubrir si Eusapia había tocado realmente los objetos movidos. Pero el informe pasa por alto deliberadamente esos hechos, relatando, en cambio, casos ocurridos en *otros tiempos y lugares* en los cuales Eusapia *dícese* o créese que influyó indebidamente en los fenómenos».

También puede considerarse como investigación colectiva de un médium —la señora Crandon, esposa de un doctor de Boston— la que se llevó a cabo en los años 1923 a 1925 por un comité designado por el Scientific American y posteriormente por un limitado comité de hombres de la Universidad Harvard con el astrónomo Dr. Shapley a su cabeza. Todavía dura la controversia que provocaron esas investigaciones, y de ello tratamos en el capítulo relativo a los grandes mediums modernos. Pero podemos anticipar que uno de los resultados de ellas fue la conversión al espiritismo de dos de sus miembros: Mr. Malcolm Bird y el Dr. Hereward Carrington. Los demás no llegaron a ninguna decisión clara, pues tras numerosas sesiones que se celebraron con arreglo a las condiciones que ellos mismos fijaron y en presencia de constantes fenómenos, declararon que no podían decir si habían sido engañados o no. Tenía el comité del Scientific American la tacha de que no formaba parte de él ningún experto espiritista familiarizado con las cuestiones psíquicas. Además, uno de sus miembros, el Dr. Prince, era sordo, y otro, el Dr. McDougall, ocupaba tan elevada posición académica que sin duda temió salir perjudicado si aceptaba una explicación impopular. El mismo reparo puede ponerse al comité del doctor Shapley, todo él compuesto de sabios. Sin que ello signifique que acusamos a los interesados de mala fe, leyendo su informe y las actas en que aceptaron los resultados de cada sesión, no puede comprenderse cómo pudieron llegar a un veredicto final de culpabilidad por fraude. Fueron frecuentes los sambenitos lanzados contra la medium sin razón alguna. Por lo pronto, el doctor Mark Richardson, de Boston, que asistió a más de trescientas sesiones, declaró que jamás le asaltó la menor duda respecto de la autenticidad de los resultados.

El autor ha visto numerosas fotografías de las emisiones ectoplásmicas de la medium durante aquellas sesiones, y al compararlas con otras semejantes,

hechas en Europa, no vacila en decir que son incuestionablemente auténticas, y que el porvenir la rehabilitará contra sus injustos detractores.

CAPÍTULO XV
EUSAPIA PALLADINO, SU VIDA Y SU OBRA

Eusapia Palladino señala una etapa importante en la historia de la investigación psíquica, porque fue la primera medium utilizada en los fenómenos físicos por gran número de eminentes hombres de ciencia. Las principales manifestaciones de Eusapia Palladino fueron el movimiento de objetos sin contacto, la levitación de mesas y otros objetos, la de la propia; medium, la aparición de rostros y manos materializados, la de luces, y la ejecución de trozos musicales con distintos instrumentos sin contacto alguno humano. Como ya hemos visto, todos esos fenómenos los había producido en fecha anterior el medium D. D. Home, pero Sir Williams Crookes invitó a sus colegas científicos a comprobarlos y éstos no aceptaron la invitación.

Por primera vez tan extraños hechos iban a ser objeto de prolongadas investigaciones por parte de hombres de gran reputación científica. Excusado es decir que todos aquellos experimentadores se mostraron al principio escépticos y las «precauciones» (esas precauciones frecuentemente necias que suelen ir contra el mismo objeto que se persigue) estuvieron a la orden del día. Ningún medium del mundo ha sido más rígidamente tratado que Eusapia Palladino, y como ésta logró convencer a la inmensa mayoría de los que la estudiaron, puede decirse que su mediunidad fue realmente excepcional. Como en tantos casos muchos de los investigadores que asistieron a sus sesiones carecían de los conocimientos más elementales de la mediunidad y de las condiciones necesarias para su ejercicio, lo que es factor esencial en el éxito de los experimentos. De cada mil hombres de ciencia, no hay uno que reconozca esto, y el hecho de que Eusapia saliera airosa a pesar de tan tremendas condiciones desfavorables, es una prueba indiscutible de sus poderes. Aquella mujer iletrada de Nápoles es otro ejemplo más de que los seres humildes son los llamados a deshacer los sofismas de los hombres cultos. Eusapia nació el día 31 de enero de 1854, y falleció en 1918. Sus facultades comenzaron a manifestarse cuando tenía catorce años de edad. Su madre falleció al darla a luz y su padre cuando Eusapia no tenía más que doce

años. Los amigos que la recogieron observaron bien pronto que estando todos sentados a la mesa se levantaba ésta, las sillas comenzaban a bailar, las cortinas de la habitación se descorrían y los vasos y las botellas entraban en movimiento. Todos se sometieron a prueba para descubrir quién era el causante de tales cosas, y así se averiguó que Eusapia era medium. No mostró el menor interés en el desempeño de su papel como tal y, si consintió en celebrar algunas sesiones, fue por dar gusto a los amigos que la habían acogido y evitar que la enviaran a un convento. Al cumplir veintidós años comenzó su educación psíquica bajo la dirección, según Flammarion, de un ardiente espiritista llamado Damiani.

Eusapia refiere un hecho muy singular ocurrido en ese primer período. Había en Nápoles una señora inglesa que se casó con el señor Damiani, a la cual en una sesión espiritista el espíritu que dijo ser Juan King, le mandó que fuera a ver a una joven llamada Eusapia, a cuyo fin el espíritu le dio el nombre, la calle y el número de la casa, añadiendo que dicha joven era una medium muy poderosa a través de la cual él se manifestaba. La señora Damiani fue donde le decían y encontró a Eusapia Palladino, de quien jamás había oído hablar hasta aquel momento. Las dos mujeres tuvieron una conferencia, durante la cual Juan King sometió a su dominio a la medium, convirtiéndose desde entonces en su guía o director. La primera aparición de Eusapia Palladino en el mundo científico europeo, fue bajo los auspicios del profesor Chiaia, de Nápoles, el cual publicó, en 1888, en un periódico de Roma, una carta dirigida al profesor Lombroso, detallando sus experimentos con lamedium e invitando al célebre alienista a examinarla por sí mismo. Hasta 1891 no aceptó Lombroso aquella invitación, celebrando en febrero de dicho año dos sesiones con Eusapia. Lombroso quedó tan convencido, que escribió: «Me siento confundido y apenado por haber combatido tantas veces la posibilidad de los hechos llamados espiritistas». Su conversión determinó a importantes hombres de ciencia de Europa a emprender diversos trabajos de investigación psíquica, y la Palladino quedó sometida por espacio de varios años a sesiones encaminadas a demostrar la realidad de los fenómenos. Las sesiones de Lombroso fueron seguidas por la de la comisión de Milán en 1892, asistiendo a ellas el profesor Schiaparelli, director del Observatorio de Milán; el profesor Gerosa, catedrático de Física; Ermacora, doctor en Filosofía; Aksakof, consejero de Estado del emperador de Rusia; Carlos Du-Prel, doctor en Filosofía de Munich, y el profesor Carlos Richet, de la Universidad de París. Hubo diez y siete sesiones, tras las cuales siguieron las investigaciones de Nápoles, en 1893; de Roma, en 1893 − 4; de Varsovia y

Francia, en 1894, la última de las cuales bajo la dirección del profesor Richet, Sir Oliver Lodge, Mr. F. W. H. Myers y Dr. Ochorowicz; de Nápoles, en 1895, y el mismo año, de Cambridge, en casa de Mr. F. W. H. Myers, con la presencia del profesor y la señora Sigdwick, Sir Oliver Lodge y el Dr. Ricardo Hodgson. La serie continuó en 1895 en Francia, en casa del coronel De Rochas; en 1896, en Tremezzo, en Auteil y en Choisy Ybrac; en 1897, en Nápoles, Roma, Montfor y Budeso; en 1898, en París, en presencia de un comité científico, compuesto de los señores Flammarion, Carlos Roch, A. de Rochas, Victoriano Sardou, Julio Claretie, Adolfo Bisson, G. Delanne, G. de Fontenay y otros; en 1901, en el Club Minerva, de Génova, en presencia de los profesores Porro, Morselli, Bozzano, Benzzano, Lombroso, Massalo y otros. Hubo otras muchas sesiones de experimentación con asistencia de hombres científicos, tanto de Europa como de América. El profesor Chiaia, en su carta al profesor Lombroso, ya citada, da la siguiente pintoresca descripción de los fenómenos obtenidos con Eusapia:

«Se trata de una mujer casi inválida que pertenece a la clase más humilde de la sociedad. Tiene cerca de treinta años de edad y es muy ignorante; su aspecto no tiene nada de fascinador ni parece dotada del poder que los criminólogos modernos llaman irresistible; pero cuando así lo desea, lo mismo de día que de noche, puede tener cautivo a un auditorio una o dos horas con los más sorprendentes fenómenos. Ya atada a una silla o con las manos fuertemente cogidas por uno de los asistentes, atrae hacia sí los muebles que la rodean, los levanta, los mantiene suspendidos en el aire como el sepulcro de Mahoma, y hace que vuelvan a sus puestos con movimientos ondulatorios, como si obedecieran a su voluntad. Aumenta el peso de los mismos o lo disminuye a su gusto. Produce ruidos en las paredes y el suelo, con cadencia y ritmo sutil. Contestando a las preguntas de los espectadores, vense a veces efluvios de electricidad que surgen de su cuerpo y la envuelven, así como a los espectadores de tan maravillosas escenas. Escribe o dibuja en el papel que sujetáis con vuestras propias manos todo cuanto deseáis —números, nombres, figuras, frases— con sólo alargar el brazo y señalar hacia el lugar donde estáis.

»Si colocáis en un rincón de la habitación una vasija conteniendo escayola, al cabo de unos momentos notáis en ella la impresión de una mano o la imagen de un rostro (de frente o de perfil), en forma que os permite sacar luego el molde. De esta manera se han obtenido retratos de diferentes dimensiones.

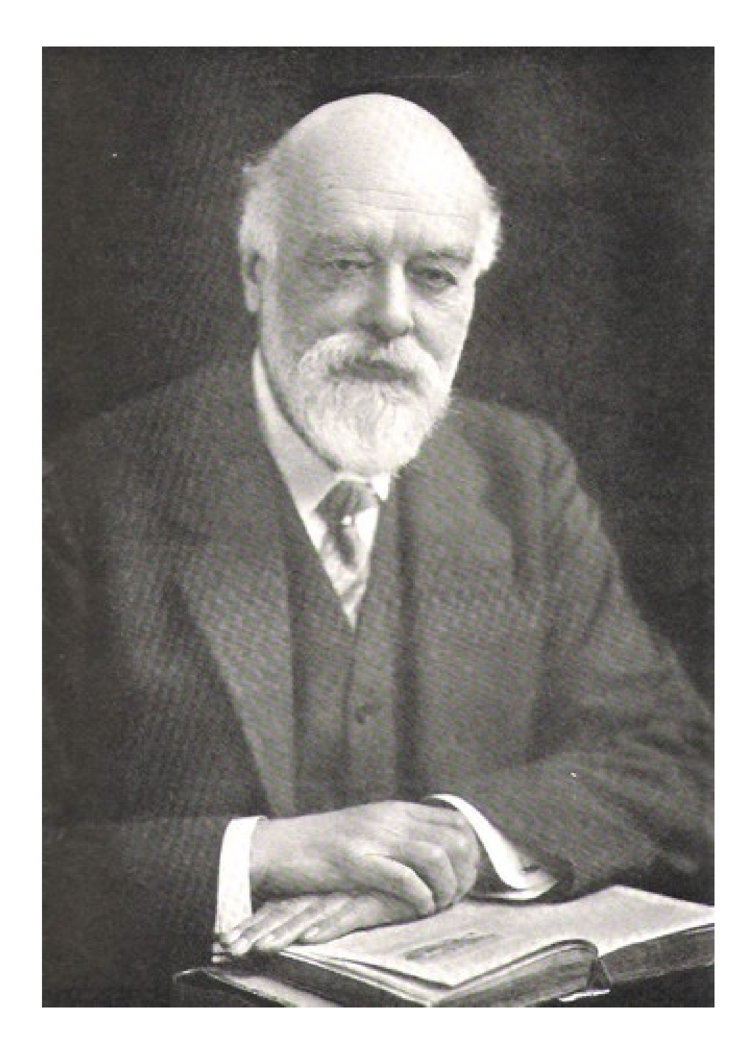
»Esa mujer se eleva en el aire, a pesar de todas las ligaduras con que se la ate. Reposa en el aire como en un lecho, contra todas las leyes de la gravedad; toca instrumentos musicales —órganos, tambores, campanillas—, sin que sus manos se posen en ellos, como si fueran accionados por el aliento de gnomos invisibles… A veces, esa mujer aumenta de estatura más de cuatro pulgadas».

El comité de Milán (1892), que investigó con Eusapia después que Lombroso, dice en su informe:

«Es imposible calcular el número de veces que apareció la mano y fue tocada por nosotros… No cabe duda alguna. Era una mano viviente, que veíamos y tocábamos, viendo al mismo tiempo el pecho y los brazos de la medium, cuyas manos sujetaban las personas que estaban a cada uno de sus lados».

Muchos fueron los fenómenos que se registraron a la luz de las bujías y de una lámpara de petróleo. Muchos también los ocurridos a plena luz, estando la medium en trance. El doctor Ochorowicz persuadió a Eusapia para que visitara Varsovia, en 1894. A los experimentos que allí se llevaron a cabo, asistieron eminentes hombres y mujeres pertenecientes a círculos científicos y filosóficos, obteniéndose parciales o completas levitaciones de mesas y muchos otros fenómenos físicos. En tales levitaciones, fueron visibles a plena luz los pies de la medium, estando sujetos por alguno de los asistentes, arrodillado debajo de la mesa.

Con referencia a las sesiones celebradas en casa del profesor Richet (en Ile Roubaud), 1894, Sir Oliver Lodge, dice en comunicación dirigida a la Sociedad Inglesa de Investigación Psíquica:



Sir Oliver Lodge

«Como quiera que se juzguen los hechos, estoy obligado a admitirlos. No hay en mi mente espacio para la duda. Toda persona exenta de prejuicios que los presencie, llegará a la misma conclusión, o sea que ciertas cosas que hasta ahora parecían imposibles, pueden ocurrir… El resultado de mis experiencias ha sido convencerme de que ciertos fenómenos que habían pasado por anormales, pertenecen al orden natural, y como corolario de ello, que tales fenómenos deben ser investigados por las personas y las sociedades interesadas en el progreso de la ciencia». (*Diario,* S. P. R., vol. VI, nov. 1894, págs. 334 − 360).

En la reunión en que fue leída la comunicación de Sir Oliver Lodge, Sir Villiams Crookes, llamó la atención del auditorio acerca de la semejanza de los fenómenos obtenidos por Eusapia Palladino con los de Home.

La comunicación de Lodge fue duramente criticada por el doctor Ricardo Hodgson, a la sazón en los Estados Unidos, y como consecuencia de ello, Eusapia Palladino y el Dr. Hodgson, fueron invitados a Inglaterra a una serie de sesiones que se verificaron en Cambridge, en casa de Mr. F. W. H. Myers,

durante los meses de agosto y septiembre de 1895. Los «Experimentos de Cambridge», según fueron llamados, no tuvieron éxito en su mayoría, pretendiéndose que se sorprendió a la medium repetidamente en fraude. Mucho se escribió por unos y otros en la aguda controversia que siguió a las sesiones. Baste decir que los observadores más competentes rechazaron el veredicto lanzado contra Eusapia, condenando, decididamente, los métodos adoptados por el grupo de los experimentadores.

Conviene recordar a este propósito que un periodista americano, con ocasión de la visita de Eusapia a aquel país, preguntó atrevidamente a la medium si había sido sorprendida alguna vez haciendo trampas. He aquí la franca contestación de Eusapia: «Muchas veces me han preguntado lo mismo. Hay personas que, al sentarse alrededor de la mesa, aguardan siempre trampas, y en resumidas cuentas, las ansían. Yo me encuentro en trance, y como nada ocurre, los otros se muestran impacientes, pensando en las trampas, nada más que en las trampas, con todo el cerebro concentrado en esa idea. Yo, es claro, contesto automáticamente, pero no siempre. Los impacientes esperan que realice lo que desean, y de ahí su descontento. Eso es todo».

Con respecto a la acusación de fraude lanzada por los experimentadores de Cambridge, hay que observar: primero, que como indicó el Dr. Hereward Carrington, varios experimentos llevados a cabo con el fin de repetir los fenómenos por medios fraudulentos, terminaron en el más completo fracaso casi siempre; segundo, que los asistentes a aquellas sesiones ignoraban en absoluto la existencia y producción de lo que pudiera llamarse «extremidad ectoplásmica», fenómeno ya observado antes en el caso de Slade y de otros mediums. Carrington dice: «Todas las objeciones hechas por la señora Sidgwick se vienen abajo si se supone que Eusapia materializa durante un cierto tiempo *un tercer brazo*, que es el que produce aquellos fenómenos y que luego es absorbido por su propio cuerpo al finalizar el experimento». Por extraño que pueda parecer, esa es la conclusión a que conducen abundantes pruebas. Ya en 1894, Sir Oliver Lodge vio lo que llama una «apariencia de extremidades suplementarias» que surgían del cuerpo de Eusapia o muy cerca de él. Con la seguridad que da a veces la ignorancia el *Diario de la Sociedad de Investigación Psíquica*, en el cual se publicó la comunicación de Sir Oliver, comentó la observación de éste en la forma siguiente: «Apenas es necesario decir que esos brazos “espiritistas” saliendo del cuerpo de la medium es *prima facie* una circunstancia que hace pensar en seguida en la trampa».

Pero posteriores investigadores científicos confirmaron plenamente la conjetura de Sir Oliver Lodge. Así, el profesor Bottazzi declaró:

«En otra ocasión, la misma mano se colocó en mi antebrazo derecho, sin apretarlo. Esta vez no sólo puse mi mano izquierda sobre ella, sino que miré, con lo cual pude ver y sentir al mismo tiempo: era una mano humana de color natural y sentí en la mía los dedos y el dorso de ella tibios, nerviosos, ásperos. *La mano se disolvió, y (lo vi con mis propios ojos) se hundió en el cuerpo de la señora Palladino, describiendo una curva*. Confieso que sentí dudas acerca de si la mano izquierda de Eusapia se había soltado de mi mano derecha para tocar mi antebrazo, pero me di cuenta en seguida de que esa duda no tenía fundamento, porque nuestras dos manos estaban aún en contacto como antes. Aunque todos los fenómenos que observé en las siete sesiones se borraran de mi mente, aquél resultaría siempre inolvidable para mí».

El profesor Galeotti, en Julio de 1908, vio claramente lo que llamó «duplicación de la mano izquierda de la medium», exclamando: «¡Veddos brazos izquierdos idénticos en apariencia! Uno sobre la mesita, y es el que toca el señor Bottazzi, y otro que parece surgir del hombro de la medium siendo absorbido nuevamente por su cuerpo. ¡Ved que no se trata de una alucinación!». En la sesión que se celebró en julio de 1905 en casa de M. Berisso, estando las manos de Eusapia bien vigiladas y visibles para todos los reunidos, el Dr. Venzano y otros de los presentes, «vieron distintamente una mano y un brazo cubierto por una obscura manga, salidos de la parte anterior y superior del hombro derecho de la medium». Otros testimonios parecidos sobre el mismo fenómeno, podríamos aportar aquí.

Como dato para el estudio de las complejidades de la mediunidad, especialmente la de Eusapia referiremos este caso: «En una sesión con el profesor Morselli, Eusapia fue sorprendida al desasir la mano que le tenía cogida el profesor y extenderla para alcanzar una trompeta que estaba encima de la mesar. Se le impidió realizar el acto, diciendo el informe acerca de este incidente»:

«En aquel momento, cuando la fiscalización era más rigurosa que nunca, la trompeta se levantó de la mesa y desapareció en la cabina, pasando entre la medium y el Dr. Morselli. Era indudable que la medium había intentado realizar con su Y mano lo que después hizo medianímicamente. Resultó inexplicable aquél inútil y tonto intento de trampa. No hay duda acerca del caso: la medium no pudo llegar con su mano hasta la trompeta, y aunque hubiera llegado, no le habría sido posible llevar ésta hasta la cabina, que estaba a sus espaldas».

Hay que observar que uno de los ángulos de la habitación tenía un cortinaje para formar lo que se llama la cámara o cabina (es decir, el espacio limitado donde el medium recoge la «fuerza») y que Eusapia, al revés de los otros mediums, se situaba fuera de dicho espacio a un pie de distancia del cortinaje, colocado detrás de ella.

La Sociedad de Investigación Psíquica decidió en 1895, que todos los fenómenos de Eusapia eran fraudulentos, de modo que no tenía ya por qué ocuparse más de ellos. Pero en el continente, grupo tras grupo de investigadores científicos, que adoptaban siempre las más rigurosas precauciones, siguieron avalando las facultades de Eusapia. Más tarde, en 1908, la Sociedad de Investigación Psíquica decidió proceder a nuevas comprobaciones con esa medium, designando para ello a tres de sus más escépticos miembros. Uno de ellos, Mr. W. W. Baggally, vocal del Consejo, había investigado los fenómenos psíquicos durante más de treinta y cinco años, y durante dicho tiempo —con excepción tal vez de algunos lances en una sesión con Eusapia, pocos años antes— jamás, según se dijo, presenció un solo fenómeno verdadero. «A través de todas sus investigaciones sólo descubrió trampas y nada más que trampas». Era además un hábil escamoteador. Otro de los miembros, Mr. Everad Feiling, secretario de la Sociedad, había también investigado durante diez años, pero «durante todo aquel tiempo jamás presenció un solo fenómeno que le pareciera definitivamente probado» con excepción, tal vez, de un caso en una de las sesiones con Eusapia. En fin, el tercero, Dr. Hereward Carrington, aunque había asistido a innumerables sesiones, podía decir también que «jamás había visto una sola manifestación de orden psíquico verdaderamente auténtica».

A primera vista, esta coincidencia entre los tres investigadores parece aplastante contra el espiritismo. Pero lo cierto es que, en la investigación con Eusapia Palladino, aquel trío de escépticos encontró su Waterloo. El relato de sus largas y pacientes investigaciones con la medium en Nápoles, lo hallará quien lo desee en la obra de Carrington «Eusapia Palladino y sus fenómenos» (1909).

Todas las investigaciones llevadas a cabo por los hombres de ciencia en el continente, distinguiéronse por su escrupulosidad. Ejemplo de ello es que el profesor Morselli anotó nada menos que treinta y nueve distintos tipos de fenómenos registrados en las sesiones con Eusapia Palladino.

Merecen ser mencionados algunos de los hechos ocurridos en aquellas sesiones, hechos que pueden clasificarse bajo la denominación de «pruebas irrefutables». Hablando de una sesión celebrada en Roma en 1894, y a la que

asistieron el profesor Richet, el Dr. Schrenck Notzing, el profesor Lombroso y otros, dice el informe correspondiente:

«Con el deseo de obtener el movimiento de un objeto sin contacto, colocamos un trozo de papel doblado en forma de A debajo de un vaso, y sobre un disco de cartón ligero… No habiendo tenido éxito en esta prueba no quisimos fatigar a la medium, y dejamos el aparato sobre la mesa grande, alrededor de la cual estábamos; luego nos sentamos cada cual en su puesto, alrededor de la mesa pequeña, no sin haber cerrado cautelosamente todas las puertas, cuyas llaves pedí a mis invitados que guardaran en sus bolsillos, para que no fuéramos acusados de no haber tomado todas las precauciones necesarias.

»La luz fue apagada. En seguida oímos resonar el vaso de cristal en nuestra mesa, y habiendo entonces encendido la luz, lo encontramos en medio de nosotros, pero invertido y cubriendo el trozo de papel; sólo había desaparecido el cartón. Fue en vano que lo buscáramos. La sesión había terminado. Acompañé a mis invitados hasta el recibimiento. M. Richet abrió la puerta —perfectamente cerrada por la parte interior— y cuál no sería su sorpresa viendo cerca del umbral al otro lado de la puerta, en la escalera, el disco que habíamos buscado durante tanto rato. Lo recogió y todos pudimos convencernos de que se trataba del mismo cartón que habíamos colocado debajo del vaso de cristal».

Otra sólida prueba es la que obtuvo M. de Fontenay fotografiando varias manos que aparecieron sobre la cabeza de Eusapia, y en una de esas fotografías pueden verse las manos de la medium fuertemente sujetas por los investigadores. Reproducciones de esas fotografías figuran en los «Anales de la Ciencia Psíquica» (abril, 1908, págs. 181 y sig.).

En la sexta y última sesión de la serie de Gónova, con el profesor Morselli, en 1906 − 7, se imaginó un procedimiento de los más eficaces contra toda posibilidad de fraude. La medium fue atada en un lecho con vendas fuertes y anchas, como las que se usan en los asilos para sujetar a los locos, insustituíbles para ligar fuertemente sin cortar la carne. Morselli, con su experiencia de alienista, realizó la operación, asegurando, sobre todo, los tobillos y las muñecas de Eusapia. Después de haber encendido una lámpara eléctrica de diez bujías, la mesa, que estaba libre de todo contacto, empezó a moverse apareciendo al propio tiempo luces y una mano. Luego se abrió la cortina de la cabina, viéndose a la medium que seguía tendida y atada con toda seguridad. «Los fenómenos —dice el informe— eran inexplicables,

considerando que la posición de la medium hacía imposible todo movimiento por su parte».

Podríamos referir aquí muchos casos de materializaciones realizados por Eusapia. Citaremos dos bien convincentes. Tomamos la primera de la obra del Dr. José Venzano, «Anales de Ciencia Psíquica». (Vol. VI, pág. 164, septiembre 1907). La luz de una bujía permitía ver el rostro de la medium: «A pesar de la escasez de la luz, podía ver a la Palladino y a todos los presentes. Súbitamente, noté que detrás de mí había una forma bastante alta, que inclinaba la cabeza sobre mi hombro izquierdo, sollozando tan fuertemente, que todos la oímos; la forma me besó repetidas veces. Observé claramente las líneas de su rostro y sentí su hermosa y abundante cabellera en contacto con mi mejilla izquierda: tuve, pues, la certeza de que se trataba de una mujer. Luego empezó a moverse la mesa, y por medio de la tiptología, dio el nombre de una persona perteneciente a la familia de uno de los presentes, totalmente desconocido para mí. Había muerto hacía algún tiempo y a causa de incompatibilidad de carácter con su familia, su vida se vio llena de disgustos. Hasta tal punto no esperaba yo aquella contestación tiptológica que, al principio, creí que se trataba de una coincidencia de nombres, pero mientras me hacía mentalmente esta reflexión, sentí una boca y un hálito caliente rozar mi oreja izquierda y murmurar en voz baja, en dialecto genovés, una serie de frases cuyo susurro podían oirlo los demás concurrentes. Eran frases entrecortadas por la congoja y con las que pedía perdón por el daño que había hecho, dando prolijos detalles relativos a las aludidas cuestiones de familia, que sólo podía reconocer la persona interesada. El fenómeno parecía tan real, que me vi obligado a contestar a aquellas frases. Pero apenas había pronunciado las primeras sílabas, cuando dos manos se posaron con delicadeza exquisita en mis labios para impedir que continuara. La forma díjome entonces: “Gracias”, me abrazó y besó y después desapareció».

El otro caso ocurrió en París, el año 1898, estando presente a la sesión M. Flammarion. M. Le Bocain, dirigiéndose a un espíritu materializado, díjole en lengua árabe: «Si eres realmente tú, Rosalía, la que estás entre nosotros, levántame el pelo de la cabeza tres veces seguidas». Diez minutos después, cuando M. Le Bocain había olvidado lo pedido, sintió que le levantaban el pelo tres veces, tal como había deseado. «Certifico —dice— este hecho, que constituyó al mismo tiempo para mí la prueba más convincente de la presencia de un espíritu familiar entre nosotros». Añade que huelga decir que Eusapia Palladino no conocía una palabra de árabe.

Muchos adversarios del espiritismo objetan que los testimonios en pro de los fenómenos ocurridos en las sesiones tienen poco valor porque los observadores ignoran, por lo general, los recursos de los embaucadores. En Nueva York, el año de 1910, en una sesión dada por Eusapia, el Dr. Carrington se hizo acompañar por Mr. Howard Thurston, al cual se consideraba como el más notable escamoteador de todo América. Mr. Thurston, que ató los pies y manos de la medium y dispuso de buena luz durante el experimento, escribe:

«Vi la elevación de la mesa… y estoy plenamente convencido de que los fenómenos que presencié no son obra de la trampa, ni fueron ejecutados con ayuda de pies, manos o rodillas».

Mr. Thurston ofreció regalar mil dólares a una institución benéfica si alguien probaba que aquella medium levantaba la mesa recurriendo a fraudes de cualquier especie.

Se preguntará cuál fue el resultado de tantos años de investigación realizada con aquella medium. Cierto número de hombres de ciencia sostienen que el «espíritu» es la última hipótesis a que hay que apelar cuando se busca la causa de los fenómenos obtenidos con Eusapia, y acuden a ingeniosas razones para explicarles, sin negarlos.

El coronel De Rochas los atribuye a la que llamó «exteriorización de la motricidad». M. de Fontenay habló de la teoría dinámica de la materia; otros creen en la «fuerza ecténica» en la «conciencia colectiva» y en la acción de la mente subsconciente, pero todos los casos que demostraron ser auténticos, en los que la actuación de una inteligencia independiente se hubo de revelar con toda claridad, hacen insostenibles todas aquellas explicaciones. Por ello otros experimentadores viéronse obligados a aceptar la hipótesis espiritista como la única que podía explicar todos los fenómenos de una manera racional. El Dr. Venzano dice:

«En la mayor parte de las formas materializadas que comprobamos con la vista, el oído o el tacto, hemos podido reconocer semejanzas con personas fallecidas, generalmente parientes nuestros, desconocidos para la medium y conocidos tan sólo de los que presenciábamos los fenómenos».

Carrington, por su parte, refiriéndose a la opinión de la señora Sidgwick, según la cual es inútil hablar de si los fenómenos tienen carácter espiritista o dependen de «alguna ley biológica desconocida», antes de que queden bien probados, escribe: «Debo decir que antes de organizar mis sesiones, participaba de la opinión de la señora Sidgwick… Pero ahora estoy plenamente convencido de que los fenómenos ocurren, y siendo esto así,

surge, naturalmente, ante mí, la necesidad de saber interpretarlos… Creo que la hipótesis espiritista, no sólo está justificada, sino que es la única capaz de explicar racionalmente los hechos». («Eusapia Palladino y sus fenómenos», por Hereward Carrington, página 250 − 1).

La mediunidad de Eusapia Palladino no fue más patente que la de otros, pero aventajó a todos en lo tocante a atraer la atención de hombres de responsabilidad moral y de nombradía cuyos escritos acerca de los fenómenos obtenidos tienen, naturalmente, mayor fuerza de convicción que los relatos de personas menos autorizadas.

Con Eusapia quedó demostrada la realidad de muchos hechos que la ciencia ortodoxa no aceptaba. Pero ya se sabe que es más fácil negar los fenómenos que explicarlos, lo que justifica perfectamente tan cómoda actitud.

Muchos consideraron que la mediunidad de Eusapia era tan sólo fruto de sus fraudes, conscientes o inconscientes. Con eso no hacen más que engañarse a sí mismos. Está, sí, fuera de duda que hubo simulaciones, y el mismo Lombroso las describe de la manera siguiente, a pesar de certificar y garantir la validez de la mediunidad de Eusapia:

«Muchas son las ingeniosas trampas de que se vale, tanto en estado de trance (inconscientemente) como fuera de él, por ejemplo: desprendiendo una de sus dos manos, sujetas por los investigadores, para mover objetos que están a su alcance; levantando lentamente las patas de la mesa con una de sus rodillas y uno de sus pies, y haciendo como que se arregla el cabello para arrancarse uno y dejarlo furtivamente en el platillo de un pesacartas a fin de que baje. Faifofer la sorprendió antes de comenzar una sesión, cogiendo solapadamente unas flores del jardín para fingir que eran “aportes”, aprovechando para ello la obscuridad de la habitación… Con todo, su más profunda pena consiste en que la acusen de fraude durante las sesiones, acusación, que, en efecto, es muchas veces injusta, porque estamos bien seguros ahora de que, por ejemplo, las extremidades fantasmales se añaden a su cuerpo contra la creencia que se abrigaba de que eran sus propias extremidades sorprendidas en el momento de hacer trampa».

En su visita a América, hacia el fin de su vida, es decir, estando ya muy en decadencia sus facultades, fue sorprendida en tan burdas trampas, ofendiendo de tal modo a los espectadores que éstos protestaron, pero Howard Thurston, el famoso prestidigitador, cuenta cómo en más de una ocasión logró que se la perdonara y continuó las sesiones, hasta obtener indudables materializaciones. Otro testigo de episodios de ese género, refiere que en el momento de echarla

en cara que movía con la mano los objetos que estaban a su alcance, otro objeto, al que le era imposible llegar, se movió solo.

Este es un caso muy peculiar, pues puede decirse con toda certeza que si ningún medium demostró nunca mejor que ella tener fuerzas psíquicas, tampoco ninguno aprovechó tanto las ocasiones para embaucar a la gente.

Eusapia padecía una depresión del hueso parietal, debida, según parece, a un accidente sufrido en su niñez. Tales defectos físicos son muchas veces correlativos con una fuerte mediunidad, como si el defecto corporal produjera lo que podría llamarse una dislocación del alma, con la facilidad de quedar libre ésta para una acción independiente. Así se explica también que la mediunidad de la señora Pipers fuera consecutiva a dos operaciones, y la de Home a una diatesis tubercular, aparte otros casos que podríamos citar. Era una histérica, violenta, desagradable; lo que no quiere decir que careciese de buenas cualidades. Lombroso afirma que tenía una «particular bondad de corazón que la impulsaba a gastar lo que ganaba con los pobres y los niños, y a sentir las desventuras de muchos desgraciados, al extremo de no dormir muchas noches pensando en ellos. La misma bondad de corazón hacía que amara y protegiera a los animales maltratados». Brindamos estas palabras del ilustre criminólogo a la atención de aquellos que creen que las fuerzas psíquicas son cosas del diablo.

CAPÍTULO XVI

GRANDES MEDIUMS DESDE 1870 A 1900: CARLOS H. FOSTER. —MADAME D’ESPERANCE. —GUILLERMO EGLINTON. —STAINTON MOSES

Hubo muchos mediums notables y conocidos en el período de 1870 a 1900. Ya hemos mencionado a D. D. Home, Slade y Monck. Otros cuatro cuyos nombres perdurarán en la historia del movimiento, son el americano C. H. Foster, Madame d’Esperance, Eglinton y el Rev. W. Stainton Moses. Vamos a dar una breve referencia de ellos.

Carlos H. Foster tuvo la fortuna de contar con un biógrafo que al mismo tiempo era un admirador, tanto que le llama «el más grande mediums espiritistas desde Swedenborg». Hay la tendencia por parte de los escritores a exagerar las facultades de los mediums con quienes estuvieron en contacto. No obstante, Mr. Jorge C. Barlett, el autor a que aludimos, prueba en su libro «El vidente de Salem» que Foster, con quien tuvo amistad, fue realmente un medium muy notable. Su fama no se limitó a América, pues viajó intensamente, visitando Australia y la Gran Bretaña. En este último país hizo amistad con Bulwer Lytton, estuvo en Knebworth, y quedó convertido por el novelista en el personaje más saliente de su obra, «Un cuento extraño».

Foster fue un vidente de primera fuerza, estando dotado del don especial de obtener el nombre o las iniciales de los espíritus evocados. Aquel fenómeno lo repitió tantas veces y fue tan meticulosamente examinado, que no puede ponerse en duda. Cuál pueda ser su causa, es ya otra cuestión. Había varios puntos en la mediunidad de Foster que sugerían la existencia de una vasta personalidad medianímica, mejor que la de una sola inteligencia exterior. Por ejemplo, es francamente increíble que los espíritus de los grandes desaparecidos como Virgilio, Camoens y Cervantes, estuvieran esperando la llegada de aquel iletrado ciudadano de Nueva Inglaterra para romper su silencio, y no obstante tenemos la autoridad de Bartlett a favor del hecho, ilustrado con varias citas, de que mantuvo conversación con tales

entidades, las cuales se hallaron prontas a dictarle pasajes escogidos de sus numerosas obras.

Tal caso de familiaridad con la literatura, completamente en desacuerdo con la capacidad del medium, se parece al de los libros de consulta tan frecuentes en estos tiempos, en los que vemos la cita de una línea de cada uno de los libros de toda una biblioteca. No es precisa la presencia efectiva del autor de cada volumen; basta un indefinido poder para desprender el yo etéreo del medium, u otra entidad capaz de reunir los informes o referencias deseados en una forma sobrenatural. Los espiritistas han extremado tanto el caso, que realmente no es posible atribuir a todos los fenómenos psíquicos el valor que ellos les dan. El autor confiesa que con mucha frecuencia nada ha podido impedir a un medium consultar y enterarse de las obras que cita.

La facultad peculiar de Foster relativa a los nombres de los espíritus, tuvo algunos resultados cómicos. Bartlett describe la consulta hecha por Mr. Adams a Foster: «Al marcharse Adams, dijo Foster que jamás en toda su larga experiencia medianímica había conocido individuo con más espíritus parientes… hasta el punto de que la habitación estaba llena de ellos, yendo y viniendo de un lado para otro. A eso de las dos de la madrugada del día siguiente, Foster vino a visitarme… diciéndome: “Jorge, ¿quiere usted hacer el favor de encender el gas? No puedo dormir; todavía tengo mi habitación llena de la familia de Adams y parece que están dedicados a poner sus nombres sobre mí”. Y con gran asombro mío apareció ante mi vista toda una serie de nombres de la familia Adams estampados sobre su cuerpo. Conté hasta once nombres distintos, uno escrito en la frente, otros en los brazos y varios en la espalda». Tales acontecimientos pueden servir para dar pábulo a los que se burlan de todo, pero yo creo que quienes se reirán más y mejor son los entes del Más Allá.

Ese don de la aparición de letras rojas como sangre en la piel de Foster, puede compararse al conocido fenómeno de los estigmas que aparecen en las manos y los pies de los grandes devotos cuando se sumen en profundas adoraciones. En el caso de éstos, la concentración del pensamiento sobre un punto determinado da esos resultados. En el de Foster podía ser que la concentración de una entidad invisible produjera igual efecto. No hay que olvidar que todos somos espíritus, y como tales tenemos las mismas fuerzas, aunque en grado diferentes.

Las opiniones de Foster acerca de su propia condición, fueron muy contradictorias, pues frecuentemente declaró, como Margarita Fox-Kane y los Davenport, que él no aseguraba que sus fenómenos fueran obra de entes

espirituales, mientras, por otra parte, todas sus sesiones eran ofrecidas como si realmente estuvieran bajo la dirección de un espíritu. Lo mismo que D. D. Home, abundó en críticas contra los demás mediums, y, por ejemplo, jamás creyó en las facultades fotográficas de Mumler, a pesar de que tales facultades estaban tan demostradas como las suyas propias. Tuvo en grado exagerado el espíritu inconstante de los mediums típicos, fácilmente sometidos a toda clase de influencias. Su amigo Bartlett, que tan bien le conocía, dice hablando de él:

«Había en él un dualismo extravagante. No era únicamente el Dr. Jekyll y Mr. Hyde a la vez, sino que encarnaba al mismo tiempo media docena de Jekylls y de Hydes. Junto a maravillosas dotes tenía horribles deficiencias. Era un genio sin equilibrar y hasta un lunático a veces. Por otra parte, tenía un gran corazón; lloraba por cualquier contrariedad, daba su dinero a los pobres, y todas las fibras de su sensibilidad vibraban con la desgracia ajena.

»Otras veces ocurría todo lo contrario y se mostraba un perfecto desalmado. Se volvía displicente, o con la inconsciencia de un niño; abusaba de sus amigos sin la menor consideración. Disgustó a muchos de ellos, como un caballo indómito a su jinete; en este sentido puede decirse que Foster era un caballo sin riendas. Si por un lado no tenía vicios, por otro era absolutamente imposible de dirigir. Escogía el primer camino que se presentaba a su vista, aunque fuera el peor. No tenía la menor previsión, por lo que vivía al día, sin preocuparse del mañana. Hacía exactamente lo que le venía en gana, sin reparar en las consecuencias. Jamás tomaba consejo del prójimo, sencillamente porque le era imposible seguirlo. Parecía impenetrable para los demás, aunque a veces se acomodaba al menor deseo ajeno. Su salud se conservó buena hasta el final de sus días. Cuando se le preguntaba: "¿Cómo va esa salud?", su contestación favorita, era: "Excelente. Estoy que reviento de salud". La misma contradictoria naturaleza que en lo demás demostró en sus trabajos. Algunos días trabajaba desde por la mañana hasta las altas horas de la noche, bajo un tremendo esfuerzo mental. Y otras veces estaba semanas enteras en la inacción, sin hacer nada absolutamente, gastando centenares de dólares y desorientando a la gente, sin razón aparente alguna, sencillamente porque se sentía holgazán».

El segundo medium a que nos vamos a referir, es Madame d'Esperance, cuyo verdadero nombre fue señora Hope, la cual nació en 1849, cultivando la mediunidad durante treinta años, y extendiendo sus actividades a todo el continente europeo y a la Gran Bretaña. Quien primero la dio a conocer al público fue T. P. Barkas, conocido ciudadano de Newcastle. En aquella

época, la medium era una joven de mediana ilustración. Sin embargo, cuando estaba en semitrance, llegaba a un alto grado de sabiduría y conocimiento. Barkas relata cómo preparaba él largas listas de preguntas referentes a todos los ramos del saber, siendo las contestaciones rápidamente escritas por la medium generalmente en inglés, pero también a veces en alemán y hasta en latín. Mr. Barkas, al describir aquellas sesiones, dice:

«Debe admitirse por todo el mundo que nadie por medios normales puede contestar con todo detalle a cuestiones abstrusas pertenecientes a los más difíciles ramos de la ciencia completamente desconocidos por parte del que contesta; debe además admitirse que nadie puede normalmente ver y dibujar con precisión minuciosa en una obscuridad completa; que nadie, con los medios naturales de la visión puede leer el contenido de cartas cerradas, en plena obscuridad; que nadie que desconozca en absoluto el alemán, puede escribir con rapidez y propiedad largas comunicaciones en alemán. Pues bien, todos esos fenómenos los realizó la medium, y están tan bien demostrados, como puedan estarlo los sucesos corrientes de la vida diaria».

Sin embargo, no siendo aún conocidos los límites a que puede llegar la fuerza que produce la liberación total o parcial del cuerpo etéreo, no podemos atribuir tales manifestaciones a la intervención de los espíritus. Es posible que no sean más que una manifestación notable de la individualidad psíquica.

Pero la fama de Madame d’Esperance como medium tiene por base varios dones que eran de naturaleza más indudablemente espiritista. Ella misma nos da su descripción en el libro que escribió con el título de «Tierra sombría», obra que figura, junto con la de A. J. Davis, «Dirección mágica» y la de Turvet, «Los principios de la videncia», entre las más notables autobiografías psíquicas de nuestra literatura. La obra da una firme impresión de sinceridad.

En ella se narra de qué manera desde su más tierna niñez jugaba con los espíritus infantiles, que se le aparecían con tanta realidad como si fueran vivientes. Tal poder de clarividencia lo conservó durante toda su vida, con el aditamento del raro don de las materializaciones. El libro citado contiene fotografías de Yolanda, una hermosa joven árabe, que fue para esa medium lo que Catalina King para Florencia Cook. El espíritu de aquella joven se materializaba, a veces, estando Madame d’Esperance sentada fuera de la cabina, en presencia de todos los concurrentes, de manera que la medium podía ver su propia emanación, tan íntima y, sin embargo, tan distinta. He aquí su propia descripción:

«Su ligera vestidura permitía ver claramente el color aceitunado de su cuello, sus hombros, brazos y caderas. La larga y ondulada cabellera negra

caía por sus espaldas hasta más abajo de la cintura. Era pequeña, esbelta y graciosa, con ojos, negros grandes y vivos; recuerdo muy bien sus movimientos graciosos una vez que la vi medio transparente, medio corpórea, deslizándose entre las cortinas como una cervatilla».

Hablando de sus sensaciones durante las sesiones, Madame d’Esperance dice que parecía como si una telaraña se tejiera entre su rostro y sus manos. Cuando penetraba la más leve luz entre las cortinas de la cabina, veía una masa blancuzca, confusa, flotando como el vapor de una locomotora, y de la cual emanaba una forma humana. En cuanto aparecía lo que llama telaraña, comenzaba a sentir en su cuerpo una sensación de vacío y parecía que se le disolvían brazos y piernas.

El ruso Alejandro Aksakof, famoso investigador psíquico y director de los Estudios Psíquicos, ha descrito en su libro «Un caso de desmaterialización parcial» una extraordinaria sesión en la cual el cuerpo de esta medium fue parcialmente disuelto. Comentándolo, observa: «El hecho frecuentemente registrado de la semejanza de la forma materializada con la del medium, tiene aquí su explicación natural. Como esa forma no es sino una duplicación del medium, es natural que tenga todos sus rasgos».

Como dice Aksakof, esto puede ser natural, pero es igualmente natural que ello provoque las burlas de los escépticos. Sin embargo, una larga experiencia de casos de ese género debería convencerles de que es verdad lo que el sabio ruso afirma. El autor ha asistido a sesiones de materialización en las cuales vio duplicaciones del rostro del medium con tanta claridad, que estuvo a punto de denunciarlas como fraudulentas, pero con paciencia y a fuerza de acumulación de energía psíquica, vio luego el desarrollo de otros rostros que no había manera de confundir. En algunos casos le pareció también que las potencias invisibles (que a menudo producen sus efectos sin cuidarse de las falsas interpretaciones a que puedan dar lugar) utilizaban el rostro físico del medium inconsciente y lo adornaban con apéndices ectoplásmicos para transformarlo. En otros casos puede creerse que el desdoblamiento etéreo del medium, es base de una nueva creación. Así pudo ocurrir con Catalina King, que a veces se parecía a Florencia Cook en la cara, mientras que se diferenciaba en absoluto de ella en la estatura y color.

Otras veces los rostros materializados son completamente distintos. El autor ha presenciado las tres fases de la construcción de un espíritu con la medium americana Miss Ada Besinnet, cuyo rostro ectoplásmico tomó el aspecto de un piel roja musculoso y bien desarrollado. La historia de Madame d’Esperance corresponde exactamente a tales variedades de poder. Mr.

Guillermo Oxley, compilador de la notable obra en cinco volúmenes «Revelaciones angélicas», describe en ella la producción de veintisiete rosas en una sesión de esta medium y de la materialización de raras plantas. He aquí sus palabras:

«Al día siguiente pude obtener la planta (*ixora croata*), de la que saqué una fotografía, y llevé dicha planta a mi casa, donde la puse en el invernadero bajo el cuidado del jardinero. Vivió por espacio de tres meses y, al cabo de ese tiempo, se mustió. Guardé varias hojas y regalé otras, de las que el jardinero cortó de la extremidad del tallo, al trasplantarla».

En sesión que se celebró el 28 de junio de 1890, en presencia de Aksakof y del profesor Butlerof, de San Petersburgo, fue materializado un lirio dorado de siete pies de altura. Se conservó por espacio de una semana durante la que se tomaron seis fotografías, después de lo cual se desvaneció. Una de las fotografías se reprodujo en la obra «Tierra sombría» (página 328).

Otro fenómeno que provocó la mayor admiración de cuantos lo presenciaron, fue la producción de una forma femenina algo menor que la medium, y conocida bajo el nombre de Y-Ay-Alí. Acerca de ella dice Mr. Oxley: «He visto muchas materializaciones de espíritus, pero por la perfección, la simetría del conjunto y belleza, jamás vi cosa igual». La figura entregó a Míster Oxley una planta que también había sido materializada, y luego se echó hacia atrás el velo. Le besó la mano y tendiole a su vez la suya, que Mr. Oxley besó igualmente.

«Como se había interpuesto entre los rayos de luz, pude verla perfectamente el rostro y las manos. Causaba deleite contemplar su conjunto; las manos, sobre todo, eran suaves, tibias y perfectamente naturales, y a no ser por lo que ocurrió a continuación, habría creído que tenía entre las mías la mano de una dama encarnada permanentemente, del todo natural, y además exquisitamente hermosa y pura».

Luego explica cómo se retiró, a dos pasos de la medium, «a la vista de todo el mundo», desmaterializándose gradualmente, como si se disolviera empezando por los pies hasta quedar sólo la cabeza emergiendo del suelo. La cabeza, a su vez, fue desvaneciéndose y dejando una nubecilla blanca, la cual, al cabo de uno o dos segundos, desapareció también.

En la misma sesión se materializó la forma de un niño que vino a colocar tres dedos de su manecita sobre Mr. Oxley. Este cogió la mano del niño y la besó.

Mr. Oxley registra así mismo otro experimento notable y de alto valor probatorio. Mientras Yolanda, la joven árabe, estaba hablando con una señora

presente a la sesión, «la parte superior de su vestidura blanca se desprendió y dejó al descubierto sus formas. Parece que eran imperfectas, pues el pecho estaba sin desarrollar y la cintura sin curva, lo cual constituía una prueba más de que la forma no era una simulación». Y pudo añadir que tampoco era la del medium.

Escribiendo acerca de «Cómo siente un medium durante las materializaciones», Madame d'Esperance arroja alguna luz sobre la curiosa simpatía que se establece entre el medium y la forma espiritual. Describe una sesión en la cual estuvo actuando fuera de la cabina, y dice «Medium y Aurora», 1893, página 46):

«Y ahora aparece otra forma pequeña y delicada, con sus bracitos extendidos. Alguien, situado al extremo del círculo de los presentes, se acerca a ella y se abrazan. Oigo gritos de "Ana¡oh! Ana, hija, hijita mía". Luego se levanta otra persona y echa sus brazos al cuello del espíritu, mientras oigo sollozos y exclamaciones mezclados con parabienes. Siento mi cuerpo movido de un lado a otro; todo se obscurece a mi vista. Siento unos brazos sobre mis hombros y el latir de un corazón sobre mi pecho. Percibo que algo raro ocurre. Y nadie está junto a mí, nadie repara en mí lo más mínimo. Todas las miradas se concentran en aquella pequeña figura, blanca y esbelta, que está en los brazos de dos señoras de las presentes.

»Sin duda es mi corazón el que late tan distintamente, y son los brazos de otro ser los que me abrazan; jamás he sentido un abrazo tan efusivo. Comienzo a desvariar. ¿Quién soy yo? ¿Soy la aparición blanca o soy la persona que está sentada en la silla? ¿Son míos los brazos que están al cuello de esa niña o los que, están sobre mi pecho? ¿Soy yo el fantasma, y en ese caso cómo hay que llamar al ser que está en la silla?

»Mis labios han sido besados, con toda seguridad; mis mejillas están húmedas de las lágrimas abundantemente derramadas por las dos mujeres. Pero ¿cómo puede ser esto? Esa sensación de la duda acerca de la propia identidad es espantosa. Deseo alargar una de las manos que descansan sobre mi seno, y no puedo. Deseo tocar a alguien para estar perfectamente segura de si soy yo o únicamente un sueño; si Ana es yo o si yo me he desvanecido en ella, pero no lo logro».

Mientras la medium se halla en tal estado de duda, otro espíritu infantil que se ha materializado, aparece y desliza sus manos entre las de Madame d'Esperance:

«Me siento feliz percibiendo ese contacto, aun viniendo de un niño. Mis dudas acerca de quién soy y dónde estoy, han desaparecido. Y mientras estoy

bajo esa impresión, la forma blanca de Ana desaparece en la cabina, y la de las dos mujeres vuelven a sus sitios, llorosas, temblando de emoción, pero intensamente felices».

Nada tiene de sorprendente que cuando uno de los asistentes a otra de las sesiones de Madame d'Esperance, asió la figura materializada, declarara que era la misma medium. Acerca de este particular es interesante conocer la opinión siguiente de Aksakof («Un caso de desmaterialización parcial», pág. 181):

«Se puede asir la forma materializada y mantenerla cogida creyendo con seguridad que se coge a la medium misma en carne y hueso; y no obstante, no puede decirse que esto sea una prueba de fraude. Puede ocurrir el desdoblamiento de la medium hasta el grado de que sólo quede en la silla, detrás de la cortina, un *simulacro invisible* de ella. Es obvio que ese simulacro —pequeña parte fluida y etérea —será inmediatamente absorbido por la forma ya densamente materializada, a la que nada falta puesto que es la propia medium más que el dicho fluido invisible».

M. Aksakof, en la «Introducción que puso al libro Tierra sombría», de Madame d'Esperance, paga a ésta un preciado tributo como mujer y como medium, diciendo que estaba tan interesada como él mismo en el hallazgo de la verdad, por lo que se sometió a todas las pruebas que él le pidiera.

Un episodio interesante en la vida de Madame d'Esperance, fue haber conseguido reconciliar al profesor Friese, de Breslau, con el profesor Zöllner, de Leipzig. Se había roto la relación entre ambos amigos a causa de la profesión de espiritismo hecha por Zöllner, pero la medium inglesa logró dar tales pruebas a Friese, que éste ya no impugnó las ideas de su amigo.

En el curso de los experimentos de Mr. Oxley con Madame d'Esperance, fueron tomados moldes de manos y pies de figuras materializadas con las partes de las muñecas y de los tobillos, muy ceñidas para que no pudieran salir del molde las extremidades si no era por desmaterialización. Esto ocurrió en 1876 con el mismo éxito que más tarde había de hacerse en París (1922) con el medium Kluski, pasando el invento del notable investigador inadvertido para todos, menos para la prensa psíquica.

La última etapa de la vida de Madame d'Esperance transcurrió casi siempre en Escandinavia, amargada por su mal estado de salud, efecto en gran parte del disgusto que causó a la medium la «denuncia» de supuesto fraude hecha por un atolondrado observador en Helsingfors el año de 1893. Nadie ha pintado mejor que ella el sufrimiento de los mediums ante la ignorancia del mundo que les rodea. El último capítulo de su libro lo dedica a ese tema,

diciendo: «Ya hoy el mundo es mejor que fue antes, y creo posible que los encargados de continuar mi labor en la generación próxima, no tengan que combatir, como yo he combatido, contra el fanatismo y los duros juicios de nuestros adversarios».

Cada uno de los mediums objeto de este capítulo, tuvo uno u más libros consagrados a su labor. Sobre Guillermo Eglinton, de quien ahora hablaremos, hay un notable volumen, «Entre dos mundos», por J. S. Farmer, que abarca casi toda su vida.

Eglinton nació en Islington el 10 de julio de 1857, y tras un corto período escolar, entró al servicio del negocio de impresión y edición, que explotaba un pariente. Desde niño reveló una vivísima imaginación, siendo soñador y sensitivo, pero, al revés de muchos otros grandes mediums, no mostró en su niñez signo alguno que revelara sus facultades psíquicas. En 1874, a los diez y siete años, Eglinton entró en el círculo familiar donde su padre investigaba los fenómenos del espiritismo. Hasta entonces el círculo no había obtenido ningún resultado, pero el día en que ingresó el joven la mesa se elevó del suelo, tanto, que los presentes tuvieron que ponerse en pie para continuar teniendo sus manos sobre el mueble. Fueron contestadas a satisfacción de los presentes cuantas preguntas se formularon. En la sesión de la velada siguiente el joven cayó en trance, y empezaron a recibirse comunicaciones de su madre fallecida. En pocos meses se desarrolló su mediunidad con manifestaciones cada vez más notables. Se extendió su fama de medium, recibiendo numerosas demandas de sesiones, pero se opuso a todas las instancias que se le hicieron para que se convirtiese en medium profesional, hasta que finalmente se decidió a serlo en 1875.

Eglinton expone en la forma siguiente sus ideas y sentimientos al comenzar su actuación como medium:

«Mis hábitos antes de entrar en la nueva vida, eran los de un muchacho siempre alegre; pero desde que me encontré en presencia de los “investigadores” se infiltró en mí una sensación extraña y misteriosa que ya no debía abandonarme. Me senté a la mesa el primer día decidido a que si ocurría algo extraño yo podría evitarlo. Y, en efecto, ocurrió, pero no pude impedirlo. La mesa comenzó a dar señales de vida y de fuerza; se levantó del suelo súbitamente, elevándose en el aire, al extremo que tuve que levantarme para llegar a ella. Todo esto ocurría a plena luz de gas. Más tarde contestó con toda exactitud a las preguntas que se le dirigían, transmitiendo a las personas presentes varias comunicaciones de prueba.

»A la noche siguiente, asistimos llenos de emoción a las nuevas manifestaciones, aún más numerosas, pues la noticia de que “habíamos visto y hablado con los espíritus” cundió rápidamente, junto con otras parecidas.

»Después de leer la oración acostumbrada, me pareció que ya no era yo de este mundo. Experimenté una sensación extática, y caí en trance. Todos mis amigos eran novicios en la materia, y apelaron a varios medios para volverme en mí, sin el menor resultado. Al cabo de media hora recobré los sentidos, sintiendo un gran deseo de volver a sumirme en el estado anterior. Obtuvimos comunicaciones, que fueron estimadas como concluyentes, según las cuales el espíritu de mi madre había vuelto a nuestro lado… Entonces comencé a comprender cuán vacía y superficial había sido mi vida pasada, y sentí un placer indescriptible al saber, sin el menor género de duda, que los que se fueron de este mundo pueden volver a él para demostrarnos la inmortalidad del alma. En el quietismo de nuestro círculo familiar… disfrutamos hasta el más alto grado de la comunicación con los desaparecidos, y muchas son las horas felices que esto nos produjo».

En dos aspectos se parecía su trabajo al de D. D. Home. El primero, que sus sesiones tenían lugar, generalmente, a plena luz, y siempre se sometía con la mejor voluntad a las pruebas que se le proponían. El segundo, que los resultados de sus sesiones fueron observados y recogidos por hombres eminentes y muy buenos testigos críticos.

Eglinton, como Home, viajó mucho, y su mediunidad fue estudiada en numerosos sitios. En 1878, se embarcó para el África Austral, y el año siguiente pasó a Suecia, Dinamarca y Alemania. En febrero de 1880 estuvo en la Universidad de Cambridge, dando sesiones bajo los auspicios de la Sociedad Psicológica. En marzo del mismo año se fue a Holanda y de allí a Leipzig, celebrando sesiones, a las que asistieron el profesor Zöllner y otros miembros de aquella Universidad. Siguieron Dresde, Praga y Viena, dando en esta última treinta sesiones, a las cuales concurrieron muchos miembros de la más alta clase social. En Viena fue huésped del barón de Hellenbach, conocido autor, que en su libro «Prejuicios de la Humanidad», describió los fenómenos allí registrados. Después de regresar a Inglaterra partió para América, el 12 de febrero de 1881, permaneciendo allí unos tres meses. En noviembre del mismo año marchó a la India, y después de dar numerosas sesiones en Calcuta, regresó en abril de 1882. En 1883 visitó París, y en 1885 volvió a Viena y París. Posteriormente hizo una visita a Venecia, la cual describió «como verdadera Meca del espiritismo».

En París, Eglinton encontró al famoso artista M. Tissot, con quien tuvo una sesión, visitándole luego en Inglaterra. Tissot ha inmortalizado en un cuadro titulado «Aparición medianímica», una notable sesión de materialización, en la cual aparecieron dos figuras, una de las cuales era una señora, pariente del artista. El cuadro, de Tissot, verdaderamente hermoso, una de cuyas copias está expuesta en el domicilio de la Alianza Espiritista, de Londres, muestra a las dos figuras iluminadas por las luces sobrenaturales que llevan en las manos. Tissot ejecutó además un retrato del medium, que ilustra la portada del libro de Farmer, «Entre dos mundos».

Un ejemplo típico de su primera mediunidad física está dado por Miss Kislingbury y el Dr. Carter Blake en *El Espiritista* de 12 de mayo de 1876. Las mangas de la chaqueta de Mr. Eglinton fueron cosidas detrás de la espalda, cerca de la cintura, con hilo de algodón blanco, muy fuerte; la comisión encargada de tomar esas precauciones, ató luego al medium a la silla, pasándole una cinta por el cuello y colocándole muy junto y detrás de la cortina de la cabina, frente a los concurrentes, con los pies y las rodillas visibles. Delante del medium, fuera de la cabina y a la vista de los asistentes, púsose una mesita y encima de ella varios objetos; un instrumento de cuerdas fue colocado invertido sobre sus rodillas junto con un libro y una campanilla de mano. Al cabo de unos instantes, las cuerdas del instrumento pusiéronse a vibrar, aunque ninguna mano visible las tocara; el libro colocado enfrente de los asistentes, se abrió y cerró gran número de veces, de modo que todos pudieron darse cuenta exacta del experimento; y la campanilla se puso a sonar sin que nadie la levantara ni agitase. Una caja de música que se situó luego cerca de la cortina, de modo perfectamente visible, comenzó a tocar estando la tapa cerrada.

A través de la cortina veíanse dedos y manos extendidos. Un instante después de estas últimas apariciones, el capitán Rolleston, que estaba entre los presentes, fue invitado a pasar la mano a través de la cortina y verificar si las ataduras y los cosidos permanecían intactos. El capitán comprobó que así era, en efecto, y lo mismo hicieron más tarde otros señores.

Era aquélla una de las sesiones experimentales dadas bajo los auspicios de la Asociación Británica de Espiritistas, en su local social, 38, calle Great Russell, de Londres. Refiriéndose a ellas *El Espiritista*, dijo (12 de mayo de 1876):

«Las manifestaciones probatorias llevadas a cabo con Míster Eglinton son de gran valor, no porque otros mediums no puedan obtener los mismos resultados concluyentes, sino porque en este caso han sido observados y

registrados por críticos de calidad cuyo testimonio es de mucho peso ante el público».

Al principio, las materializaciones de Eglinton eran obtenidas sólo a la luz de la luna, estando todos los presentes alrededor de la mesa y con supresión de la cabina. Además, el medium se hallaba generalmente en estado consciente. Actuó con aquella luz, inducido a ello, por un amigo que había asistido a una reunión con un medium profesional, y ya desde entonces se creyó obligado a continuar de la misma manera.

Una característica de sus sesiones de materialización era el hecho de sentarse entre los presentes, quienes le tenían sujetas las manos. Bajo tales condiciones, fueron vistas formas completas, materializadas, con luz suficiente para que los reunidos las examinaran bien.

En enero de 1877, Eglinton dio en Londres una serie de sesiones no profesionales en el domicilio de la señora Makdougall Gregory (viuda del profesor Gregory, de Edimburgo). A ellas asistieron Sir Patrick y Lady Colquhoun, Lord Borthwick, Lady Jenkinson, Rev. Mauricio Davies, Lady Archibald Campbell, Sir Guillermo Fairfax, Lord y Lady Mount-Temple, general Brewster, Sir Garnet y Lady Wolseley, Lord y Lady Avenmore, profesor Bleckie y muchos otros. Míster W. Harrison, director de *El Espiritista*, describe así una de aquellas sesiones (*El Espiritista*, 23 febrero 1877):

«En la noche del lunes último, diez o doce amigos nos reunimos alrededor de una mesa circular, con las manos juntas, quedando el medium, Mr. W. Eglinton entre dos de los asistentes. No había en la habitación más personas que los sentados a la mesa. Un fuego mortecino daba una luz mitigada, que sólo permitía ver el perfil de los objetos. El medium hallábase sentado en la parte de la mesa más cercana al hogar, es decir, de espaldas a la luz. Lentamente surgió del suelo una forma con el aspecto y las proporciones de un hombre, hasta el nivel de la mesa, y a la distancia de un pie, detrás del codo derecho del medium. La persona, inmediatamente más cercana, era la señora Wiseman. La forma aparecía cubierta con una vestidura blanca, pero no podía vérsele el rostro. Como estaba junto al fuego, los concurrentes más próximos a la forma podían verla más distintamente, y como eran cuatro o cinco, no podía decirse que la aparición fuera resultado de impresiones subjetivas. La forma, después de elevarse hasta el borde de la mesa, se hundió y ya no volvió a aparecer como si hubiera agotado todas sus fuerzas. Mr. Eglinton hallábase en casa ajena y vestido de frac. Era aquélla una manifestación que no podía ser producida por medios artificiales».

Otra reunión descrita por Mr. Dawson Rogers presentó características notables. Tuvo lugar el día 17 de febrero de 1885, en presencia de catorce investigadores. Aunque se usó un cuarto interior a guisa de cabina, Mr. Eglinton no la ocupó, sino que se colocó entre los concurrentes sentados formando semicírculo. En tales condiciones se materializó una forma que circuló entre los presentes estrechándoles las manos. Luego la forma se acercó a Mr. Eglinton, a quien sujetaba Mr. Rogers para evitar que cayera, y cogiéndole por los hombros le llevó consigo a la cámara que hacía oficio de cabina. Mr. Rogers dice: «La forma era la de un hombre, varias pulgadas más alto y de más edad que el medium. Llevaba puesta una vestidura blanca flotante; parecía lleno de vida y animación y en ciertos momentos estuvo a más de diez pies de distancia del medium».

Es muy interesante una fase de la mediunidad de Eglinton conocida por «Psicografía», o escritura sobre pizarra, acerca de la cual hay multitud de testimonios. Lo digno de notar es que durante más de tres años estuvo dando sesiones sin producir ni un rasgo de escritura. Sólo a partir del año 1884 concentró sus fuerzas para aquella forma de manifestación, considerada como la más adaptada a los principiantes, sobre todo en las sesiones efectuadas en plena luz. Eglinton, al negarse a dar una sesión de materialización ante cierto número de investigadores sin experiencia, alegó las siguientes razones: «Sostengo que el medium está colocado en una posición de mucha responsabilidad, y que por eso tiene la obligación de satisfacer sólo hasta el límite de lo posible, a quienes a él acuden. Ahora bien, mi experiencia, que es mucha y muy variada, me ha conducido a la conclusión de que ningún escéptico por honrado o de buena fe que sea, puede ser convencido en una sesión de materialización, y lo que ocurre en esos casos es que el escepticismo de los tales se hace mayor y el medium queda desacreditado. Otra cosa bien distinta ocurre en un círculo de espiritistas bien armonizados y lo suficientemente avanzados para presenciar tales fenómenos con quienes siempre encuentro placer en reunirme. Los neófitos deben ser preparados por otros métodos. Si nuestros amigos gustan de asistir a una sesión de escritura sobre pizarra, me complacerá satisfacerles; pero de otra clase no, por las razones antedichas, y sobre las cuales os ruego meditéis, así como todos los espíritus conscientes».

En el caso de Eglinton, debe advertirse que fueron usadas las pizarras de colegio vulgares —siempre con libertad por parte de los concurrentes de llevar consigo las que ellos quisieran. Después de lavadas se ponía sobre ellas un trozo de tiza, colocándolas debajo de la mesa, apretadas contra ésta por la

mano del medium, cuyo pulgar se apoyaba sobre la superficie del mueble, siendo, por lo tanto, visible para todos los asistentes a la sesión. En el mismo momento se oía el rasgueo de la escritura, y después de una señal consistente en tres golpes, era examinada la pizarra, viéndose en ella un mensaje escrito. Después usáronse en las mismas circunstancias dos pizarras atadas fuertemente con bramantes, una contra otra, así como también una de las llamadas pizarras de caja, las cuales están provistas de cerradura y llave. Varias veces obtúvose la escritura en una pizarra colocada en la superficie superior de la mesa, con la tiza interpuesta entre ambas.

El célebre político, Mr. Gladstone, asistió a una sesión con Eglinton el 29 de octubre de 1884, manifestándose muy interesado por lo que aconteció. Al publicarse la reseña en el periódico *Luz*, fue copiada por casi todos los periódicos importantes del reino, y gracias a tal publicidad el movimiento tuvo un auge considerable. Al terminar la sesión, Mr. Gladstone declaró: «Siempre he pensado que los hombres de ciencia se mueven dentro de los mismos moldes. Su noble trabajo se desenvuelve en esferas especiales de investigación, pero no se aventuran en exploraciones que estén en discrepancia con sus determinadas maneras de pensar. Antes bien, no es raro que lleguen a negar aquello sobre lo cual nunca han investigado, sin reflexionar que, pueden muy bien existir fuerzas en la naturaleza, de las cuales nada sepan ellos». Poco después, Mr. Gladstone, aunque nunca profesó el Espiritismo, confirmó su gran interés a favor de éste, ingresando en la Sociedad de Investigación Psíquica.

Eglinton no se vio tampoco libre de los ataques acostumbrados. En junio de 1886, la señora Sidgwick, esposa del profesor Sidgwick, de Cambridge, uno de los fundadores de la Sociedad de Investigación Psíquica, publicó un artículo en el *Diario* de la citada corporación, titulado «Mr. Eglinton», en el cual, después de describir más de cuarenta sesiones de escritura sobre pizarra con dicho medium, dice: «Por lo que a mí se refiere, no tengo la menor duda en atribuir las manifestaciones a un hábil escamoteo». Aquella señora no conocía bien a Eglinton ni, en realidad, había observado con la atención debida las experiencias de éste. En el artículo excitó a los lectores que las hubieron presenciado a que diesen su opinión sobre ellas. Y, en efecto, gran número de aquéllos acudieron a su llamamiento. El doctor Jorge Herschell, experto prestidigitador de afición, dio a la señora Sidgwick una de las muchas réplicas convincentes que suscitó su artículo. La Sociedad de Investigación Psíquica respondió así mismo con un curioso informe de los resultados obtenidos por Mr. S. J. Davey, quien pretendía obtener mediante trampas,

resultados parecidos y aún más sorprendentes en la escritura sobre pizarras que los obtenidos por Eglinton. En fin, Mr. C. C. Massey, abogado y muy competente y experimentado observador, miembro también de la sociedad citada, corroboró la opinión de tantos otros escribiendo a Eglinton con referencia al artículo de la señora Sidgwick las siguientes palabras:

«Estoy de acuerdo con lo que usted dice respecto de que dicha señora "no aduce ni una partícula de prueba" en apoyo de su injurioso juicio para oponerla al cúmulo de testimonios que hay a favor de usted. Sólo se apoya en presunciones contrarias al sentido común y ala realidad».

En fin de cuentas, el rudo ataque de la señora Sidgwick contra el medium tuvo excelente resultado, porque provocó gran cantidad de testimonios en favor de la efectividad de las manifestaciones registradas en las sesiones de Eglinton.

En otras ocasiones fue también éste objeto de denuncias de fraude. Una de ellas en Munich, donde fue contratado para dar una serie de doce sesiones. Diez de ellas habían tenido pleno éxito, pero a la oncena se descubrió en la sala una rana mecánica, viéndose también que los instrumentos musicales preparados para la sesión habían sido ennegrecidos secretamente con negro de humo. Tres meses más tarde, uno de los asistentes a la sesión, declaró que él fue quien llevó a la sesión el juguete mecánico. No se encontró explicación al hecho de haberse hallado los instrumentos ennegrecidos, pero la circunstancia de que las manos del medium hubieran estado constantemente atadas durante el experimento constituyó la mejor refutación del cargo.

Otro cargo más serio fue el que le hizo el archidiácono Colley al declarar que en el domicilio de Mr. Owen Harries, donde Eglinton daba una sesión, descubrió en el portamantas del medium un trozo de muselina y una parte de barba, correspondientes a las porciones de vestido y cabello cortados de las pretendidas figuras materializadas. La señora Lidgwick, en su artículo, reprodujo las acusaciones del archidiácono Colley, contra las cuales Eglinton opuso una negativa solemne.

Discutiendo aquel incidente el periódico *Luz*, dijo que los cargos en cuestión se examinaron por el Consejo de la Asociación Nacional Británica de Espiritistas, pero no pudo dar fallo alguno por no haber logrado obtener pruebas directas de los acusadores. Y prosigue:

«La señora Lidgwick ha suprimido algunos hechos en su artículo. En primer término, omite que los sucesos supuestos ocurrieron dos años antes de la carta en la cual el acusador formula los cargos, sin que en ese tiempo hiciera la menor revelación, decidiéndose únicamente a ello a consecuencia

de sus rozamientos con la Asociación Nacional Británica de Espiritistas. En segundo lugar, la señora Sidgwick suprime de la carta citada pasajes muy esenciales. Por todo lo cual, afirmamos que nadie acostumbrado a examinar y pesar las pruebas de una manera honrada, puede prestar a esa carta la menor atención».

Con todo, debe admitirse que cuando un espiritista de corazón como el archidiácono Colley, hace un cargo tan concreto, no puede repudiarse ligeramente. Hay siempre la posibilidad de que un gran medium, al notar que las fuerzas le abandonan, recurra al fraude para disimular la deficiencia en tanto que vuelve a recobrar sus facultades. Home nos relata cómo se vio privado de sus fuerzas tardando un año en volver a recuperarlas.

Cuando un medium vive de su trabajo, la menor debilitación de sus fuerzas puede constituir una tentación para recurrir al fraude. Como quiera que fuere en aquel caso, lo cierto es que existe un cúmulo de pruebas que abonan la realidad de los poderes de Eglinton y no hay manera de rechazar esas pruebas. Entre los que conocían sus facultades cuéntase a Kellar, el famoso escamoteador, quien afirmó que los fenómenos psíquicos de Eglinton iban mucho más allá de las posibilidades juglarescas.

No hay escritor que haya dejado huella más señalada en lo que al aspecto religioso del Espiritismo se refiere que el Reverendo W. Stainton Moses. Sus inspirados escritos confirmaron plenamente hechos que habían sido ya aceptados y definieron muchos otros de los que sólo se tenían vagos indicios. Los espiritistas le reputan como el mejor exponente moderno de sus ideas. No lo consideran empero como infalible, ni él se tuvo por tal. Por el contrario, en comunicaciones de ultratumba, que descuellan por lo verídicas, declara que su experiencia del Más Allá ha modificado sus ideas en determinados puntos. Tal es el inevitable resultado que la nueva vida tendrá para cada uno de nosotros. A esas ideas nos referiremos en el capítulo relativo a la religión de los espiritistas.

Además de predicador religioso muy inspirado, Stainton Moses era un poderoso medium, constituyendo uno de los pocos que podía seguir el precepto de demostrar con obras las palabras.

Aunque brevemente, referiremos aquí algunos de sus hechos como medium físico:



Rev. W. Stainton Moses
(Copia de un lienzo que se conserva en la London Spiritualist Alliance)

Stainton Moses nació en Lincolnshire el 5 de noviembre de 1839, educándose en la Escuela de Bedford y en el Colegio Exeter, de Oxford. Se consagró al sacerdocio, y después de algunos años de servicio en varios lugares, fue director de la University College School. Es curioso que durante una de sus vacaciones como profesor, visitara el monasterio del Monte Athos, permaneciendo allí seis meses, cosa muy rara en un protestante inglés. Más tarde se aseguró que aquello fue el comienzo de su obra psíquica.

En la época en que Stainton Moses sólo era un pastor, tuvo ocasión de demostrar su valor y su sentimiento del deber. Habíase declarado una grave epidemia de viruela en su parroquia y no había médico en ella. Uno de sus

biógrafos dice: «Día y noche se los pasaba a la cabecera de la cama de alguna pobre víctima del terrible mal, y a veces, después de haber asistido a los últimos momentos de los moribundos, viose obligado a combinar los oficios de sacerdote con los de sepulturero, efectuando el enterramiento de los cadáveres con sus propias manos. Así, nada tiene de extraño que al despedirse de su parroquia recibiera los más calurosos testimonios de agradecimiento por parte de aquel vecindario».

En 1872 fue atraído al espiritismo en las sesiones celebradas con Guillermo y Lottie Fowler. Ya desde mucho antes vio que poseía el don de la mediunidad hasta un grado poco corriente.

Pero entonces llevó a cabo sus primeros y profundos estudios de la cuestión, poniendo toda su inteligencia en el examen de cada uno de los aspectos del problema. Sus obras con la firma de «M. A. Oxon», figuran entre las clásicas del espiritismo, sobresaliendo las tituladas «Enseñanzas espiritistas» y «Aspectos superiores del espiritismo». Más tarde fue nombrado director del periódico *Luz*, cuyas tradiciones y prestigio sostuvo durante varios años. Su mediunidad progresó a la vez en vastas proporciones, comprendiendo casi todos los fenómenos físicos.

Tales resultados no fueron, sin embargo, conseguidos hasta que hubo pasado por su período de preparación.

«Durante largo tiempo —dice— he estado sin poder lograr las pruebas que me hacían falta, y si hubiera hecho lo que tantos otros investigadores, habría muchas veces abandonado la empresa descorazonado. Mi estado de ánimo era demasiado positivo y tuve que imponerme verdaderos sacrificios antes de conseguir lo que deseaba. Poco a poco, un día por un lado y al siguiente por otro, acabó por imponerse la evidencia *cuando estuvo abierta mi inteligencia para recibirla*. Seis meses de esfuerzos diarios persistentes me fueron necesarios para hacerme con la prueba de la existencia de los espíritus y de su poder de comunicación».

Por la acción psíquica de Stainton Moses, pesadas mesas se elevaron en el aire, y libros y cartas pasaron de una habitación a otra *a plena luz*. Hay pruebas irrecusables de tales manifestaciones suministradas por testigos de mayor excepción.

Serjeant Cox, ya fallecido, en su libro: «¿Quién soy?» registra el siguiente incidente acaecido con Stainton Moses: «Un día vino a mi casa para que nos fuéramos juntos a una cena a la que estábamos invitados. Ya entonces había demostrado tener un poder considerable como psíquico. Como había media hora de tiempo, pasamos al comedor. Eran las seis en punto y en la estancia la

claridad era vivísima. Me entretuve en leer algunas cartas mientras él leía *The Times*. La mesa de mi comedor es de caoba, muy pesada, conforme al estilo antiguo, de seis pies de ancho por nueve de largo. Descansa sobre una alfombra turca, la cual hace aún más difícil el moverla. Según comprobamos después, para desplazarla, siquiera una pulgada, era preciso el esfuerzo de dos hombres robustos. Ningún tapete cubría la mesa, sobre la cual caía de lleno la luz diurna. En la habitación no había más personas que Satinton Moses y yo. De pronto oímos en la mesa fuertes y repetidos golpes. Mi amigo estaba en aquel momento sentado con el periódico entre ambas manos, uno de los brazos descansando en la mesa y el otro en el respaldo de la silla, medio vuelto con relación a la primera, de modo que los pies y las piernas no estaban debajo de la mesa, sino al lado de ella. El mueble comenzó por tener una especie de convulsión y se movió de un lado a otro tan violentamente que sus ocho recias patas parecieron dislocarse. Luego avanzó tres pulgadas. Miré debajo del mueble para estar seguro de que nadie lo tocaba, pero continuó moviéndose y resonando sobre su superficie los golpes sordos.

»Ese súbito acceso de fuerza en tal tiempo y en semejante sitio, sin otras personas presentes que mi amigo y yo, ajenos como estábamos a toda idea de invocación, nos causó a ambos la mayor estupefacción. Mi amigo díjome que hasta entonces jamás le había ocurrido nada semejante. En vista de ello le sugerí que sería una oportunidad inapreciable, con semejante fuerza en acción hacer una prueba de movimiento sin contacto: la presencia de dos personas solamente, en pleno día, el tamaño y el peso de la mesa podrían dar al experimento un carácter decisivo. De acuerdo con mi sugestión permanecimos ambos de pie, cada uno a un extremo de la mesa, a dos pies de distancia de ésta y con las manos encima del mueble a una altura de ocho pulgadas, es decir, sin tocarlo. Al cabo de un minuto, el mueble tuvo sacudidas violentas y empezó a moverse sobre la alfombra, recorriendo un espacio de siete pulgadas. Luego se levantó a tres pulgadas del suelo por la parte junto a la cual permanecía mi amigo, seguidamente hizo lo propio por el lado en que yo me hallaba, y finalmente, cuando mi amigo, manteniendo sus manos a una altura de cuatro pulgadas sobre la superficie de la mesa, ordenó que se levantara hasta tocarle tres veces las manos, el mueble obedeció. A otra orden igual, la mesa se elevó hasta tocar mis manos en circunstancias semejantes».

En Douglas (Isla del Hombre), durante un domingo de agosto de 1872, diose una notable exhibición del poder de Stainton Moses. Los hechos relatados por él mismo fueron corroborados por el doctor y la señora Speer,

en cuya casa dieron principio los fenómenos, durando desde por la mañana hasta las diez de la noche. Los ruidos seguían al medium por donde quiera iba, y hasta en la iglesia, tanto él, como el doctor y la señora Speer los oyeron, estando sentados en un banco. Al volver de la iglesia Stainton Moses, encontrose en su habitación con que los objetos del tocador habían sido puestos sobre la cama en forma de cruz. Fue entonces en busca del Dr. Speer para que viera lo que había ocurrido, pero al regresar al dormitorio descubrió que el cuello que se había quitado minutos antes había sido colocado, aprovechando su ausencia, alrededor de la improvisada cruz. De acuerdo con el Dr. Speer cerraron con llave la puerta del dormitorio y fuéronse a comer. En todo el curso de la comida continuaron los ruidos y la mesa, que era bastante pesada, se movió tres o cuatro veces. Inspeccionada de nuevo la habitación, viose que otros dos objetos de tocador habían sido sacados del estuche y añadidos a la cruz. Hay que tener en cuenta que la primera vez no había nadie en la casa que hubiera podido preparar el engaño, y después se tomaron todas las precauciones necesarias para impedir cualquier trampa.

En las sesiones que por aquellos días dio Stainton Moses con el doctor y la señora Speer, se recibieron varias comunicaciones, quedando en ellas bien demostrada la identidad de los espíritus, con nombres, fechas y lugares, desconocidos por los presentes, pero comprobados después.

Dícese que estuvo asociado a la mediunidad de Stainton Moses un grupo de espíritus, que a través de aquél enviaron mensajes por medio de la escritura automática, comenzando el 30 de marzo de 1873 y continuando hasta el año de 1880. Puede verse una selección de dichos mensajes en la obra «Enseñanzas espiritistas». En la introducción de dicho libro, escribe Stainton Moses: «Las comunicaciones fueron siempre de carácter puro y elevado, de aplicación a mi caso, para mi propia guía y dirección.

Puede decirse que en aquellos mensajes, que continuaron hasta 1880, no había nada vacío, nada baladí, nada incongruente o vulgar, nada falso o que indujese a error, nada que no fuera instructivo, que no ilustrara y guiase como fruto de espíritus aptos para tal misión. Sus palabras eran palabras de sinceridad, encaminadas a un fin serio».

En la obra de A. W. Trethewy, «Los guías de Stainton Moses» (1923), puede hallarse la lista de las personas que intervinieron en aquellas comunicaciones, algunas muy conocidas.

Stainton Moses contribuyó a la formación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, en 1882, pero dimitió el cargo que en ella ocupaba en 1886, disgustado por el trato que la Sociedad dio al medium Guillermo

Eglinton. Fue el primer presidente de la Alianza Espiritista de Londres, fundada en 1884, puesto que ocupó hasta su fallecimiento.

Además de los libros «Identidad del Espíritu» (1879), «Aspectos superiores del Espiritismo» (1880), «Psicografía» (segunda edición, 1882) y «Enseñanzas espiritistas» (1883), colaboró asiduamente en la prensa espiritista, en la *Saturday Review*, el *Punch* y otros periódicos de primera línea.

Mr. F. W. H. Myers, en las «Actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas», ha resumido magistralmente la mediunidad de Stainton Moses, diciendo al morir éste: «Considero su vida como una de las más notables de nuestra generación y de pocos hombres he oído hechos comparables en importancia a los de Stainton Moses».

Los diferentes mediums de quienes nos hemos ocupado en el presente capítulo, representan los distintos tipos de mediunidad que dominaron en aquel período. No obstante, hubo otros muchos tan conocidos como los que hemos estudiado. Entre los más notables figuran la señora Guppy, que demostró facultades en cierto sentido por nadie superadas; la señora Everitt, que durante toda su larga vida fue un excelente centro de fuerza psíquica, y la señora Mellon, que descolló en Inglaterra y en Australia con sus materializaciones y sus fenómenos físicos.

[Apéndice Capítulo XVI]

CAPÍTULO XVII
LA SOCIEDAD DE INVESTIGACIONES PSÍQUICAS

Estaría fuera de lugar en el presente volumen una reseña de los trabajos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, con su extraña mezcolanza de buenos servicios prestados a la causa y de obstrucción a la misma. Sin embargo, algunos de esos trabajos necesitan ser estudiados y otros discutidos. En cierto sentido la obra de la Sociedad ha sido excelente, pero ya desde el principio cometió el error capital de adoptar un aire desdeñoso hacia el espiritismo, lo cual tuvo por consecuencia el que se indispusiera con cierto número de personas que hubieran podido ayudarle en sus trabajos, y sobre todo, ofender a aquellos mediums sin cuya voluntaria cooperación la Sociedad no podía abrirse camino para su labor. Actualmente la Sociedad posee un magnífico salón de sesiones, pero la dificultad está en convencer a los mediums para que actúen en él, y esa dificultad no puede por menos de existir, ya que, tanto el medium como la causa a que está adscrito, corren peligro cuando son mal interpretados o a las pruebas se hacen preceder los cargos injuriosos, como muchas veces ocurrió en pasadas ocasiones. La investigación psíquica ha de empezar por respetar los sentimientos y las ideas de los espiritistas, pues no hay duda que sin éstos no existiría aquélla.

Pero en fin, aparte la indignación con que los espiritistas respondieron a su criticismo ofensivo, no deben éstos olvidar que la Sociedad realizó en distintas ocasiones, como ya hemos dicho, una labor excelente. Ha sido, por ejemplo, la madre de otras sociedades más activas que ella. Ha formado un número de hombres, tanto en Londres como en América, que se rindieron a la evidencia, convirtiéndose en entusiastas adeptos del espiritismo.

No es exagerado decir que casi todas las grandes figuras de nuestra intelectualidad acabaron, gracias a ella, por aceptar el psiquismo. Entre ellos, Sir William Crookes, Sir Oliver Lodge, Russell Wallace, Lord Rayleigh, Sir William Barrett, el profesor William James, el profesor Hyslop, el Dr. Ricardo Hodgson y Mr. T. W. H. Myers.

Había existido antes otro centro de la misma naturaleza, la Sociedad Psicológica de Gran Bretaña, fundada en 1875 por Míster Serjeant Cox, a cuya muerte, acaecida en 1879, la entidad se disolvió. En 6 de enero de 1882, Sir Guillermo Barrett convocó una reunión de personas eminentes para estudiar la fundación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, y ésta nació el día 20 de febrero, siendo elegido presidente el profesor Enrique Sidgwick, de Cambridge, y para una de las vicepresidencias, el Rev. W. Stainton Moses. En el Consejo había espiritistas de tanta representación como Edmundo Dawson Rogers, Hensleigh Wedgwood, Jorge Wyld, Alejandro Calder y Morell Theobald. Veremos en el curso de esta obra cómo la Sociedad de Investigaciones Psíquicas se fue esquinando gradualmente con muchos de sus mejores miembros, obligando a algunos a dimitir, y cómo esta funesta conducta se agravó en el transcurso de los años.

En los estatutos de la Sociedad se lee: «Tenemos la sensación firme de que nos hallamos en el momento oportuno para llevar a cabo una investigación bien organizada y sistemática respecto a ese vasto grupo de fenómenos tan discutidos, calificados de mesméricos, psíquicos y espiritistas».

El profesor Sidgwick, al hacerse cargo de la presidencia, pronunció un discurso en el que, refiriéndose a la necesidad de la investigación psíquica, dijo:

«Todos estamos conformes en que el actual estado de cosas es escandaloso, viviendo como vivimos en el siglo de las luces. Lo es que no averigüemos la realidad de esos maravillosos fenómenos —cuya importancia científica es inútil encarecer, aun cuando sólo una décima parte de lo alegado por testigos dignos de crédito fuera cierto—, habiendo tantas personas solventes que han exteriorizado su creencia en ellos o demostrado su interés en la cuestión».

La posición de la Sociedad de tal suerte definida por su primer presidente, era clara y razonable. Contestando a una crítica, según la cual la consecuencia de su propósito podía ser la desautorización de las precedentes investigaciones sobre los fenómenos psíquicos realizadas por hombres de mucha responsabilidad científica, declaró:

«No creo que puedan obtenerse pruebas mejores en calidad que las que han obtenido hombres de tan alta reputación como Míster Crookes, Mr. Wallace y el profesor ya fallecido De Morgan. Pero es evidente que por buena que sea la calidad de esas pruebas, necesitamos aún muchas más».

Y añadió que como los hombres de ciencia aún no estaban en su gran mayoría convencidos, era indispensable acumular más pruebas, y más todavía que eso, interesar al mundo docto en el examen y estudio de ellas. Los primeros trabajos de la Sociedad estuvieron consagrados a la investigación experimental de la transmisión del pensamiento, materia que Sir Guillermo Barrett había sometido a la consideración de la Sociedad Británica en 1876. Después de largas y pacientes investigaciones, se decidió que la transmisión del pensamiento o telepatía, como fue llamada por Míster T. W. H. Myers, era un hecho comprobado. En la época de los fenómenos mentales la labor de la Sociedad fue muy valiosa, según puede comprobarse por las «Actas» de la referida entidad, en las cuales está reflejada de una manera sistemática y meticulosa.

Sus investigaciones acerca de esa materia constituyeron fases muy importantes de los trabajos de la Sociedad. La investigación sobre la mediunidad de la señora Piper fue también labor muy notable y a la que nos referiremos luego.

En cambio, estuvo poco afortunada al considerar los llamados fenómenos físicos del Espiritismo. Mr. E. T. Bennett, que durante veinte años fue secretario adjunto de la Sociedad, dice acerca de ello:

«Es notable, y aun diremos uno de los casos más notables en la historia de la Sociedad, que esa parte de la investigación haya sido tan negativa en resultados. Todo lo relativo al movimiento de mesas y otros objetos sin contacto y a la producción de ruidos y luces medianímicos, no sólo en el seno de la Sociedad, sino también desde luego en el mundo intelectual ajeno a ésta, se halla hoy en el mismo estado caótico en que lo dejó la Sociedad Dialéctica el año 1869. Y aun entonces el hecho del movimiento de una pesada mesa de comedor sin contacto con ninguno de los presentes y hasta sin la presencia de un medium profesional, estuvo atestiguada por un número de personas muy conocidas. Si fue "escandaloso" el que la realidad de aquellos fenómenos no estuviese esclarecida cuando el profesor Sidgwick pronunció su discurso inaugural de la Sociedad, no es menor escándalo que ahora, después de transcurrido un cuarto de siglo, el mundo culto permanezca aún por lo general en una actitud de duda e incredulidad respecto a dichos fenómenos». En efecto, ninguno de los volúmenes publicados por la Sociedad, arroja la menor luz sobre los citados fenómenos. Y en cuanto a los más elevados de carácter físico que implicaran la intervención de una inteligencia externa, como la escritura directa y la fotografía de espíritus, llevose a cabo alguna investigación, pero en gran parte con resultados negativos. («Veinte años de

Investigaciones Psíquicas», por Eduardo T. Bennett [1904], págs. 21 − 2). Tales cargos contra la actuación de la Sociedad los hacía un crítico amigo de ella. Veamos ahora cómo la juzgaban los espiritistas de aquel tiempo. Ya un año después de la fundación de la Sociedad preguntaba en el periódico *Luz* uno de sus lectores qué diferencia había entre la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y la Asociación Central de Espiritistas, y si existía algún antagonismo entre ambas. La respuesta la dio *Luz* en un artículo, del cual reproducimos lo siguiente, en vista de su interés histórico al cabo de cuarenta años:

«Los espiritistas no pueden dudar de que, andando el tiempo, la Sociedad de Investigaciones Psíquicas suministrará pruebas tan claras como incuestionables de la clarividencia, de la escritura espiritista, de las apariciones y de las distintas formas de los fenómenos físicos, como las ha aportado respecto de la transmisión del pensamiento. Pero entre tanto, hay una marcada diferencia entre dicha Sociedad y la Asociación Central de Espiritistas. Los espiritistas tienen una fe absoluta o mejor un conocimiento cierto acerca de hechos respecto de los cuales la Sociedad de Investigaciones Psíquicas aún no ha declarado poseer conocimiento alguno… Para ésta la idea de la comunicación espiritista, de la conversación con parientes y amigos desaparecidos —tan preciosa para los espiritistas—, no tiene hoy interés. Ya se comprende que hablamos de la Sociedad, no de algunos de sus miembros. Como Sociedad están los que la forman estudiando aún los huesos y los músculos, sin haber penetrado todavía en el corazón y en el alma».

Luz se refería luego a lo que llamaba probable futuro en esta forma:

«Como Sociedad aún no pueden llamarse espiritistas. Pero; esperamos que a fuerza de nuevas pruebas se conviertan, primero, en “espiritistas sin los espíritus”, y, finalmente, en espiritistas como los demás, con la satisfacción, por añadidura, de que alcanzaron tal estado después de haber asegurado todo paso dado en su camino e inducido con su cautelosa conducta a muchos hombres de sentimientos nobles y clara inteligencia a seguir su mismo derrotero».

Al final aseguraba *Luz* que no había antagonismo alguno entre las dos corporaciones, pudiendo estar los espiritistas convencidos de que la Sociedad de Investigaciones Psíquicas realizaba muy útil trabajo.

El artículo es instructivo porque revela la benévola actitud del principal órgano espiritista con relación a la nueva Sociedad. Pero su profecía estuvo lejos de realizarse. Contrastando con aquella actitud, un pequeño grupo dentro de la Sociedad adoptó otra muy distinta, sino de hostilidad, al menos de

constante negativa de la realidad de las manifestaciones físicas, no obstante los valiosos testimonios de hombres cuya seriedad y experiencia hacíanles dignos de crédito. Tan pronto como la Sociedad de Investigaciones Psíquicas empezó el examen de aquellos testimonios o —lo que ocurrió más raras veces — a investigar por sí misma, comenzó a lanzar acusaciones de fraude contra los mediums o bien aceptó la posibilidad de que los resultados pudieran obtenerse por medios distintos de los sobrenaturales. Ahí está, por ejemplo, la señora Sidgwick —uno de sus más ofensivos miembros en este particular—, la cual, refiriéndose a una sesión con la señora Jencken (Catalina Fox), efectuada con luz suficiente para leer, declaró que al obtenerse la escritura directa en una hoja de papel suministrada por los asistentes, y colocada debajo de la mesa, «pensamos que la señora Jencken pudo haber escrito la palabra con el pie». Sobre Enrique Slade, dice: «La impresión que tengo después de diez sesiones con el doctor Slade… es que los fenómenos son producto de trampas». Y de la escritura sobre pizarra, de Guillermo Eglinton: «En cuanto a mí, no vacilo en atribuir sus fenómenos a un hábil escamoteo». Una medium, hija de un profesor muy conocido, expresó al autor cuán inconscientemente insultante resultaba la actitud de la señora Sidgwick en aquella ocasión.

Podríamos aportar nuevas citas de la misma índole relativas a aquellos y otros mediums. Un artículo titulado «Mr. Eglinton», debido a la señora Sidgwick, y publicado en el *Diario* de la Sociedad en 1886, provocó, según dijimos en el capítulo anterior, una verdadera tempestad de protestas que el periódico *Luz* recogió en un número especial. Mr. Stainton Moses las encabezó con estas palabras:

«Como la Sociedad de Investigaciones Psíquicas se ha colocado en una posición falsa, ante los hechos, su juicio sobre éstos es también falso. La historia secreta de la Investigación Psíquica en Inglaterra, si llegara a escribirse, resultaría tan instructiva como sorprendente. Nosotros anticipamos, aunque ello nos cause harto sentimiento, porque no se nos oculta la gravedad de nuestras palabras, que la política seguida por la Sociedad ha sido siempre obstruccionista, en lo que a la libre y plena discusión de estas materias se refiere… En tales circunstancias corresponde a la Sociedad decidir si puede haber todavía avenencia entre ella y los espiritistas, o si ha de intensificarse el divorcio entre una y otros. Esta es la hora en que no ha habido aún ninguna desaprobación *oficial* de las afirmaciones de la señora Sidgwick, desaprobación que constituiría, sin duda, el primer paso para evitar la ruptura total».

Desde aquel año, el cuarto de existencia de la Sociedad, hasta ahora apenas ha variado aquel estado de cosas. Sir Oliver, Lodge («La supervivencia del hombre», 1909, página 6), lo describió exactamente al decir de la Sociedad: «Parece formada para la negación de los hechos, para las acusaciones de impostura, para el desaliento de los mediums y para repudiar toda revelación que llega a la humanidad desde las regiones de la luz y del conocimiento».

Esa crítica que acaso parezca severa en demasía, revela, al menos, la opinión de elementos muy importantes acerca de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas.

Uña de las primeras actividades públicas de la Sociedad, fue el viaje a la India de su representante, Dr. Ricardo Hodgson, para investigar los supuestos milagros acaecidos en Adyar, feudo de Madame Blavatsky, que tanta parte tuvo en la resurrección de la antigua sabiduría de Oriente para formar, bajo el nombre de Teosofía, un sistema filosófico que resultara inteligible y aceptable para el Occidente. No es éste el lugar de discutir la personalidad compleja de aquella notable mujer, limitándonos a decir que el Dr. Hodgson formó la más desfavorable opinión, tanto de ella como de sus supuestos milagros. Parecía que tal conclusión era definitiva, pero más tarde se adujeron nuevas razones para que se estudiase otra vez el asunto, de todo lo cual puede hallarse noticia en la obrita de Madame Besant, «H. P. Blavatsky y los Maestros de Sabiduría». Mad. Besant sostiene que los testigos a quienes pidió declaración el Dr. Hodgson eran tan maliciosos como corrompidos, y que muchos de los testimonios fueron adulterados al redactar el informe. Lo cierto es que aquellos episodios echaron una sombra; sobre la reputación de la señora Blavatsky, sin que pueda afirmarse que se obtuviera ninguna prueba definitiva contra ella. Lo probado fue que el afán demostrativo de la Sociedad, cuando se proponía descubrir un fraude, era mucho más grande y tenaz que cuando de investigar algún fenómeno psíquico se trataba.

Pero, dejando esto, nos ocuparemos del asunto más agradable relativo al examen de la mediunidad de la señora Leonora Piper, la famosa medium de Boston, ya que aquél fue el más bello resultado obtenido por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Dicho examen duró nada menos que quince años, dando origen a una documentación asaz voluminosa. Entre los investigadores figuraban hombres tan conocidos y competentes como el profesor Guillermo James, de la Universidad de Harvard; el Dr. Ricardo Hodgson y el profesor Hyslop, de la Universidad de Columbia. Los tres sabios quedaron

convencidos de la realidad de los fenómenos ocurridos en su presencia, inclinándose en favor de la interpretación espiritista de los mismos.

Como es natural, esto causó gran júbilo a los partidarios. Mr. E. Dawson Rogers, presidente de la Alianza Espiritista de Londres, en una reunión que celebró esta corporación el 24 de octubre de 1901, aludió al hecho con las siguiente frases (*Luz*, 1901, página 523):

«En los últimos días ha ocurrido un suceso que requiere le dediquemos algunas palabras. Como muchos saben, nuestros amigos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas —o algunos de ellos— se han pasado a nuestro campo. No quiero decir que hayan ingresado en la Alianza Espiritista de Londres, no, pero sí que algunos que se reían y burlaban de nosotros hace unos años, ahora se han adherido a nuestro credo; y aceptan la hipótesis o teoría de que el hombre continúa viviendo después de la muerte, y que, en determinadas circunstancias, le es posible comunicar con los que dejó en la tierra.

»Recuerdo con este motivo, y no sin pesar, los primeros tiempos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Desgraciada o afortunadamente, yo era miembro del primer Consejo como lo era también nuestro querido amigo ya desaparecido, W. Stainton Moses. Los dos veíamos con pena el camino que seguía el Consejo de la Sociedad cada vez que se le sugería la posibilidad de demostrar la continuidad de la existencia del hombre después de la llamada muerte. El resultado fue que, no pudiendo resistir ya más, Stainton Moses y yo dimitimos nuestro puesto en el Consejo. El tiempo viene ahora a proporcionarnos el desquite. Nuestros amigos de entonces ansiaban descubrir la verdad, pero confiaban firmemente que la verdad consistiera en que el Espiritismo era un fraude…

»Afortunadamente han pasado aquellos días y aquellas actitudes y hoy podemos considerar a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas como amiga nuestra. Sus trabajos vienen a confirmar nuestras ideas. Primeramente, Mr. F. W. H. Myers, cuya memoria nos es tan grata, declaró sin ambajes que había llegado a la conclusión de que sólo la hipótesis espiritista explicaba los fenómenos que había presenciado. Luego el Dr. Hodgson, que tan furibundamente había atacado a los que profesaban el Espiritismo —a la manera de Saúl contra los cristianos— se puso también de nuestra parte a raíz de su investigación sobre los fenómenos ocurridos con la señora Piper, declarando honrada y paladinamente que se convertía a nuestro credo. Y en estos últimos días ha aparecido un notable volumen del profesor Hyslop, de la Universidad de Columbia —editado por la Sociedad de Investigaciones

Psíquicas— que prueba que también él, vicepresidente de dicha Sociedad, está convencido de que la hipótesis espiritista es la única que puede explicar los fenómenos por él presenciados. Todos van viniendo a nuestro campo y esperamos que le llegue el turno a nuestro buen amigo Míster Podmore».

Han transcurrido veinte años y podemos decir que ese vaticinio era demasiado optimista, lo cual no obsta para que la obra realizada por la señora Piper fuera de gran alcance.

El profesor James conoció en 1885 a la señora Piper, con quien uno de sus parientes había obtenido resultados medianímicos muy interesantes. Aunque era más bien escéptico, se decidió a investigar con ella, logrando un número de comunicaciones evidentes. Un día en que perdió su madre política el «carnet» de cheques, el Dr. Phinuit, espíritu guía de la señora Piper, le indicó por medio de ésta el lugar donde se encontraba, En otra ocasión, el mismo espíritu dijo al profesor James: «Su pariente, el muchacho Roberto F., es compañero mío de juego en nuestro mundo». Los F. eran primos de la señora James y vivían en una ciudad lejana. El profesor James creyó que el Dr. Phinuit se había equivocado respecto al sexo del hijo fallecido de los F. al decir que era niño. Pero quien se equivocó fue el profesor James, como luego pudo comprobarse, pues el hijo era un niño y el informe suministrado resultaba exacto. Esto demostró además que la medium no había leído en la mente consciente de James. Podíamos citar otros muchos ejemplos de comunicaciones verídicas con el mismo espíritu del doctor Phinuit. El profesor James pinta a la señora Piper como persona absolutamente sencilla e ingenua, y respecto de la investigación acerca de la misma, dice: «El resultado es que me convencí absolutamente de que durante su trance sabía cosas de las cuales era imposible que hubiese oído hablar en estado de vigilia».

Después de la muerte del Dr. Hodgson, acaecida en 1905, el profesor Hyslop obtuvo a través de la señora Pziper una serie de comunicaciones evidentes, que le convencieron de que continuaba en relación con aquel amigo y colega suyo. Por ejemplo, Hodgson recordole la persona de un medium sobre cuyas facultades diferían ambos en vida. Dijo que había visitado a aquel medium, añadiendo: «Le encuentro mejor de lo que pensaba». Habló de una prueba con agua coloreada que él e Hyslop habían empleado con otro medium, residente a quinientas millas de distancia de Boston, y acerca del cual nada podía saber la señora Piper. Le recordó también una discusión habida con Hyslop, acerca de las tachaduras hechas en el original de uno de los libros de éste. Los escépticos objetarán que aquellos

hechos eran conocidos del profesor Hyslop, quien los transmitía telepáticamente a la señora Piper. Pero es el caso que al mismo tiempo se revelaban durante la comunicación peculiaridades personales del Dr. Hodgson, hasta entonces desconocidas por el profesor Hyslop.

Para que el lector juzgue sobre la evidencia de los fenómenos de la señora Piper, bajo el espíritu guía de Phinuit, reproducimos el siguiente caso:

En la 45 sesión con dicha medium, celebrada el 24 de diciembre de 1889, y a la que asistían los señores y señoras Oliver, Lodge y Thompson, Phinuit, dirigiéndose a la señora Thompson, dijo súbitamente:

—«¿Conoce usted a Richard, Rich o Mr. Rich?».

La señora Thompson contestó: «No. Sólo conozco a un doctor Rich». Phinuit prosiguió: «Ese es. Ha fallecido, y por conducto de W. envía los más cariñosos recuerdos a su padre».

En la 83.a sesión, estando también presentes los señores Thompson, Pihnuit dijo de pronto: «¡Aquí está el Dr. Rich!», después de lo cual el espíritu aludido empezó a hablar en los siguientes términos:

«Este caballero (es decir, el Dr. Phinuit), es muy amable dejándome que les hable a ustedes. Mr. Thompson, necesito que transmita usted un mensaje a mi padre».

Mr. Thompson: «Se lo transmitiré».

Dr. Rich: «Mil gracias. Es usted muy amable. Fallecí casi de repente, lo cual afectó mucho a mi padre, quien no se ha repuesto aún de este golpe. Dígale que vivo y que le envío todo mi cariño. ¿Dónde están mis lentes? (La medium se pasa las manos por los ojos). Tenía la costumbre de usar lentes. (Así era, en efecto). Creo que los guarda él, así como ciertos libros míos. También tenía una cajita negra. Me parece que la guarda él también, pues no creo que se extraviara. Algunas veces pierde la cabeza; pero es cosa puramente nerviosa y sin consecuencias».

Mr. Thompson: «¿Qué hace su padre?».

La medium cogió una tarjeta y pareció escribir en ella, haciendo ademán de pegar un sello en uno de los ángulos.

Dr. Rich: «Se ocupa de esas cosas. Mr. Thompson, si quiere usted transmitir este mensaje, yo le ayudaré a usted en varias formas. Puedo y quiero hacerlo así».

Al referir aquel suceso el profesor Lodge, agrega: «Míster Rich es el jefe de Correos de Liverpool. Su hijo, el Dr. Rich, era casi un desconocido para Mr. Thompson, y para mí lo era completamente. Pude comprobar que el padre quedó muy afectado por la muerte del hijo. Mr. Thompson fue a verle y le

transmitió la comunicación. Mr. Rich juzgó el episodio muy extraordinario e inexplicable y lo atribuyó todo a algún fraude. Sin embargo, la frase "mil gracias", la considera característica de su hijo y además confiesa haber tenido recientemente vértigos de índole nerviosa. Mr. Rich no sabe lo que su hijo quiere decir cuando habla de la "cajita negra". La única persona que podía dar informes sobre el particular hállase en Alemania. Pero se ha comprobado que el Dr. Rich hablaba constantemente de la cajita negra en su lecho de muerte».

Según el comentario de M. Sage «no hay duda que los señores Thompson conocían al Dr. Rich, por haber estado con él una vez. Pero ignoraban por completo todos aquellos detalles. ¿De dónde los había sacado la medium? No podía ser por la influencia dejada por el Dr. Rich en algún objeto de su pertenencia, porque no había tal objeto en la sesión».

La señora Piper tuvo diversos guías en las varias fases de su larga actuación. Pero el más original fue el Dr. Phinuit. Pretendía haber sido médico francés, pero en el relato de su propia vida terrena había contradicciones y resultaba poco satisfactorio. No obstante, su actuación fue muy notable convenciendo a muchos de que era un efectivo intermediario entre los vivos y los muertos. Confesemos, sin embargo, que algunas de las objeciones que se le hacían eran muy sólidas, pues aunque es muy posible que una larga estancia en el otro mundo, embote nuestros recuerdos terrenales, difícilmente podía esto ocurrir en la excesiva escala que suponían ciertas manifestaciones del intermediario. Por otra parte, la teoría, según la cual ora él como una parte de la personalidad de la señora Piper, obscurecía más la cosa, pues muchos de los datos que comunicaba a través de la medium estaban fuera del conocimiento de ella.

En marzo de 1892, el intermediario Phinuit fue totalmente suplantado por Jorge Pelham, cambiando entonces el valor de las comunicaciones a través de la señora Piper. Jorge Pelham era un joven literato que murió de una caída de caballo, a la edad de treinta y dos años. Interesado en los estudios psíquicos, había prometido al Dr. Hodgson que, después de muerto, procuraría enviar pruebas de la existencia del más allá, promesa que cumplió con exceso, y el mismo autor ha de expresar aquí su agradecimiento a aquel buen espíritu, pues precisamente el estudio de los hechos de Jorge Pelham hizo que su mente tuviera capacidad receptiva y simpática para recibir de él informes y pruebas decisivas durante la gran guerra. (Informes del Dr. Hodgson. *Actas* de la S. de I. P., volumen XIII,: páginas 284 − 584).

Pelham prefería escribir por mano de la señora Piper, dándose a veces el caso de que mientras Phinuit hablaba, Pelham escribiera. Pronto quedó

establecida su identidad, reuniendo en las sesiones a treinta viejos amigos, desconocidos de la medium, a todos los cuales reconoció y trató el espíritu en el mismo tono que empleara en vida. Ni una sola vez confundió a un extraño con un amigo. No es posible que la continuidad de la individualidad terrena y el poder de comunicación extra-terrena —dos cosas esenciales del espiritismo— puedan ponerse de manifiesto mejor que se pusieron en aquella ocasión. «Me siento feliz aquí —decía Pelham— y más pudiendo comunicarme con vosotros». Comentando las interesantes comunicaciones de Pelham, M. Sage decía con razón: «Si hay otro mundo, los espíritus no deben ir a él para rumiar acerca de lo ocurrido en nuestra incompleta vida: deben ir a él como Pelham para desarrollar una "mayor y más elevada actividad"».

En 1898, Jaime Hervey Hyslop, profesor de Lógica y Etica en la Universidad de Columbia, ocupó el puesto del doctor Hodgson como jefe experimentador. Aunque lleno también de escepticismo, no tuvo más remedio que llegar a las mismas conclusiones que su antecesor. Leyendo sus trabajos recopilados en varios libros, así como en el volumen XVI de las «Actas de la S. de I. P., se tiene la sensación de que no pudo en modo alguno resistir a la evidencia. Su padre y muchos de sus parientes se le aparecieron y sostuvieron con él conversaciones que no era posible explicar por la telepatía ni por otro medio conocido». «Sostuve conversación con mi padre —dice—, con mi hermano, y con mis tíos», y cualquiera que lea sus relatos no tiene más remedio que reconocer su veracidad. Por eso adquiere todos los caracteres de un misterio que la Sociedad, que posee tales pruebas en sus propias «Actas», se resista aún a aceptar el credo espiritista o por lo menos que no lo acepte la mayoría de sus miembros.

Es interesante observar que cuando en su décima sexta conversación con los espíritus, el profesor Hyslop adoptó los métodos de los espiritistas hablando ingenua, libremente y sin testigos, obtuvo una corroboración mayor que en las quince sesiones precedentes, en las cuales se había rodeado de todo género de precauciones. Tal vez la más interesante y dramática de aquellas conversaciones a través de la señora Piper, fue la efectuada con Ricardo Hodgson después de la muerte de éste ocurrida en 1905. Eran dos hombres de cerebro privilegiado —Hodgson y Hyslop—, el uno «muerto» y el otro disfrutando de todas sus facultades, hablando sobre temas de elevados vuelos por la boca y manos de una mujer en trance sólo de mediana ilustración. Situación extraordinaria, casi inconcebible la de Hodgson, el hombre que durante tanto tiempo estuvo examinando el espíritu que se valía de la

medium, convertido a su vez en espíritu que de ella se sirviera para someterse al examen de su viejo colega.

La Sociedad consagró un trabajo tan grande como paciente al examen de lo que se conoce con el nombre de «correspondencia contradictoria». Centenares de páginas de las «Actas» de la Sociedad están dedicadas a dicha materia, la que provocó entre sus miembros gran controversia.

Se ha supuesto que la idea de tal estudio fue sugerida desde el Más Allá por F. W. Myers, con el fin de eliminar de las comunicaciones espiritistas el espantajo de tantos investigadores psíquicos: la telepatía entre vivos. Lo indudable es que mientras Myers perteneció a este mundo, estudió el caso en su forma más simple, pues lo que se proponía obtener eran las mismas palabras o comunicación a través de mediums distintos.

Pero la «correspondencia contradictoria» de la S. de I. P. era de un carácter mucho más complicado, ya que no quería que uno de los escritos fuera mera reproducción de lo dicho en otro; antes bien, que representasen diferentes aspectos de la misma idea o que los informes que apareciesen en uno explicaran o completaran los del otro.

El trabajo de la S. de I. P. en los últimos años, no aumentó su reputación. El autor, que es uno de sus más antiguos miembros, tiene que reconocerlo así, aunque con gran pesar. La Sociedad ha sido acaparada por un grupito de hombres cuyo principal cuidado parece ser no el probar la verdad, sino desaprobar cuanto tenga carácter sobrenatural. Dos grandes hombres, Lodge y Barrett, quisieron oponerse a esa corriente, pero fueron arrollados. Así acontece que los espiritistas y sobre todo los mediums, ven con más aversión cada día tanto a aquellos investigadores como sus métodos. No se han dado cuenta dichos señores de que un medium es, o debería ser inerte, y que hay una fuerza inteligente detrás del medium que sólo puede ser atraída y animada merced a la simpatía y con el tacto más exquisito.

Eva, la medium francesa de las materializaciones, vino de su país a Londres, sometiéndose a la investigación de la Sociedad Psíquica, pero, como otras veces, los resultados fueron pobres por las exageradas precauciones tomadas con ella. El informe en el cual el Comité expone sus conclusiones es un documento contradictorio, pues mientras el lector puede deducir de él que no se obtuvieron resultados, el texto contiene fotografías de formas ectoplásmicas parecidas en pequeño a las obtenidas en París con la misma medium. Madame Bisson, protectora de Eva, y que acompañó a ésta a Londres, lo que fue un grave inconveniente para ambas, se mostró naturalmente indignada ante semejantes resultados. Con referencia a éstos, el

Dr. Geley publicó un enérgico artículo en las «Actas» del Instituto Metapsíquico, en el que descubría las falacias de la investigación y la vaciedad del informe.

A pesar de todo, no hay por qué renegar de la existencia de la S. de I. P. Ha sido una especie de banco de compensación de las ideas psíquicas, y como un alto en el camino de aquellos que, sintiéndose atraídos por el asunto, temieron, no obstante, una relación demasiado estrecha con filosofía tan radical como el Espiritismo. Constantemente pudo observarse entre los miembros de la Sociedad un movimiento desde la derecha de la negación a la izquierda de la aceptación. El hecho de que al fin y al cabo una serie de presidentes concluyeran por profesar el espiritismo, constituye una prueba de que el elemento antiespiritual no era en definitiva demasiado intolerante e intolerable. En general, como todas las instituciones humanas, merece casi igual cantidad de plácemes que de censuras. Si por un lado, su actuación presenta sombras, por otro tuvo puntos brillantes.

Constantemente hubo de luchar contra la imputación de ser una Sociedad puramente espiritista, lo cual habríale privado de esa posición de prudente imparcialidad a que siempre aspiró, aunque no siempre lograse alcanzarla. Hay que reconocer que su actuación fue difícil muchas veces y que, si se ha sostenido durante muchos años, ello prueba que en su obra no faltaron del todo la prudencia y el saber, pudiendo esperarse que el período de esterilidad y de obra negativa haya terminado ya. Entre tanto, el Colegio Psíquico, institución fundada por el desprendimiento del señor y la señora Hewat McKenzia, viene demostrando suficientemente que el rigor en la consecución de la verdad y en la obtención de las pruebas necesarias, no es incompatible con el trato humano a los mediums y con una actitud de simpatía hacia el credo espiritista.

CAPÍTULO XVIII
ECTOPLASMA

Desde los primeros tiempos los espiritistas afirmaron la existencia de alguna materia física como base de los fenómenos. En la literatura espiritista de la primera época se encuentran cien veces descripciones del denso vapor semiluminoso que se exhala de los costados y de la boca del medium y que es confusamente visible en la obscuridad. Los autores fueron aún más lejos observando cómo el vapor se iba solidificando en una substancia plástica en la que se moldeaban las distintas estructuras que aparecían en la sala de sesiones. Las observaciones más científicas posteriores confirman lo que los precursores establecieron.

Ya en 1877, el juez Peterson declara que vio con el medium W. Lawrence «una nube lanosa» que pareció brotar de uno de los costados de éste y que gradualmente adquirió la forma de un cuerpo sólido. Habla también de una figura formada con «una bola de luz». Jaime Curtis, experimentando con Slade en Australia, percibió en 1878 «un vapor gris a manera de nube» que iba formándose y acumulándose hasta tomar la apariencia de una figura completamente materializada. Alfredo Russell Wallace, operando con el Dr. Monck, ve una «masa blanca», que gradualmente toma la forma de una «columna de apariencia nubosa». La misma expresión de «columna nubosa» es usada por Mr. Alfredo Smedley, refiriéndose a una aparición obtenida con el medium Williams, en la que se manifestó John King, hablando también de éste como de «una nube ligeramente iluminada». Sir Williams Crookes vio, actuando con el medium; D. D. Home, una «nube luminosa» que se condensó hasta tomar la forma perfecta de una mano. Mr. C. A. Brackett, que operó con la medium Elena Berry en los Estados Unidos, el año 1875, habla de «una substancia blanca como una nubecilla» que fue extendiéndose y alcanzó cuatro o cinco pies de altura, «hasta que súbitamente surgió la forma completa, redonda, de Berta». Mr. Edmundo Dawson Rogers, describiendo la sesión celebrada con Eglinton en 1885, alude a «una substancia blancuzca» salida de uno de los costados del medium. Mr. Vincent Turvey consigna la

aparición de «una substancia roja y viscosa» desprendida del medium con quien investigaba. Pero más interesante que la de esos testimonios es la definición dada por la extraordinaria medium especialista en materializaciones, Madame d’Esperance, la cual dice: «Me parecía sentir como si tiraran de hilos finísimos a través de los poros de mi piel». El Dr. Crawford habla de «varillas psíquicas» y de materia «parecida a exporos». Y en *El Espiritista* puede leerse que el espíritu materializado de Catalina King, manifestado a través de Miss Florencia Kook, «estaba unida con la medium por medio de hilos ligeramente luminosos y de apariencia nubosa».

Uno de los concurrentes al círculo de Madame d’Esperance, hace la siguiente descripción de producción de ectoplasma:

«Primero observose en el suelo, frente a la cabina, un trozo de algo blanco y de apariencia membranosa o nubosa, que gradualmente fue extendiéndose como si fuera una porción de muselina animada que se hubiera doblado varias veces. Sus dimensiones serían de tres pies por dos y medio, y unas cinco o más pulgadas de grueso. Toda aquella masa comenzó a elevarse paulatinamente por su parte central, como si hubiera debajo una cabeza humana, al tiempo que la especie de membrana nubosa que descansaba en el suelo tomaba la apariencia de una túnica cayendo en pliegues alrededor de la porción que ascendía tan misteriosamente. Cuando alcanzó la altura de dos o más pies, diríase que la forma era la de un niño cuyos brazos se movieran en todas direcciones, cual si manifestara tener algo debajo de aquella envoltura. Así continuó ascendiendo, bajándose a veces para subir nuevamente a más altura que antes, hasta alcanzar unos cinco pies de elevación. En aquel momento pudo verse a la forma arreglándose los pliegues de la vestidura al nivel de su rostro. Levantó luego los brazos a bastante altura sobre la cabeza, y abriéndose paso a través de la masa nubosa de la vestidura, apareció ante nuestros ojos Yolanda, descubierta, bella y graciosa, de cinco pies a lo sumo de estatura, cubierta la cabeza con una especie de turbante por debajo del cual se desbordaban sus largos cabellos negros que cayeron sobre sus hombros y espalda… Todo esto se realizó en diez o quince minutos» («Tierra Sombría», por E. d’Esperance, 1897, págs. 254 − 5).

Mr. Edmundo Dawson Rogers, en su obra «Vida y Experiencia», describe un caso análogo, al que estuvieron presentes, aparte del medium Mr. Eglinton, catorce personas, todas ellas muy conocidas. Dice que durante la sesión, la luz era suficiente «para que todos y todo pudiera ser observado en la habitación», de suerte que cuando la «forma» permaneció ante él, «pudo distinguir claramente todos sus detalles». Mr. Eglinton, sumido en trance, estuvo

andando por la habitación, entre los concurrentes, por espacio de cinco minutos. A continuación, «comenzó a emitir de sus costados, en ángulo recto, una substancia blancuzca que cayó a su lado izquierdo. Aquella masa de materia blanca depositada en el suelo, aumentó de volumen, comenzó a palpitar, a moverse de abajo arriba, a deslizarse de un lado a otro, como impulsada por una fuerza motriz que parecía hallarse en el interior de sí misma. Alcanzó la altura de unos tres pies, y poco después, aquella "forma", rápida y silenciosamente, adquirió toda su estatura. Con un vivo movimiento de la mano, Mr. Eglinton separó la materia blanca que cubría la cabeza de la "forma" y en parte cayó por encima de los hombros de ésta, convirtiéndose en vestidura. El lazo de unión con el costado del medium, se cortó o se hizo invisible, y la "forma" avanzó hasta Mr. Everitt, le dio un apretón de manos y se mezcló entre los reunidos, teniendo con casi todos ellos la misma fineza».

Esto acaeció en Londres el año de 1885. En 1905 ocurrió lo siguiente en una sesión que tuvo lugar en Argel, con la medium Eva, conocida entonces bajo el nombre de Marta Beraud:

«En aquella ocasión Marta estaba sola en la cabina. Después de una espera de veinticinco minutos, la misma Marta descorrió por completo la cortina y se sentó en su silla. Casi inmediatamente —siendo Marta completamente visible por todos los concurrentes, los cuales podían, por lo tanto, distinguir con toda claridad sus manos, su cabeza y su cuerpo— vimos una cosa blanca y diáfana que aumentaba gradualmente de volumen al lado de Marta. Primero parecía como un trozo de nube situado junto al codo derecho de Marta y unida, al parecer, a su cuerpo; era muy movible y fue creciendo rápidamente hacia abajo y hacia arriba hasta adquirir la apariencia amorfa de una columna nubosa que llegó a dos pies por encima de la cabeza de Marta. No pude distinguir cabeza ni manos; lo que yo vi parecía una nube de copos blancos con brillo variable, que se condensaba gradualmente, concentrándose alrededor de un cuerpo invisible para mí». (Madame X.: «Anales de Ciencia Psíquica», vol. II, pág. 305).

Este relato compagina perfectamente con los de sesiones que tuvieron lugar muchos años antes. Pero si comparamos las apariciones de ectoplasmas de hace cuarenta y cincuenta años, con las de nuestros días, se observa cuánto más notables fueron aquellos primeros resultados. Ello se debió a que si bien los métodos entonces empleados eran «anticientíficos», según el criterio de muchos investigadores psíquicos modernos, los primeros experimentadores observaron mejor la regla espiritista, rodeando al medium de una atmósfera de amor y cordialidad.

Comentando las primeras materializaciones ocurridas en Inglaterra, dijo *El Espiritista* (1873, págs. 82 − 3):

«El estado de espíritu de los observadores se traduce en efectos ópticos durante las sesiones. La gente mundana y precavida no consigue presenciar más que débiles manifestaciones de los espíritus, los cuales tienen en tales circunstancias un aspecto pálido de fantasma, cosa, por lo demás, corriente cuando el poder del medium es escaso. (Esta descripción coincide singularmente con la de muchos de los rostros vistos en las sesiones con Eva). En cambio, las personas con cuya presencia el medium se siente completamente a su gusto, ven manifestaciones completamente puras, claras. Y es que los fenómenos espiritistas están gobernados por leyes fijas, pero actúan de tal modo, que los resultados son de un carácter especial cuando también es gente especial la que los presencia».

Mr. E. A. Brackett, autor del notable libro «Apariciones materializadas», expresa el mismo juicio, y aunque esto cause irrisión en los círculos pseudos científicos, encierra una profunda verdad. He aquí sus palabras cuya importancia no está en su interpretación literal, sino en el espíritu de las mismas:

«La llave que abre las glorias de la otra vida, es el afecto puro, sencillo y confiado como el que impulsa al niño a arrojarse en brazos de su madre. A aquellos demasiado ufanos de su intelectualismo, semejante gesto les parecería una renuncia de lo que llaman ejercicio de sus facultades superiores. Debo declarar por lo que a mí se refiere, que hasta el momento en que me decidí a adoptar, sinceramente y sin reservas, aquella actitud, nada pude saber de esos asuntos, los cuales, en vez de ofuscar mi razón y mi juicio, han dado a mi mente una percepción más clara y más inteligible que la que antes tenía. Ese sentimiento de delicadeza, de afecto amoroso que es la esencia de las predicaciones de Cristo, eternamente bellas, es el que debe encontrar su expresión íntegra en nuestra relación con los espíritus».

Si alguien pensara por lo que precede, que el autor era un pobre y crédulo juguete con quien cualquier medium podía entretenerse, el contenido de su excelente libro puede probarle lo contrario. Mr. Brackett había sido un escéptico, lleno de dudas y perplejidades hasta que, por consejo de un espíritu materializado, decidió echar a un lado toda clase de reservas, y como él mismo dijo: «Saludar a aquellas formas como queridos amigos desaparecidos, venidos desde lejos, tras una ardua lucha para llegar hasta mí». Su conversión fue instantánea:

«Desde aquel momento —afirma— las formas que parecían carecer de vitalidad, estuvieron dotadas de una fuerza maravillosa. Surgían para saludarme, me tendían los brazos y las que hasta entonces se habían mostrado sordas, respondían ahora a mis llamamientos; rostros que antes, más bien parecían máscaras, se mostraban ahora radiantes de belleza. Una que se me apareció como sobrina mía… me favoreció con toda clase de demostraciones de afecto, y echándome los brazos al cuello y reposando la cabeza en mi hombro, me miró y dijo: “Ahora podemos todos acercarnos a ti”».

Gran lástima fue que Eva no tuviera ocasión de desplegar sus facultades ante los miembros de la Sociedad Psíquica en una de esas sesiones espiritistas impregnada de una atmósfera de cariño, porque no hay duda que se habrían podido producir investigaciones de muy distinto orden. En prueba de ello, citaremos el hecho de que Madame Bisson, en una sesión familiar privada, obtuvo con su amiga magníficos resultados jamás alcanzados con los recelosos métodos de los investigadores científicos.

Eva, o Eva C., como se la conoce ordinariamente indicando la inicial C., su apellido Carriere, puede decirse que fue la primer medium de materializaciones, sometida a investigación científica. Ello ocurrió el año 1903 en una serie de sesiones celebradas en la «Villa Carmen», de Argel, con el profesor Carlos Richet, cuya observación de la curiosa materia blanca que parecía fluir de la joven, llevole a crear la palabra «ectoplasma». Eva tenía entonces diez y nueve años de edad, encontrándose en la plenitud de sus facultades, que más tarde habrían de quedar minadas merced a los largos años de investigación forzada. Varias veces se intentó rodear de una atmósfera de duda los resultados conseguidos por Richet, pretendiéndose que las figuras materializadas eran en realidad criados disfrazados, pero lo cierto es que los experimentos se llevaron a cabo a puertas cerradas y que los mismos resultados consiguiéronse en otras circunstancias análogas. Por lo demás, casi es de justicia el que el profesor Richet sufriese tales críticas molestas y desleales, ya que en su gran obra «Treinta años de investigación psíquica», se muestra poco amable con los mediums, dando crédito a las fábulas que los desprestigian, y procediendo de acuerdo con el principio de que ser acusado es tanto como ser condenado.

Richet describe extensamente en los «Anales de Ciencia Psíquica» la aparición con Eva de la forma materializada de un hombre que a sí mismo se llamaba «Bien Boa». Según el ilustre profesor, aquel hombre poseía todas las condiciones necesarias para la vida. «Anda, habla, se mueve y respira como un ser humano. Su cuerpo es resistente y posee cierta fuerza muscular. No es

ni una figura terrenal, ni un simulacro; es un hombre que vive, y es menester rechazar resueltamente cualquier otra suposición distinta de una de las dos siguientes: es un fantasma dotado de todos los atributos de la vida, o es una persona que representa el papel del fantasma». (Obra citada, vol. II, pág. 273). Con toda minuciosidad expone luego las razones que obligan a rechazar la última de las dos posibilidades.

De algunas características de la forma, dice:

«Bien Boa procura acercarse a nosotros, pero diríase que cojea; su marcha es vacilante. No puedo decir si anda o si resbala. En un momento dado tropieza como si fuese a caer, cojeando de un pie, al parecer incapaz de sostenerle: tal al menos es mi impresión personal. Luego se dirige hacia la cortina, y sin descorrerla se hunde, desaparece en el suelo, oyéndose al mismo tiempo un ruido: clac, clac, como el que produciría un cuerpo al caer».

Durante el desarrollo de esa escena la medium estaba en la cabina, perfectamente observada por otro testigo, Gabriel Delanne, director de la *Revista del Espiritismo*.

Richet prosigue:

«Poco después (dos, tres o cuatro minutos), delante de la cortina, a los mismos pies del general, otro testigo, vemos de nuevo la misma bola blanca (¿la cabeza?), la cual sube rápidamente, casi perpendicularmente, *hasta la altura de un hombre* y luego súbitamente se hunde en el suelo con el mismo ruido ¡clac, clac! de la caída de un cuerpo. El general siente en sus piernas el choque de la forma al caer».

La súbita aparición y desaparición de la figura era tan parecida a la acción de salir y esconderse por medio de una trampa, que al día siguiente Richet examinó minuciosamente el pavimento de la habitación, que era de baldosas y servía de techo a la cochera situada debajo, sin hallar señal de trampa alguna.

Para desvanecer los absurdos rumores de su existencia, pidió más tarde a un arquitecto que practicase un reconocimiento de ambas habitaciones y le certificase el resultado. Tuvieron aún mayor interés aquellas manifestaciones porque anteriormente, en París, rara vez había logrado la medium materializaciones completas.

Richet llevó a cabo con Bien Boa un curioso experimento. Le hizo respirar en su frasco de agua de barita para ver si el aire inhalado contenía dióxido de carbono. Aunque con gran dificultad, la forma hizo lo que se le pedía, y en el líquido se produjo la reacción esperada. Durante el experimento, estuvo a la vista de todos la medium y junto a ella se sentó uno de los testigos.

Richet registra un divertido incidente de aquella sesión. Cuando el agua de barita se puso blanca, los asistentes exclamaron: «¡Bravo!», y entonces la forma de Bien Boa entreabrió la cortina y apareció tres veces, saludando como un actor que es llamado a escena.

Richet y Delanne tomaron fotografías de Bien Boa, las que, a juicio de Sir Oliver Lodge, son de lo más perfectas en su género. Un detalle que llama poderosamente la atención en ellas es que un brazo de la medium aparece plano, lo cual revela el proceso de desmaterialización parcial que con tanta claridad se vio en otra medium, Madame d'Esperance. Richet observa oportunamente (obra citada, vol. II, pág. 288): «No temo declarar que el vacío de aquella manga, lejos de demostrar la existencia de fraude, prueba, por el contrario, que no le hubo, hablando más bien en favor de una especie de disgregación material de la medium que ésta no podía sospechar».

He aquí el relato de una espléndida materialización presenciada por Richet en la Villa Carmen:

«Casi en el mismo momento en que las cortinas fueron echadas se abrieron de nuevo, apareciendo entre ellas el rostro de una mujer joven y hermosa que llevaba una corona en la cabeza y una especie de cinta dorada o de diadema en torno de sus cabellos rubios. Reía a carcajadas y parecía muy alegre; recuerdo muy bien su risa y sus dientes, como perlas. Asomó dos o tres veces la cabeza, ocultándola luego, como un muchacho que se entretuviera jugando al escondite».

La aparición pidió a Richet que otro día llevara unas tijeras para cortar una guedeja de la cabellera de la «reina egipcia», como a sí mismo se llamó. Y así lo hizo el profesor al siguiente día:

«La "reina egipcia" volvió, pero sólo nos mostró la corona de su cabeza y una cabellera tan rubia como abundante; demostraba impaciencia por saber si yo había llevado las tijeras. Entonces cogí parte de sus largos cabellos, pero apenas pude distinguir el rostro, oculto detrás de la cortina. Cuando estaba a punto de cortar una guedeja de la parte superior de la cabeza, una mano enérgica que se movió detrás de la cortina me obligó a bajar el brazo y a cortar sólo a unas seis pulgadas de la punta del pelo. Como cortaba despacio, la forma dijo en voz baja: "¡Aprisa, aprisa!", y desapareció. Conservo el mechón de pelo, que es muy fino, sedoso y de color natural. Su examen al microscopio prueba que se trata de cabello real, y me aseguran que una peluca del mismo costaría un millar de francos. El cabello de Marta es muy negro y más bien corto». (Obra citada, página 508). Aludiremos de paso a lo que Richet llama «innobles cuentos de periódicos». Alguno de éstos publicó una

supuesta confesión de engaño atribuida a la medium, así como también la no menos falsa afirmación de un cochero árabe al servicio del general Noel, dueño de la Villa Carmen, el cual aseguraba haber representado el papel de fantasma en la finca. Baste decir que jamás tuvo acceso aquel cochero al salón de las sesiones y que la medium desmintió siempre públicamente el cargo que se le hizo. Richet declaró que aun habiendo sido cierta la acusación, los investigadores psíquicos conocen el valor que hay que dar a semejantes revelaciones, sólo demostrativas de la versatilidad de los mediums. Resumiendo las sesiones de Villa, Carmen, Richet dice:

«Las materializaciones producidas por Marta Beraud son de la mayor importancia. Han aportado numerosos hechos que ilustran el proceso general de las materializaciones, suministrando a la ciencia metapsíquica datos completamente nuevos e imprevistos».

La primera investigación sistemática del ectoplasma, fue emprendida por Madame Bisson, viuda de Adolfo Bisson, hombre público muy conocido. Ello coloca a Madame Bisson al lado de su compatriota Madame Carie, en los anales de la ciencia. Madame Bisson tuvo considerable influjo personal sobre Eva, contra la cual nació, después de los experimentos realizados en Argelia, la intolerante persecución acostumbrada. La tomó bajo su protección y la proveyó de todo lo necesario, comenzando seguidamente una serie de experimentos que duraron cinco años, y dieron tan sólidos resultados, que no una, sino acaso varias ciencias, nacerán de ellos en lo futuro. En tales experimentos, trabajó de consuno con el sabio alemán, de Munich, Dr. Schrenck Notzing, cuyo nombre estará también eternamente unido a las primeras investigaciones acerca del ectoplasma.

Los estudios de ambos se desarrollaron entre 1908 y 1913, recogiéndose el fruto de ellos en la obra de Madame Bisson, «Los fenómenos llamados de materialización», y en la de Schrenck Notzing, «Fenómenos de materialización».

El método que empleaban consistía en obligar a Eva a que se desnudara bajo su estricta vigilancia y a que se pusiera una bata desprovista de botones y atada fuertemente a la espalda. Solamente la quedaban libres los pies y las manos. De esta suerte, era llevada a la habitación donde se verificaban los experimentos y a la que no entraba nunca fuera de aquellos momentos. A un extremo de la habitación, había un pequeño espacio cerrado con cortinas y abierto sólo por delante. El objeto de aquel espacio acotado era concentrar el vapor ectoplásmico.

Describiendo los resultados obtenidos por ambos, el sabio alemán dice: «Muchas veces pudimos comprobar que por un proceso biológico desconocido, surgía del cuerpo de la medium una materia semifluída al principio, que poseía alguna de las propiedades de una substancia viviente, sobre todo la facultad de cambiar, de moverse y de asumir formas definidas». Y añade: «Podría dudarse de la verdad de estos hechos si no hubieran sido centenares de veces verificados en el curso de pruebas laboriosas bajo condiciones tan variadas como rigurosas». ¿Puede darse, por lo que a esa substancia se refiere, una reivindicación más completa de aquellos espiritistas que en el espacio de varias generaciones sufrieron con paciencia que el mundo les ridiculizara? Schrenck Notzing dice en uno de sus escritos, exhortando a su animosa compañera de trabajo para que no decayese: «No desmaye en sus esfuerzos para abrir un nuevo dominio a la ciencia, ni por ataques insensatos, ni por calumnias cobardes, ni por la violencia de los malévolos, ni por cualquier forma de intimidación. Adelante en el camino que usted ha abierto, pensando en las palabras de Faraday: "Nada es demasiado extraño para ser verdadero"».

Los resultados que ambos experimentadores obtuvieron, son de los más notables de que tengamos conocimiento. El testimonio de numerosos testigos competentes, al que acompañan muchas fotografías, demuestra que aquella materia gelatinosa extraordinaria fluía de la boca, nariz, orejas, ojos y piel de la medium. Son aquellas fotografías de aspecto extraño y repulsivo, pero lo mismo puede decirse de muchos procesos de la Naturaleza.

Se ve en ellas el fluido viscoso, gelatinoso, colgar de la barbilla como cristales de hielo, caer por el cuerpo, formar como una especie de delantal blanco, o convertido en masas informes pegadas al rostro de la medium. Al ser tocado o herido por la luz, se encogía y era absorbido por el cuerpo como retrae los cuernos el caracol.

Una vez que aquella substancia fue cogida y pinchada, la medium profirió fuertes gritos. Con asentimiento de la medium fue otra vez amputada una pequeña porción, la cual se disolvió en la caja donde fue colocada como si fuera un copo de nieve, dejando como única huella algo de humedad y unas excrecencias parecidas a las de un hongo. El microscopio reveló la presencia de células epiteliales de membrana mucosa, en las cuales parecía tener su origen aquella substancia.

Bastaría la producción del ectoplasma para que el descubrimiento hubiese constituido una revolución y señalado una época, pero lo que sigue es aún más extraordinario, y responde cumplidamente a la pregunta que al llegar

aquí pueden hacer los lectores: «¿Qué tiene que ver todo esto con los espíritus?». Por increíble que parezca, esa substancia toma en el caso de ciertos médiums —y Eva era uno de ellos— formas definidas, o sea extremidades y rostros humanos, que primero aparecen con dos dimensiones en plano hasta moldearse por los bordes, completarse y destacarse. Muchas de las fotografías que tomaron los dos experimentadores, revelan esos extraños fantasmas, a menudo de bastante menor tamaño que tuvieron en vida. Algunos de los rostros reproducen indudablemente formas pensadas por Eva, existiendo un gran parecido entre algunas de ellas y las imágenes que la medium pudo haber visto y cuyo recuerdo quedó grabado en su mente. Uno de aquellos rostros tiene, por ejemplo, extraordinario parecido con el presidente Wilson, con bigote; otro parécese a un feroz Poincaré. En una fotografía se ve la palabra «espejo», impresa en la frente de la medium, lo cual, en opinión de algunos críticos, prueba que cortó aquella palabra de algún periódico para exhibirla en plena sesión, si bien no se dice el objeto perseguido con tal propósito. La explicación dada por la medium es que las fuerzas dominantes aquella vez deseaban sugerir, por vía de «aporte», la idea de que los rostros y figuras aparecidos no eran en realidad los suyos, sino tales como pudieran ser reflejados por un espejo.

Ni aun así el lector encontrará una conexión clara de estos fenómenos con el espiritismo, pero lo que sigue le hará verla. Cuando Eva estaba en sus buenos momentos, lo cual ocurría rara vez y a costa de su salud, formaba una figura completa parecida a alguna persona fallecida; la cuerda que ataba aquella figura a la medium se aflojaba; y un soplo de vida animaba a la imagen que se movía, andaba y expresaba sus emociones íntimas. Schrenck Notzing dice con referencia a aquella aparición: «Desde entonces el fantasma se ha revelado completo en varias ocasiones saliendo fuera del gabinete, comenzando a hablar y llegando hasta Madame Bisson, en cuya mejilla estampó besos que todos oímos». Extraño final de una investigación científica y que venía a probar una vez más cuán imposible es, aun para los más esclarecidos materialistas, encontrar una explicación de los fenómenos espiritistas conforme con sus teorías.

Eran tan asombrosos aquellos resultados, que Schrenck Notzing suspendió su juicio acerca de ellos hasta que fueran confirmados como lo están hoy. Regresó a Munich y allí tuvo la suerte de encontrar una medium polaca llamada Stanislawa, que poseía la facultad de materializar. Gracias a ella pudo emprender en 1912 una serie de experimentos cuyos resultados recogió en su

obra ya citada. Trabajando con Stanislawa, adoptó los mismos estrictos métodos que con Eva, consiguiendo idénticos resultados.

Apenas se distinguen las fotografías del ectoplasma tomadas con una de las que hizo con otra. Así, la acusación de fraude lanzada contra Eva, habría que repetirla respecto a Stanislawa. Muchos fueron los observadores alemanes que asistieron a las sesiones y las fiscalizaron.

Como correspondía a su espíritu teutónico, Schrenck Notzing profundizó en la materia mucho más que Madame Bisson. Obtuvo cabello de una de las formas materializadas y comparándolo al microscopio con el cabello de Eva, dedujo que no podía ser de una misma persona. Así mismo hizo el análisis químico de una pequeña porción de ectoplasma, la cual, al ser quemada, dejó un resíduo de ceniza, con pronunciado olor a cuerno. Entre los cuerpos constituyentes de aquella substancia, figuraban el cloruro de sodio (sal común) y el fosfato de calcio. Finalmente, obtuvo un film cinematográfico del ectoplasma, saliendo de la boca de la medium.

Hay que decir que aun cuando ésta se hallaba en trance durante los experimentos, su estado no era inanimado, sino que parecía estar poseída por una personalidad independiente, que a veces la dirigía palabras severas, advirtiendo a los investigadores que necesitaba disciplina y debían sujetarla a algún trabajo. En más de una ocasión aquel ente dio señales de gran clarividencia, explicando, por ejemplo, el defecto de un aparato eléctrico que no funcionaba.



Dr. Gustave Geley

Jefe que fue del Institut Métapsychique de París; uno de los más ilustres precursores en la investigación psíquica

Los resultados de Schrenck Notzing, quedaron corroborados por el Dr. Gustavo Geley, cuyo nombre será inmortal en los anales de la investigación psíquica. Geley era médico, habiendo llegado a los más elevados puestos de su profesión. Fue atraído por las ciencias psíquicas y puesto acertadamente por M. Juan Meyer a la cabeza del Instituto Metapsíquico. Su labor y sus métodos constituyen un gran ejemplo que seguir, distinguiéndose, no sólo como hábil experimentador y observador preciso, sino además como profundo filósofo. Su gran obra «De lo Inconsciente a lo Consciente», puede calificarse como libro de texto de toda una época. Como era de rigor, tuvo también que aguantar las picaduras de los sempiternos mosquitos humanos que asaltan a los primeros exploradores lanzados a través de la selva del pensamiento, pero salió al paso de sus impugnadores con valor y desenfado. Murió súbita y trágicamente. Había ido a Varsovia, en donde obtuvo ectoplásmicos moldes del medium Kluski, pero desgraciadamente, el aeroplano en que viajaba cayó a tierra, muriendo Geley en el acto; fue una pérdida irreparable para la ciencia psíquica. Pertenecían al Instituto Metapsíquico dirigido por Geley y declarado de «utilidad pública» por el Gobierno francés, el profesor Carlos Richet, el profesor Santoliquido, ministro de Higiene pública de Italia, el conde de Gramont, del Instituto de Francia; el Dr. Calmette, médico inspector general; Camilo Flammarion, Julio Roche, ex ministro de Estado, y el doctor Treissier, del Hospital de Lyon. Más tarde se adhirieron a él, entre otras grandes figuras, Sir Oliver Lodge, el profesor Bozzano y el profesor Leclainche, miembro del Instituto de Francia e inspector general de los Servicios Sanitarios de Agricultura. El Instituto fue provisto de un buen laboratorio para la investigación psíquica, con biblioteca, salón de lectura y salas de recibo. Sus trabajos se publicaban en *La Revista Metapsíquica*, órgano de la Sociedad.

El Instituto tomó la importante iniciativa de invitar a hombres eminentes en la ciencia y en la literatura, para que asistieran a las investigaciones psíquicas y participasen de ellas. Más de un centenar de aquellos hombres ilustres obtuvieron de ese modo pruebas originales, y en 1923, treinta, entre los cuales figuraban diez y ocho médicos de fama, firmaron y publicaron una declaración de su creencia plena en la efectividad de las manifestaciones psíquicas por ellos presenciadas bajo las más rígidas condiciones fiscalizadoras.

El Dr. Geley operó durante algún tiempo con Eva, desfilando por la sala en que se celebraron las sesiones hasta un centenar de hombres de ciencia. Tan evidentes fueron las pruebas obtenidas, que Geley resume sus impresiones con estas palabras: «No sólo afirmo que no había engaño, sino que ni siquiera existía la posibilidad de engaño». Siguiendo los antiguos procedimientos de investigación, halló los mismos resultados que hallaron sus antecesores, salvo que en sus experimentos los fantasmas tomaban siempre la forma de rostros femeninos, algunas veces hermosos, y, según asegura, desconocidos para él. Acaso eran formas pensadas por Eva, ya que en ninguna de las sesiones pudo registrarse la presencia de un espíritu viviente. No obstante, bastó para que el Dr. Geley pudiera declarar: «Lo que hemos visto mata al materialismo. De aquí en adelante ya no hay lugar para él en el mundo». Como es natural, refríase a aquel viejo materialismo, según el cual, el pensamiento no es más que un resultado de la materia, cuando lo cierto, y según revelan los nuevos descubrimientos, la materia es el resultado del pensamiento.

Después de sus experimentos con Eva, el Dr. Geley obtuvo aún más extraordinarios resultados con el medium polaco Franck Kluski, cuyas figuras ectoplásmicas eran tan sólidas que pudo tomar moldes de las manos en parafina. Aquellos moldes o guantes de parafina, que aún pueden verse en Londres[8] eran tan estrechos en la abertura de la muñeca, que no habría podido retirarse la mano sin romperlos. Sólo era posible sacarla de ellos por desmaterialización de la misma mano ectoplásmica. En aquellos experimentos acompañaron a Geley, Richet y el conde de Gramont, cuya competencia era indiscutible. En el capítulo XX de esta obra, encontrará el lector más detalles de estos y otros moldes de figuras ectoplásmicas, los que constituyen la más innegable y permanente de las pruebas de semejantes fenómenos, sin que crítica alguna pueda racionalmente invalidarlas.

Con otro medium polaco llamado Juan Guzik, investigó también el Dr. Geley en el Instituto de París. Las manifestaciones de aquel medium consistieron en luces y en manos y rostros ectoplásmicos. Treinta y cuatro distinguidas personas, algunas de ellas completamente escépticas, afirmaron tras largas y minuciosas investigaciones, su creencia en aquellos fenómenos. Entre esos testigos había miembros de la Academia Francesa, de la Academia de Ciencias, de la Academia de Medicina, doctores en Medicina y en Derecho y hasta algunos expertos policías.

El ectoplasma es una de las substancias más proteas, pudiendo manifestarse de muy distintas maneras y con diversas propiedades. Así lo

demostró el Dr. Crawford, profesor de Ingeniería Mecánica en la Queen's University de Belfast. Crawford dirigió una importante serie de experimentos desde 1914 a 1920 con la medium Miss Catalina Goligher, cuyo relato consignó en tres volúmenes: «La realidad de los fenómenos psíquicos» (1917), «Experimentos en Ciencia Psíquica» (1919) y «Las manifestaciones psíquicas de Miss Goligher» (1920). Desgraciadamente, Crawford falleció en 1920, pero su recuerdo será imperecedero, merced a los tres libros citados.

Para comprender debidamente los resultados conseguidos por Crawford deben leerse sus dichos libros, pero en síntesis consignaremos que en ellos se demuestra que los levantamientos de mesas, los ruidos en el suelo y los movimientos de objetos en la sala de las sesiones, son debidos a la acción de «varitas psíquicas» o, según las llama en la última de las expresadas obras, «producciones psíquicas» emanadas del cuerpo del medium. Cuando la mesa se levanta, aquellas «varitas» actúan de dos maneras: si la mesa es ligera, la varita o instrumento psíquico no toca el suelo, sino que obra como «una palanca, fija sólidamente en el cuerpo del medium por una extremidad, mientras que la otra extremidad actúa en la superficie interior o en las patas de la mesa». Si ésta es pesada, la reacción, en vez de partir del medium, procede del suelo de la habitación, donde la substancia psíquica forma una especie de soporte entre la superficie inferior de la mesa levantada y el suelo. El medium, en los experimentos de Crawford, estaba colocado en una báscula, y cuando la mesa se levantaba, veíase aumentar el peso de aquél.

Crawford suministró una interesante hipótesis del proceso de formación del ectoplasma durante la sesión. Debe advertirse, que al hablar de «operadores» se refiere a los espíritus actuantes en los fenómenos:

«Los operadores obran en el cerebro de los circunstantes y desde él sobre su sistema nervioso. Pequeñas partículas, mejor aún, moléculas, son proyectadas por el sistema nervioso a través de los cuerpos de los circunstantes, cintura, manos, dedos, etc. Tales partículas quedan libres, y como están dotadas de una considerable cantidad de energía latente a ellas inherente, ésta puede reaccionar sobre cualquier sistema nervioso humano con el cual entre en contacto. La corriente de partículas de energía fluye alrededor de los reunidos, en parte probablemente por la periferia de sus cuerpos, y, aumentando gradualmente desde ellos, pasa al medium en un elevado grado de "tensión", le comunica su energía, recibe de él nuevo incremento, atraviesa otra vez el círculo de los reunidos y así sucesivamente. Finalmente, cuando la "tensión" es bastante alta, cesa el proceso circulatorio, y las partículas de energía son recogidas o refundidas en el sistema nervioso del medium, quien

desde entonces posee un depósito desde donde proyectarlas. Disponiendo entonces los operadores de una buena reserva de la mejor clase de energía, es decir, energía nerviosa, pueden actuar sobre el cuerpo del medium, el cual hállase de tal manera constituido, que por medio de la tensión nerviosa puede desprender una parte de su propia materia y proyectarla en plena sala de sesiones (“La realidad de los fenómenos psíquicos”, pág. 243)».

Acaso es éste el primer intento hecho para explicar claramente lo que ocurre en una sesión de fenómenos físicos, y es muy posible que describa con fiel exactitud lo que realmente sucede. En otro lugar de su libro hace Crawford una importante comparación entre las primeras y las últimas manifestaciones psíquicas de una sesión, exponiendo la siguiente atrevida teoría de todos los fenómenos psíquicos:

«He comparado la apariencia blancuzca y nubosa de esa substancia en las distintas formas adoptadas por ella con fotografías de fenómenos de materialización en sus distintas fases obtenidas con diferentes mediums en todo el mundo, y la conclusión a que he llegado es que esa materia se parece extraordinariamente, si no es siempre la misma, a la que entra en todos los fenómenos de materialización. De hecho puede afirmarse que dicha materia blancuzca, traslúcida, nebulosa, es la base de todos los fenómenos psíquicos de orden físico. Sin ella hasta cierto punto no son posibles los fenómenos físicos; y es ella la que da consistencia a las estructuras de todo género erigidas por los operadores en la sala de sesiones, y la que, debidamente manejada y aplicada, permite a tales estructuras entrar en contacto con las formas corrientes de materia que nosotros conocemos, tanto si dichas estructuras se asemejan a aquellas de que me ocupo particularmente, como si son materializaciones de formas corpóreas, manos o rostros. Es más, me parece probable que esa materia sea la base de las estructuras erigidas aparentemente como manifestación de la forma particular de los fenómenos que se llaman de voz directa, basándose también en ella fenómenos conocidos con el nombre de fotografía de los espíritus».

Mientras Crawford trabajaba en sus varitas ectoplásmicas, el Dr. Geley comprobaba los resultados obtenidos con Eva en una nueva serie de experimentos. He ahí cómo resume sus observaciones:

«Emana del cuerpo de la medium una substancia amorfa o polimorfa hasta el más alto grado. Esa substancia toma varias formas, pero en general muestra órganos más o menos compuestos, distinguiéndose: (1) la substancia como substructura de materialización; (2) su desarrollo organizado. Su aparición se anuncia generalmente por la presencia de fluido, a manera de copos blancos y

luminosos de tamaño que varía entre el de un guisante y el de una pieza de cinco francos, y distribuído por todas partes sobre el vestido negro de la medium, principalmente hacia el costado izquierdo… La substancia emana de todo el cuerpo de la medium, pero principalmente de los orificios naturales y de las extremidades, de la parte superior de la cabeza, de los costados y de las puntas de los dedos. Pero lo más corriente es la emanación por la boca… La substancia se presenta tan pronto con la consistencia de una pasta dúctil, como de una verdadera masa protoplástica, tan pronto en forma de numerosos hilos delgados, de cuerdas de varios grosores, de radios rígidos, de anchas fajas, de membranas o de tejido de lana de forma indefinida o irregular. La apariencia más curiosa es la de membrana, de gran extensión, provista de franjas cruzadas a manera de una red.

»La cantidad de materia "exteriorizada" varía entre límites muy amplios. En ciertos casos envuelve por completo a la medium como si fuera un manto. Tiene tres colores diferentes: blanco, negro y gris. El color blanco me parece el más frecuente, tal vez porque es el que mejor se ve. A veces los tres colores aparecen simultáneamente. La visibilidad de la substancia varía considerablemente aumentando o disminuyendo sucesivamente. La impresión al tacto es muy diversa, siendo tan pronto húmeda y fría, como viscosa y pegajosa, y sólo raramente seca y dura… Es móvil, con movimiento lento, subiendo o bajando a lo largo de la medium, por sus espaldas, pecho y rodillas, a manera de un reptil. A veces los movimientos son súbitos y rápidos, apareciendo y desapareciendo como un relámpago. Es extraordinariamente sensitiva, sobre todo a la luz».

El párrafo copiado es sólo una parte del magistral análisis del Dr. Geley, que al final se refiere a este importante aspecto de sus observaciones: «Durante toda la duración del fenómeno de materialización, el producto formado está en evidente conexión fisiológica y psíquica con el medium. La conexión fisiológica es a veces perceptible en forma de un delgado cordón que une la substancia con el medium, como el cordón umbical liga el embrión a la madre.

Pero aunque a veces ese cordón no sea visible, la relación psicológica es siempre muy estrecha. Toda impresión recibida en el ectoplasma reacciona sobre el medium y viceversa. La sensación refleja de la substancia se confunde con la del medium; en una palabra, todo demuestra que el ectoplasma es el mismo medium parcialmente exteriorizado».

Si se compara este relato en sus detalles con los que aparecen al principio de este capítulo, veremos cuán numerosos son los puntos de semejanza entre

ellos, y como después de tales confirmaciones no es ya escepticismo, sino fruto de la más supina ignorancia negar la existencia y naturaleza del ectoplasma.

Eva, como ya dijimos, vino a Londres y dio treinta y ocho sesiones bajo los auspicios de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, pero la relación de ellas (*Actas*, vol. XXXII, páginas 209 − 343) constituye documento nada satisfactorio. Afortunadamente, el Dr. Schrenck Notzing consiguió disponer de otro medium, el joven de catorce años Willie S., gracias al cual pudo demostrar a todos la existencia del ectoplasma, con resultados correspondientes a los obtenidos en París. La substancia fue examinada por un centenar de selectos observadores, ninguno de los cuales pudo negar la evidencia de lo que vio. Eran profesores o ex profesores de Jena, Gesen, Heildelberg, Munich, Tubinga, Upsala, Friburgo, Basilea y otras Universidades, junto con buen número de famosos médicos, neurólogos y sabios de todo linaje.

No puede, pues, haber dudas respecto a la existencia del ectoplasma. Sin embargo, no siempre y en todos los casos se produce. Antes bien, se trata de una delicada operación que puede fallar, lo cual explica que al practicarla, fracasaran varios experimentadores, entre los cuales se contó cierto reducido comité de la Sorbona. Ya hemos visto que requiere hombres hábiles, así como buenas condiciones de orden mental y espiritual más que químico. Además, ha de ayudar el ambiente, pues si es antagónico, dificulta o impide totalmente la aparición, lo que acredita sus afinidades espirituales, diferenciando al ectoplasma de los productos puramente físicos.

¿Qué es por lo tanto esa substancia? Algo que adopta una forma. ¿Quién determina la forma? ¿Es la mente del medium caído en trance? ¿Es la mente de los observadores? ¿Es una mente independiente? Los experimentadores se dividen en dos escuelas: una que está empeñada en buscar la causa y origen del ectoplasma en alguna propiedad extraordinaria latente en el cuerpo físico normal, y otra, a la que el autor pertenece, que cree que aquél es el eslabón que nos une con la cadena del Más Allá. Y hay que añadir que en todo cuanto con ese fenómeno hace relación, no hay nada que no fuera conocido por los antiguos alquimistas de la Edad Media. Este hecho tan interesante, fue revelado por Mr. Foster Damon, de la Universidad de Harvard, al dar una serie de extractos de las obras de Vaughan, filósofo, que vivió hacia el año 1650, quien con el nombre de «Primera materia» o de «Mercurio», define una substancia emanada del cuerpo que tiene todas las características del ectoplasma. Eran tiempos en que entre la Iglesia católica de una parte y los

puritanos de otra, se hacía muy difícil la labor del investigador psíquico. De ahí que los químicos de entonces disfrazaran sus conocimientos bajo nombres fantásticos, y que dichos conocimientos acabaran por desaparecer.

El autor ha visto frecuentemente ectoplasma en su forma vaporosa, pero sólo una vez en su forma sólida, salvo en los casos en que le fue dable observar rostros o figuras completamente materializados. Fue en una sesión con Eva, con la intervención de Madame Bisson. En aquella ocasión, la extraña y variable substancia apareció como un pedazo de materia de seis pulgadas de longitud, no muy distinto de un trozo de cordón umbilical, adherido a la tela del vestido en la región del bajo vientre. Era visible a la luz y el autor fue autorizado para tocarlo, sacando la impresión de que se trataba de una substancia viva que se encogía y latía al tacto. Excusamos decir que ninguna posibilidad de fraude había en aquel momento.

Para juzgar bien de los hechos que se conocen acerca del ectoplasma, conviene ver la apariencia de éste en las fotografías psíquicas. La opinión más racional es que una vez formado el ectoplasma puede moldearse por obra de la mente, y que en los casos más corrientes esa mente puede ser la del medium inconsciente. Pero olvidamos con frecuencia que también nosotros somos espíritus, y que el espíritu que reside en el cuerpo posee probablemente facultades parecidas a las del espíritu que está fuera del cuerpo. En otros casos, como se revela especialmente con las fotografías psíquicas, resulta perfectamente claro que no es el espíritu del medium quien obra, sino que interviene alguna fuerza más poderosa y con objetivo más consciente y definido.

Personalmente el autor es de opinión que en lo futuro se descubrirán diferentes formas de plasma con distintas actividades, formando una ciencia aparte que bien podría llamarse Plasmología. También creo que todos los fenómenos psíquicos exteriores al medium, incluso la clarividencia, tienen el mismo origen. Así, un medium clarividente puede muy bien ser el que emita ésta u otra substancia parecida en forma de atmósfera a su alrededor para que el espíritu se manifieste a todos aquellos qué estén dotados del poder de percepción. Así como el aerolito que pasa por la atmósfera de la tierra es momentáneamente visible entre dos eternidades de invisibilidad, así también es posible para el espíritu al pasar por la atmósfera psíquica del medium ectoplásmico que pueda revelar su presencia un momento.

Esta opinión no se funda en prueba alguna, sino que va más allá de lo que actualmente conocemos, pero Tyndall ha hecho ver que semejantes hipótesis exploradoras pueden convertirse en el punto de partida de la verdad. La razón

por la cual unas personas ven fantasmas y otras no, puede obedecer a que algunas suministran ectoplasma suficiente para la manifestación y otras no, al paso que el escalofrío, el temblor y el desmayo final de aquéllas deben atribuirse no meramente al terror sino, en parte por lo menos, al súbito desgaste de sus reservas psíquicas.

Sea como quiera, el conocimiento ya bien sólido que hoy tenemos del ectoplasma nos proporciona una firme base material para la investigación psíquica. Cuando el espíritu desciende sobre la materia necesita una base material; de lo contrario, no podría impresionar nuestros sentidos materiales. En 1891, Stainton Moses, el psíquico más notable de su tiempo, se vio obligado a declarar: «Nada sé acerca del método o métodos por los cuales son producidas las formas materializadas, fuera de lo que ya sabía la primera vez que las vi». Si hoy viviera le sería difícil decir lo mismo. Gracias al descubrimiento del ectoplasma podemos explicamos de modo racional los golpes, percusiones o ruidos que figuran entre los primeros fenómenos espiritistas que llamaron la atención de las gentes. Prematuro es aún decir que pueden producirse esos ruidos de una sola manera, pero cabe afirmar que por lo general su producción se basa en la extensión de una varilla de ectoplasma, visible o no, y en su percusión en un objeto sólido. Probablemente tales varillas son los conductores de la fuerza, de la misma manera que un alambre de cobre puede conducir la descarga eléctrica destructora de un acorazado. En uno de los admirables experimentos de Crawford, notando que las varitas o radios ectoplásmicos procedían del pecho de su medium, le tiñó la blusa con color carmín y le ordenó que produjera ruidos en la pared opuesta. Y, en efecto, la pared viose salpicada de manchas rojas, lo cual demuestra que la proyección ectoplásmica había arrastrado una parte del color a través del cuál había pasado. De la misma manera, en los casos verdaderos de movimiento de la mesa, debe atribuirse éste a la acumulación de ectoplasma en la superficie, expulsada por los varios concurrentes y utilizado después por la inteligencia directora. Crawford supuso que las varitas poseen en las extremidades garras ya para asir o para levantar, y el mismo autor tomó más tarde varias fotografías de esas varitas en las cuales se ve claramente un borde dentado al extremo que muy bien pudiera servir para tal fin.

Crawford dedicó también la mayor atención a la relación existente entre el peso del ectoplasma emitido y la pérdida de peso que al emitirlo sufre el medium. Sus experimentos demuestran que todos somos mediums, que todos perdemos peso en las sesiones de materialización, y que los mediums propiamente tales, sólo difieren de nosotros en que pueden emitir una mayor

cantidad de ectoplasma. Más grandes diferencias hay en otros aspectos de los hombres, puesto que unos tienen, por ejemplo, magnífico oído para la música y otros carecen en absoluto de él. En los experimentos de Crawford era corriente que la medium perdiese hasta diez y quince libras en una sola sesión, recobrando el peso inmediatamente después que su cuerpo reabsorbía el ectoplasma. En una ocasión fue registrada la enorme pérdida de cincuenta y dos libras, lo que hubiera hecho creer que la báscula no era fiel, de no existir el antecedente de pérdidas superiores en otros mediums, como ocurrió en los experimentos de Olcott con los Eddys. Todavía son de notar otras propiedades del ectoplasma. La luz lo destruye, a no ser que se acostumbre gradualmente a ella o esté preparado para recibirla por los espíritus intermediarios; pero siempre un chorro súbito de luz hace refluir la substancia y ésta es reabsorbida por el medium con la fuerza de una faja elástica al soltarse. Hay que renunciar a maquinaciones y tretas contra el ectoplasma, y toda fuerza empleada contra un objeto cualquiera sostenido por las varitas ectoplásmicas, es casi tan peligroso como la luz brusca e intensa. El autor recuerda que en una sesión un concurrente ignorante cambió de lugar un objeto que flotaba en el aire delante de los reunidos, y aunque el acto fue realizado calladamente, la medium se quejó de dolor y malestar y tuvo que guardar cama algunos días. Otra medium padeció una fuerte y extensa irritación desde el pecho hasta la espalda, causada por el encogimiento de la banda ectoplásmica en el momento en que un mal intencionado encendió súbitamente una lámpara eléctrica. Cuando el ectoplasma se recoge en una superficie mucosa, la consecuencia puede ser una grave hemorragia. Varios casos más podría citar el autor, presenciados por él mismo.

No se puede en el espacio de un capítulo abarcar tema tan amplio, ni dar más detalles sobre un punto que por sí solo requeriría un volumen. Es seguro que nuestro conocimiento de esa extraña, protea, esquiva y penetrante substancia aumentará de año en año, pudiendo profetizarse que si la última generación consagró su estudio al protoplasma, la próxima hará lo propio con su equivalente psíquico, llamado ectoplasma por Carlos Richet, y por otros «plasma», «teleplasma» e «ideoplasma».

Ya desde la fecha en que se escribió este capítulo hasta la de su publicación, ha habido nuevas emisiones de ectoplasmas, debidas a mediums de varias partes del mundo. Las más notables las de «Margery» o señora Crandon, de Boston, medium a cuyas facultades ha consagrado un volumen Mr. Malcolm Bird.

CAPÍTULO XIX
FOTOGRAFÍA ESPIRITISTA

La primera noticia auténtica de la producción de lo que se llama fotografías espiritistas, data de 1861. Quien las obtuvo fue Guillermo H. Mumler, en Boston. En Inglaterra, dícese que Ricardo Boursnell llevó a cabo, en 1851, el mismo experimento, pero no se ha conservado ninguna de las fotografías que hizo. El primer caso comprobado en Inglaterra, data de 1872, y se refiere al fotógrafo Hudson.

Al igual que el desarrollo del espiritismo moderno, aquel nuevo progreso fue pronosticado desde el Más Allá. En 1856, Míster Tomás Slater, óptico, residente en Londres, celebró una sesión de espiritismo en unión de Lord Brougham y Mr. Roberto Owen, en la cual fue anunciado por medio de golpes que llegaría un tiempo en que Mr. Slater tomaría fotografías de espíritus. Mr. Owen prometió que si al llegar esa época él se encontraba en el mundo de los espíritus, aparecería en la placa.

Y, en efecto, estando Mr. Slater haciendo experimentos de fotografía espiritista, obtuvo en una placa el rostro de Mr. Roberto Owen juntamente con el de Lord Brougham («Milagros del espiritismo moderno», 1901, pág. 198). Alfredo Russell Wallace describe así aquella fotografía:

«La primera de las pruebas contenía dos cabezas al lado de un retrato de la hermana de Mr. Slater. Una de las cabezas era inconfundiblemente del fallecido Lord Brougham; la otra, mucho menos clara, fue reconocida por Mr. Slater como de Roberto Owen, con quien tuvo amistad íntima hasta el momento de su muerte».

El Dr. Wallace, agrega:

«No es cosa esencial el que esas figuras sean exactamente identificadas o no lo sean. El hecho de que *cualquiera* de ellas, tan clara e inconfundiblemente humanas, salga en las placas tomadas en su propio laboratorio por un fotógrafo aficionado y experto óptico, que se fabrica el aparato por sí mismo, y sin otras personas presentes que los miembros de su familia, es una verdadera maravilla»… En otra ocasión, apareció junto al

fotógrafo una segunda figura en la placa tomada por Mr. Slater estando absolutamente solo, merced a haber ocupado la silla destinada al modelo después de destapar el objetivo…

«El mismo Mr. Slater me mostró aquellas fotografías explicándome en qué condiciones habían sido hechas. Es indudable que no podía haber trampa, y como se trata de una confirmación de lo que ya antes se había obtenido por fotógrafos profesionales, su valor es inestimable».

Desde Mumler en 1861 a Guillermo Hope en nuestro tiempo ha habido de veinte a treinta mediums con aptitud para la fotografía psíquica, y entre todos ellos produjeron millares de esos resultados sobrenaturales que se conocen bajo el nombre de «extras». Entre los más conocidos se encuentran Hudson, Parker, Wyllie, Buguet, Boursnell, Duguid, Hope y señora Deane.

Mumler, empleado como grabador en una importante joyería de Boston, no era ni espiritista ni fotógrafo profesional. En momentos de ocio, al sacar una fotografía de sí mismo en el laboratorio de un amigo, obtuvo en la placa el esbozo de otra figura. El método que empleó fue enfocar una silla desocupada, y después de destapar el objetivo, sentarse en la silla con la exposición requerida. Al dorso de la fotografía Mr. Mumler, escribió:

«Esta fotografía fue hecha por mí un domingo, cuando fuera de mí mismo no había alma viviente en la habitación. En la forma que se ve a mi izquierda reconozco a mi prima fallecida hace doce años. —*N. H. Mumler*». La forma era la de un joven cuyo cuerpo y brazos se ven claramente, así como también la mesa sobre la cual se apoya uno de éstos. De la cintura para abajo —dice una descripción de nuestros días— la forma (que al parecer vestía un traje sin mangas y cuello escotado), parece esfumarse en una densa niebla flotante en la parte baja de la fotografía.

La noticia de novedad tan extraordinaria cundió rápidamente, y Mumler fue asediado por toda la ciudad para que hiciese más fotografías. Al principio rehusó, pero al fin se avino a ello, y con la obtención de nuevos «extras» se extendió más su fama, no tardando en abandonar su empleo para consagrarse de lleno al nuevo trabajo. Como su caso es el de todos los mediums fotógrafos que le sucedieron, echaremos una rápida ojeada a su actuación.

Aficionados de la mejor reputación obtuvieron fotografías absolutamente evidentes y reconocibles de amigos y parientes fallecidos, quedando plenamente satisfechos y convencidos de la legitimidad de los resultados. Luego acudieron los fotógrafos profesionales seguros de que había alguna trampa, proclamando que si se les daba ocasión de realizar pruebas en las condiciones que ellos fijaran, descubrirían el fraude. Llegaron uno tras otro

aportando muchos sus propias placas, sus máquinas y sus ingredientes químicos, pero aun dirigiendo y vigilando ellos todas las operaciones, les fue imposible descubrir trampa alguna. El mismo Mumler fue a sus laboratorios y les ayudó en el revelado de las placas y en todos los demás trabajos siempre con el mismo éxito para él. Andrés Jackson Davis, a la sazón director del *Heraldo del Progreso*, de Nueva York, envió a un fotógrafo profesional, Mr. Guillermo Guay, para que hiciera una información completa de aquellos acontecimientos. Pero no obstante habérsele permitido verificar y vigilar por sí mismo todo el proceso fotográfico, apareció en la placa una figura espiritista. Volvió a experimentar con Mumler en varias otras ocasiones y acabó convenciéndose de que aquél era un poderoso medium y ciertos sus fenómenos.

Otro operador, Horacio Weston, fue también enviado cerca de Mumler para investigar, por Mr. de Black, famoso retratista. El nuevo enviado obtuvo sus correspondientes fotografías de espíritus, declarando seguidamente que no pudo descubrir cosa alguna en las operaciones que no fuera lo corriente y normal en las fotografías ordinarias. En vista de ello, el mismo Black trasladose al estudio de Mumler, revelando él mismo las placas que se hicieron. Durante esta operación, al ver que aparecía en ellas una figura al lado de la suya y al darse cuenta de que se trataba de un hombre que apoyaba un brazo sobre sus espaldas, exclamó asombrado: «¡Pero Dios mío!, ¿es esto posible?».

Mumler tenía más demandas de sesiones que las que podía dar, viéndose obligado a señalar a los solicitantes fechas con varias semanas de anticipación. Las peticiones procedían de todas las clases sociales: ministros, abogados, jueces, alcaldes, médicos, profesores, hombres de negocios. Las publicaciones de la época están llenas con los relatos de los resultados indudables obtenidos con unos y otros.

En 1863, Mumler, como muchos mediums fotográficos que le sucedieron, encontró en sus placas «extras» de personas vivientes. Sus más decididos defensores no pudieron aceptar aquel nuevo y asombroso fenómeno, y aunque continuaron creyendo en sus facultades, comenzaron a sospechar que apelaba a engaños. El Dr. Gardrer, en carta a la *Bandera de la Luz* (Boston, febrero, 20, 1863), refiriéndose al nuevo fenómeno, escribió: «Mientras por un lado tengo la creencia completa de haberse producido por su mediunidad retratos verdaderos, por otra, he tenido pruebas evidentes de fraude, por lo menos en dos casos… Mr. Mumler o algún cómplice suyo que ha asistido a las reuniones de la señora Stuart, se han hecho culpables de fraude al

presentarnos como legítimos retratos de espíritus fotografías de una persona que vive actualmente en esta ciudad».

Lo que según los acusadores hacía más patente el caso, es que algunos «extra» de personas vivientes aparecían en dos placas diferentes. Ese «descubrimiento» soliviantó contra Mumler a la opinión pública tanto, que en 1868 tuvo que irse a Nueva York, donde sus asuntos prosperaron durante algún tiempo, siendo al fin detenido por orden del alcalde de la ciudad, a petición del redactor de un periódico que había recibido un «extra» irreconocible. Después de un largo proceso, fue absuelto sin la menor mancha en su reputación. La prueba de los fotógrafos profesionales no espiritistas, fue completamente favorable a Mumler.

Así, Mr. Jeremías Gurney declaró:

«He sido fotógrafo durante veintiocho años; he estudiado el proceso Mumler, y aunque estaba prevenido contra éste, no pude hallar engaño o trampa alguna… Lo único que se salía de lo rutinario, era que el operador conservase la mano en la cámara».

Mumler falleció en la pobreza el año 1884, dejando un interesante y convincente relato de su labor en su libro «Experimentos personales de Guillermo H. Mumler en la fotografía espiritista» (Boston, 1875). Un ejemplar de esa obra puede verse en el Museo Británico.

Hudson, que fue en Inglaterra el primero en obtener la fotografía de un espíritu, de la que tengamos completa evidencia, frisaba cuando esto ocurrió en los sesenta años (marzo de 1872). El modelo fue Miss Georgiana Hougton, la cual refirió extensamente el caso. («Crónicas de la fotografía de los seres espirituales», etc., 1882, pág. 2).

De la actuación de Hudson hay abundantes testimonios. Mr. Tomás Slater, a quien antes nos hemos referido, empleó las cámaras y placas de aquél, y después de minuciosa observación, declaró que «debía descartarse toda sospecha de engaño en la obra de Hudson». Entre otros, Mr. Guillermo Howitt, desconocido entonces para el medium, se presentó sin previo aviso en el estudio de éste, y en el «extra» que Hudson le hizo, reconoció a sus dos hijos fallecidos, declarando que las fotografías eran «perfectas e inconfundibles».

El Dr. Alfredo Russell Wallace obtuvo así mismo un buen retrato de su esposa. Describiendo su visita, dice:

«Posé tres veces, siempre escogiendo yo mismo la posición, y las tres veces apareció en la negativa una segunda figura junto a mí. La primera fue una figura masculina armada de una corta espada; la segunda, una señora

situada a algunos pies de distancia detrás de mí, mirándome y teniendo en la mano un ramillete de flores. La tercera vez, después de colocarme yo mismo y de haber sido puesta la placa en la cámara, pedí que la figura apareciera más cerca de mí. En la placa apareció una figura de mujer que estaba tan *junto* a mí, que sus vestidos cubrían la parte baja de mi cuerpo. Asistí al revelado de todas las placas y, en cada uno de los casos, la figura adicional aparecía en el mismo momento de verter el revelador; en cambio, mi imagen no surgía hasta unos veinte segundos después, por lo menos. No reconocí a ninguna de aquellas figuras en las negativas, pero en cuanto tuve las pruebas, pude darme cuenta a la primera ojeada de que la tercera placa contenía el inconfundible retrato de mi esposa, con todos sus rasgos y expresión; no era el parecido de en vida, sino éste algo idealizado, *pero de todos modos, me pareció inconfundible*».

El segundo retrato, aunque distinto, fue también reconocido por el Dr. Wallace como de su esposa. El primer «extra», de hombre, fue irreconocible.

Mr. J. Traill Taylor, que era entonces director de la *Revista Británica de Fotografía* (agosto de 1873), obtuvo con aquel medium resultados supernaturales con placas que él le llevó, estando Hudson, «durante la preparación, exposición o revelado, a diez pies de la cámara obscura». Esto último debe aceptarse como prueba definitiva.

De otro medium fotográfico, M. F. M. Parker, vecino de Londres, se cuenta que era un psíquico natural, con facultad de visionario desde su niñez. No supo nada de espiritismo hasta 1871. A principios del año siguiente practicó la fotografía con su amigo Mr. Reeves, propietario de un restaurante cercano a King’s Cross. Tenía a la sazón treinta y nueve años. Al principio sólo aparecieron en sus placas espacios y señales irregulares de luz, pero al cabo de tres meses obtuvo un espíritu perfectamente reconocible. Las personas que le sirvieron de modelo fueron el Dr. Sexton y el Dr. Clarke, de Edimburgo. El Dr. Sexton invitó a Mr. Bowman, experto fotógrafo de Glasgow, a que hiciese un detenido examen de la máquina, la cámara obscura y todos los aparatos usados. Después de verificada así, Mr. Bowman declaró que toda trampa era imposible. Durante algunos años no cobró aquel medium la menor remuneración por sus servicios. Mr. Stainton Moses, hablando de Míster Parker, dice:

«Al hojear el álbum de Mr. Parker, lo que más me llama la atención, es la enorme variedad de los retratos y luego los rasgos diferentes de la casi totalidad de ellos, tan distintos de los fantasmas convencionales. De los ciento diez que he visto hechos desde abril de 1872 hasta ahora, no hay dos iguales,

y apenas dos que presenten algún parecido. Cada uno es peculiar en sí mismo, mostrando en el rostro su autónoma individualidad».

Asegura luego que muchos de los «extras» fueron reconocidos por las personas fotografiadas.

El fotógrafo de espíritus francés, M. Ed. Buguet, estuvo en Londres por junio de 1874, y en su estudio fotografió a muchas personas conocidas. El director de *El Espiritista*, Harrison, cuenta que Buguet daba a quien se lo pedía una prueba de la autenticidad del fenómeno, que consistía en cortar una esquina de la placa y añadirla a la negativa después del revelado. Mr. Stainton Moses pinta a Buguet como un hombre alto, delgado, de cara seria y facciones pronunciadas, con abundante y enmarañado cabello negro. Durante la exposición de la placa estaba sumido en trance parcial. Los resultados psíquicos que obtuvo fueron muy artísticos y bastantes más claros que los conseguidos por otros mediums. También era mayor en sus fotografías el tanto por ciento de espíritus conocidos. Detalle curioso de su labor es que obtuvo un número de retratos que eran el «doble» del modelo o de personas que vivían en su mismo estudio, pero que no estaban presentes en las sesiones. De Stainton Moses, en ocasión de estar en trance en Londres, se afirma que «apareció fotografiado por Buguet en una placa hecha en París, sirviendo de modelo Mr. Gledstanes». «Naturaleza Humana», vol. IX, pág. 97).

En abril de 1875, Buguet fue detenido y acusado en Francia de hacer fotografías fraudulentas de espíritus. Para defenderse declaró que todos los resultados los obtenía con trampa. Fue condenado a quinientos francos de multa y a un año de cárcel. Durante el juicio, personas respetables y muy conocidas expresaron su creencia en la verdad de los «extras» obtenidos por el acusado, a pesar de los «fantasmas» fingidos que Buguet dijo haber usado. La verdad de la fotografía de espíritus no depende de lo que aquel medium hiciera o dejara de hacer. Quienes tengan interés en conocer los incidentes de su detención y proceso para sacar de ellos conclusiones claras, pueden leer *El Espiritista* (vols. V-VII, 1875) y *Naturaleza Humana* (vol. IX, pág. 334). Acerca de aquel asunto, dijo Míster Stainton Mosses: «No sólo creo sino que *conozco*, con la misma certeza que conozco otras realidades, que algunas de las fotografías de Buguet son auténticas».

En cambio, Coates dice que Buguet era un compañero indigno. No hay duda que es muy débil la situación de un hombre que para probar que no es un farsante confiesa que mintió. Sin él, la causa de la fotografía psíquica aún se mantendría más firme. El proceso se le siguió a instancias del arzobispo de

Toulouse. Díjosele a Buguet que sólo podría salvarse si se confesaba culpable de fraude. Viéndose acosado, hizo lo que tantas víctimas de la Inquisición: confesó a la fuerza, a pesar de lo cual le condenaron a doce meses de cárcel.

Ricardo Boursnell (1832 − 1909) ocupó una situación prominente en la fotografía espiritista. Era socio de otro fotógrafo de Fleet Street, asegurándose que ya en 1851 dio señales de mediunidad, con aparición de manos y rostros en sus placas. Su socio le acusó de no limpiar bien las placas (eran los días del colodión) y tuvieron un altercado que acabó declarando Boursnell que no quería continuar más en el negocio. Tenía ya cerca de cuarenta años cuando volvieron a aparecer en sus placas las mismas señales acompañadas de formas «extra», con gran contrariedad suya, porque ello iba en perjuicio del negocio y le obligaba a destruir numerosas placas. Mr. W. T. Stead tuvo que vencer grandes dificultades para decidirle a operar juntos. Desde entonces obtuvo repetidamente lo que los antiguos fotógrafos llamaban «vistas de sombras». Al principio no podían reconocerse, pero más tarde obtuviéronse algunas cuya identificación fue completa. Mr. Stead ha referido las precauciones que ambos adoptaban para garantir la autenticidad de los resultados, señalando placas, etc., pero el hecho de aparecer en la placa, con parecido indudable, el pariente desconocido de un modelo igualmente desconocido, es una prueba superior a todas las precauciones, susceptibles de ser burladas por prestidigitadores expertos o fotógrafos escamoteadores.

Dice:

«Una y otra vez envié amigos a Mr. Boursnell sin informarle de quiénes eran, ni decirle nada que sirviese para identificar al amigo o pariente nuestro cuyo retrato deseaban obtener, a pesar de ello, una y otra vez al revelar la negativa aparecía el retrato deseado, ya a espaldas o ya enfrente del modelo. Esto ocurrió tan frecuentemente que estoy convencidísimo de la imposibilidad de todo fraude. Cierto día, un editor francés, viendo aparecer el retrato de su difunta mujer al revelarse la placa, se arrebató de entusiasmo, hasta el punto de besar al fotógrafo Mr. Boursnell con insistencia embarazosa para el buen viejo. En otra ocasión tomó éste varias placas de un ingeniero de Lancashire, fotógrafo a su vez, adoptando el modelo todas las precauciones posibles. Sin embargo, Mr. Boursnell obtuvo retratos de dos parientes difuntos del ingeniero y otro de un personaje inminente con quien en vida había estado en relación estrecha. Y se dio el caso de un vecino que, llegando al estudio con propósito totalmente ajeno, obtuvo el retrato de una hija que se le había muerto».

En 1903, los espiritistas de Londres rindieron a aquel medium un homenaje, consistente en el regalo de una bolsa de oro y un pergamino; firmaron más de cien espiritistas de nota. Con tal motivo se expusieron en la Sociedad Psicológica, de George Street, trescientas fotografías espiritistas, seleccionadas entre otras muchas hechas por Boursnell. Respecto del «parecido», objetaron ciertos críticos que lo daban con su imaginación los modelos, ocurriendo alguna vez que dos de éstos reivindicasen el mismo «extra» como el de uno de sus parientes. Pero a esto podía contestarse que el Dr. Alfredo Russell Wallace, por ejemplo, era el mejor juez para decir si el retrato de su esposa, fallecida, era o no parecido. El Dr. Cushman (de quien más tarde hablaremos), mostró un «extra» de su hija Inés a buen número de parientes y amigos, todos los cuales estuvieron conformes en que se parecía absolutamente; pero aparte del mayor o menor parecido, lo cierto y evidente es que esos retratos supernormales existen, habiendo sido reconocidos en millares de casos.

Mr. Eduardo Wyllie (nacido en 1848 y fallecido en 1911), estuvo dotado de facultades medianímicas, según comprobó gran número de investigadores especializados. Nació en Calcuta, siendo su padre el coronel Roberto Wyllie, secretario militar del Gobierno de las Indias. Wyllie, que sirvió como capitán en la guerra maorí, de Nueva Zelandia, ejerció allí la fotografía, pasando luego a California. Al cabo de algún tiempo sus fotografías comenzaron a revelar espacios de luz, y como esto iba en aumento, su negocio empezó a resentirse. Jamás había oído hablar de la fotografía de espíritus hasta que una señorita que posaba como modelo le sugirió tal hipótesis, como probable explicación del fenómeno. Experimentando con dicha señorita, comenzaron a aparecer rostros en la placa dentro de los espacios de luz. Desde entonces aquellos rostros se presentaron con tal frecuencia, operando con otros modelos, que no tuvo más remedio que abandonar su negocio, consagrándose por entero a la fotografía de espíritus solamente. Pronto se le acusó de trampas, lo cual le disgustó de tal modo que procuró ganarse la vida por otros medios, aunque en eso fracasó y tuvo que volver a su trabajo de foto-medium, según se le llamaba. En 27 de noviembre de 1900, el comité de la Sociedad de Investigación Psíquica de Los Angeles le utilizó para llevar a cabo una investigación del fenómeno. Las siguientes preguntas que se le hicieron y a las que Wyllie contestó, tienen verdadero interés histórico:

Pregunta: ¿Promete usted a sus clientes obtener rostros de espíritus pidiéndoles, en cambio, precios que no sean corrientes?

Respuesta: De ningún modo. Ni garantizo ni prometo nada. Y además yo no tengo dominio sobre el fenómeno. Cotizo únicamente lo que valen mi tiempo y el material. Un dólar por sesión; y, si la primera prueba no es satisfactoria, hago una segunda gratis.

P.: ¿Deja usted de obtener «extra» algunas veces?

R.: Sí, muchas. El sábado último estuve trabajando toda la tarde y no obtuve ninguna.

P.: ¿Cuál es la proporción de esos resultados nulos?

R.: En una jornada de trabajo corriente, los resultados nulos suelen ser tres o cuatro cada día, y a veces más y a veces menos.

P.: ¿Qué proporción de rostros «extra» calcula usted que son reconocidos por el modelo o sus amigos?

R.: Durante siete meses del año último, en los cuales me preocupé de registrar todos los casos, observé que un tercio o más de los rostros «extra» aparecidos eran reconocidos. A veces hay en la placa tan sólo un rostro «extra», y otras veces cinco o seis y aun ocho.

P.: En el momento en que ve usted al modelo, ¿conoce usted en su calidad de psíquico, si aparecerá o no en la placa su «extra»?

R.: A veces veo luces en torno del modelo y entonces siento con seguridad que algo va a ocurrir con la persona que posa, sin que yo pueda precisar qué. No me doy cuenta exacta del resultado hasta que veo la forma espiritual en la negativa, después del revelado.

P.: Si el modelo exige a todo trance que aparezca en la placa algún pariente, o algún amigo, ¿es probable conseguirlo?

R.: No. Un estado violento mental o sentimental más bien dificulta la producción de manifestaciones, y hace menos probable que aparezca en la placa un «extra». El estado tranquilo, pasivo, es el más favorable para el logro de buenos resultados.

P.: ¿Los espiritistas obtienen mejores resultados que los incrédulos?

R.: No. Algunos de los mejores resultados los he obtenido cuando se sentaban en la silla los escépticos más recalcitrantes.

Con aquel comité no se obtuvieron «extras». Otro compuesto de siete personas sometió al medium a pruebas muy duras, a pesar de lo cual en cuatro de las ocho placas empleadas «se hallaron resultados que el comité no pudo explicar». Después de una detallada descripción de las precauciones tomadas, el informe que se hizo terminó diciendo:

«En nuestra calidad de comité, no tenemos opinión en el asunto, aportando únicamente el testimonio de lo que conocemos. Individualmente

disentimos unos de otros acerca de las causas probables de los fenómenos, pero coincidimos con unanimidad en los hechos palpables… Ofrecemos veinticinco dólares a cualquier fotógrafo de Los Angeles que, con su habilidad o mediante alguna trampa, logre resultados parecidos en las mismas condiciones».

David Duguid (1832 − 1907), conocido medium especialista en la escritura y la pintura automáticas, mereció así mismo la atenta investigación de sus fotografías espiritistas por parte de Mr. J. Traill Taylor, director de la *Revista Británica de Fotografía*, el cual consignó el fruto de sus trabajos en comunicación dirigida a la Sociedad Fotográfica de Londres y Provincias, el 9 de marzo de 1893:

«Mis condiciones eran muy sencillas… En previsión de tener que habérmelas con un escamoteador y para defenderme contra todo engaño, exigí que usase mi propia máquina fotográfica y los paquetes intactos de placas secas que había comprado en un comercio de los más reputados, negándome en absoluto a perder de vista ni una sola placa antes de que fuera revelada por mí mismo; pero de la misma manera que yo le traté, así también me trató él a mí, al extremo de tener que ejecutar todas mis operaciones en presencia de un par de testigos».

Detalla el procedimiento adoptado y habla de la aparición de figuras «extra» en las placas, diciendo:

«Unas estaban enfocadas, otras no; algunas aparecían iluminadas por la derecha, al paso que el modelo lo estaba por la izquierda… Algunos espíritus ocupaban la mayor parte de la placa, medio ocultando al modelo sentado; otros aparecían entre atroces viñetas o encerrados en un óvalo. Pero lo esencial es que ni una sola de esas figuras, que se destacaban con gran vigor en las negativas, era visible para mí en forma alguna durante el tiempo de exposición, y desde luego declaro de la manera más rotunda que nadie tuvo la menor ocasión de manipular ninguna de las placas antes de ser colocadas en los chasis ni de ser reveladas».

Otras personas conocidas que sirvieron de modelo a Duguid afirmaron la misma notable evidencia de los resultados obtenidos por éste. (Jaime Coates, «Fotografía de lo Invisible» [1921] y Andrés Glendinning «El velo levantado» [1894]).

Stainton Moses, en el último capítulo que en su obra notable dedica a la Fotografía espiritista (*Naturaleza humana*, volúmenes VIII y IX, 1874 − 5), expone la teoría según la cual las formas «extra» fotografiadas están modeladas sobre el ectoplasma (al que califica de «substancia fluídica») por

operadores invisibles, haciendo razonadas comparaciones entre los resultados obtenidos por diferentes mediums fotográficos.

De «experimentos valiosos y concluyentes» califica el doctor Alfredo Russell Wallace, los de Mr. Beattie. Era este fotógrafo retirado de su profesión después de haberla ejercido veinte años.

Habiendo juzgado con mucho escepticismo sobre la autenticidad de muchas de las llamadas fotografías espiritistas, se decidió a investigar por sí mismo lo que en ello hubiese de verdad. No utilizó medium, sino a un íntimo amigo suyo que tenía cierta propensión a caer en trance, realizando con él y en unión del Dr. G. S. Tomson, de Edimburgo, una serie de experimentos durante el año de 1872, los cuales dieron por resultado la obtención en las placas de espacios de luz al principio y más tarde de figuras «extra» completas, notándose que estas últimas aparecían en el revelado mucho antes que el propio modelo.

Por iniciativa del *Daily Mail*, de Londres, se nombró en 1908 una comisión encargada de llevar a cabo «una investigación acerca de la autenticidad de las seudo-fotografías espiritistas», pero aquella comisión no llegó a ningún resultado. Componíanla tres señores no espiritistas y otros tres espiritistas. Estos últimos declaran en su informe que «sólo pueden reconocer que la comisión ha fracasado en su propósito de probar la certeza de la fotografía espiritista, no porque las pruebas falten, sino por la deplorable actitud adoptada por aquellos miembros de la comisión que están desprovistos de toda experiencia y preparación en el asunto».

En estos últimos años, todo lo concerniente a la fotografía espiritista ha girado en torno del que se llamó Círculo de Crewe, compuesto por Mr. Guillermo Hope y la señora Buxton. El Círculo data de 1905, pero no llamó la atención de nadie fuera de aquella localidad hasta que el archidiácono Colley dio a conocer sus hechos tres años más tarde. Las primeras manifestaciones del fenómeno ocurrieron un día en que Mr. Hopo tomó la fotografía de un compañero de trabajo teniendo por fondo una pared de ladrillo. Al ser revelada la placa, apareció además del retrato del amigo, la forma de una mujer, de pie, a su lado, viéndose a través de ella la pared de ladrillo. El amigo preguntó a Hopo cómo pudo colocar allí a aquella forma, en la cual reconoció a una hermana fallecida hacía algunos años. Míster Hopo, agrega:

«No sabía por entonces ni una sola palabra acerca del espiritismo. Llevé la fotografía al trabajo al día siguiente y un espiritista, al verla, díjome que se trataba de lo que se llama fotografía de espíritus. Me sugirió la idea de repetir la prueba el sábado siguiente en el mismo lugar y con el mismo aparato, y así

lo hice, apareciendo en la placa no sólo la misma mujer, sino también un niño. Esto me pareció muy extraño, y, después de obtener nuevas placas en días sucesivos, acabé por abandonar mis experimentos». Hopo comenzó a destruir todas las negativas en la, que había obtenido retratos de espíritus hasta que el archidiácono Colley le conoció y aconsejó que conservase aquellos retratos.

El archidiácono celebró con Hopo su primera sesión en Crewe, el 16 de marzo de 1908. Le proveyó de su propio aparato —un Lancaster de ¼ de placa que Mr. Hope usa todavía—, de sus propias placas y chasis y de sus propios ingredientes para el revelado. Realizó por sí mismo todas las operaciones, limitándose el trabajo de Mr. Hopo a apretar la pera de goma. En una de las placas aparecieron dos retratos de espíritus.

Desde aquel día, Mr. Hopo, unido a la señora Buxton, ha tomado millares de fotografías de espíritus, rodeados ambos de todas las garantías imaginables, sin pedir a nadie un céntimo por su trabajo profesional, limitándose a cobrar solamente los gastos del material fotográfico empleado.

Mr. M. J. Vearncombe, fotógrafo de profesión, en Bralgwater, llegó como Wyllie, Boursnell y cuantos empezaron por obtener manchas de luz en sus placas, a tomar luego fotografías de espíritus. En 1920, Mr. Fred Barlow, de Birmingham, conocidísimo investigador, obtuvo con este medium «extras» de rostros, y mensajes escritos, en condiciones probadas, sobre placas que no fueron expuestas en la cámara. Desde esa fecha Mr. Vearncombe ha conseguido otros muchos resultados evidentísimos en presencia de respetables testigos. (*Luz*, 1920, página 190).

La más reciente mediunidad de esta índole es la de la señora Deane, ya que su primera fotografía de espíritus data del mes de junio de 1920, habiendo obtenido desde entonces muchos «extras» bajo la más dura fiscalización, lo cual no fue obstáculo para que la calidad de su labor sea tan buena como la de sus predecesores. Recientemente ha conseguido dos resultados magníficos El Dr. Allerton Cushman, ilustre sabio americano, director de los Laboratorios Nacionales de Washington, visitó inopinadamente el Colegio Británico de Ciencia Psíquica, en Holland Park durante el mes de julio de 1921, obteniendo allí por mediación de la señora Deane un hermoso y claramente reconocible «extra» de su difunta hija. El 11 de noviembre de 1922, con ocasión del Gran Silencio, conmemorativo del armisticio, en Whitehall, tomó una fotografía de la enorme concurrencia congregada cerca del Cenotafio, revelándose en ella la presencia de varios rostros de espíritus, algunos de los cuales fueron reconocidos. El mismo fenómeno se repitió tres años consecutivos con la misma ocasión.

Los modernos investigadores han demostrado que esos resultados psíquicos no se obtienen, al menos en ciertos casos, a través del objetivo de los aparatos. En muchas ocasiones aquellos retratos supernaturales se obtuvieron en placas encerradas todavía en sus cajas, cajas que el modelo o modelos fotografiados tenían en sus manos. Por otra parte, cuando se ha hecho el experimento usando a la vez dos cámaras, si aparece un «extra» se le encuentra en una sola de las cámaras, no en las dos. La teoría es que la imagen se precipita en la placa fotográfica, o bien que se adapta a la placa una pantalla psíquica.

El autor tiene en estos asuntos alguna experiencia personal en relación con el Círculo Crewe y la señora Deane. Con esta última, le consta que siempre se consiguieron resultados, aunque no pudieron reconocerse los «extras».

El autor conoce perfectamente el poder psíquico de la señora Deane, puesto de relieve durante la larga serie de experimentos llevados a cabo por Mr. Warrick en las más duras condiciones fiscalizadoras, según se relata en Ciencia Psíquica (julio de 1925). Sin embargo, sus propias experiencias nunca fueron del todo evidentes, y si sólo se apoyara en ellas, no podría hablar de este tema con absoluta certeza. Tuvo la firme impresión de que las imágenes se precipitaban en las placas de la señora Deane durante los días de preparación del experimento, llevándolas ella consigo misma. Cree dicha señora que de esa forma se facilita la obtención de los resultados, pero es probable que esté equivocada. Ello es que en una ocasión se la hizo víctima de una trampa en el Colegio Psíquico, cambiándola su paquete de placas por otro, a pesar de lo cual no dejó de obtener «extras». De todos modos haría bien en abandonar los procedimientos con los que hoy logra resultados, ya que tan expuestos se hallan a escamoteos como el aludido[9]. Otra cosa ocurre con Mr. Hope. En las varias veces que el autor ha operado con él, siempre usó sus propias placas, marcándolas cuando ya estaban en la cámara obscura, manipulándolas y revelándolas por sí mismo. En casi todos los casos obtúvose un «extra», aunque nunca fue claramente reconocido. Mr. Hope ha sido blanco, por parte de la ignorancia o la maldad, de los ataques a que todos los mediums están expuestos, pero de ellos salió siempre con el honor limpio.

Merecen ser mencionados los resultados obtenidos por Míster Staveley Bulford, que se dedica con talento a los estudios psíquicos y que ha conseguido producir excelentes y auténticas fotografías psíquicas. Nadie observará el desarrollo gradual de sus pruebas, desde las meras ráfagas de luz hasta las caras perfectas, sin quedar convencido de la realidad de los fenómenos por él logrados.

Toda explicación que se dé sobre la fotografía de espíritus es aventurada. La experiencia personal del autor le inclina a creer que en cierto número de casos no hay reproducción alguna de índole externa, sino que el efecto se produce por una especie de rayo que lleva en sí mismo la imagen, el cual puede penetrar a través de los cuerpos sólidos como la pared del chasis y fijar sus efectos en la placa. El experimento ya citado de los dos aparatos usados simultáneamente estando el medium colocado entre ambos, parece concluyente desde el momento en que en una de las placas se vieron los resultados y en la otra no. El autor ha logrado resultados en placas que jamás salieron del chasis, tan claros como los obtenidos en otras que estuvieron expuestas a la luz. Es probable que si Hope no hubiera destapado jamás el objetivo, sus resultados hubieran sido los mismos.

Cualquiera que sea la explicación que con el tiempo pueda darse, sólo hay una hipótesis que justifique los hechos, según la cual una sabia inteligencia invisible preside la operación y obra a su manera, provocando diferentes resultados en el caso de cada medium. El autor podría indicar a simple vista cuál es el fotógrafo que tomó las placas que se sometan a su examen. Si partimos de que actúa dicha inteligencia invisible, comprenderemos por qué son violadas todas las leyes fotográficas normales y por qué las sombras y las luces no se corresponden y por qué, en una palabra, hay en las placas ciertas lagunas que sirven para que se despache a su gusto cualquier crítico de los que hoy se usan. Comprenderemos así mismo, siendo el retrato obra de esa inteligencia invisible, por qué las placas son reproducciones de antiguos retratos y fotografías, y por qué es posible que el rostro de una persona que aun viva aparezca en la placa como si se tratase de un espíritu incorpóreo. El Dr. Henslow, cuenta que una rara inscripción griega del Museo Británico apareció en una de las placas de Mr. Hope, con una ligera alteración del griego, lo cual demuestra que no se trataba de una copia[10]. En tal caso puede creerse que la inteligencia invisible notó la inscripción y la proyectó en la placa, pero la memoria le flaqueó ligeramente en el traslado. Esta explicación tiene el corolario desconcertante de que el mero hecho de obtener la fotografía psíquica de un amigo fallecido, no es prueba de que el amigo esté realmente presente en el momento de obtenerla. Sólo habiéndose presentado con independencia de la fotografía en la sesión, antes o después de tomarse la placa, podríamos decir que teníamos algo de prueba.

Cree el autor que en sus experimentos con Hopo ha colegido el proceso mediante el cual se producen las fotografías de espíritus, habiendo verificado una serie de pruebas que muestran las varias fases de dicho proceso. Sirvió de

modelo para hacerlas Mr. Guillermo Jeffrey, de Glasgow. La primera mostró en la placa una especie de capullo de seda de materia membranosa, que llamaremos ectoplasma, ya que los varios plasmas aún no han sido subdivididos. Era tan tenue como una pompa de jabón, constituyendo como la envoltura en cuyo interior iba a desarrollarse todo el proceso, de igual modo que en la cabina se desarrolla la fuerza de un medium. En la segunda placa se vio ya formado un rostro en el interior del capullo y que éste se abría por su parte central. En las siguientes placas va destacándose el rostro y el capullo se abre del todo formando arco sobre aquél y cayendo en forma de velo a derecha e izquierda. Tal velo es muy característico en los retratos hechos por Hope, tanto que sólo falta cuando no hay «extra». Y como igual velo colgante se observa en otras fotografías de anteriores y diversos mediums, es de sentido común reconocer que rige en estos fenómenos una ley uniforme.

Al aportar este testimonio sobre el capullo psíquico, el autor confía contribuir modestamente a la mejor comprensión del mecanismo de la fotografía de espíritus, rama indudable de la ciencia psíquica, como todo investigador serio puede apreciar. Sin embargo, no negamos que a veces se ha convertido en instrumento de desaprensivos, ni afirmamos que porque sean auténticos los resultados de un medium, haya que aceptar sin restricción ni discusión todo.

CAPÍTULO XX
MODELADOS Y VOCES MEDIUNIMICAS

Es imposible consagrar un capítulo a cada una de las formas del poder psíquico, porque entonces rebasaríamos los límites de la presente obra; pero los fenómenos de producción de la voz y de los modelados son tan interesantes, claros y evidentes, que merecen les dediquemos algunas páginas.

Millares de personas pueden repetir las palabras de Job: «Y oí una voz» aludiendo a la voz que viene de alguien que no es ya de este mundo. Y pueden decirlo con la convicción que da la certeza. La Biblia abunda en relatos de este fenómeno (Véase la obra de Usborne Moore's «Las Voces» [1913], pág. 433), y las investigaciones psíquicas de los tiempos modernos no han hecho en ésta, como en otras manifestaciones supernormales, más que confirmar fenómenos que ya ocurrieron en los comienzos del mundo. Casos históricos de mensajes orales son los que oyeron Sócrates y Juana de Arco, pudiendo asegurarse a la vista de los nuevos descubrimientos que aquellas famosas voces fueron del mismo carácter supernormal que las que hoy día oímos.

¿Qué pensar de esas antiguas estatuas que hablaban, según clásicos testimonios? El erudito y anónimo autor —que se dice fue el Dr. Leonardo Marsh— del curioso libro «Apocatastasis o Progreso Retrógrado», copia el siguiente texto de Nono:

«Respecto a aquella estatua (Apolo), al punto donde estuvo y a la manera cómo habló, nada dijo. Sin embargo, no hay duda que hubo en Delfos una estatua que emitió voces inarticuladas, o sea en el lenguaje de los espíritus, los cuales no tienen órganos que les permitan hablar articuladamente».

A lo que el Dr. Marsh pone este comentario:

«El autor parece no estar bien informado acerca del poder de hablar que tenían los espíritus, pues en todas las historias antiguas se lee que su voz fue con frecuencia oída en el aire, expresada articuladamente y repitiendo las mismas palabras en distintos lugares, lo cual fue llamado y universalmente conocido con el nombre de "Voz Divina"».

Prosigue diciendo que en la mencionada estatua el espíritu se encontró con un material muy difícil para las experimentaciones (probablemente piedra), que intentó articular la voz pero le fue imposible porque la estatua «no tenía laringe ni demás órganos de la palabra, como tienen los mediums modernos». El Dr. Marsh sostiene en su libro que los fenómenos espiritistas; en la época en que lo escribió (1854) eran raros y escasos en la comparación con los de la antigüedad. Los antiguos, dice, hablan de aquéllos como de una ciencia, que era fuente de conocimiento cierto y seguro. El sacerdote era un medium transmisor de la voz, y esto explica lo que se llamaba el oráculo parlante.

Merece notarse que la voz, que fue una de las primeras formas de mediunidad, con el moderno espiritismo sigue siendo todavía muy importante, al paso que otras formas de la primitiva mediunidad se han vuelto raras. Como hay numerosos y competentes investigadores que ponen los fenómenos de la voz entre los más convincentes de las manifestaciones psíquicas, vamos a examinarlas brevemente.

Jonathan Koons, agricultor de Ohío, fue, según parece, el primero de los mediums modernos en quien se dieron aquellos fenómenos. En la choza llamada con tal motivo «Casa del Espíritu», produjo, durante el año 1852 y siguientes, un número de fenómenos sorprendentes, entre los cuales figuraban las voces de los espíritus hablando a través del megáfono o «trompa». Mr. Carlos Partridge, hombre público muy conocido y buen investigador, describe del modo siguiente la audición del espíritu, conocido por Juan King, hablando en una de las sesiones que en 1855 celebró con Koons.

«Al final de la sesión el espíritu de King cogió, según su costumbre, la trompa, y dio una corta conferencia, hablando clara y distintamente de los beneficios que se derivan en el tiempo y en la eternidad del trato con los espíritus, y exhortándonos a ser discretos y serios en el lenguaje, diligentes en nuestras investigaciones, prontos a asumir las responsabilidades que estos privilegios imponen y caritativos con los investigadores ignorantes o los equivocados, templando nuestro celo con la inteligencia y buen sentido».

El profesor Mapes, distinguido químico americano, dice que en presencia de los Davenport, conversó por espacio de media hora con Juan King, cuya voz era fuerte y clara. Mr. Roberto Cooper, uno de los biógrafos de los hermanos Davenport, oyó con frecuencia la voz de King en pleno día, y a media noche cuando paseaba en la calle con los Davenport.

En los días que corren hemos llegado a tener alguna idea del proceso en virtud del cual se producen las voces en las sesiones, conocimiento que ha

sido corroborado por las comunicaciones recibidas de los mismos espíritus. Parece que el ectoplasma procedente, sobre todo, del medium, pero también, aunque en menor proporción, de los circunstantes, es utilizado por los espíritus operadores para modelar algo parecido a la laringe humana, con objeto de producir la voz.

En la explicación dada a Koons por los espíritus, hablaron éstos de una combinación de los elementos del cuerpo espiritual que corresponden a nuestro moderno ectoplasma, es decir, de «un aura físico que emana del medium». Esto concuerda con la explicación espiritista dada por mediación de la señora Bassett, conocida medium parlante inglesa de la década 1870-80: «Dicen que utilizan las emanaciones del medium y de otras personas de la reunión, a fin de formar el aparato fonético que les sirve para hablar».

La primera medium pública inglesa, señora María Marshall, (fallecida en 1875), fue vehículo de las voces proferidas por Juan King y otros espíritus. En 1869, Mr. W. H. Harrison, director de *El Espiritista*, la sometió a las más difíciles pruebas. Como se supone que los primeros espiritistas eran personas fáciles de impresionar, resulta interesante ver de cuántas exigencias eran capaces. Hablando de la señora María Marshall, dice Harrison:

«Mesas y sillas moviéronse en pleno día y algunas veces se elevaron en el aire; en las sesiones nocturnas se oyeron voces y se vieron manifestaciones luminosas, todo lo cual se decía que era producto de los espíritus. En vista de ello, resolví concurrir asiduamente a las reuniones y seguir con atención los trabajos seguro de descubrir algún fraude y dispuesto a denunciarla en presencia de todos los testigos, publicando después una información con dibujos de los aparatos de que la medium se valiese.

»La voz del que se llama a sí mismo “Juan King”, procedía, según me dijeron, de una inteligencia externa. Pero yo tenía la íntima convicción de que aquella voz era la de Mr. Marshall. Observando atentamente durante unas cuantas sesiones, noté que muy a menudo Mr. Marshall y Juan King hablaban al mismo tiempo. Esto desvaneció mi sospecha.

»Luego me figuré que todo era obra de la señora Marshall, hasta que una noche me senté a su lado. Estaba a mi derecha y mientras yo le tenía cogidos la mano y el brazo, Juan King se presentó y habló junto a mi oído izquierdo. Y como la señora Marshall se había mantenido inmóvil rechacé también esta sospecha.

»Más tarde, supuse que alguno de los visitantes con quien la medium estaría de acuerdo, emitía las voces atribuidas a Juan King, por lo cual resolví

tener una sesión yo solo con los señores Marshall; pero en ella se presentó también Juan King y estuvo hablando por espacio de más de una hora.

»Finalmente, sospeché que había alguna persona escondida que producía las voces, y para comprobarlo preparé dos sesiones en las cuales los señores Marshall se hallaran solos entro personas extrañas y en una casa desconocida para ellos, pero también entonces se presentó Juan King con las manifestaciones de siempre.

»Y para acabar, Juan King, en la noche del jueves, 30 de diciembre de 1869, se presentó y habló con once personas en reunión celebrada en casa de la señora C. Berry, y a la que no asistieron los señores Marshall. En aquella sesión la medium fue la señora Perrin».

Mr. Harrison, que de tal suerte recibía cumplida satisfacción a su deseo de averiguar si algún ser humano, presente a las sesiones, producía las voces, no dice si éstas dieran, como suelen hacerlo frecuentemente, pruebas de identidad que ni el medium ni ninguno de los concurrentes pueden dar en caso alguno.

Un investigador italiano muy conocido, el señor Damiani, declaró ante la Sociedad Dialéctica de Londres que las voces le habían hablado en presencia de mediums no profesionales, y que, más tarde, conversaron con él en sesiones que tuvo con la señora Marshall, «poniendo de relieve las mismas particularidades de tono, expresión, volumen y pronunciación en unos y otros casos». Aquellas voces refiriéronse a cuestiones de índole tan privada que nadie podía conocerlas, llegando a vaticinarle hechos que tuvieron cumplimiento exacto.

Es natural que los que por primera vez se encuentren en presencia de estos fenómenos sospechen la existencia de la ventriloquía como posible explicación de ellos. D. D. Home, con quien se producían frecuentemente, se preocupó mucho de salir al paso a los que tal objetaban. Y el general Boldero, relatando la sesión dada por este medium cuando le visitó en su casa de Cupar en 1870, escribe:

«Luego se oyeron voces que hablaban juntas en la sala, debiendo ser de dos diferentes personas a juzgar por los distintos tonos. No pudimos entender lo que decían, porque Home nos estuvo hablando al mismo tiempo». Al hacerle observaciones acerca de este extremo, nos contestó: «Hablo expresamente para que ustedes puedan convencerse de que las voces no son obra de ventriloquía. La voz de Home era, en efecto, completamente distinta de las que vibraban en el aire».

El autor puede corroborar lo que antecede con su experiencia personal, pues ha oído repetidamente voces hablar a un mismo tiempo. De ello da algunos ejemplos más adelante, en el capítulo titulado «Algunos grandes mediums modernos».

El almirante Usborne Moore declara haber oído simultáneamente tres y cuatro voces de espíritus, experimentando con la medium señora Wriedt, de Detroit. En su libro «Las voces» (1913), aduce en confirmación de sus palabras el testimonio de una conocida escritora, Miss Edith K. Harper.

Dice así:

«Con respecto a los resultados obtenidos en las doscientas sesiones que dio Etta Wriedt, durante sus tres visitas a Inglaterra, cuya relación llenaría un grueso volumen de ser escritas "in extenso", solamente reproduciré algunas de las notas tomadas por mí entonces sobre determinados detalles:

1) La señora Wriedt no caía nunca en trance, sino que conversaba con los concurrentes a la sesión, y nosotros la hemos oído hablar y discutir con un espíritu con cuyas opiniones no estaba conforme. Recuerdo la risa de Mr. Stead al oír cierta vez a la señora Wriedt regañando al espíritu del difunto director del Progressive Thinker por su actitud contra los mediums, y la confusión evidente de éste, quien después de intentar una explicación, se desvaneció, al parecer descorazonado.

2) Dos, tres y hasta cuatro voces de espíritus hablaron simultáneamente a diferentes personas de las que asistían a la sesión.

3) Hubo mensajes en idiomas extranjeros, francés, alemán, italiano, español, noruego, danés, árabe y otros —desconocidos para la medium. Una señora noruega muy conocida en el mundo político y literario, oyó la voz de un hombre que dijo ser su hermano. Habló con él y pareció muy satisfecha de las pruebas incontrovertibles que de su identidad le dio.

En otra ocasión una voz habló en español rapidísimo, dirigiéndose decididamente a una señora de la reunión a quien ninguno de los presentes sabía conocedora de semejante lengua; la señora entró en conversación seguida en español con el espíritu, con evidente contento de este último».

María Hollis, notable medium americana, que visitó Inglaterra en 1874 y en 1880 invitada por conocidos espiritistas de Londres, poseyó también, entre otras, la facultad de la «voz directa», según consta en el libro del Dr. N. B. Wolfe, «Hechos sorprendentes del Espiritismo moderno». Era la señora Hollis mujer de exquisitos sentimientos y se cuentan por millares los seres humanos a quienes favoreció con sus consuelos. Sus dos guías espirituales «Jaime Nolan» y un piel roja llamado «Ski», hablaron muchas veces por su

mediación. En una de las sesiones celebradas en casa de la señora Makdougall Gregory (1880), un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra «observó que un espíritu cogía el hilo de una conversación con él interrumpida desde hacía siete años, quedando plenamente seguro de la autenticidad de la voz, muy peculiar y claramente audible para los que estaban al lado del sacerdote a quien iba dirigida».

Mr. Eduardo C. Randall da noticia de otra buena medium americana de voz directa, la señora Emilia S. French, en su libro «Los muertos no han muerto». Mr. Randall estudió durante veinte años las facultades de aquella medium, obteniendo con ella resultados sorprendentes.

Con otra medium parlante, la señora Mercia M. Swain, que falleció en 1900, pudo el Círculo Salvador de California establecer comunicación con las almas incapaces de mejorar en el Más Allá. El relato de estas extraordinarias sesiones, intervenidas por Mr. Leandro Fisher, de Búfalo, y que duraron veinticinco años (de 1875 a 1900), figura con todo detalle en el libro del almirante Usborne Moore «Ojeadas al otro Estado».

La señora Everitt, excelente medium no profesional, obtuvo voces en Inglaterra en 1867 y durante muchos años después.

La mayor parte de los grandes mediums físicos, especialmente los materializadores, han producido fenómenos de voces. Tales, por ejemplo, Eglinton, Spriggs, Husk, Duguid, Herne, la señora Guppy y Florencia Cook.

La señora Isabel Blake, de Ohío, fallecida en 1920, fue una de las más extraordinarias mediums parlantes de que hay noticia, y tal vez la más convincente de todos, porque con ella se producían, por lo general, las voces en pleno día. Era una mujer pobre e iletrada que vivió en el pueblecillo de Bradrick, (Virginia del Oeste). Se reveló su mediunidad desde niña, y aunque era muy religiosa, fue expulsada, como tantos otros, del seno de la Iglesia, a causa de estar dotada de dicha facultad.

Casi no se ha escrito sobre ella más que la monografía que la dedicó el profesor Hyslop. Repetidas veces estuvo sometida a prueba por «sabios y hombres de ciencia», siempre con la mejor voluntad por parte de la interesada. Pero como dichos sabios no lograron descubrir la menor trampa, no quisieron molestar al público dándole a conocer los resultados de sus experimentos.

Hyslop se interesó en favor de aquella medium después de haber oído hablar de ella a un famoso escamoteador americano, el cual le aseguró la autenticidad de los fenómenos provocados por la señora Blake.

Al describir los que él tuvo ocasión de presenciar, confiesa Hyslop, por modo desacostumbrado, su ignorancia de los procesos ectoplásmicos en la producción de fenómenos de voces, dice:

«El tono elevado de los sonidos en algunos casos excluye la suposición de que las voces puedan modularse en las cuerdas vocales de la medium. He oído los sonidos desde una distancia de veinte pasos, y hubiera podido oírlos desde cuarenta o cincuenta sin que la señora Blake moviera los labios.

»Queda todavía por sentar una hipótesis clara que explique este aspecto de los fenómenos. Decir "espíritus" es cosa que no satisface al hombre de ciencia. Necesita conocer el proceso mecánico del fenómeno, del mismo modo que conoce y se explica el del lenguaje usual.

»Puede ser cierto que los espíritus sean la causa primera, pero hay un lapso en el proceso desde la primera iniciativa al último resultado. Esto es lo que crea la perplejidad, mucho más que la suposición de que los espíritus están detrás de todo aquello… El hombre de ciencia no puede admitir que los espíritus consigan un efecto mecánico sin usar un instrumento mecánico también».

Ni nadie puede admitirlo, pero una y otra vez hemos tenido la explicación desde el Más Allá. La ignorancia del profesor Hyslop respecto a la relación existente entre los sonidos y su fuente, sería menos sorprendente a no haber los mismos espíritus dado respuesta a las preguntas hechas por él.

El Dr. L. V. Guthrie, superintendente del West Virginia Asylum, en Huntingdow, después de investigar con la señora Blake, quedó también convencido de sus poderes. Dice:

«He tenido varias sesiones con ella en mi propio despacho, en la terraza al aire libre, y en una ocasión en un coche, según íbamos de camino. Repetidamente se ofreció a que tuviéramos una sesión empleando un tubo de chimenea en vez del cuerno de estaño que generalmente usaba y muchas veces la he visto producir las voces con la mano descansando sobre uno de los extremos del cuerno».

El Dr. Guthrie refiere los dos casos siguientes ocurridos con la señora Blake, en los cuales la información pedida era desconocida de los circunstantes y no podía ser conocida tampoco por la medium:

«Una de sus jóvenes empleadas, cuyo hermano había ingresado en el ejército y marchado alas Filipinas, estaba deseosa de tener alguna noticia suya y habíale escrito repetidamente y dirigido las cartas a su compañía en Filipinas, sin obtener respuesta. Fue al cabo a la señora Blake y oyó decir al "espíritu" de su madre que tendría contestación si escribía a su hermano a C.

Lo hizo así y al cabo de dos o tres días tuvo respuesta de él, que había vuelto de Filipinas sin que nadie de su familia lo supiera».

El caso que sigue es más sorprendente:

«Una conocida mía, de familia muy principal del Sur, cuyo abuelo había sido hallado al pie de un puente con el cráneo deshecho, fue a ver a la señora Blake hace algunos años. No pensaba para nada en su abuelo en aquella ocasión. Así, pues, mostróse sorprendidísima al oír que el "espíritu" de su abuelo le decía que no se había caído del puente abajo, como se sospechó al ver su cadáver, sino que le habían asesinado dos hombres para desvalijarle, arrojándole después desde lo alto del puente. El "espíritu" procedió a describir minuciosamente el aspecto de los dos asesinos y dio tales detalles que condujeron a la detención y confesión de uno de aquellos individuos».

Hyslop da detalles de un caso en que con esta medium la voz comunicante proporcionó la solución adecuada para abrir una combinación de caja de caudales, desconocida para los concurrentes a la sesión.

Entre los modernos mediums parlantes ingleses, figuran las señoras Roberts Johnson y Blanche Cooper, Juan C. Sloan, Guillermo Phoenix, Mr. Potter y las señoritas Dunsmore y Evan Powell.

Mr. H. Dennis Bradley ha dado un relato completo de la mediunidad parlante de Jorge Valiantine, conocido medium americano. Son imponderables los servicios prestados por Mister Bradley y la labor que con verdadero sacrificio ha realizado en pro de la ciencia psíquica. Multitud de pruebas y testimonios por él recogidos constan en sus dos notables libros «Hacia las estrellas» y «La sabiduría de los Dioses».

Antes de poner término a este capítulo, dedicaremos algunas páginas a los sorprendentes experimentos relativos a las impresiones y modelados verificados con las figuras ectoplásmicas o formas materializadas. El primero en explorar ese campo de la investigación fue Guillermo Denton, autor de «Secretos de la Naturaleza», libro de psicometría publicado en 1863. Trabajando en Boston el año 1875 con la medium María M. Hardy, empleó ya métodos muy parecidos a los usados después por Richet y Geley en sus recientes experimentos de París. Denton dio algunas pruebas públicas de modelado del rostro de un espíritu hecho en parafina. También se obtuvieron esos modelados operando con los mediums señora Fiman, Dr. Monck, señora Mellon y Guillermo Eglinton. Los resultados han sido corroborados por los últimos experimentos llevados a cabo en París, lo que constituye un sólido argumento en pro de su validez. Mr. Guillermo Oxley describe la manera cómo el día 5 de febrero de 1876 se obtuvo en Manchester un hermoso

vaciado de la mano de una señora materializada por la medium señora Firman, y cómo otro vaciado tomado después de la mano de la medium resultó completamente diferente del primero. En aquella ocasión encerrose a la señora Firman en un saco metido por la cabeza y atado a la cintura, de modo que sus manos y brazos quedaban aprisionados. Esto alejaba toda posibilidad de trampa por parte de la medium; además, la cera caliente fue llevada a la sala desde otra habitación. En otra ocasión se obtuvo con la misma medium el vaciado de una mano y de un pie, siendo tan estrecha la abertura de la muñeca y del tobillo, que ninguna de ambas extremidades habría podido salir del molde sin la previa desmaterialización de mano y pie.

Los resultados con el Dr. Monck son igualmente indiscutibles. Oxley experimentó con él, obteniendo el mismo éxito que con la señora Firman. Con Monck logró diferentes modelados de dos distintas figuras. Hablando de aquellos experimentos, dice Oxley «que no debe exagerarse la importancia ni el valor de los modelados espiritistas; pero constituyen un hecho patente que pide de los hombres de ciencia una solución respecto al misterio de su producción». La pregunta está en pie. Houdini, el famoso prestidigitador y un gran anatómico, Sir Arturo Keith probaron con sus propias manos a hacer un modelado parecido, sin conseguir otra cosa que poner de relieve la imposibilidad de obtenerlo.

El Dr. Nichols, biógrafo de los Davenport, logró con Eglinton vaciados de manos ectoplásmicas, entre las cuales cierta señora presente vio una con cierta deformidad igual a la que tuvo la mano de una hijita suya, que murió ahogada en el África Austral, a la edad de cinco años.

Pero el más concluyente y convincente de todos los vaciados fue el obtenido por Epes Sergeant, operando con la medium señora Hardy. Merece ser reproducido el resumen que de aquellos experimentos hizo Sergeant. Dice así:

«1. Obtuvimos el molde de una mano perfecta, de tamaño natural, dentro de una caja cerrada, merced a la acción de alguna fuerza desconocida.

»2. El experimento dejó a salvo la buena fe del medium, cuyas facultades quedaron perfectamente comprobadas por los resultados.

»3. Las condiciones en que se efectuó excluían por completo toda posibilidad de fraude y de ilusión por nuestra parte, de tal suerte que nuestro convencimiento fue completo.

»4. Estas pruebas confirman plenamente el hecho ya hace tiempo conocido, de que manos evanescentes, proyectadas por un organismo invisible, pueden materializarse y hacerse visibles y tangibles.

»5. El fenómeno del modelado junto con el de la llamada fotografía de espíritus, demuestra con más objetividad que ninguno la actuación de una fuerza inteligente distinta de todo organismo visible, ofreciendo base admirable para investigaciones interesantísimas a todo hombre de ciencia.

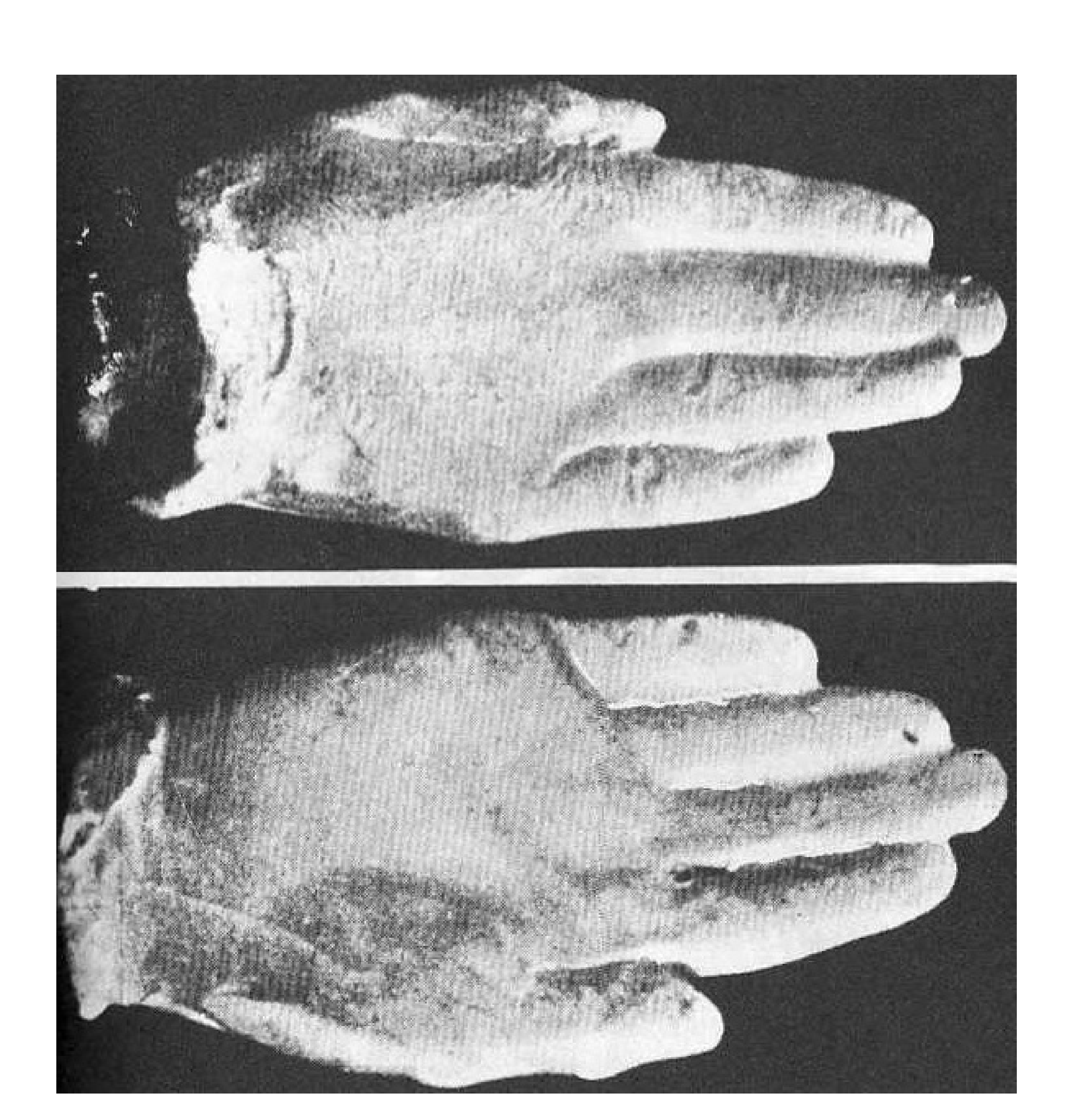
»6. Esta pregunta: “¿Cómo se produjo el vaciado en el interior de la caja?”, conduce a las más profundas consideraciones relacionadas con la filosofía del porvenir y con muchos problemas de psicología y fisiología, cuya solución abrirá nuevas sendas al conocimiento de fuerzas hoy latentes y del misterioso destino del hombre».

El informe va firmado por siete testigos de reputación.

Si el lector no quedara convencido con los ejemplos que hemos referido de la efectividad de las pruebas obtenidas respecto a los vaciados y modelados, puede leer las conclusiones a que llegó el gran investigador Geley, después de sus clásicos experimentos con Kluski, a los que ya hemos aludido.



RECONSTITUCIÓN DE LOS EXPERIMENTOS VERIFICADOS EN EL INSTITUTO METAPSÍQUICO DE PARÍS
Richet, Geley y De Gramont obtienen el vaciado en cera de manos ectoplásmicas, confirmando las experiencias anteriores de Oxley y otros



MANO ECTOPLÁSMICA MOLDEADA EN YESO
Obtenida por el Dr. Geley, e imposible de reproducir de otra manera
(Nótese la estrechez de la muñeca, comparada con el resto de la mano)

El Dr. Geley recogió en la *Revista Metapsíquica* (junio de 1921) los resultados de la serie de once sesiones que tuvo con el expresado medium. A una luz mitigada, la mano derecha de Kluski quedó sujeta por el profesor Richet y su mano izquierda por el conde Potocki. Colocose una artesa que contenía cera derretida por la acción del agua caliente, a dos pies de distancia de Kluski, y para los finos de la prueba la cera fue impregnada (sin que el medium lo supiera) de colesterina química, a fin de descubrir toda sustitución, si la había.

Geley escribe:

«Aquella luz débil no permitía ver el fenómeno, pero nos dábamos cuenta del momento de la inmersión de la mano por el ruido que se producía en el líquido de la artesa. Verificáronse dos o tres inmersiones. La mano que operaba se hundió ola artesa, se retiró de ella, y recubierta de parafina caliente tocó mis manos y las de todos los verificadores del experimento, volviendo a sumergirse en la cera. Después de la operación el guante de parafina, aún caliente, pero solidificado, fue colocado entre las manos de uno de los presentes».

De esta guisa fueron tomados nueve moldes: siete de manos, uno de un pie y otro de barbilla y labios. La cera de que estaban compuestos reveló en el análisis a que fue sometida la presencia de la colesterina. Geley publico veintitrés fotografías de modelados y vaciados, en las que se ve que ni los pliegues de la piel, ni las uñas y las venas se parecían en nada a los del medium. Se intentó obtener iguales modelados de manos de seres humanos con resultado negativo, pues diferenciábanse notablemente de los conseguidos en las sesiones con Kluski. Escultores y modeladores de gran reputación declararon que no conocían procedimiento alguno para producir modelados de cera como aquellos.

Geley resume los resultados diciendo:

«Expondremos las razones por las cuales hemos llegado a convencernos de la autenticidad de los modelados de extremidades materializadas en nuestros experimentos de París y Varsovia.

»Hemos demostrado que por parte del medium, cuyas manos teníamos sujetas, era imposible todo fraude. Tampoco es admisible la trampa con un guante de goma, porque éste daría burdos y absurdos resultados observables a simple vista.

»No hay manera de lograr moldes de cera con objetos rígidos previamente dispuestos. Hágase la prueba y se verá que es imposible.

»El empleo por el medium de otros objetos preparados con alguna substancia fusible y soluble y disueltos en un cazo con agua después de obtener el vaciado, tampoco era posible dados los procedimientos utilizados por nosotros, ni allí teníamos ningún cazo con agua.

»Es inadmisible, así mismo, la creencia de haberse empleado una mano viviente (la del medium o la de alguno de los presentes). Eso no podía hacerse por varias razones: la posición de los dedos en nuestros moldes imposibilitaba el retirarlos sin que el molde se rompiera; además esos moldes o guantes de cera se compararon con las manos del medium y con las de todos los

concurrentes, comprobándose la desigualdad que había con ellas e igual desigualdad acusa su comparación antropológica.

»Finalmente, podía lanzarse la hipótesis de que a pesar de todas nuestras precauciones el medium hubiera traído consigo los guantes, pero la desmentiría el hecho de que secretamente introdujimos productos químicos en la cera derretida y esos productos aparecieron también en los guantes». Es inútil la evidencia para quien está lleno de prejuicios; pero no habrá hombre normalmente dotado que lea lo que precede y dude de la posibilidad de tomar moldes de las figuras ectoplásmicas.

CAPÍTULO XXI
ESPIRITISMO FRANCÉS, ALEMÁN E ITALIANO

El espiritismo en Francia se concentra en la figura de Allan Kardec, cuya teoría característica consiste en la creencia en la reencarnación.



Allan Kardec

Hipólito León Denizard Rivail, conocido con el pseudónimo de «Allan Kardec», nació el año de 1804, en Lyon, donde su padre ejercía la profesión de abogado. En 1850, cuando las manifestaciones espiritistas en América empezaban a llamar la atención en Europa, Allan Kardec se entregó al estudio de ellas, utilizando primeramente la mediunidad de dos hijas de un amigo suyo.

En las comunicaciones que obtuvo resultó que «espíritus de un orden muy superior al de los que vulgarmente comunicaban por mediación de aquellas dos jóvenes, aparecían expresamente por su conducto y continuarían

apareciendo para que pudiera desempeñar en el mundo una importante misión religiosa».

Quiso ponerles a prueba dirigiéndoles una serie de preguntas relativas a los problemas de la vida humana, y por medio de señales dadas con golpes y de la escritura en la pizarra, recibió las respuestas, sobre las cuales fundó su peculiar sistema de espiritismo.

A los dos años de recibidas aquellas comunicaciones, todas sus ideas y convicciones anteriores a los experimentos cambiaron completamente. He aquí lo que a este respecto escribe:

«Las instrucciones transmitidas constituyen una teoría completamente nueva de la vida humana y de sus destinos, la cual paréceme perfectamente racional y coherente, admirablemente lúcida y consoladora, y profundamente interesante. He concebido la idea de publicar el fruto de mis experiencias, y al someter mi propósito a las inteligencias comunicantes, dijéronme que, en efecto, sus enseñanzas debían ser divulgadas por el mundo, respondiendo a la misión que me había confiado la Providencia». Aquellas inteligencias le dieron todo género de instrucciones para la publicación de su obra «El Libro de los Espíritus».

El libro apareció en 1856, alcanzando un gran éxito. En brevísimo tiempo se hicieron de él más de veinte ediciones, y la de 1857, revisada por el autor, constituye la obra de consulta de todo espiritista en Francia.

En 1861 publicó «El Libro de los Mediums»; en 1864, «El Evangelio explicado por los Espíritus»; en 1865, «Cielo e Infierno», y en 1867, «Génesis». Tales son sus obras principales, figurando también entre sus producciones dos breves pero interesantes tratados titulados «¿Qué es el Espiritismo?» y «El Espiritismo reducido a su más simple expresión».

Miss Ana Blackwell, traductora inglesa de las obras de Allan Kardec, le describe en los siguientes términos: «Allan Kardec es de mediana estatura, robusto, de cabeza amplia, redonda, firme, con facciones muy marcadas y ojos grises claros; más que francés parece alemán. Es enérgico y tenaz, pero de temperamento tranquilo, precavido y realista hasta la frialdad, incrédulo por naturaleza y por educación, razonador lógico y preciso, y eminentemente práctico en ideas y acciones, estando igualmente distanciado del misticismo que del entusiasmo… Grave, remiso en el hablar, sin amaneramientos, pero con cierta tranquila dignidad resultado de la seriedad y de la independencia de criterio, que son los rasgos distintivos de su carácter; sin buscar ni evitar las discusiones, pero sin aceptar críticas sobre el asunto al cual ha consagrado toda su vida, recibe afablemente a los innumerables visitantes que acuden de

todas las partes del mundo a hablar con él acerca de las ideas de las cuales es el exponente más autorizado, contestando a consultas y objeciones, resolviendo dificultades, y dando informes a todos los investigadores serios con quienes habla libre y animadamente, muestra en ocasiones un rostro radiante, placentero y genial, si bien a causa de la sobriedad natural en sus maneras, nunca se le vio reír. Entre los millares de personas que le visitan las hay de alto rango en el mundo social, literario, artístico y científico. El emperador Napoleón III, cuyo interés por los fenómenos espiritistas no es ningún misterio, le mandó llamar varias veces, sosteniendo con él largas conversaciones en las Tullerías acerca de las doctrinas que expuso en el "Libro de los Espíritus"».

Allan Kardec fundó la Sociedad de Estudios Psicológicos, que se reunía semanalmente en su casa para comunicar con los espíritus a través de mediums escribientes. Fundó *La Revista Espiritista*, periódico mensual que aún se publicó, y que dirigió hasta su fallecimiento en 1869. Poco antes de morir, sentó las bases de una organización encargada de continuar su obra. La tituló «Sociedad continuadora de la misión de Allan Kardec», con poder para comprar y vender, recibir donativos y legados y proseguir la publicación de *La Revista Espiritista*. Sus discípulos desarrollaron fielmente los planes que les dejó trazados.

Kardec consideró que las palabras «espiritual», «espiritualista» y «espiritualismo» tenían un significado bien definido, por lo cual las sustituyó por las palabras «espiritismo» y «espiritista».

Su doctrina espiritista está informada por la creencia de que el progreso espiritual de los humanos se efectúa a través de una serie de reencarnaciones:

«Como los espíritus han de pasar a través de varias encarnaciones, se deduce de ello que todos hemos tenido varias existencias y que tendremos otras, más o menos perfectas, sea en esta tierra o en otros mundos.

»Esa encarnación de los espíritus se verifica siempre en el cuerpo humano, siendo un error suponer que el alma o espíritu podría encarnarse en el cuerpo de un animal.

»Los sistemas corpóreos sucesivos de un espíritu son siempre progresivos, jamás retrógrados, dependiendo la rapidez de nuestros progresos de los esfuerzos que a través de nuestras varias vidas hacemos para llegar a la perfección.

»Las cualidades del alma corresponden a las del espíritu encarnado en nosotros, y así un hombre bueno es la encarnación de un espíritu bueno, y un hombre malo lo es de un espíritu malo o impuro.

»El alma posee individualidad propia antes de su encarnación, y conserva esa individualidad después de separarse del cuerpo.

»Al reintegrarse al mundo de los espíritus, el alma vuelve a hallar a todos aquellos que conoció en la tierra, volviendo eventualmente a su memoria todas sus anteriores existencias, con el recuerdo de todo lo malo y de todo lo bueno que en ellas hizo.

»El espíritu encarnado está bajo el influjo de la materia; el hombre que se desprende de esa influencia merced a la elevación y purificación de su alma, se acerca más a los espíritus superiores, entre los cuales se clasificará un día. Por el contrario, el que se deja dominar por las malas pasiones y encuentra todo su placer en la satisfacción de groseros apetitos, desciende a la categoría de los espíritus impuros.

»Los espíritus encarnados habitan en diversas esferas del Universo». (Introducción al «Libro de los Espíritus».)

Como hemos indicado, Kardec llevó a cabo sus investigaciones a través de las inteligencias comunicantes por el sistema de preguntas y respuestas, con lo cual obtuvo todo el material para escribir sus libros, en particular acerca del tema de la encamación. A la pregunta: «¿Cuál es el objeto de la encarnación de los espíritus?», se le contestó:

«Es una necesidad que Dios ha impuesto como medio de alcanzar la perfección. Para algunos es una expiación, para otros una agradable misión. Para alcanzar la perfección, *es necesario que los espíritus se sometan a todas las vicisitudes de la existencia corporal*. Las enseñanzas de la expiación los irán depurando. Otro fin tiene la encarnación, que es poner a los espíritus en condiciones de tomar puesto adecuado en el Universo, a cuyo efecto anidan y progresan en el aparato corporal que más en armonía pueda hallarse con el estado material del mundo al que irán destinados por orden divina».

En Inglaterra los espiritistas están en desacuerdo respecto del problema de la reencarnación. Algunos creen en ella, otros no, siendo la creencia más general que no habiendo sido probada dicha doctrina, lo mejor es excluirla del espiritismo activo. Miss Ana Blackwell, la traductora de Allan Kardec, dice a este propósito que siendo la mentalidad del continente europeo más fácil para la recepción de nuevas teorías, ha aceptado la de Allan Kardec en tanto que la mentalidad inglesa «se niega por lo general a aceptar ninguna teoría hasta que ha comprobado los hechos en que se funda».

Mr. Tomás Brevior, director de *La Revista Espiritista*, confirma con las siguientes palabras esa actitud de nuestros espiritistas:

«Cuando la reencarnación tenga un aspecto más científico, cuando la abone una cantidad de hechos susceptibles de verificación como los del Espiritismo moderno, merecerá amplia y detenida discusión entre nosotros. Entretanto, dejemos a los especuladores que se diviertan levantando castillos en el aire; la vida es muy corta y hay demasiado que hacer en este mundo para que tengamos que ocuparnos en erigir ni en demoler esos edificios aéreos. Es mejor trabajar en cosas sobre las cuales todos estamos conformes, que luchar por otras en las que acaso disentimos sin remedio». Guillermo Howitt, reputado como uno de los puntales del primitivo espiritismo en Inglaterra, condena francamente la teoría de la reencarnación. Después de citar la observación de Emma Hardinge Britten, según la cual millares de seres protestan en el otro mundo a través de notables mediums, de que no tienen conocimiento ni pruebas de la reencarnación, dice:

«Si la reencarnación fuera un hecho cierto en vez de ser un hecho recusable, habría millones de espíritus que al entrar en el otro mundo, buscarían en vano a sus parientes, hijos y amigos… ¿Ha llegado a nosotros ni una palabra de tal desdicha en los millares y millares de comunicaciones espiritistas? Jamás. De modo que aunque sólo fuera por esto deberíamos declarar falso el dogma de la reencarnación, como lo es el infierno del cual surgió».

Sin embargo, Mr. Howitt en su vehemencia olvida que puede estar condicionada en el tiempo la reencarnación hasta un límite determinado y que puede también ser voluntaria.

Alejandro Aksakof, en un interesante artículo publicado en *La Revista Espiritista* (1876, pág. 57), dio los nombres de los mediums del círculo Allan Kardec con algunos datos sobre los mismos. Indicó así mismo que la creencia en la idea de la reencarnación, era muy fuerte por aquellos días en Francia, como puede verse, entre otras obras, en la de M. Pezzani, «La pluralidad de existencias». Aksakof escribe:

«Se ve claramente que la propagación de esa doctrina por Kardec, fue asunto de su mayor predilección; desde un principio la reencarnación no es en sus libros como un tema de estudio, sino como un dogma. Para sostenerlo recurrió siempre a mediums escribientes, los cuales, como es sabido, están fácilmente bajo la influencia de ideas preconcebidas, y el espiritismo las ha engendrado con toda profusión; en cambio, a través de los mediums físicos, las comunicaciones son objetivas, y no se sabe de ninguna favorable a la doctrina de la reencarnación. Kardec prescindió siempre de esta clase de mediunidad, bajo pretexto de su inferioridad moral. Los pocos mediums

físicos franceses que desarrollaron sus facultades a pesar de Kardec, jamás fueron por éste mencionados; al contrario, permanecieron desconocidos para los espiritistas, sólo porque en sus comunicaciones no se sustentaba la doctrina de la reencarnacion».

D. Home, comentando el artículo de Aksakof, dice:

«Me he encontrado con muchos reencarnacionistas, con más de doce María Antonietas, con seis o siete Marías, Reinas de Escocia, con veinte Alejandros Magnos, pero todavía no he topado con un John King completo. Si lo encuentran les ruego que lo conserven como una curiosidad».

Miss Ana Blackwell resume con las siguientes palabras el contenido de los principales libros de Kardec:

«El Libro de los Espíritus» está dedicado a demostrar la existencia y los atributos del Poder Causal y la naturaleza de la relación entre este Poder y el Universo, poniéndonos en la senda de la divina operación.

«El Libro de los Mediums» describe los varios métodos de comunicación entre este mundo y el otro.

«Cielo e Infierno» expone la justicia del Gobierno Divino explicando la naturaleza del mal como resultado de la ignorancia, y mostrando el proceso mediante el cual los hombres pueden mejorar y purificarse.

«El Evangelio explicado por los Espírítus» es un comentario de los preceptos morales de Cristo, con un examen de su vida y el estudio comparativo de sus actos y las actuales manifestaciones del poder espiritista.

»Génesis muestra la concordancia de la filosofía espiritista con los descubrimientos de la ciencia moderna.

»Esas obras —dice— son reputadas por la mayoría de los espiritistas del continente como las bases de la filosofía religiosa del porvenir, filosofía en armonía con los progresos y descubrimientos científicos en los distintos reinos del conocimiento humano, promulgada por una cohorte de ilustres espíritus que operan bajo la dirección del mismo Cristo».

En conjunto, parécele al autor que la reencarnación es un hecho, pero no universal necesariamente. Respecto de la ignorancia en que sobre este punto se hallan los espíritus nada hay de extraño, puesto que es cosa del futuro y si nosotros no vemos aún claro acerca de nuestro futuro, es posible que los espíritus tengan las mismas limitaciones. Cuando nos preguntamos «¿dónde estábamos antes de nacer?», sólo es posible la respuesta partiendo de la reencarnación, con largos intervalos de descanso del espíritu, entre una y otra de nuestras vidas terrenas, pues es inconcebible que hayamos nacido por toda una eternidad. La existencia posterior parece el postulado de la existencia

anterior, y a la pregunta natural: «Entonces, ¿por qué no nos acordamos de las existencias pasadas?» debemos contestar que tal recuerdo complicaría enormemente nuestra vida presente, y que aquellas existencias pueden muy bien formar un ciclo como un rosario de vidas ensartadas en una sola personalidad. En ese punto convergen el pensamiento oriental y teosófico con la explicación que da en la doctrina suplementaria del Karma, de la injusticia aparente de una sola vida, constituyendo todo ello argumentos en favor de la reencarnación como lo son tal vez esos vagos recuerdos y cogniciones que a veces tenemos, demasiado precisos en ocasiones para ser considerados como impresiones atávicas. Algunos experimentos hipnóticos, entre los que descuellan los del famoso investigador francés, coronel de Rochas, parecieron aportar algunas pruebas en favor de la doctrina de la reencarnación, pues el sujeto caído en trance retrocedía en el tiempo a través de varias pretendidas reencarnaciones, muy difíciles de aclarar las más distantes, al paso que las más próximas podía sospecharse que fueran hijas del conocimiento normal del medium. Por lo menos y aun cuando ello implique la tarea de completar algunos trabajos o rectificar algún error, convendría reserváramos la mejor acogida a la posibilidad de la reencarnación.

Antes de apartarnos de la historia del espiritismo en Francia, debemos rendir tributo a la pléyade de escritores que lo han ilustrado. Aparte de Allan Kardec y del trabajo científico de investigadores como Geley, Maxwell, Flammarion y Richet, hubo grandes espiritistas como Gabriel Delanne, Enrique Regnault y León Denis, que dejaron huella profunda de su paso en nuestro campo.

En la presente obra, limitada a las grandes líneas de la historia psíquica, no hay espacio para los innumerables riachuelos y meandros que surcan toda la faz de la tierra. Desde la Argentina hasta Islandia, vénse los mismos resultados surgiendo de las mismas causas. La historia completa de ello requeriría otro volumen, pero dedicaremos, no obstante, unas páginas a Alemania.

Aunque tardía en seguir el movimiento organizado, pues no forma parte de él hasta 1865 en que se fundara *Psiquis*, el primer periódico espiritista alemán, tenía por encima de todos los demás países una tradición de especulación mística y de experimentos mágicos que pudieron considerarse como una preparación para la definitiva revelación espiritual. Paracelso, Cornelius, Agrippa, Helmont y Jacobo Boehme, figuran entre los exploradores del espíritu abriéndose camino a través de la materia, por vaga y lejana que estuviese la meta a que querían arribar.

Mesmer llegó a algo más preciso en los trabajos que llevó a cabo en Viena a fines del siglo XVIII. A pesar de sus equivocaciones, fue el primero en separar el alma del cuerpo ante la vista de la humanidad, mientras M. de Puysegur daba un paso adelante descubriendo las maravillas de la clarividencia. Jung Stilling y el Dr. Justino Kerner son nombres que también perdurarán en la historia del progreso del conocimiento humano a través de la nebulosa senda. El anuncio de la comunicación espiritista se recibió en Alemania con una mezcla de interés y escepticismo, transcurriendo mucho tiempo antes de que se alzaran voces en su defensa, hasta que Slade hizo su histórica visita en 1877.

Después de someter a prueba sus manifestaciones, provocó en Leipzig el estudio de estas cuestiones por parte de seis profesores: Zöllner, Fechner y Scheibner, de Leipzig; Weber, de Gotinga; Fichte, de Stutgart, y Ulrici, de Halle. Como los testimonios de éstos se reforzaron con la declaración de Bellachini, el más famoso escamoteador de Alemania, afirmando que no había posibilidad de trampa en los experimentos, el efecto producido en las mentes populares fue considerable, aumentando con la adhesión inmediata de dos rusos eminentes, Aksakof y Butlerof. Sin embargo, el culto no parece que encontró terreno completamente apropiado en aquel país militar y burocrático. Aparte el nombre de Carl du Prel, no recordamos otro que esté en Alemania vinculado al movimiento espiritista.

El barón Carl du Prel, de Munich, comenzó su misión consagrándose al misticismo y en su primera obra («Filosofía del misticismo», 1889), trata, no del espiritismo, sino más bien de las fuerzas latentes en el hombre, de los ensueños, del éxtasis y del sueño hipnótico. En otro tratado, «Un problema para los escamoteadores», hace el relato detallado de las etapas por las cuales pasó hasta llegar a su completa creencia en la verdad del espiritismo. En este libro admite que los hombres de ciencia y los filósofos no son los más capacitados para descubrir trampas, pero recuerda al lector que Bosco, Houdini, Bellachini y otros consumados escamoteadores declararon que los mediums a quienes habían examinado estaban exentos de toda sospecha de fraude, o engaño. Du Prel no se contentó con testimonios de segunda mano, sino que efectuó una serie de sesiones con Eglinton y más tarde con Eusapia Palladino, haciendo hincapié en el hecho de que sus convicciones se basan más que en los resultados obtenidos con mediums profesionales, en los de tres mediums privados «en cuya presencia, la escritura directa no sólo se verificaba en el interior de dobles pizarras, sino también en lugares inaccesibles para los mediums».

«Una cosa es clara, a saber, que la Psicografía debe ser adscrita a un origen transcendental. Hallamos, en efecto: 1) Que la hipótesis de la pizarra preparada de antemano es inadmisible. 2) Que el lugar en que se encuentra lo escrito es inaccesible a las manos del medium. En muchos casos la doble pizarra está seguramente cerrada, dejando solamente un resquicio para el pizarrín. 3) Que la escritura es simultánea. 4) Que el medium no escribe. 5) Que lo escrito ha de serlo con tiza o pizarrín. 6) Lo escrito es obra de un ser inteligente, puesto que las respuestas se ajustan exactamente a las preguntas. 7) Este ser puede leer, escribir y entender el lenguaje de los humanos, y muchas veces uno desconocido para el medium. 8) Se parece extraordinariamente a un ser humano, por lo que hace al grado de su inteligencia, e incluso por los errores en que incurre. Estos seres, pues, aunque invisibles, son de naturaleza humana. No es menester defender de ningún ataque esta proposición. 9) Si estos seres hablan, lo hacen en idioma humano. Si se les pregunta quiénes son, responden que son seres que han dejado este mundo. 10) Cuando esas apariciones se manifiestan por modo visible en parte, con sólo las manos, por ejemplo, las manos tienen forma humana. 11) Cuando las apariciones lo son por entero, revisten humana forma y humano continente… El espiritismo ha menester la investigación científica. Pero yo me consideraría un cobarde si no manifestara abiertamente mis convicciones».

«En tales circunstancias —dice— la pregunta: ¿medium o escamoteador? paréceme hecha más para levantar polvareda que para evitarla», observación que muchos investigadores psíquicos debieran tener en cuenta. Es interesante advertir que du Prel proclama injustificada, por lo que hace a su experiencia, la afirmación de que los mensajes sean estúpidos y triviales; asegurando al propio tiempo que si él no ha encontrado en ellos señales de una inteligencia superior, claro es que antes había que considerar hasta qué punto puede apreciarse una inteligencia sobrehumana y cómo había de sernos inteligible. Hablando de la materialización, dice:

«Cuando esas apariciones se hacen enteramente visibles en el cuarto a obscuras, caso en el cual el propio medium está sentado en la cadena formada por los concurrentes a la sesión, toman humana forma y humano continente. Es muy fácil decir que se trata de un enmascaramiento del mismo medium. Pero cuando el medium habla desde su asiento; cuando los que están próximos a él declaran que le tienen cogido de las manos, y al mismo tiempo veo ante mí una figura en pie; cuando el rostro de esta figura queda iluminado con el tubo de mercurio que está sobre la mes a —luz que no impide el

fenómeno—, todo lo cual veo claramente, entonces la evidencia de los hechos que refiero me demuestra la existencia de un ser transcendental, aunque todas las conclusiones deducidas de mis estudios y trabajo de veinte años se vengan a tierra. Si, por el contrario, mis puntos de vista, como puede verse en mi "Filosofía del misticismo", han tenido otro rumbo, y se han justificado después con estas experiencias, encuentro campo abonado desde el punto de vista subjetivo para sostener estos hechos puramente objetivos».

Y añade:

«Tenemos, pues, la experiencia empírica de la existencia de tales seres transcendentales, de la que estoy convencido por la evidencia de mis sentidos de la vista y el oído y por el sentimiento de nuestra comunicación inteligente. En estas circunstancias, llevado al mismo resultado por dos métodos de investigación, merecería que los dioses me abandonaran, si no reconociese el hecho de la inmortalidad —o mejor dicho, ya que las pruebas no alcanzan a más—, la continuación de la existencia del hombre después de la muerte.

»Carl du Prel falleció en 1899. Su contribución a la obra espiritista es probablemente la mayor llevada a cabo por un alemán. Encontró un formidable adversario en Eduardo von Hartmann, autor de la "Filosofía de lo Inconsciente", el cual publicó en 1885 un folleto titulado "Espiritismo", sobre el que escribe Massey:

»Por primera vez, un hombre que ocupa una situación intelectual eminente, se presenta francamente ante nosotros aunque sea como adversario. Se ha tomado el trabajo de investigar los hechos, si no por completo, al menos lo suficiente para revestir de autoridad su examen crítico. Y aunque al principio le guiaba el escepticismo más absoluto, llegó luego a la conclusión de que la existencia en el organismo humano de fuerzas y capacidades distintas de las conocidas por las ciencias exactas, está sobradamente probada por testimonios antiguos y contemporáneos. Reclama con urgencia la investigación de esas fuerzas por parte de comisiones nombradas y pagadas por el Estado. Rechaza con toda su autoridad de hombre de ciencia la suposición de que los hechos son *a priori* increíbles o "contrarios a las leyes de la naturaleza". Censura la impertinencia de las "denuncias" y califica de golpes en el vacío los paralelos estúpidos que han querido hacerse entre los mediums y los prestidigitadores.

Massey añade que desde el punto de vista de la filosofía de Hartmann, era inadmisible la intervención de los espíritus, y una ilusión la inmortalidad humana.

Alejandro Aksakof contestó al folleto de von Hartmann en su revista mensual *Estudios Psíquicos,* indicando que aquél no tenía la menor experiencia práctica de los fenómenos medianímicos y concedió insuficiente atención a los que no concordaban con sus personales teorías, siendo muchos los que existían completamente desconocidos para él. Alemania ha producido algunos grandes mediums, entre los cuales no se suele hacer figurar a la señora Ana Rothe. Sin embargo, y aunque fuera cierto que esta mujer recurrió al engaño cuando sintió que le abandonaban sus fuerzas psíquicas, resulta indudable que las poseyó en el más alto grado y así está demostrado hasta la evidencia por el mismo juicio en que terminó la denuncia lanzada contra ella en 1902.

La medium estuvo encarcelada por espacio de doce meses y tres semanas, y antes de comparecer ante el tribunal fue condenada a diez y ocho meses de prisión y una multa de quinientos marcos. Cuando se celebró el juicio, varias personas de gran reputación presentaron pruebas a su favor, figurando entre ellas el señor Stocker, ex capellán de la Corte y el juez Salzers, de la Audiencia de Zurich. El juez juró que la señora Rothe le puso en comunicación con los espíritus de su esposa y de su padre, quienes dijéronle cosas que era imposible inventara la medium, porque se referían a asuntos desconocidos para ella y para todos los mortales. También declaró que se habían producido en el aire flores de la más rara especie en un sala inundada de luz. Su testimonio produjo honda impresión.

Pero lo mismo que en el caso Slade, respecto del magistrado Mr. Flowers, el fallo del tribunal alemán comenzaba diciendo:

«El Tribunal no puede permitirse criticar la teoría espiritista, pero no puede desconocer que la ciencia y la generalidad de los hombres cultos declaran imposibles las manifestaciones supernaturales».

Ante semejante declaración, toda prueba era inútil.

En estos últimos años dos nombres alemanes adquieren gran relieve en relación con esta materia. U no es el del Dr. Schrenck Notzing, a cuyos magníficos trabajos de laboratorio ya nos hemos referido en el capítulo del ectoplasma. El otro es el del famoso Dr Haus Driesch, profesor de Filosofía de la Universidad de Leipzig, quien en conferencia dada en la Universidad de Londres el año de 1924, declaró que «la realidad de los fenómenos psíquicos es hoy solamente puesta en duda por los dogmáticos incorregibles».

«Esos fenómenos —dijo— han tenido que pasar por un período de arduas luchas antes de ser admitidos; la principal razón consistió en haber sido

negados rotundamente por la psicología ortodoxa y la ciencia natural, las cuales hasta el final del pasado siglo iban de consuno».

El profesor Driesch indica que la ciencia natural y la psicología experimentaron un cambio radical desde comienzos de este siglo, mostrando de qué manera los fenómenos psíquicos se enlazan con las ciencias naturales «normales». Observa que «si estas últimas se niegan a reconocer su parentesco con las primeras, ello no afecta a la verdad de los mismos», y merced a una serie de ilustraciones biológicas demuestra la inanidad de la teoría mecánica, abogando por la teoría vitalista y por el «establecimiento de relaciones más íntimas entre los fenómenos de biología normal y los fenómenos físicos, que son del dominio de la investigación psíquica».

Italia en cierto sentido figura en orden superior con relación a los demás países europeos en el trato reservado al espiritismo, a pesar de la constante oposición de la Iglesia Católica Romana, que ilógicamente estigmatiza como diabolismo en los demás lo que proclama como signo especial de santidad en ella. Las *Acta Sanctorum* no son más que una larga crónica de fenómenos psíquicos con levitaciones, aportaciones, profecías y todos los demás signos del poder medianímico. Ahora bien, la Iglesia persiguió siempre al espiritismo, pero por poderosa que sea, el tiempo le demostrará que ha encontrado en éste algo más fuerte que ella.

Entre los modernos espiritistas italianos destacan Mazzini y Garibaldi. En carta dirigida a un amigo el año de 1849, Mazzini esboza todo un sistema religioso-filosófico, en el cual se anticipa sorprendentemente a las más recientes ideas espiritistas. En ese sistema aparece el purgatorio temporal sustituido por un infierno perpetuo, se proclama la existencia de un lazo de unión entre este mundo y el otro, se define la jerarquía de los seres espirituales y se prevee un progreso continuo de éstos hacia la perfección suprema.

Italia ha sido muy rica en mediums, teniendo además la suerte de contar con hombres de ciencia lo suficientemente bien orientados en el estudio de las ciencias psíquicas. Entre esos numerosos investigadores, todos ellos convencidos de la realidad de los fenómenos psíquicos, aunque no todos aceptaron la idea espiritista, se encuentran nombres como los de Ermacora, Schiaparelli, Lombroso, Bozzano, Morselli, Chiaia, Pioctet, Foa, Porro, Brofferio y Bottazzi. Estos hombres tuvieron la ventaja de contar para sus estudios con una medium como Eusapia Palladino, de la que ya nos hemos ocupado, a la que siguieron otros mediums poderosos, tales como Politi, Carancini, Zuccarini, Lucía Sordi y especialmente Linda Gazzera. No

obstante, allí como en otras partes, el primer impulso llegó de los países de habla inglesa. La visita de D. D. Home a Florencia en 1855, y la siguiente de la señora Guppy, en 1868, abrió la senda a través de la cual había de lanzarse antes que nadie Damiani, el primer gran investigador italiano que en 1872 descubrió las facultades extraordinarias de la Palladino.

La obra de Damiani fue pronto secundada por el doctor G. B. Ermacora, fundador y director, con el Dr. Finzi, de la *Revista de Estudios Psíquicos*. Damiani murió asesinado en Rovigo, a los cuarenta años de edad, constituyendo su desaparición gran pérdida para la causa. Acerca de él, dice Porro:

«Lombroso le conoció en Milán asociado a tres médicos jóvenes libres de todo prejuicio: Ermacora, Finzi y Gerosa, a dos profundos pensadores que habían ya agotado el aspecto filosófico del espiritismo, el alemán du Prel y el ruso Aksakof, a otro filósofo de profunda inteligencia y vasta erudición, Brofferio; y finalmente, al gran astrónomo Schiaparelli y al ilustre fisiólogo Richet.

»Sería difícil —añade— reunir un grupo más selecto de hombres dotados de las necesarias garantías de seriedad, de competencias diversas, de habilidad técnica en la experimentación, de sagacidad y prudencia en las conclusiones».

«A la vez que Brofferio en su valioso libro “En pro del espiritismo” (Milán 1892), demolía uno a uno los argumentos de los detractores, reuniendo, coordinando y clasificando con incomparable talento dialéctico las pruebas en pro de nuestra doctrina, Ermacora aplicaba a su demostración todos los recursos de su poderosa inteligencia ejercitada en el uso del método experimental, hallando tanto placer en estos nuevos y fértiles estudios, que abandonó enteramente sus investigaciones en el terreno de la electricidad, las cuales le habían dado ya reputación tan alta y brillante que se le consideraba como el legítimo sucesor de Faraday y de Maxwell».

El Dr. Ercole Chiaia, que falleció en 1903, fue un ardiente trabajador y propagandista a quien distinguidísimos hombres de ciencia debieron sus primeros conocimientos de los fenómenos psíquicos, entre otros, Lombroso, el profesor Bianchi, de la Universidad de Nápoles, Schiaparelli, Flournoy, el profesor Porro, de la Universidad de Génova, y el coronel de Rochas. Lombroso dijo de él:

«Tenéis razón en honrar la memoria de Ercole Chiaia. En un país como Italia, donde se profesa horror a todo lo nuevo, es preciso mucho valor y nobleza de alma para convertirse en apóstol de teorías que se pretende

ridiculizar, y ello con la tenacidad, con la energía que han caracterizado siempre a Chiaia. A él deben muchos —y yo entre ellos— el privilegio de ver un mundo nuevo abierto a la investigación a través del único camino que existe para convencer a los hombres cultos, es decir, la observación directa».

Sardou, Richet y Morselli rindieron también tributo de admiración a la obra de Chiaia.

Una de las más importantes labores de aquel hombre benemérito consistió en inducir a Lombroso a que investigara los fenómenos espiritistas. A raíz de los primeros experimentos con Eusapia Palladino, declaró el eminente alienista:

«Me da vergüenza y pena haber negado con tanta tenacidad la posibilidad de los llamados hechos espiritistas».

Al principio Lombroso asintió únicamente a los hechos, oponiéndose a la teoría en ellos fundada. Pero aun esa admisión parcial causó gran sensación en Italia y en todo el mundo. Aksakof escribió al Dr. Chiaia: «¡Gloria a Lombroso por sus nobles palabras! ¡Gloria a usted por haber dado lugar ellas!».

Lombroso constituye el magnífico ejemplo de conversión de un empedernido materialista después de largo y concienzudo examen de los hechos. En 1900 escribió al profesor Falcomer:

«Estoy como una piedra en la orilla. Aún no me cubre el agua, pero noto que la marea sube, acercándome cada vez más al mar».

Como es sabido, acabó por ser un creyente completo, un convencido espiritista, como lo prueba su célebre libro «Y después de la muerte, ¿qué?».

Ernesto Bozzano, nacido en Génova el año de 1862, dedicó treinta años de su vida a la investigación psíquica, publicando el fruto de sus estudios en treinta largas monografías. En unión de los profesores Morselli y Porro, experimentó con Eusapia Palladino, y a la vista de muchos fenómenos objetivos y subjetivos, se adhirió «lógica y necesariamente» a la hipótesis espiritista.

Enrique Morselli, profesor de Psiquiatría en Génova, fue durante varios años, como él mismo declara, un escéptico decidido en punto a la realidad objetiva de los fenómenos psíquicos. Pero en 1901 y años siguientes tuvo treinta sesiones con Eusapia Palladino, llegando a un convencimiento completo de los hechos, ya que no de la teoría espiritista. Recogió sus observaciones en un libro que el profesor Richet califica de «modelo de erudición» («Psicología y Espiritismo», Turín, 1908).

Lombroso, en una recensión muy amable de este libro, se refiere al escepticismo del autor en punto a ciertos fenómenos por él observados («Anales de Ciencia Psíquica», vol. VII, página 376):

«Morselli comete la misma falta que Flournoy con la señorita Smith[11], torturando su propia ingenuidad para no encontrar verdaderas ni creíbles las cosas que él mismo declara haber visto y que en efecto ocurrieron. Por ejemplo, durante unos cuantos días después de la aparición de su madre, reconoció conmigo que la había visto y sostenido con ella una conversación por señas, en la cual ella le indicaba con el dedo, apuntando tristemente a sus gafas y a su calvicie cuán largo tiempo hacía que le dejó joven y apuesto».

Al pedirle Morselli a su madre una prueba de identidad, ella le tocó en la frente buscándole una verruga; pero como primero tocara al lado derecho y después al izquierdo, en que verdaderamente tenía la verruga, Morselli no quiso aceptar esto como la evidencia de la aparición de su madre. Lombroso, con más experiencia, le señaló la torpeza de los espíritus que usan de la intervención de un medium por primera vez. La verdad es que Morselli experimentaba una gran repugnancia por aquella aparición de su madre con un medium en contra de su voluntad. Lombroso no puede explicarse semejante sentimiento. Y dice:

«Confieso que a mí no solamente no me molesta, sino que, por el contrario, cuando volví a ver a mi madre, experimenté una de las alegrías más grandes de mi vida, una alegría que llegaba al espasmo, y que no sólo no me producía resentimiento alguno, sino gratitud para el medium que me traía a mi madre a mis brazos después de tantos años, suceso extraordinario que me hizo olvidar no sólo entonces, sino muchas veces, la humilde condición de Eusapia, quien había logrado para mí, aunque por manera puramente automática, lo que ningún gigantesco poder ni pensamiento pudiera nunca conseguir».

Morselli se colocó en posición parecida a la del profesor Richet respecto de la investigación psíquica, y, como este último sabio, influyó poderosamente en la opinión pública, contribuyendo a que tuviera sobre esta materia una idea más clara. Hablando del desvío de la ciencia por el espiritismo, escribía en 1907:

«El espiritismo viene discutiéndose desde hace cincuenta años, y aunque no es posible augurar cuándo quedará resuelta la cuestión, todos están conformes en concederle una gran importancia, siendo uno de los más grandes problemas legados por el siglo XIX al XX. Ya nadie puede ignorar que el espiritismo constituye una tendencia importante en el pensamiento

contemporáneo. Si durante mucho tiempo la ciencia oficial mostró su desvío por los hechos que el espiritismo, bien o mal, equivocada o acertadamente, ha reunido hasta formar la base de todo un cuerpo de doctrina, tanto peor para la ciencia, y peor aún para sus hombres que permanecieron sordos y ciegos ante afirmaciones, no de sectarios, sino de observadores tan dignos y serios como Crookes, Lodge y Richet. No me avergüenzo de proclamar que en mis modestas fuerzas yo fui uno de los que contribuyeron a ese obstinado escepticismo, hasta el día en que, por fin, pude romper las cadenas con que los prejuicios aherrojaban mi pensamiento».

Hecho curioso es que la mayoría de los profesores italianos se adhieren a los hechos psíquicos, pero rehúsan seguir las conclusiones de los que llaman espiritistas. Ello aparece claro en las siguientes palabras de De Vesme:

«Importa notar que el interés por esas cuestiones revelado por el público en Italia, no habría nacido tan fácilmente si los hombres de ciencia que proclamaron la autenticidad de esos fenómenos mediunísticos, no hubiesen hecho constar que el reconocimiento de los hechos no implicaba la aceptación de la hipótesis espiritista».

Hagamos constar, sin embargo, que hubo una minoría muy potente, que comprendió el significado íntegro de la nueva revelación.

CAPÍTULO XXII
ALGUNOS GRANDES MEDIUMS MODERNOS

Es monótono escribir acerca de los signos físicos con que se revela la inteligencia externa, porque todos obedecen a fórmulas estereotipadas, limitadas en su naturaleza.

Llenan su objeto, que no es otro que el demostrar la presencia de fuerzas invisibles, desconocidas por la ciencia, pero su método de producción y sus resultados son siempre iguales. Claro es que esto mismo, o sea la repetición constante de idénticas manifestaciones en todos los países del mundo, debería hacer ver a quienes piensen seriamente acerca de ellas que obedecen a leyes fijas, y no se trata de una sucesión esporádica de milagros, sino de una ciencia real en pleno desenvolvimiento. Sus detractores han pecado por ignorancia y desprecio: «No comprenden que en esto hay leyes», escribió Madame Bisson después del fatuo intento de los doctores de la Sorbona para producir ectoplasma en condiciones que invalidaban su propio experimento. Todo gran medium físico puede producir la voz directa independientemente de sus propios órganos vocales, la telequinesis o movimiento de objetos a distancia, los ruidos o percusiones, las levitaciones, los aportes o traída de objetos a distancia, las materializaciones de rostros, extremidades o figuras completas, las conversaciones o escritos en estado de trance, la escritura entre pizarras en contacto y los fenómenos luminosos de distintas formas. De todas esas clases de manifestaciones ha sido testigo muchas veces el autor, y como ya ha narrado las que en cada época se produjeron con los mediums a ella pertenecientes, hablará sólo ahora de los mediums modernos, exponiendo datos y observaciones propios.

Hay quienes cultivan sólo un aspecto de la mediunidad en tanto que otros exhiben todas las formas de este poder. Necesariamente los primeros serán más eficientes, como todo el que especializa sus facultades y las concentra en un fin determinado en vez de dispersarlas entre varios.

A veces, aparece un hombre tan maravilloso como D. D. Home, dotado de todos los poderes de la mediunidad, pero esto es muy raro.

El más grande de los mediums conocido por el autor, es la señora Osborne Leonard. La característica de su mérito es que los dones que posee, por lo general son continuos. No se interrumpen con largos eclipses, sino que fluyen inagotablemente. La señora Leonard es de mediana edad, amable, agradable, de aire señoril. Al caer en trance, su voz cambia por completo, interpretando lo que su pequeño guía, el espíritu de la niña Feda, dice en voz alta y con palabras entrecortadas, todo ello mezclado con intimidades y bromitas en las que se ponen de relieve la inteligencia y el simpático carácter de la niña.

En cierta ocasión el autor recibió una larga serie de mensajes sobre el destino futuro del mundo, a través de la voz y de la mano de su esposa, en su propio hogar doméstico. Cuando fue a visitar a la señora Leonard, no le dijo nada de lo ocurrido, ni tampoco habló de ello a nadie. Pero apenas se sentó y preparó el cuaderno para tomar notas de lo que ocurriese, cuando su hijo muerto anunció su presencia y le habló sin interrupción por espacio de una hora. Fue un largo monólogo con pleno conocimiento íntimo de cuanto había ocurrido en la casa de sus padres, y todo él lleno de pequeños detalles de la vida nuestra, completamente desconocidos para la medium.

En toda la sesión no se equivocó en punto a ningún hecho cierto y habló de muchas cosas. Citaremos aquí, a modo de ejemplo, una parte de las menos personales:

«Hay mucha falsedad en el progreso material y mecánico. Eso no es progreso. Si se construye este año un coche que haga tantos kilómetros, se puede al año que viene construir otro que haga el doble. No por eso es mejor. Es menester el progreso verdadero para llegar a comprender el poder de la mente y el espíritu y convencer a todos de la existencia del mundo nuestro.

»Mucho podemos ayudar nosotros desde aquí con tal de que intenten algo los que están en la tierra; pero no podemos esforzarnos con quienes no están preparados a tal ayuda.

»Ese es vuestro trabajo: prepararnos la gente. Muchos yacen en una ignorancia sin esperanza alguna; pero sembrad, que la semilla fructificará, aunque no lo veáis.

»Los curas están sujetos a un sistema de ideas limitadas y herméticas. Sistema semejante a un alimento rancio de una semana en comparación con otro reciente. Hace falta alimento espiritual fresco y no enranciado. Sabemos cuán prodigioso es Cristo. Contemplamos su amor y su poder. Él puede ayudarnos a nosotros y a vosotros. Pero encendiendo fuego nuevo y no removiendo las antiguas cenizas.

»Eso es lo que necesitamos —el fuego del entusiasmo en los dos altares de la imaginación y del conocimiento—. Algunos le temen a la imaginación, pero muy frecuentemente ella es la puerta del conocimiento. Las iglesias han sabido cuál era la verdadera doctrina, pero no la han sabido poner en práctica.

»Es preciso ser capaz de demostrar el conocimiento espiritual en una forma práctica. El plano en que vivís es práctico sólo en cuanto consideráis el conocimiento como un impulso para la acción. En nuestro plano, conocimiento y fe *son* acción —y al pensar una cosa la realizamos en el acto de pensarla; mientras que en la tierra son muchos los que dicen que una cosa está bien y no la hacen—. La iglesia enseña, pero no demuestra su enseñanza. A veces el maestro usa el encerado. Pues eso es lo que necesitáis. Hay que enseñar demostrando en el encerado. Los fenómenos físicos son realmente los más importantes. Algunos hay en el movimiento espiritista contemporáneo; pero nos es difícil manifestarnos físicamente, porque la mayoría del pensamiento colectivo está contra nosotros y a no nuestro favor. Cuando el gran día llegue, la gente se estremecerá en su actitud cerrada e ignorante en contra nuestra y sólo así quedará expedito el camino para una demostración más completa de la que hasta entonces hayamos logrado dar.

»Ahora es como si estuviéramos dando golpes contra una pared, y perdemos el noventa por ciento de nuestro poder golpeando e intentando hallar un agujero en ese valladar de ignorancia que nos impide penetrar hasta los hombres. Muchos de vosotros estáis empujando y ayudando a nuestro intento. No sois vosotros los que habéis levantado el valladar y nos animáis a franquearlo. Pronto, mientras seguís en vuestra debilidad luchando, se derrumbará y en lugar de introducirnos por una rendija, surgiremos triunfantes en glorioso haz. Ese será el *summum* —el encuentro del espíritu y la materia».

Si la verdad del espiritismo dependiera únicamente de las facultades de la señora Leonard, estaría evidenciada en absoluto a los ojos de todos, pues entre tantos centenares de personas como la han puesto a prueba, rara vez dejó de dar completa satisfacción a alguna. Hay muchos clarividentes cuyas facultades no son muy inferiores a las de la señora Leonard; pero ninguno llega a igualarlas, porque ninguno hace de ellas el uso moderado que esta señora. No la tienta la ambición y sólo recibe a dos o tres clientes por día, debiéndose sin duda a ello la excelencia de sus resultados.

Entre los clarividentes de Londres de que se ha servido el autor, ocupa preferente lugar Mr. Vout Peters. Otra excelente medium de estos tiempos es la señora Annie Brittain. Durante la guerra, el autor envió a dicha medium

muchos desgraciados que habían sufrido alguna pérdida en sus familias y coleccionó las cartas en las cuales le dieron cuenta de las sesiones, todos con resultados muy notables. De los cien primeros casos ochenta obtuvieron un éxito completo, estableciéndose comunicación con las personas fallecidas. En algunas ocasiones el resultado fue de una extraordinaria evidencia, e inapreciable el consuelo recibido por los interesados. No hay sensación de alivio comparable a la del afligido que se da cuenta súbitamente de que el muerto no ha enmudecido para siempre, y de que su voz, tranquila y apagada, puede aún llegarle desde el Más Allá. Una señora me escribió que su vida había llegado a extremo tan insoportable que estaba resuelta a suicidarse; pero gracias a la intervención de la señora Brittain, renació la esperanza en su corazón. Cuando se piensa que esta insigne medium fue llevada ante un tribunal policíaco, maltratada por polizontes ignaros y condenada por un magistrado aún más ignorante, es difícil convencerse de que no vive uno en las más obscuras edades de la historia del mundo.

Como la señora Leonard, la señora Brittain tenía por guía el espíritu de una niña encantadora, llamada Belle. En sus ya largas investigaciones, el autor ha conocido a varios espíritus de niños en diferentes partes del mundo, teniendo todos ellos el mismo carácter, la misma voz, las mismas maneras. Tal similitud parece demostrar la existencia de alguna ley general. A Feda, Belle, Iris, Armonía y tantas otras que gorjean en las sesiones con sus voces de falsete, el mundo les debe reconocimiento por su angélica presencia y su alto sacerdocio.

Miss McCreadie es otra notable clarividente de Londres, perteneciente a la antigua escuela, o sea que vive rodeada de una atmósfera de religión no muy común.

Los fenómenos de la voz directa se diferencian de la mera clarividencia y del discurso durante el trance, en que los sonidos no proceden del medium, sino que se manifiestan con frecuencia a varios metros de distancia, persisten cuando la boca del medium se ha llenado a propósito de agua y se desdoblan en dos o tres voces simultáneamente. En casos tales suele emplearse un portavoz de aluminio para aumentar la potencia de los sonidos y también para formar una pequeña cámara obscura, en la cual se materializan las cuerdas vocales del espíritu. Es un hecho muy interesante y que ha inducido a error a las personas de experiencia limitada, que los primeros sonidos se parezcan a la voz de los mediums. Pero esto dura poco y la voz va haciéndose característica, sin reminiscencias o a lo sumo recuerda la de alguna persona fallecida. Es posible que la razón de tal fenómeno se halle en que el

ectoplasma, en el cual tiene su origen, procede del medium con todas las peculiaridades de éste, hasta que la fuerza independiente llega a imponer su dominio. En esas ocasiones, el escéptico debe tener paciencia y saber esperar los acontecimientos; el autor ha conocido a un investigador ignorante y tan pagado de sí mismo que de la similitud de las voces dedujo la existencia de una trampa y deshizo la reunión para jugar a los «caballitos», minutos después habría pensado de otra suerte.

Experimentando con la señora Wriedt, oí yo la voz directa acompañada del sonido de una trompeta, todo ello a plena luz y hallándose la medium sentada a unos metros de distancia, lo cual alejaba toda sospecha de que la medium pudiera cambiar de sitio. No es raro oír dos o tres voces que hablan o cantan al mismo tiempo, lo cual se opone a toda idea de ventriloquía. El portavoz, que muchas veces está decorado en su parte exterior con pintura luminosa, no es raro verle flotar a bastante distancia del medium, fuera del alcance de sus manos. En cierta ocasión, estando en casa de Mr. Dennis Bradley, el autor vio el portavoz iluminado voltear en el aire y tropezar con el techo como hubiera podido hacerlo una mariposa. El medium (Valiantine) fue después invitado a sentarse en la silla y se comprobó que con el portavoz en la mano órale imposible llegar hasta el techo. Ocho personas respetables fueron testigos de esta prueba.

La señora Wriedt nació en Detroit hace unos cincuenta años, siendo tal vez más conocida en Inglaterra que ninguna otra medium americana. De sus facultades, puede juzgarse por esta breve relación. Estando de visita en la casa de campo del autor operó con él, con su esposa y con su secretario en una habitación perfectamente iluminada. Se cantó un himno, y antes de que terminara la primera estrofa se oyó una quinta voz de excelente calidad, la cual se unió al canto y permaneció unida hasta el final del himno. Los tres observadores estuvimos unánimes en declarar que la señora Wriedt no dejó de cantar al mismo tiempo que nosotros. Por la noche tuvimos una sesión, a la que asistieron varios amigos. Uno de ellos vio el espíritu de su padre, recientemente fallecido, con el acceso de tos seca que caracterizara sus últimos momentos. Otro espíritu amigo del autor, el de un anglo-indio de carácter irritable, se manifestó reproduciendo exactamente hasta los límites de que la voz es capaz su manera de hablar, dando su nombre y aludiendo a hechos diversos de su vida. Otro de los circunstantes recibió la visita de un espíritu que pretendía ser tío segundo suyo. El parentesco fue negado, pero al hacer averiguaciones luego, en el seno de la familia, se halló que,

efectivamente, existió un tío del mismo nombre, fallecido en la infancia. Mucho tendrá que esforzarse la telepatía para explicar esos casos.

En total el autor ha experimentado, por lo menos, con veinte mediums de voz directa, siendo a veces sorprendido por la gran diferencia de volumen del sonido comparado con la voz natural del medium. En cierta ocasión su asombro fue grandísimo cuando en la habitación de un hotel de Chicago abarrotado de gente se destacó una voz comparable tan sólo al rugido de un león. El medium era un jovencito americano, tan enclenque que resultaba materialmente imposible que produjera tal vozarrón con sus órganos vocales.

Jorge Valiantine ocupa relevante lugar entre los grandes mediums especialistas en voz directa, que el autor conoce. Valiantine estuvo sometido al examen de una comisión del *Scientific Americano*, siendo descalificado a pretexto de que, gracias a un aparato eléctrico, pudo descubrirse que abandonaba el asiento cada vez que se oía la voz. Pero la prueba hecha por el autor, en la que un portavoz circuló por el aire fuera del alcance del medium, aleja la sospecha de que los resultados dependieran de que éste dejara o no su asiento, aparte de que lo importante no es la forma cómo se produce la voz, sino lo que ésta dice. Quienes lean la obra de Dennis Bradley «Hacia las Estrellas», en la cual narra la larga serie de sesiones celebradas en Kingston Vale, se dará cuenta cabal de la especialísima mediunidad de Valiantine, cuyo poder psíquico es tan grande, que a semejanza de la señora Wriedt, no tiene necesidad de caer en trance para ejercerlo. Esto no obstante, sus condiciones no pueden llamarse normales. Hay un estado de semitrance, no bien estudiado todavía, y que sin duda será uno de los objetos de investigación más importantes en lo futuro.

Mr. Valiantine es un fabricante establecido en una pequeña ciudad de Pensilvania. Hombre tranquilo, agradable, afable, que está en la flor de la edad, y del que aún pueden esperarse grandes cosas.

Jonson, de Toledo (E. U.), es un medium materializador, verdaderamente único en su género, según he tenido yo ocasión de comprobar. Tal vez deba citarse junto al suyo el nombre de su esposa, ya que operan siempre unidos. La particularidad del trabajo de Jonson es que se desarrolla a la vista de todos los circunstantes, sentándose el medium fuera de la cabina, mientras su esposa, junto a él, dirige todo el trabajo. Quien desee amplios detalles sobre las sesiones de Jonson, los hallará en la obra del autor, «Nuestra segunda aventura americana». En cuanto a su mediunidad, ha sido objeto de un completo estudio por parte del almirante Usborne Moore («Ojeadas al próximo Estado», págs. 195 − 322). El almirante, que figura con justicia entre

los más grandes investigadores psíquicos, operó varias veces con Jonson, ayudándole en sus trabajos un ex jefe de la policía secreta de los Estados Unidos, que estableció cerca del medium una hábil vigilancia, sin descubrir nada contra éste. Teniendo en cuenta que Toledo era entonces una ciudad de mediana importancia y que en alguna sesión llegaron a manifestarse hasta veinte diferentes espíritus, se tendrá idea de las dificultades insuperables que para el fraude existían. En la reunión a la que asistió el autor, apareció una larga sucesión de formas salidas una a una de una pequeña cabina. Eran hombres de todas las edades, mujeres y niños. La luz de una lámpara roja permitía ver claramente los rostros, aunque no distinguir los rasgos. Algunas de las figuras permanecieron fuera de la cabina hasta veinte minutos, conversaron con los reunidos y contestaron a las preguntas que éstos les dirigían. Ningún hombre puede dar a otro un certificado en blanco de honradez, pero el autor declara que no tuvo duda alguna sobre la autenticidad del fenómeno.

Hay ciertos mediums que, sin especializarse en un sentido determinado, pueden producir manifestaciones supernormales en grande escala. Entre todos los que el autor ha tratado, sobresalen por su variedad y fuerza Miss Ada Besinnet, de Toledo, en América, y Evan Powell, de Merthyr Tydvil, en Gales. Son dos mediums admirables y personalmente dignos de los dones que poseen. Entre las manifestaciones de Miss Besinnet, figura la voz directa, con la particularidad de que frecuentemente se oyen dos o más a la vez. Su espíritu guía es masculino, llámase Dan, posee una notable voz de barítono, y quien la ha oído una vez, tiene que convencerse de que es imposible salga del organismo de aquella señorita. En ocasiones se mezcla a la voz de Dan la de una mujer, estableciéndose un dúo simultáneo. A veces percíbese un silbido muy notable por lo ininterrumpido, sin pausas para tomar aliento. Otra particularidad de esta medium es la producción de luces brillantes, que consisten en pequeños objetos sólidos, luminosos, uno de los cuales se posó cierta vez en el propio bigote del autor, a la manera de una luciérnaga. Pero el poder más notable de Miss Besinnet es la aparición de caras de fantasmas en un espacio que se ilumina enfrente del espectador. Algunas veces los rostros son sombríos, con cierto parecido al de la medium si ésta se halla indispuesta o si el poder psíquico de la reunión es deficiente. En cambio, cuando las condiciones son buenas, los rostros son completamente distintos al de la medium. El autor vio en dos ocasiones rostros que puede jurar absolutamente eran: uno el de su madre y otro el de su sobrino Oscar Hornung, joven oficial muerto en la guerra. Eran tan claros y tan visibles como en vida. Otras noches

hubo en que no pudo reconocerse a ninguna de las apariciones, entre las cuales había rostros de angélica belleza (Véase sobre el particular, «Nuestra segunda aventura americana», págs. 124 − 132, y «Ojeadas al Próximo Estado», págs. 226 − 312).

Al mismo nivel que Miss Besinnet está Mr. Evan Powell, con idéntica variedad, aunque no siempre con el mismo tipo de poder. Los fenómenos luminosos de Evan Powell son tan buenos como los de Miss Besinnet. Su producción de voces es superior. El autor ha oído esas voces espirituales dotadas de la misma intensidad de sonido que las voces humanas corrientes, y recuerda una sesión en que tres de ellas hablaban simultáneamente, una a Lady Cowan, otra a Sir Jaime Marchant y otra a Sir Roberto McAlpine. Con Powell eran cosa corriente los movimientos de objetos, y en una ocasión, una cómoda que pesaba sesenta libras fue suspendida durante cierto tiempo sobre la cabeza del autor. El mismo Powell pedía que le atara durante las sesiones, lo que, según él, convenía para su propia protección, ya que no podía responder de sus movimientos cuando estaba en trance. En tales condiciones era posible, no sólo ponerse inconscientemente bajo la sugestión de los presentes, sino que las fuerzas maléficas, siempre opuestas al buen trabajo de los espiritistas, influyeran sobre el medium para que ejecutara hechos en su propio descrédito. El profesor Haraldur Nielsson, de Islán, cita lo ocurrido en una sesión, en que uno de los presentes cometió un fraude insensato, a instigación de un espíritu, según este último declaró más tarde. Puede afirmarse sin vacilación que Evan Powell es actualmente el medium más ricamente dotado. Predica las doctrinas del espiritismo tanto personalmente como bajo el dominio de su espíritu guía. Posee todas las clases de mediunidad y es lástima que las ocupaciones inherentes a su negocio de carbones en Devonshire, le impidan estar constantemente en Londres ejerciendo sus extraordinarias facultades.

Otra notable manifestación de mediunismo es la escritura sobre pizarra. Dicha facultad la posee en alto grado la señora Pruden, de Cincinnati, que recientemente visitó Inglaterra, exhibiendo sus admirables dotes ante cierto número de personas. El autor concurrió varias veces a sus sesiones, habiendo explicado detalladamente sus métodos en otra obra, de la que reproduce aquí las siguientes líneas para conocimiento de los que no la hayan leído:

«Gran suerte para nosotros fue encontrarnos una vez más con la medium realmente extraordinaria, señora Pruden, de Cincinnati, la cual fue a Chicago para asistir a mis conferencias. Tuvimos una sesión en el hotel Blackstone, gracias a la cortesía de su dueño, Mr. Holmyard, siendo los resultadas

espléndidos. Su don principal es la escritura sobre pizarra, ejecutada con una perfección como jamás había yo visto hasta entonces.

»Como se ha hablado tanto de pizarras con trucos, ella misma me manifestó el deseo de usar la mía invitándome a examinar atentamente la suya. La señora Pruden opera formando una especie de cámara obscura con un paño que cubre la mesa, debajo de la cual sujeta la pizarra con una mano.

»El espectador sostiene la pizarra por el otro extremo. La otra mano de la medium queda libre y visible. La pizarra es doble, con un trocito de tiza entre las dos partes de que consta.

»A la media hora de espera comenzó la escritura, siendo muy singular la sensación que experimenté en la mano con que sostenía yo la pizarra y percibiendo claramente el rasgueo y la vibración de la tiza al escribir. Cada uno de los presentes habíamos escrito una pregunta en un papel que ocultábamos cuidadosamente doblado debajo del tapete, para que las fuerzas psíquicas pudieran realizar en buenas condiciones su trabajo, al que suele afectar la luz.

»Todos obtuvimos en la pizarra respuesta a nuestra pregunta, y al recoger el papel doblado vimos que no había sido abierto. Hay que hacer constar que la habitación estaba iluminada por la luz del día y que la medium no podía por menos que ser vista constantemente por nosotros.

»Esta mañana, en unión del Dr. Gelbert, inventor francés, llevé a cabo un trabajo en parte espiritual y en parte material. Consulté a determinado espíritu si el trabajo era bueno, a lo que se me contestó en la pizarra: —"Confía en el Dr. Gelbert". En mi pregunta no estaba el nombre del Dr. Gelbert, ni la señora Pruden conocía nada del asunto.

»Mi esposa recibió por medio de la señora Pruden un largo mensaje de una querida amiga suya, firmado con el nombre de ésta y la firma era auténtica. Fue una demostración en absoluto convincente. Durante la conversación se oyeron continuamente ruidos claros y bruscos en la mesa». («Nuestra segunda aventura americana», págs. 144 − 145).

Una notable forma de mediunidad es la aparición de imágenes en el cristal a través de una especie de neblina. El autor ha asistido una sola vez a esta clase de fenómenos, provocados por la mediunidad de una señora de Nueva York. Las vistas eran claras y bien definidas, sucediéndose unas a otras con intervalos de neblina. Consistían sencillamente en rostros algo obscuros y otras formas análogas.

Tales son algunas de las varias muestras del poder espiritual cuya evidencia acabó con mi materialismo. Claro es que las formas más elevadas

de aquel poder no son las de carácter físico. Esas hay que buscarlas en los escritos inspirados por hombres como Davis, Stainton Moses o Vale Owen. Nunca insistiremos bastante en que el mero hecho de que nos llegue un mensaje del Más Allá, no es garantía de su excelencia. En el lado invisible de la vida hay de todo, y pueden muy bien recibirse comunicaciones indignas a través de malos agentes. Hay mucho de recusable e inútil en los mensajes. Lo aprovechable, en cambio, es digno de que le dediquemos la más grande y respetuosa atención.

Los mediums a quienes hemos citado están tomados como tipo de las diversas actividades psíquicas, pero hay otros muchos que merecerían una mención detallada si dispusiéramos de espacio para ello. El autor ha operado distintas veces con Sloan y con Phoenig, de Glasgow, poseedores de facultades que abarcan casi toda la gama de los dones psíquicos, y ambos son o eran muy poco mundanales, con desdén religioso por las cosas de esta vida. La señora Falconer, de Edimburgo, también es una buena medium dotada de poder considerable.

El autor conoció también prácticamente la mediunidad de Husk y de Craddock, los cuales tenían alternadamente momentos de potencia y debilidad. Merecen también ser citadas las señoras Susana Harris y Wagner, mediums físicas y, entre los aficionados, Juan Ticknor, de Nueva York, y Mr. Nugent, de Belfast.

Otra medium excelente, aunque desigual en sus resultados, es la señora Robert Johnson, que especialmente se distingue en los fenómenos de la voz directa. En las sesiones de esta medium se halla ausente todo elemento religioso, y los alegres muchachos del País del Norte que aparecieron a través de ella, regocijaron y divirtieron a no pocos espectadores con gran disgusto de cuantos cultivan el espiritismo con la solemnidad debida.

Uno de los espíritus guías de la señora Johnson es el también famoso medium en vida, David Duguid, cuya voz varonil, de acento escocés, no puede, en modo alguno, ser imitada por la garganta de una mujer. Además, sus mensajes están, por excepción, impregnados de gran dignidad y buen sentido. El reverendo Dr. Lemond me ha asegurado que Duguid, en una de las sesiones que celebró con la señora Johnson, le recordó un incidente ocurrido entre ellos, probando así la realidad de su persona.

No hay fase más curiosa ni dramática en los fenómenos psíquicos, que la del aporte. Es tan sorprendente, que difícilmente se convencerá a un escéptico de su posibilidad. Ni siquiera el espiritista le dará crédito, sino después de toda una serie de casos indudables. La iniciación del autor en la esfera de los

conocimientos ocultos, se debió en gran parte al ya fallecido general Drayson, que en aquella época —hará unos cuarenta años— venía recibiendo a través de un medium aficionado una constante serie de aportes de la más abigarrada variedad: amuletos, lámparas, indios, frutas, etc., etc. Era tan extraordinario el fenómeno, y tan fácil de simular, que a un principiante como yo, tenía que producirle el efecto más contrario, y más bien retrasó que facilitó su iniciación. No obstante, el autor, unido después al director de un conocido periódico que encontró al citado medium, ya muerto el general Drayson; operó con él continuando la misma serie de aportaciones, a pesar de las duras condiciones de investigación a que le sometió y en que se realizaron las sesiones. Esto le hizo al autor reflexionar y le forzó a creer que se había equivocado en sus primeros juicios sobre la honradez del medium y la inteligencia del general.

Uno de los mediums que más se destacan en aportaciones es Mr. Bailey, de Melburne, y, aunque en Grenoble fue denunciado por fraude, el autor no cree en la acusación de que se le hizo víctima dada la larga serie de sus éxitos. Lo ocurrido es que apareció un pájaro vivo en la sala en donde tenía lugar la sesión y los investigadores psíquicos dijeron que el pájaro lo había escondido en su vientre el medium, al que se había desnudado, supino ejemplo de los absurdos a que puede dar pábulo la incredulidad. El autor realizó con Bailey el experimento de una aportación que seguramente no puede invalidarse por más explicaciones que al caso se quieran dar. He aquí su descripción tomada de mi libro «Viajes de un espiritista», págs. 103 − 105:

«Colocamos a Mr. Bailey en un rincón de la sala, bajamos las luces, sin apagarlas, y esperamos. Casi inmediatamente comenzó a respirar con fuerza, como si se hallara en trance, y se oyeron unas palabras en una lengua extranjera desconocida para mí. Uno de los presentes, Mr. Cochrane, reconoció en él que hablaba a un indio y en seguida le contestó, cambiándose entre ellos algunas frases. La voz del espíritu dijo entonces en inglés que era un guía indio consagrado a realizar aportaciones al medium, y que deseaba también realizarlos para nosotros. “Aquí está”, dijo poco después, y la mano del medium se alargó exhibiendo algo que había en ella. Se dio toda la luz y vimos que era un nido de pájaro, perfectamente construido con pajas y musgo. Tendría dos pulgadas de altura, y desde luego, no podía creerse que fuera resultado de truco alguno. En el nido había un huevo, que el medium, o mejor dicho, el espíritu guía del indio, obrando invisiblemente, colocó en la mano de Bailey. Rompimos la cáscara y salió la albúmina, pero sin rastro alguno de yema.

—No nos es permitido entrometernos en la vida —se oyó decir—. Si hubiera sido fecundado, no habríamos podido cogerlo. Tales palabras fueron dichas antes de que el huevo fuera roto, lo que prueba con toda evidencia que el espíritu sabía que estaba huero.

—¿De dónde procede? —pregunté.

—De la India.

—¿Qué pájaro es?

—Le llaman gorrión de la India.

Yo me quedé con el nido y pasé toda la mañana en el museo comprobando si se trataba realmente de un nido de aquel pájaro. Parecía demasiado pequeño para ser de un gorrión de la India, pero no pude encontrar entre los nidos que allí había, todos de tipo australiano, ninguno parecido a aquél. En otras ocasiones los nidos y huevos aportados por Mr. Bailey, pudieron ser identificados. Se objetará que tales nidos podían haber sido importados de la India y comprados en Melburne, pero es ofender al sentido común suponer que puedan ser comprados en el mercado nidos con huevos como aquel. Más cuerdo es pensar apoyados en la experiencia y las pruebas del Dr. McCarthy y otros investigadores, que Carlos Bailey es un verdadero medium con notables dotes aportadoras.

Hay que hacer constar que al regresar a Londres me traje para el British Museum una tableta asiria aportada por Bailey, la cual fue declarada ilegítima. Después de varias comprobaciones, resultó que esas tabletas son falsificaciones que hacen judíos de los suburbios de Bagdad y sólo allí se encuentran. En todo caso el poder de transporte es por lo menos tan posible como el de falsificación, del que no se ve exento el magnetismo humano». Los críticos que sacan siempre a colación las mixtificaciones de Bailey, olvidan, por ejemplo, que poco antes de la denuncia de Grenoble, fue sometido a gran número de pruebas en Milán, durante las cuales los investigadores tomaron la sabia precaución de vigilarle, sin que él se diera cuenta, hasta en su propio dormitorio. El Comité, compuesto de nueve personas, no pudo descubrir la menor trampa en las diez y siete sesiones que con él celebró entre febrero y abril de 1904.

El fenómeno de las aportaciones es tan incomprensible para nuestras inteligencias, que el autor, en cierta ocasión, preguntó a un espíritu guía si podía decirle algo que aclarara su misterio. La contestación fue: «Es un problema cuyos factores están más allá de la ciencia humana y que no podríais comprender con claridad. Poco más o menos debéis comparar el caso al fenómeno del agua que se convierte en vapor, vapor que es invisible y que

para convertirse de nuevo en agua visible ha de trasladarse a otras esferas». Haré constar que tanto Mr. Stanford, de Melburne, como el Dr. McCarthy, uno de los principales médicos de Sidney, llevaron a cabo una larga serie de experimentos con Bailey, quedando ambos convencidos de la autenticidad de sus facultades.

Los mediums citados no son todos los que el autor ha tenido ocasión de conocer. Entre ellos figuran también Eva, cuyo ectoplasma ha tenido entre sus propios dedos, y la señora Silbert, cuyas brillantes luminosidades ha visto surgir de su cabeza en forma de corona deslumbrante. Considera el autor que la sucesión de grandes mediums no se ha extinguido para quien investiga seriamente, y se cree en el deber de asegurar al lector que estas páginas están escritas por una persona que no ha reparado en medios ni en sacrificios para obtener un conocimiento práctico de lo que estudia. En cuanto a la acusación de credulidad lanzada invariablemente por los incapaces de recepción contra él y contra todos los que han podido formarse una opinión firme acerca del particular, el autor asegura solemnemente que en el curso de sus largos trabajos de investigación, no ha habido un solo caso en que resultara probado que se equivocó sobre nada fundamental, o que diera por honrada una prueba que luego resultó falsa. Un hombre de fácil credulidad no pasa, como yo, veinte años de su vida leyendo y experimentando antes de llegar a conclusiones definitivas.

Ningún relato sobre casos de mediunidad física sería completo sin aludir siquiera a los notables resultados obtenidos por «Margery», nombre adoptado públicamente por la señora Crandon, bella e inteligente esposa de uno de los primeros cirujanos de Boston. Dicha señora dio muestras de su mediunidad hace algunos años, y el propio autor fue el encargado de llamar la atención del Comité del *Scientific American* acerca de su caso, exponiéndola con la mejor intención del mundo a muchas molestias, que tanto ella como su marido soportaron con extraordinaria paciencia. Difícil es decir qué fue lo más molesto para ella: si la intervención de Houdini, el escamoteador, con sus ignorantes suposiciones de fraude, o la de investigadores «científicos», como el profesor McDougall, de Harvard, que después de cincuenta sesiones y de firmar varios papeles al final de cada una de ellas registrando los hechos ocurridos, todavía no pudo pronunciar un juicio definitivo sobre ellos, contentándose con vagas deducciones. Se dio también el caso estupendo de que intervino en las investigaciones Mr.

D. J. Dingwall, de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de Londres, para proclamar en entusiastas cartas particulares la realidad de la medianidad

de Margery y luego en las reuniones públicas negó sus propias convicciones. En cambio, más de doscientos testigos de sentido común tuvieron la rectitud y la entereza necesarias para declarar la verdad de lo que habían visto sus ojos. El autor declara que habiendo asistido a una sesión de las celebradas por la señora Crandon, quedó plenamente satisfecho de la autenticidad y alcance de sus fuerzas.

De cuantas formas tiene la mediunidad, la superior y más preciada es la llamada escritura automática, por ser el modo directo para obtener las enseñanzas del Más Allá. Desgraciadamente es una forma expuesta a decepciones, ya que está sometida al influjo de la inteligencia subconsciente del hombre, y ésta tiene ciertas fuerzas que no conocemos aún bien. Es imposible aceptar como absolutamente verídicos todos los escritos automáticos procedentes del Más Allá. Así como el cristal opaco envuelve en sombras la luz que lo atraviesa, así nuestro organismo humano jamás será un cristal perfectamente claro. La verdad de las comunicaciones escritas depende de los distintos detalles que concurren para corroborar las afirmaciones recibidas, así como de la disparidad entre la mente del que escribe y la del supuesto inspirador. Así, por ejemplo, cuando en el caso del escritor Oscar Wilde se obtienen comunicaciones que no sólo son características de su estilo, sino que contienen alusiones constantes a obscuros episodios de su vida y que, finalmente, aparecen escritas con su propia letra, debe admitirse tal manifestación como una prueba considerablemente sólida. En todos los países de lengua inglesa existe hoy una cantidad grande de esos escritos, buenos, malos e indiferentes, pero los buenos reúnen todos los caracteres de inspiración y garantía necesarios. Los cristianos o los judíos podían preguntar por qué se admiten tantas partes del Antiguo Testamento escritas de aquella forma y se rechazan despectivamente las escrituras modernas: «Y le vino una escritura de Elías el profeta, diciendo…», etc. (2 Crónicas, XXI, 12), es una de las varias alusiones que demuestran el antiguo empleo de esa forma especialísima de la comunicación espiritual.

De todos los ejemplos de los últimos años, ninguno puede compararse por lo completo y digno a los escritos del Rey. Jorge Vale Owen. El titulado «La vida más allá del velo», puede tener una influencia tan grande como la de Swedenborg. Hay un punto interesante observado por el Dr. A. J. Wood, y es que hasta en los más sutiles y complejos detalles existe una íntima semejanza entre el trabajo de aquellos dos videntes y, sin embargo, no hay duda de que Vale Owen apenas conoce los escritos del gran pensador sueco. Jorge Vale Owen es una figura tan sobresaliente en la historia del espiritismo moderno,

que bien merece una mención en estas páginas. Nació en Birmingham en 1869 y fue educado en el Instituto de Middland y en el Queen’s College, de Birmingham. Después de desempeñar los curatos de Seaforth, Fairfield y de uno de los barrios de Liverpool, donde cultivó mucho el trato con los menesterosos, fue nombrado vicario de Orforrd, cerca de Warrington, en donde a su actividad debiose la construcción de una nueva iglesia. Allí permaneció por espacio de veinte años, trabajando en su parroquia en medio del aprecio profundo de sus feligreses. Por entonces tuvieron lugar sus primeras manifestaciones psíquicas, viéndose impelido a ejercer sus dotes para la escritura automática. La primera inspiración que recibió para sus escritos provenía de su propia madre, y sucesivamente le llegaron luego otras de espíritus superiores o de ángeles que le servían de cortejo.

Todo ello constituye un relato de la vida en el Más Allá, y un cuerpo de filosofías y enseñanzas que al autor parécele reúnen las señales íntimas de un elevado origen. El relato es digno y ameno, escrito en un inglés ligeramente arcaico, lo cual le da un curioso sabor muy original.

En varios periódicos aparecieron extractos de aquellos escritos que llamaron tanto más la atención cuanto que procedían de la pluma de un vicario de la Iglesia. El manuscrito fue íntegramente dado a la publicidad por Lord Northcliffe, a quien le llamó mucho la atención, como también se la llamara que el autor rehusase a toda remuneración por su trabajo. Este aparecía semanalmente en el periódico dominical *Weekly Dispatch*, pudiendo afirmarse que jamás llegaron tan directamente a las masas las elevadas enseñanzas del espiritismo. Con ello se demostró a la vez que la política observada por la prensa en otros días, no sólo fue ignorante e injusta, sino equivocada desde el punto de vista de sus propios intereses económicos, ya que la circulación del Dispatch tuvo un aumento enorme durante el año en que se publicó el manuscrito. Como es consiguiente, ello resultó altamente ofensivo para el obispo, y Mr. Vale Owen, como todos los reformadores religiosos, sufrió la embozada persecución de sus superiores, en tales términos, que tomando una actitud resuelta, renunció a su cargo, saliendo a dar una corta serie de conferencias en América y en Inglaterra. Míster Vale Owen preside actualmente toda la comunidad espiritista de Londres, donde su sugestiva presencia atrae considerable público.

En un excelente retrato a pluma, Mr. David Iow ha dicho de Vale Owen: «Su figura, alta y delgada, la palidez ascética de su rostro, iluminado por unos ojos grandes, su palabra tranquila, cargada de simpatía magnética, revelan por entero a hombre tal. Descubren un alma devota, cuya salud y mansedumbre se

mantienen incólumes gracias a cierto sentido humorístico y a cierta visión práctica del mundo. Parece más penetrado del espíritu de Erasmo o de Melanchton que del áspero Lutero. Acaso la Iglesia no necesite Luteros hoy en día».

El autor se ha visto honrado con la estrecha amistad de Míster Vale Owen durante varios años, por lo que pudo estudiar y garantiza la realidad de sus facultades psíquicas.

El autor debe añadir que en una sesión a la que sólo asistieron él y su esposa, obtuvo la voz directa con Vale Owen. Era una voz profunda, masculina, que se oía a dos pies sobre nuestras cabezas, saludándonos con palabras breves, pero perfectamente claras. Durante varios años el autor ha obtenido en su propio hogar doméstico inspirados mensajes a través de la mano y de la voz de su esposa, mensajes de carácter absolutamente evidentes, pero de índole tan personal e íntima, que no son para consignados en estas páginas.

CAPÍTULO XXIII
EL ESPIRITISMO Y LA GUERRA

Son muchas las personas que jamás habían oído hablar del espiritismo hasta el período que comenzó en 1914, durante el cual el Angel de la Muerte entró en tantísimas casas súbitamente. Los adversarios del espiritismo han tenido por conveniente considerar aquel cataclismo como la causa principal del interés creciente que despiertan las investigaciones psíquicas. Se ha dicho además por poco escrupulosos críticos, que la defensa que de esa doctrina hace el autor, así como su ilustre amigo Sir Oliver Lodge, se debe al hecho de haber sufrido ambos la pérdida de un hijo muerto en la guerra, deduciendo de ello que la pena atrofió sus facultades de discernimiento, haciéndoles creer lo que en otras circunstancias no hubieran creído. El autor refutó ya varias veces tan torpe mentira, recalcando el hecho de que sus investigaciones datan nada menos que de 1886. En cuanto a Sir Oliver Lodge, él mismo dice: «Aquel acontecimiento no ha hecho más que fortalecer y dar más seguridad a mi propio testimonio, porque ahora tengo mi propia experiencia en vez de la de los demás. Mientras uno ha dependido de pruebas relacionadas con seres indiferentes desaparecidos del mundo de los vivos, ha tenido que ser cauteloso, y hasta en muchos casos ha tenido que guardar silencio sobre ellos. Sólo una parte de los hechos he podido referirlos con especial permiso, y aun en importantes casos, tal permiso no he podido conseguirlo. Mis deducciones eran las mismas entonces que ahora, pero actualmente los hechos son exclusivamente míos».

El espiritismo contaba con millones de creyentes antes de la guerra, pero el público en general no comprendía bien los beneficios que de él podía esperar. La guerra cambió completamente las cosas. Las desgracias que cayeron sobre casi todos los hogares produjeron un súbito y hondo interés en la vida del Más Allá. La gente no sólo preguntaba: «Si el hombre muere, ¿puede vivir de nuevo?», sino que quería ansiosamente conocer si era posible la comunicación con los seres perdidos. Suspirábase por «el contacto con una mano desaparecida y por el sonido de una voz extinta». Y hubo muchos

millares de personas que investigaron por sí mismas, y recibieron mensajes de los que habían muerto. La prensa no pudo resistir este estado de la opinión pública, y dio publicidad a no pocos relatos con la vuelta de soldados muertos, y en general de la vida después de la muerte.

En este capítulo sólo nos referiremos a las diversas maneras en que el mundo espiritual se manifestó durante las distintas fases de la guerra. El mismo terrible conflicto bélico fue predicho no pocas veces; hubo soldados muertos que aparecieron en sus propias casas, y otros que avisaron a sus camaradas en el campo de batalla, del peligro que corrían; fijaron muchos sus imágenes en las placas fotográficas; en la zona de combate viéronse figuras solitarias y fantasmas legendarios; en una palabra, todo el escenario bélico estuvo lleno a veces de una densa atmósfera que revelaba la presencia y la actividad del Otro Mundo.

El autor debe decir que si bien su propia pérdida en nada influyó en sus opiniones el espectáculo de un mundo sobrecogido de dolor y que pedía ansiosamente le ayudaran a comprender el misterio de la otra vida, afectó poderosamente su inteligencia y le hizo comprender que aquellos estudios psíquicos que hacía tiempo emprendiera, eran de una importancia inmensa práctica, no pudiendo ser ya considerados como una aislada ocupación intelectual. En su propio hogar era evidente la presencia del muerto, y el consuelo de los mensajes póstumos le decía cuán grande seria el alivio del mundo torturado, si éste podía participar del conocimiento que tan claramente poseía él. Ese convencimiento impulsó tanto al autor como a su esposa a dedicarse intensamente a la propaganda del espiritismo, para lo cual, desde 1916, dio conferencias en varios países, viajando a través de Australia, Nueva Zelandia, América y Canadá. El presente libro obedece también al mismo impulso.

La profecía es un don espiritual, y toda prueba evidente de su existencia indica poderes psíquicos. Por lo que a la guerra se refiere, con los simples medios normales, con la sola razón se pudo prever que la situación en el mundo era tan intolerable a causa del militarismo, que el equilibrio no podría mantenerse por más tiempo. Pero además hubo profecías de la contienda mundial tan precisas y detalladas que están muy por encima del poder previsor de la razón.

El hecho de la catástrofe y de la participación que en ella había de tener Inglaterra, fue previsto en la comunicación de un espíritu, recibida por el círculo de Oxley, en Manchester y publicada en 1885 en los siguientes términos («Revelaciones angélicas», vol. V., págs. 170 − 171):

«En dos veces siete años —a contar del período que os indicamos—, las influencias que se concentran contra la Gran Bretaña triunfarán, y *después de dicho tiempo* vendrá una espantosa y formidable lucha, una terrible sangría, según los modos humanos de expresión, con destronamiento de reyes, descuaje de potencias, disturbios y revoluciones, siendo mayor la conmoción entre las masas a causa del ansia de riquezas. Al usar estas palabras, me atengo a las formas de expresión humanas.

»La cuestión más importante es saber si Inglaterra se perderá para siempre. Pues bien; a eso debo contestar que si en la próxima crisis no interviene la Gran Potencia Operadora de que antes he hablado, y no se adelanta e impone la Paz, la profecía de algunos, según la cual Inglaterra se sumergirá en los abismos para siempre, se habrá cumplido. Al igual que los átomos específicos de vida que componen el Estado se eclipsará un tiempo para reaparecer luego, así se hundirá la nación durante un período, porque está sumida en el amor de lo falso y aún no ha adquirido la inteligencia que obra como poderosa palanca para levantarla hasta un rango de mayor dignidad. ¿Le va a ocurrir lo que al náufrago que, después de desaparecer tres veces bajo las aguas, se hunde definitivamente para siempre?

No, porque aparecerá una mano misericordiosa que vendrá a salvarla, levantándola por encima de los elementos que estaban a punto de tragársela. Hay una voz que grita enérgicamente: ¡Inglaterra primero, Inglaterra por encima de todo! Caerá la nación en lo más profundo para subir luego hasta lo más alto. Acerca de cómo, por qué y a través de qué procedimientos llegará a la salvación, hablaré más tarde, pero desde ahora afirmo que para ser salvada Inglaterra ha de perder antes su sangre mejor». Recuérdese también la famosa profecía de Sorel lanzada en 1868, acerca de la; guerra de 1870 y su menos precisa profecía de la guerra de 1914 (Richet: «Treinta años de investigación psíquica», págs. 387 − 9). La parte esencial de esta última profecía está contenida en las siguientes líneas: «Esperad… esperad que los años pasen. Será una guerra enorme. ¡Cuánta sangre, Dios mío, cuánta sangre! ¡Oh, Francia, mi querido país, tú serás salvada. Tú te quedarás en el Rhin!».

La profecía data de 1868, aunque no fue dada a conocer hasta el mes de abril de 1914 por el Dr. Tardieu.

El autor se ha ocupado anteriormente («Viajes de un espiritista», 1921, pág. 260), de la profecía lanzada en Sydney (Australia), por la conocida medium señora Foster Turner. Fue en reunión celebrada un domingo del mes de febrero de 1914, en el Little Theatre, ante una concurrencia de cerca de un

millar de personas. En un discurso pronunciado en estado de semitrance, la medium dijo, según notas tomadas al oído:

«Aunque no se vea el menor asomo de una gran guerra, os anuncio que antes de que termine este año de 1914, Europa será anegada en sangre. La Gran Bretaña, nuestra querida nación, será arrastrada a la más horrible guerra que el mundo ha conocido. Alemania será el gran enemigo, que arrastrará tras sí a otras naciones. Austria caerá arruinada. Reyes y reinados serán barridos. Millones de preciosas vidas serán sacrificadas, pero al final Inglaterra saldrá victoriosa».

La fecha exacta de la terminación de la gran guerra fue dada por W. T. P. (comandante W. Tudor Pole) en su libro «Relato de la vida del Más Allá, por un soldado muerto en el campo de batalla». En dicho libro, publicado por vez primera en Londres el año de 1917, encontramos (página 99) la siguiente comunicación:

«*Mensajero*: En Europa habrá tres grandes federaciones de estados, que se formarán después del cataclismo de una manera natural.

»*W T. P.*: ¿Cuánto tiempo durará éste?

»Mensajero: No soy un ser muy superior, por lo que no se me han revelado los detalles de los acontecimientos más considerables. Pero por lo que me es dable ver, la paz será restablecida el año de 1918, y las federaciones universales tomarán ser y estado en los siete años siguientes. Aunque la lucha actual terminará en 1918, pasarán varios años antes de que se restablezca la paz y reine una tranquilidad efectiva».

En la lista de profecías, la de la señora Piper, famosa medium de Boston, merece señalarse, aunque adolezca de cierta vaguedad. Tuvo lugar hacia 1898, en una sesión con el Dr. Richard Hodgson, miembro eminente de las Sociedades Inglesa y Americana de Investigaciones Psíquicas.

«Nunca desde los días de Melquisedec ha sido tan susceptible el mundo terrestre a la influencia de los espíritus. En la próxima centuria será sorprendentemente perceptible para la mente humana. Ello causará un trastorno que tú has de comprobar seguramente. Antes de la revelación clara de los espíritus en comunicación con la humanidad terrena, habrá una guerra terrible en varias partes del mundo. El mundo entero necesita ser purificado y limpio antes que el hombre vea claramente en el Más Allá, llegando así a un estado de perfección. Amigo, piensa en lo que te digo».[12] Mr. J. G. Piddington, en las «Actas» de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (vol. XXXIII, Marzo-1923), habla al final de las predicciones de la guerra contenidas

en varios escritos medianímicos, particularmente en los de Mrs. Alfred Littelton:

«Dichos escritos anunciaban la guerra en términos generales. En media docena de ellos, del 9 al 21 de julio de 1914, anunciaban que la guerra iba a estallar. Igual ocurrió con los de Sir Cecil Spring-Rice. Los escritos predecían que la guerra ocasionaría, quizá, una gran mejora en las relaciones internacionales y en la situación social, de la misma suerte, muchos miles de ciudadanos del Imperio británico creyeron o esperaron que fuese, según la frase hecha después, *una guerra para acabar con la guerra*.

»Pero el paralelo entre las comunicaciones espiritistas y los augurios de los hombres que señalaban como próximo el momento en que la guerra podía estallar, es, en verdad, un paralelo superficial.

»Los escritores, los soldados, los diplomáticos y los políticos que predijeron la guerra, hablaron de sus peligros y horrores, pero no de que tan espantosa tragedia fuese la gestación de un mundo más feliz. Los propagandistas de La Haya y otras Conferencias para allanar rivalidades internacionales, tampoco nos indicaron que una guerra mundial pudiera preceder al logro de sus deseos. Todos los anuncios implicaban el temor de un caos próximo; únicamente las comunicaciones espiritistas hablan además de una esperanza para el mundo en la guerra futura, y veían en el caos inminente el preludio de un nuevo cosmos.

»Las predicciones de la guerra en esas comunicaciones van juntas a las de un estado posterior más feliz como consecuencia de aquélla. Ahora bien, las predicciones de la guerra se han cumplido. Si también se cumpliera la de sus consecuencias sería muy difícil atribuirlo a la previsión humana corriente, y surgiría con ello un fuerte apoyo para que por todos fuese admitida la realidad de las comunicaciones espiritistas y se concediese universal crédito a la predicción como procedente de seres desencarnados. Hubo otras muchas profecías que obtuvieron mayor o menor realización.

Su examen, sin embargo, no puede por menos de impresionar al estudioso convenciéndole de que el sentido del tiempo es un detalle descuidadísimo en la esfera espiritista. Muchas veces en que los hechos se cumplen, no coinciden en modo alguno con las fechas que les fueron asignadas en las predicciones.

La más exacta de todas las profecías relativas a la guerra, fue la de Sofía, joven griega, que después de haber sido hipnotizada por el Dr. Antoniou, de Atenas, formuló sus oráculos de palabra en estado de trance. Era el 6 de junio de 1914, y no sólo predijo la guerra y enumeró los países que en ella

participarían, sino que dio gran número de detalles, como el de la neutralidad de Italia en los primeros tiempos, su entrada subsiguiente en la *Entente*, la acción de Grecia, el lugar y la batalla final de Vardar, etc. Sin embargo, es interesante observar que cometió algunos errores que demuestran que la posición del fatalista no es segura, y que existe siempre un margen susceptible de estar influido por la energía y la voluntad humanas.

Numerosos son los testimonios acerca de los fenómenos que podríamos llamar de intervenciones espirituales durante la guerra. El capitán W. E. Newcome ha descrito el siguiente:

> «Era en septiembre de 1916, cuando el 2.º regimiento de Suffolk salió de Loos para el sector norte de Albert. Yo le acompañé, y cuando estábamos en la línea avanzada de trincheras en dicho sector, yo y otros vimos el fenómeno notabilísimo que voy a referir.
>
> »Hasta el 5 de noviembre estuvimos ocupando la línea con muy pocos hombres. El día 1.º los alemanes desarrollaron un potente ataque decididos a romper la línea. Hallábame visitando yo la línea de reserva, y durante mi ausencia, se inició el ataque. Corrí a incorporarme a mi compañía, llegando a tiempo para contribuir con bombas de mano a que fuera rechazado el enemigo, haciéndole volver a sus líneas. No pudo poner su pie en nuestras trincheras, pero el asalto fue duro y rápido, quedando todos nosotros preparados para el nuevo ataque.
>
> »No tuvimos que esperar mucho tiempo, pues en seguida vimos avanzar a los alemanes en masas compactas hacia la Tierra de Nadie, pero antes de que llegaran a nuestras alambradas, surgió de un hoyo de granada la figura blanca, espiritual, de un soldado, a unos cien metros a nuestra izquierda, ante nuestras alambradas y entre la primera línea alemana y la nuestra.
>
> »El espectro anduvo lentamente por espacio de unos mil metros a lo largo de nuestro frente. Su perfil me recordaba el de un antiguo oficial de antes de la guerra. Primero miró a los alemanes lanzados al ataque, volvió la cabeza al otro lado y comenzó a andar lentamente por el sector que defendíamos.
>
> »Disparaba nuestra artillería. Las granadas silbaban a través de la Tierra de Nadie… pero ninguna de ellas impidió el avance del espectro. Andaba con firmeza, desde la izquierda hasta la

> extrema derecha del sector, en donde se volvió hacia nosotros. Parecía observar nuestra trinchera a todo lo largo.
>
> »Después de contemplarnos unos momentos, se volvió bruscamente a la derecha y se dirigió en línea recta a las trincheras alemanas. Los alemanes retrocedieron entonces… y en toda la noche ya no volvió a verse el espectro.
>
> »La primera idea de los soldados fue que era uno de los llamados Angeles de Mons; otros le encontraron cierto parecido con lord Kitchener. Yo sólo puedo decir que me afectó la aparición profundamente, y durante mucho tiempo fue la comidilla de la compañía.
>
> »El hecho está corroborado por todas las clases y hombres de mi sección.

En un artículo publicado en el *Pearson's Magazine*, se relata lo ocurrido a Mr. Guillermo M. Speight, que perdió a un hermano, oficial del ejército, en el saliente de Ypres, en diciembre de 1915. Por la noche Mr. Speight vio salir a su hermano de la cueva, y a la mañana siguiente, invitó a otro oficial a que fuese a la cueva en cuestión para confirmar juntos la realidad de la aparición si ésta se repetía. Y, en efecto, el oficial muerto apareció de nuevo, y después de indicar un lugar en el suelo mismo de la cueva, desapareció. Abierto un hoyo en el sitio indicado, y a una profundidad de unos tres pies, se descubrió una estrecha galería excavada por los alemanes, en la cual se habían preparado minas que habrían de estallar horas después. Gracias a este descubrimiento se salvaron las vidas de no pocos hombres.

La señora E. A. Cannock, vidente muy conocida en Londres, describió (*Luz*, 1919) en una reunión espiritista, de qué manera cierto número de soldados muertos ponían en ejecución un nuevo y convincente método para dar a conocer su identidad. Los soldados —según ella los veía con su clarividencia— avanzaban en fila conducidos por un teniente. Cada uno de ellos llevaba en el pecho una especie de cartel a gran tamaño, donde se leían sus nombres y el lugar donde habían vivido en la tierra. La señora Cannock leyó aquellos nombres y lugares, gracias a lo cual muchos de los muertos fueron identificados por las personas presentes. Un detalle curioso era que a cada nombre reconocido, el espíritu correspondiente se desvanecía, ocupando su lugar otro de los no identificados aún.

Como tipo de otros relatos de la misma naturaleza, citaremos el caso que se ha llamado de «Telepatía del frente de batalla». En 4 de noviembre de 1914, la señora Fussey, de Winbledon, cuyo hijo «Tab» servía en Francia en

el 9.º de Lanceros, se hallaba sentada en su casa, cuando de pronto sintió en un brazo la sensación lacerante de una herida. Se levantó con sobresalto gritando: «¡Cómo escuece!», y se frotó el brazo. Su marido se levantó para asistirla, pero no vio nada anormal. La señora Fussey continuó quejándose de dolores, y de pronto exclamó: «“Tab” está herido en el brazo, estoy segura». Y el lunes siguiente, una carta llegada de Francia del hijo soldado, decía a sus padres que había sido herido de un balazo en un brazo y que se hallaba en el hospital. El caso coincide con las experiencias perfectamente contrastadas de varios psíquicos que, por una ignorada ley de simpatía, sufrieron golpes simultáneamente con accidentes ocurridos a amigos o a extraños que se encontraban en países lejanos.

En ciertos casos, los soldados muertos se manifestaron a través de la fotografía psíquica. Uno de los más notables ocurrió en Londres, el 11 de noviembre de 1922, aniversario del armisticio. La medium señora Deane tomó una fotografía de la muchedumbre reunida en Whitehall, cerca del Cenotafio, durante los Dos Minutos de Silencio, viéndose en la fotografía un gran círculo de luz, en cuyo centro había dos o tres docenas de cabezas, muchas de ellas de soldados, a los que se fue reconociendo.

Las fotografías repitiéronse en los años siguientes, y aun cuando se esgrimieron contra la medium y su trabajo las armas ya conocidas, los testigos del fenómeno afirman su carácter supernatural.

Entre centenares de casos que pudieran citarse, vamos a contar uno bien típico. Mr. R. S. Hipwood, domiciliado en Cleveland Road, Sunderland, lo describe así. («Las pruebas de la fotografía espiritista», por Sir A. Conan Doyle, página 108):

«Perdimos a nuestro único hijo en Francia, el 27 de agosto de 1918. Como soy gran aficionado a la fotografía, me interesaron mucho las tomadas en las sesiones del círculo de Crewe. Cogí una placa, escribí en ella mi nombre y la puse en el chasis, obteniendo una fotografía perfectamente reconocible de mi hijo. Hasta mi nieto, de nueve años, conoció de quién era aquél “extra”. Puede usted afirmar que la prueba que le envío es un retrato mío y de mi mujer, con el “extra” de mi hijo R. W. Hipwood, del 13 regimiento galés, y muerto en Francia en el avance de agosto de 1918».

De los varios casos de aparición de soldados muertos, el siguiente es de mayor excepción a causa de sus detalles obtenidos de dos fuentes distintas e independientes. Lo relató (*Luz,* diciembre, 20, 1919) Mr. W. T. Waters, empezando por advertir que era un neófito en cuestiones de espiritismo:

«En el mes de julio último tuve una sesión con Míster J. J. Vango, en el curso de la cual el espíritu guía díjome de pronto que junto a mí había un soldado ansioso de que llevara un mensaje a su madre y a su hermana, habitantes en la ciudad. Contesté que no conocía a ningún soldado que hubiera fallecido. Sin embargo, el soldado no se retiraba, y como mis amigos parecía como si se hicieran a un lado para permitirle que hablara, prometí que procuraría cumplir sus deseos.

»En seguida obtuve una referencia que me permitió reconocer en el joven soldado al hijo de unos conocidos de mi familia. Díjome ciertas cosas, por las cuales quedé convencido de que era él, y entonces me dio el encargo de consolar y confortar a su madre y a su hermana (el padre murió cuando él era una criatura), las cuales, por espacio de más de dos años, habían estado sin saber a punto fijo cuál había sido su suerte, pues se le había dado sólo por "desaparecido". Contó que habiendo sido gravemente herido, los alemanes le hicieron prisionero en una retirada, falleciendo algunas semanas más tarde. Me rogó dijera a sus queridos seres que con frecuencia estaba con ellos, y que lo único que se oponía a que su felicidad fuera completa, era la gran pena de su madre y su inhabilidad para darse a conocer a ella.

»Me disponía a cumplir la promesa, pero sabiendo que la familia del muchacho era bastante beata y por lo tanto se me mostraría escéptica, no me atrevía a transmitir el mensaje, seguro de que al oírle creerían que mi razón estaba trastornada. Primero me aventuré a hablar con un pariente lejano del muerto, pero en cuanto le dije las primeras palabras, me contestó: "Eso es imposible". Entonces decidí esperar una oportunidad para hablar con la madre directamente.

»Antes de que llegara la ocasión propicia, una joven de la localidad que había perdido a su madre hacía dos años, y que, según había oído a mi hija, profesaba las mismas creencias que yo, vino a verme y le presté mis libros. Por ella supe que había tenido una sesión con la señorita McCreadie, recibiendo tan convincentes pruebas de la vida de ultratumba, que hoy es una creyente convencida. En el curso de aquella sesión el soldado que se me había aparecido, se le apareció también a ella, repitiendo la misma descripción que a mí me hiciera, dando además su nombre —Carlos— y rogándole que transmitiera a su hermana y a su madre aquel mensaje que yo no me atrevía a transmitir. Tanto interés tenía en ello, qué al terminar la sesión compareció de nuevo implorando que no dejara de cumplir el encargo.

»Tales hechos acaecieron en distintas fechas —julio y septiembre—, comunicándosenos el mismo mensaje a diversas personas a través de dos

distintos mediums, a pesar de lo cual la gente se empeña en decir que todo es un mito y que los mediums no hacen más que leer nuestros pensamientos.

»Cuando mi amiga me habló de lo que a ella había ocurrido, le pedí que me acompañara a casa de la madre, cabiéndome la satisfacción de declarar que el doble mensaje convenció tanto a la madre como a la hermana de la verdad de lo que decíamos».

Sir Guillermo Barrett («En el umbral de lo desconocido», pág. 184), cita una comunicación obtenida en Dublín con la medium señora Travers Smith, acompañándole, entre otras personas, su amiga Miss C., hija de un médico de la localidad. Sir Guillermo lo llama «El caso del alfiler de perlas»:

«Miss C. tenía en nuestro ejército de Francia un primo oficial que fue muerto en el campo de batalla un mes antes de la sesión, cosa que ella sabía. El nombre de su primo fue pronunciado de una manera inesperada, y el suyo propio dado en contestación a esta pregunta: "¿Conoce usted quién soy yo?", recibiéndose a continuación el siguiente mensaje:

»Decid a mi madre que entregue mi *alfiler de perlas* a la joven con la cual iba a casarme». Al preguntarle por el nombre y el domicilio de la joven, obtuvimos uno y otro. Con el nombre obtuvimos también el apellido, muy corriente, pero *completamente desconocido de los presentes*. La dirección dada en Londres o era fingida o equivocada, pues la carta enviada fue devuelta por lo que se pensó que todo el mensaje era pura ficción.

»Sin embargo, seis meses más tarde, al devolver el Ministerio de la Guerra los objetos del oficial muerto, se descubrió que éste habíase prometido, poco antes de partir para el frente, con una joven cuyo nombre no había dado a conocer a nadie. Ni su prima ni nadie de su familia en Irlanda conocían el hecho.

Sólo entonces supieron el compromiso del oficial con dicha joven, cuyos nombre y apellido eran los mismos comunicados en la sesión referida, y, cosa igualmente notable, entre los objetos devueltos, había un alfiler de perlas.

»La madre y la prima del oficial me enviaron un documento firmado, certificando la exactitud de lo que precede. El mensaje fue tomado en el momento de formularse y no escrito de memoria después de obtenerlo. Aquí no cabe explicar lo ocurrido por telepatía. Por el contrario, existe prueba bastante para afirmar que se trata de un mensaje venido del mismo oficial muerto».

Míster Vale Owen en su obra «Hechos de la vida futura» (1922, págs. 53 − 54), describe la vuelta del soldado Jorge Leaf, que fue muerto en la Gran Guerra: «Algunas semanas más tarde, su madre limpiaba, arrodillada, la

chimenea del salón de la casa. De pronto sintió el impulso de volverse y mirar hacia la puerta, hecho lo cual de una manera irresistible, vio a su hijo vestido con el traje de trabajo con que solía regresar a su casa por la noche. Como de costumbre, se quitó la chaqueta, la colgó de la puerta, y volviéndose a su madre, inclinó la cabeza, sonrió y se acercó a la chimenea, ante la cual solía sentarse un rato antes de cenar. Era una escena de la vida doméstica, natural y corriente. La madre se dio cuenta de que quien estaba a su lado era el hijo muerto que venía a verla, y que éste se hallaba lleno de vida en el mundo de los espíritus, con una vida natural, feliz y contento. Su sonrisa de cariño le decía que su corazón sentía aún las viejas costumbres del hogar. Como se trata de una mujer serena y sensible, no puedo dudar ni un momento de la veracidad de lo que me contó».

Hay varios casos de visiones de soldados que coincidieron con la muerte de los mismos, como el que se relata en la obra de Rosa Stuart, «Sueños y visiones de la guerra», ocurrido a una viuda de Bournemouth, cuyo marido, sargento del cuerpo de los Devons, estuvo en Francia desde el 25 de julio de 1915, escribiendo regularmente a su esposa que se encontraba bien y sin novedad. «En la noche del 25 de septiembre de 1915, hacia las diez de la noche, hallábase sentada en la cama hablando con una amiga acerca de los asuntos del día y de la guerra, sin el menor deseo de acostarse. De pronto se callaron. La esposa había detenido la conversación en mitad de una frase; y se quedó mirando fijamente al espacio: ¡delante de ella, vestido con su uniforme, hallábase su propio marido! Durante dos o tres minutos estuvo contemplándole, admirada de la expresión de tristeza que descubría en sus ojos. Levantándose rápidamente, fue hacia él, pero al llegar junto a la visión, ésta se desvaneció Aunque aquella misma mañana la mujer había recibido una carta en la que su esposo decíale que estaba bien, tuvo la sensación cierta de que la visión era de mal agüero. Y así resultó en efecto, pues poco después recibía una carta del Ministerio de la Guerra, diciéndole que había sido muerto en la batalla de Loos el 25 de septiembre de 1915, el mismo día en que le vio junto a su cama».

Un aspecto profundamente místico de las visiones de la Gran Guerra es el que revela el suceso llamado de los «Angeles de Mons». Mr. Arturo Machen, conocido periodista londinense, relató la intervención de los arqueros ingleses del campo de Agincourt, en la terrible retirada de Mons. Pero luego declaró que todo había sido un cuento. Los hechos demostraron, sin embargo, con el apoyo de numerosos testimonios, que la ficción era realidad. Un oficial inglés, en carta abierta a Mr. Machen, que publicó el *Evening News* (4 de

septiembre de 1915), dijo que él era uno de los que habían luchado en Le Cateau el 26 de agosto de 1914, marchando con su división en retirada toda la noche del 26 y durante el 27.

«En la noche del 27 —dice— iba a caballo con mi columna al lado de otros dos oficiales. Hablábamos y hacíamos lo imposible por no caernos dormidos.

»Así cabalgando, me di cuenta de que en el campo, a ambos lados del camino, marchaba un numeroso cuerpo de caballería, con toda la apariencia de estar divididos en escuadrones, siguiendo nuestra misma dirección y regulando el paso con el nuestro.

»La noche no era muy obscura, y se distinguía con toda claridad a aquellos jinetes.

»De momento no dije una palabra, limitándome a contemplarles durante más de veinte minutos. Los otros dos oficiales habían cesado de hablar.

»Al fin, uno de ellos me preguntó si veía algo raro en el camino. Entonces díjele lo que había visto. El tercer oficial, por su parte, confesó que también él había estado contemplando a aquellos jinetes durante el mismo tiempo que nosotros.

»Tan convencidos estábamos de que se trataba de un cuerpo de caballería, que hicimos alto y uno de los oficiales, a la cabeza de un destacamento, practicó un reconocimiento a derecha e izquierda, pero no encontró a nadie. La noche se había vuelto obscura y ya no pudimos ver más.

»El fenómeno fue observado por varios hombres de nuestra columna. Es verdad que estábamos todos fatigadísimos y agotados casi, pero de todos modos resulta extraordinario que el mismo fenómeno lo presenciara tanta gente.

»Por mi parte estoy absolutamente convencido de haber visto a aquellos jinetes, y seguro de que no eran efecto de una ilusión. No trato de explicar el misterio; me limito solamente a consignar el hecho».

Cierto que en el estado de nerviosidad y de tensión moral provocado por la gran retirada, la mente de aquellos hombres no estaba en las mejores condiciones de apreciación de la realidad; pero también es forzoso admitir que precisamente en circunstancias tan duras es cuando las facultades psíquicas se hallan más despiertas.

Otro profundo aspecto de la guerra mundial lo constituye el que ésta no fue más que reflejo de las batallas invisibles de mayores vuelos que tenían empeñadas las potencias del Bien y del Mal. El eminente teósofo, ya fallecido, Mr. A. P. Sinnet, trató de esta cuestión en un artículo titulado

«Superfísicos aspectos de la guerra» (*Revista de Ocultismo*, diciembre de 1914). No podemos detenernos aquí en el estudio de este punto, limitándonos a decir que existen pruebas de distintas procedencias que indican que lo que sostiene Mr. Sinnet se apoya en hechos reales y verdaderos.

Numerosos libros y escritos de todo género consagráronse a recoger los experimentos llevados a cabo con los que murieron en la guerra, experimentos que, por otra parte, no difieren de los de otros tiempos, si bien alcanzan tono más dramático por sus circunstancias históricas. El más notable de aquellos libros es «Raimundo», en el que su autor, Sir Oliver Lodge, refiere las comunicaciones con su hijo muerto en el frente, lo que por tratarse de sabio tan famoso y de pensador tan profundo produjo gran impresión en el público. El libro de Lodge será probablemente la obra clásica en esa materia. Otras de la misma clase y también muy interesantes, son las tituladas «El caso de Lester Coltman», «El libro de Claudio», «Ruperto Lives», «El granadero Rolf» y «El soldado Dowding». Todas confirman la existencia del Más Allá, de acuerdo con la doctrina espiritista.

CAPÍTULO XXIV
ASPECTO RELIGIOSO DEL ESPIRITISMO

El espiritismo forma un conjunto de ideas y enseñanzas compatibles con todas las religiones. Sus principios fundamentales son la continuidad de la personalidad humana y el poder de comunicación después de la muerte, hechos básicos que tienen una importancia primordial en el Bramanismo, el Mahometismo, el Parsismo y el Cristianismo. Sin embargo, el espiritismo aventaja a estas religiones por que se dirige a todo el mundo. Sólo existe una escuela con la cual es absolutamente irreconciliable: la escuela del materialismo, que tiene agotado al mundo, y es causa radical de todos nuestros infortunios. La comprensión y aceptación del espiritismo son factores esenciales para la salvación de la humanidad; de lo contrario, cada vez caerá más bajo dentro del campo utilitario y egoísta del Universo. El Estado materialista por excelencia fue la Alemania de antes de la guerra, pero los demás Estados modernos son del mismo tipo, con sólo la diferencia de grados.

Se preguntará por qué las antiguas religiones no salvan al mundo de su degradación espiritual, a lo cual contestaremos que todas lo intentaron, pero todas han fracasado en el intento. Las Iglesias que las representan degeneraron y se han vuelto mundanas y materiales. Perdieron todo contacto con la vida del espíritu, y se contentan con referirlo todo a los tiempos antiguos y entregarse a unas oraciones y un culto externo a base de tan enrevesadas e increíbles teologías que la inteligencia honrada siente náuseas sólo de pensar en ellas. Nadie se ha mostrado tan escéptico e incrédulo acerca de las manifestaciones del espiritismo como el clero, sin embargo de ostentar una creencia que sólo se funda en hechos análogos a los nuestros, ocurridos en los tiempos pasados; su rotunda negativa a aceptar ahora estos hechos da la medida de la sinceridad de sus convicciones. Se ha abusado de la fe hasta el extremo de hacerla imposible para muchas inteligencias serias, las cuales exigen pruebas y conocimiento. Esto es precisamente lo que el espiritismo ofrece. Funda nuestra creencia en la vida después de la muerte y en la

existencia de mundos invisibles, no en la antigua tradición o en vagas intuiciones, sino en hechos probados. Por consiguiente, con el espiritismo puede construirse una ciencia de la religión y dar al hombre senda cierta y segura entre las charcas de los distintos credos.

Al afirmar que el espiritismo puede conciliarse con cualquier religión, no queremos decir que todas las religiones tienen el mismo valor, o que los postulados del espiritismo solo no sean mejor que los del espiritismo unido a los de otro credo religioso. Individualmente el autor piensa que el espiritismo suministra por sí solo todas cuantas enseñanzas necesita el hombre, pero ha encontrado muchas personas de alma superior que no pudieron prescindir de las convicciones de toda su vida y abrazaron la nueva verdad sin dejar la antigua creencia. De todas suertes, el que tenga como único guía el espiritismo, no se sentirá en oposición con el cristianismo en lo esencial de éste, sino todo lo contrario. Ambos sistemas predican la vida después de la muerte. Ambos reconocen que la vida que sigue a la muerte está regida por la conducta observada en la tierra. Ambos profesan la creencia en un mundo poblado de espíritus, buenos y malos, llamados por los cristianos ángeles y demonios y por los espiritistas guías, espíritus elevados y espíritus sin desarrollar. Ambos creen que la bondad, la generosidad, la dulzura, la pureza y la honestidad son virtudes necesarias. Sólo la beatería hipócrita es considerada como grave pecado por los espiritistas, al contrario de algunas sectas cristianas que la recomiendan. Para los espiritistas toda perfección es respetable y reconocen que en todas las religiones hay santos, almas superiormente desarrolladas que recibieron por intuición lo que el espiritismo da por conocimiento. Pero la misión del espiritismo no termina con eso. Quiere acabar con el agnosticismo declarado y con el más peligroso de los que aparentan cierta forma de creencia, y en realidad no tienen ninguna.

En opinión del autor el hombre que más beneficios recibe de la nueva revelación, es aquel que estuvo entregado a otros credos religiosos y los encontró igualmente insuficientes. Al llegar a tal estado, se halla como en un valle de sombras, con la Muerte esperándole al final, y sin otra religión práctica que el cumplimiento pleno del deber. Semejante situación produce hombres de gran mérito, de estirpe estoica, pero no siempre felices. Si entonces les llega la prueba positiva de la existencia del Más Allá, ya sea súbitamente, ya por una convicción paulatina, la nube desaparece; ya no está en el valle, sino en la lejanía, y a su vista se extiende un panorama sucesivo de cordilleras, cada una de las cuales más bella que la anterior. Todo es luz

donde antes todo eran sombras. La aurora de esa revelación es el día mejor de su vida.

Contemplando la excelsa jerarquía de seres que están por encima suyo, el espiritista se da cabal cuenta de que algún arcángel puede de tiempo en tiempo visitar a la humanidad con misiones de esperanza. Hasta la humilde Catalina King con su mensaje de inmortalidad transmitido a un gran hombre de ciencia, era uno de esos ángeles. Francisco de Asís, Juana de Arco, Lutero, Mahoma, Bad-ed-Din, y tantas otras figuras religiosas, fueron ángeles llegados de lo alto. Pero por encima de todos se halla Jesús, el hijo de un artesano judío. No está en nuestro menguado cerebro calcular el grado de divinidad que en Jesús había, pero sí podemos decir con toda certeza que estaba más cerca de Dios que nosotros, y que sus predicaciones, aún no seguidas por el mundo, son las más bellas, generosas e indulgentes de que tengamos conocimiento, sin exceptuar las de su compañero Buda, también mensajero de Dios.

Y, sin embargo, cuanto más fijemos la atención en las enseñanzas de nuestro inspirado Maestro, menos relación veremos entre sus preceptos y los dogmas y acciones de sus actuales discípulos. Gran parte de aquellas enseñanzas se han perdido y si queremos encontrarlas tendremos que acudir a la Iglesia primitiva, guiada y regida por los que estuvieron en inmediato contacto con Él. Entonces observaremos que todos aquellos a quienes llamamos espiritistas modernos, parecen haber pertenecido ala grey de Cristo, que los dones de los espíritus exaltados por San Pablo son exactamente los dones que exhiben nuestros mediums y que los milagros que inculcaron en los hombres de aquellos tiempos la convicción de la realidad de otro mundo, existen y pueden tener los mismos resultados hoy. Después de haber vagado de una ortodoxia a otra, resulta que el humilde y «adogmático» espiritista, con sus mensajes espirituales y su comunicación con los muertos, está más cerca del Cristianismo primitivo que cualquier otra religión.

Es sorprendente que al leer los primitivos escritos de los padres de la Iglesia, hallemos que éstos poseían ya completamente el conocimiento psíquico y las prácticas psíquicas. Los cristianos primitivos vivían en íntimo y familiar contacto con los seres invisibles, y su fe absoluta y constante se fundaba en el conocimiento positivo y personal que adquirían con dicho contacto. Conocían, no por mera especulación, sino como un hecho absoluto, que la muerte significa sencillamente el paso a una vida más amplia, tanto, que podría llamarse más propiamente nacimiento. Y, como consecuencia de

ello, no la temían en modo alguno y la consideraban como el Dr. Hodgson cuando exclama:

«¡Apenas puedo resistir la espera!». Sólo en bienes se traducía esto para su conducta en la tierra. Si los habitantes de países no evangelizados demuestran hoy al convertirse al cristianismo que aún se vuelven peores, es porque el cristianismo moderno ha perdido toda la virtud que tenía el primitivo.

Además del testimonio de los primeros padres de la Iglesia, existen otros que prueban cuáles eran los sentimientos de los primitivos cristianos. Principalmente las inscripciones de las catacumbas. Acerca de esas inscripciones cristianas en Roma, escribió el Rev. Spencer Jones, deán de Gloucester, un interesante libro donde constan algunas muy patéticas y que tienen la ventaja sobre todas las pruebas documentales de su autenticidad indudable. El Dr. Jones, que leyó centenares de ellas, dice: «Los primitivos cristianos hablaban de los muertos como si vivieran todavía, pues continuaban sus relaciones con los que habían desaparecido de este mundo». Tal es la doctrina de los espiritistas de nuestros días, doctrina que las iglesias han abandonado. Las tumbas primitivas cristianas presentan contraste extraño con las de los paganos que las rodeaban. Estas últimas se referían siempre a la muerte como cosa final, terrible e irrevocable. «Fuisti vale», es el resumen de toda su ideología. Los cristianos, en cambio, se referían siempre a la feliz continuidad de la vida. «Agape, vivirás para siempre». «Victorina está en paz y en Cristo». «¡Qué Dios renueve mi espíritu!». Con estas inscripciones habría bastante para probar que la humanidad de aquellos tiempos tenía una idea infinitamente consoladora de la muerte.

Las catacumbas son además una prueba de la sencillez del cristianismo primitivo antes de que viniera a complicarle con toda suerte de abstracciones y complejas definiciones la mente griega o bizantina. El símbolo predominante de las catacumbas era el del Buen Pastor, tierna idea del hombre que conduce a las pobres ovejas. Por mucho que se busque en las catacumbas de los primeros siglos, no se encontrará ni rastro de sacrificios sangrientos ni dogmas de un nacimiento virginal. Se encontrará al Buen Pastor, el áncora de salvación, la palma del martirio, y el pez simbólico del nombre de Jesús. Todo demuestra la sencillez de aquella religión y la bondad del cristianismo cuando estaba en manos de los humildes. Fueron los ricos, los poderosos y los eruditos los que lo degradaron, complicaron y arruinaron.

Pero no nos atendremos sólo a las inscripciones o dibujos de las catacumbas. Para ampliar y corroborar su significación acudiremos a los

textos de los Padres preniceos, de los que hay tantas referencias que con ellas podría formarse un grueso volumen. Expondremos antes la equivalencia de nuestros pensamientos y frases con los suyos para que se comprenda mejor la verdadera significación de éstos. A la profecía, por ejemplo, la llamamos nosotros mediunidad, y un ángel será sinónimo de un guía o espíritu elevado. Tomemos al acaso algunas citas de los antiguos textos:

San Agustín en su «De cura pro Mortuis», dice: «Los espíritus de los muertos pueden ser enviados a los vivos y revelarles lo que ellos saben merced a otros espíritus, a los ángeles» (es decir, los espíritus guías) «o por revelación divina». Como se ve, esto es puro espiritismo tal como nosotros lo conocemos y definimos. San Agustín no habría hablado con tanta seguridad ni tanta precisión si no hubiera estado perfectamente familiarizado con el asunto. Y en tal creencia, no hay la menor ilicitud.

En su «Ciudad de Dios», insiste sobre lo mismo, describiendo las prácticas que permiten al cuerpo etéreo de una persona comunicar con los espíritus y guías superiores y lograr apariciones. Tales personas eran los mediums, nombre que designa al intermediario entre el organismo encarnado y el desencarnado.

San Clemente de Alejandría hace alusiones análogas, y lo mismo San Jerónimo en su controversia con Vigilancio el Galo. Eso era, no obstante, en fecha posterior, después del Concilio de Nicea.

A Hermas, personaje un tanto misterioso, de quien se dice fue amigo de San Pablo y discípulo de los Apóstoles, atribúyese el notable libro titulado «El Pastor». Tanto si es suyo como si no lo es, el libro revela estar escrito por persona que vivió en los primeros días del cristianismo, y que encarnaba las ideas entonces corrientes. Dice: «El espíritu no contesta a todas las preguntas que cualquiera le dirija, porque, como procede de Dios, no habla a los hombres cuando éstos quieren, sino cuando Dios lo permite. No obstante, cuando un hombre, asistido por un espíritu emanado de Dios (por un espíritu-guía), entra en una reunión de fieles, y se elevan plegarias, el espíritu inunda a ese hombre y éste habla según la voluntad de Dios».

No puede darse una descripción más exacta de nuestras sesiones cuando se verifican de una manera apropiada. Nosotros no invocamos a los espíritus como los críticos ignorantes aseguran, ni sabemos lo que va a ocurrir. Pero oramos —usando el padrenuestro como norma— y aguardamos los acontecimientos.

De esa suerte, el espíritu escogido y autorizado, viene a nosotros y habla o escribe por intervención del medium. Hermas, como San Agustín, no se

habría expresado con tanta exactitud si no hubiera tenido la experiencia personal del procedimiento.

Orígenes hace diversas alusiones al conocimiento psíquico. Es curioso comparar la crasa ignorancia del clero de hoy con la sabiduría de los antiguos jerarcas espirituales. Podríamos citar varios textos de Orígenes, pero bastará uno muy breve tomado de su controversia con Celsio:

«Muchas personas abrazaron el Cristianismo a pesar de sí mismas, porque su corazón fue cambiado súbitamente por algún espíritu, ya en sueños, o mediante su aparición».

De la misma manera, figuras salientes del materialismo contemporáneo cambiaron, gracias a la evidencia psíquica, y creyeron en la vida de ultratumba y en sus relaciones con la vida terrena.

Los varones primitivos son los más precisos en este punto, porque estaban más cerca de la gran fuente psíquica. Así, Ireneo y Tertuliano, que vivieron a fines del siglo segundo, abundan en alusiones a los signos psíquicos, mientras Eusebio, que escribió más tarde, lamenta su escasez y se duele de que la Iglesia se haya tornado indigna de ellos.

He aquí unas palabras de Ireneo: «Oímos de varios hermanos en la Iglesia, que poseen dones proféticos (es decir, mediunísticos), y hablan con los espíritus en toda clase de lenguas, iluminando para bien de todos lo más recóndito, y descubriendo los misterios de Dios». Ningún pasaje describiría mejor las funciones de un buen medium.

Tertuliano, en su controversia con Marcio, hizo de los dones espiritistas argumento principal. Demostró que tales dones eran más numerosos entre sus amigos, figurando entre ellos las comunicaciones en estado de trance, las profecías y la revelación de secretos. De modo que muchas cosas, hoy ridiculizadas o condenadas por tantos clérigos, eran el año 200 piedras de toque del cristianismo. En su «De anima», dice Tertuliano: «Tenemos entre nosotros una hermana que posee dones en forma de revelaciones recibidos por su espíritu en la Iglesia durante los ritos del Día del Señor, y en pleno éxtasis. Conversa con los ángeles —o sea los espíritus más elevados— ve y oye misterios, lee en el corazón de ciertas personas y cura a quienes se lo piden. Entre otras cosas, dijo, se me mostró un alma en forma corpórea, pero no vacía. Por el contrario, parecía como si pudiera tocarse y era blanda, lúcida, de color del aire y de la forma humana en todos los detalles».

En las «Constituciones Apostólicas» hay toda una mina de referencias sobre las opiniones de los cristianos primitivos. No son textos apostólicos, pero Whiston, Krabbe y Bunsen están conformes en que por lo menos siete de

los ocho libros de que constan son auténticos documentos ante-niceanos, probablemente de principios del siglo tercero. Su estudio revela hechos muy curiosos. En los servicios usaban el incienso y las lámparas encendidas como en las prácticas católicas de nuestros días. Los obispos y los sacerdotes podían ser hombres casados. Había todo un sistema de represalias para el que infringiera las reglas de la Iglesia. Si un cura compraba un beneficio era repudiado. No había Papa ni jefe supremo de ningún género. El vegetarianismo y la abstinencia absoluta de vino eran prohibidos y castigados. Esta última ley tan singular, probablemente nació la reacción contra una herejía que imponía ambas cosas. El clero debía comer carnes blancas, sin sangre, a la manera de los judíos. El ayuno era riguroso, un día cada semana, al parecer el jueves, y durante toda la Cuaresma.

Sobre el tema de los «dones» o sea las diversas formas de mediunidad, aquellos antiguos documentos arrojan mucha luz. Entonces como ahora la mediunidad adoptaba formas muy diferentes: el don de las lenguas, el de curación, el de profecía, etcétera. Harnack dice que en cada Iglesia Cristiana primitiva había tres mujeres de saber superior: una para curaciones y dos para profecías. El tema está discutido ampliamente en las «Constituciones». Parece que los que poseían dones se sintieron ensoberbecidos por ellos, y se les recuerda que un hombre puede estar adornado por tales facultades y carecer de grandes virtudes, siendo entonces espiritualmente inferior a otros hombres desprovistos de dones.

El objeto de los fenómenos que producían era, al igual que en el espiritismo moderno, convertir a los incrédulos más que entretener a los ortodoxos. Son, «no para aquellos que los lleven a cabo, sino para convencer a los incrédulos, a fin de que quienes no se persuaden por la simple palabra queden confundidos con los hechos, no necesarios para nosotros que creemos, pero sí para los que no creen, como los judíos y los gentiles». («Constituciones», libro VIII, sec. I.)

Más adelante los varios dones que corresponden *grosso modo* a nuestras diferentes formas de mediunidad, se explican así:

«No le sea permitido a nadie que opera con signos y prodigios juzgar a ningún fiel que no está volcado a lo mismo. Porque los dones que Dios concede por intercesión de Cristo son muy varios y un hombre recibe un don y otro, otro. Así uno recibe la palabra de sabiduría» (don de hablar en trance), «y otro la palabra de conocimiento» (inspiración), «otro el discernimiento de espíritus» (clarividencia), «otro la previsión de sucesos futuros, otro la

palabra de enseñanza» (espíritus de apostolado), «otro la paciencia». Todos nuestros mediums necesitan ese don.

Y uno se pregunta dónde, fuera de las filas espiritistas, se hallan esos dones o esas observancias en cualquiera de las iglesias que pretenden ser ramas de esta antigua raíz.

Compruébanse de continuo las altas presencias espirituales. Así en la «Ordenación de los Obispos» encontramos que el «Espíritu Santo está también presente, de la misma manera que todos los demás santos espíritus y ministrantes». En conjunto, sin embargo, me inclino a creer que ahora tenemos mayor copia de hechos psíquicos que los autores de las «Constituciones» y que esos documentos representan probablemente una extensión de aquella íntima «Comunión de Santos» que existió en la primera centuria. Esto nos hace pensar que el poder psíquico no es algo fijo e inmutable, sino que viene en oleadas con flujos y reflujos. Al presente estamos en una marea alta, pero sin seguridad de que perdure.

Fácil es suponer que siendo muy limitado nuestro conocimiento de los hechos que forman la historia primitiva de la Iglesia, podríamos tal vez ponernos en relación con alguna elevada inteligencia de las que tomaron parte en aquellos hechos, adquiriendo por su medio nuevas fuentes de información. Así ha ocurrido actualmente obteniéndose algunos inspirados escritos que demuestran la relación existente entre el otro mundo y los religiosos primitivos. Recientemente han aparecido dos de esos escritos trazados por la mano de la medium Miss Cummins, escritos que ésta recibió a la velocidad asombrosa de dos mil palabras por hora. El primero es un relato de la misión de Cristo debido a Felipe el Evangelista, y el segundo un suplemento a las Actas de los Apóstoles, que se pretende emana de Cleofás. El primero ha sido ya publicado («El Evangelio de Felipe el Evangelista») y el segundo lo será en breve.

No se ha hecho aún el examen crítico del escrito de Felipe, pero la atenta lectura del mismo ha convencido al autor de que en dignidad y fuerza está a la altura de los hechos que relata, explicando de una manera clara y lógica muchos puntos que tuvieron embarazados a los comentaristas. El escrito de Cleofás es aún más notable, al extremo de que el autor cree que puede calificarse de sublime y constituye una de las más evidentes señales de origen sobrenatural que registra la historia del movimiento espiritista. Se ha sometido al examen del Dr. Oesterley, capellán del Obispado de Londres y una de las primeras autoridades en tradición e historia eclesiástica, habiendo declarado dicho señor que, según todas las características del documento, es

obra de persona que vivió en aquellos días y que estuvo en íntima relación con Jesús y los apóstoles. Consta en el escrito la noticia de varios interesantes puntos de erudición, como el del uso del hebreo Hanan por nombre del Sumo Sacerdote. Otros numerosos pormenores de la obra prueban la imposibilidad de que se deba a una artimaña fraudulenta. Entre muchos puntos interesantes, Cleofás describe la reunión de Pentecostés y declara que los apóstoles se sentaron en círculo, cogidos de las manos mientras el Señor predicaba.

Sería peregrino que la verdadera significación interna del Cristianismo, perdida por espacio de tanto tiempo, quedara al descubierto, gracias al culto ridiculizado y perseguido del espiritismo.

Los dos escritos constituyen, a juicio del autor, dos de las más impresionantes pruebas de la comunicación con los espíritus, siendo imposible que su existencia pueda atribuirse a distintas causas, ni explicarse de otro modo.

Los espiritistas se dividen por razón de creencias en dos ramas: una compuesta de los que aún permanecen en el seno de sus iglesias respectivas, y otra de los que han formado iglesia propia. Estos últimos tienen en la Gran Bretaña más de cuatrocientos círculos donde se reúnen bajo la dirección general de la Unión Nacional de Espiritistas. Su dogma es muy elástico. En términos generales puede afirmarse que están unidos por siete principios esenciales, a saber:

1. La paternidad de Dios.
2. La fraternidad entre los hombres.
3. La comunión con los santos y el ministerio de los ángeles.
4. La supervivencia humana de la muerte física.
5. La responsabilidad personal propia.
6. Recompensa o sanción por las acciones buenas o malas.
7. Progreso eterno de las almas.

Como se ve, todos esos puntos son compatibles con el Cristianismo, a excepción tal vez del quinto. Los espiritistas consideran la vida y muerte de Jesucristo en la tierra, más bien como un ejemplo que como una redención de la humanidad. Todo hombre tendrá que responder de sus pecados y nadie se librará de la expiación. El tirano o el disoluto no escaparán al castigo que merezcan por un seudo arrepentimiento. Bueno es el arrepentimiento si es verdadero, pero a condición de que el arrepentido pague su deuda. Eso no obstante, como la misericordia de Dios es infinita, valdrán al hombre como atenuantes todas las circunstancias de tentación, herencia o influencia del medio. Tal es, en general, el credo de las iglesias espiritistas.

En otro lugar («La Nueva Revelación», págs. 7 − 9), ha indicado el autor que aunque la investigación psíquica sea en sí misma distinta a la religión, las enseñanzas que de ambas podemos sacar «nos revelan por igual la continuidad de la vida del alma, la naturaleza de tal vida y la manera cómo en ella influye nuestra conducta en la tierra. Si esto es distinto de la religión, confieso que no comprendo en qué consiste la diferencia».

El autor habló también del espiritismo como de una gran fuerza unificadora, por lo que tiene de común a todas las religiones. Aunque sus enseñanzas modifiquen el Cristianismo, más bien es con un sentido de explicación y progreso de sus doctrinas que en contradicción con ellas. También ha afirmado el autor que la nueva revelación será absolutamente fatal para el materialismo.

En esta edad materialista es seguro que sin la creencia en la supervivencia del hombre, las predicaciones del Cristianismo caerán en el vacío. En discurso pronunciado ante la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, alude el Dr. McDougall a la relación existente entre la decadencia de la religión y el auge del materialismo.

«Si la investigación psíquica —dice— no pudiera descubrir hechos incompatibles con el materialismo, éste continuaría creciendo. No hay otra fuerza que pueda contenerlo, porque la religión es impotente ante la inundación materialista. Y si ésta continúa avanzando como hasta aquí, todo hace temer que sus efectos serán destructores, que barrerá todas las conquistas de la humanidad, todas las tradiciones morales que son obra del esfuerzo de incontables generaciones en pro de la verdad, la justicia y la caridad».

Ahora bien, ¿hasta qué grado el espiritismo y la investigación psíquica pueden fortalecer las creencias religiosas?

En primer lugar, tenemos la abdicación de muchos materialistas gracias al espiritismo y a la creencia en el Más Allá, tales como los profesores Hare y Mapes, en América, y los doctores Alfredo Russell Wallace, Elliotson, Sexton, Blatchford, Ruskin y Owen, en Inglaterra, por no citar más que nombres de primera fila.

Si el espiritismo fuera rectamente comprendido, poco costaría armonizarlo con la religión. He aquí la definición del espiritismo tal como lo da en todos sus números el semanario espiritista de Londres, *Luz*:

«Es una creencia en la existencia de la vida del espíritu aparte e independiente del organismo material, y en la realidad y valor de la comunicación entre espíritus encarnados y desencarnados».

Pues bien, las dos creencias son artículos de fe cristiana.

Si hay una clase que debiera como ninguna exaltar las tendencias religiosas del espiritismo, es el clero. Pero sólo unos cuantos sacerdotes de los más progresivos lo hicieron así.

El Rey. H. R. Haweis, en una comunicación a *La Alianza Espiritista*, de Londres, el 20 de abril de 1920, dice que no ve nada de cuanto él cree verdadero en el espiritismo, que sea, en último término, contrario a sus creencias cristianas. En verdad —agrega— el espiritismo tiene estrecho parentesco con el cristianismo, del cual parece una consecuencia lógica, y en modo alguno su contradicción ni su antagonista. La deuda del clero —si entiende verdaderamente sus intereses— para con el espiritismo, es realmente muy grande. En primer lugar, el espiritismo ha rehabilitado la Biblia. No puede negarse que la fe en la Biblia y su respeto habían decaído mucho, a causa del creciente escepticismo por lo que se refiere a sus pasajes milagrosos. La doctrina cristiana contaba con apologistas decididos, pero no toleraban el elemento maravilloso del Antiguo y del Nuevo Testamento. Se veían constreñidos a creer en los milagros de la Biblia, y al mismo tiempo, enseñaban que fuera de los sucesos bíblicos, nada sobrenatural ha sucedido nunca. Pero ahora se han vuelto las tornas. La gente cree en la Biblia, por el espiritismo, y los que no creen en el espiritismo, es por culpa de la Biblia. Llegó a decir el Rev. Haweis que cuando empezó su sacerdocio intentó salvar el obstáculo de los milagros bíblicos explicándolos por vía racional. Pero de lo que no hay modo, según vio más tarde, es de hallar explicación racional a las investigaciones de Crookes, Flammarion y Russell Wallace.

Mencionemos entre todos al Rev. Arturo Chambers, antiguo vicario de Brockenhurst, que ha inculcado en muchas mentes la idea de la vida espiritual aquí y su existencia en el Más Allá. Su libro «La vida después de la muerte» lleva ya más de ciento veinte ediciones. En una conferencia acerca de «El espiritismo y la luz que arroja sobre la verdad cristiana», dice:

«El espiritismo, por sus continuadas investigaciones de los fenómenos psíquicos y por su insistencia en proclamar la intercomunicación entre los dos mundos, ha hecho ver a gran número de personas que existen muchas cosas en el cielo y en la tierra, apenas columbradas antes por la filosofía, cosas que revelan una poderosa verdad mezclada de religión; una verdad que es esencial para la recta comprensión de nuestro lugar en el vasto Universo; una verdad que la humanidad de todas las edades ha colegido a pesar del desdén de los incrédulos y de las condenaciones de los sacerdotes. Tengo para mí que las enseñanzas del espiritismo renovarán las ideas religiosas de nuestro tiempo,

contribuyendo a forjarnos una noción más excelsa de Dios y de sus designios».

En otro hermoso pasaje, dice: «Sí; el espiritismo ha hecho mucho, muchísimo, en pro de la mejor comprensión de los grandes hechos básicos inseparables del espíritu de Jesús. Ha ayudado a hombres y mujeres a contemplar con visión más clara al Gran Espíritu del Dios Padre, en el cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser, y ese vasto espíritu universal del que somos ahora y siempre una parte. Como cristiano espiritista tengo gran esperanza, gran fe en lo que ha de ser el espiritismo que tanto ha hecho por la enseñanza cristiana y por el mundo en general, ahuyentando de nosotros el temor a la muerte y ayudándonos a comprobar la magnífica doctrina de Cristo y el reconocimiento pleno de Cristo a la luz de las verdades espiritistas».

Mr. Chambers refiere que en cartas procedentes de distintas partes del mundo, multitud de personas le comunican a diario cuán grandes fueron el consuelo, la confortación y la mayor confianza en Dios que adquirieron gracias a la lectura de su libro «La vida después de la muerte».

El Rev. F. Fielding-Ould, vicario de la Iglesia en Regent, Park, de Londres, es otro de los buenos sacerdotes que proclamaron los beneficios del espiritismo. En un trabajo acerca de «La relación entre el espiritismo y el cristianismo», dice (21 de abril de 1921):

«El mundo necesita las enseñanzas del espiritismo. El número de personas irreligiosas que hay en Londres hoy es extraordinario sobre toda ponderación. Miles de individuos de todas las clases sociales (y hablo por experiencia propia) carecen en absoluto de toda religión. No rezan, jamás asisten al culto y creen que todo acaba con la muerte. Podrán llamarse protestantes, católicos o judíos, pero son como las botellas vacías, en las que sólo queda la etiqueta».

Y añade:

«No es cosa desusada que las almas desfallecidas y acongojadas se *reconforten con el espiritismo*. ¿No veis gentes que habiendo abandonado toda religión vuelven a ella gracias al espiritismo; agnósticos que perdieron toda esperanza en Dios y en la inmortalidad, a los cuales parecíales ya la religión mera forma y puro armazón, y que al cabo vuelven a ella aceptando todas sus manifestaciones? El espiritismo viene a ser para ellos como el amanecer para el hombre que ha pasado la noche febril y sin sueño. Al principio mostráronse asombrados en su incredulidad, pero parando su atención luego, al cabo sintiéronse tocados en el corazón. Dios volvía a penetrar sus vidas; y no saben expresar cuánta es su alegría y su gratitud».

El Rev. Carlos Tweedale, vicario de Weston (Yorkshire), que ha trabajado mucho y bien en pro de nuestra causa, refiriéndose a la toma en consideración del espiritismo por parte de la Conferencia Episcopal en Lambeth Palace, del 5 de julio al 7 de agosto de 1920, dice acerca de las investigaciones psíquicas: (*Luz*, 30 de octubre de 1920): «Mientras el mundo entero manifiesta acerca de ella un interés sobremanera alerta, la Iglesia, que pretende ser custodia de la verdad religiosa y espiritual, ha hecho oídos sordos, hasta hace muy poco y por extraño que parezca, a la realidad de ese mundo espiritual, el testimonio de cuya existencia es la principal razón de que la Iglesia exista. Aun ahora mismo, sólo empieza a dar algunas señales de la importancia que para ella tiene…

Señal de los tiempos es, sin duda, la discusión de los fenómenos psíquicos en la conferencia de Lambeth, y el que su secretario pusiera en manos de todos los obispos allí presentes un folleto: "Los fenómenos espiritistas y las Iglesias". Otra señal no menos significativa es que por elección se designara a Sir Guillermo Barrett para ilustrar al Congreso acerca de los asuntos psíquicos».

La Relación de Actas de la Conferencia de Lambeth, a que nos referimos, alude como sigue a la investigación psíquica:

«Es posible que nos hallemos en los umbrales de una nueva ciencia, que por otro método de los hasta aquí seguidos, nos confirme en la seguridad de un mundo más allá del que vemos y de algo en nuestro interior que con ese mundo nos ponga en comunicación. No podemos presumir nunca límite alguno a los medios de que Dios se vale para llevar al hombre a la consecución de la vida espiritual».

Una vez hecha esta declaración tan cauta, la relación añade por vía de salvedad:

«Pero no hay nada en el culto de ciencia semejante que esclarezca, y sí en verdad mucho que obscurece la inteligencia de ese otro mundo y nuestra relación con él, como revelado en el Espíritu de Cristo y en la enseñanza de la Iglesia, y que menoscaba los medios que se nos han dado para alcanzar y habitar en buena compañía ese mundo.

»Bajo el epígrafe de "Espiritismo", dice la relación:

»Aunque haya que reconocer que los resultados de la investigación, han animado a mucha gente a encontrar un designio espiritual a la vida humana, ayudándola a creer en la supervivencia después de la muerte, hay muchos peligros en la tendencia a hacer del espiritismo una religión. La práctica del espiritismo como un culto envuelve la subordinación de la inteligencia y la

voluntad a fuerzas o personalidades desconocidas, y, por lo tanto, una abdicación de sí mismo».

Un conocidísimo colaborador de *Luz,* que firma con el pseudónimo de «Gerson», comenta así lo anterior:

«Hay indudablemente peligro en la *subordinación de la inteligencia y de la voluntad a desconocidas fuerzas*; pero la práctica de la comunicación espiritista no envuelve, como parecen creer los obispos, necesariamente tal subordinación. Otro peligro, desde su punto de vista, es la tendencia a hacer del espiritismo una religión. *Luz* y los que participan de sus opiniones, no han sentido nunca la menor inclinación a ese respecto. La posibilidad de la comunicación espiritista es simplemente un hecho en la Naturaleza, y nosotros no intentamos exaltar un hecho natural a la categoría de religión. Al mismo tiempo, una elevadísima forma de religión puede asociarse con un hecho natural. El reconocimiento de la belleza y el orden del universo no constituye en sí una religión, pero en tanto en cuanto inspira reverencia por la fuente de tal belleza y orden, es una incitación a la religiosidad espiritual».

En el Congreso de la Iglesia inglesa de 1920, el Rev. M. A. Bayfield leyó un estudio sobre la Ciencia Psíquica, como aliada del Cristianismo, en donde dice:

«Muchos sacerdotes miran a la ciencia psíquica con recelo, y algunos con positivo antagonismo y alarma. Bajo su nombre popular de espiritismo ha sido denunciada como anti-cristiana. Sería cosa de demostrar, por el contrario, que esta rama de los estudios es una aliada de nuestra fe. Todo aquel que no es materialista es espiritista, y el cristianismo es esencialmente una religión espiritual».

Procede luego a poner de relieve los servicios prestados por el espiritismo a la cristiandad, al hacer posible la creencia en un elemento milagroso: en el Espíritu.

El Dr. Elwood Worcester, en un sermón titulado «Los aliados de la Religión», pronunciado en la iglesia de San Esteban, de Filadelfia, el 25 de febrero de 1923, habla de la investigación psíquica como verdadera amiga de la religión y aliada espiritual del hombre. Y dice:

«Ha iluminado también muchos pasajes importantes de la vida del Señor y ayudado a comprender y aceptar acontecimientos que, de otra suerte, rechazaríamos. Me refiero particularmente a los fenómenos concernientes al bautismo de Jesús, su aparición sobre el Mar de Galilea, su transfiguración y, sobre todo, su resurrección y subsiguiente aparición a sus discípulos. Además es nuestra única esperanza de solución del problema de la muerte. De otra

fuente no se vislumbra solución alguna nueva de ese eterno misterio para nosotros».

El Rev. G. Vale Owen nos recuerda que aun cuando hay espiritistas que, al mismo tiempo, son cristianos, el espiritismo no se limita al cristianismo. En Londres hay, por ejemplo, una Sociedad de espiritistas judíos. Al principio la Iglesia se opuso a la Evolución, pero al fin la aceptó en consonancia con la fe cristiana. Y concluye diciendo:

«Así como la aceptación de la Evolución hizo del Cristianismo una concepción más amplia y digna, así también la aceptación de las grandes verdades que persigue la ciencia psíquica, convertirá a los agnósticos en creyentes o hará de un judío un judío mejor, de un mahometano un mahometano mejor, de un cristiano un cristiano mejor y, sin duda alguna, a todos más dichosos y más felices».

Claramente se desprende de los extractos anteriores que muchos sacerdotes de la Iglesia de Inglaterra y de otras Iglesias están de acuerdo acerca de la influencia beneficiosa del espiritismo en la religión.

Otra importante fuente de juicios sobre los fines religiosos del Espiritismo, es la que procede del mismo mundo de los espíritus. De él salieron materiales de gran riqueza; pero entre muchos, nos limitaremos a la reproducción de un texto obtenido en virtud a la mediunidad de Stainton Meses y copiado por éste, en su libro «Enseñanzas del Espíritu»:

«Amigo, cuando te pregunten acerca de la utilidad de nuestro mensaje y de los beneficios que procura, diles que es el evangelio de un Dios de ternura y de piedad y de amor, no de un engendro de crueldad y de pasiones.

»Diles que, gracias a él, conocerán a las Inteligencias consagradas al amor, a la gracia, a la piedad y a la ayuda del hombre, así como a la adoración del Altísimo».

O este de la misma fuente:

«El hombre ha ido construyendo gradualmente en torno a las enseñanzas de Jesús un valladar de deducciones, especulaciones y comentarios, semejante a aquel de que los fariseos rodearon la Ley mosaica. Esa tendencia ha crecido en proporción a la pérdida gradual del mundo del espíritu por parte del cristianismo».

Y así sucede que vemos deducido el materialismo más duro y frío de enseñanzas y doctrinas que tenían por objeto la propulsión de la espiritualidad y el desestimiento de todo sensualismo ritual.

«Nuestra misión consiste en hacer con el Cristianismo lo que hizo Jesús con el Judaísmo. Hemos de renovar las antiguas formas, espiritualizarlas e

infundirlas vida nueva. Queremos resucitar, no abolir. Diremos una y otra vez que nosotros no quitamos ni una tilde de la enseñanza que Cristo dio al mundo. Pero deseamos acabar de una vez con las apostillas materiales puestas por el hombre a esas enseñanzas, sacando a luz el espiritualismo que en la doctrina se esconde. Nuestra misión consiste en continuar la antigua enseñanza que el hombre ha alterado por tan extraño modo. Su fuente es idéntica; su curso paralelo, y el mismo su fin».

Y este de las *Cartas de Julia*, de W. T. Stead:

«Habéis recibido la enseñanza evangélica; rezáis y cantáis tal cual los santos que aquí y allá constituyen el único ejército del Dios Vivo; pero cuando cualquiera de nosotros, desde la Otra Ribera intenta hacer algún esfuerzo para demostrar esa unidad y haceros sentir que os acompaña tal inmensidad de testigos, entonces es la protesta airada. “¡Ello es contra la voluntad de Dios! ¡Esos son tratos con el demonio! ¡Eso es conjurar a los espíritus infernales!”. ¡Ay, amigo, amigo, no te dejes llevar de esas lamentaciones! ¿Es que soy un demonio yo? ¿Es que obro contrariamente a la voluntad de Dios cuando constantemente te inspiro una fe mayor en Él, más amor por Él y por todas sus criaturas, y en fin, cuando quiero llevarte cada vez más cerca de Dios?».

Finalmente, he aquí un extracto de los *Mensajes de Meslom*:

«Toda doctrina que lleve a la humanidad a creer que hay otra vida y que el alma se fortifica venciendo flaquezas y luchando denodadamente, es buena, porque encierra mucha parte de verdad. Si, de añadidura, cree en un Dios de amor, es mejor; y si la humanidad comprendiera verdaderamente ese Divino amor, todo sufrimiento cesaría, incluso en la tierra».

Estos pasajes elevados de tono, tienden ciertamente a preparar la mente humana para cosas más altas y para la comprensión de las más hondas intenciones de la vida.

F. W. H. Myers, recobró merced al Espiritismo la fe que había perdido en el Cristianismo. En su libro «Fragmentos de prosa y poesía», dice:

«No puedo equiparar mis presentes creencias con el Cristianismo. Más bien las considero como un desarrollo científico de la moral y de las predicaciones de Cristo.

»Si me preguntáis cuál es el fin de esas enseñanzas, mi contestación será bien sencilla. Es el que no puede menos de ser, el fin que tiene toda buena enseñanza, el primitivo y más verdadero fin del mismo Cristianismo: es una reafirmación, con nuevas pruebas de la existencia de Cristo, de su doctrina

relativa a la vida del espíritu y de su mandato para que rijamos nuestra conducta por el amor a Dios y a nuestro prójimo».

Muchos escritores han hablado de la luz arrojada por la investigación psíquica moderna sobre las narraciones bíblicas; pero la expresión más acabada de semejante punto de vista se encuentra en *La Personalidad humana* de F. W. H. Myers:

Me arriesgo ahora a una afirmación decidida; es decir, que a consecuencia de los hechos evidentes de ahora, todos los hombres razonables, de aquí a cien años, creerán en la Resurrección de Cristo, mientras que a no ser por esa evidencia, ningún hombre razonable hubiera creído tal dentro de cien años… Especialmente, por lo que hace a la aserción fundamental de la vida del alma después de la muerte del cuerpo, claro está, que cada vez tiene menos fuerza el sólo testimonio de una tradición remota; y necesita apoyarse cada vez más en el testimonio de la experiencia y la investigación modernas. Supongamos, por ejemplo, que muchas historias recogidas por nosotros de primera mano entre los recuerdos de nuestra edad crítica, pierden toda evidencia a la luz del análisis, como producto de alucinaciones, tergiversaciones y otras causas de error. ¿Podemos esperar que un hombre razonable que ve reducidos a la nada esos maravillosos fenómenos si se consideran en un escenario actual, pueda adorar en creencia semejante mucho más si esas maravillas han sucedido en un país oriental y en edad remota y supersticiosa? Si los resultados de toda investigación psíquica fueran negativos, ¿no recibiría la evidencia cristiana —hablo de *evidencia* y no de *emoción*— un golpe certero?

En cuanto al testimonio de hombres públicos eminentes, pudieran citarse muchos. Así, Sir Oliver Lodge, escribe:

«Aunque no sea la fe religiosa lo que ha conducido a mi conciencia a su actual estado, todo cuanto he aprendido contribuye a aumentar mi amor y reverencia hacia Cristo».

Lady Grey de Follodon, rinde elocuente tributo al espiritismo definiéndolo como algo que ha vitalizado la religión y ha confortado a millares de personas. Hablando de él, dice:

«Como entidad actuante, está más cerca del espíritu del Nuevo Testamento de lo que la grey eclesiástica cree. La Iglesia de Inglaterra haría bien en considerar al espiritismo como a un aliado, ya que ataca al materialismo y no sólo identifica el mundo material con el universo espiritual, sino que atesora no pocas doctrinas y enseñanzas consoladoras».

El Dr. Eugenio Crowell expone el hecho de que la Iglesia Católica Romana acoge como propias todas las manifestaciones espirituales.

En cambio, la Iglesia Protestante, que cree en las manifestaciones espirituales de Jesús y sus discípulos, rechaza los hechos similares que se registran en nuestros días.

«Así —dice— la Iglesia Protestante, cuando a ella acuden los que están espiritualmente agotados —y hay millones de seres que se hallan en tal situación— y la piden ansiosamente un alimento espiritual, no tiene nada que ofrecerles, o a lo más les ofrece unas migajas…

»El protestantismo está hoy aprisionado entre las dos enormes piedras de molino del materialismo y del catolicismo, cada uno de los cuales le cerca con más ahinco para asimilárselo, o reducirle a polvo. En su estado actual, carece del poder y vitalidad necesarios para resistir la acción de estas fuerzas, y su única esperanza reside en la sangre fresca que sólo el espiritismo puede infundir en sus venas exhaustas. Creo, sin ningún género de duda, que esta es una parte de la misión que incumbe al espiritismo, y fundo en mi creencia, tanto en las palpables necesidades del protestantismo, como en la capacidad del espiritismo para llevarla a cabo». El Dr. Crowell afirma que, a pesar de la difusión de la cultura, los hombres de hoy no se preocupan lo debido de las cuestiones que se refieren a su vida espiritual y a su existencia futura, pero piden pruebas de lo que antes aceptaban por fe. Esas pruebas es incapaz de suministrarlas la teología. Sólo puede darlas el espiritismo, que ha sido enviado para eso.

No terminaremos este capítulo sin hacer referencia a la opinión de los espiritistas unitarios, cuyo jefe, Ernesto W. Oaten, director de la revista Ambos Mundos, es hombre de tan gran corazón como inteligencia. Según esa opinión, de la que sólo disienten algunos extremistas, el espiritismo es una reconstrucción más que una destrucción del ideal cristiano. Después de un reverente relato de la vida de Cristo, hecho a la luz de los actuales conocimientos psíquicos, dice Mr. Oaten:

«Hay quien afirma que yo tengo en poco a Jesús de Nazareth. Sin embargo, creo conocer su vida mejor que ningún cristiano. No hay figura en toda la historia a la que yo profese más estimación. Lo que me indigna es el lugar falso y equivocado en que le han colocado las gentes, tan incapaces de comprenderle como de descifrar jeroglíficos egipcios. Yo amo y admiro al hombre. Le debo mucho de lo que sé, y mucho le debería todo el mundo si le quitara del pedestal de idolatría en que le ha puesto y siguiera las enseñanzas del Jesús que pasó por la tierra».

Aquí ponemos punto a este tema. Hemos tratado de demostrar la existencia de los signos materiales que los gobernantes invisibles de la tierra

envían para satisfacer la demanda de pruebas materiales exigidas por la mente de la humanidad actual. Hemos demostrado así mismo, que a esos signos materiales acompañan mensajes espirituales semejantes a los que recibieron las grandes figuras religiosas del mundo primitivo, renovando la hoguera de creencias, que hoy estaba casi convertida en cenizas. Los hombres habían perdido el contacto con las vastas fuerzas que están a su alrededor, y el espiritismo, que es el más grande movimiento registrado desde hace dos mil años, viene a salvarlos de esa situación, a disipar las nubes que los envuelven y a mostrarles nuevos e ilimitados horizontes. Ya brilla el sol de la verdad en las cumbres; pronto lucirá también en el valle.

CAPÍTULO XXV

LA VIDA DEL MÁS ALLÁ REVELADA POR SUS MORADORES

Al establecer comunicación con las inteligencias del Más Allá que antes habitaron en cuerpos terrenales, el espiritista les pregunta con el natural interés cuál es su nueva condición y cuáles fueron los efectos de sus acciones en este mundo sobre su destino subsiguiente. Las contestaciones a esta última pregunta justifican en buena parte las creencias de la mayoría de las religiones y demuestran que el camino de la virtud es también el de la felicidad. Todas forman un sistema que aclara las vagas cosmogonías de los tiempos antiguos. Este sistema se halla expuesto en muchos libros, no escritos por escritores profesionales. Son obras debidas a los mediums llamados «escritores automáticos», los cuales reciben la inspiración del Más Allá, donde mora la inteligencia que dicta. Ahora bien, el espíritu transmisor no está, por lo general, dotado de sentido literario, ni del arte del narrador. Lo transmitido es, además, el resultado de un complicado proceso. Si pudiéramos imaginar un escritor terrenal que usara un teléfono de larga distancia en lugar de pluma, tendríamos una idea aproximada de las dificultades con que tropieza el operador. Y, sin embargo, a despecho de tales deficiencias y entorpecimientos, la mayor parte de esos relatos son claros, dramáticos e interesantes. Y mal podrían dejar de ser interesantes cuando el camino que nos enseñan es el que un día hemos de recorrer todos.

Se ha dicho que tales relatos son muy desemejantes entre sí y hasta contradictorios. No lo cree así el autor. En sus largas lecturas, en las que ha agotado muchos volúmenes de comunicaciones del Más Allá, así como numerosos escritos obtenidos privadamente, en familia, ha comprobado que existe una verdadera armonía entre todos. Hay relatos sensacionales y otros que producen decepción; pero, en general, las descripciones de la otra vida son sobrias, sensatas, y aun cuando difieran en pormenores de poca monta, concuerdan en lo esencial. Las de nuestra vida terrena diferirían también en detalles ante un crítico del planeta Marte que leyera las relativas a un campesino indio, a un esquimal y a un profesor de la Universidad de Oxford.

En el Más Allá no se dan tan extremos contrastes como en nuestra propia vida. La característica de ésta es la mezcla de tipos de distintos grados morales. En la otra hay una perfecta separación entre sus moradores. El cielo es diferente del infierno. Aquí el hombre hace a veces del mundo un cielo, pero también vive momentos parecidos a los del infierno y su condición normal es la del que se halla en el purgatorio.

En tres pueden dividirse los estados del Más Allá. Existen los espíritus aún sujetos a la tierra, que cambiaron su cuerpo mortal por el etéreo, pero que están muy cerca de la superficie de este mundo, al que los liga la tosquedad de su naturaleza y la fuerza y arraigo de sus instintos. Tan tosca puede ser la contextura de la forma ultraterrena de estos espíritus, que llegue hasta hacerse perceptible aun para los que carecen de las dotes especiales de la clarividencia. Es una clase infeliz de espíritus erráticos, en la que reside la explicación de todos esos fantasmas, espectros, apariciones y duendes de las casas encantadas, que han llamado la atención de la humanidad en todas las épocas. Seres, por lo que podemos comprender, que no han comenzado aún su vida espiritual, buena o mala, puesto que sólo empieza la nueva existencia cuando se rompen totalmente las fuertes ataduras terrenales.

Los que comenzaron realmente esa existencia habitan distinto plano. En él se hallan los crueles, los egoístas, los fanáticos y los frívolos, que, en castigo de sus faltas, vagan en compañía de sus semejantes por mundos cuya luz varía desde la niebla a la más absoluta obscuridad, según el desarrollo espiritual que van logrando. La situación de estos espíritus no es permanente. Tan sólo los incapaces de un esfuerzo permanecen en ella por tiempo indefinido. Los que siguen el consejo de los espíritus auxiliadores elévanse a zonas más claras y superiores. En el círculo de sus comunicaciones familiares, el autor ha tenido contacto con esos seres y ha recibido muestras de su gratitud por haberles dado una más clara idea de su estado, de las causas de él y de su remedio.

Esa clase de espíritus constituye una constante amenaza para la humanidad. Si el aura protectora del individuo es defectuosa, se posesionan de él, convirtiéndose en parásitos suyos e influyendo en sus acciones. Es posible que la ciencia del porvenir llegue a explicar por esta causa muchos casos, difíciles de explicar hoy, de manías, de violencias insensatas, o de adquisición repentina de malas costumbres, haciendo con ello un argumento en contra de la pena capital, puesto que la acción del criminal puede ser consecuencia de la invasión de uno de estos espíritus. Este es un tema todavía obscuro. Pero, en todo caso, no todos los espíritus de semejante categoría,

apegados a la tierra, son necesariamente malos. ¡Quién sabe si los devotos monjes de ruinas como las de Glastonbury permanecen noche y día errando en ellas por la fuerza de su misma devoción!

Si es incompleto nuestro conocimiento de la condición de estos espíritus, aún lo es más el que tenemos de las esferas donde purgan sus faltas. Sobre este punto hay un relato sensacional en el libro de Mr. Ward «El Oeste desaparecido»; otro más sensato y verosímil en el del Rev. Vale Oven «La vida más allá del velo», y como corroboración de los extremos a que se refiere esta obra, tenemos las visiones de Swedenborg, el libro «Espiritismo» del juez Edmonds y otros varios volúmenes. Sabemos también de esos mundos merced a los informes de los espíritus superiores que llegan hasta nosotros en su labor de misioneros, labor que encuentra tantos peligros y tantas dificultades como los que rodean al hombre que se propone evangelizar a las más feroces razas humanas. Tales informes nos hablan de los espíritus superiores que descienden a las bajas esferas; de sus combates con las fuerzas del mal; de príncipes poderosos de las tinieblas que son formidables en sus reinos, y de toda la enorme cloaca de almas con la cual incesantemente comunica el alcantarillado psíquico del mundo. Parece, no obstante, que en esas esferas se realiza obra de curación más que de castigo. Son como sombríos salones de espera —hospitales de almas enfermas— donde una existencia purificadora conduce al paciente a la salud y ala felicidad.

Más completos son nuestros informes acerca de la región dichosa, en la que se encuentran todos los grados de alegría y belleza que corresponden al progreso espiritual de los que la habitan. El aire, los hogares, el paisaje, las ocupaciones en esa región, fueron descritos muchas veces con todo detalle y hasta con el comentario de que no se puede expresar con palabras su gloriosa realidad. Acaso en las descripciones haya algo de parábola o analogía; pero el autor se siente inclinado a tomarlas como exacto reflejo de la verdad y a creer que el «Paraíso», como lo ha llamado Davis, es tan objetivo y real para sus moradores como nuestro mundo lo es para nosotros. Fácil es objetar: ¿Por qué entonces no le vemos?; pero debemos comprender que la existencia etérea tiene que producirse en términos etéreos, y lo mismo que nuestros cinco sentidos materiales nos ponen en armonía y acuerdo con el mundo material, así en ellos su cuerpo etéreo se armoniza y conforma con las visiones y sonidos del mundo etéreo. Y aquí la palabra «éter» se usa sólo por carecer de otra que exprese algo mucho más sutil que nuestra atmósfera. No existe prueba alguna de que el éter de los físicos sea también el ambiente del mundo

de los espíritus. Puede haber otras esencias mucho más delicadas que el éter, al menos en cuanto al concepto de éter comparado con el aire.

Partiendo de esto, el cielo espiritual sería como reproducción sublimada y etérea de la tierra y de la vida terrena. «Lo mismo que abajo… arriba», dijo Paracelso, y al decirlo definió las bases fundamentales del Universo. No varían las cualidades espiritules o intelectuales al pasar el ser de un lugar a otro de la gran mansión universal. Tampoco se cambia de forma, salvo que el joven y el viejo tienden a su pleno desarrollo espiritual. Admitido esto, habremos de admitir también la deducción lógica de que todo en el Más Allá es lo mismo que en este mundo y las ocupaciones y el sistema general de la vida están en consonancia con las aptitudes y gustos del individuo. El artista sin arte o el músico sin música, serían allí como aquí figuras verdaderamente trágicas, y esto que decimos de dos tipos determinados de seres puede hacerse extensivo a los demás. De hecho existe en el Más Allá una organización sumamente compleja, dentro de la cual cada ser halla el trabajo de su agrado y el que más satisfacción puede producirle, estando a veces la elección en su mano. Así, en *El caso de Lester Coltman* el estudiante muerto, escribe: «Después de mi fallecimiento estuve indeciso durante algún tiempo respecto a si mi *trabajo* sería la música, o la ciencia. Tras pensarlo mucho, decidí que la música fuese mi *entretenimiento*, y mi ocupación la ciencia en todas sus ramas».

Después de esta declaración, es natural que se desee algunos detalles sobre la clase del trabajo científico realizado por Lester Coltman y las condiciones en que lo realizaba. Acerca de este punto es muy claro lo que dice: «El laboratorio que dirijo se dedica principalmente al estudio de los gases y fluidos que forman la barrera que, a fuerza de profundos estudios y experimentos, lograremos atravesar. El éxito de esta investigación será el¡ábrete, Sésamo! en la puerta de comunicación entre la tierra y estas esferas»**[13]**.

Lester Coltman da otra descripción de su trabajo y de cuanto le rodea, que reproducimos porque con ella concuerdan otras muchas:

> «Estimo perfectamente explicable y natural el interés de los seres terrenos por averiguar la forma en que están constituidos nuestros hogares y los establecimientos en que se llevan a cabo nuestros trabajos, pero no es cosa fácil hacer la descripción de éstos en términos terrenales. Mi existencia servirá de ejemplo para deducir otros modos de vida, según el temperamento y la inteligencia de cada uno. Mi trabajo continúa aquí como

comenzó en la tierra, o sea en el terreno científico. Para progresar en mis estudios visito frecuentemente un laboratorio, donde encuentro facilidades tan completas como extraordinarias para llevar a cabo los experimentos. Tengo casa propia, verdaderamente deliciosa, con una gran biblioteca en la que hay toda clase de libros de consulta: históricos, científicos, de medicina y de todos los géneros de literatura. Para nosotros estos libros son tan interesantes como para vosotros los de la tierra. Tengo una sala de música con toda clase de instrumentos. Tengo cuadros de rara belleza y muebles de exquisito gusto. Actualmente vivo solo, pero recibo con frecuencia la visita de amigos, y yo también los visito en sus casas y, si alguna vez me acomete una ligera tristeza, voy a ver a aquellos a quienes más quise en la tierra.

»Desde mis ventanas admiro un paisaje extraordinariamente bello, que se extiende a lo lejos en suaves ondulaciones, y cerca de la mía existe una casa comunal donde viven en feliz armonía varios espíritus de los que trabajan en el laboratorio. Mi primer ayudante es un chino anciano, muy ducho en análisis químicos. Como si dijéramos, es el jefe de la casa. Alma admirable, que goza de grandes simpatías y está dotado de profunda filosofía.

»Es muy difícil hablaros del trabajo en el mundo de los espíritus. Cada uno tiene su misión, según sus posibilidades. Si un alma llega directamente de la tierra o de cualquier otro mundo material, tiene que aprender todo lo que descuidó en su existencia anterior con objeto de acercarse a la perfección. Si ha hecho sufrir a sus semejantes en la tierra, sufrirá él. Si tiene gran talento lo perfeccionará aquí, pues si vosotros tenéis bella música u otra cualquier clase de arte o ciencia, los de aquí son mucho mejores. La música es una de las más poderosas fuerzas de nuestro mundo como medio para llegar a la perfección del alma.

»Hay magníficas escuelas para instrucción de los espíritus niños. En ellas, después de aprender todo cuanto se refiere a la tierra y a los demás mundos y a todos los reinos que están bajo el cetro de Dios, se les enseña el culto a la verdad, al desinterés y al honor. Aquellos que aquí recibieron instrucción como

espíritus niños, si llegan a ir a vuestro mundo, ostentan el más refinado y bello de los caracteres.

»Los que pasaron su existencia material en trabajos físicos tienen que aprenderlo todo en cuanto llegan aquí. La vida de trabajo es maravillosa y, a la vez que enseñan, aprenden los maestros de almas. Los espíritus literarios se convierten en grandes oradores y hablan y enseñan con palabra elocuente. Hay también aquí libros, pero de género muy diferente de los vuestros. El que haya estudiado leyes en la tierra, entrará en la escuela de los espíritus como profesor de justicia. El soldado que profese culto a la verdad y al honor, guiará a las almas de cualquiera de nuestras esferas en sus luchas por la fe en Dios».

En el círculo familiar del autor, un espíritu femenino, habló así de la vida en el Más Allá, respondiendo a la pregunta:

«—¿Qué haces?

»—Me ocupo de música, de los niños y de otra porción de cosas. Más, mucho más que en la vieja tierra. Aquí no hay nada que suscite disputas y esto contribuye a que la felicidad sea mayor y más completa.

»—Dinos algo acerca de tu vivienda.

»—Es encantadora. Jamás vi en la tierra nada que pueda comparársele. ¡Y cuántas flores! Por todas partes ostentan la variedad extraordinaria de sus colores. Y sus perfumes son exquisitos.

»—¿Puedes ver las otras casas?

»—No, podría alterar su paz. Hay momentos en que se necesita estar solamente en comunicación íntima con la Naturaleza. Cada casa es un oasis, más allá del cual hay sorprendentes panoramas y otros hogares llenos de seres buenos, amables, y de risas y alegría por el mero hecho de vivir en medio de tantas bellezas. No hay en la tierra mente alguna que pueda concebir esta alegría y esta hermosura.

En el mismo círculo familiar del autor recibiose también este mensaje:

—«Por amor de Dios, sacude y despierta a esas gentes que no quieren creer. El mundo necesita saber lo que aquí pasa.

»Si yo en la tierra hubiese sabido lo que aquí me esperaba, mi vida habría sido muy distinta.

»Aquí no hay luchas ni maldades. Yo me intereso por muchas cosas de carácter humano, sobre todo por la regeneración y el progreso del mundo terrenal. Soy uno de los que aquí trabajan por la causa vuestra en íntima relación con vosotros.

»Nada temáis: la luz será tanto más viva cuanto más profundas sean las tinieblas que atraveséis. Pronto aparecerá, si Dios quiere. Nada podrá impedirlo. No hay poder de las tinieblas que resista un minuto la luz divina. Todos los que pugnan contra ella serán barridos sin remedio. Apoyaos en nosotros, que nuestra ayuda es formidable.

»—¿Dónde estás?

»—Es muy difícil de explicarlo dadas las condiciones que aquí reinan. Me hallo en el lugar donde hubiera querido hallarme, en el mejor que podía desear. Desde él estoy en contacto íntimo con los que vivís en la superficie de la tierra.

»—¿Cuál es tu alimento?

»—No se parece en nada al vuestro: es mucho más agradable y delicado. Lo constituyen frutos raros, esencias deliciosas y otras cosas desconocidas en la tierra.

»Os esperan, infinidad de sorpresas, todas bellas y nobles, dulces y radiantes. La vida es sólo una preparación para estas esferas. Sin esa preparación no habría podido yo entrar en este glorioso y admirable mundo. En la tierra nos aleccionamos y este mundo es el premio, nuestro verdadero hogar, nuestra verdadera vida, el sol tras la lluvia.

El tema es tan vasto que apenas si puede ser esbozado en un capítulo. Remitimos al lector a la literatura existente sobre el particular y que el mundo apenas conoce, en la que se trata por extenso. «Raimundo», de Lodge; «La vida detrás del velo», de Vale Owen; «El testigo», de la señora Platts; «El caso de Lester Coltman» y otros muchos libros, le darán clara idea de la vida del Más Allá.

Leyendo los numerosos relatos de esa vida, uno se pregunta el grado de confianza que debe tenerse en ellos. Es tranquilizador y un argumento en favor de su veracidad ver que todos coinciden absolutamente. Quizás se arguya que esta conformidad es debida a que todos proceden consciente o

inconscientemente del mismo origen; pero tal suposición es insostenible. Muchos de ellos proceden de seres que no han podido, en modo alguno, conocer las opiniones de los demás, y sin embargo, están de acuerdo hasta en pequeños detalles. En Australia, por ejemplo, ocurrió al autor el siguiente asombroso caso: Mr. Huberto Wales, que era persona de lo más escéptica posible, leyó un relato del autor sobre la forma en que se desarrolla la vida del Más Allá y en seguida fue a buscar un escrito que él había compuesto años antes en estado inconsciente y que había acogido con divertida incredulidad. He aquí lo que dicho señor me escribió: «He leído su artículo y me ha dejado sorprendido y pasmado la circunstancia de que las revelaciones que se me habían hecho acerca de cómo es la vida en el Otro Mundo coinciden hasta en detalles nimios con lo que usted expone como resumen de los datos que ha obtenido por distintos conductos». El resto de la carta de Míster Wales puede verse en el Apéndice.

Si esta filosofía girase en torno de los grandes altares y de la adoración de que se les rodea, sería sólo un mero reflejo de lo que a todos se nos ha inculcado en nuestra niñez. Pero es cosa muy distinta y mucho más racional. Es el campo abierto donde pueden tener desarrollo las facultades con que todos hemos sido dotados. La ortodoxia permite que perduren los tronos, las coronas y demás objetos celestiales. ¿No es lógico suponer que si esas cosas pueden sobrevivir, sobreviva todo lo existente en la forma adecuada al ambiente que lo rodea? Es probable que los Campos Elíseos de los antiguos y los excelsos cotos de caza de los pieles rojas se aproximen a la realidad más que todas las fantásticas representaciones del cielo y del infierno tal como éstos figuran en las extáticas visiones de los teólogos.

Un cielo tan vulgar y doméstico puede parecer material a muchas inteligencias, pero debemos recordar que la evolución ha sido muy lenta en la esfera física y es igualmente lenta en la espiritual. Es muy humilde nuestro estado actual para pasar de un salto por todos los estados intermedios y alcanzar de golpe lo celestial. Esa será la obra de centenares, tal vez de millares de años. Haciéndonos mejores nosotros mismos, se volverá mejor cuanto nos rodea e iremos evolucionando de cielo en cielo hasta que el destino del alma humana se pierda en una gloria radiante, donde los ojos de la imaginación no podrían hoy seguirla.

[Apéndice Capítulo XXV]

F I N



Un ensayo por Borges acerca de Swedenborg

En su admirable conferencia de 1845 Ralph Waldo Emerson eligió a Emanuel Swedenborg como prototipo del místico. Esta palabra, aunque justísima, corre el albur de sugerir un hombre lateral, un hombre que instintivamente se aparta de las circunstancias y urgencias que llamamos, nunca sabré por qué, la realidad. Nadie menos parecido a esa imagen que Emanuel Swedenborg, que recorrió este mundo y los otros, lúcido y laborioso. Nadie aceptó la vida con mayor plenitud, nadie la investigó con igual pasión, con idéntico amor intelectual y con tanta impaciencia de conocerla. Nadie más distinto de un monje que ese escandinavo sanguíneo, que fue mucho más lejos que Enrico el Rojo.

Como el Buddha, Swedenborg reprueba el ascetismo, que empobrece y puede anular a los hombres. En el confín del Cielo vio a un eremita que se había propuesto ganarlo y que, durante su vida mortal, había buscado la soledad y el desierto. Alcanzada la meta, el bienaventurado descubre que no puede seguir la conversación de los ángeles ni penetrar las complejidades del Paraíso. Finalmente le permiten proyectar a su alrededor una alucinadora imagen del yermo. Ahí está ahora, como estuvo en la tierra, mortificándose y rezando, pero sin la esperanza del cielo.

Gaspar Svedborg, su padre, fue un eminente obispo luterano, y en él se dio una rara conjunción de fervor y tolerancia. Emanuel nació en Estocolmo a principios del año 1688. Desde niño pensaba en Dios y buscaba el diálogo de los clérigos que frecuentaban la casa de su padre. No deja de ser significativo que a la salvación por la fe, piedra angular de la reforma que predicó Lutero, antepusiera la salvación por las obras, que es prueba fehaciente de aquélla. Ese hombre impar y solitario fue muchos hombres. No desdeñó la artesanía; en Londres, cuando joven, se ejercitó en las artes manuales del encuadernador, del ebanista, del óptico, del relojero y del fabricante de instrumentos científicos. También grabó los mapas requeridos para globos terráqueos. Todo esto sin descuidar la disciplina de las diversas ciencias naturales, del álgebra y de la nueva astronomía de Newton, con el cual

hubiera querido conversar, y que no conoció. Su aplicación fue siempre inventiva. Se anticipó a la teoría nebular de Laplace y de Kant y proyectó una nave que pudiera andar por el aire y otra, con fines militares, que pudiera andar bajo el mar. Le debemos un método personal para fijar las longitudes y un tratado sobre el diámetro de la luna. Hacia 1716 inició en Upsala la publicación de un periódico de carácter científico que hermosamente tituló Daedalus Hiperborius y que duraría dos años. En 1717, su aversión a lo puramente especulativo le hizo rehusar la cátedra de astronomía que el rey le había ofrecido. En el decurso de las temerarias y casi míticas guerras de Carlos XII, actuó como ingeniero militar. Ideó y ejecutó un artificio para trasladar barcos por tierra durante un trecho que abarcaba más de catorce millas. En 1734 aparecieron en Sajonia los tres volúmenes de su Opera philosophica et mineralia. Dejó buenos hexámetros latinos y la literatura inglesa —Spencer, Shakespeare, Cowley, Milton y Dryden— le interesó por su poder imaginativo. Aunque no se hubiera consagrado a la mística, su nombre sería ilustre en la ciencia. Le interesó, como a Descartes, el problema del preciso lugar en que se comunica el alma con el cuerpo. La anatomía, la física, el álgebra y la química le inspiraron muchas y laboriosas obras que redactó, como era de usanza, en latín. En Holanda atrajeron su atención la fe y el bienestar de los habitantes; los atribuyó al hecho de que el país fuera una república, ya que en los reinos la gente, acostumbrada a la adulación de su rey, suele adular a Dios; rasgo servil que no puede ser de Su agrado. Anotemos, de paso, que durante los viajes que realizó, visitaba las escuelas, las universidades, los barrios pobres y las fábricas, y que era aficionado a la música y, particularmente, a la ópera. Fue asesor del Real Negociado de Minas y tuvo asiento en la Cámara de los Nobles. Al estudio de la teología dogmática prefirió siempre el de la Sagrada Escritura. No le bastaron las versiones latinas; investigó los textos originales en hebreo y en griego. En un diario íntimo se acusa de desaforada soberbia; hojeando los volúmenes alineados en una librería, pensó que sin mayor esfuerzo podía superarlos, y luego comprendió que el Señor tiene mil modos de tocar el corazón humano y que no hay libro que sea inútil. Ya Plinio el Joven había escrito que no hay libro tan malo que no encierre algo bueno, dictamen que Cervantes recordaría.

El hecho cardinal de su vida humana ocurrió en Londres, en una de las noches de abril de 1745. Swedenborg mismo lo ha denominado el grado discreto o grado de separación. Lo precedieron sueños, plegarias, períodos de incertidumbre y de ayuno y, lo que es harto más singular, de aplicada labor científica y filosófica. Un desconocido, que silenciosamente le había seguido

por las calles de Londres, y de cuyo aspecto nada sabemos, apareció de pronto en su cuarto y le dijo que era el Señor. Directamente le encomendó la misión de revelar a los hombres, ahora sumidos en el ateísmo, en el error y en el pecado, la verdadera y perdida fe de Jesús. Le anunció que su espíritu recorrería cielos e infiernos y que podía conversar con los muertos, con los demonios y con los ángeles.

A la sazón, el elegido contaba cincuenta y siete años; durante casi treinta años más llevó una vida visionaria, que fue registrando en densos tratados de prosa clara e inequívoca. A diferencia de otros místicos, prescindió de la metáfora, de la exaltación y de la vaga y fogosa hipérbole.

La explicación es obvia. El empleo de cualquier vocablo presupone una experiencia compartida, de la que el vocablo es el símbolo. Si nos hablan del sabor del café, es porque ya lo hemos probado; si nos hablan del color amarillo, es porque ya hemos visto limones, oro, trigo y puestas del sol. Para sugerir la inefable unión del alma del hombre con la divinidad, los sufíes del Islam se vieron obligados a recurrir a analogías prodigiosas, a imágenes de rosas, de embriaguez o de amor carnal; Swedenborg pudo renunciar a tales artificios retóricos porque su tema no era el éxtasis del alma arrebatada y enajenada, sino la puntual descripción de regiones ultraterrenas, pero precisas. Con el fin de que imaginemos, o empecemos a imaginar, la ínfima hondura del Infierno, Milton nos habla de No light, but rather darkness visible; Swedenborg prefiere el rigor y —¿por qué no decirlo?— las eventuales prolijidades del explorador o del geógrafo que registra reinos desconocidos.

Al dictar estas líneas, siento que me detiene la incredulidad del lector como un alto muro de bronce. Dos conjeturas la hacen fuerte: La deliberada impostura de quien ha escrito esas cosas extrañas o el influjo de una demencia brusca o gradual. La primera es inadmisible. Si Emanuel Swedenborg se hubiera propuesto engañar, no habría recurrido a la publicación anónima de buena parte de su obra, como lo hizo en los nueve volúmenes de su Arcana Caelestia, que renuncian a la autoridad que confiere un nombre ya ilustre. Nos consta que en el diálogo no procuraba hacer prosélitos. A la manera de Emerson y de Walt Whitman, creía que los argumentos no persuaden a nadie y que basta enunciar una verdad para que los interlocutores la acepten. Siempre rehuía la polémica. En su obra entera no se descubrirá un solo silogismo; no hay sino tersas y tranquilas afirmaciones. Me refiero, claro está, a sus tratados místicos.

La hipótesis de la locura no es menos vana. Si el redactor del Daedalus Hiperborius y del Prodromus Principiorum Rerum naturalium se hubiera

enloquecido, no deberíamos a su pluma tenaz la ulterior redacción de miles de metódicas páginas, que representan una labor de casi treinta años y que nada tienen que ver con el frenesí.

Consideremos ahora las coherentes y múltiples visiones, que ciertamente encierran mucho de milagroso. William White ha observado agudamente que otorgamos con docilidad nuestra fe a las visiones de los antiguos y propendemos a rechazar las de los modernos, o nos burlamos de ellas. Creemos en Ezequiel porque lo enaltece lo remoto en el tiempo y en el espacio, creemos en San Juan de la Cruz porque es parte integral de la literatura española, pero no en William Blake, discípulo rebelde de Swedenborg, ni en su aún cercano maestro. ¿En qué precisa fecha cesaron las visiones verdaderas y fueron reemplazadas por las apócrifas? Lo mismo dijo Gibbon de los milagros.

Dos años consagró Swedenborg a estudiar el hebreo, para el examen directo de la Escritura. Yo tengo para mí conste que se trata del parecer, sin duda heterodoxo, de un mero hombre de letras y no de un investigador o de un teólogo —que Swedenborg, como Spinoza o Francis Bacon, fue un pensador por cuenta propia (in his own right) que cometió un incómodo error cuando resolvió ajustar sus ideas al marco (framework) de los dos Testamentos. Lo propio les había ocurrido a los cabalistas hebreos, que esencialmente eran neoplatónicos cuando invocaron la autoridad de los versículos, de las palabras, y aun de las letras y trasposiciones de letras, del Génesis, para justificar su sistema.

No es mi propósito exponer la doctrina de la Nueva Jerusalén revelada por Swedenborg, pero quiero demorarme en dos puntos. El primero es el concepto originalísimo del cielo y del infierno. Swedenborg lo explica largamente en este, el más conocido y hermoso de sus tratados, De Cáelo et inferno, publicado en Amsterdam en 1758. Blake lo repite y Bernard Shaw lo ha resumido vividamente en el tercer acto de Man and Superman (1903) que narra el sueño de John Tanner. Shaw, que yo sepa, no habló nunca de Swedenborg; cabe suponer que escribió bajo el estímulo de Blake, a quien menciona con frecuencia y respecto, o, lo que no es inverosímil, que arribó a las mismas ideas por cuenta propia.

En una epístola famosa dirigida a Cangrande Della Scala, Dante Alighieri advierte qué su Commedia, como la Sagrada Escritura, puede leerse de cuatro modos distintos y que el literal no es más que Uno de ellos. Dominado por los versos preciosos, el lector, sin embargo, conserva la indeleble impresión de que los nueve círculos del Infierno, las nueve terrazas del Purgatorio y los

nueve cielos del Paraíso corresponden a tres establecimientos: uno de carácter penal, otro penitencial, y otro —si el neologismo es tolerable (allowable)— premial. Pasajes como Lasciate ogni speranza, voi ch’entrate (Abandona toda esperanza, tú que entras) fortalecen esa convicción topográfica, realizada por el arte. Nada más diverso de los destinos ultraterrenos de Swedenborg. El cielo y el infierno de su doctrina no son lugares, aunque las almas de los muertos que los habitan, y de alguna manera los crean, los ven como situados en el espacio. Son condiciones de las almas, determinadas por su vida anterior. A nadie le está vedado el paraíso, a nadie le está impuesto el infierno. Las puertas, por decirlo así, están abiertas. Quienes mueren no saben que están muertos, durante un tiempo indefinido proyectan una imagen ilusoria de su ámbito habitual y de las personas que los rodeaban. Al cabo de ese tiempo se les acerca gente desconocida. Si el muerto es un malvado le agradan el aspecto y el trato de los demonios y no tarda en unirse a ellos; si es un justo, elige a los ángeles. Para el bienaventurado, el orbe diabólico es una región de pantanos, de cuevas, de chozas incendiadas, de ruinas, de lupanares y de tabernas. Los réprobos no tienen cara o tienen caras mutiladas y atroces [a los ojos de los justos], pero se creen hermosos. El ejercicio del poder y el odio recíproco son su felicidad. Viven entregados a la política, en el sentido más sudamericano de la palabra; es decir, viven para conspirar, mentir e imponerse. Swedenborg cuenta que un rayo de luz celestial cayó en el fondo de los infiernos; los réprobos lo percibieron como un hedor, una llaga ulcerante y una tiniebla.

El Infierno es la otra cara del Cielo. Su reverso preciso es necesario para el equilibrio de la creación. El Señor lo rige, como a los cielos. El equilibrio de las dos esferas es requerido para el libre albedrío, que sin tregua debe elegir entre el bien, que mana del cielo, y el mal que mana del infierno. Cada día, cada instante de cada día, el hombre labra su perdición eterna o su salvación. Seremos lo que somos. Los terrores o alarmas de la agonía, que suelen darse cuando el moribundo está acobardado y confuso, no tienen mayor importancia. Podemos creer o no en la inmortalidad de las almas, pero es indiscutible que la doctrina revelada por Swedenborg es más moral y más razonable que la de un misterioso don que se obtiene, casi al azar, a última hora. Nos lleva, por lo pronto, al ejercicio de una vida virtuosa.

Innumerables cielos constituyen el cielo que vio Swedenborg, innumerables ángeles constituyen cada uno de ellos y cada uno de esos ángeles es, individualmente, un cielo. Los rige el ardiente amor de Dios y del prójimo. La forma general del Cielo (y la de los cielos) es la forma de un

hombre o, lo que viene a ser lo mismo, la de un ángel, ya que los ángeles no son una especie distinta. Los ángeles, como los demonios, son muertos que han pasado a la esfera angélica o demoníaca. Rasgo curioso que sugiere la cuarta dimensión que Henry More ya había prefigurado: los ángeles, en cualquier sitio que estén, siempre miran de frente al Señor. En el orbe espiritual el sol es la visible imagen de Dios. El espacio y el tiempo sólo existen de manera ilusoria; si una persona piensa en otra, ya la tiene a su lado. Los ángeles conversan como los hombres por medio de palabras articuladas, que se pronuncian y que se oyen, pero el lenguaje que usan es natural y no exige un aprendizaje. Es común a todas las esferas angélicas. El arte de la escritura no es desconocido en el cielo; Swedenborg recibió más de una vez comunicaciones divinas que parecían manuscritas o impresas, pero que no logró descifrar del todo, porque el Señor prefiere la instrucción oral y directa. Más allá del bautismo, más allá de la religión profesada por sus padres, todos los niños van al cielo, donde los instruyen los ángeles. Ni la riqueza, ni la dicha, ni el lujo, ni la vida mundana son barreras para entrar en el cielo; ser pobre no es un mérito, una virtud, como tampoco lo es ser desventurado. Lo esencial es la buena voluntad y el amor de Dios, no las circunstancias externas. Ya hemos visto el caso del ermitaño que, a fuerza de mortificación y de soledad, se incapacitó para el cielo y tuvo que renunciar a su goce.

En el tratado del amor conyugal, que apareció en 1768, Swedenborg dice que en la tierra el matrimonio nunca es perfecto, porque en el hombre prima el entendimiento, y en la mujer, la voluntad. En el estado celestial, el hombre y la mujer que se han querido formarán un solo ángel.

En el Apocalipsis, que es uno de los libros canónicos del Nuevo Testamento, San Juan el Teólogo habla de una Jerusalén celestial; Swedenborg extiende esa idea a otras grandes ciudades. Así, en Vera Christiana Religio (1771), escribe que hay dos Londres ultraterrenas. Al morir, los hombres no pierden sus caracteres. Los ingleses conservan su íntima luz intelectual y su respeto a la autoridad; los holandeses siguen ejerciendo el comercio; los alemanes suelen andar cargados de libros y, cuando les preguntan algo, consultan el volumen correspondiente antes de contestar. Los musulmanes nos ofrecen el caso más curioso de todos. Ya que en sus almas los conceptos de Mahoma y de religión están inextricablemente trabados, Dios los dota de un ángel que finge ser Mahoma y que les enseña la fe. Ese ángel no siempre es el mismo. El verdadero Mahoma surgió una vez ante la comunidad de los fieles y pudo articular las palabras: «Yo soy vuestro Mahoma». Inmediatamente se ennegreció y volvió a hundirse en los infiernos.

En el orbe espiritual no hay hipócritas; cada cual es lo que es. Un espíritu maligno le encargó a Swedenborg que escribiera que el deleite de los demonios está en el ejercicio del adulterio, del robo, de la estafa y de la mentira, y que les deleitaba asimismo el hedor de los excrementos y de los muertos. Abrevio el episodio, el curioso lector puede consultar la página final del tratado Sapientia Angélica de Divina Providentia (1764).

A diferencia de lo que otros visionarios refieren, el cielo de Swedenborg es más preciso que la tierra. Las formas, los objetos, las estructuras y los colores son más complejos y más vívidos.

Para los Evangelios, la salvación es un proceso ético. Ser justo es lo fundamental; también se exalta la humildad, la miseria y la desventura. Al requisito de ser justo, Swedenborg añade otro, antes no mencionado por ningún teólogo: el de ser inteligente. Volvamos a recordar el asceta, obligado a reconocer que era indigno de la conversación teológica de los ángeles. (Los incalculables cielos de Swedenborg están llenos de amor y de teología). Cuando Blake escribe El tonto no entrará en la Gloria, por santo que sea, o Despojáos de santidad y cubríos de inteligencia, no hace otra cosa que amonedar en lacónicos epigramas el discursivo pensamiento de Swedenborg. Blake asimismo afirmará que no bastan la inteligencia y la rectitud y que la salvación del hombre exige un tercer requisito: ser un artista. Jesús Cristo lo fue, ya que enseñaba por medio de parábolas y de metáforas, no por razonamientos abstractos.

No sin vacilación (misgiving) trataré ahora de bosquejar, siquiera de manera parcial y rudimentaria, la doctrina de las correspondencias, que constituye para muchos el centro del tema que estudiamos. En la Edad Media se pensó que el Señor había escrito dos libros, el que denominamos la Biblia y el que denominamos el universo. Interpretarlos era nuestro deber. Swedenborg, lo sospecho, empezó por la exégesis del primero. Conjeturó que cada palabra de la Escritura tiene un sentido espiritual y llegó a elaborar un vasto sistema de significaciones ocultas. Las piedras, por ejemplo, representan las verdades naturales; las piedras preciosas, las verdades espirituales; los astros, el conocimiento divino; el caballo, la recta comprensión de la Escritura, pero también su tergiversación por obra de sofismas; la abominación de la desolación, la Trinidad; el abismo, Dios o el infierno; Etcétera. De la lectura simbólica de la Biblia, Swedenborg habría pasado a la lectura simbólica del universo y de nosotros. El sol del cielo es una imagen del sol espiritual, que a su vez es una imagen de Dios; no hay un solo ser en la tierra que no perdure sino por el influjo constante de la

Divinidad. Las cosas más ínfimas, escribirá De Quincy, que fue lector de la obra de Swedenborg, son espejos secretos de las mayores. La historia universal, dirá Carlyle, es un texto que debemos continuamente leer y escribir y en el que también nos escriben. Esa perturbadora sospecha de que somos cifras y símbolos de una criptografía divina, cuyo sentido verdadero ignoramos, abunda en los volúmenes de Léon Bloy, y los cabalistas judíos la conocieron.

La doctrina de las correspondencias me ha llevado a la mención de la cabala. Que yo sepa o recuerde, nadie ha investigado hasta ahora su íntima afinidad. En el primer capítulo de la Escritura se lee que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Esta afirmación implica que Dios tiene la forma de un hombre. Los cabalistas que en la Edad Media compilaron el Libro del Esplendor declaran que las diez emanaciones, o sefíroth, cuya fuente es la inefable divinidad, pueden ser concebidas bajo la especie de un Árbol o de un Hombre; el Hombre Primordial, el Adam Kadmon. Si en Dios están todas las cosas, todas las cosas estarán en el hombre, que es su reflejo terrenal. De tal manera, Swedenborg y la cabala llegan al concepto del microcosmo, o sea del hombre, como espejo o compendio del universo. Según Swedenborg, el infierno y el cielo están en el hombre, que asimismo incluye plantas, montañas, mares, continentes, minerales, árboles, flores, abrojos, peces, herramientas, ciudades y edificios.

En 1758, Swedenborg anunció que, en el año anterior, había sido testigo del Juicio Universal, que tuvo lugar en el mundo de los espíritus y que correspondió a la fecha precisa en que se había apagado la fe en todas las iglesias. Esa declinación comenzó cuando se fundó la Iglesia de Roma. La reforma iniciada por Lutero y prefigurada por Wycliff era imperfecta y no pocas veces herética. Otro Juicio Final ocurre también en el instante de la muerte de cada hombre y es consecuencia de toda su vida anterior.

El día 29 de marzo de 1772, Emanuel Swedenborg murió en Londres, la ciudad que tanto quería, ciudad en que Dios le había encomendado una noche la misión que lo haría único entre los hombres. Quedan algunos testimonios de sus últimos días, de su anticuado traje negro de terciopelo y de una espada con una empuñadura de forma extraña.

Durante sus últimos años su régimen de vida era austero; el café, la leche y pan eran su alimento. A cualquier hora de la noche o del día los sirvientes lo oían caminar por su habitación, hablando con sus ángeles.

Hacia mil novecientos sesenta y tantos escribí este soneto:

Emanuel Swedenborg

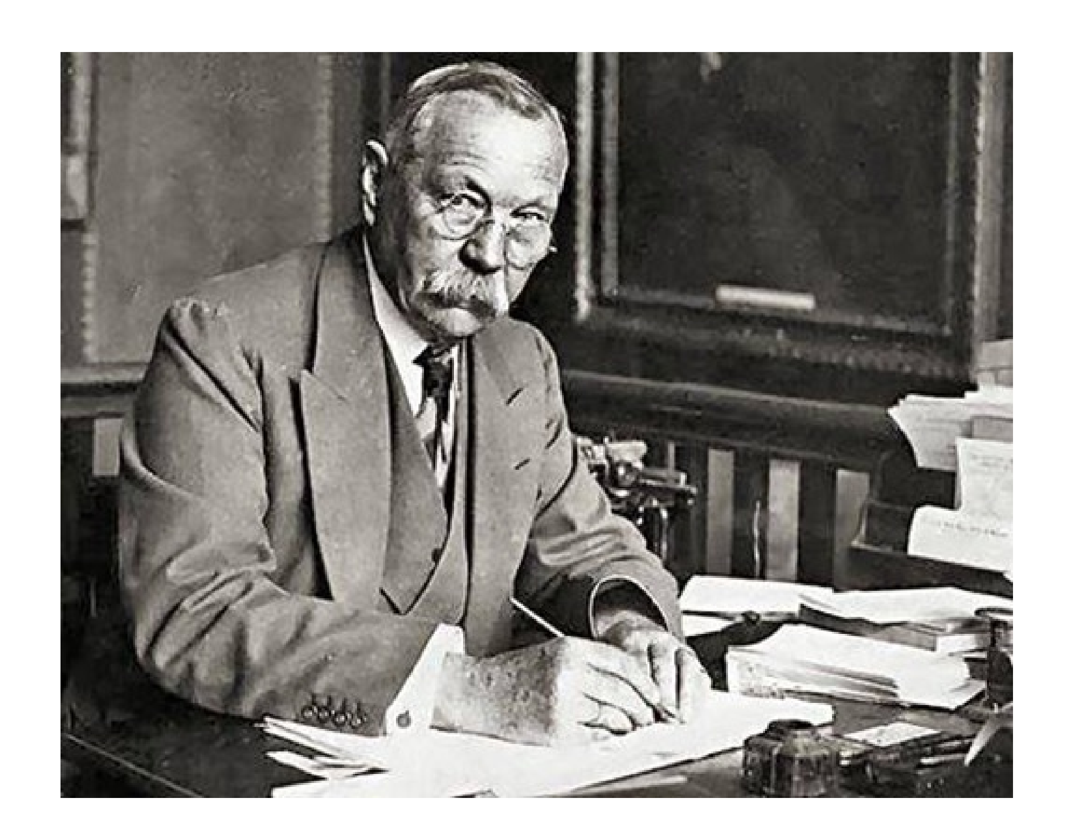
Más alto que los otros, caminaba
Aquel hombre lejano entre los hombres;
Apenas si llamaba por sus nombres
Secretos a los ángeles. Miraba

Lo que no ven los otros terrenales:
La ardiente geometría, el cristalino
Laberinto de Dios y el remolino
Sórdido de los goces infernales.

Sabía que la Gloria y el Averno
En tu alma están, y sus mitologías;
Sabía, como el griego, que los días

Del tiempo son espejos del Eterno.
En árido latín fue registrando
Ultimas cosas sin por qué ni cuándo.

Jorge Luis Borges



Sir ARTHUR IGNATIUS CONAN DOYLE fue un escritor escocés, célebre por crear al detective ficticio más famoso del mundo: Sherlock Holmes.

Nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo. Su madre lo envió a la Escuela preparatoria de los Jesuitas en Hodder Place (Stonyhurst) a los nueve años. Arthur permaneció allí hasta los 16 años (1875), edad a la que empezó a estudiar medicina hasta 1881 en la Universidad de Edimburgo, donde conoció al profesor que le inspiraría la figura de su famoso personaje, Sherlock Holmes, el médico forense Joseph Bell. Destacó en los deportes, especialmente rugby, golf y boxeo. En este período también trabajó en Aston (actual distrito de Birmingham) y Sheffield. A principios de 1880 se embarcó en un ballenero llamado *The Hope* para ejercer de cirujano en sustitución de un amigo suyo y a los 22 años (1881) se graduó cómo médico naval, aunque recibió el doctorado cuatro años más tarde. Fue en estos años cuando hizo una gran amistad con el también escritor escocés J. M. Barrie.

Mientras estudiaba comenzó a escribir historias cortas. La primera, *The Mystery of the Sasassa Valley*, apareció publicada en 1879 en el *Chambers's Edinburgh Journal* antes de que cumpliera los 20 años. En Plymouth instaló una consulta junto con su camarada y socio George T. Budd; pero ajeno a los métodos comerciales de Budd terminó por establecerse por su cuenta en junio

de 1882, ya con 23 años, en Portsmouth. Debido al poco éxito inicial, dedicó su tiempo libre a escribir historias nuevamente.

Después de su etapa universitaria se empleó como médico del buque *SS Mayumba* en su viaje a las costas de África Occidental en 1885. Ese mismo año se casó con Louise Hawkins, más conocida como Louie, y tuvieron dos hijos: Mary Louise (1889-1906) y Alleyne Kingsley (1892-1918). Tras una larga estancia en Suiza de la familia desde 1893 para que la madre se repusiera, Louise murió de tuberculosis el 4 de julio de 1906; un año más tarde, después de 20 años de amor platónico con una mujer llamada Jean Leckie, Arthur y ella se casaron y tuvieron tres hijos más: Jean Lena Annette, Denis Percy Stewart (1909-1955) y Adrian Malcolm. Su segunda mujer moriría años después que él, el 27 de junio de 1940.

En 1891 se mudó a Londres para ejercer de oftalmólogo. En su biografía, aclaró que ningún paciente entró a su clínica. Por lo tanto, esto le dio más tiempo para escribir.

En 1900, escribió su libro más largo, *La guerra de los Bóers*. Ese mismo año, se presentó como candidato para la Unión Liberal; a pesar de que era un candidato muy respetado, no fue elegido. Tras La Guerra de los Bóers escribió un artículo, *La guerra en el sur de África: causas y desarrollo*, justificando la participación de Gran Bretaña, que fue ampliamente traducido. En su opinión, fue esto lo que provocó que le nombraran Caballero del Imperio Británico en 1902 otorgándole el tratamiento de Sir.

Murió el 7 de julio de 1930, con 71 años, de un ataque al corazón, en Crowborough, East Sussex (Inglaterra). Una estatua suya se encuentra en esa localidad donde residió durante 23 años. Fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Minstead en New Forest, Hampshire.

Apéndices

[Apéndice Cap. IV] TESTIMONIOS DE QUE LA CASA DE HYDESVILLE ERA FRECUENTADA POR LOS ESPÍRITUS ANTES DE QUE LA OCUPARA LA FAMILIA FOX

La señora Ann Pulver certifica:

«Conocía al señor y a la señora Bell (ocupantes de la casa en 1844). Les visitaba frecuentemente y tenía en su casa mis agujas de hacer medias porque acostumbraba a trabajar en su compañía. Una mañana la señora Bell díjome que se encontraba mal y que la noche pasada apenas si había dormido. Al preguntarle qué le pasaba, contestome que no lo sabía, pero que había estado muy agitada, que le había parecido oír pasos de alguien que andaba por las habitaciones y que su marido tuvo que levantarse para asegurar las ventanas, después de lo cual se sintió más tranquila. Le pregunté qué creía que podía ser aquello. Contestome que *podían* ser ratones. Más tarde le oí hablar de ruidos en los cuales no podía hallar ninguna explicación».

La señorita Lucrecia Pulver atestigua:

«Viví en la casa durante todo el invierno con la familia de Mr. Bell. Trabajé al servicio de ellos algún tiempo y otra parte la pasé como huésped. Durante los últimos días que estuve con ellos, oí golpear frecuentemente en mi dormitorio, debajo de las patas de la cama. Mientras estuve en la casa dormí siempre en la misma alcoba, oyendo los ruidos varias noches consecutivas. Una noche parecióme oír a un hombre andar en la quesería, situada debajo del dormitorio, y en comunicación con éste por una escalera. Aquella noche estaba en mi compañía la señorita Aurelia Losey, que también oyó los ruidos, asustándonos ambas lo indecible, por lo que nos levantamos para atrancar las ventanas y la puerta. Los ruidos parecían indicar que la persona andaba por la despensa, bajaba a la bodega y la recorría. Creo que cuando esto ocurría serían las doce de la noche. Nos habíamos acostado a las once, y estábamos aún despiertas al sonar los ruidos. Los señores Bell se habían ido a Loch Berlín y no volvieron hasta el día siguiente.

»Queda, pues, demostrado que los extraños ruidos se oyeron ya en la casa en el año de 1844.

Declaración de la señora Hannah Weekman

«He oído hablar de los misteriosos ruidos que se producen en la casa actualmente ocupada por Mr. Fox. Nosotros vivimos año y medio y de ella nos mudamos a la que hoy ocupamos. Hará un año, cuando aún estábamos allí, oímos una noche como si golpearan en la puerta de la calle. Yo me había acostado; mi marido aún no, por lo que salió a abrir, no hallando a nadie. Estaba a punto de acostarse cuando volvieron a llamar. Volvió a abrir la puerta, miró, salió a la calle y tampoco pudo ver nada ni a nadie. Entró y se acostó. Estaba muy enfadado y decía que tal vez fuera algún muchacho de la vecindad que quería burlarse de nosotros. Pero de nuevo sonaron los golpes y otra vez se levantó y salió con el mismo resultado nulo. Le dije que no saliera más, por si era algún mal intencionado que intentara jugarle alguna mala pasada. Sin embargo, los ruidos continuaron y hasta nos pareció que alguien andaba por la bodega.

»Noches después una de nuestras hijas, que dormía en la habitación en donde ahora se gritos. Mi marido, yo y la criada nos despertamos y corrimos a la alcoba de la niña para ver qué ocurría. Encontramos a mi hija sentada en la cama asustadísima, llorando y gritando. Decía que había visto agitarse algo sobre su cabeza y su rostro, algo frío que no podía decir qué era. Esto fue entre las doce y la una de la madrugada. Se vino a dormir con nosotros y pasaron muchos días antes de volver a acostarse en su alcoba. Tenía entonces la niña ocho años de edad.

Nada más ocurrió mientras allí vivimos, pero mi marido díjome que cierta noche oyó que alguien le llamaba por su nombre en la casa, sin que pudiera precisar en qué punto de ella ni quién. Yo no estaba en casa aquella noche, porque había ido a asistir a un enfermo. Jamás pensamos por entonces en que la casa estuviera ocupada por los espíritus…

(*Firmado*) HANNAH WEEKMAN.

Abril, 11, 1848».

Declaración de Miguel Weekman

«Soy esposo de Hannah Weekman. Hemos vivido en la casa que ahora ocupa Mr. Fox y en la cual dícese que se oyen extraños ruidos. Nosotros la habitamos cosa de año y medio, y una noche, a la hora de acostarnos, oímos

que llamaban a la puerta. En vez de responder “¡Adelante!” como es costumbre, fui a abrir. Pero no vi a nadie, y cuando me disponía a acostarme, oí golpear nuevamente, por lo que abrí bruscamente la puerta con el mismo resultado nulo. Me acosté creyendo que era algún chusco que quería divertirse a mi costa. A los pocos minutos volví a oír los golpes, y me decidí a abrir de nuevo. Tenía la mano apoyada en la puerta cuando los golpes redoblaron. Abrí rápidamente y me lancé fuera resueltamente, pero no vi absolutamente nada. Busqué en torno, y no pude descubrir cosa alguna. Mi esposa entonces me aconsejó que no saliera fuera por si se trataba de alguien que quería agredirme. Jamás pude saber a qué era debido suceso tan extraño».

EXTRACTO DE UN ARTÍCULO DE HORACIO GREELEY EN EL «NEW YORK TRIBUNE» DANDO SU OPINIÓN SOBRE LAS HERMANAS FOX Y SU MEDIUNIDAD

«La señora Fox y sus tres hijas salieron ayer de esta ciudad de regreso a Rochester, después de permanecer aquí varias semanas, durante las cuales sometieron la misteriosa influencia que parece las acompaña, a toda clase de pruebas y fiscalizaciones por parte de los centenares de personas que las visitaron. Las habitaciones que ocupaban en el hotel fueron registradas y vigiladas; se las llevó a casas de las cuales no tenían la menor noticia; se las colocó en estado inconsciente sobre un cristal disimulado debajo de la alfombra a guisa de aislador contra las vibraciones eléctricas; se las desnudó por un comité de señoras elegidas sin previo aviso, tomándose todas las precauciones imaginables. Y, a pesar de eso, los golpes y ruidos siguieron produciéndose, sin que nadie se explique cómo pueden producirse.

»A los diez o doce días abandonaron las habitaciones del hotel, visitando en sus propias moradas a varias familias interesadas en la materia y entre las cuales su singular influencia pudo ser examinada de una manera más tranquila y más de cerca que en el hotel donde todas las personas que acudían eran extrañas y sólo las guiaba una curiosidad malsana, cuando no preconcebida hostilidad.

»Consagramos tres días a operar con ellas, y sería la mayor de las cobardías no declarar que estamos convencidos, sin la menor duda, *de la integridad y buena fe* que resplandeció en los experimentos. Cualquiera que sea el origen de los ruidos, afirmamos que no eran el fruto de fraude cometido por las señoritas en cuya presencia se produjeron.

»Su conducta y manera de comportarse no son las de unas embaucadoras, y nadie que las conozca a fondo puede creerlas capaces de trampa tan torpe, impía y peligrosa. Y además, no es posible que semejante engaño hubiera podido durar tanto tiempo. Un escamoteador realiza un truco y pasa rápidamente a otro sin dar tiempo al público para estudiarlo. No está semanas y semanas haciendo el mismo experimento a la vista de los espectadores que acuden allí casi exclusivamente para ver si descubren la trampa. Si lo que estas señoritas hacen y cuentan que ocurrió en su casa, con todos los detalles y explicaciones que acerca del particular suministran a unos y a otros, fuera falso, no tardarían en enredarse en un laberinto de contradicciones. Es probable que los que hayan asistido a las sesiones una sola vez en compañía de tanta mezcla de gente y hayan oído las preguntas dirigidas a la inteligencia invisible, y las contestaciones dadas por medio de golpes o ruidos interpretados con un alfabeto, queden confundidos, muy poco satisfechos y muy raramente convencidos. Difícilmente una materia de tanta gravedad puede presentarse en condiciones menos favorables para convencer a la gente. Pero los que se hayan parado a estudiar el fenómeno, creemos estarán tan convencidos como lo estamos nosotros de que los ruidos y las manifestaciones no son producto de las hermanas Fox ni de ser alguno humano con ellas relacionado.

»Cómo son producidos y de dónde proceden, son cuestiones que pertenecen al campo de la investigación y que escapan al conocimiento de quienes no estamos bien familiarizados con ellas. Las señoritas Fox dicen que tales manifestaciones se han visto ya en otras varias familias y que están destinadas a ser cada vez más claras y más frecuentes, hasta llegar a un punto en que todos los que quieran puedan comunicarse libremente con sus parientes y amigos desaparecidos de este mundo. De esto nada sabemos nosotros ni nada podemos colegir. No queremos ni siquiera reproducir las preguntas que dirigimos y las respuestas recibidas durante dos horas de conferencia ininterrumpida que tuvimos con los “golpeadores”. Si lo hiciéramos, seríamos acusados de hacerlo exprofeso para sostener la teoría que considera estos fenómenos como manifestaciones de los espíritus. H. G». <<

[Apéndice Cap. VI] Retrato a la pluma de Lake Harris, por Lorenzo Oliphant

«Mucho fue lo que se discutió acerca de los raros cambios de Mr. Masollam. Su voz parecía tener dos tonos, y al pasar de uno a otro, causaba el efecto de un eco repitiéndose a distancia, una especie de fenómeno de ventriloquía poco agradable al oído. Cuando hablaba con la que podría llamarse su voz “cercana”, era generalmente rápido y vivo; cuando pasaba de ella a la voz “lejana” era solemne e impresionante. Su cabello, que un día fue negro corvino, estaba ahora surcado por hilillos blancos, pero era aún abundante y caía en melena sobre sus orejas y hasta cerca de los hombros, dándole aspecto leonino. Sus cejas eran pobladas y los ojos parecían luces llameantes en el fondo de obscuras cuencas. Como su voz, tenían también una doble expresión, lejana o cercana, enfocando los objetos como un telescopio, y aumentaban desmesuradamente de tal modo que parecían querer lanzar la visión más allá de sus límites naturales. A veces parecía que perdían la sensación de la realidad, dando impresión de ceguera, pero de súbito las pupilas se ensanchaban y lanzaban como rayos en medio de la tempestad, imprimiendo al rostro un aspecto extraordinariamente brillante. La boca aparecía medio oculta por un poblado bigote y por una larga barba algo gris. Sería querer penetrar en los secretos de la Naturaleza o por lo menos en los de Mr. Masollam, investigar si aquellos cambios bruscos en su expresión eran voluntarios o no. En menor escala esos cambios son naturales en todos; según la clase de emociones que sentimos, así es nuestra expresión. La particularidad de Mr. Masollam consistía en que sus cambios de expresión eran tan rápidos y tan intensos, que cabía la sospecha de que fueran debidos a una rara facultad. Tenía un poder de cambiar de aspecto, que en las demás personas, especialmente en las del bello sexo, se ejerce siempre contra la voluntad… En una hora se transformaba en un hombre anciano. Y ese cambio se operaba con tal naturalidad, de una manera tan franca en la expresión y en las maneras, que dejaba perpleja a la gente. Diríase que tenía dos caracteres en uno solo, lo cual entrañaba un curioso problema moral y fisiológico, atractivo y solamente molesto por el hecho de ser insoluble: aquel hombre podía ser el mejor de los malos hombres». <<

[Apéndice Capítulo VII] Testimonios del profesor y la señora de Morgan

El profesor Morgan dice:

«Di una reseña de todo ello a un amigo, hombre de *ologías* y *ómetros*, que no estaba dispuesto a dejarse convencer, pues pensaba que todo era una hábil impostura». «Pero —dijo— lo que usted me cuenta es muy singular: iré a ver a la señora Hayden, solo y sin darle mi nombre. No creo que oiré a ningún “espíritu”, pero si lo oyera, espero descubrir la trampa». Y fue, en efecto, viniendo luego a contarme lo que presenció. Díjome que en cuanto a precauciones, había ido más lejos que yo, pues exigió tener el alfabeto consigo detrás de un biombo plegable, dirigiendo las preguntas y recibiendo las respuestas con aquel alfabeto. En la habitación no había nadie más que él y la señora Hayden. El «espíritu» que se presentó explicó con todo detalle cómo había muerto. Mi amigo díjome que quedó absorto al extremo de olvidar todos sus recelos.

»Este fue el principio de una serie de experimentos, algunos de ellos tan notables como el que ha citado; otros, menos importantes en sí, pero también de gran peso en conjunto, por las decisivas garantías de que estaban rodeados.

»Es preciso que el asunto sea estudiado atentamente, con toda perseverancia, hasta llegar a un esclarecimiento indudable; de lo contrario, quizá vaya perdiendo terreno, hablándose de él sólo por casualidad; pero una nueva era de fenómenos volverá a ponerlo sobre el tapete. Hace doce o trece años el tema despertó el mayor interés en todas partes, y durante ese tiempo varias veces se anunció la extinción de la “espiritumanía”. Pero los que querían extinguirla son precisamente los que en ella se han quemado. Aunque fuera un absurdo como se pretende, su acción habría resultado útil por haber llamado la atención sobre las “manifestaciones” de otro absurdo, o sea la filosofía de las posibilidades e imposibilidades. Como los extremos se tocan, el “encuentro” ha servido para que ambos contrarios se pongan en evidencia y todos veamos que si el espiritismo es una impostura o un engaño, está al mismo nivel de la filosofía que se le opone».

Al aparecer el libro de la señora de Morgan, el «Publisher Circular» publicó un juicio sobre las facultades críticas del profesor Morgan, del que copiamos lo siguiente:

«Los novelistas y literatos merecen ser perdonados por su tendencia a lo irreal y visionario; pero que un autor tan célebre que ha escrito obras tan fundamentales como la “Lógica”, el “Cálculo diferencial” y “La teoría de las probabilidades”, pueda figurar con su esposa al lado de los creyentes en los “espíritus golpeadores” y en los movimientos de mesas, es cosa que sorprenderá a muchas personas. Tal vez no hay entre nuestros escritores quien mejor que Mr. Morgan sepa combatir una falacia o ridiculizar a los ignaros que pretenden pasar por hombres de ciencia. Y son muchos y muy interesantes los artículos que a él se deben con tal fin. Por eso es difícil comprender que un hombre así pueda figurar al lado de los Mr. Home. Y, sin embargo, ahí está el hecho: Mr. Morgan se declara “perfectamente convencido de haber visto y oído, de una manera que obliga a creerlas, cosas *llamadas* espirituales, y que nadie puede atribuir a impostura, coincidencia o error”».

Añadamos a lo que precede el siguiente testimonio de la señora de Morgan: «Hace diez años que empecé a estudiar atentamente los fenómenos del Espiritismo. Debí la primera experiencia a la medium, señora Hayden, de Nueva York. Todos mis informes coincidían en que no era posible dudar de la honradez de la señora Hayden; por lo demás, el resultado de nuestra primera sesión, cuando mi nombre era *perfectamente desconocido* para ella, fue suficiente para demostrarme que en aquella ocasión no era víctima de sus engaños ni de mi credulidad».

Después de describir los preliminares de la sesión con la señora Hayden, para quien ninguna de las personas presentes era conocida, añade:

«Hacía un cuarto de hora que estábamos sentados y comenzábamos a creer en un fracaso, cuando se oyó un ligerísimo ruido, al parecer en el centro de la mesa. Grande fue nuestro contento cuando la señora Hayden, que hasta entonces era presa de la mayor ansiedad, dijo: “¡ya vienen!”. ¿Quiénes venían? Ni ella ni nosotros podíamos decirlo. Pero los ruidos se hacían más fuertes, al parecer para afirmar nuestra convicción en su autenticidad. La señora Hayden, dijo: Hay un espíritu que desea hablar con uno de ustedes, pero como no conozco los nombres de los caballeros ni de las señoras presentes, los iré indicando y pediré al espíritu que golpee cuando oiga el de las personas que busca. A ello accedió el compañero invisible dando un golpe. Seguidamente la señora Hayden fue dando nuestros nombres.

»Con gran sorpresa mía y hasta con disgusto (pues yo no lo deseaba), ningún ruido se oyó hasta que la medium dio el mío. Yo era la última del círculo,

pues estaba sentada a su derecha y ella había comenzado por la izquierda. Se me invitó a que hiciese alguna pregunta indicando las letras en un alfabeto de tipos grandes, pero como ningún deseo tenía de lograr el nombre de ningún pariente o amigos muertos, no me detuve en ninguna letra. No obstante, con gran sorpresa mía, fue pronunciado el nombre nada vulgar de un querido pariente que había desaparecido de este mundo hacía diez y siete años, y cuyo apellido era el de mi familia, no el de mi marido. Luego pronunció la frase: Soy feliz con F. y G., nombres que expresó con todas sus letras. A continuación recibí la promesa de una futura comunicación con los tres espíritus; los dos últimos de parientes que habían fallecido veinte y doce años antes, respectivamente. Otras personas de las allí presentes, recibieron después comunicaciones por medio de ruidos, algunas tan verdaderas y satisfactorias como las recibidas por mí, y otras falsas y hasta malévolas».

La señora de Morgan observa que en otras sesiones con la señora Hayden, ella y sus amigos presenciaron nuevos experimentos comprobados más tarde y resultó que varias personas, tanto de su familia como extrañas a ella, poseían la facultad medianímica en mayor o menor grado. <<

[Apéndice Capítulo X] ¿Fueron los Davenport escamoteadores o espiritistas?

Como Mr. Houdini ha llegado a poner en duda si los mismos Davenport se declararon espiritistas, para aclarar definitivamente este punto copiamos el siguiente párrafo de una carta escrita por ellos en 1868 a *La Bandera de Luz*, importante periódico espiritista de los Estados Unidos.

«Es chocante pueda creerse que no somos espiritistas después de catorce años de la más enconada persecución y de la oposición más violenta, que culminaron con los atropellos de Liverpool en que nuestras vidas estuvieron en peligro, expuestas a la furia de turbas brutales, y nuestros bienes destruidos, con pérdida de setenta y cinco mil dólares, todo porque no quisimos renunciar al espiritismo, y declaramos escamoteadores bajo la amenaza y el acoso de la multitud. Lo único que diremos es que semejante especie constituye la más baja de las falsedades». <<

[Apéndice Capítulo XVI] La mediunidad del Rev. W. Stainton Moses

Describiendo un fenómeno de levitación, Stainton Moses escribe:

«Estaba sentado en un ángulo de la habitación cuando mi silla fue arrastrada hasta el rincón y luego levantada del suelo cosa de un pie, descendiendo de nuevo a él. En presencia del doctor y la señora S. volví a elevarme, sacando entonces de mi bolsillo un trozo de tiza y señalando con ella la pared situada a mi espalda, a la altura de unos seis pies del suelo. Sin que, al parecer, mi posición sufriera cambio alguno, fui bajando suavemente, hasta que me vi de nuevo en la silla. Tuve la sensación de ser menos pesado que el aire. No percibí presión en parte alguna del cuerpo; tampoco me hallaba en trance ni en estado inconsciente. Por la señal que había trazado en la pared deduje que mi cabeza llegó cerca del techo. Mi voz, según me dijo el Dr. S., tenía un sonido extraño. Me di perfecta cuenta de la ascensión, que fue gradual y segura, pero sin otra sensación que la de creerme más ligero que la atmósfera. Mi posición, como he dicho, no cambió: fui sencillamente levantado y descendido a mi silla».

Acerca del paso de la materia a través de la materia, gracias a la mediunidad de Stainton Moses, tenemos el siguiente relato:

«El 28 de agosto de 1872 fueron aportados al salón en que tenía lugar la sesión, siete objetos situados en otras tantas habitaciones, y el día 30 lo fueron cuatro, entre ellos una campanilla del comedor inmediato. Dicha habitación y el vestíbulo adjunto estaban iluminados por la luz del gas, de manera, que al abrirse las puertas, por poco que esto fuera, hubiera entrado un chorro de luz en el salón obscuro donde nos hallábamos. Como esto no ocurrió nunca, tenemos la plena seguridad, con apoyo del que el Dr. Carpenter considera la autoridad suma, o sea el Sentido Común de que las puertas permanecieron cerradas. En el comedor había una campanilla que comenzó a sonar, marcando con su sonido la trayectoria que iba recorriendo a medida que se aproximaba a la puerta que de nosotros la separaba. ¡Y cuál no sería nuestro asombro cuando nos dimos cuenta de que, a pesar de estar la puerta cerrada, el sonido se oía cada vez más cerca! Evidentemente la campanilla sonaba en nuestro propio salón, alrededor del mismo y con toda su fuerza. Cuando dio la vuelta completa descendió, pasó debajo de la mesa, junto a mi codo derecho, sonó muy cerca de mis narices, giró en torno a mi cabeza, cruzó entre los

presentes, sonando con fuerza junto a sus rostros y, finalmente, se posó en la mesa».

El Dr. Speer describe en los siguientes términos la aparición de una luz espiritual y la materialización de una mano, en sesión celebrada con Stainton Moses el 10 de agosto de 1873:

«Un amplio globo de luz salió del lado de la mesa opuesto al mío, se elevó a la altura de nuestros rostros y se desvaneció. Fue seguido de otros varios, todos los cuales salieron del lado opuesto al que yo me encontraba y tan pronto de la derecha como de la izquierda del medium. A petición nuestra, la más cercana de las luces se colocó despacio en el centro de la mesa. Parecía envuelta en una vestidura. En aquel momento el medium estaba en trance, y su espíritu guía me indicó que colocara la luz en la mano del medium. No habiéndolo podido conseguir porque se desvaneció, dijo que golpearía en la mesa junto a mí. Inmediatamente apareció la luz, la cual se posó en la mesa, a mi lado. “¡Atención, escuche, voy a golpear!”. Suavemente la luz se elevó y dio tres golpes muy distintos sobre la mesa. “Ahora voy a mostrarle a usted mi mano”. Apareció entonces una luz grande y muy brillante, en cuya parte interior viose la mano materializada del espíritu, cuyos dedos movíanse junto a mi rostro, todo ello de la manera más clara y distinta que pueda concebirse».

Stainton Moses registra el siguiente caso de fuerza física:

«En cierta ocasión nos aventuramos a aceptar en nuestro círculo, contra todo lo aconsejado, a un extraño. Ocurrieron algunos fenómenos sin importancia, sin que apareciera el espíritu guía ordinario. Pero en cuanto nos sentamos, se presentó dando sobre la mesa tales golpes a modo de martinete, que no es fácil los olvidemos. El ruido se oyó en la habitación situada arriba, dando la impresión de que la mesa iba a caer hecha pedazos. En vano nos separamos de la mesa para evitar las consecuencias. Los terribles golpes aumentaron en intensidad retemblando toda la habitación, seguidos de la amenaza de un castigo, si otra vez traíamos extraños a las sesiones. No lo hicimos más, y es difícil que nos expongamos a una reprimenda tan seria». <<

[Apéndice Capítulo XXV] Escritura automática de Mr. Wales

Mr. Wales escribe al autor:

«No creo que en mis precedentes lecturas haya nada que pueda explicar semejante coincidencia. En todo caso nada he leído sobre ello en cuanto usted ha publicado, e intencionadamente no he querido leer “Raimundo” y libros parecidos para que no viciaran mis propios resultados, y las “Actas” de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no tratan, como usted sabe, de la vida en el Más Allá. Como quiera que sea, en distintas ocasiones he obtenido declaraciones de los espíritus sobre su vida en aquellas regiones. Sus cuerpos, aun cuando imperceptibles para nuestros sentidos, son tan sólidos como los nuestros, presentando las mismas características, si bien son más bellos. No tienen edad ni dolor; no son ricos ni pobres; se visten y se alimentan; no duermen, aunque hablan de pasar en ocasiones a un estado semiconsciente al que llaman “sueño reposado” —condición en la que a veces yo me encuentro y que parece corresponder aproximadamente al estado “hipnótico”—. En un período de tiempo regularmente más corto que el promedio de la vida terrenal, pasan a un estado superior de existencia: los seres de ideas, gustos y sentimientos parecidos moran juntos; los casados no están forzosamente unidos, pero el amor del hombre y la mujer continúa aunque libre de los elementos que con frecuencia impiden aquí su realización perfecta. Inmediatamente después de la muerte el ser queda en un estado de reposo semiconsciente que puede durar varios períodos. No pueden sufrir dolores corporales, pero sí sentir ansias mentales; la muerte dolorosa es “absolutamente desconocida”; las creencias religiosas no establecen la menor diferencia de estados después de la muerte, y, en fin, su vida es intensamente feliz y quien la disfrutara una vez no desearía ya volver aquí. No he encontrado una acepción propia para la palabra “trabajo”. Este para nosotros significa “trabajar para vivir”, pero según me han declarada en varias ocasiones, no es ese el caso de aquellos seres, cuyas necesidades están todas misteriosamente satisfechas. Tampoco obtuve ningún informe acerca del “estado penal temporal”, pero colegí que allí los seres empiezan su evolución moral e intelectual en el punto que tenían al abandonar la tierra, y como su estado de felicidad se basa sobre todo en la perfección y progreso moral, los que pasan a un más bajo nivel moral están durante largos períodos de tiempo incapacitados para apreciar y disfrutar ese estado». <<

Notas

[1] *Revista oculta*, febrero, 1925. <<

[2] «Saducisus Triumphatus», por el Rev. Jose Glanvil. <<

[3] La comunicación con los espíritus obtenida con el auxilio de los médiums. <<

[4] Reciben este nombre las luces chispas y llamas errantes, que se producen en las sesiones a obscuras, donde actúa un medium de poderosas facultades. <<

[5] O sean las que emanan de órganos vocales que no son los de ninguno de los que están presentes en la sesión ni los del medium tampoco. <<

[6] El conocido médico y psiquista Durand de Gros, afirma que Home era descendiente del célebre filósofo David Home. <<

[7] El gran novelista inglés fue persona muy versada en los más altos arcanos del ocultismo. Prueba de ello son su admirable novela iniciática *Zanoni* y las no menos notables *Una historia extraña, La casa encantada, La raza futura, etc., etc*. <<

[8] Guantes parecidos existen en el Colegio Psíquico, 59, Holland Park W., o en el Museo Psíquico, Abbey House, Victoria Street, Westminster. <<

[9] Después de escribir lo que antecede, el autor ha probado a la medium con sus propias placas, señaladas y reveladas por él mismo. De ocho experimentos realizados, obtuvo resultados psíquicos en seis. <<

[10] «Pruebas de la verdad del Espiritismo», pág. 218. Henslow. <<

[11] Elena Smith, la medium del libro de Flournoy, «De la India al planeta Marte». <<

[12] Registrado en *Luz*, 1914, pág. 349. <<

[13] «El caso de Lester Coltman», por Lilian Walbrook, págs. 32, 33 y 34. <<